

NOVISIMA

BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,.
CLASIFICADOS POR SERIES.

ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES

QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,

A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,

Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBÍTERO

D. JUAN TRONGOSO,

Lector que fué de Filosofia, y destinado á leer sagrada Teología en su Colegio de San Cárlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma, predicador de varias diócesis, y antor de la Biblioteca completa de Oratoria Sagrada y de las Glorias y triunfos de la Iglesia de España, publicadas hace algunos años con general aceptacion del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO III.



MADRID:

IMPRENTA DE H. RENESES, calle de Valverde, n. 24.

NOVISIMA

BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMATICOS, APOLOGETICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGIRICOS, ETC.,

this service on seniors

CONDUCTOR A TORSE LET BENEFICE MISTERIOS V PRESTRENES OF THE SET O

ORRESTED DEL PRESERVERO

OCCOPACE TASE OC

Letter que lui de Flissifia, y destinado a her tegrada Teología en se federa de factor.

de las Cuatro frantes de la ciedal de fleux, produculos de cuaras dineseis, y anter de la Exibilitación condiçiendo de Organista Singenedo. 9 de las Ciferioses, y referencia de la Exibilitación de Uniquento, poligrados hare alengas años con comercia aceptarios del Coro registos.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



TOMOTER.

MADRIDE

rareaxers he lk Buxeses, calle de Univerde, n. 24.

SERMON

PARA LA DOMINICA DE PASCUA DE RESURRECCION.

fas sino mara haner mas visible el mendicio de su respeccion. y

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO CONSIDERADA COMO UN OBJETO DE ESPERANZA QUE DEBE ANIMAR AL CRISTIANO Á VIVIR DE UNA MANERA DIGNA DE MERECER UNA GLORIOSA INMORTALIDAD.

concurre a colebrar sus grandesas on este dia liamado nos escelan Ha resucitado.

MARC. XVI. 6.

signe conquistador del finado; la ligras retiembla en señal de adura-

cione las alones de los custos despedasm las licaduras que las aou UAMBIÓ A. O. M. la luctuosa escena que vuestros ojos contemplaron pocos momentos há en este sagrado recinto. Todo es gloria, todo es magnificencia, todo júbilo aquí donde antes no reinaba sino el pesar, el llanto y la tristeza. A las lúgubres endechas de los profetas ha sucedido el solemne alleluya que por do quiera hiende los aires, y llena de espiritual contento al pueblo cristiano. El entusiasmo ha sustituido á las lágrimas, la alegria del corazon ha reemplazado á la amargura que le causaba la muerte del Hombre-Dios. No es ya éste aquel varon de dolores cuyas vestiduras teñidas en sangre asemejábanle al vendimiador que pisa la uva en el lagar, segun el simil de los santos libros (1). Él ha hollado con su planta victoriosa á la muerte, ha destruido su imperio, ha hecho pedazos su aguijon, ha triunfado de su invencible poderio, v solo con la virtud de su omnilimitado el polvo de la tumba. La resurrección del Pombre-Dios es

potente brazo, á despecho de un pueblo deicida y contra todas sus precauciones ha resucitado á una vida gloriosa é inmortal: Surrexit.

Respira, oh casta esposa del cordero; arrroja las vestiduras de luto, y engalánate con el trage nupcial. Hé ahí al que poco antes lamentabas perdido para ti, y en torno de cuyo sepulcro esparcias fúnebres coronas, ceñido con una verde laureola signo del triunfo que acaba de reportar sobre los poderes infernales. Si sucumbió bajo el cuchillo de sus sacrificadores esa inocente víctima del amor, no fué sino para hacer mas visible el prodigio de su resurreccion, y para hacer admirable en todas las naciones de la tierra la omnipotencia de su diestra, dándolas á entender que en él residen la fuerza y el poder, que todo lo domina con su voluntad, y que nada resiste á su divina virtud: porque á él están sumisos los imperios, á él obedecen los orbes, ante él tiemblan los tronos, y la naturaleza entera ejecuta sus órdenes á su mas leve insinuacion. Por eso todo concurre á celebrar sus grandezas en este dia llamado por escelencia el dia del Señor, todo á su manera espresa el gozo indefinible de que participa; las bóvedas celestes rásganse para dar paso al insigne conquistador del mundo: la tierra retiembla en señal de adoracion; las almas de los justos despedazan las ligaduras que las aprisionaban para volar en pos de su jefe; el pecado queda inerme, digámoslo así, amarrado al pié del leño santo; la cautividad queda hecha cautiva; la libertad renace de entre la sangre del Gólgota; Jesucristo resucita, y los hombres que viniera á redimir y salvar, de hijos de ira v esclavos del infierno, conviértense en hijos de la eternidad. ¡ Qué portento! La resurreccion del Salvador no es un hecho puramente personal ó aislado; sus consecuencias son universales, sus resultados infalibles. Si él triunfó de la muerte por su propia virtud, por ella tambien deben triunfar los redimidos del Señor; como él se revistió de una vida inmortal é imperecedera. deben estos participar un dia de su misma inmortalidad; v al modo que el sepulcro solo ejerció sobre Jesucristo un poder transitorio v momentáneo, tampoco dominará sobre ellos mas que un tiempo limitado el polvo de la tumba. La resurreccion del Hombre-Dios es la prenda segura de la de todos los humanos: y en vez de esos melancólicos epitafios con que el mundo rinde homenaje á la muerte en el silencioso asilo de los que sucumbieron bajo su guadaña, debiera mejor escribirse ese lema glorioso que forma la esperanza de los huesos áridos que alli posan: puesto que habiendo resucitado Jesucristo, infaliblemente deben resucitar con él todos cuantos en él durmieron, como dice el Apóstol (1).

Y ved ya, M. A. O., indicado el asunto del presente discurso en el que solo me limitaré á considerar el hecho prodigioso de la resurreccion del Salvador, «como un motivo de esperanza que debe animar al cristiano á vivir de una manera digna de merecer una gloriosa inmortalidad.» Invoquemos ante todo los divinos ausilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Al hojear los escritos del grande apóstol de las naciones, no parece sino que todo el fundamento de su doctrina, de su ley y de su mision, se halla única y esclusivamente basado sobre el misterio que hoy celebramos. «Yo os anuncio mi Evangelio, dice á los fieles de Corinto: que Jesucristo murió por nuestros pecados segun el testimonio de los santos libros, y que en cumplimiento de estos mismos resucitó al tercero dia (2).» Y hablando á su predilecto discipulo Timoteo, nada le encarga mas encarecidamente que el recuerdo constante de la resurreccion del Salvador (3). La razon de esta insistencia de San Pablo al parecer estraña, la encuentro yo, C. O., en el interés mismo de la gran consecuencia que deduce de este misterio sublime. «Si es notorio, decia, á todo el mundo que Jesucristo resucitó, ¿cómo se concibe que haya hombres que nieguen la resurreccion de los muertos (4)? Porque ello es evidente, que habiendo

⁽¹⁾ Ad Thesal. IV. 43.

⁽²⁾ I. Corint. XV. 3. 4.

⁽³⁾ Ad Tim. II. 8.

⁽⁴⁾ I. Corint. XV. 12.

resucitado el jese y primicia de todos los mortales, todos deben participar de su misma suerte y gozar de este privilegio; de lo contrario nuestra sé es una ilusion, y nuestra predicacion una quimera (1).» Consecuencia consoladora que el apóstol esponia á los primitivos sieles para animarles á menospreciar una vida perecedera que debia ser reemplazada por otra eterna é inmortal, y que yo me complazco en desenvolver hoy á vuestra vista fundándola en tres motivos á cual mas poderosos para vigorizar nuestra esperanza, puesto que en virtud de la resurreccion entraremos en el goce de una nueva vida, de una nueva razon, y de unos conocimientos nuevos y mucho mas luminosos.

Y desde luego, ; cuánto no debe consolar al cristiano al verse amagado de contínuo por la irresistible mano de la muerte, el saber que él tambien á su vez debe triunfar un dia de ella, revistiéndose de una nueva vida, v destruvendo para siempre el imperio de ese formidable enemigo (2)! Ese sepulcro que el hombre mira con horror, y contra el que van á estrellarse el renombre, el poder, la gloria y todas las distinciones sociales, considerado bajo el punto de vista religioso, debe ser para el cristiano mas caro y precioso que el mismo seno maternal. Y rianse en buen hora los incrédulos de esta proposicion que les parecerá una paradoja; para el verdadero creyente es un dogma inconcuso é incuestionable. ¿Qué otra cosa estrae el hombre del seno de su madre mas que un gérmen funesto de muerte que insensiblemente mina el principio de su existencia, cuando por el contrario en el seno del sepulcro recibe esa semilla de inmortalidad que debe perpetuar su duración por siglos de siglos? Allí fuimos formados de un lodo proscrito sujeto á todas las enfermedades y dolencias de una vida pasajera: en vez de que aquí ese mismo lodo, amasado por una mano divina, será separado de toda mezcla impura para formar una masa luminosa, ágil é impasible. En el seno materno no hicimos mas que salir de la nada para disfrutar de algunos instantes de luz, y ser de nuevo sepultados en las

⁽¹⁾ Corint. XV. 14.

⁽²⁾ Ibid. 16.

sombras de la muerte: en el seno de la tumba haremos pedazos las cadenas de la muerte para lanzarnos hácia los tabernáculos inmortales. Esta consideracion, sin duda, esta esperanza era la que animaba al antiguo principe de Iduméa, cuando en medio de su mayor adversidad esclamaba: «Yo he llamado á la podredumbre mi padre, y he dicho á los gusanos: vosotros sois mi madre (1).»

Vosotros, pues, para quienes la vida es un peso insoportable. cuvos años se deslizan en la miseria, que contais vuestros días por los padecimientos que os afligen, y solo pareceis destinados á ser victimas de la desgracia, recurrid al sepulcro, y allí al borde de aquella hoya que la inexorable muerte os prepara, encontrareis el bálsamo consolador que la religion os legó para suavizar vuestros infortunios. Allí abandonareis esa vida que el cristianismo os manda menospreciar; pero de sus mismas cenizas surgirá para vosotros esa nueva existencia que reparará los rigores de la primera.; Resurreccion gloriosa, beneficio mucho mas precioso aun que la creacion misma, vida inmortal, esclama el Crisóstomo, cuyo recuerdo alivia todos los males, cuya creencia avigora nuestras esperanzas, y cuya esperanza nos hace incomparablemente dichosos! Siguiera fuese una ilusion, continúa el mismo, es sin embargo tan grata, que el sentimiento del corazon no podria menos de suscribir gustoso á este error del espiritu: Juvat credere: sperare delectat. Mas no: la fé en este punto es tan sólida como encantadora la esperanza. ¿Por qué pues nos adheriremos con tanto empeño á ese débil soplo de una vida fugitiva, y no ambicionaremos descansar en aquel misterioso asilo á donde no puede penetrar la muerte ni es posible que alcancen sus tiros? ¿O acaso será esto un brillante fantasma que seduce y deslumbra mi imaginacion? El saduceo contempla esta doctrina como un error, el epicúreo la tacha de quimera, el escéptico la mira con indiferencia, el incrédulo la desprecia. Pero estos insensatos no desean su propia destruccion y su completo anonadamiento sino porque no tienen suficiente valor para ser inmortales. Sus aspiraciones hácia la nada no son mas que un grito de blasfemia lanzado

⁽¹⁾ Job. XVII. 14.

por unas almas corrompidas contra el autor de la inmortalidad: grito empero inútil, aspiraciones ineficaces que solo conseguirán redoblar los tormentos de los que á su despecho veránse un dia evocados del seno de la tumba á una resurreccion que será el principio de su eterna desgracia, ya que obstinándose en negar el dogma consolador que hoy nos ocupa renunciaron á resucitar á la vida inmortal y gloriosa de Jesucristo.

Y nótese que no hablo aquí de la inmortalidad del alma. Ese deseo natural de vivir, de pensar y conocer, esos incesantes suspiros hácia un objeto mayor que todo cuanto nos rodea, esa inquietud que va unida inseparablemente á los goces del tiempo, esa actividad que nos arrastra siempre hácia el porvenir, esa sed insaciable, en fin, de crearnos un nombre que nos sobreviva; todo esto ; no envuelve otras tantas pruebas irrecusables de que esa bella porcion de nuestro sér burlará la accion de la muerte, y no será confundida en un mismo polvo con los séres inanimados? Lo son en efecto, y por lo tanto prescindo por ahora de esta cuestion para limitarme únicamente á la de la resurreccion de nuestros cuerpos, consecuencia inmediata é incuestionable de la resurreccion del Redentor de la humanidad. «Yo sé, decia Job, que mi Redentor vive, y de aquí ninguna duda me cabe que tambien estos miembros mios revivirán del seno de la tierra do serán sepultados, que esta misma carne convertida en polvo tornará á adquirir movimiento y vida, y que estos ojos cuva luz se apagará en el fondo de la tumba verán de nuevo á mi Dios y Salvador. Esta idea me fortalece, esta conviccion me anima, esta esperanza halagüeña anida en mi pecho como prenda infalible de la dicha sin término á que aspira, y como testimonio anticipado de mi futura inmortalidad (1).»

El Apóstol previniendo las objeciones de la incredulidad, toma de las mismas propiedades de los séres criados una demostracion luminosa de esta verdad consoladora. «¿No veis, dice, oh hombres insensatos, en el gran espectáculo de la naturaleza una imágen viva de la resurreccion que os anunciamos? ¿No advertís esa reproduccion

⁽⁴⁾ Job. XIX. 25. et seq.

continua de todo cuanto muere? ¿ No admirais cual se rejuvenece constantemente el mundo mediante la destruccion y el reemplazamiento sucesivo de las partes que le componen? Mueren las flores, mas mueren para renacer á una nueva vida; caen las hojas de los árboles, y despues vuelven á aparecer llenas de verdor y lozania; sucédense unas á otras las estaciones, y tras el aterido invierno en que todo yace como sepultado, viene la hermosa primavera engalanada de una vegetacion rica y abundante; el grano que se arroja en la tierra no se reproduce sino despues que muere en ella. Nada en fin se pierde en la naturaleza: la disolucion de los cuerpos conviértese en un principio de fecundidad, y del seno de la muerte surge incesantemente un gérmen de vida. ¿Y no podria Dios hacer respecto del hombre lo mismo que hace con el grano de trigo y con las demas semillas á las que dá un cuerpo conveniente segun su naturaleza v propiedades respectivas (4)?» «Pues ved, añade el Apóstol, lo que puntualmente acontecerá en la resurreccion de los muertos. El cuerpo que á manera de una semilla cae en tierra en estado de corrupcion. resucitará un dia incorruptible; allí yace repugnante y disforme, para resucitar despues glorioso, lleno de vida y de vigor; muere como un cuerpo animal para revivir como un cuerpo espiritual (2)... Porque es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, v que el que ahora es por su naturaleza mortal sea revestido de inmortalidad, á fin de que se cumpla el divino oráculo: ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijon (3)?

Y aun suponiendo que nuestros cuerpos estuviesen sujetos á un total anonadamiento por su naturaleza, su dignidad les esceptuaria de esa ley de la destruccion, por cuanto han sido asociados á la naturaleza divina mediante la Encarnacion del Verbo. Siquiera esa carne que trae su origen del primer Adan, y como tal terrestre y perecedera, haya de convertirse en polvo, está llamada á gozar de una vida inmortal y gloriosa por su union con el nuevo Adan que la

^{(4) 1.} Corint. XV. 36, 37.

⁽²⁾ Ibid. 42, et seq.

⁽³⁾ Ibid. 53.

hiciera imperecedera y celestial segun el lenguaje de San Pablo (1). No es pues posible que una carne divinizada en cierto modo con la sangre de un Dios que corrió sobre ella en el Calvario, sea confundida en una misma nada con la frágil y despreciable arcilla que constituye los demas séres inanimados de este vasto universo. Si Cristo murió y resucitó como hombre, resucitar deben con él todos cuantos como él mueren. Todos deben gozar de una nueva existencia que no tendrá fin, y esta existencia será enriquecida de una nueva razon y de nuevos y mas luminosos conocimientos. Segundo motivo de esperanza que debe inspirarnos la resurreccion del Salvador.

En efecto, si bien la razon es una emanacion de la divinidad, es indudable que viciada por el primer pecado perdió aquella divina claridad que participaba de su principio. Esclava al presente de las pasiones de que un dia era reina, en vez de dictarlas sus leves, déjase arrastrar ignominiosamente de todos los vicios que ellas engendran. Seducida por la avaricia, embriagada por el orgullo, deslumbrada por la vanidad, devorada por la ambicion, abrasada por la venganza, víctima en fin de toda clase de desórdenes, viene á ser el juguete miserable de los mas repugnantes caprichos del hombre. Tal es el funesto imperio que el corazon ejerce sobre esa reina destronada, que todavia en su soberbia altivez pretende dominar el mundo. ¡Y qué tinieblas no la rodean! ¡Qué de errores no la alucinan! Ora se turba, ora se espanta, aqui teme, alli espera, segun que una imaginacion apática ó febril la pinta los objetos esteriores. Unas veces víctima de la opinion busca los aplausos de sus mismos enemigos: otras llevada por la preocupacion, préstase á la barbarie y sanciona los actos mas horrorosos. ¿Y qué no pueden sobre una razon estraviada la fuerza de las circunstancias, y el temperamento y los órganos corpóreos? Así se esplica que esa potencia, esa nueva divinidad á quien se ha querido elevar templos y altares no hava dado por resultado aislada en sí misma y sin el apoyo de la religion sino aberraciones sin cuento y monstruosidades que forman el baldon y la vergüenza de los siglos mas civilizados. Examínense los héroes

⁽¹⁾ Corint. XV. 47.

que ha creado. Conquistadores ambiciosos como los Césares, Alejandros y Demetrios, que con la tea en la mano han incendiado y devastado la tierra; sábios vanos y orgullosos como los Augustos, Dionisios y Filipos que no tenian otro sistema que su propia estravagancia; reves hipócritas que han afectado prestar proteccion á las artes y á las ciencias despues de haber manchado su púrpura con la sangre de sus vasallos; filósofos audaces que miran la religion como una ilusion vulgar, la justicia como un pacto convencional, la virtud como una quimera, el crimen como un elemento necesario para el buen órden y equilibrio de las sociedades, la sumision á los poderes como una ley del mas fuerte contra el débil, y otros mil dislates de esta especie cuvo catálogo seria imposible enumerar. Ved ahí la razon en el estado presente. Pues bien, la reparacion de este desórden está reservada al dia de la resurreccion universal, y debe ser una consecuencia feliz de este acontecimiento portentoso. ¡Qué reaccion tan maravillosa, qué modificacion tan sorprendente esperimentará en la otra vida esa potencia ahora tan débil y enfermiza! Allí en el cielo será donde conocerá, amará y practicará constantemente el bien que aquí le es tan difícil. Entonces ya no estará sujeta á esas vicisitudes y miserias de que ahora es frecuentemente victima. Subordinadas á esta reina todas las facultades del alma, obedecerán con docilidad y prontitud; las pasiones sumisas y tranquilas se asemejarán á la superficie de un vasto océano en un dia sereno y bonancible; la imaginación no será va un espejo infiel que aumente, disminuya ó desfigure los objetos para escitar falsas impresiones; la voluntad atenta á las lecciones de la justicia las escuchará silenciosa y las practicará; el espíritu adherido al único objeto de su bienandanza no se dejará distraer por los séres seductores que la arrastran hácia sí; el cuerpo purificado solo tendrá órganos impasibles, inmortales, luminosos, cuyos movimientos y sensaciones concurrirán á completar la felicidad del justo resucitado. Dia venturoso aquel en que nuestra razon será verdaderamente sabiduría porque solo se ocupará de la verdad; en que reinará sobre todas las demas potencias del alma, porque esta á su vez estará enteramente subordinada á las del Altísimo; en que no habrá contradiccion en sus operaciones, porque sus

principios serán invariables y sus ideas radiantes como la claridad del sol de justicia; en que ya no se verá rodeada de nubes, ni amenazada de la menor oscuridad, porque disfrutará de la esencia de Dios de donde surge la ciencia indeficiente, el verdadero saber, y la fuente perenne de los mas puros y sublimes conocimientos.

¿ Qué es la ciencia del hombre en la tierra? ¿ A qué se reduce toda su sabiduria? El alma en su actividad incesante desea abarcar toda la inmensidad del globo, se agita convulsa, lánzase á través del porvenir, nunca se sácia, siempre encuentra dentro de sí un vacío incapaz de llenarse, y cuando cree llegar á poseer los secretos del mundo físico y moral, un interno é irresistible convencimiento de lo mucho que la resta saber, obligala á confesar su impotencia y á reconocer que toda la ciencia humana no es mas que un poco de humo, v vanidad, v profunda ignorancia. Así lo dejó consignado el hombre mas sábio de que hace mencion la historia, y este testimonio se vé reproducido todos los dias por una constante esperiencia. ¿Dónde, pues, hallaremos la posesion de esas luces claras, de esos conocimientos brillantes que nos revelen en todo su esplendor la verdad de las cosas que ahora nos oculta la ilusion? ; Ah! La época de la resurreccion es la designada para operarse ese cambio feliz, y de él nos garantiza el acontecimiento que hoy celebramos. A la manera que Jesucristo resucitó de entre los muertos para vivir una vida inmortal y eterna en el seno de su padre celestial, así nosotros debemos reasumir un dia estos tristes restos de nuestra mortalidad, no ya empero sujetos como ahora á las eventualidades del tiempo, á las modificaciones de la materia, y á los errores de la seduccion, sino divinizados en cierto modo, y en este concepto capaces de las impresiones celestiales y llenos de una luz sobrenatural. Entonces correrán á torrentes sobre nuestras almas la verdadera luz, la positiva inteligencia, y la sabiduria que emana del seno del Altisimo, y veremos á Dios tal cual es, y en él veremos á la par todas las cosas cuales son en si, y no como en la tierra se nos presentan envueltas en vanos fantasmas y en brillantes ilusiones.

Vosotros pues, cristianos, que pasais vuestros dias en penosos trabajos, y que al presente no sabeis otra cosa mas que sufrir con

paciencia, amar á Dios con perseverancia y morir con resignacion. elevad vuestros espíritus y contemplad el grandioso espectáculo que os muestra en lontananza la resurreccion de Jesucristo. Ella es la base y el apovo de vuestra esperanza para el porvenir. Como él debeis resucitar á la vida de la gloria, y como él tambien debeis esperimentar esa transformacion sorprendente que os convertirá en séres dotados de una nueva vida, de una nueva razon y de unos conocimientos nuevos y sobremanera luminosos. Tales son los tres efectos que desde luego os asegura el dogma católico que hoy recordamos, si fieles á sus principios aspirais á merecer la inmortalidad feliz que os está prometida. Ese polvo en que debe convertirse vuestra carne mortal se reanimará un dia al eco de la omnipotencia para dar principio á una existencia sin término: y entonces los que ahora os arrastrais lentamente sobre la superficie de este suelo, os lanzareis con la agilidad del pensamiento en la inmensidad del espacio, descubrireis los ocultos resortes de la naturaleza, comprendereis la armonía de las leves del universo, las maravillas de la creacion, seguireis el rápido curso de los orbes, medireis la grandeza y la distancia de esos globos sembrados en las celestes bóvedas, abarcareis el sistema del mundo visible y la teoría del invisible, disfrutareis de un Dios que os ama y recompensa, le contemplareis incesantemente, unireis vuestros acentos al himno inmortal que entonan los celestiales espíritus, depondreis vuestras coronas á los piés del trono del Cordero sin tacha, y le ofrecereis en incensarios de oro el puro incienso de un amor divino. ¿No os causan, A. M., los mas dulces trasportes estas imágenes tan seductoras? ¿No os llena de indefinible delicia unas ideas tan halagüeñas? Pues aspirad con todo fervor á verlas realizadas; trabajad sin descanso por merecer tanta dicha. Morid ahora al mundo, para ser dignos de resucitar despues con Cristo. Buscad única y esclusivamente lo celestial é imperecedero: no os apegueis á los objetos terrenales de este suelo que hollais con vuestras plantas, y confiad que vuestro triunfo será seguro y perdurable vuestra inmortalidad.

PLAN DE UN SERMON

PARA LA DOMINICA DE PASCUA DE RESURRECCION.

EN LA RESURRECCION DE JESUCRISTO HALLAMOS LOS MAS SÓLIDOS MOTIVOS DE UNA CONVERSION SINCERA Y PERSEVERANTE, Y DE UNA COMPLETA RENOVACION DE NUESTRAS COSTUMBRES.

Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.

Fué entregado á la muerte por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificacion.

AD ROM. IV. 25.

No sin gran razon celebra la iglesia este dia como el mas grandioso de todos, como su festividad por escelencia. En él cesa el escándalo de la cruz, desarróllanse todos los misterios ignominiosos de Jesucristo, esclarécese el santo enigma de sus padecimientos, su gran mision se manifiesta, tienen esacto cumplimiento sus promesas, queda justificada su doctrina, y el mundo vé confirmadas sus mas halagiteñas esperanzas. Jesucristo, dice el Apóstol, fué entregado á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para operar nuestra justificacion: Traditus et propter peccata nostra, et resurrexit propter justificationem nostram. Hed ahí el motivo y el fin principal del misterio que hoy solemnizamos. Si hemos muerto por el pecado, preciso es que resucitemos á la gracia; y á la manera que en virtud de la resurreccion se verificó en el Salvador una transformacion completa, una modificacion visible, un cambio radical de la igno-

minia á la gloria, de la deshonra al mas alto honor, de la mortalidad humana á la inmortalidad divina, del mismo modo el cristiano debe transformarse en un nuevo hombre, adoptando nuevas costumbres, nuevos hábitos, nuevas virtudes, y una vida en todo nueva y conforme á ese divino modelo. Así es como en el misterio de este dia hallamos los motivos mas eficaces de una conversion sincera y perseverante y de una completa renovacion en nuestras costumbres, única reflexion que debe formar la materia de este discurso.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

-mayre attitletes and action toler may solutioned tours, and folial

Jesucristo, dice San Agustin, es el modelo perfecto del hombre. En su vida, en su muerte y en su resurreccion nos ha dejado un inmenso fondo de virtudes que imitar para identificarnos con él. Pero sobre todo, en esta última nos ha legado los motivos mas poderosos que deben animarnos á obrar nuestra justificacion.

Esta se opera, segun el Santo Concilio de Trento, en virtud de las tres virtudes teológicas. Comienza por la fé, acrécese por la esperanza, y se perfecciona por la caridad. Siendo pues la resurreccion del Salvador el fundamento de la primera, la base de la segunda y el sosten de la tercera, ¿qué motivos mas eficaces pudiéramos hallar para aspirar á una conversion sincera y verdadera?

- 4. Y en primer lugar la fé respecto de este misterio, no puede ser mas fundada é incontestable. O es preciso negar el visible milagro de la resurreccion, ó suscribir á la verdad de cuanto este milagro confirma. Si lo primero es imposible sin chocar con las mismas luces de la sana razon, lo segundo no puede verificarse sin renunciar á todos los desórdenes de una vida desarreglada y viciosa.
- ¿Y cómo negar el hecho de la resurrección, hecho demostrado por espacio de mas de diez y ocho siglos y contra el que, al decir de San Agustin, los génios mas interesados en combatirle, los menos

dispuestos á creerle v los mas astutos v artificiosos en desacreditarle, no han podido crear mas que vanos ensueños, ni hacer otra cosa sino gastar inútilmente las fuerzas de la incredulidad? Los judios quisieron sembrar dudas sobre este acontecimiento que echaba por tierra todos sus provectos: mas sus dudas solo sirvieron para darle mayor publicidad, bien así como las precauciones que adoptaron, los sofismas á que recurrieron, el soborno, la calumnia y cuantos medios pusieron en juego con este objeto, solo dieron por resultado el hacer ostensible su propia malignidad, y vigorizar la fé de este sagrado misterio. Tambien los apóstoles dudaron: pero disipada su incertidumbre con las nuevas pruebas que les dió su Divino Maestro, hiciéronse los heraldos y los mártires de esta verdad en todos los ángulos del mundo. Por último, los libertinos y los ateos han dudado; mas, ¿qué resultados han dado todas sus solísticas argüencias? Un mundo entero, á despecho de los artificios de los Apolonios, Simones y otros de este temple que constantemente se han reproducido en los siglos antiguos y modernos, ha creido en la resurreccion de Jesucristo, y hoy dia forma el cimiento y la base de todo el sistema religioso.

De hecho: si es imposible dudar de este inefable misterio sin chocar con el simple buen sentido, no seria menos absurdo creer en él sin renunciar á todos los errores de la vida; á esas máximas maldecidas que suponen la inexistencia de otra vida, ó autorizan al menos á vivir como si en la tierra finalizasen los destinos del hombre; á esa política insensata cuyas primeras lecciones son el olvido de la salvacion y el desprecio de la eternidad; á esa moral pagana que asienta por principio que todo perece acá abajo con nosotros, que es inútil ocuparse del porvenir, y que siendo la naturaleza nuestra guia y el mundo un lugar de tránsito, debemos seguir en todo nuestras inclinaciones y satisfacer nuestros deseos; que la fortuna es la divinidad del siglo y el interés el evangelio de la época....; Errores funestos que se insinúan insensiblemente en nuestras almas á merced de la duda, y minando los fundamentos del cristianismo, hacen fermentar las semillas del crimen en las sociedades, etc.

2. Hemos dicho además que la resurreccion es la base de nuestra esperanza. Y en efecto, no hay medio: ó es necesario despojarse de toda esperanza de una resurreccion gloriosa, ó de lo contrario emprender el camino que á ella conduce. Lo primero equivaldria á abjurar la fé y renunciar á Jesucristo; lo segundo envuelve la necesidad apremiante de reformar las costumbres y conformarse con Jesus crucificado. ¡Y qué consecuencias tan preciosas no se desprenden de la esperanza cristiana en este admirable misterio! Jesucristo es nuestro Dios: y por lo tanto, así como se dignó adoptar todas las miserias de nuestra mortalidad, ha prometido comunicarnos todas las bellezas de su inmortalidad dichosa. (1). Jesucristo es nuestro Salvador: y por consecuencia, si el pecado introdujo en el mundo la muerte, él que le venció en la cruz debe devolvernos la vida (2). Jesucristo es nuestro hermano primogénito, en virtud de la alianza que hiciera con los mortales: y de consiguiente, asi como él salió glorioso del sepulcro, nosotros debemos salir tambien de él llenos de gloría (3). Jesucristo es nuestro Juez: así que, como justo remunerador de la virtud, hará participantes á nuestros cuerpos de la recompensa á que se hicieron acreedores concurriendo á los merecimientos del alma (4). Jesucristo es en fin nuestra vida, y por lo tanto, si él apareció resucitado y glorioso en una carne inmortal, nosotros á nuestra vez apareceremos un dia identificados con su misma gloria (5).

Pruebas son estas tan luminosas y decisivas, que el mismo San Pablo no dudó deducir de ellas esta gran consecuencia: «Si los hombres no resucitan, tampoco resucitó Jesucristo (6): así como no habiendo resucitado éste vana seria nuestra fé y nula nuestra esperanza (7). Mas no; repone el Apóstol. El que resucitó á Jesus, nos

⁽¹⁾ Ad Philip. III. 21.

⁽²⁾ I. Corint. XV. 21.

⁽³⁾ Colos. I. 48.

⁽⁴⁾ Rom. XIV. 9.

⁽⁵⁾ Colos. III. 4.

⁽⁶⁾ I. Cor. XV. 16.

⁽⁷⁾ Ib. 47.

resucitará del mismo modo á nosotros con él (1). Idénticas son las promesas, unas mismas las esperanzas de ambos, y nuestra resurreccion bien así como la suya garantizada está con la palabra infalible de la eterna verdad. Todo cuanto establece la creencia católica acerca de la resurreccion del Salvador, establece y confirma la esperanza del mundo en la resurreccion futura de los hombres; pudiendo cada cual decir como Job: Reposita est hæc spes mea in sinu meo (2).

¿Pero es posible abrigar esta esperanza, sin reducirla á la práctica, sin reformar las costumbres, sin cambiar de conducta, sin identificarse primero con Jesus crucificado á fin de asemejarse un dia con el mismo Jesus resucitado? ¡Imposible! Estos caractéres de semejanza, estos rasgos de conformidad, por opuestos que parezcan, están no obstante intimamente ligados entre sí, y los unos sirven de disposiciones necesarias para llegar á los otros.

Es una lev indispensable, segun San Pablo, que para tener derecho á la vida gloriosa del Salvador, se hace preciso participar de su vida de sufrimiento y de sacrificio. Las ventajas de su resurreccion hállanse ligadas á las pruebas de su pasion; y de los preciosos vástagos de su cruz brotan las flores inmortales de su corona (3). ¿Quereis pues salir un dia del sepulcro tal cual salió Jesucristo? Pues entrad en él del mismo modo que Jesus entró. Llagas, cardenales, heridas, cicatrices, sangre; hed ahi lo que el Salvador llevé al sepulcro. Llevad pues vosotros á vuestra vez las señales de una crucifixion voluntaria, los vestigios de una mortificacion meritoria, las huellas de una penitencia saludable y todos los rasgos de una imitacion fiel y perfecta de la vida y muerte de ese divino prototipo. ¿ Mas cómo llevareis al seno de la muerte esas prendas preciosas de una resurreccion gloriosa, si no las grabais en vuestras almas y en vuestros cuerpos durante la vida? ¿Cómo será vuestra carne una carne mortificada, si no tratais ahora de reprimir su fogosidad, de enfrenar sus impetus y de espiar convenientemente

⁽⁴⁾ I. Cor. XV. 14.

⁽²⁾ Job. XIX. 27.

⁽³⁾ Rom. VI. 5.

sus rebeliones contra el espíritu? ¿Cómo será vuestro cuerpo un cuerpo reformado, si ahora no cesais de nutrirle en las delicias, de engruesarle en la ociosidad y de enervarle en la molicie? ¿Cómo aparecereis, en fin, como una imágen de Jesucristo penitente, si continuais siendo idolos de la vanidad, cebos de impureza, instrumentos de iniquidad y ministros de Satanás con vuestros repugnantes vicios? (Amplifiquese esta induccion).

3. Finalmente, la resurreccion del Salvador es el sosten de nuestra caridad y el último notivo que nos empeña á aspirar á una nueva vida, mediante una conversion sincera y constante. Todos deseamos la dicha inefable de resucitar gloriosos con Jesucristo, y por lo tanto es una necesidad conformar los afectos de nuestro corazon con ese deseo y basarlos en él. Trátase pues de combatir el amor divino, ó de hacerle triunfar. Para lo primero se hace forzoso resistir á los atractivos de Jesucristo resucitado: para lo segundo es una condicion precisa hacerse superior á la seducción de las pasiones y á las mismas afecciones de la naturaleza. Por eso dijo sábiamente San Agustin, que la resurrección del Hombre-Dios envuelve la completa derrota del amor propio y el triunfo de la caridad divina.

¡Y cómo resistir á los victoriosos atractivos de Jesus resucitado! Mil encantos invencibles nos arrastran hácia él. En su nuevo estado encontramos el mismo amor hácia los hombres, igual benignidad, idéntica condescendencia. Por nuestro propio interés resucita, bien así como por nuestra salud nació, vivió y murió en un leño infame. La misma participacion tenemos en sus grandezas que en sus abatimientos. Todo cuanto le es personal desea comunicárnoslo, hasta su divinidad v su gloria misma.... ¿A qué fin conservó sus luminosas cicatrices, sus gloriosas llagas, sino para presentárnoslas á cada momento como unas pruebas auténticas de su amor, cual monumentos eternos de lo que hiciera en favor nuestro, y medios eficacísimos de mediacion para obtener la divina clemencia? Ved ese corazon siempre abierto para todos los que á él se acogen, corazon benéfico que nos colma incesantemente de gracias, corazon piadoso que nos perdona tantos pecados, corazon desinteresado que no niega el amor á sus mismos enemigos, corazon de amigo que se enternece

por nuestras miserias, corazon de padre que tiene sus delicias en morar con nosotros, corazon de redentor que nos ha sacrificado su vida mortal, y desea ardientemente comunicarnos su vida inmortal y gloriosa..... Todo esto encontramos en Jesucristo resucitado. ¿Cómo pues contemplar este misterio sin sentirse seducido por tantos encantos, sin aspirar á poseerle? Mas esto seria un absurdo sin romper los lazos de las pasiones y sin ordenar las afecciones desordenadas de la naturaleza..... (Amplifiquese este pensamiento).

Resulta pues, que siendo la resurreccion de Jesucristo el fundamento de la fé, la base de la esperanza y el sosten de la caridad, sobre cuvos cimientos se levante el edificio de nuestra justificacion, hallamos en este sublime misterio los motivos mas poderosos y eficaces que deben animarnos á resucitar espiritualmente á la vida de la gracia, mediante una conversion sincera y perseverante, á fin de resucitar realmente un dia con nuestro Salvador á la vida inmortal de la gloria. Lejos pues de nosotros todo pensamiento, todo deseo, toda acción que no esté conforme con los pensamientos, deseos y acciones de ese modelo de nuestra conducta. Evitemos todo cuanto le desagrada, huyamos de cuanto le ofende: ningun provecto, ninguna ocupacion, ningun movimiento hava en nosotros contrario á su divina voluntad v que no se dirija á promover su servicio v á fomentar su amor. Y de este modo, obrando y pensando como Jesucristo, sufriendo, mariendo y sacrificándonos como él en el tiempo, hallaremos despues su misma recompensa, ceñiremos su misma corona, y disfrutaremos de su misma inmortalidad por los siglos de los siglos. Matingalaminas reada temperagua de como pala il tempo in

TEXTOS DE ESCRITURA RELATIVOS Á ESTE ASUNTO.

«Qui dormiunt in terræ pulvere, evigilabunt: alii in vitam æternam, et alii in opprobrium, ut videant semper. (Dan. XII. 2.)

»Consepulti sumus cum Christo per baptismum in mortem; ut quomodo surrexit á mortuis, ita et nos in novitate vitæ ambulemus. (Ad Rom. VI. 4.)

»Si complantati facti sumus similitudini mortis ejus, simul et resurrectionis erimus. (Ibid. 3.)

»Resurrexit, ut et mortuorum et vivorum dominetur. (Ibid. XIV. 9.)

Dui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitavit. (Ibid. 14.)

»Si mortui non resurgant, neque Christus resurrexit. (I. Cor. XV. 16.)

»Per hominem mors, et per hominem resurrectio. (Ibid. 21.)

»Reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ. (Philip. III. 24.)

»Cum Christus apparuerit, vita nostra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria. (Colos. III. 4.)»

TEXTOS DE SANTOS PADRES.

«Resurrectio Christi suscitat de terrenis, collocat in excelsis. (S. August. Serm. 7 in artic. Paschæ.)

»Quidquid gestum est in Cruce Christi, in sepultura, in resurrectione, ita gestum est, ut iis rebus non tantum mystice dictis,
sed etiam gestis configuraretur vita christianorum. Nam propter ejus
crucem dictum est: Qui Jesuchristi sunt, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis; propter sepulturam: Consepulti
sumus cum Christo per baptismum in mortem; propter resurrectionem: ut quemadmodum Christus resurrexit à mortuis per gloriam
Patris, ita et nos per novitatem vitæ ambulemus. (Id. Enchir.
cap. 53.)

Pater et Filius, et agitur prima resurrectio, quando resurges ad participandam vitam. (Id. Tract. 45 in Joan.)

»Interest cujusvis, aut moriatur, aut vivat; quia est mors quæ causa est vivendi, et est vita quæ causa est moriendi. (S. Leo. Serm. I. de resurrect.)

»Unicuique enim homini, qui ex alio in aliud aliqua conversione mutatur, finis est non esse quod fuit, et ortus esse quod non fuit. (S. Leo. Serm. 1 de Resurr.)

Absorta videtur in deitate humanitas, non quod mutata sit

substantia, sed affectio deisficata. (S. Bern. Serm. de Resurr.)

»Nunc autem quia transit (Christus) in novitatem vitæ, nos quoque invitat ad transitum.... Ut recte Pascha celebretis, transire de vitiis ad virtutes debetis. (Id. ib.)

» Dedecorati peccato fuimus, quam notam injustum Christi detorsit dedecus. Resurgentes in Christum, Christi mutantur in gloriam. (S. Crysol. Ser. 74.)»

Com Christus apparaent, who nostral time et vos apparebitis com ipso in gloria! (Colos. III. 1.)

hilliones en este sublicador (garres au sorrar es sudareas y ob-

effusiorrectio Christi suscitatedo terrenis, collocat in excelsis;

S. August. Sern. V. in artic. Poscinety. Alt on Sinceless edough.

ections, its gestion test, ut its rebus non tantum mystice dictis;

crucen dictum est: Qui beachtisti sunt, carnem suum crucilixe-

control of the Christoper Concupies of the Christoper sepulling and the Christoper reserved of mortality of christoper reserved of the christoper reserved o

nem? at quemodonodum Christos rosurrexit al mortuis per glorium. Patris, ita et nos per novitolem vitor audadomus, "([d], Epchir.)

25 guid to animal Morton eras, amisorus vitano latrem per Filium, surge, recipe vitam qoam non babes in te, Vivilical te

Pater of Filing, et agitur printa assurrectio, quando resurges ad participandum vitam. (Id. Tract. 15 in John.)

causa est vivondi, et est vito que causa est mortetidi. (S. Leo.

we incurque emm noment, qui ex ano an anun ampia conversione mutelur, finis est non esse quod fuit, et ortus caso mod non fuit.

* Absorta videtur in deitale humanilas, non quod mutata sit

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA I DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

no rempe ou money alarque les alles per la feriura que la miner con

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO NOS OFRECE LOS MEDIOS MAS EFICACES
DE SALVACION, PUESTO QUE EN ÉL ENCONTRAMOS LA CONSTANCIA DE UN
AMIGO, LOS AUSILIOS DE UN SALVADOR Y LA OMNIPOTENCIA DE UN DIOS.

Lomo quiera que consideremos á Jesucristo, dice elocuentemente un Padre de la iglesia, clavado en un leño infame, ó saliendo glorioso del fondo de un sepulcro, victima del implacable furor de sus enemigos, ó triunfante de sus impias maquinaciones, humillado hasta el polvo ó elevado hasta la cumbre del honor, débil ó fuerte, vencedor ó vencido, siempre y donde quiera manifiéstase celoso de nuestro bien, interesado en nuestra salvacion, deseoso de nuestra felicidad, y dispuesto á emplearse todo en nuestro obsequio. Al resucitar de entre los muertos por un acto de su virtud omnipotente, se propone hacernos participantes de su triunfo, quiere que resucitemos con él á la gracia, que rompamos las ligaduras del pecado que nos tenian uncidos al ominoso carro de Luzbel, y que como él transformados en nuevas criaturas y renovados en espíritu, aspiremos á una vida inmortal y eterna. La nueva gloria que él disfruta refleja sobre nosotros, el imperio de su poder está llamado á cimentar nuestra bienandanza, y su resurreccion no es solamente para nuestras almas un motivo de dulce y firme esperanza, como vimos en el discurso anterior, sino que es tambien á la vez un medio eficaz de conseguir nuestra salvacion. ¿Y cómo se verifica esto? ¡Ah!

Honor, bendicion y accion de gracias á Jesus resucitado, cuyos caracteres de bondad y misericordia se manifiestan en todas sus acciones, llevando impreso en ellas el sello indeleble de aquel amor infinito que le forzára á descender á la tierra para redimir á la humanidad y salvar los tristes restos del proscrito Israel. No es nuestro Dios semejante á los hombres que olvidan en la prosperidad á los que les fueran caros en el tiempo de la afficcion. Si vence al fuerte armado y hace menudos pedazos las ataduras de la muerte, no rompe en manera alguna los lazos de su ternura que le unen con los débiles mortales; ni porque hienda el espacio y se remonte á los cielos, deja por eso abandonados en este suelo á los que amó; antes por el contrario, vinculada está á su resurreccion gloriosa nuestra es piritual resurreccion, y los medios de lograrla: por cuanto en Jesucristo resucitado encontramos la constancia de un amigo invariable, los ausilios de un Salvador y la omnipotencia de un Dios, tres circunstancias que admiramos en el texto evangélico que acaba de leerse. Analicémosle:

«Siendo ya tarde el dia primero de la semana (dice el evangelista), y estando cerradas las puertas de la casa en donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judios, llegó Jesus, y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Ved desde luego al divino Reparador de la humanidad asociándose á ella en la persona de sus discipulos, como un amigo tierno cuvo primer pensamiento despues de una triste ausencia, es reunirse á los que amaba, darles el ósculo de paz, y ofrecerles los sinceros testimonios de una afeccion cordial y nunca desmentida. En buen hora que esta desaparezca entre los hombres proporcionalmente á la distancia en que les coloca unos de otros la distincion de rangos y fortunas. Cierto que del rey al súbdito media una cadena de superioridad v subordinacion, no empero una union de sentimientos y de corazones que suponga una comunicacion de afectos. Mas esto no há lugar entre Dios y el hombre. Por mas escelso que sea aquel, y por viles y despreciables que estos parezcan, no se desdeña de honrarles con su amistad, llenando con su amor el inmenso intérvalo que de ellos le separa. Entre los mortales la amistad no es generalmente mas que

un nombre, una idea, una ilusien que desaparece al soplo del menor contratiempo. Amigos imperiosos y tiránicos, que quieren ver á los que llaman tales dispuestos siempre á servir y respetar sus estravagancias; amigos orgullosos, tan fáciles de ofenderse por la mas ligera falta como incapaces de disimularla; amigos egoistas é interesados, que solo aprecian mientras esperan alguna ventaja, y olvidan desde luego al que nada puede prometerles; amigos hipócritas, que bajo las esterioridades de una mal disimulada ternura, solo abrigan perfidia v falsía; amigos de circunstancias, prontos á inclinarse al lado á que les decide el capricho ó el humor que les domina; amigos aduladores, que inciensan los vicios y fomentan las malas pasiones; amigos volubles é inconstantes que ora se enardecen, ora se resfrian, hoy se acercan, mañana se alejan, tan pronto se separan como vuelven á unirse, porque no es el amor el móvil de su amistad, sino un sentimiento momentáneo creado por afectos versátiles, hijos de una imaginacion ardiente ó apasionada; ved lo único que ofrece el mundo en las relaciones humanas. Pero cuando se trata de Dios todo cambia; su amor es todo perfeccion: por grande, por inmensa, por infinita que sea su magestad, no deja de ser siempre bueno, compasivo y misericordioso. Ninguna barrera le separa del hombre: ningun centinela guarda las puertas de su templo para prohibir la entrada; ninguna circunstancia ni ocupacion le oculta al humilde mortal deseoso de acercarse á él. En el apogeo de la gloria conserva intacta su ternura. Que el terror y la arrogancia rodeen el trono de los reyes, concibese muy bien, pues al fin, hombres son y solo tienen una grandeza prestada que lanza rayos á falta de resplandores. La bondad y la clemencia posan al pié del trono del Eterno, porque el mayor gozo del cielo es la conversion de un culpable. No os quejeis pues, almas pecadoras, cristianos sepultados en la infeccion de las pasiones, de no tener una mano ausiliadora que os ayude á salir del estado en que vaceis. Jesucristo, amigo tierno, constante é invariable, está pronto á daros la vida que deseais, toda vez que como los discipulos del Evangelio, busqueis en él el principio de esa existencia espiritual que solo puede venir del que es la verdad, el camino y la vida esencial. Hará mas, penetrado de compasion, sensible á

vuestros suspiros y enternecido por vuestras lágrimas irá en busca de vosotros; penetrará á través de las puertas de vuestro corazon, cerradas hasta ahora á los verdaderos sentimientos de la religion; os dará la paz fruto del Espíritu Santo, y garantía segura de un porvenir dichoso; y no contento con manifestaros la ternura de una amistad sincera, os proporcionará como Salvador los recursos de una gracia eficacísima para caminar, constantes por las sendas de la eterna salud. ¿Y cómo?

Ved lo que hace en el cenáculo con sus discípulos, tipo de lo que constantemente realiza en el seno de su iglesia con los pecadores. Lo primero es darles la paz para que vean que viene á ellos como amigo. Y dicho esto, añade el texto, les muestra las manos y el costado, á fin de que ninguna duda les quede acerca de la identidad de su persona, y como para darles á entender que aquellas heridas que en sus miembros sacratísimos abriera la ingratitud de un mundo réprobo, eran justamente otras tantas fuentes preciosas de donde iba á manar el suave bálsamo de su bondad, de su misericordia y de su amor, para cicatrizar las no menos hondas llagas que el pecado venia abriendo tras tantos siglos en el seno de la humanidad. Haciase preciso, en efecto, que Jesucristo justificase el título de Salvador que habia recibido, no solamente con sus prodigios y ejemplos, con su palabra v su accion, con sus padecimientos v agonía, sí que tambien con su resurreccion gloriosa, triunfando de la muerte y hollando este prepotente enemigo con su planta victoriosa. La tumba que venia humillando todas las generaciones humanas, debia ser para él un objeto de gloria (1): v de hecho, el fin del Hombre-Dios confirmó la escelencia de sus obras. Si el último momento de la vida de los héroes es el que decide de la opinion que de ellos debe formar la posteridad, la resurreccion de Jesucristo es la que prueba su mision, demuestra el inestimable precio de sus ausilios, y pone el sello á su carácter de Salvador. Sus cruentas llagas anunciaban en el Calvario la estrema ternura de aquel corazon divino hácia el universo, por quien no dudó sacrificarse víctima de una caridad sin

cia espiritual que solo puedo venir del que es la veerad, el camino

⁽¹⁾ Isaiæ. XI. 10.

ejemplo: pero esas mismas llagas luminosas y mas brillantes que el sol, su cuerpo glorioso y resucitado, predican de un modo aun mas persuasivo la fé que deben inspirarnos sus promesas, y los prodigios que está llamada á operar la uncion de su gracia.

¡Y cuán elocuente no es el mudo lenguaje de esas heridas que embellecen las manos, los pies y el costado del divino Salvador, victorioso ya de la muerte y del infierno! Almas culpables, corazones tímidos, pecadores abrumados bajo el peso de los hábitos inveterados del vicio, no os arredreis, acercaos á Jesus, contemplad sus llagas, fuentes perennes de donde brotan sin cesar copiosos é inagotables raudales de clemencia y de salvacion. Ellas os hablan un idioma desconocido de los hombres. Entre estos la sangre pide sangre y lanza al cielo gritos de venganza. Pero respecto de nuestro Salvador sucede todo al contrario: sus heridas solo respiran misericordia, su sangre se interpone entre la tierra v el cielo para detener los rayos de la cólera divina, y sus llagas son otras tantas bocas para interceder ante el trono de Dios en favor de la humanidad ingrata y pecadora. Así se concibe que la vista de estos testimonios vivientes, digámoslo así, de su resurreccion, causase una alegría tan pura en el alma de los apóstoles: pues como dice el texto sagrado, los discipulos se llenaron de gozo al ver al Salvador. ¿Y á quién no colmará de regocijo, quién habrá que no sienta renacer en su corazon la esperanza, al contemplar en la humanidad sacratisima de Jesucristo esas llagas que á la par que nos muestran lo que por el mundo hizo, v lo que padeció por redimir al linage proscrito, nos garantizan para el porvenir la posesion de su misma gloria y de una inmortalidad idéntica, toda vez que sepamos aprovecharnos de los tesoros de gracia que encierran? Por eso quiso el Salvador conservar en su cuerpo glorificado esos trofeos de su victoria; por eso ese conquistador celestial ostenta donde quiera sus nobles cicatrices, símbolos del valor con que peleó por rescatarnos de la esclavitud, y monumentos á la vez de su infinita clemencia, que sin cesar hablan al hombre y le dicen : «Hé aquí el asilo que te preparó el amor para guarecerte de los enemigos de tu felicidad: hé aquí el inagotable erario de los tesoros del cielo. En estas llagas se hallan reunidas

todas las riquezas de la divinidad; de ellas fluyen en abundancia esas aguas misteriosas que purifican el alma, santifican el corazon, v satisfacen abundosamente la sed del que las bebe. De ellas brotan constantemente ausilios que el ignorante mortal desconoce, y un poder que triunfa del vicio y domina las pasiones, y fuerzas superiores á todo el furor del infierno, y gracias mucho mas eficaces que vuestros mismos crímenes. Venid pues todos los que trabajais y estais cargados, que yo os aliviaré. En mis llagas encontrareis el descanso y la paz que no podeis disfrutar en medio de la agitación convulsiva de un mundo en cuvo seno fermenta el crimen, y verve la iniquidad. No importa que vuestros pecados os separen de mi amistad; mayores aun que ellos son mi amor y mi clemencia, y por salvaros recibi en mi humanidad estas heridas que ahora se han convertido en un venero riquísimo de dones celestiales. ¿Sois ciegos é incapaces de ver la luz eterna de la verdad? La claridad de mi gracia os iluminará. ¿ Yaceis inertes, sin movimiento ni accion para la virtud? La fuerza de mi gracia obrará en vosotros y os la hará practicar sin dificultad. ¿Están poseidos vuestros corazones de un frio glacial que les hace insensibles á todo sentimiento generoso? El calor de mi gracia les reanimará con sus santos ardores. ¿Sois cadáveres repugnantes é infectos do solo anida la corrupcion del vicio? La belleza de mi gracia, evocándoos á la vida espiritual, os hará objetos dignos de ternura v de amor. ¿Sois sarmientos estériles sin méritos ni virtudes que puedan grangearos la posesion de mi gloria? La fecundidad de mi gracia, creando y multiplicando en vosotros las buenas obras, os proporcionará coronas inmortales. Así es como la destruccion del pecado y la resurreccion de nuestras almas son operadas por la gracia de Jesucristo, que bajo el carácter de Salvador nos ofrece toda clase de ausilios para conseguir nuestra eterna felicidad.

No bastaba empero esto, sino que para completar su obra Jesucristo resucitado, á los afectos de un amigo sincero, y á los recursos de un Salvador clemente, añade en favor del hombre la omnipotencia de un Dios. ¿Y cómo manifiesta este grande atributo de su divinidad? ¿ Qué aplicacion dá á ese poder irresistible que ha recibi-

do del cielo? Contempladle, C. O., en el cenáculo, y admiraos. «La paz sea con vasotros, vuelve à decir à sus discipulos. Como mi Padre me envió, así tambien os envio yo à vosotros. ¿Y cómo, v adónde, v á qué los envia? ¿Quizás á crear nuevos orbes, á formar nuevos pueblos, á embellecer la tierra con nuevas producciones, á obrar prodigios idénticos á los que su diestra verificara en la formación del mundo? ¿Tal vez á dar vista á los ciegos, á curar á los tullidos, á evocar las victimas del sepulcro, y á darse á conocer en la tierra por toda clase de obras portentosas? ; Ah! no, A. M., no es este el objeto principal de la mision que Jesucristo resucitado confia á sus apóstoles. Próximo á abandonar este suelo y á tornar á la diestra de su Padre, de donde descendiera para redimir á la humanidad, crea un poder espiritual llamado á continuar en el mundo á través de los siglos la grande obra de la reparacion verificada en el Calvario, un poder destinado á perpetuar de generacion en generacion en el seno de su iglesia los copiosos frutos de su sangre y de su muerte; un poder que triunfa del averno y franquea al culpable las puertas de la inmortalidad reconciliando la tierra con el cielo; un poder que solo es propio de Dios y que nadie hasta entonces ejerciera; el poder de perdonar los pecados.....; Qué prodigio! ¿Quién jamás ovó cosa semejante? Recibid el Espíritu Santo, dice à sus apóstoles, dirigiendo hàcia ellos su aliento. A los que perdonáreis los pecados, les serán perdonados, y á los que se los retuviéreis, les serán retenidos.» Hé aquí el lenguaje esclusivo de la divinidad. Solo el que posee la omnipotencia por naturaleza, y tiene en sus manos los destinos del orbe, y es el árbitro universal del cielo y de la tierra, podia hablar de este modo. Y como en Dios el querer es obrar, y el decir equivale á poner en ejecucion lo que espresa, los apóstoles quedan desde luego en virtud de aquella mision sublime investidos de ese poder irrevocable que pasa de ellos á sus sucesores, y se trasmite de unos en otros para bien de la humanidad y dicha del mundo pecador. Los monarcas de la tierra solo tienen un poder limitado que no traspasa las barreras del sepulcro. Alli concluve toda su influencia, alli fenece toda su soberania; un mismo polvo les confunde en la tumba con el artesano y pordiosero:

y si algun monumento legan á la posteridad de su pasada grandeza, el tiempo con su accion irresistible concluye con todo, y todo lo sepulta en el mas profundo olvido. Solo Jesucristo domina ese formidable agente de la eternidad, y crea monumentos imperecederos y obras de eterna duracion. Y entre ellas el poder de perdonar vinculado á su iglesia, es lo mas admirable, lo mas beneficioso, lo mas grande y sublime que puede imaginarse, es como si dijéramos el último rasgo de su soberana magestad, el esfuerzo mas prodigioso de su omnipotencia, el testimonio mas inequívoco de su amor, misericordioso y clemente, el non plus ultra de aquella caridad tierna y compasiva que le arrancára un dia del trono de su gloria para venir á salvar á los miserables pecadores de la ominosa servidumbre de la culpa.

Tal es, A. O. M., el efecto principal, la gran consecuencia de la resurreccion del Salvador. Poco era para su ardientisima caridad, poco para satisfacer sus instintos de piedad y misericordia sin límites, y llenar el inmenso espacio de un corazon cuva vida era el amor, haberse humanado en el seno de una virgen, haberse hecho el blanco de la contradiccion de todo el mundo, y sufrido persecuciones sangrientas, atroces calumnias, tormentos inauditos, angustias indefinibles, y muerte afrentosisima; poco, en fin, el haber vertido gota á gota su sangre en precio de nuestro rescate, y el habernos dejado en su tumba un gérmen de inmortalidad que reanima nuestros sepulcros y nos devuelve la vida perdida. ¡ Ah! El hombre, á despecho de la muerte del Hombre-Dios, debia tornar al pecado, porque era débil, miserable, ingrato, y llevaba en sí mismo ese principio funesto que heredára de su primer padre. ¿De qué le serviria pues la redencion verificada por el Hombre-Dios, si volviendo á ofenderle, quedaba otra vez desheredado del reino que aquel le conquistó con su sangre? Debia perecer irremediablemente, debia ser para siempre victima del infierno, debia quedar eternamente perdido, sin esperanza de rehabilitarse delante de Dios; y esto no lo sufria el corazon compasivo y amante de Jesucristo. Por eso, previendo estas consecuencias, proporciona desde luego el remedio, y debiendo desaparecer del mundo, quiere que el mundo conserve,

mientras duren los siglos, una medicina eficaz para curar las heridas que pueda abrir el pecado; quiere que su cruz permanezca constantemente elevada en un nuevo calvario, y que su sangre corra incesantemente en las fuentes saludables de la reconciliacion, para que en ella se laven los hombres de sus manchas espirituales; quiere en fin que nunca falten al hombre los ausilios de su gracia, y que los efectos de su redencion se perpetúen en favor de él, mediante un nuevo prodigio de su poder y de su bondad; y á este fin instituye esa potestad de perdonar pecados, que reside en la iglesia católica y que nunca podrán destruir sus enemigos, siquiera la hayan combatido y disputado.

Segun este principio incuestionable, aun cuando el alma pueda dejar de vivir en cierto sentido, por faltarla el elemento esencial de su vitalidad, que es su union con Dios, al modo que el cuerpo cesa de vivir cuando deja de estar unido con el alma; pues como dice sábiamente San Agustin, el alma, aunque inmortal, muere sin dejar de existir toda vez que pierde á Dios por el pecado (4); Jesucristo, resucitando de entre los muertos, legó á los hombres un elemento de resurreccion espiritual en virtud del cual, el alma sepultada en la corrupcion del vicio, vuelve á adquirir su antigua belleza, su accion para el bien obrar, su energía para practicar la virtud, su esperanza para optar á los bienes imperecederos de la eternidad.

Ved pues, A. M., como en la resurreccion de Jesucristo encontramos, á la par que los mas sólidos motivos de confianza, los medios mas eficaces para conseguir la salvacion: puesto que si como amigo constante no nos abandona, si como Salvador misericordioso nos ofrece en sus llagas un asilo contra nuestros enemigos y ausilios abundantes de gracia, como Dios omnipotente nos asegura el perdon de nuestras culpas y nos facilita el modo de renovar nuestra existencia espiritual en las fuentes regeneradoras de la reconciliacion. ¡Cuánto no debemos pues agradecer unos beneficios tan inestimables! ¡Con qué fidelidad será justo que correspondamos á unos rasgos tan

⁽⁴⁾ Moritur corpus cum recedit anima, moritur anima si recedat Deus. (S. August.)

brillantes del amor de la misericordia y de la omnipotencia del Hombre-Dios! ¿Abusaremos fementidos de esas mismas gracias para ofenderle? ¿Haremos armas de su misma piedad para escarnecerle? ¿Nos prevaldremos de su misma clemencia para continuar en nuestra vida disipada v criminal? No lo permita el cielo, M. A. O. Si somos hijos de la resurreccion como nuestro mismo Salvador nos llama (1); si aspiramos á ver realizada en nosotros la promesa de inmortalidad vinculada á los descendientes de Ruben (2); si deseamos ser un dia glorificados con el primogénito de los muertos; abandonemos de una vez para siempre los objetos que nos tienen como esclavizados á un mundo que debe desaparecer en breve, y solo fijemos nuestros deseos y nuestras aspiraciones en el bien inestimable de la virtud, único camino que conduce á la verdadera vida, al honor perdurable y á la felicidad sin término. Todo lo demás es indigno del hombre criado para lo inmenso é infinito, indigno del cristiano llamado á poseer en premio de sus merecimientos nada menos que al mismo Dios, á resucitar con Cristo triunfante y glorioso, á disfrutar de su propia grandeza, de su divinidad y de su gloria, á saciarse de sus infinitos atributos, á inmortalizarse con él y vivir en el colmo de una bienandanza inamisible, siempre nueva v siempre antigua, por los siglos de los siglos.

⁽⁴⁾ Luc. XX. 36.

⁽²⁾ Deuter. XXXIII. 6.

PLAN DE UN SERMON laka v verdadera, resulta que alle donde aquella no es

vervind consulatora, es indudable que esa divida par se pinda en la pentencia, condicuon estocial o imprescuntible que exige del Mantire

PARA LA DOMINICA I DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

CUAN IMAGINARIA Y FALSA ES LA PAZ DE LOS CRISTIANOS QUE EN LA SOLEMNIDAD PASCUAL NO SE RECONCILIAN DIGNAMENTE CON DIOS POR MEDIO DE UNA SINCERA PENITENCIA.

Venit Jesus, et stetit in medio, et dixit eis: Pax vobis.

Aparecióse Jesus en medio de sus discipulos, y les dijo: La paz sea -upu lab xiir mababay ata amban Joan, xx, 49, aman sa abayas

estableces an transmillibility split of dentices or incinies; a tabler, solur-Hay una paz que el mundo no puede dar al hombre, y sin la cual en vano pretenderíamos vivir tranquilos en esta tierra; paz preferible á todos los bienes perecederos del tiempo, puesto que nos proporciona los bienes inamisibles de la eternidad; paz infinitamente preciosa y de un valor inestimable, pues es el fruto de la vida, de la muerte y de la sangre de un Hombre-Dios.

Y ved la paz que Jesucristo lega á sus apóstoles antes de subir al cielo, dándoles al propio tiempo el poder de trasmitirla á sus sucesores en el sacerdocio, para que estos á su vez pudiesen comunicarla á los fieles. ¿ Podia establecer de una manera mas auténtica la solidez de esa paz que los pecadores convertidos reciben por el conducto del ministerio sacerdotal en estos dias destinados á celebrar la solemnidad pascual? ¡Pluguiese á Dios que en este punto, pudiera felicitarme con vosotros mas bien que instruiros! Pero reflexiones harto tristes vienen á contrabalancear en mi espíritu esta

verdad consoladora. Es indudable que esa divina paz se funda en la penitencia, condicion esencial é imprescindible que exige del hombre para poder morar en su corazon. Mas como quiera que así como hay penitencia verdadera y penitencia falsa, hay tambien una paz de conciencia falsa y verdadera, resulta que allí donde aquella no es legítima ésta no puede ser sólida y permanente por mas tranquila que aparezca. Y ved el asunto de que voy á hablaros en este discurso haciéndoos ver «cuán imaginaria es la paz de los cristianos que en la solemnidad pascual no se reconcilian dignamente con Dios en virtud de una sincera penitencia.

nod sold koo arkawaana kambadaa aa Ave Maria.

REFLEXION UNICA.

Tomit Jesus, at state in species ... I the law to the

Nada se asemeja tanto en apariencia á la verdadera paz del penitente sincero, como la paz imaginaria de los falsos penitentes. Ambos establecen su tranquilidad sobre idénticos principios, á saber, sobre la absolucion recibida en el tribunal de la reconciliacion, sobre la enmienda de sus costumbres, y sobre la satisfaccion dada al Señor por sus pasadas culpas. Indudablemente son estos los precedentes felices de una paz sólida con Dios: empero como quiera que ella no puede ser tal, sino en tanto que lo son las condiciones en que se funda, es consiguiente que unas condiciones ilusorias no pueden producir sino una paz imaginaria. ¡Y cuántos cristianos se encuentran en este caso! Al salir del tribunal santo en estos dias de indulgencia y de redencion, muchos parecen gozar una paz envidiable, una tranquilidad perfecta, una profunda calma de conciencia. Y sin embargo su paz es engañosa y quimérica, su calma afectada y su tranquilidad aparente, por cuanto su penitencia se funda únicamente en absoluciones falsas, en conversiones simuladas, y en fingidas satisfacciones. Entremos en el detalle de estas tres circunsfancias, gose va ne associal adoption it nearly sets it of the second

4. Absoluciones falsas; tales son las buscadas con artificio, conseguidas por sorpresa ó arrancadas á la fuerza. Velos de iniquidad, fantasmas de penitencia que la iglesia ha reprobado tantas veces en sus concilios, y en virtud de lo cual exige de sus ministros un sábio discernimiento y una firmeza de carácter superior á todas las humanas debilidades. Ilusion engañosa y funesta que ya en sus tiempos lamentaba San Cipriano cuando esclamaba: «¡Oh vana v falsa paz perjudicial á los que la dan, y no menos inútil á los que la reciben! Jamás como en este santo tiempo en que donde quiera se brinda á los pecadores con la paz cristiana que Jesucristo vino á dar al mundo, en que por todas partes los enviados del Hombre-Dios no cesan de repetir las mismas palabras con que él les saludára en el cenáculo al confiarles la sublime mision de perdonar los pecados: Pax vobis; jamás, digo, como en estos dias preciosos se abusa tanto de ese sacramento destinado á devolver al corazon humano la tranquilidad de conciencia que perdió pecando. Se apela á los medios mas reprobables para obtener una absolucion que el Señor no puede ratificar en el cielo, porque es infructuosa faltando el verdadero arrepentimiento y el sincero dolor del alma; se pretende mas bien hallar gracia en el tribunal humano que en el divino; y el resultado de esta ilusion lastimosa, dice San Ambrosio, es mas bien que descargarse del enorme peso de los propios pecados, cargarle en cierto modo sobre las espaldas del ministro de la reconciliacion, haciéndole responsable de una absolucion impremeditada é indebida. Non tan sese solvere cupiunt, quam Sacerdotem ligare. De aqui el buscar muchos en el confesor mas bien un confidente adulador que un juez severo ó un médico prudente; de aquí el hacer un estudio premeditado de las ocasiones menos oportunas, de los tiempos de mayor ocupacion para sorprender la buena fé del sagrado ministro; de aquí el inventar pretestos para evitar que se les difiera una absolucion que no están legítimamente dispuestos á recibir, por cuanto les faltan las condiciones indispensables de arrepentimiento, de enmienda, de fuga de las ocasiones, etc., etc. ¡Desgraciados pastores, esclama el Señor por su profeta, que lisonjean á sus ovejas en el peligro, gritando paz, donde la paz no existe! (Jerem. VI. 14).

¡Infortunado pueblo! decia San Cárlos Borromeo: los que de este modo te bendicen, te maldicen en la realidad. Un mismo precipicio será el término del conductor y del conducido, porque ambos son ciegos y caminan á tientas. No hay penitencia, sino simulacion y fingimiento, dice San Gregorio, allí donde el corazon no se quebranta con el dolor de la ofensa, donde el alma no detesta eficazmente el crimen, donde no existe una decision firme de adoptar todos los medios de evitarle en lo sucesivo, donde no hay un cambio visible en las costumbres, etc... Simulatio est, non pænitentia (1). XY qué decir de los que, como escribe San Cipriano, se vuelven iracundos contra el confesor porque no les permite acercarse al instante á recibir el cuerpo y la sangre del Señor, con una boca manchada todavía con la blasfemia, y con un corazon insuficientemente purgado de la infección de las mas vergonzosas pasiones? Quod non statim Domini Corpus inquinatis manibus accipiat, aut ore polluto Domini sanguinem bibat, Sacerdotibus sacrilegus irascitur (2). Ved pues si una paz fundada en estos precedentes puede ser verdadera v estable. Imposible, así como no lo es tampoco la que procede de una conversion aparente.

2. Innumerables son por desgracia los que en este santo tiempo suspenden, digámoslo así, el curso de sus desórdenes, sin que por eso estén resueltos á destruirlos en su orígen y principio; abstiénense momentáneamente de sus habitudes criminales, pero sin evitar las ocasiones próximas de pecar; hacen tregua con los objetos de sus pasiones vergonzosas, mas sin desentenderse completamente de ellos; aflojan un tanto si se quiere las ligaduras de su cautiverio, pero sin quebrantarlas del todo; y cuando todavía vive en ellos el pecado dominante que les tiraniza, descansan tranquilos en estas equívocas apariencias de conversion, como si hubiesen hecho progresos positivos en la virtud. Y de aquí ¿ qué resulta? Lo que muy oportunamente decia San Bernardo: Arraigados hondamente los vicios en el corazon, renacen inmediatamente y dan frutos centupli-

⁽¹⁾ S. Greg. Pap. Moral. 7, 10.

⁽²⁾ S. Cypr. de lapsis. and should said obnative and obnative and lag

cados; las pasiones reprimidas tornan á pulular con mas violencia y á ejercer en el alma su funesto imperio; enciéndese de nuevo el fuego mal apagado causando nuevos y mas voraces incendios; y reviven con mayor vigor los malos hábitos que parecian muertos: Amputata repullulant, calcata resurgunt, extincta reaccenduntur, mortua reviviscunt.

Y de hecho, al ver en los dias de Pascua correr los fieles á agruparse en torno del sagrado tribunal de la reconciliacion, los sagrados altares sitiados, digámoslo así, por la innumerable multitud de cristianos que se acercan á la sagrada mesa, multiplicarse los ejercicios piadosos, cesar ó moderarse los placeres mundanales, etc., cualquiera creeria ver una reforma general de costumbres, ó al menos una modificacion satisfactoria, preludio de una enmienda total y de una sincera conversion en las diversas clases sociales. Y sin embargo, todo ello no es mas que un fantasma seductor, una apariencia transitoria. Observad lo que pasa poco tiempo despues, y decidme: ¿Advertís un cambio radical en ese mismo pueblo que poco há os edificaba? ¿Hay menos infidelidades en el matrimonio, menos cinismo en la juventud, menos escándalos en la edad madura? ¿Hay menos fraudes en el comercio, menos corrupcion en la administracion de justicia, menos codicia en los pobres, y mas caridad en los opulentos del mundo? (Amplifiquese esta induccion.) ¡Ah! Yo veo la venganza continuar sus estragos, la incontinencia perseguir sus víctimas, la usura despojar del fruto de sus sudores al menesteroso, la injusticia abusar de la triste posicion del desgraciado para insultar á la virtud y burlarse de la inocencia, la maledicencia hincar su venenoso diente en las reputaciones mas intachables, la calumnia ensangrentarse contra el rival ó suplantar al enemigo, la traicion, el perjurio, la difamacion, el cohecho, etc., etc., reinar como siempre en el mundo; y en vista de esto convengo en que la mayor parte de las conversiones solo tienen de tales una falsa apariencia: y por consiguiente, ¿ qué paz, qué calma, qué tranquilidad pueden proporcionar á las conciencias? No, no hay paz para el impío, ni calma para el corazon pecador, que no busca la raiz de sus escesos para combatirlos y esterminarlos en su origen, dice San

Agustin: Pænitentia est causas peccatorum excidere. ¿Y la habrá por ventura para el que solo dá á Dios por sus pecados una satisfaccion fingida?

3. Llamo satisfacciones fingidas las que irritan á Dios lejos de apaciguarle, las que fomentan el pecado en vez de corregirle, las que lisonjean al pecador en vez de enmendarle; y ved con cuánta razon las denomina un Santo Padre vanas imágenes de penitencia, como lo son ordinariamente las que se refieren á los pecados cometidos contra el prójimo. Suponed que uno ha arruinado á otro en sus bienes, ya por medio de vejaciones injustas, ya con pleitos inmotivados, con transacciones fraudulentas ó con usuras paliadas, con empréstitos onerosos ó concusiones violentas. Entre tanto el acreedor reclama, el artesano gime en la miseria, la viuda ó el huérfano soportantodo el peso de una desgracia que les creó la codicia ó la malignidad... ¡Y el miserable autor de tantos males ofrece por toda satisfaccion á Dios sus plegarias, y multiplica sus ofrendas sobre el altar! ¿Es esta una satisfaccion aceptable y proporcionada? Y el que arrebató á sus prójimos el honor, bien mas precioso que todos los tesoros, manchando calumniosamente su intacta reputacion, sembrando por do quiera las sospechas mas injuriosas, las noticias mas absurdas, los relatos mas envenenados, haciendo pasar la vida de los demas por la aguda espada de su lengua llena de hiel de áspides, segun el simil de la Escritura, ¿satisfará condignamente por tantos pecados dando alguna limosna, socorriendo alguna necesidad ó visitando á algun enfermo? ¡Falsa satisfaccion! (Discúrrase igualmente por los ódios, las enemistades, las venganzas, etc.)

No, no bastan á apaciguar al Señor semejantes satisfacciones, sino que mas bien le irritan y encienden mas su cólera divina: porque es un Dios justísimo que ama sobre todo la justicia, y jamás podrá suscribir á la maldad, ni transigirá con el crímen, ni se hará cómplice de unos delitos que reclaman una espiacion grande, una satisfaccion conveniente y proporcionada á los perjuicios que ocasionaron.

Tampoco son suficientes para reparar el pecado unas satisfacciones que no emanen de las virtudes directamente opuestas á los vicios que se trata de espiar. Menester es oponer la restitucion á la usurpacion, á la enemistad la reconciliacion, al ódio la caridad, etc., etc. Todas las demás obras, por buenas que sean, no destruyen los dañosos efectos del pecado, y por consiguiente no satisfacen por él de una manera digna de obtener la paz del alma que es fruto de la divina gracia, etc.....

Por último, ni aun siquiera son penas satisfactorias, propiamente hablando, semejantes satisfacciones, por cuanto lejos de mortificar al culpable, no hacen sino lisonjearle impunemente. Orar, ayunar, dar limosna, no son cosas que se aceptan con repugnancia, porque no se resisten al amor propio. Empero hablad al que se ha enriquecido por medios ilegales é injustos de restituir lo mal habido; mandad al calumniador que se desdiga de las calumnias que ha vertido contra sus prógimos; intimad la separacion á dos personas unidas con lazos ilegítimos, y vereis qué de obstáculos imaginarios, qué de inconvenientes presuntos, qué de quiméricas dificultades oponen... ¿Por qué? Porque este género de satisfacciones humillan, incomodan y mortifican al pecador. Y en este caso, ¿ qué reposo, qué tranquilidad, qué paz puede haber en una conciencia que así se resiste á practicar lo que Dios manda, lo que la justicia exige, lo que la equidad reclama? etc.....

Basta lo dicho para persuadirse de que allí donde no hay penitencia sincera, no hay calma posible, ni paz estable, y por consiguiente, cuán imaginaria es la paz de los falsos cristianos que en la solemnidad pascual no se reconcilian sinceramente con Dios, mediante una penitencia que envuelva todas las condiciones que dejamos espresadas.

¡ Plegue al cielo, A. O. M., que ninguno de nosotros se halle comprendido en este número! ¡ Ojalá podamos lisonjearnos de haber llenado todas las condiciones que de nosotros exige el precepto de la confesion pascual, á fin de que Jesucristo, viniendo á nuestros pechos, pueda decirnos como á sus discípulos en el cenáculo: Pax vobis; la paz sea con vosotros; no esa paz ficticia y simulada que se funda en ahogar el grito de una conciencia criminal, no esa paz momentánea que surge de la indiferencia y del olvido de las eternas

verdades de la religion; no en fin esa paz quimérica que solo tiene por débil base una penitencia ilusoria ó tal vez sacrilega; esa paz es la calma del crimen y la tranquilidad del infierno; sino aquella que tiene su origen en Dios, que procede del testimonio de una conciencia pura é intachable, que se afianza en el cumplimiento de los deberes sagrados del cristianismo, y está garantizada por una penitencia sincera, dolorosa, eficaz, y dispuesta á sacrificarlo todo antes que ofender de nuevo á Jesucristo, con quien se ha resucitado á la vida de la gracia. Paz envidiable, paz preciosa, paz preludio de la eterna bienandanza reservada á los justos en la otra vida, paz que en el tiempo forma la verdadera dicha del hombre, y le dispone á recibir en la eternidad la inamisible aureola de los predestinados, que os deseo á todos, etc.

TEXTOS DE LA ESCRITURA RELATIVOS Á ESTE ASUNTO.

«Donum et pax est electis Dei. (Sap. III. 9.)

»Et curabant contritionem filiæ populi mei cum ignominia dicentes: pax, pax, et non erat pax. (Jeremiæ. VI. 14.)

» Opus justitiæ pax. (Isaiæ. XXXII. 17.)

» Non est pax impiis. (Ibid. XLVIII. 22.)

»; Væ quæ consuunt pulvillos sub omni cubito manus, et faciunt cervicalia sub capite universæ ætatis ad capiendas animas! (Ezech. XIII. 18.)

»Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt. (Isaiæ. III. 12.)

» Gloria, et honor, et pax omni operanti bonum. (Rom. II. 10.)»

PASAJES DE SANTOS PADRES.

«Qui pacem veram habere desiderat, primum cum Deo habere contendat, quam non habere convincitur qui non sic vivit quomodo Deus præcipit esse vivendum. (S. Aug. Serm. 28 de commun.)

»Pax vera non est illa, quam sibi invicem videntur adulteri præbere, et quam sibi præstare videntur raptores, ebriosi, luxuriosi, maledici, superbi, etc. (Id. Serm. 8. in commun.) »Diabolus posuit in cælo bellum, in paradiso fraudem, odium inter primos fratres, in omni opere nostro cizania seminavit. (Id. Serm. 4.)

»Sunt qui legem Dei omnino nescientes, malas concupiscentias nec in hostibus deputant, eisque miserabili cæcitate servientes, insuper etiam beatos se putant, satiando eas, potius quam domando. (Id. de Contin. 2.)

» Christus Dominus noster pax est; vadens in cœlum, vexillum demisit dicens: pacem meam do vobis. (S. Chrisost. Hom. 36 in Matth.)

»Infida et instabilis hujus mundi pax, quæ pro commodis quæritur, aut pro timore servatur. (Id. Serm. 439.)

»Sanum est corpus: adversitates et tentationes, quæ animum enervant, sedatæ sunt; ¿quid superest nisi securitas? Cave, væ huic securitati, væ paci huic, de qua dicit ipsa veritas: Dum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt omnia quæ possidet. Tunc ergo dum omnia prospera sunt et tranquilla, cave ne fortis armatus Satanas sine resistentia possideat te. Noli dicere apud te, quod dixit ille dives, cujus ager uberes fructus attulit: Anima mea, habes multa bona reposita in annos plurimos, comede, bibe, epulare; quia cum dixerint pax et securitas, tunc repentinus superveniet eis interitus, et non effugient. Tu vero, si vis pacem et securitatem veram habere, vide ne unquam securus sis, sciens pro certo nihil tibi tan timendum, sicut præsenten pacem, quæ sine dubio æternum generat timorem. (S. Bernard. Tract. de Pass. Dom. C. 21.)

» Si pacis victoria placet, nequaquam displiceat mundi conflictus. Utrumque necessarium est. Arma ergo certàminis spiritualia arripite, et viriliter contra mundum et vitia præliamini. (S. Laur. Just. in Francisci. amor. 16.)

»Pacifici non incongrue censendi sunt illi, qui semper gladium spiritus evaginatum tenentes, adversus aereas potestates minime templum Dei maculare permittunt. (Id. De humilit. c. 20.)»

SERMON

Danbelos posois to en lo beliam, la naradiso intuden, celtan

PARA LA DOMINICA II DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

AChristos Demines noster paviest; radons in dodnin, overfilma

DEBER Y NECESIDAD DE IMITAR À JESUCRISTO PARA APROPIARSE LOS FRUTOS DE SU RESURRECCION.

Abantin est corpus : adversiletes et tentationes, que noiman enervant, sedate sunt: rand superest mis seturitas? Cave, var

Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus.... Eratis enim sicut oves errantes, sed conversi estis nunc ad pastorem animarum vestrarum.

Jesucristo padeció por nosotros, dándoos ejemplo para que sigais sus pisadas.... Antes andábais como ovejas descarriadas, mas ahora os habeis reunido al pastor de vuestras almas.

і. Реткі, п. 21, 25.

La mas alto deber del cristiano, su obligación primaria y culminante desde el momento en que en las fuentes regeneradoras del bautismo queda investido de este carácter y marcado con el sello de la redención, es identificarse con Jesucristo mediante una imitación lo mas exacta posible de las obras y ejemplos admirables de su divino prototipo. Así es que San Pablo, en todas sus cartas, exhorta á los fieles con el mayor encarecimiento á ser constantes imitadores del Salvador cual cumple á hijos muy amados por quienes no vaciló en sacrificarse (1); á revestirse como de un ropaje honroso de las virtudes que legó al mundo ese modelo de la mas alta perfección (2), y á no apartarse un ápice de la senda que nos dejó trazada para llegar á la

⁽⁴⁾ Ephes. V. 4.

⁽²⁾ Rom. XIII. 14.

bienaventurada vida que él conquistó con su muerte, y entró á poseer despues de su resurreccion. En esto mismo insiste el príncipe de los apóstoles en la elocuente exhortacion que acaba de leer el sagrado ministro: «Sabed, dice, que Jesucristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo para que sigais sus huellas. Jamás cometió pecado alguno, ni se halló dolo en su boca. Cuando le maldecian no retornaba maldiciones: ni prorumpia en amenazas cuando le atormentaban, sino que por el contrario, entregábase en manos de sus injustos jueces. El es quien llevó en su cuerpo la pena de nuestros pecados sobre un leño, á fin de que nosotros, muriendo á la culpa, vivamos únicamente para la justicia: puesto que con sus heridas fuísteis sanados. Hasta entonces andábais errantes cual ovejas descarriadas: ahora empero os habeis reunido al pastor de vuestras almas.»

No fué por cierto estéril esta sublime doctrina en los tiempos primitivos de la iglesia. Los verdaderos creyentes hacianse un deber de practicarla hasta el heroismo: y las admirables virtudes que florecieron en aquella época envidiable donde quiera que el cristianismo penetraba llevado por el celo de los discípulos del Crucificado, son un monumento imperecedero de la saludable influencia que el Evangelio ejerció en todas las clases y condiciones bajo este punto de vista. San Pablo, que era por decirlo así el eco fiel de esta doctrina, su mas elocuente intérprete, su personificacion mas exacta, nos muestra en su persona el modelo mas acabado del hombre nuevo segun Jesucristo, reengendrado por él en justicia y santidad, ora desplegando las bellezas de una caridad dulce é insinuante que cautiva los corazones mas rebeldes á la gracia, ora ostentando la mas heróica firmeza en medio de las persecuciones y de los peligros de todo género; ya identificándose con los que sufren, ya rebosando gozo celestial bajo el peso de las cadenas, renunciando á toda gloria que no sea la cruz del Salvador, y llevando impreso siempre en su cuerpo y en su alma el sello de los padecimientos y de la muerte del Hombre-Dios. of sobol of offiliano omos obarquismos, ofsirousof

¡Cuán pocos son hoy dia los que siguen esta conducta y reconocen la obligación de imitar á Jesucristo! Y sin embargo, esto no solamente es un deber para todo cristiano, sino que es además una necesidad. El primero se funda en los compromisos que cada cual contrajo en el día de su regeneracion espiritual: puesto que habiendo adoptado el pendon del Crucificado y alistádose en su milicia, solo puede pertenecer á él v ser suvo el que sigue donde quiera las pisadas é imita los ejemplos de su gefe. Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus. La segunda surge de nuestra misma situacion, y la confirma nuestro propio interés. ¿ Por qué en lo general viven los hombres sin principios fijos, sin fé, sin leves y sin espíritu de caridad? ¿Por qué se les vé errar á la ventura cual ovejas descarriadas, por las vias tortuosas del error, de la licenciosidad y del vicio, sin moral, sin dogmas, sin regla alguna de conducta capaz de contenerles en los justos límites de la moderacion, de la justicia y de la verdad? Porque desconocen la obligacion de imitar á Jesucristo, y se desentienden de su doctrina, y postergan sus ejemplos: y por lo tanto, fuerza es evocar estos mismos ejemplos y esta doctrina, para atraer los espíritus estraviados al aprisco del divino pastor de nuestras almas: Eratis enim sicut oves errantes, sed conversi estis nunc ad pastorem animarum vestrarum. «Deber y necesidad de imitar á Jesucristo para apropiarse los frutos de su resurreccion,» hed aquí en compendio los dos puntos que me propongo desenvolver en este discurso, etc.

ovenn budmen tele obsidere see elebon le sad Ave Maria. Jeen of ent

PRIMERA REFLEXION.

Si hay un deber acerca del cual exista una verdadera identidad de sentimientos y de creencias, es á no dudarlo el de la imitacion de Jesucristo, considerado como caudillo de todos los cristianos, como cabeza de todos los predestinados, como el hombre modelo que se dió al mundo en ejemplo de todas las virtudes, de todas las accio-

nes grandes y generosas, y tipo de toda perfeccion en el órden religioso y social. Los oráculos sagrados, los escritos de los doctores de la iglesia, y mas que todo su vida de pensamiento y de accion, nos inculca esta verdad sin dejarnos la menor duda acerca de ella, y nos convence de que nos es imposible levantar el edificio de nuestra propia santificacion, ni llegar á merecer los copiosos frutos de la resurreccion gloriosa del divino Salvador, sino imitando la vida de aquel que por nosotros descendió del cielo para enseñarnos el camino de la positiva gloria y de la sólida bienandanza en la mortificacion de los apetitos desordenados, en el vencimiento de las malas pasiones, en la lucha contra la rebeldía de la carne, en la cruz, en el martirio y en el sacrificio. Donde quiera hallamos un lenguaje idéntico, una voz comun, que nos dice que no podrá ser coronado sino el que peleare con valor (1), que es preciso padecer, combatir y triunfar, bien así como Jesucristo sufrió y peleó para poder entrar en su reino (2); que para participar de sus consuelos es indispensable asociarse á sus amarguras (3), y en semejantes documentos abunda la Escritura en todas las páginas del nuevo testamento. Ojead las producciones de los grandes génios del cristianismo, y vereis en todas ellas impreso este mismo sello. Aqui admirareis la energía con que exhortan al pueblo fiel á estudiar en el Evangelio las diversas fases de la vida de Jesucristo, á identificarse con él v á modelar sus pensamientos, sus afectos y sus acciones, segun ese precioso tipo; allí les vereis recordar llenos de uncion á los que sufren víctimas de la adversidad, las contradicciones, penas y sinsabores, los dolores, amarguras y tormentos que devoró el redentor de la humanidad, siendo el justo por escelencia, y el objeto digno de la admiración de los siglos. En todas circunstancias y en todos los estados él es el ejemplo que evocan y el modelo que ofrecen á cuantos tratan de encaminar por las sendas de la salvacion; y al idólatra del placer le presentan la vida austera y mortificada del Hombre-Dios; y al enemigo del trabajo le recuerdan á Jesus de Nazareth proporcio-

⁽⁴⁾ II. Timot. II. 5.

⁽²⁾ Luc. XXIV. 26.

⁽³⁾ II. Cor. I. 7.

nándose con el sudor de su frente el preciso sustento; y al que soporta con pena los trabajos de una existencia enojosa le muestran el Calvario y la cruz en que fué clavado; y al que murmura audaz de las disposiciones de la Providencia, le proponen su dulce y heróica resignacion á los decretos del cielo; y al vengativo le exhortan á imitar al que siendo Dios no vaciló en rogar próximo á morir en favor de sus mismos verdugos; y al iracundo le hablan de la mansedumbre del que cual inocente cordero ofreció sin hablar palabra su cuello al cuchillo de sus sacrificadores. A todos, en una palabra, les hacen un deber de seguir tan sublime ejemplo, como condicion indispensable para ser discípulos dignos de Jesus, quien de sí mismo dijo: «Aprended de mí que sov manso y humilde de corazon (1). Sed perfectos como lo es vuestro padre celestial (2). Ejemplo os he dado para que obreis como vo he obrado (3). El que me sigue no andará en tinieblas (4). Quien quiera que no toma su cruz y camina en pos de mí, no puede ser mi discipulo (5).»

Hed ahí el deber y la sancion formulados por la boca del mismo legislador. Para pertenecer á Jesucristo es indispensable ser de su escuela, practicar su doctrina, poner en ejecucion sus ejemplos: puesto que aquellos á quienes Dios predestinó para su gloria, deben llevar marcada en sus obras la imágen de su unigénito (6); y todo el que no presenta en su vida ese gran tipo de toda perfeccion humana, todo el que no posee el espíritu y las obras de Cristo, no es de Dios, ha dicho San Pablo (7), ni por consiguiente merece el honroso nombre de cristiano que profana con sus vicios. ¡Cómo! esclama elocuentemente San Agustin (8): ¿Es posible que nos atrevamos á aspirar á la bienandanza del cielo, rehusando adoptar los medios

⁽⁴⁾ Matth. XI. 29.

⁽²⁾ Ib. V. 48. notation also religions and magnificant objects

⁽³⁾ Joan. XIII. 45.

⁽⁴⁾ Ib. VIII. 12.

⁽⁵⁾ Matth. X. 38.

⁽⁶⁾ Rom. VIII. 29.

⁽⁷⁾ Ib. 9.

⁽⁸⁾ S. August. Serm. 47 de sanctis.

indispensables que Jesucristo nos propone para conseguirla? ¿Nos lisonjearíamos de ser con él glorificados, sin imitar sus virtudes, sin participar de sus trabajos, sin haber triunfado como él de nuestra carne y de nuestras pasiones, sin haber luchado antes como él contra nuestros enemigos espirituales, y apurado el cáliz del dolor y de la tribulacion? De ninguna manera es miembro suvo el que se resiste á padecer con la cabeza, ni resucitará con él á la vida inmortal, quien á ejemplo suvo no murió á las pasiones y á los vicios, ni merecerá engalanarse con la aureola del vencedor, el que cobarde huyó del peligro.» Bueno que el cristiano se complazca y deleite, dice San Gregorio, en la contemplacion de las eternas delicias del cielo: pero que no le intimide ni arredre la perspectiva de los combates que es preciso dar antes de llegar á poseerlas (1). De otro modo, ¿en qué fundaria el hombre su esperanza de participar de la inmortalidad bienaventurada del Salvador, sin una asimilacion lo mas perfecta posible de su santa vida, de sus heróicas acciones y de sus largos padecimientos? San Gerónimo ha dicho con harta verdad que el cristiano debe ser un segundo Cristo en virtud de su exacta semejanza con ese divino modelo: y por consiguiente amar lo que él amó, detestar lo que él aborreció, huyendo de la soberbia, de la avaricia, de la sensualidad, de la envidia y de todos esos escesos que arrastran el alma al abismo del mal, y practicando la caridad, la mansedumbre, la modestia, la pureza, la humildad y las demás virtudes evangélicas de que tan bellos ejemplos nos legó el Hombre-Dios para nuestra enseñanza. De este modo nos revestiremos de la librea de nuestro Señor Jesucristo, como nos lo manda San Pablo (2), y cumpliremos los votos que espontáneamente hicimos en el dia de nuestra regeneracion espiritual. ¿No prometimos allí renunciar para siempre á Satanás, al mundo, sus pompas y sus obras? ¿No aceptamos el Evangelio por nuestra única ley, y á Jesus por único maestro y legislador? ¡Y pretenderíamos ahora amalgamar las tinieblas del error con la luz de la verdad, y las máximas del siglo con las

bos impore do importa descripto, economicos entre de morridado

⁽¹⁾ S. Greg. Pap. Homil. 37 in Evang.

⁽²⁾ Galat. III. 27.

prescripciones de la religion! ¡Intentariamos servir al mismo tiempo á Dios y á Luzbel, cumplir nuestros deberes religiosos sin contrariar nuestras pasiones, llenar nuestra vocacion al cristianismo sin dejar por eso de satisfacer nuestras inclinaciones desordenadas! Imposible. Nadie puede complacer á la vez á dos señores diametralmente opuestos; Jesucristo y el mundo representan dos principios distintos que reciprocamente luchan entre si, se chocan, y tienden cada cual á su mútua destruccion. No hay medio: ó es preciso renunciar al primero para seguir al segundo, ó si se ha de obedecer á aquel fuerza es abandonar á este. Entre la vida muelle, licenciosa y disipada del uno, y la vida grave, austera, laboriosa y mortificada del otro, existe un antagonismo mortal, una repulsion invencible. La eleccion pues no es dudosa : ó seguir por el camino ancho y florido de los goces mundanales, ó crucificar la carne con sus vicios y concupiscencias, marchando por la estrecha y erizada senda del Calvario. Pero reparad, M. A. O., que al fin del primero se abre un abismo inconmensurable que termina en el infierno, en vez de que la segunda va á finalizar en el cielo. ¡ Y ay de aquellos que al presentarse en el dia supremo ante el tribunal del eterno juez, no lleven marcado en sus frentes el sello del Cordero, mediante una semejanza visible con la vida y virtudes de Jesucristo crucificado! Por demás será que le llamen Señor, Señor; en vano que intenten hacer valer su cualidad de cristianos y de hijos de la iglesia católica. Esta doble cualidad, si bien honrosa, no bastará entonces á salvarles del rigor de la divina justicia, ni á parar el golpe de la cólera celestial que fulminará contra ellos aquel terrible anatema: «No os conozco, no sois de los mios, no me perteneceis, puesto que no veo en vosotros mi imágen, ni habeis imitado mis ejemplos, ni practicado mis virtudes. Alejaos de mí, operarios de la iniquidad, id al fuego perdurable que alimenta sin cesar mi indignacion, preparado para Satanás v sus ángeles.» Pero no nos detengamos mas en este punto: y considerada ya la gravedad del deber que nuestro carácter nos impone de imitar á Jesucristo, veamos brevemente la necesidad que tenemos de hacerlo en vista de nuestro propio interés.

SEGUNDA REFLEXION.

Cuando digo que es una necesidad para todo cristiano seguir las huellas de su divino Salvador, no aventuro una proposicion aislada ó gratuita, sino que establezco una verdad incontestable, un principio sólido, fundado en la naturaleza misma del hombre v en los altos destinos á que está llamado por su vocacion al cristianismo. Sobre que la felicidad es el objeto constante de todo sér racional y el fin á que tienden todas sus aspiraciones, y que ésta no puede existir en la tierra, ni llegar à conseguirse en la otra vida sino mediante el ejercicio de las virtudes que con su ejemplo nos enseñó Jesucristo, resulta que está en el interés de todo el que anhela á ser un dia bienaventurado el identificarse con ese divino prototipo si ha de ver realizadas sus esperanzas y satisfecho ese irresistible impulso que le arrastra hácia la inmortalidad. Además de que si, como dice el mismo Salvador, no es mayor el siervo que el señor, ni el discipulo de mejor condicion que el maestro (1), seria indudablemente una aberración, un absurdo intentar consignar otro medio ó establecer otro camino para llegar á la posesion de nuestros futuros destinos, que el que siguió el mismo jefe y caudillo de los creventes para conseguir su eterna bienandanza. Ahora bien, ¿ no fué practicando todas las virtudes evangélicas que con su palabra enseñára, viviendo humilde, mortificado, paciente, laborioso, obediente y casto, ejerciendo donde quiera la beneficencia con el menesteroso, la caridad con el enfermo, la compasion con el desgraciado, la tolerancia con el culpable, correspondiendo con beneficios á la ingratitud de sus émulos, oponiendo las buenas obras á la envidia de sus antagonistas, rechazando con la mansedumbre la perfidia de sus calumniadores, venciendo con la generosidad el ódio de sus enemigos, devolviendo perdon por injurias, pagando con amor la venganza, y haciendo

⁽¹⁾ Joan. XIII. 46.

donde quiera y á todos indistintamente todo el bien posible, como Jesucristo conquistó un nombre eterno, una gloria inmarcesible y una felicidad sin semejante? Luego es una necesidad de todo punto indispensable seguir este ejemplo, ejercer estas virtudes, practicar estas sublimes enseñanzas, identificarse con este precioso modelo, trasladar á sí esa bella imágen, personificar en una palabra en las obras al Salvador de la humanidad y retratarle en nuestras almas con la posible esactitud, para poder optar á una bienandanza idéntica. De otro modo, ¿ cómo seria dable realizar ese pensamiento, verificar esa aspiracion incesante de nuestros corazones? ¿Cómo vivir con Jesus en la eternidad si en el tiempo no hubiésemos imitado su vida? ¿Cómo resucitar con él á la gloria, si no hubiésemos muerto con él al mundo y á sus vicios? ¿Cómo ceñir la diadema de los inmortales que él conquistó con su sangre, si no hubiésemos peleado á su lado y vertido la nuestra luchando contra nuestras pasiones? ;Jamás! Y no se diga que es imposible imitar á Jesucristo, pobre y miserable como es el hombre, propenso de suvo al mal, débil para hacer frente á los enemigos que le combaten, y cercado por todas partes de peligros inminentes. Cierto que nunca podrá llegar el mortal á una perfeccion tan consumada en la virtud, ni tocar á una altura tal como llegó el Salvador. Pero ¿quién ha dicho que no pueda aspirar á imitar sus ejemplos y aproximarse á su santidad á una distancia proporcionada á sus fuerzas? ; Intentaria acaso Jesucristo avanzar una paradoja, ó burlarse de la humanidad cuando decia: «Aprended de mí?» ; Blasfemia! Nunca el Señor exigió imposibles, ni permitió que el hombre fuese tentado mas de lo que puede resistir (4), ni rehusó sus ausilios al que confiado en él se lanza á la gran liza de la virtud. «Todo lo puedo, esclamaba el Apóstol, en el Dios que me fortalece y alienta (2):» y esto no era un rasgo de vana arrogancia ni de orgullosa temeridad, sino la espresion de un convencimiento intimo del poder de la gracia de Jesucristo. Pero téngase presente que esta gracia es un don ligado á la fidelidad del hombre

⁽⁴⁾ I. Cor. X. 43.

⁽²⁾ Philip. IV. 43.

en cumplir los divinos preceptos, el fruto de la perseverancia, y la recompensa del heroismo, que supone la cooperacion de la criatura á los designios misericordiosos de la Providencia. Pues como sábiamente escribió San Agustin, «el que sin el hombre crió al hombre, no podrá salvarle sin el hombre.» Y de aquí surge una nueva demostracion de la necesidad que tiene de imitar á Jesucristo, practicando sus virtudes, para con ellas merecer esos ausilios que santifican y salvan al que aprovechándose de ellos camina por las sendas del bien. Necesidad apoyada en los hechos y confirmada por la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos. ¿Cómo conquistaron el cielo los antiguos patriarcas y profetas, sino viviendo conforme á la idea que tenian del futuro Salvador, de quien eran tipos misteriosos todos los símbolos de la ley primitiva, preñada de Cristo al decir de S. Agustin? ¿Cómo se han hecho dignos de entrar en la gloria los justos de la ley de gracia sino tomando á Jesus por consejero, por maestro y por modelo, y siguiendo donde quiera su luminosa huella? No sino despues de haber retratado en sus almas la imágen de ese precioso tipo, despues de haber practicado sus heróicos ejemplos, despues de haber peleado como valientes contra el mundo y el infierno, recibieron de las manos de ese insigne triunfador la palma de la victoria, y cogieron el fruto del árbol de la vida en el ameno jardin del Paraiso. Jesucristo, en fin, que ha simbolizado toda la vida humana durante su mansion en la tierra, ha sido, es, y será siempre el único modelo digno de imitacion, el ejemplar vivo del cristiano, y el camino único que deben emprender cuantos aspiran á entrar en la tierra prometida despues de su penosa peregrinacion en el mundo. Todo lo que no sea identificarse con él es desconocer la necesidad mas apremiante que el hombre tiene en el orden moral, es desentenderse de su vocacion, es renunciar al porvenir dichoso á que incesantemente se ve arrastrado por su misma naturaleza, es en una palabra dejar de ser cristiano, ultrajar su carácter, hollar su dignidad, menospreciar sus altos destinos y lanzarse voluntariamente en el abismo de la perdicion.

¿ Quereis pues, A. O., llenar cumplidamente lo que significa vuestro nombre? Pues realizad en vuestra conducta la idea grandiosa

que á él está unida. Imitad al Salvador, aspirad á ser unos segungundos Cristos despojándoos de cuanto el hombre viejo tiene de contrario á sus principios y enseñanzas, y revistiéndoos del nuevo conforme en un todo á la imágen del hijo de Dios. A la manera que el pintor antes de poner mano á su obra, cuando se propone trasladar esactamente al lienzo los rasgos de un cuadro magnifico, procura penetrarse bien del objeto é identificarse con él en cierto modo por el pensamiento, estudiándole sucesivamente en sus detalles, en su conjunto, y examinando sus bellezas esenciales y características, no de otra suerte debeis vosotros estudiar la vida del Salvador, cuadro interesante, conjunto admirable de todas las perfecciones, para trasladar á vuestras almas su retrato. La consideracion atenta de sus virtudes, la meditación profunda de sus enseñanzas y ejemplos, escitará vuestra fé, inflamará vuestro corazon y os hará conocer el precio inestimable de una vida modelada sobre ese divino original. ¡Ah! ¡Cuán despreciable os parecerá todo cuanto existe bajo del cielo comparado con aquella felicidad permanente é inamisible que os espera en la eternidad! ¡Cómo reconocereis que el mundo no es mas que figura fantástica, y todo cuanto promete afliccion y vanidad, y que solo hay de real y positivo servir y amar á Jesucristo! ¡Cómo os penetrareis de la insubsistencia de unos goces que engendran el hastio, de la nulidad de unas riquezas que dejan en el corazon un vacio inmenso, del peligro de unos honores que escitan el orgullo y crean el endurecimiento, de la nada en fin de cuanto el hombre estima no siendo mas que humo, sujeto como está al capricho de las pasiones y á los azares de la eventualidad! ¡Cómo confesareis que la tierra es un destierro, un campo de combates, una arena sangrienta, un valle de lágrimas, en donde no hay mas que luchas, peligros, contradicciones y amargos desengaños! Entonces no dudareis esclamar con el Apóstol: « Lejos de mi cifrar mi gloria en otra cosa mas que en la Cruz de mi Salvador, en vivir con el Crucificado al mundo y á las pasiones, en imitar su vida, en practicar sus altísimos ejemplos, y en ejercer sus virtudes. Para esto murió por nosotros á fin de animarnos á seguir sus huellas: para esto como pastor amante de nuestras almas, nos reunió en derredor de su aprisco cuando

á manera de ovejas descarriadas andábamos errantes por los estraviados senderos del error y del vicio. ¡Dichosos mil veces si así lo haceis! Imitando á Jesus disfrutareis en la tierra de esa paz profunda que os legó en su resurreccion como premio de la fidelidad y de la constancia, y recogereis despues sus frutos copiosísimos, viviendo con él en una bienaventuranza interminable en el seno de la inmortalidad.

Los suig parter hours. Rouge parter unitaria grant det und dicher rous.

PLAN DE UN SERMON

PARA LA DOMINICA II DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

OBLIGACION EN QUE ESTÁN TODOS LOS SUPERIORES DE VELAR POR EL BIEN ESPIRITUAL DE SUS SUBORDINADOS, Y TREMENDA RESPONSABILIDAD QUE PESA SOBRE LOS QUE NO CUMPLEN ESTE DEBER SAGRADO.

Ego sum pastor bonus. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. Mercenarius autem, cujus non sunt oves propriæ, videt lupum venientem, et dimittit oves, et fugit.

Yo soy el buen pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo desampara las ovejas, y huye.

Joann. x. 11, 12.

Entre los diversos dictados que Jesucristo se atribuye en su Evangelio, ninguno tal vez como el que hoy se dá en el texto que acaba de leerse, encierra lecciones tan sublimes y documentos tan importantes de conducta cristiana. «Yo soy, dice, el buen pastor. El buen pastor sacrifica su vida en bien de sus ovejas. Pero el mercenario de quien no son propias las ovejas, en viendo venir el lobo, desampara las ovejas y huye,» etc.

Esta honrosa cualidad conviene á todas las personas que en el mundo se hallan constituidas en superioridad, respecto de sus subordinados. No solamente los prelados de la Iglesia, sí que tambien los gobernantes, los gefes de familia, y cuantos ejercen algun cargo público ó privado que exige dependencia por parte de otros, son otros tantos pastores á quienes incumbe el deber sagrado é impres-

cindible de velar por sus súbditos, de dirigirles por el camino del bien, de apartarles de los escollos donde peligra la virtud, y de contribuir por todos los medios que están á su alcance á la salvacion de sus almas. Deber tanto mas grave, cuanto que sobre ellos pesa una tremenda responsabilidad si no le cumplen, pues como asegura el Apóstol, deben dar cuenta un dia ante el tribunal del Juez supremo, de la perdicion de aquellos que por su culpa ó negligencia hubiesen perecido. De este deber y de esta responsabilidad voy á ocuparme en el presente discurso, despues de haber invocado los divinos ausilios, etc.

and sum sol saidong sol mes on our oisosibut. Ave Maria ill. Suson

REFLEXION UNICA.

- reines. T par que no se la contrata don tanto de todos enques ejences superioridad en la tierra, ora sean padres o maestros, ora 1. Por dura y pesada que parezca la responsabilidad que envuelve el destino de superior, no es sino una consecuencia inmediata de éste; y consideradas las cosas á la luz de la sana razon y de la cristiana filosofía, nada hay mas justo y conforme á las reglas de la equidad, que así como el superior ejerce ciertos derechos incuestionables sobre las personas de sus subordinados, asi tambien deba velar sobre ellos y procurar muy particularmente el bien espiritual de sus almas, á fin de poder decir con Jesucristo: «Yo sov el buen pastor,» etc. La razon de esto es muy obvia. Todo gobierno, aun en el órden temporal, ha sido instituido por Dios con el objeto primario y culminante de conducir á los hombres á su último y legítimo fin y á su felicidad suprema. Consistiendo pues esta felicidad eterna en la salvacion del alma, es consiguiente que los que en este mundo han recibido el poder y la mision de mandar y dirigir á sus semejantes, están obligados bajo su responsabilidad á conducirles á sus verdaderos destinos, si han de llenar debidamente la vocacion que recibieran conforme á los designios de la Providencia.
- 2. Esta ley comun á los reyes, príncipes, magistrados, y á todos los poderes constituidos por Dios en el órden religioso y social, cual-

quiera que sea su denominacion, fué reconocida por los mismos paganos: así que no es de estrañar que los padres de la Iglesia católica hayan hecho de ella uno de los principales artículos de la moral cristiana, y que fundados en los sublimes principios del Evangelio hayan establecido como una verdad inconcusa, como un dogma de alta sabiduría la solidaridad que pesa sobre todo el que ejerce las funciones de superior respecto de los actos de sus súbditos, cuando éstos por la negligencia ó descuido del pastor se desvian del camino recto del deber.

- 3. No sin mucha razon y si con un profundo conocimiento de las cosas, dijo el P. San Ambrosio que no son los pueblos los que han sido hechos para los reyes, sino que, propiamente hablando, y en los inefables designios de Dios, son éstos los que están destinados con relacion á aquellos, puesto que su mision es hacer la felicidad de sus reinos. ¿Y por qué no se ha de decir otro tanto de todos cuantos ejercen superioridad en la tierra, ora sean padres ó maestros, ora amos ó cabezas de familia, etc.?
- 4. Todo poder, toda autoridad, dice San Gregorio, no es sino una emanacion y una participacion de la soberania de Dios: de donde infiere el santo doctor, que ella debe ser ejercida del mismo modo v con idénticos fines que el Señor la ejerce sobre sus criaturas. Ahora bien, ¿no veis como éste siendo independiente y no siendo deudor de cosa alguna al hombre, se acomoda no obstante á nuestra debilidad, consulta nuestro interés, sin tener en todo cuanto nos manda ó prohibe otro objeto ni otro fin mas que nuestra santificacion, nuestra felicidad, nuestra salvacion eterna? Y cuando sin rebajar en nada su soberania, ni amenguar su infinita majestad se considera en cierto modo obligado á llamar á todos á la bienandanza suprema, v quiere hacerse á sí mismo responsable de la salvacion de aquellos sobre quienes ejerce su soberano dominio, ¿tendria el hombre derecho á quejarse de que le hava comunicado una parte de su poder, con condiciones á que él mismo no duda someterse digámoslo así voluntariamente? ¿Consideraria injusta una responsabilidad que emana naturalmente de la superioridad misma y que es su condicion esencial ligada al derecho que ejerce sobre sus subordinados?

- 5. Por demás está empero todo raciocinio, cuando existen en esta materia unos principios tan inconcusos, tan divinos y espresos como los que nos suministra la Escritura. Reproduzcamos únicamente un pasage de San Pablo, que vale por cuantos pudiéramos aducir. «Obedeced, dice, á vuestros superiores, y estadles sumisos, ya que ellos velan por vosotros, como que han de dar cuenta á Dios de vuestras almas (1).» Luego es innegable que todo superior en el hecho de serlo acepta esta responsabilidad respecto de sus súbditos, como consecuencia de la fidelidad con que éstos están obligados á obedecerlos; sin lo cual no habria esa reciprocidad que une entre sí á unos y á otros, ni dependencia ni autoridad, ni mandato ni sujecion, etc....
- 6. Consiguientemente á este principio, tres son los deberes principales que van unidos al oficio de superior, á saber, edificar á sus subordinados con el buen ejemplo, instruirles en las obligaciones esenciales que deben llenar como cristianos, corregirles prudentemente para apartarlos del camino del vicio; porque el escándalo pervierte, la ignorancia corrompe, y la negligencia abre ancho campo á todas las malas pasiones. Y jay de aquellos que lejos de contribuir á la edificacion de los que la Providencia sometió á su vigilancia, les arrastran con su conducta reprobable al abismo del mal! ¡Ay de los que en vez de llamar y buscar á los estraviados para que tornen á la senda derecha que perdieron, los empujan al precipicio ó los abandonan á merced del crimen! ¡Ay de los que debiendo ser pastores y guias de las almas que les están encomendadas, conviértense para ellas en lobos devoradores, ó en mercenarios cobardes que huyen á vista del peligro, ó en corruptores malévolos que las seducen y pierden! Y esto puede verificarse de cuatro modos: 1.º Lanzándolas en las ocasiones de pecar, mediante una complicidad en sus propios desórdenes; 2.º Proporcionándolas ejemplos perniciosos, tanto mas temibles y funestos cuanto que llevan en cierto modo la sancion de la superioridad de quien los dá; 3.º Descuidando vigilar sobre ellas, de cuva apatía se prevalen para vivir en la licenciosidad y el

⁽¹⁾ Hæbr. XIII. 17.

libertinaje; 4.º Autorizando tácitamente los escesos, en virtud de una muelle indulgencia, ó de una cobarde tolerancia. (Amplifiquese este pensamiento).

- 7. Hed aqui lo que encendia la justa indignacion del Señor, espresada por boca de sus profetas, hablando de los falsos pastores de Israel. «Los depositarios de la ley, decia, me desconocieron: han prevaricado contra mí los pastores de mi pueblo (1)... Se han portado como insensatos y no han ido en pos del Señor; faltóles inteligencia, y ha sido dispersada toda su grey (2)... Ellos se apacientan á sí mismos, como si los rebaños no debiesen ser apacentados por ellos... Ni fortalecieron las ovejas débiles, ni curaron las enfermas, ni recogieron las estraviadas, ni corrieron en busca de las perdidas... Dominaron sobre ellas con aspereza y prepotencia, y se descarriaron y cayeron en las garras de las fieras del campo... Pues bien, dia llegará en que yo pida cuenta de mi grey á los pastores, y acabaré con ellos, etc. (3).»
- 8. Ved, pues, cuán terrible debe ser la expiacion de los superiores que, ó por una ignorancia afectada dejan pasar desapercibidos los escesos de sus subordinados, como si no estuviesen obligados á vigilarlos de contínuo, ó por una falsa tolerancia dejan de poner coto á sus demasías, ó lo que es infinitamente peor, escandalizándoles con una conducta criminal, les enseñan á ofender á Dios, les apartan del camino de la virtud, y los arrastran en su propia ruina, como el torrente desprendido de una elevada montaña se lleva tras de sí cuanto encuentra por delante.

¡A cuántos pudiera apostrofárseles con aquellas palabras del profeta: Por qué te glorias en tu maldad, y haces alarde de un poder que solo empleas en obrar mal (4)! Muestra el uso que has hecho de la superioridad que Dios te dió sobre tus semejantes; manifiéstanos lo que has trabajado en bien de esas almas que confió á tu custodia; haznos ver cuál has llenado respecto de ellas los oficios de buen

⁽⁴⁾ Jerem. II.

⁽²⁾ Ibid. X. 21.

⁽³⁾ Véase todo el capítulo XXXIV de Ezequiel.

⁽⁴⁾ Ps. LI. 1.

pastor, cómo las has edificado con tu ejemplo, instruido con tu doctrina, corregido con prudente celo, y separado de las vías de la perdicion por todos los medios que puso á tu disposicion la Providencia....

Considerad todos cuantos os encontrais en este caso lo grave de vuestros deberes, y la inmensa responsabilidad que á ellos está ligada... No destruyais la obra de Dios, os diré con San Pablo; no perdais unas almas por quienes murió Jesucristo (1). En buen hora que pierdan sus fortunas, sus intereses, si es necesario; en ello ejercerán su virtud. Pero perder su virtud, corromper su conciencia, emponzoñar su inteligencia y su corazon, y arrojarlas en el abismo del libertinaje... no veis que esto seria oponerse directamente á los designios de Dios, hacer guerra á Jesucristo, trastornar todo el plan de la redencion, y hacer víctimas del infierno á unos séres llamados á participar de la gloria del Criador? Escuchad reves, principes, magistrados, gefes de familia, y cuantos en la tierra ejerceis autoridad: Dios es quien debe interrogar vuestras obras y vuestros mas intimos pensamientos, segun la frase de la Escritura (2); él es quien os demandará cuenta estrecha del uso ó abuso que hicièreis de la superioridad en que os constituyo respecto de los demás hombres; á él habreis de responder de vuestra apatía en hacer cumplir sus leyes, de vuestra negligencia en velar por vuestros subordinados, de vuestro descuido en edificarlos, corregirlos, amonestarlos, instruirlos, y castigar con tino y prudencia en casos necesarios los delitos públicos, los escándalos y la corrupcion de costumbres. Y si por desgracia os hubiéreis hecho cómplices en sus delitos, si pervirtiendo vuestro ministerio, os hubiéreis convertido de pastores celosos en lobos feroces, temblad su presencia airada. Durisimo será su juicio sobre vosotros: los tormentos con que expiareis vuestras faltas serán proporcionados á la grandeza de vuestro poder (3), v su duracion se prolongará indefinidamente por toda la eternidad,

⁽⁴⁾ Rom. XIV. 30.

⁻d (2) Sap. VI. 4. mins suppor a landowns the comission is all

he (3) Ib. 6. 7. magicang sea , the la cos outle less , turn ami out

TEXTOS DE ESCRITURA RELATIVOS À ESTE ASUNTO.

«Audite reges, et intelligite, et discite judices finium terræ... Quoniam data est á Domino potestas vobis... qui interrogabit opera vestra, et cogitationes scrutabitur: quoniam... non recte judicastis, nec custodistis legem justitiæ; neque secundum voluntatem Dei ambulastis. Horrende et cito apparebit vobis: quoniam juditium durissimum his qui præsunt fiet... potentes autem potenter tormenta patientur. (Sap. VI. 2. et seq.)

Tenentes legem nescierunt me, et pastores prævaricati sunt. (Jerem. II. 8.)

»Stulte egerunt pastores, et Dominum non quæsierunt; propterea non intellexerunt, et omnis grex eorum dispersus est. (Ib. X. 21.)

»¡Væ pastoribus Israel, qui pascebant semetipsos!... Quod infirnum fuit non consolidastis, et quod ægrotum non sanastis, et quod abjectum non reduxistis, et quod perierat non quæsistis... et dispersæ sunt oves meæ..... Propterea, pastores, audite verbum Domini: Vivo ego, dicit Dominus Deus..... Ecce ego ipse super pastores requiram gregem meum de manu eorum, etc. (Vid. C. XXXIV. Ezech. per tot.)

» Noli illum perdere pro quo Christus mortuus est. (Rom. XIV. 45.)

»Non est potestas nisi á Deo. (Rom. XIV. 45.)

»Si quis suorum maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior. (Timot. V. 8.)

»Rogamus autem vos, fratres, ut noveritis cos qui præsunt vobis in Domino... corripite inquietos, consolamini pusillanimes, suscipite infirmos, patientes estote ad omnes. (I. Thesal. V. 12. 14.)

»Obedite præpositis vestris, et subjacete eis: ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri. (Hæbr. XIII. 47.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Justi quibus imperant serviunt: neque enim dominandi cupiditate imperant, sed offitio consulendi, nec principandi superbia, sed providendi misericordia. (S. Aug. de livit. Dei, L. 19, cap. 14.)

»Inde primi justi pastores pecorum, magis quam reges hominum constituti sunt: ut etiam sic insinuaret Deus quid postularet ordo creaturarum, et quid exigeret meritum peccatorum. (Id. Ibid. L. 40. c. 20.)

»Commendatur in patriarchis quod pecorum nutritores erant a pueritia sua, non dominantes, non principes, non reges; et merito, nam hæc est sine ulla dubitatione justa dominatio, cum pecora homini serviunt, et homo pecoribus dominatur. (Id. in Genes. q. 153.)

Discite subditorum patres esse, non dominos: studete magis amari quam metui: et si interdum severitate opus est, paterna sit, non tyrannica. (S. Bernard. serm. 23 in Cant.)

»Talem te domesticis servis præsta, qualem Deum in te esse velles. Ut enim audimus, sic á Deo audiemus: atque ut intuemur alios, sic Deus nos intuebitur. (Phil. Jud. serm. 7.)

»Filius Dei ad servum in servo venit, ad hominem in homine venit, ut levaret jacentes, elisos erigeret, solveret compeditos, et eos quos nemo nec afferre nec offerre poterat, ipse operis sui vector clementissimus bajularet. (Chrysol. serm. 45.)

» Et vos Domini, eadem facite illis. (Id. serm. 63.)

»Hæc perfecta regula est, hic certissimus terminus, hoc supremum omnium cacumen, quærere quæ communem omnium comprehendunt utilitatem. (Id. Homil. 25. in I. Corint. II.)

»Etsi immensas pæcunias pauperibus eroges, plus tamen effeceris si unam converteris animam. (Id. Hom. III. in I. Corint.)

»Nihil tam dignum Deo quam salus hominis. (Tertul. hom. 25. in. I. Corint.)»

const.) together is a que a state distriction despuée del françois (anno

HOMILÍA

provident nestrograms, (S. Aug. 36 but, Delt. L. 19, capt 1 L.

PARA LA DOMINICA III DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

SOLO LOS QUE COMO EL SALVADOR VIVEN EN LA AMARGURA Y SE RESIGNAN À TOLERAR PACIENTEMENTE LAS CONTRADICCIONES DE QUE ESTÀ SEMBRADA LA EXISTENCIA HUMANA EN ESTE MUNDO, PODRAN OPTAR CON ÉL À UNA RESURRECCION INMORTAL Y GLORIOSA.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Dentro de poco ya no me vereis; mas poco despues me volvereis á ver, porque me voy al Padre. Al oir esto algunos de los discipulos, decianse unos á otros: ¿Qué nos querrá decir con esto?... Conoció Jesus que querian preguntarle, y dijoles: Vosotros estais tratando entre vosotros por qué habré dicho: Dentro de poco ya no me vereis: mas poco despues me volvereis á ver. En verdad, en verdad os digo, que vosotros llorareis y plañireis mientras el mundo se regocijará: os contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo... y este gozo nadie os le quitará.

(Joan. xvi. 16. et. seq.)

La vida humana es un misterio que pocos comprenden y los mas tratan de esplicar segun su respectiva situacion ó conforme á sus individuales deseos. Apenas hay uno que elevándose de la esfera terrestre en que habita, trate de penetrar los arcanos del órden providencial que ha constituido al hombre en este mundo como en un lugar de prueba y de contradiccion para hacerle merecer, mediante la resignacion y el sacrificio de sus mas caras afecciones, aquella otra vida inmortal á que está llamado despues del tiempo. Como quiera que el padecer contraríe directamente sus inclinaciones y se

oponga á esa fiebre innata de goces materiales en que siente abrasarse su corazon desordenado, de aqui el desplegar todo el artificio de su falso saber, y apelar á todos los pretestos y sofismas de la razon para combatir ese principio v sustraerse á esa dura necesidad. Por demas es predicar á ciertos cristianos muelles y cobardes las ventajas de la adversidad en este suelo, consideradas en el órden moral como unos medios poderosos y sobremanera eficaces de que Dios se sirve para hacerles conocer la nulidad de todos los bienes y encantos mundanales, y que solo en los eternos é imperecederos existe la realidad. En vano se intentará persuadirles que en el llorar consiste una parte de su felicidad aquí abajo, y que las aflicciones encierran un gérmen de gozo y un principio de bienandanza á que nada puede compararse en la tierra. Para los que no conocen otra dicha que la que resulta de los placeres de los sentidos, ni otro porvenir que el que proporciona la posesion de los diversos elementos de bienestar creados por el oro y la opulencia, nuestro ministerio viene á ser un motivo de escándalo y de locura como lo fuera para los judios y gentiles el misterio de la Cruz. Y sin embargo, no por eso deja de ser una verdad innegable, que las aflicciones que para el hombre físicamente considerado son una ley imprescindible de su existencia, mirado bajo su aspecto moral v en el órden de sus futuros destinos. vienen á ser utilizadas segun el espíritu de la religion la misteriosa escala de Jacob por donde el justo llega á penetrar en la patria de los predestinados, y como si dijéramos la materia con que teje la gloriosa guirnalda de merecimientos con que debe ceñir un dia sus sienes victoriosas en el cielo. Y esta necesidad de sufrimiento y de martirio, comun á todos los cristianos, hácese mas sensible y apremiante cuando se hace atencion á que padeciendo y luchando fué como nuestro divino Salvador Jesus conquistó su reino celestial, y que por consiguiente es una condicion esencial é imprescindible seguir las mismas huellas para conseguir idénticos efectos: pues solo aquellos que como el Salvador viven en la amargura y se resignan á tolerar pacientemente las contradicciones de que está sembrada la existencia del hombre en este lugar de tránsito, podrán optar con él á una resurreccion gloriosa é inmortal.

Hed aquí la sublime doctrina que Jesucristo inculcaba á sus apóstoles próximo á separarse de ellos por la muerte. «Dentro de poco (les decia) ya no me vereis: mas poco despues me volvereis à ver; porque me voy al Padre. Aunque estas palabras en el sentido literal denotasen la corta ausencia que debia mediar desde la muerte del Salvador hasta su resurreccion, significan no obstante en un sentido místico pero real y positivo, la separacion que iba á verificar de con aquellos á quienes amaba, durante la vida presente, que siempre es de leve duracion y momentánea comparada con la eternidad, en donde debia tornar á unirse con ellos en el reino de su Padre celestial. «Dentro de poco va no me vereis», les decia, lo cual equivalia á decirles: «Hasta ahora he estado con vosotros; á vuestro lado he combatido á lev de buen caudillo que no huve del peligro y es el primero á marchar á donde le llama su deber: habéisme visto tolerar toda suerte de privaciones, resignarme al dolor y á la contradiccion, sufrir pacientemente las adversidades, el ódio, la persecucion, la calumnia, y apurar la copa de la amargura hasta sus últimas heces; y mi presencia os dió valor bastante para padecer conmigo, y mi vista os comunicó esa fuerza sobre humana que os hizo soportar con heroismo las mismas pruebas porque pasó vuestro gefe y maestro. Mas ahora vais á quedar solos en el mundo porque vo me ausento de vosotros, v el mundo continuará haciéndoos el blanco de la contradiccion y dirigiéndoos sus envenenados tiros. Sufrimientos amargos, rudos combates os esperan, y no poco tendreis que llorar y gemir, ora á causa de las luchas esteriores que estais llamados á sostener contra los que aborrecen mi doctrina, ora por las muchas y graves tribulaciones y desgracias que son anejas á la vida humana, ora en fin por las tentaciones y peligros que os proporcionará vuestra naturaleza viciada.» ¿Y quién duda que esta es una ley general de la humanidad? ¿ Quién ignora que el padecer es una necesidad de que no puede prescindir el mortal, cualquiera que sea su estado ó condicion, y que la mano de la adversidad alcanza al alcázar del monarca, penetra en el palacio del potentado, y no perdona al rico ni al pobre, siquiera á primera vista parezca ser patrimonio esclusivo de este último? ¡Son tantos los elementos de

disgusto que rodean al hombre en todos los grados de la escala social! ¡Son tantas las desgracias ocultas que amargan la existencia al parecer mas feliz! ¿Cuál será el sér privilegiado en cuyo hogar no hava morado el dolor, y que no hava pagado tributo á las lágrimas? Ninguno. David llora en el trono, Saul se juzga desgraciado en la cumbre del honor. Salomon en el colmo de las delicias no halla sino motivos de afficcion y pesadumbre..... Y los que en nuestros dias llama el siglo dichosos, devoran en silencio crueles sinsabores, que convierten sus goces en tormentos, y hacen de su misma prosperidad el tirano y verdugo de su vida. Ni sus riquezas son suficientes para evitar la accion de acontecimientos imprevistos, ni basta su poderío para contrariar los efectos de la malignidad astuta, ni es capaz todo su oro de ponerles al abrigo de las dolencias y miserias del tiempo: porque en esto como en el morir la mano de la Providencia nivela á todos indistintamente, bien que no á todos les pruebe del mismo modo, ni les dirija por las mismas vias hácia sus respectivos destinos.

Establecida, pues, la necesidad de padecer en la vida presente, lo que importa sobre todo es hacer meritorio el sufrimiento y labrar con el dolor la eterna felicidad que estamos destinados á poseer en la vida futura. Al efecto hácese forzoso que Jesucristo se ausente de nosotros, como se ausentó de sus discípulos: y no es decir por eso que nos deje solos y abandonados á nuestras propias fuerzas ó á los impotentes recursos de una naturaleza enferma, y de una razon estraviada que fácilmente se rebela contra la fé y arroja el yugo de la religion cuando las espinas de la tribulación hieren en lo vivo la fibra de su sensualidad ó de sus pasiones mimadas, ni que nos prive de sus ausilios sin los que no tardaríamos en caer en el abismo del mal, arrastrados por el torrente de los apetitos de una carne recalcitrante, y empujados por los afectos desordenados que brotan incesantemente del fondo de nuestros corazones materializados y terrestres; sino que es oportuno que nos acostumbremos á luchar sin la presencia habitual de Dios en esta arena sangrienta, con las armas de la fé, con el escudo de la esperanza, y con el broquel de la caridad, á fin de que así se inflame por una parte en nuestros pechos el deseo de gozar de su vista, y al efecto peleemos con valor por lograr esta dicha, y por otra para que nuestra resignacion en los reveses, nuestra abnegacion en las aflicciones, nuestra constancia en los dias de la prueba, nuestro heroismo en tolerar los infortunios con humilde sumisión á los decretos del cielo, y nuestra perseverancia en hacer frente á las tentaciones y peligros del mundo, tengan mayor merecímiento y nos hagan acreedores á la corona del triunfo.

Pero esto es justamente lo que los mundanos no comprenden, ni quieren comprender una gran parte de cristianos cobardes, que quisieran ver siempre á Jesucristo á su lado, marchando con la Cruz, y quitándola con su presencia lo que tiene de amargo y trabajoso.; Insensatos!....; Como si pudiesen cojerse las rosas sin punzarse con las espinas! ¡Como si el Calvario pudiera convertirse en un jardin delicioso y la Cruz en un lecho mullido de flores! ¿Como si la senda estrecha y erizada que conduce á la patria feliz de los bienaventurados, y por la que caminó el Salvador de los hombres, pudieran estos trocarla en un camino espacioso y llano! ¡Contradiccion monstruosa! Cuéstales trabajo el persuadirse de que do que aquí es leve y momentáneo en el padecer, debe proporcionar al cristiano fiel y constante un peso inconmensurable de gloria en la otra vida; resistense á convencerse de que todos los males y trabajos del tiempo son una sombra fugitiva en paralelo con los bienes y delicias de la eternidad: y cuando la voz de la religion les habla de esta, murmuran como los discipulos de nuestro Evangelio, los cuales al oir á su divino Maestro decian entre si: ¿ Que nos querra decir con esto: un poco y ya no me vereis, mas poco despues me volvereis à ver?...; Qué poco será ese de que nos habla? No entendemos lo que dice, idoque al el enternot de roy sobritarina, lam

¿Y cómo han de entender este misterio de gloria y de ignominia, los que materializados con los principios de una ciencia insensata cuanto degradante, han constituido en el tiempo presente el término de todo su sér, y no ven mas allá del sepulcro sino la horrible nada? ¿Cómo han de comprender las ventajas del padecimiento, los que arrastrados por un sensualismo brutal no reconocen otra dicha ni aspiran á otro porvenir más que á apurar mientras viven la copa de los

placeres de la prostituida Babilonia? ¿Cómo es posible que sepan apreciar el mérito de las lágrimas y el valor de la resignacion cristiana los que se empeñan en sostener que el hombre vive únicamente para gozar, y que por consiguiente en el mayor desenvolvimiento posible de los diversos elementos de bienestar material consiste la mayor suma de felicidad que pueden disfrutar los séres racionales? ¿Cómo, en fin, han de convencerse de la necesidad de mortificar la carne, de contrariar los apetitos desordenados de la sensualidad, de enfrenar los impetus de la cólera, y de crucificarse en una palabra aquí con Jesucristo, para gozar en la otra vida de los copiosos frutos de su resurrección, los que cobardes ó timidos, indiferentes ú orgullosos, miran con desden las máximas del Evangelio, juzgan exagerados sus preceptos, consideran imposibles los deberes que impone, y arrojan como un yugo tiránico y opresor la ley santa del Señor? Semejantes en esto los mundanos y los malos cristianos á los judios del tiempo de Isaias, el lenguaje austero de la verdad les desagrada y causa enojo, y solo quieren oir el idioma lisonjero de la adulacion que favorece á lás pasiones, sanciona el placer sensible y halaga la concupiscencia (1). Hablad, en efecto, al rico de atesorar oro y riquezas, hablad al ambicioso de ascensos y dignidades, hablad al voluptuoso de las delicias y encantos de la vida, hablad al lujurioso de bacanales y orgías, hablad al afeminado de puerilidades y de los diversos modos de lucirse en sociedad, y al negociante proponedle los medios de hacer negocios lucrativos, y tratad con el político de intrigas diplomáticas, y á la muger vana y disipada habladla del lujo, de la moda y de amorosas conquistas, y entonces os escucharán con gusto v os comprenderán sin la menor dificultad. Pero habladles á todos estos de la brevedad del tiempo y de la inconmensurable duración de la eternidad; decidles que para merecer la dicha alli, se hace forzoso pasar aquí por todas las pruebas de la afficcion y del infortunio: tratad de persuadirles que la vida presente es una vida de contradiccion y de lucha incesante; mostradles el Calvario como el término de su carrera, y para llegar á él una larga y estrecha

no (1) Isaiæ, XXX. 40, 41, sile antono hamelacid solumi sol ; nedemo -

senda erizada de abrojos que punzan y martirizan...; Repugnante perspectiva! A vista de este espectáculo volverán horrorizados sus ojos, vuestros fatídicos anuncios les causarán invencible disgusto, quizás os despreciarán como fanático, ó por lo menos afectando no comprender ese enigma de felicidad conquistado á costa de lágrimas, esclamarán como los discipulos del presente Evangelio: «No entendemos lo que dice.»

Y por fin si esta ignorancia fuese de hecho un error puramente intelectual! ¡si esta dificultad en penetrar el misterio de la Cruz procediese unicamente de la natural oposicion que el hombre encuentra en sí mismo á todo lo que aflige y mortifica! Pero las mas veces es hija de la perversidad del corazon y de la impiedad del alma; y entonces las pasiones se enardecen, hierve el furor, fermenta el ódio á una doctrina tan opuesta á los caprichos del sensualismo brutal, y de ahí la aversion á los principios del catolicismo, los sofismas contra los dogmas del Evangelio, la enemiga venenosa y subdola de la incredulidad contra la moral santa de Jesucristo, y ese antagonismo cruel, y esa lucha incesante, y esa repulsion sistemática del error contra la verdad que presenciamos donde quiera. Con razon pudiéramos decir á los que así piensan, aunque en diverso sentido, lo que Jesus dijo à sus discipulos conociendo que querian preguntarle: ¿ Por que confabulais entre vosotros sobre lo que he dicho: Dentro de poco ya no me vereis, mas poco despues me volvereis á ver? ; Por qué encontrais tan difícil la comprension de una doctrina tan obvia y sencilla, sino porque no os gusta? Y sin embargo, todo en la naturaleza nos está predicando y demostrando la necesidad de mortificarse y padecer, si se han de conseguir los verdaderos goces del espíritu en que consiste la positiva felicidad del hombre. ¿ No veis el oro cual pasa por el agua y el fuego antes de adquirir el bri-Ho que le hace un metal tan estimable? ¿No veis como las piedras tienen que someterse al golpe del martillo y del cincel que las pule y trabaja para poder servir de adorno en los régios alcázares? ¿No veis?... Mas ¿á qué insistir en una verdad que forma la ley universal de todos los séres criados? Y no obstante los mundanos la desconocen, los impíos blasfeman contra ella, y empeñados en gozar en la tierra de sus brutales apetitos, y en vista de la imposibilidad de amalgamar esta doctrina de la carne con los dogmas del Evangelio, antes que someterse á ellos prefieren lanzarse en los brazos del ateismo ó de una indiferencia glacial, cuyo término es la desesperacion, teniendo que sufrir sin esperanza lo que tolerado con cristiana resignacion, hubiérales granjeado un gran fondo de merecimientos para el porvenir. El cristiano, por el contrario, que acepta resignado y tolera humilde y sumiso á los decretos providenciales las aflicciones del tiempo presente, atesora para la otra vida un capital inmenso de que nadíe podrá privarle, y se consuela en la adversidad con la dulce perspectiva de los goces eternos, como el Salvador asegura en el presente Evangelio á sus discipulos: «En verdad en verdad os digo, que vosotros llorareis y plañireis, mientras el mundo se regocijará: os contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.»

Contraste sensible pero cierto, y que no deja la menor duda de la existencia de una vida mejor, en que debe desaparecer ese aparente desórden que tanto choca en el órden moral. Los mundanos gozan v rien, v se entregan sin reserva á los placeres del tiempo, mientras los cristianos, los verdaderos creventes lloran y padecen víctimas de la afliccion. ¿Pero cuál es el término de estas aflicciones y de aquellos goces? ¡Ah! Ved ahi, A. M., el grande enigma del cristianismo, y la teoria admirable de sus enseñanzas. Llorar y gemir: tal es vuestra suerte, oh fieles discipulos del Salvador, por cuanto mientras peregrinais en este suelo no os faltarán pasiones que combatir, vicios á que hacer frente, injurias que perdonar, calumnias que sufrir, y enemigos de todo género que os harán una guerra encarnizada. Llorareis, porque tendreis que sobrellevar las amarguras de la mortificacion, las austeridades de la penitencia, las contradicciones de la carne rebelde y contumaz, y el aguijon de la sensualidad. Gemireis, porque los reveses acibararán vuestros dias, el infortunio caerá sobre vosotros con todo su peso, la adversidad os seguirá á donde quiera, y en todas partes encontrareis la Cruz, y se presentará á vuestra vista el Calvario. ¿Mas qué importa? ¿No os precedió Jesus en esa escabrosa senda? ¿No marchó delante de vos-

otros, coronado de espinas y cargado con un pesado leño? ¿No fué el primero que luchó en esa sangrienta arena, devorando durante su vida mortal cuanto el odio mas venenoso, y la envidia mas cruel, y la mas implacable venganza pudieron inspirar contra él? Y en tanto el mundo, su apasionado émulo, su constante antagonista, gozábase en los padecimientos, relase en las desgracias, y celebraba los tormentos del Hombre Dios! Pues bien, ¿Qué estraño es que vosotros le imiteis v sigais el mismo camino? Ved donde quiera marcadas sus sangrientas huellas; ellas son la senda que os dejó trazada para llegar á la gloria. Que el mundo os persiga, que la incredulidad os denueste, que el vicio os zumbe, que un siglo, en fin, materializado y sin fé se mofe de vuestra resignacion, llame fanatismo vuestra paciencia, y tache de servilismo vuestra sumision á las disposiciones del cielo.... Dejadle que en su báquico furor se pierda en el laberinto del placer, y responda con los cánticos de la embriaguez á los gemidos de vuestro sufrimiento. Dia vendrá en que la escena cambiará, y el llanto del justo se tornará en alegria, en vez que la alegria del mundano finalizará para dar principio á un llanto perdurable. A la manera, dice Jesucristo, que la muyer en los dolores del parto está triste... mas una vez que ha dado á luz á un infante, ya no se acuerda de su pasada angustia con el gozo de haber dado un hombre al mundo; asi vosotros, al presente, padeceis tristeza; pero yo volvere à veros, vuestro corazon rebosará en gozo, y este gozo nadie os le quitarà. Mugliaih asisit de consona ritany es lata

¡Promesa inefable! ¡Indefinible consuelo! ¡Dulce esperanza! ¿Quién no se animará con estas palabras á sufrir cuanto de adverso puede acontecer en el mundo? ¿Quién no sentirá reanimarse su valor y redoblarse sus fuerzas para luchar contra todos los infortunios y dolores, que son el patrimonio del cristiano en el corto espacio que media desde el tiempo á la eternidad? ¿Qué le importará ser en esta vida víctima de la amargura y de la contradicción, al que espera llegar por este medio á la vida inmortal de Jesucristo resucitado? El soldado que aspira á merecer los laureles del triunfo, no repara en las fatigas de la campaña, ni se amedrenta por los peligros de la tempestad el negociante que mas allá de los mares vé su fortuna y

su porvenir. ¿Y nos acobardariamos nosotros, cristianos, que aspiramos á ceñir una corona incorruptible, porque en los combates con el mundo, el infierno y la carne, hayamos de esperimentar dolores y sufrimientos? ¿ Desfalleceríamos á vista de los recios temporales que nos esperan en el tempestuoso océano del siglo, cuando nos proponemos la posesion de unas riquezas imperecederas y eternas? Ah! Ver á Jesus, ser visitado por él, identificarnes con su gloria. transformarnos como él en séres inmortales, resucitar con él á una vida sin término... ved ahí el premio que tiene reservado á nuestra virtud, ved la recompensa prometida á nuestra resignacion, y el triunfo consignado á nuestro valor y á nuestra constancia en padecer por él. ¿Quién jamás pudo imaginar cosa semejante? Alli, pues, será donde esperimentaremos ese gozo celestial, fruto de nuestra paciencia, que nadie podrá arrebatarnos, ni la envidia de nuestros enemigos que ya no existirán, ni el poder de las pasiones que habrán desaparecido, ni la accion del tiempo que habrá finalizado, ni ninguna de esas causas que ahora tan funesto imperio ejercen sobre nosotros. No: entonces, completamente conformados con ese tipo divino, y revestidos de su propia gloria, nada habrá que nos afecte y contriste. Nuestra alma, inundada en el inmenso océano de las divinas perfecciones, vivirá en un perpétuo éxtasis; nuestros sentidos, absortos en una dulce embriaguez causada por el amor y la contemplacion de la suprema belleza, beberán á torrentes la felicidad, sin que su duración nos cause hastio ni nos canse su posesion, por cuanto, aunque siempre antigua, siempre presentará un carácter de novedad que nos hará desearla y apetecerla con mayor ardor.

Aspiremos, pues, C. O., á esa dicha perdurable, suspiremos por ese gozo inamisible; y al efecto, lejos de nosotros el ambicionar ni desear otro bien en esta vida que la cruz y los padecimientos de nuestro Salvador, prendas seguras de una resurreccion gloriosa. Aceptemos las aflicciones que la Providencia nos envia como testimonios inequívocos de un amor que nos prueba y purifica, de una misericordia que nos llama al conocimiento de nuestros verdaderos intereses por medio de la adversidad. No murmuremos de sus altos é incomprensibles decretos, respetemos sus sapientísimas disposiciones,

adoremos la mano que nos hiere para sanarnos: seguros de que á nuestra resignacion está ligada nuestra eterna ventura, y que si ahora padecemos con Cristo, despues nos regocijaremos con él. No nos acobardemos, por último, ni desfallezcamos en la fé porque veamos al mundo alegrarse y gozar mientras nosotros nos contristamos. ¡Desgraciado! Su alegria no es mas que del momento, y concluido este, la desesperacion que á ella sucederá será eterna: en vez de que nosotros, despues de un corto padecer y llorar, nos hallaremos inundados de un gozo sin fin, que completará nuestra dicha en la region de la inmortalidad.

trunto consignado à nuostro valor y a nuestra constancia en padecer por él. ¿Quiéa jamás pudo imaginar cosa semejante? Affi, pues será donde esperimentaremos ese gozo celestial, fruto de nuestra paciencia, que nadie podra arrebatarnos, ni la cavidta de nuestros enemigos que, ya de existirán, ni el poder de las pasienes que habrán desaparecido, ni la accion del tiempo que habrá finalizado, ni nieguna de esas causas que abora tan funesto imperio ejercen sobre nosofros. No: entonces, completamente conformados con ese tipo divino, y revestidos de su propia gioria, nada nabra que nos afecto y vino, y revestidos de su propia gioria, nada nabra que nos afecto y vinas perferciones, vivirá en un perpetuo éstasis; nuestros sentidos, absortos en una dulco embriaguez causada por el amor y la contemplación de la suprema belleza, beberán á torrentes la felicidad, sin que su duración nos cause, hastio ni nos cause, su posesion, por cuanto, aunque siempre autigua, siempre presentara un caracter do novedad que nos hará descarla y apetecerla con mayor ardor.

Aspiremos, pues, C. O., à esa dicha perdurable, suspiremos por ese gozo inamisible; y al electo. Jejos de nosotros el ambicionar ni desear otro bien en esta vida que la cruz y los padecimientos de nuestro Salvador, prendas seguras de una resurreccion gloriosa. Aceptemos las aflicciones que la Providencia nos cuvia como testimonios inequivocos de un amor, que nos prucha y purifica, de una misericordia que nos llama al conocimiento de nuestros verdaderos interacordo de la adversidad. No murmuremos de sus altos é incompronsibles decretos, respetemos sus sapientismas disposiciones,

PLAN DE UN SERMON

el pademinento el origen fecundo de una dicha sonda, y analemati-

PARA LA DOMINICA III DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

vosotras llorancie y planice with at hunda se regocijara; os

LO QUIMÉRICO É INSUBSISTENTE DE LA SOÑADA FELICIDAD QUE LOS HOMBRES CONSTITUYEN EN LOS GOCES Y PLACERES DEL TIEMPO, NOS DEMUESTRA QUE HAY EN EL PADECER Y LLORAR UN PRINCIPIO DE DICHA POSITIVA QUE NO PUEDEN PROPORCIONAR TODAS LAS ALEGRIAS MUNDANAS.

Amen dico vobis, quia plorabitis et flebitis vos, mundus autem gaudebit: vos vero contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.

En verdad os digo que vosotros llorareis y plañireis mientras el mundo se regocijará: os contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.

JOAN. XVI. 20.

Cuán errados son los cálculos del hombre! ¡Cuán falsas sus ideas respecto á la felicidad á que instintivamente aspira! Sér espiritual y llamado á unos destinos eternos, siéntese empujado por un movimiento irresistible hácia una esfera mucho mas ancha que la del tiempo en donde poder satisfacer esa sed de bienandanza que le devora: pero terrestre y materializado á la vez por la union íntima de su alma con un cuerpo de barro, su parte inferior adhiérese á los objetos esteriores, y en ellos cree cifrada toda la dicha de que es capaz. De aquí todo lo que es padecer, llorar y sufrir, aunque tan inherente á su misma naturaleza, lo juzga una desgracia, y como tal lo rechaza: buscando por el contrario con ánsia los placeres, los goces y las alegrías mundanas como el único elemento de bienestar que conoce acá abajo. Y sin embargo, estos principios no se acomodan á los principios de la religion, los cuales constituyen en el llanto y en

el padecimiento el orígen fecundo de una dicha sólida, y anatematizan como un gérmen de desgracia y de infelicidad eternas el reir y el gozar de los servidores del mundo. Ella es quien llama bienaventurados á los que gimen y sufren en la tierra, y amenaza con un perdurable llanto á los que aquí gozan y disfrutan de las delicias del tiempo: ella la que por boca del mismo Jesucristo dice á los justos en el presente Evangelio: «En verdad, en verdad os digo que vosotros llorareis y plañireis mientras el mundo se regocijará: os contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo... y este gozo nadie os lo quitará.»

Hé aquí resuelto el gran problema de felicidad que hasta el advenimiento del Salvador al mundo ocupára inútilmente la imaginacion de los sábios. Sin separarme de este pensamiento, voy á manifestaros cuán absurdas son en este punto las ideas del siglo, demostrando «lo quimérico é insubsistente de esa soñada bienandanza que generalmente constituyen los hombres en los goces y placeres del tiempo, de donde resultará como consecuencia inmediata que en el llorar y padecer se encierra un principio de positiva felicidad que no pueden proporcionar todas las alegrías del mundo». Hé aquí el asunto del presente discurso.

AVE MARÍA.

respecto á la felicidad á que instintivamente aspira! Ser espiritual y llamado á unos destino ADINU NOIXALTAR ujado por un movimiento irresistible hácia una esfera mucho mas aucha que la del

tiempo en donde poder satisfacer esa sed de bienandagza que le devora: pero ferrestre y materializado a la vez por la maion intima de

Loin errados son les calculos del hombrel (Cuan felans sus ideas

los fije en lo presente, ó ya los dirija al porvenir, de cualquier modo y bajo cualquier aspecto que considere los bienes y placeres de este mundo, no podrá menos de convencerse de que todo ello en último resultado no viene á ser mas que humo, vanidad y un gérmen de perpétua afliccion y de invencible disgusto, segun la opinion del rey mas sábio de la antigüedad. Lo pasado mortifica con el remordimiento punzador de una conciencia que recuerda al mortal los

abusos y escesos en que incurrió por gozar momentáneamente de lo que ya no existe; lo presente engendra el hastío y el cansancio apenas poseido, porque todas las cosas del tiempo llevan consigo ese carácter de movilidad que amortigua la ilusion creando nuevas aspiraciones; el porvenir es un semillero fecundo de deseos y esperanzas, de temores y dudas que no deja al hombre mas que inquietud en el alma y vacío en el corazon. ¿Puede haber, pues, dicha verdadera ni bienestar positivo en unas cosas que atormentan cuando se ambicionan, fatigan cuando se han logrado, y perdidas abren en el alma un abismo de amargura y desconsuelo?

2. Pero no se crea que abultamos la figura de ese horrible fantasma tras el que corren los hombres engañados, ni que recargamos las tintas de un cuadro harto visible á cuantos con despreocupacion le observan. No seré yo quien trace los rasgos de ese informe ídolo á quien ciegos inciensan los mortales en su mayor número. Dejemos á una mano mas hábil y ejercitada el cuidado de hacerlo con la elocuencia y originalidad que la caracteriza. «¿Qué es el mundo, pregunta uno de los mas sábios oradores del siglo de Luis el Grande: qué son sus placeres para los mismos que de ellos se embriagan y no pueden pasarse sin ellos? Una servidumbre eterna en donde nadie vive para sí mismo, y en el que para ser feliz hácese forzoso poder besar sus hierros y amar su esclavitud. Una revolucion continua de acontecimientos, que despiertan en el corazon de sus seguidores las pasiones mas tristes y violentas, ódios crueles, perplegidades amargas, temores punzantes, envidias que devoran y disgustos que envenenan. Una tierra de maldicion en donde los goces mismos están mezclados de sinsabores, y del seno de los placeres mas seductores brotan en abundancia espinas que hieren y abrojos que ensangrientan las manos del que los toca.» Espinas en la avidez con que se desean, dice San Agustin, espinas en la sensualidad con que se disfrutan, espinas en el ardor con que se quiere mantener la ilusion, espinas donde quiera, en el juego, en las relaciones de la amistad, en el amor profano, en la posesion de las riquezas, en la cumbre del honor, en el esplendor del trono... Buscad uno solo de los que el mundo llama dichosos que se crea tal en su posicion, siquiera parezcan halagarle todo género de delicias. ¡Ah! no: sucédeles lo que de sí mismo decia el profeta rey: De dia y de noche mis ojos se vuelven hácia la mano invisible que pesa sobre mi, porque siento atravesada en mi pecho una espina que me priva del descanso, ocasionándome un dolor profundo (1). Himse du so masvioq le senoissiq

3. ¿Quién es el que por mas sumergido que se halle en el abismo del placer, no lanze alguna vez una mirada retrospectiva, y se estremezca á la vista de la imágen importuna de sus pasados escesos y del abuso que hiciera de unos goces que al presente no le ocasionan mas que irresistibles remordimientos é inútil despecho? Y dado que asi no sea, porque su alma materializada se hava hecho insensible á todo sentimiento religioso, ¡cuánto no sufre con el ánsia de aumentar esos elementos de quimérica felicidad! ¡Cuánto no le cuesta el mantenerse en su posesion contra la intriga ó la violencia, la envidia ó la rivalidad, etc.! Envuelto en un incesante flujo y reflujo de ideas que se combaten, de provectos que fracasan, de especulaciones que fallan, de negocios que se entorpecen, apenas hay hora ni momento en que al hombre mundano le quede la suficiente tranquilidad para entregarse libremente al placer: y cuando ha llegado á conseguirlo, su duración es corta; nuevas aspiraciones, nuevos deseos, nuevas pretensiones vienen á poner en tortura su corazon insaciable al propio tiempo que voluble é inquiescente; y despues de haber probado uno por uno todos los goces con que la tierra le brinda, el vacío y la nada es lo único que encuentra en sus manos, segun el símil del profeta (2). La inquietud es su condicion esencial; en ninguna parte halla su centro; lo que ahora le fascina, luego le causa tédio; lo que de dia deseaba con ardor, de noche lo detesta como importuno; verificándose en cierto modo lo que de si mismo decia Job en el profundo abismo de su desgracia. «En mi lecho esclamo: ¿cuándo llegará el dia? Y apenas éste deja ver sus primeros crepúsculos, ya deseo que la tarde venga á cubrir con su sombra mi infortunio, y siempre estoy sumido en un mar de afliccion y de dolor (3). » p shool sanigas (1) Psalm. XXXI. 4. (2) Psalm. LXXV. 6.

⁽³⁾ Job. VII. 4. bison as do fat han es oup sosodaib small obnum

- 4. Tal es el mundo por mas que sus apasionados se esfuercen en pintarnos sus deleites y placeres con los mas lisonjeros coloridos; el mundo de los dichosos del siglo, el mundo de los opulentos y grandes hombres, el mundo de las cortes y de los palacios, el mundo en fin de los mimados por la fortuna. Hed ahí en lo que constituyen su felicidad, como si la tierra fuese su patria, y nada tuviesen que desear mas allá del tiempo. ¡Insensatos! Ellos se entregan no obstante á esas quimeras, y sacrifican á esos falsos ídolos una vida que les fué dada para procurarse mediante el ejercicio de la virtud un porvenir eterno, é insultan á la virtud misma, y llaman ilusos y fanáticos á los que buscan una dicha positiva por las vías de la mortificacion y del sacrificio, y se burlan de las lágrimas del justo que padece en este suelo victima de la adversidad: sin reparar que estas lágrimas esperan un consuelo eterno, que estos sufrimientos tendrán por término una bienaventuranza perdurable, que esta afliccion será recompensada con un gozo inamisible, segun la promesa de la verdad por esencia; sin tener en cuenta que lo que ahora en el padecer es leve y momentáneo tendrá en su dia un peso inmenso de gloria, segun la frase del Apóstol, en vez de que los goces y delicias con que momentáneamente se embriagan los mundanos encierran un gérmen de perdurable tristeza, v de sufrimiento sin fin que completará en la eternidad las amarguras de que aun al presente están mezclados sus mas seductores placeres. Suprog silal susumarata ta la 12
- 5. Ved, C. O., la gran consecuencia de los principios que asentamos en este discurso. Con esta promesa el Salvador ponia perfectamente de acuerdo su palabra con los hechos, con la tradicion, con la creencia de todos los espíritus rectos y de todos los corazones generosamente ambiciosos, como dice un sábio. Puesto que si el sufrimiento de los justos es un hecho, si hecho es incontestable la prosperidad del malvado, tambien lo es la esperanza de una justa compensacion que debe verificarse en su dia: y este sentimiento grabado en el fondo de todos los cultos y de todas las creencias, ha sobrevivido á la alteracion del dogma primitivo y eterno. De aqui se deduce la profunda verdad que envuelve aquella espresion del Salvador: «Bienaventurados los que lloran.» «¡Bienaventurados los

que padecen!» No porque en el padecer y en el llorar se encierre la esencia de la bienandanza del cristiano, sino porque la adversidad y las lágrimas son condiciones indispensables para vivir piadosamente en Jesucristo, como dice San Pablo (1); porque con ellas se sostiene y se perfecciona la virtud; porque ellas sirven al hombre de escudo contra los riesgos de la sensualidad, y matan en su corazon toda afeccion terrestre haciéndole aspirar hácia lo celestial y divino; porque purgándole en el tiempo de los defectos inherentes á la frágil naturaleza, le disponen á amar lo que Cristo amó, á sufrir lo que Cristo sufrió, y por consiguiente á gozar de una misma gloria y de una dicha idéntica.

6. ¡Contraste singular! ¡Gozar en el tiempo para llorar eternamente! ¡Llorar un momento para gozar sin fin! Solo la religion cristiana ha podido presentar una teoria de felicidad tan admirable, como opuesta á las ideas comunes del hombre carnal, y resolverla y realizarla en un sentido tan favorable para la triste humanidad. Jesucristo padeciendo por nosotros santificó el sufrimiento, y elevó á un órden divino las lágrimas. La aceptacion de las aflicciones hácenos imitadores suyos, y por consiguiente acreedores á los mismos derechos. Si él es grande porque fué perseguido, nosotros lo seremos tambien si sufrimos la persecucion. Si él vive glorioso porque fué humillado, la humillacion nos conducirá á la cumbre de la gloria. Si él es eternamente feliz porque fué temporalmente desgraciado, eterna será tambien nuestra dicha cuando concluyeren nuestras actuales desgracias.

Aspiremos á esa gloria, ambicionemos esa felicidad, corramos tras esa bienandanza; y si las espinas nos hieren, si los dolores nos mortifican, si las adversidades nos prueban, si las contradicciones nos afligen, recordemos que antes que nosotros fué afligido y contrariado Jesucristo para prepararnos el camino; que el padecer es una condicion esencial de nuestra vida espiritual, que la prueba es indispensable para conseguir la recompensa, que el combate debe preceder al triunfo. Dejemos al mundo que se ria y goce mientras nos-

Salvador: « Bienaventurados los que lleran. : \$4 , III .tomiT .fl (4) los

otros lloramos y padecemos. No tardará en trocarse la escena. La espiacion se acerca; la promesa de Dios se verificará en breve. Los siglos pasarán, la eternidad abrirá á nuestra vista sus inconmensurables espacios; allí nos encontraremos todos delante del justo remunerador de la virtud, y vengador inflexible del vicio. La Providencia quedará completamente justificada; y los que aqui gozaron, serán allí atormentados; y los que ahora padecen, serán entonces colmados de un gozo infinito, inmenso como Dios, inamisible como él, y cuya posesion durará por toda la eternidad.

MUNICIPETTOS DE LA ESCRITURA RELATIVOS À ESTE ASUNTO.

«Tempus breve est; reliquum est ut qui.... flent tanquam non flentes sint, et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui utuntur hoc mundo tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi. (I Cor. VII. 25 et seq.)

Id quod in præsenti est momentaneum et leve tribulationis nostræ, supramodum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis, non contemplantibus nobis quæ videntur. Quæ enim videntur, temporalia sunt: quæ autem non videntur æterna sunt. (II Cor. IV. 17, 18.)

Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. (II Timot. III.)

Beati qui nunc fletis : quia ridebitis. (Lucæ VI. 214) last sibom

» Væ vobis qui ridetis nunc, quia lugebitis et slebitis. (Ibid. 25.)

Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis, et ambulabimus vias difficiles: viam autem Domini ignoravimus. Quid nobis profuit superbia aut divitiarum jactancia?... Transierunt omnia illa tanquam umbra, et tanquam nuntius percurrens, etc. (Sap. V. 7, 8, 9.)

» Spes impii tanquam lanugo est, quæ à vento tollitur, et tanquam spuma gracilis, quæ à procella dispergitur... Justi autem in perpetuum vivent. (Ibid. 45, 46.)

Risus dolore miscebitur: et extrema gaudii luctus occupat. (Proverb. XIV. 43.)

Proverb.)

otros lloramos y pidecemos. No tarifara en trocarse la escena. La esplacion se necesta, candad sornas ad salazades escenario. La esplacios casarán, la estradad abrita a nuestra vista sus inconnecesu-

«Non est beatitudo ubi quæritis eam... Vitam beatam quæritis in regione mortis, non est ibi. ¿Quomodo enim beata vita, ubi nec vita? (S. August, L. 4. Confes. 42.)

» Contendunt lætitiæ meæ flendæ cum lætandis mæroribus: et ex qua parte extet victoria, nescio. Contendunt mærores mei mali cum gaudiis bonis: et ex qua parte extet victoria nescio. (Id. L. 19. Conf. 8.)

»In bonorum cupiditate, quantæ spinæ! In luxuria libidinum, quantæ spinæ! In ardore avaritiæ, quantæ spinæ! (Id. in Psalm. 402.)

»¿ Quare ponitis studium et laborem vestrum circa bona temporalia, quæ non reficiunt, sed magis famem et sitim faciunt, quia cupiditatem accendunt? (Lyran. in C. 15 Isaiæ.)

» Habet hoc natura corporis humani, ut producat lacrymas, vis gaudii, vis mœroris. (Chrisolog. Serm. 64.)

Mundana felicitas tripliciter miseros onerat: labore, timore, dolore. Cum labore siquidem pervenit homo ad id quod cupit, cum timore possidet, cum dolore amittit. (Gotfrid. in C. 43 Isaiæ.)

»Sed enim illos, qui ambitus abeunt capessendi magistratus, neque pudet, neque piget incommodis animæ et corporis, nec incommodis tantum, verum et contumeliis omnibus emiti in causa votorum suorum. (Tertul. L. de pæn. II.)

animum gerens gravatum. (S. Chrisost. hom. 7. ad Pop.)

¿Quid de corporis voluptatibus loquar, quarum satietas plena est pœnitentia? (Boet. L. 7 de Cons.)

Possessio est malignus felicitatis interpres. (Ermod. L. E. Ep. 20.) motos il alla matterpres alla sono est malignus felicitatis interpres.

»¿Quid est flumina intrare in mare, nisi omnem mundi delectationem terminare in amaritudines? Omne ergo flumen mare intrat, quia extrema gaudii luctus occupat. (Hug. Victor. in C. 23 Proverb.) Multo violentior mors quæ per aliena grassatur, quam quæ animam per commoda expellit: quæ tunc mori affert, cum jucundius est vivere, in exultatione, in honore, in requie, in voluptate. (Tert. L. de an. 54.)

»Ad tempus tradita, in perpetuum tenere non possumus. (S. Ambros. L. adv. Hæret. 34.)

»Si sapis, si habes cor, si tecum est lumen oculorum tuorum, desine ea sequi, quæ et assequi miserum est. (S. Bernard. ep. 103.)»

formula bytomeering Soverview of an entire 20 to semplant

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA IV DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

INDIFERENCIA CRIMINAL Y DE TODO PUNTO INESCUSABLE EN QUE VIVE UNA GRAN PARTE DE LOS CRISTIANOS CON RESPECTO Á SU ETERNO PORVENIR.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Me voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta. ¿A dónde vas? Porque os he dicho estas cosas vuestro corazon se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá á vosotros: pero si me voy os le enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio, etc.

JOAN, XVI. 5. ET SEQ.

A no presenciar lo que todos los dias pasa ante nuestros ojos en el seno del cristianismo, trabajo y no poco nos costaria creer que el hombre, tan propenso de suyo á examinar cuanto en el órden natural se verifica á su alrededor, á saber el por qué de todas las cosas, y á desentrañar las causas de los diversos fenómenos del mundo material, se muestre no obstante tan apático é indiferente acerca de lo que atañe á su propia alma y á sus futuros destinos. Cuando ese sentimiento innato de conocer, esa sed ardiente de ciencia que lleva dentro de sí mismo, aumentándose en prodigiosas proporciones de dia en dia, merced al carácter de nuestro siglo y á sus tendencias al progreso en todo cuanto se dirige á fomentar y multiplicar los elementos de bienestar individual, le arrastra á lanzarse atrevido en el

inmenso campo de lo pasado, de lo presente y del porvenir, é intenta robar al cielo sus secretos, á la tierra sus misterios, á la naturaleza entera los ocultos resortes de sus operaciones, ¿no es verdaderamente prodigioso ese olvido en que vive respecto de si mismo y de la suerte que debe caberle despues que su cuerpo haya posado en el sepulcro? Bueno que se ocupe de las ciencias, de las artes, de las varias combinaciones de gobiernos, de los diferentes cambios sociales, y siga con avidez el curso de los acontecimientos políticos, y trate de investigar el orígen de la decadencia y prosperidad de los pueblos, y escudriñe las causas de tantas peripecias que vienen realizándose en la historia de la humanidad... ;Ah! ¿Quién es capaz de contener el vuelo del espíritu y poner diques à ese impulso irresistible que la misma mano creadora dió al sér inteligente? Nadie. Pero, ¿no tiene dentro de sí mismo abismos inmensos que sondear, secretos misteriosos que examinar, y un campo vastísimo de profundas meditaciones en que ejercitar su inteligencia y satisfacer su sed ardiente de saber? Y sin embargo, se desentiende de si propio por ocuparse de los demás séres, olvida su suerte y sus destinos por ir á buscar en los objetos esteriores un alimento constante á su necia vanidad: y al par que se le vé lanzarse hasta en el ridículo, y llegar hasta el fanatismo é incurrir á veces en la mas torpe credulidad, cuando se trata de adquirir ciertos conocimientos que en último resultado no son mas que absurdos autorizados por la ignorancia ó sancionados por el error, cuéstale pena y le es enojoso consagrar algunos cortos momentos de su vida al exámen de lo único que en el hombre hay de real y positivo, y pasa sus dias en una impasibilidad inconcebible respecto de su porvenir, y vive como si nunca hubiese de dejar esta tierra que pisan sus plantas, y llega al término de su carrera sin haber lanzado una mirada escudriñadora sobre el inconmensurable espacio que le resta por recorrer una vez entrado en los caminos de la eternidad.

Esta indiferencia parecia reprender Jesucristo en sus discipulos cuando, segun el relato evangélico de este dia, les dijo: «Me voy á aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿á dónde vas?» Estraño era por cierto que aquellos hombres, que no ignoraban

la próxima ausencia de su Maestro, puesto que tiempo hacía venia instruyéndoles acerca de ella y preparándoles á soportar un golpe tan sensible, ni siquiera por incidencia le hubiesen interrogado respecto al punto de su partida ni al motivo que la ocasionaba. ¿Cómo esplicar una apatía tan poco acorde con el gran deseo que mostraban de no separarse jamás de quien hasta entonces habia sido su único apoyo, su guia, su defensor, y su escudo en los reveses é infortunios de la vida? ¿Cómo maridar tanta impasibilidad en momentos tan críticos, con el amor ardiente y apasionado que en mil otras ocasiones menos solemnes manifestáran al Salvador? ¿O acaso puesto que debian perderle, les era de todo punto indiferente saber ó no el fin que se proponia ó el punto á donde marchaba? ¿O preferirian quizás ignorar lo que sabido debia aumentar mas el sentimiento de sus corazones? Nada de esto empero parece racional, y por lo tanto no es creible que asi obrasen guiados por sentimientos tan impropios de unas almas probadas va de antemano en el crisol de la adversidad, y cuyo amor y constancia nunca desmentidas eran suficientes demostraciones de que no el olvido sino un pesar profundo, no la insensibilidad sino la tristeza y una afficcion que les acongojaba escesivamente, no les permitia provocar una cuestion tan dolorosa, ni insinuar siquiera un asunto que indudablemente debia afectarles sobremanera y colmarles de amargura; como de hecho sucedió, tan luego como el Salvador les apostrofó del modo dicho. Y seguramente debió notar el efecto que en ellos produjeran sus palabras, cuando sin esperar respuesta alguna añadió: «Porque os he dicho esto, vuestro corazon se ha llenado de tristeza.» del esdado la mante de

Sin pretender introducirnos mas en el secreto del corazon de los apóstoles, ni escudriñar los motivos de su aparente indiferencia en el caso presente, tratemos de investigar las causas de esa indiferencia real y efectiva en que viven generalmente los hombres acerca de lo que mas les interesa saber en el mundo. Nadie hay que ignore que nació para morir, y cuantas ilusiones pudiera hacerse el mortal en este punto, no evitarian que el terrible fallo pronunciado en el paraiso contra toda la raza de Adan, cayese sobre él y se verificase á despecho de todo su poder y de cuantas medidas

tomase para prevenir el golpe de la muerte. Tampoco por mas que quiera engañarse á sí mismo con insensatas teorías y con quiméricos sofismas, ignora que su sér es distinto de todos los demás vivientes, que lleva dentro de sí un principio de vida espiritual que se llama alma, que ésta no muere con el cuerpo, sino que sobrevive á la destruccion de ese compuesto material que anima y vivifica, y que está llamada á unos destinos eternos. Pero aun cuando todo esto sepa el hombre, siquiera no pueda dudar racionalmente de ello sin rebajarse y envilecerse hasta la condicion de los brutos mas despreciables, ¿se ocupa no obstante de examinar las consecuencias de este principio? ¿Se pregunta á sí mismo de dónde viene y á dónde vá? O lo que es igual, ¿trata de entrar en una profunda meditacion, en un sério exámen de su origen y de su fin?

Ah! si asi lo hiciese, conoceria que su alma procede de Dios, puesto que es un soplo de su divina boca, una emanacion de su espíritu, un destello de su grandeza, una centella de su inmensidad, la obra maestra de su diestra omnipotente, la imágen perfectisima del Supremo Hacedor, la semejanza mas exacta del Todopoderoso, la maravilla en fin de la creacion: y por consecuencia que siendo Dios su principio y su origen, á él debe caminar como á su único término, v quiera ó no á él debe ir á parar, ora para participar de los efectos de su bondad, ora para esperimentar los rigores de su justicia. Ahora bien, supuesta esta verdad incuestionable y que todo en nuestro derredor demuestra, ¿el hombre vive sin objeto alguno ostensible en este mundo? ¿No tiene mas mision que la de proporcionarse los elementos de una existencia transitoria y momentánea? Esto lo rechaza el simple buen sentido: pues no en vano grabó en su alma el Criador ese instinto de felicidad que nada en la tierra puede satisfacer; no en vano le dotó de un corazon noble, grande, generoso, y cuyas aspiraciones van mas allá del espacio, sin que ninguno de los objetos que le rodean sean capaces de llenar el inmenso vacío que esperimenta á pesar de la fruicion de cuantos bienes encierra este vasto universo; no en vano en fin le dió presentimientos irresistibles, deseos casi infinitos, y una ambicion de gloria sin término que de continuo le atormenta. Luego su objeto, su mision, su fin

en el tiempo no es otro que el de aspirar por todos los medios posibles à gozar despues de él de aquel porvenir eterno que aqui no le es dado conseguir, y el de merecer aquella bienandanza á la cual se reconoce destinado, mediante las buenas obras que son el único camino para llegar á Dios y conquistar su reino celestial. 2Puede haber, pues, cosa mas irracional, contrasentido mas chocante, error mas monstruoso, que saber todo esto, y no reflexionar sobre los medios de realizar tan grandioso objeto? ¿Cabe en lo humano desear la dicha perdurable y olvidarse de ella por unos objetos despreciables, aspirar á la inmortalidad y vivir como los séres que no tienen otro fin que el polvo, reconocerse llamado á unos destinos eternos y ver con la mas punible impasibilidad llegar el dia supremo v decisivo sin haberse ocupado de un negocio tan trascendental? Y por desgracia es este un hecho tan general, que apenas se encuentra quien entre dentro de si mismo para preguntarse: ¿A dónde vas? ¿Qué fin te espera? ¿Qué has hecho para merecer la felicidad para que fuiste criado? Nunca como en nuestro siglo, en que el continuo vaiven de opiniones v sistemas, el conflicto incesante de intereses materiales, y el torrente devastador de la ambicion, y la embriaguez del orgullo y de la vanidad arrastran tras si la atencion de los hombres, y reconcentran todas sus ideas en la sola idea del placer sensible, y de los goces del momento, nunca, digo, como ahora pudiera decirse con el profeta que la desolacion cubre la tierra, porque apenas hay quien piense de corazon en su suerte futura (1): puesto que todos han claudicado, hánse hecho inhábiles para el bien, corrompiendo sus inteligencias, envileciendo sus corazones, y haciéndose de peor condicion que los mismos irracionales. Al fin éstos llenan su mision en este mundo, viven como lo que son, y obedeciendo á su natural instinto cumplen los designios del Criador: en tanto que los hombres en su mayor parte desentendiéndose de lo que mas les interesa en este mundo, y separándose cada vez mas de su principio, buscan en el ruido tumultuoso de los negocios temporales el medio de alejar de sí ese cuadro para ellos

ni(1) Jerem. XXII. 14, do ne ogad. Islamnots el ounitado ab aup

tan importuno de la otra vida que les obligaria á entrar dentro de si, y tratan de olvidar toda idea de Dios, de su justicia y de sus venganzas, lanzándose en el laberinto de la disipación y de los mundanos placeres, verificándose aquello de la Escritura hablando del impio: «No quiso entender para no obrar bien (1).» ¡Como si valiera negar lo que no se quiere comprender para evitar la tremenda responsabilidad que lleva consigo el pecado! ¡Como si una afectada ignorancia pudiera ponernos á cubierto de los tiros de la cólera divina! ¡Ilusion! No, no hay convencimiento en este modo de obrar del pecador, porque no puede haberle alli donde los hechos vienen á desmentir todas las teorias del vicio y á desvanecer los sofismas de la incredulidad. Ciéguense pues en buen hora los mundanos, ó procuren hacerlo arrojando á sus propios ojos puñados de polvo para no ver la luz de la verdad que brilla á su alrededor: no por eso conseguirán contener la accion irresistible del cielo que caerá sobre ellos con todo su peso á despecho de esa indiferencia criminal hija de la degradación moral en que yacen, fruto único de unas pasiones ignominiosas que les dominan y cuyo yugo no se atreven á despedazar cobardes. Continuen bien hallados en ese estado de apatía que les conduce insensiblemente à la muerte. El Señor se separará de ellos, porque como decia Jesus á sus discipulos: «Os conviene que yo me vaya: pues si no me suere, el Consolador no vendrá à vosotros, mas si me fuere os le enviare.» Esto es respecto de los justos de quienes se ausenta momentáneamente para proporcionarles despues mayores ausilios en proporcion á los méritos que hubiesen adquirido con el vencimiento. Mas por lo que hace á los pecadores indiferentes á su eterna salvacion, auséntase de ellos despues de haber agotado los recursos de su bondad en llamarlos, para hacer un dia mas sensible la expiacion de su justicia porque no le escucharon. ¡Y ay de los que á despecho de tantos rasgos de la misericordia divina hayan perseverado en su obstinacion hasta el dia de las venganzas! ¡Ay de los que sobrecoja el dia grande y amargo del Señor en esa indiferencia real ó afectada en que ahora viven con respecto

and residuation within para of mundo pecudor, se transluces an la

⁽¹⁾ Psalm. XXXV. 4.

á su porvenir! Pues vendrá el Espíritu Santo, espíritu de terror y de indignacion para el réprobo, espíritu de ira y de furor para el impio; y cuando él viniere argüirá, acusará, y convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio, segun el oráculo de Jesucristo. ¡Juicio terrible! ¡Tribunal inapelable! ¿Qué responderá entonces el hombre que en el curso de su vida ni siquiera consagró un momento á lanzar una mirada investigadora sobre su pasado, su presente y su porvenir? Los criminales goces de que hizo su único ídolo, los placeres sensuales en que constituyó toda su felicidad, los negocios mundanales, en que procuró ahogar la voz de su conciencia y los gritos de la gracia, todo cuanto hizo para olvidar la enojosa idea de la eternidad por vivir mas libremente en el vicio, convertiráse para él en un fecundo manantial de crueles remordimientos, inútiles entonces porque pasó la época de merecer, y que utilizados en tiempo oportuno, hubiéranle evitado una condenacion cierta ya é inevitable. ¡Desgraciados réprobos! Encallecieron en el vicio, dejáronse sojuzgar por las pasiones, hiciéronse esclavos voluntarios del orgullo, de la ambicion, de la soberbia, de la sensualidad, y de toda clase de desordenes, sin pensar en que habia de llegar el dia del Señor: y por lo tanto el Espíritu divino, que si hubiesen sido dóciles á sus inspiraciones les hubiera consolado y colmado de gozo indefinible en aquellos momentos supremos, convertiráse por el contrario en un fiscal severo, y les argüirá de pecado ciertamente porque no creyeron en Jesucristo. X creen por ventura en él los que menospreciando su mision celestial, desentendiéndose de su doctrina, hollando sus dogmas sacrosantos, y burlándose de su moral pura y sublime, viven en la tierra indiferentes á su propia salvacion, y abusan torpemente de su libre alvedrio para arrojarse sin recelo á los escesos mas repugnantes? ¿Creen en Dios Salvador los que sin tener en cuenta lo que este hizo y padeció por libertarles de la tirania del demonio y de las pasiones, ni su sangre vertida en el Calvario, ni sus sudores ni agonias, ni su muerte afrentosa, siquiera no nieguen con las palabras la divinidad de ese Dios-Hombre, ni la necesidad de una reparacion infinita para el mundo pecador, se conducen en la práctica cual si en manera alguna les atañesen esos dogmas de nuestra fé, ni necesitasen de la redencion verificada por él, ni quisiesen utilizarse de sus efectos? No, el indiferente nada de esto cree, por mas que intente probar lo contrario: puesto que sobre ser inútil de todo punto y completamente muerta toda fé que no se halla vivificada por las obras, sobre ser un género de creencia propia de los espíritus infernales, segun el lenguage de los sagrados libros (1), aquella que solo consiste en una especulacion estéril é infecunda, que unicamente produce el terror, y jamas el convencimiento del bien obrar, ni aun esta poseen los que encerrándose en el círculo de esa indiferencia criminal que nada cree ni espera, y no aspirando á saber nada de cuanto puede serles útil ó pernicioso en el órden moral, estan prematuramente muertos á la gracia, aun cuando de vivos tengan la apariencia. ; Estado lastimoso! ; Existencia anómala! ¡Pecado imperdonable, que el Señor juzgará con toda la terribilidad de su cólera, puesto que no podrán atenuarle ni la debilidad propia del hombre, ni la miseria de su naturaleza, ni su propension innata al mal, que en este caso no existen, y si únicamente una malicia indisculpable y una perversidad calculada del corazon!

Por eso añade el Salvador que les arguirá asimismo de justicia, ó lo que es igual, contra justicia, por cuanto se va al Padre y ya no le verán. Hed ahi el efecto funestísimo de la enemistad del hombre con Dios: tal es el último resultado de su indiferencia en materias religiosas. Jesucristo tolera pacientemente la ingratitud del pecador hasta cierto punto, y le llama, y trata de insinuarse en su corazon lleno de compasiva misericordia mientras vé en él señales de sensibilidad, é ínterin, ora cayendo, ora levantándose, manifiesta que no le es indiferente la perdicion de su alma, y que anida en ella ese sentimiento de felicidad eterna, á que todavia no ha renunciado á pesar de sus defectos y pasiones. Pero tan luego como el hombre se muestra impasible á la esperanza y al temor, y ni los llamamientos divinos encuentran eco en él, ni le afectan los fatídicos presentimientos de una desgracia irreparable, ni la inmortalidad dichosa le conmueve, entonces Jesucristo le abandona, le retira sus

⁽¹⁾ Jacob, II. 19. ab salebangerash v anna stab alma, galas la na

auxilios, prívale de sus recursos, y le deja sin luz en la inteligencia, sin energia en la voluntad, entregado á sí mismo, y en manos de su propio consejo, segun la amenaza del Espíritu Santo, en justa punicion de su injusticia por no haber querido escuchar la voz de la verdad, ni aprovecharse de los méritos del enviado del Padre á salvar á la humanidad: sin que le sirvan de escusa en el dia de la espiacion la corrupcion mundanal, y los mil elementos de perversidad que pone en juego para perder á los mortales. En vano apelaria el indiferente á este débil recurso, que no podrá libertarle de ser arguido de juicio, porque, como añade Jesucristo en el presente evangelio, el principe de este mundo ha sido ya juzgado.

Cierto que el mundo, hoy mas que nunca si se quiere, es un semillero de vicios, un abismo de iniquidad, un inmenso océano, donde el incesante flujo y reflujo de las pasiones, y las tempestuosas olas del error, amenazan á cada instante sumergir en el abismo la verdad católica. Cierto que el paganismo lo domina todo, y en nuestras leves, en nuestros hábitos, en nuestras costumbres, donde quiera reina esa apostasia general de que hablaba un dia el Apóstol, reasumiendo en esa sola espresion todos los peligros que rodean al hombre, esponiéndole á cada paso á comprometer sus eternos destinos. Cierto que el mundo es un torrente que ha roto sus diques, y arrastra en pos de si cuanto encuentra en su impetuoso curso, anegando en sus aguas ponzoñosas la fé mas sólida y las mas heróicas virtudes. Cierto en fin que en nuestro siglo se adora á la mentira, se inciensa al oro, se diviniza á la sensualidad, y reinan los escesos del lujo, y todos los misterios del crimen tienen templos y sacerdotes, y la accion de Satanás se revela donde quiera. Pero no es menos indudable que todos estos peligros solo puede y debe temerlos el que, ingrato á los auxilios de la gracia divina, mas fuerte y poderosa que todos los elementos de perdicion con que cuenta el infierno para seducir á los mortales, se abandona á una indiferencia criminal, y se consagra víctima voluntaria del enemigo comun de las almas. Por lo demas, ¿no quedó este ignominiosamente uncido al carro victorioso de Jesucristo, desde que triunfando de los principados y potestades en el árbol santo de la Cruz, y despojándoles de sus armas, llevó consigo cautiva la misma esclavitud en frase del Apóstol? ¿Qué es desde entonces el demonio sino un monarca destronado, que nada puede sino con aquellos que se someten espontáneamente á su accion y obedecen sus leyes? ¿Qué es el mundo sino una arena, en donde únicamente son vencidos los que cobardes no pelean legítimamente con las armas de la fé, ó presuntuosos se esponen á sus peligros? Y si por nuestra debilidad ó descuido somos vencidos en la lucha, no ¿tenemos la penitencia para reparar las quiebras sufridas, y rehacernos de nuestros pasados estravios? Luego no hay un motivo racional en que pueda fundarse la indiferencia del hombre respecto de su eterna suerte, y por lo tanto es un pecado digno de todo el rigor de la divina justicia, un crímen imperdonable, y de las mas funestas consecuencias en el órden moral.

Tratemos pues de evitarlas, M. A. O., entrando desde luego eu un serio y concienzudo exámen de nuestro origen y de nuestros destinos. Que hemos de morir es cierto; que despues de la muerte corporal existe otra vida interminable, es evidente; que nuestra alma es inmortal, es innegable. ¿ A dónde va pues? ¿Hácia dónde camina? ¿Cuál es el término de su carrera? Qué debe hacer para conseguir esa vida perdurable á que instintivamente aspira? Hed ahí el asunto continuo de nuestras meditaciones, y lo que debe ocupar todos los momentos de nuestra existencia en este mundo, si es que en el otro queremos evitar las contingencias de un indiferentismo irracional, que al presente nos arrastra al abismo de todos los males. Despertemos pues de ese adormecimiento que hasta ahora nos ha tenido aletargados; comprendamos la sublimidad de nuestros destinos: no malogremos un tiempo precioso, que se nos concede para labrar nuestra felicidad en esta vida, y conseguir en la otra la corona de la inmortalidad. Il me alcome nobre la ma comes contillon nobre la

bordingly a case tree concupie convins de one bable el ajectol sun lina, a suber, a la sensualidad, a la ambigion y al medio.

PLAN DE UN SERMON

PARA LA DOMINICA IV DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

nos la ponteja sa part recor<u>encia de la pres</u> solo la sentino del sono

OPOSICION QUE EXISTE ENTRE LOS USOS, LAS MÁXIMAS Y EL ESPÍRITU DEL MUNDO, Y EL ESPÍRITU, MÁXIMAS, ETC., DEL CRISTIANISMO, Y JUICIO FORMIDABLE QUE PESA SOBRE ESE ENEMIGO CUYAS TENDENCIAS SE DIRIGEN Á DESTRUIR LA OBRA DE LA REDENCION.

un serio y conclerando eximen all maestro origen y de materies dese

Cum venerit ille (Spiritus Sanctus) arguet mundum de peccato.

Cuando venga el Espíritu Santo convencerá al mundo de pecado.

JOAN XVI. 8.

En mundo, antagonista eterno de la virtud y enemigo declarado de la verdad, venia siendo á través de los siglos el teatro de toda clase de crimenes, y germinaban en él los errores mas funestos y trascendentales. Todo en el seno de la humanidad era aberracion, mentira, escándalo, iniquidad, y por hablar el lenguage bíblico, los hombres habianse corrompido y hecho abominables delante de Dios; apenas se hallaba entre ellos quien obrase el bien, porque tanto en el órden político como en el órden moral, en la vida del individuo, no menos que en la de la familia, la sociedad entera hallábase subordinada á esas tres concupiscencias de que habla el apóstol San Juan, á saber, á la sensualidad, á la ambicion y al orgullo.

Necesario era que se operase en el mundo un cambio radical, una modificacion completa, una revolucion universal en sus instintos y aspiraciones, en sus hábitos y costumbres, en su religion y sus dogmas corrompidos á merced de las pasiones, etc... Pero esta obra colosal solo podia llevarla á cabo el que tenia la mision celeste de reformar lo terreno, y aun lo celestial, como se espresa San Pablo, v dar al mundo una nueva vida, un nuevo ser, reorganizándole segun los principios del nuevo código que iba á sustituir á todas las antiguas legislaciones. Y este código era el Evangelio.

Jesucristo habia echado los cimientos de este grandioso edificio, y afianzádolos con su doctrina, con sus ejemplos y con su sangre. El Espíritu de verdad debia coronar su cúspide y dar la última mano: y al efecto, estaba llamado á juzgar al mundo, condenando sus máximas, rectificando los absurdos principios que venia sosteniendo, etc., conforme á la promesa consignada en el texto evangélico de este dia. Conviene, decia el Salvador á sus discipulos, que yo me vaya, porque si no me voy no vendrá á vosotros el Espíritu consolador: pero si me voy, os le enviaré. Y cuando el venga, convencerá al mundo de pecado, etc.

Y de hecho asi lo hizo, v lo hace de contínuo. ¿Qué otra cosa es el cristianismo sino una condenacion espresa, permanente y viva del mundo? Esto es lo que me propongo demostraros en el presente discurso, haciéndoos ver «la oposicion que hay entre los usos, la vida, el espíritu y las máximas de ambos, de donde inferireis cuán justamente anatematiza la religion á ese enemigo formidable, cuyas tendencias todas se dirigen á destruir la obra de la redencion, destruyendo y sofocando entre los hombres el espíritu del Evangelio, etc. » -na al à phionhen his alle ahell Yohoum lebe Ave Maria.

REFLEXION UNICA.

No sin un profundo conocimiennto de las cosas, dijo el apóstol San Juan, que todo aquel que quiere vivir segun los principios de este mundo, se constituye desde luego enemigo de Dios (1). Son dos estremos que jamás se tocan, dos principios que nunca pueden

^{(1) 1.} Joan. III. 45. beings at chamicagnize eat a natial on hog-nis

conciliarse; donde el uno reina, el otro ha de sucumbir infaliblemente; el uno representa la luz, el otro las tinieblas; en uno está personificada la verdad, en el otro se halla simbolizado el error: y entre los usos, la vida, el espíritu y las máximas de ambos es tan marcada la oposicion, tan evidente el antagonismo, que no hay medio de adunarlos. De aquí la lucha, la repulsion, la guerra incesante que el mundo hace á Jesucristo, y este á su vez á su mortal émulo, etc.

- 1. Y en efecto, analicemos un poco. ¿Cuáles son los usos del mundo? Reserva en las maneras, apariencias de modestia, esterioridades mal disimuladas de virtud... Ved ahi cuando mas todo el sistema de religion que los mundanos conocen. Pero atacar de frente las pasiones, enfrenar los malos hábitos, sofocar en el corazon hasta la menor chispa de sensualidad, etc... esta moral no es la suva. Basta que por el bien parecer se disimulen ciertas afecciones demasiado chocantes en ocasiones dadas: basta que no se traspasen los límites de un pudor afectado, que pasa entre ciertas gentes por un deber de educacion... Por lo demas nada importa permitirse espresiones que dejan transpirar el fuego de las pasiones mas repugnantes, poner en juego los artificios que tienden á despertarlas en el corazon mas frio é indiferente, recurrir á los medios mas reprobados para insinuarse, etc. Todo ello entra en el plan del mundo, que no es otro sino destruir el espíritu del cristianismo, su eterno rival, empañando la pureza de su moral y la santidad de sus degmas.
- 2. ¿Cuál es la vida del mundo? Toda ella está reducida á la satisfaccion de los sentidos; la delicadeza, la molicie, las riquezas, el bienestar material... hed ahi lo que absorve sus ideas, lo que forma el objeto esclusivo de sus aspiraciones, en lo que forma su presente y su porvenir. Al efecto nada es sacrificar la salud en el juego, el reposo en las orgías nocturnas, el dinero en los placeres de la carne, y hasta el honor mismo si es necesario para brillar y figurar á toda costa. La mortificacion se mira como la virtud de los solitarios, la abstinencia como un deber esclusivo de los claustros; ningun escrúpulo se hace de quebrantar los preceptos mas graves de la Iglesia por no faltar á las exigencias de la sociedad, etc., etc... Y ved

cómo el mundo propende generalmente con su vida á destruir y anonadar la austeridad propia del cristianismo.

- 3. ¿Y en qué consiste el espíritu mundanal? Espíritu de vanidad, espíritu de orgullo, espíritu de arrogancia, espíritu de frivolidad es lo único que por do quiera se observa. El uno aspira á deslumbrar á otro con su fastuosa ostentacion: este no piensa sino en intrigar para suplantar á aquel con su astucia; quién trabaja por hacerse lugar en un puesto eminente por humillar al que vé mas elevado: quién procura á todo trance aumentar sus caudales sobre las ruinas del mas crédulo ó menos hábil en manejar los negocios, etc. Y de este modo el mundo es una escuela práctica de todos los vicios que se oponen á la modestia y al desinterés del cristianismo.
- 4. Veamos ahora cuáles son sus máximas. Interrogadle acerca de la venganza, y os dirá que es el sentimiento de las almas nobles, etc. Examinadle respecto al uso que debe hacerse de la vida: y no vacilará en asentar como un dogma inconcuso que si hay una edad que debe consagrarse á Dios, hay otra que de derecho reclaman las pasiones; que la juventud es la época del placer, asi como la vejez es la época de la piedad, etc. Preguntadle sobre la eleccion de estado; y le oireis resolver dogmáticamente que es un deber de todo hombre seguir en esta parte el impulso de su natural propension: y que el nacimiento, el génio, la fortuna, etc., son los únicos elementos que deben decidir la vocacion respectiva de los sugetos, como si en nada ni para nada debiesen influir las inspiraciones divinas, ni los movimientos del espíritu, ni la voz secreta de la conciencia.....
- 5. Examinad por último la conducta del mundo en general, y la vereis reducida á un encadenamiento de frívolos pasatiempos que á nada conducen, á una ociosidad habitual en los unos, á una sucesion no interrumpida de placeres en los otros, al afan de atesorar en estos, al incansable é improbo anhelo de medrar en aquellos; flujo y reflujo de nécias vanidades, como se espresa el Sábio, que solo conducen á enervar el espíritu, á aturdir al alma, sacándola fuera de sí misma, descentralizándola, y haciéndola girar perpétuamente en un vasto circulo de decepciones y engaños, de ilusiones y

de errores que cada vez la separan mas de Dios y de sus leyes, alejándola de sus propios deberes y de sus esenciales y verdaderos destinos, etc.

6. No es decir por esto que el mundo no hable á veces de virtud y se manifieste persuadido de su necesidad. ¿Pero qué virtudes son las que él proclama? Virtudes puramente sociales, virtudes de equidad, de humanidad, de generosidad, virtudes cómodas que honran el corazon pero sin mortificarle, que prescriben ciertos deberes pero sin condenar ciertos escesos, virtudes en fin de sentimiento, que en manera alguna producen el arreglo de las costumbres; porque lejos de contrariar los movimientos de una naturaleza viciada y corrompida, solo propenden á fomentarlos mimando las pasiones del corazon, etc... De aquí el llamar escuelas de virtud los espectáculos profanos donde se pone en accion el vicio. De aquí el aplaudir como monumentos de una moral sublime, ciertas producciones en las que la inmoralidad mas repugnante se presenta encubierta con bellas frases y atrevidos rasgos de ingenio, etc.

Tales son en compendio los usos, la vida, el espiritu y las máximas del mundo: hed ahí en general la conducta de los mundanos, su código, su símbolo, su religion.... ¡Triste espectáculo! ¿Y qué puede esperarse de un mundo en donde todo es altamente contrario á los principios, á los dogmas, y al espíritu del cristianismo, cuya doctrina condena la soberbia, anatematiza la ambicion, reprueba la sensualidad, prescribe la mortificacion, la austeridad, la modestia, la humildad y todas las demás virtudes que Jesucristo vino á ensenar con su vida y ejemplos, etc.?... ¡Ah! En vano los hijos del siglo corriendo ciegos tras la mentira, y abrazando en su delirio cuantos errores es capaz de crear la inteligencia humana, harán frente á la verdad, y se empeñarán en destruir la obra grandiosa de la redencion inutilizando los frutos de aquel árbol santo de donde brota la vida y la salvacion de la humanidad. Jesucristo, que vino un dia como hombre á confundir la impiedad de ese mundo que le desconoció y persiguió de muerte; él que en su Evangelio dejó un monumento perenne de acusacion contra todos los estravios, aberraciones y vicios que han sobrevido al triunfo de la Cruz; él mismo por medio de su divino Espíritu hace diez y ocho siglos que viene juzgando á ese mundo ambicioso, soberbio, sensual y materializado, segun la promesa del Salvador, y convenciêndole de pecado, y arguyéndole de injusticia, y pronunciando contra él un anatema de reprobacion por sus escándalos, por sus vicios, por su incredulidad, etc.....

Y ese juicio, y ese anatema alcanzará á todos cuantos se adhieren á las corrompidas máximas de ese enemigo tenaz del cristianismo, y antagonista perpétuo de la verdad católica. Sigan en buen hora el camino del placer que han emprendido, corran por la via florida de los goces y encantos de la vida presente, piérdanse cada vez mas en el profundo laberinto de las delicias temporales, sin acordarse siquiera de los bienes imperecederos y eternos... ; Y qué! Al fin de su carrera encontraránse frente á frente con sus mismas obras de perdicion, abandonados de ese mismo idolo á quien sirvieron, y colocados bajo la accion de la justicia divina, que no les será dado esquivar, etc... Y entonces, en vista de la oposicion de sus costumbres con las máximas de la religion que profesaron; en vista de los perjurios en que incurrieron quebrantando los votos que un dia hicieran de renunciar al mundo, sus pompas y sus obras; en vista del abismo à que les condujeran sus escesos, y de donde ya no les será dado retroceder, fuerza les será confesar que erraron la senda del bien, lamentar sin fruto su desgracia, y someterse al terrible fallo del Juez Supremo, que clamará irritado: « Hé aqui el juicio del mundo », etc.

Temamos pues este juicio, evitemos este fallo, aspiremos á ser bendecidos del Padre celestial, imitando en el tiempo á su Unigénito, huyendo como él de todos los lazos de la seduccion y de cuanto puede amancillar nuestras almas, viviendo como peregrinos en esta tierra, que por do quier exhala infeccion y brota corrupcion y escándalo, haciendo guerra á las pasiones que el siglo canoniza, luchando contra los vicios que apadrina, muriendo continuamente á nuestros apetitos desordenados, y crucificándonos con Jesus, para con él vivir eternamente en la region de la inmortalidad.

culi criminibus attigerimus. (Id. L. de spects, 9.1

enceliar de sa divina Espleito hace diez y ocho siglos que viene juzgando a corrusa area à soviraja arurianza ad sorzar jaliando, gando a corrusa del Salvador, y convenciendole de pecado, y arsegun la promesa del Salvador, y convenciendole de pecado, y ar-

oh «ji Væ mundo!! (Matth. XVIII.) nama u zamisujan sh slokarara

» Nunc juditium est mundi: nunc princeps hujus mundi ejicietur foras. (Joan. XII. 34.)

»Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret: quia vero de mundo non estis.... propterea odit vos mundus. (Joan. XV. 49.)

Princeps hujus mundi jam judicatus est. (Joan. XVI. 44.)

Abnegantes impietatem et socularia desideria, sobrie, et juste et pie vivamus in hoc soculo, expectantes beatam spem, et adventum gloriæ magni Dei, et Salvatoris nostri Jesu-Christi, qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate. (Ad Tit. II, 42, 43, 44.)

»Nolite diligere mundum, neque ea quæ in mundo sunt. Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo: quoniam omne quod est in mundo concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ: quæ non est ex Patre, sed ex mundo est. Et mundus transit, et concupiscentia ejus. (I. Joan, II. 45, 46, 47.)

» Omne quod natum est ex Deo vincit mundum. Et hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. (I. Joan. V. 4.)

ergo voluerit amicus esse sœculi hujus, inimicus Dei constituitur. (Jacob. IV. 4.)»

-inspirit is a openial base obestimi destrele enter the solicented of the control of the control

quam noluit, rejecit; quam rejecit, damnavit; quam damnavit, in pompa diaboli deputavit. Non enim damnasset, nisi non sua; alterius autem esse non possunt nisi diaboli, quæ Dei non sunt. (Tertul. L. de Idol. 48.)

» Non quod in sœculo sumus à Deo excidimus; sed si quid de sœculi criminibus attigerimus. (Id. L. de spect., 9.)

»Hujus mundi sapientia est cor machinationibus tegere; sensum verbis velare; quæ falsa sunt, vera ostendere: que vera sunt, falsa demonstrare... Hæc sibi obsequentibus præcipit honorum culmina quærere; adepta temporalis gloriæ vanitate gaudere; irrogata ab aliis mala multiplicius reddere, etc. (S. Greg. Mor. L. 10, c. 16, in c. 12 Job.)

»Necesse et enim ut nos oderit (mundus) quos cernit nolle quod diligit. Sed plurimum nos de se ipso Dominus consolatur, qui adjecit, atque ait: Si mundus vos odit, scitote quia me priorem odio habuit. ¿Cur ergo se membrum super verticem extollit?... Mundus igitur odit mundum, lhimicus reconciliatum; damnatus salvatum, inquinatus mundatum. Sed iste mundus quem Deus in Christo reconciliat sibi, et qui per Christum salvatur... de mundo electus est inimico, damnato, contaminato. (S. August. tract 87 in Joan.)

»Ipsorum tantum desperanda est correctio, contra quos habemus ocultam luctam: ad quam luctam nos armat Apostolus, dicens: Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, id est non adversus homines quos videtis, sed adversus principes et potestates tenebrarum harum. Ne forte cum dixisset mundi, intelligeres dœmones esse rectores cœli et terræ: mundi dixit, tenebrarum harum; mundi dixit, amatorum mundi; mundi dixit, impiorum et iniquorum, mundi dixit, de quo dicit Evangelium: et mundus eum non cognovit. (Id. in ps. 54.)

»Non magis pendamus terrenam felicitatem, quæ plerumque malis conceditur. (Id. serm. 9 de verb. Dom.)

» Qui vere christianus est, non ista omnia transitoria debet petere, sed totum pondus intentionis vel orationis suæ, ad expetendam beatitudinem debet impendere. (Id. L. 50. hom. 40.)

De la participa de la proposition de la proposit

HOMILÍA CON CONTRACTOR DE CONT

Colleges through squareness est our mean particular segments sensum

PARA LA DOMINICA V DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

d pluminum mustin sold pso Domiera conscipior, con selecti,

NECESIDAD DE RECURRIR AL CIELO EN NUESTRAS NECESIDADES POR MEDIO DE LA ORACION, Y EFICACIA DE ESTE RECURSO CUANDO NUESTRAS SÚPLICAS VAN DIRIGIDAS EN NOMBRE DE JESUCRISTO.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

men Cheratum satvollura. Elegandido selectio rest

En aquel tiempo dijo Jesus à sus discipulos: En verdad, en verdad os digo, que si pidiéreis al Padre alguna cosa en mi nombre, os la concederà. Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre. Pedid, y recibireis, para que vuestro gozo sea completo. Os he hablado estas cosas en parábolas. Pero viene la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que os anunciaré claramente las cosas de mi Padre. En aquel dia pedireis en mi nombre: y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me amásteis, y creisteis que yo salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre, etc.

JOAN. XVI. 23. ET. SEO.

Por mas que el hombre quiera hacerse ilusion á sí mismo, nada en su derredor hallará que no le demuestre su propia impotencia, la nulidad de todos los recursos humanos, y la necesidad que tiene de recurrir incesantemente al cielo á fin de obtener los ausilios indispensables para caminar hácia sus verdaderos destinos. Es tal su debilidad, tan profunda su degradacion, y su miseria tanta, que sin un apoyo superior nada le es posible hacer, ni siquiera dar el menor paso en las vias de la salvacion. Dentro de sí encuentra mil elementos de ruina, y obstáculos casi invencibles, y un principio de repulsion que cada vez le separa mas de su centro, arrastrándole hácia la materia y empujándole hácia el abismo del mal. Su enten-

dimiento estraviado por el pecado, en vez de penetrar la luz brillante de la verdad, se vé rodeado de las mas espantosas tinieblas del error. y abraza como oráculos infalibles las ilusiones mas inverosimiles y los mas groseros absurdos. Su voluntad criada por Dios para amar el bien, desordenada por efecto de la culpa primitiva, lánzase ciega hácia todo cuanto de bueno tiene la apariencia, siendo frecuentemente el resultado de su desórden aborrecer lo que amar debiera. abrazar lo que hubiera debido desechar, y dar la preferencia en su veleidosa inconstancia á lo peor que la lisonjea, postergando lo mejor que la desagrada. Hed aqui el gran misterio de la degradacion del hombre, que San Pablo pintaba tan elocuentemente en si mismo (1), y del que la antigüedad dió el mas solemne testimonio por boca de uno de sus poetas (2). Y si á esto se añade que aun respecto de las necesidades que le aquejan en el tiempo, y de lo que atañe á la vida presente, manifiesta donde quiera el hombre una nulidad marcada, puesto que ni tiene prevision bastante para evitar los peligros que le amenazan, ni suficiente poder para sobreponerse á los males v contratiempos que rodean su existencia, ni sabe hacer otra cosa á pesar de su orgullo, de su egoismo y de lo que ha dado en llamar filosofía, sino gastar inútilmente sus fuerzas en luchar contra la miseria, que cada vez le abruma mas con su insoportable peso, en combatir sin éxito unas dolencias que son su patrimonio esclusivo y que cada dia ejercen sobre él mayor imperio, en una palabra. en buscar una dicha que no encuentra y en correr tras una bienandanza que huve de él como una sombra; ¿quién no vé desde luego la necesidad que tiene de elevar su espíritu sobre todo cuanto se presenta á su vista, y buscar en el seno de Dios los ausilios de toda especie que reclama su situacion, y que no le es dado hallar ni en si propio, ni en los demás séres que le cercan?

Esta necesidad, M. A. O., es un hecho indudable; pero, ¿cómo podrá el miserable mortal salvar la distancia que le separa de Dios? ¿Cómo acercarse á ese sér infinito y esencialmente santo, un sér li-

⁽⁴⁾ Non quod volo bonum hoc facio, sed quod nolo malum hoc ago. q (Ad Rom. VII. 49.)

⁽²⁾ Video meliora, probo que, deteriora sequor.

mitadisimo y cuya esencial condicion es el pecado? ¿Cómo esperar que sus plegarias sean escuchadas por el que habita una luz inaccesible, siendo de suyo tan despreciable, y habiendo merecido además tantas veces el desprecio y la indignación divina con sus rebeldías y multiplicadas ofensas? Pero ¡ah! Tenemos un mediador inefable por cuyo conducto nos es sumamente fácil ponernos en comunicacion con el cielo: v este es Jesucristo nuestro hermano, nuestro abogado, quien se encarga de presentar á su Padre celestial las preces del hombre pecador, y gestionar para que sean despachadas favorablemente, interponiendo sus merecimientos, su sangre v su misericordia ante el tribunal de la eternal justicia, y haciendo descender de alli raudales copiosos de gracia v de salvacion. Y ved por qué el Salvador dirigiéndose à sus discipulos en uno de los mas solemnes momentos de su existencia en la tierra, les recomendaba la necesidad y eficacia de la oracion, y el modo de practicarla con fruto, diciendoles: En verdad, en verdad os digo, que si pidiéreis al Padre alguna cosa en mi nombre os la concederà.

Que el hombre necesita pedir, va lo hemos visto. Su impotencia característica, su miseria innata, la nulidad de sus propios recursos y la insuficiencia de los de las demás criaturas lo demuestran de un modo evidente. Y su alma naturalmente cristiana, en frase de Tertuliano, que en sus cuitas, en sus infortunios, en sus reveses de todo género no sabe pronunciar otra voz ni exhalar otro suspiro que: ¡Ay Dios mio! bastaria para evidenciar á falta de otras pruebas, que si antes de la caida del primer hombre la plegaria no era mas que un simple acto de adoracion con que la criatura espresaba su dependencia del Criador, despues de ella, viene siendo un acto de solicitación y de expiación, mediante el cual, confesando que somos pobres y criminales, y que nada podemos ni tenemos de nuestro propio fondo sino miseria v pecado, nos vemos precisados á recurrir incesantemente à aquel que unicamente puede remediar nuestras necesidades, satisfacer nuestros deseos, alejar nuestros males y proporcionarnos los medios que nos son indispensables tanto en el órden natural como en el órden moral. Pero ¿quién nos garantiza el éxito de nuestras oraciones? ¿En qué puede fundar la confianza de

ser escuchado el hombre cuya lengua veces tantas se atrevió á blasfemar del cielo cuyo recurso implora? ¿Cómo esperar la clemencia divina quien habiendo provocado en mil ocasiones la cólera celestial. jamás trató de indemnizarla, ni aunque lo hubiese intentado pudiera hacerlo condignamente? Y en este caso nos hallamos todos, M. A. O. Todos vemos levantada sobre nuestras cabezas la espada vengadora del Omnipotente: los rayos de su justicia nos persiguen donde quiera, y no hay instante en que no debamos temer ser victimas de su indignacion. ¡Qué contraste! ¡Qué alternativa tan penosa! ¡Haber de orar porque en nuestro estado presente es una necesidad indispensable y de todo momento, porque no podemos vivir sin llenar esta condicion esencial de nuestra existencia, à menos que voluntariamente queramos perdernos, y sin embargo siempre en la incertidumbre y en el temor de que nuestras plegarias sean rechazadas y vuelvan à nuestro seno cargadas con la ira del cielo! ¿Mas qué digó? ¿No es el mismo bijo de Dios quien nos asegura que seremos escuchados siempre que en su nombre nos dirijamos al Padre? ¿Nos atreveríamos á suponer que en unas circunstancias tan criticas como eran los instantes próximos á ausentarse del mundo, y hablando á sus amigos, á sus apóstoles, á sus consocios en la gran mision de regenerar la humanidad, á los hombres de eleccion llamados á ser los fundadores de la nueva Iglesia y las columnas del grandioso edificio de la civilizacion cristiana, les hubiera dirigido palabras inútiles, ò querido alucinarles con facticias promesas? Absurdo, y mas que absurdo, blasfemia imperdonable seria pensar de esta suerte. El tono positivo con que habla, las espresiones de que usa, v mas que todo su veracidad invariable, no nos dejan lugar á la menor duda. A la par del deber camina la sancion: la palabra eterna de Dios es quien nos invita á recurrir á él, y ella misma es la que nos asegura la eficacia de nuestras súplicas, toda vez que vayan dirigidas por el legitimo conducto por donde únicamente pueden llegar á su término. Y si algo hay que pueda oponerse á la realización de nuestros deseos, y neutralizar el efecto de nuestra oracion, somos nosotros mismos, nuestra ignorancia, nuestros errores, el desórden de nuestras pasiones, la irregularidad de los medios que adoptamos

para conseguir lo que apetecemos, en una palabra, el no pedir como, por quien, y lo que debemos solicitar, como lo denotó Jesucristo á sus apóstoles en aquellas sublimes palabras: Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre. Y el miserable y ciego mortal que no pide en nombre del Salvador, bien porque lo que desea no está en armonía con su voluntad santa, bien porque lo solicita sin consultar su divino beneplácito, ora porque lejos de orar con humilde resignacion á sus disposiciones, se propone doblegar en cierto modo los decretos del cielo á sus exigencias caprichosas, ora porque intenta autorizar sus propios desórdenes con la sancion celestial, ¿cómo ha de ser escuchado por aquel Dios de santidad cuyos ojos no pueden tolerar la menor sombra de imperfeccion?

Pues ved justamente lo que esteriliza nuestras plegarias y hace inútil nuestro recurso al cielo. El Señor quiere que nos dirijamos á él en nuestras necesidades; desea que le pidamos todo aquello que está en relacion con nuestra salud eterna y que no se opone á su consecucion; nos hace un deber, nos impone una obligacion de orar, y en esto nos dá una prueba inequivoca de su amor; puesto que conociendo mejor que nosotros mismos nuestras necesidades, nuestra debilidad y nuestra impotencia, nos propone y facilita el medio único é infalible de realizar nuestros deseos y aspiraciones, proponiéndonos por Mediador á su unigénito en quien le plugo depositar el inagotable tesoro de sus gracias, y garantizándonos el logro de cuanto por su mediacion pidiéremos. ¡Qué esceso de bondad! ¡Qué rasgo tan inefable de ternura paternal! ¿Pero cómo correspondemos á ella? ¡Ah! Abusando torpemente de la misma confianza que su amor nos inspira, no dudamos dirigirle plegarias inútiles é importunas unas veces, ofensivas y criminales otras: y de este modo convirtiendo en veneno mortífero lo que debia darnos la vida, provocamos sobre nuestras cabezas las iras celestiales, y nos colocamos bajo la acción de la divina justicia, en vez de atraer sobre nosotros la benéfica lluvia de la divina clemencia. No, no es pedir en nombre de Jesucristo el autorizarse con él para solicitar lo que Dios no puede en manera alguna conceder sin faltar á alguno de sus atributos; no es pedir en nombre del Salvador el apoyar con su sancion unas sú-

plicas inspiradas bien por la ignorancia del error, bien por el orgullo ó el amor propio, ó por cualquiera de esas pasiones personales que escitan en nuestros corazones deseos culpables, afectos irracionales, aspiraciones indiscretas, o provectos insensatos. Orar de este modo seria mas bien desvirtuar la eficacia del divino poder; seria insultar audazmente al cielo; seria querer hacer responsable á Jesucristo de nuestro ódio, de nuestra venganza, de nuestra codicia, que son frecuentemente los únicos móviles de unas plegarias tan supersticiosas como sacrilegas; seria hacer de la Providencia un sér ciego é insensible esperando que pudiese dar por buenos los hechos mas contrarios á la razon, á la justicia y á la caridad; seria, en una palabra, burlarse del Padre, é insultar al Hijo que nos diò por medianero, hollando su sangre, despreciando su muerte y sus infinitos merecimientos, toda vez que ignorantes ó atrevidos osáramos alegarlos en nuestro favor para solicitar por ellos el logro de pecaminosas pretensiones. Y en este caso, claro es que Jesucristo, no pudiendo asociarse á ninguna plegaria inútil ó indigna, ni prestar su concurso á ningun deseo importuno ó criminal, rechazaria la demanda, y lejos de sancionarla con el sello de su autoridad, hariala retroceder al seno de donde saliera, marcada con el estigmato de su divina reprobacion, proporcionalmente á la gravedad de la insolencia ó de la temeridad que la inspiró.

Pedid, pues, M. A. O., en nombre de Jesucristo, esto es lo que le agrada, lo que no contraria los pensamientos de paz y de amor que presidieron al plan divino de la reparacion del linage humano, lo que está conforme con sus ideas de santidad y de perfeccion, lo que directa ó indirectamente se refiere á realizar su gran mision en el mundo, lo que pueda conduciros al logro de vuestros eternos destinos, mejorando vuestras costumbres, rectificando vuestras pasiones, ordenando vuestros apetitos, perfeccionando en una palabra vuestro ser: pedid en fin lo que sea del agrado de Dios, tanto en el órden espiritual como en el órden natural, dependientes siempre, y siempre sumisos á su voluntad; pedid y recibireis os dice el Salvador, para que vuestro gozo sea completo; porque en este caso su nombre apoyará vuestras súplicas, autorizará vuestras plegarias, y

no será solamente una honrosa recomendacion que las hará mas valederas delante del trono del Padre celestial, sino una garantia infalible de su eficacia. Y ved ahí los caractéres que debe tener nuestra oracion, y el medio de que no sea inútil é infructuoso nuestro recurso al cielo. Fé ardiente, confianza humilde, resignacion constante, tales son los tres resortes que dan á las súplicas del hombre ese poder irresistible que le fraquea las puertas del reino celestial, y pone á su disposicion el erario del Eterno. Conociendo con la fé que todo don bueno y perfecto desciende del Padre de las luces, que Jesucristo es rico en bondad para todos cuantos le invocan, como que á él se le confió la sublime mision de salvar al mundo; y persuadido al mismo tiempo de que nada es de suvo, incapacitado como está de dar un paso en las vias del bien sin el inmediato concurso de la divina gracia, recurrirá en tode trance al Señor, de quien unicamente puede y debe esperar el auxilio que reclaman sus necesidades, alentado por el convencimiento íntimo de que nada le será negado, contando con la mediación de aquel Jesus, que uniendo en si la naturaleza divina y humana, atrajo á sí todas las cosas celestes y terrestres, segun el pensamiento del Apóstol (1). ¿Y cuánto no le animará, qué confianza no le inspirará el amor del Verbo, que por redimir á la humanidad no vaciló un instante en cargar con la responsabilidad de todos los crimenes cometidos y por cometer, ofreciendo en rescate y fianza su vida, su muerte, sus padecimientos y sus obras de inmenso valor? ¡Ah! El cristiano humilde que se dirige á Dios en nombre de su Unigénito, puede decirle con toda verdad: «Confieso que nada soy, nada valgo, ni merezco nada por mi propio, siendo pecador y sumamente culpable en vuestra presencia. Cierto que si mis súplicas no tuviesen otro apoyo que mis merecimientos, desde luego deberian ser rechazadas, porque nada puede hacerlas aceptables á vuestros ojos. Pero heme aqui armado con los méritos de vuestro hijo: Vengo á vos en nombre del que enviásteis á morir por mí, y que verificándolo me hizo capaz de salvarme. Él mismo me ha mandado tomar su sangre y presentárosla; y por lo

⁽⁴⁾ Ephes. I. 40. has model and just code by his vois solding

tanto esa sangre vertida en el árbol del sacrificio es la que os ofrezco, siendo por consiguiente el mismo Salvador, no yo, quien por mi boca os ruega.» ¡Qué dicha, M. A. O., tener por intermediario á un Dios en nuestras relaciones con el cielo y la tierra! ¿Y esto mismo no debe servirnos de poderoso estímulo para perseverar constantes en nuestras súplicas, esperando resignados el cumplimiento de su voluntad santa, aun cuando veamos retardarse la realizacion de nuestros votos? Ciegos como somos, y propensos á errar en nuestros cálculos, frecuentemente pedimos lo que no nos conviene; y el Señor, que conoce que el acceder á nuestros deseos seria en casos dados, en vez de una gracia un castigo, usa de su clemencia v de su amor rehusándonos como padre tierno, como sabio maestro, y como médico previsor, lo que debia causar nuestra ruina. Y ved por qué la conformidad, la union y dependencia de nuestra volun-tad con la divina, es una condicion esencial de la buena oracion, puesto que por ella conservamos el alto rango en que fuimos colocados en el órden de la regeneración espiritual, y renovamos incesantemente esa asociación misteriosa y benéfica con el Verbo, sin la que infaliblemente volveriamos á caer en la nada.

No ignoro que para muchos hombres este lenguage de la religion es confuso y parabólico, porque no estan en disposicion de comprender las inmensas ventajas de la oración, ni las grandezas de esa mediacion divina, en fuerza de la cual nuestro recurso al cielo participa de la eficacia poderosa de los merecimientos del Salvador. Esto mismo parece queria significar á sus apóstoles Jesucristo cuando les decia: Os he hablado de estas cosas en parábolas, porque vuestras inteligencias carnales aún y materializadas, carecen de la capacidad suficiente para penetrar los misterios de mi bondad y de mi amor. Pero viene la hora en que ya no os hablare en parábolas, sino que os anunciare claramente las cosas de mi Padre. ¡Hora feliz para los discipulos del Hombre-Dios, en que descendiendo sobre ellos el Espíritu de ciencia y de sabiduria, debian beber á torrentes aquellos puros y sublimes conocimientos que estaban llamados á trasmitir á las futuras generaciones mediante la predicacion evangélica! Y no menos dichosa será para el cristiano aquella otra hora, en que desapareciendo las sombras que ahora le ocultan el resplandor de las eternas verdades, y sustituyendo á ellas la claridad del eterno sol de justicia, verálo todo tal cual es, y todo lo comprenderá en Dios, de cuyas luces participará de un modo maravilloso. Entonces ya no habrá menester de la mediacion del Unigénito, ni este necesitará interponer sus ruegos y lágrimas ante su Padre celestial en favor nuestro: pues como nos lo asegura en el presente Evangelio, en aquel dia pedireis en mi nombre: y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me amásteis y creisteis que yo salí de Dios. Entonces una reciproca comunicacion de amor entre Dios y el hombre completará la dicha de este, puesto que todo lo poseerá en él, y con él su esencia, su gloria, su divinidad, su inmensidad, su sabiduria, y por lo tanto los deseos del hombre estarán completamente satisfechos, llenas sus necesidades, y su corazon saciado de felicidad.

Pero en tanto que llega ese dia, preciso es que tengamos en la tierra un medio de reconciliacion, un lazo de union que nos estreche con nuestro único principio y último fin, poniéndonos en comunicacion con el autor de todos los bienes. Y ese lazo, ese medio, no es ni puede ser otro que aquel que dijo: Sali del Padre y vine al mundo. ¿Y con qué otro objeto abandonó el Verbo el trono de su grandeza, v se resignó á vivir humanado en la tierra, sino con el de establecer entre el mundo visible v el invisible, entre la humanidad y la divinidad, esa cadena de comunicaciones, cuyos anillos estremos se enlazan entre si, y mantienen en relacion directa á la criatura con el Criador, á lo finito con lo infinito, á la nada con el ser por escelencia? ¿Cuál fué la mision principal que Jesucristo estaba llamado á realizar en la Encarnacion v á consumar en el Calvario, sino remover los obstáculos que se oponian á las relaciones entre el hombre y Dios, rotas siglos hacia por el pecado, sirviendo él de escala y de conducto para que nuestras preces, nuestras lágrimas, nuestros votos y suspiros pudieran llegar á la presencia del Omnipotente? Y no es decir que esta comunicacion cesase, ni que hayan quedado interceptadas nuestras relaciones con el cielo con la ausencia corpórea del Salvador. Cierto que cumplida su mision en la tierra volvió á unirse

con aquel que le enviára, segun él mismo anunció á sus Apóstoles diciendo: Otra vez dejo el mundo y voy al Padre. Mas no por eso es menos seguro el éxito de nuestras súplicas, ni obtienen menos eficacia nuestras oraciones. Siquiera no veamos á Jesucristo á nuestro lado de un modo material, ni un solo instante nos abandona su presencia espiritual. Con nosotros está en el seno de su iglesia hasta la consumación de los siglos, y al propio tiempo al lado de su Eterno Padre para escuchar nuestras preces, para aceptar nuestras lágrimas, para recibir el puro incienso de nuestras súplicas, y ofrecérselas al Señor enriquecidas con sus merecimientos, apoyadas con su recomendacion, selladas con su sangre y garantizadas con su amor. Y ved por último como esta misma circunstancia, sobre demostrar mas y mas la necesidad en que estamos de orar continuamente, da una sancion solemne á este precepto, alienta de un modo nuevo nuestra confianza, y nos asegura el logro de cuanto pidiéramos en su nombre, en el hecho mismo de constituirse nuestro mediador para velar sobre nosotros, despues de habernos legado, por decirlo asi, juntamente con su sangre las llaves del corazon del Padre celestial.

Visto pues nuestra obligacion de recurrir al cielo en todas nuestras necesidades, fundada en la nulidad de todos los recursos humanos y en nuestra impotencia y debilidad; demostrada la eficacia de la oracion cuando va dirigida por el conducto y en nombre de Jesucristo, y consignados los medios de hacernos dignos de ser escuchados en la presencia de Dios, nada nos resta sino que apreciando debidamente ese elemento de comunicacion con la Divinidad, que el Salvador nos legó, procuremos aprovecharnos de él orando sin cesar, con fé ardorosa, con humilde confianza, con perseverancia incansable, con perfecta resignacion en los decretos de la Providencia. Haciéndolo asi esperimentaremos en el tiempo los fecundos efectos de la bondad y del amor divinos, participaremos de los dones y ausilios de la gracia, indispensables para vivir en la tierra cual cumple á nuestra mision y á nuestros destinos, y tendremos asegurada para el porvenir la posesion eterna de la gloria.

"With sheah map apparent of the latitud old arguest is more af string

PLAN DE UN SERMON

PARA LA DOMINICA V DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

sa nora cembir el puro meiman de unestras simbers, su obrecer-

FUTILIDAD DE LOS PRETESTOS CON QUE ALGUNOS, FUNDÁNDOSE EN SU IGNORANCIA, PRETENDEN ESCUSARSE DE LA ORACION, PRIMERA Y ESENCIALÍSIMA CONDICION DE LA VIDA CRISTIANA.

tra continues, y nos escenca el lescos de connto pidierames en su

Usque modo non petistis quidquam in nomine meo. Petite, et accipietis.

Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre. Pedid, y recibireis.

JOAN. XVI. 24.

Solo á un Dios, padre tierno, hermano cariñoso, amigo fiel, protector benéfico, y que ha vinculado una gran parte de su gloria á la felicidad de sus criaturas, podia espresarse en unos términos tan lisonjeros, y consignar unas promesas tan magnificas como la que envuelve el texto evangélico de este dia. Cortos eran los dias que Jesucristo debia morar ya en esta tierra, santificada con sus virtudes, enriquecida con sus dones, y en donde cada pase marcára la huella de un nuevo é insigne rasgo de su beneficencia; y departiendo con sus discípulos acerca de su próxima ausencia, pues iba á unirse de nuevo al Padre despues de consumado el gran sacrificio del Calvario, diceles: Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre. Pedid y recibireis, para que vuestro gozo sea completo, etc. Palabras sublimes, al par que misteriosas, con que manifiesta por una parte la suma é inagotable bondad de su corazon, que desea com-

partir con el hombre todos los tesoros de su amor, bien así como él participara de todas nuestras necesidades, al propio tiempo que muestra por otra aquel poder supremo que le hacia dueño y árbitro de todo cuanto existe para emplearle en favor de sus amigos. Y para dar una sancion divina á esta promesa, y á fin que ninguna duda pueda quedar al hombre acerca de su veracidad y del deseo que le anima en su obseguio, añade: Sali del Padre y vine al mundo: ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre. Como si digera: Yo, que por vuestra felicidad abandone el seno de mi Padre celestial, vo, á quien solo pudo arrancar del trono de mi gloria el amor infinito con que me decidí á tomar sobre mi la responsabilidad de los crimenes del mundo pecador, etc., una vez llenada mi mision, torno de nuevo al que me envió: y alli me tendreis siempre atento á escuchar vuestras súplicas, siempre dispuesto á compadecer vuestras miserias, siempre deseoso de socorrer vuestras necesidades, etc. «Pedid virecibireis. » la otasianitasa to enell com noscrato na eli crispua

Y sin embargo, nada mas frecuente entre los mortales que el abandono de ese medio admirable de comunicacion con la Divinidad, etc. ¿Y por qué? ¿Es acaso que nada nos falta? ¿Estan tan satisfechas todas nuestras necesidades que nada tengamos que pedir al Señor? ¿O será que no podamos ó no sepamos orar? Pero prescindiendo hoy del exámen de las demas causas que influyen en un proceder tan anómalo, solo me ceñiré á mostrar «cuán fútiles son los pretestos con que el hombre, fundado en su ignorancia, pretende escudarse para abandonar la oracion, primera y esencialísima condicion de la vida cristiana, etc.»

que le ucairaM avAr elama su notunt situacion. Pues bion shijos

les que la servicio de la REFLEXION UNICA.

amor, shed ahi las tres condidades de la pracion, des tres resortes

hambrientes somes todos del Padro celestral, enformes y neresitados,

1. Nada hay tan comun en el mundo como el dispensarse del precepto de orar, que á todos indistintamente comprende, bajo el

efimero pretesto de no saber cómo dirigir á Dios sus súplicas. ¡Estraña contradiccion en que el hombre incurre consigo mismo! El que tan elocuente y enérgico se muestra todos los dias para esponer á los demas hombres sus necesidades temporales, él que tan fecundo es en recursos de toda especie para buscar los medios de satisfacer hasta sus mismos caprichos, atrévese á apelar á su ignorancia cuando se trata de manifestar al Señor las verdaderas y apremiantes necesidades del alma y pedirle sus ausilios. ¡Como si para orar fuese preciso hacer algun esfuerzo estraordinario de inteligencia, ó se necesitase poseer una gran penetracion de ingenio, etc.! Y ved precisamente el primer error en que incurren muchos, no comprendiendo que la oración no es otra cosa que una elevación de nuestra mente hácia el Sér Supremo; un movimiento espontáneo del alma que espone sencillamente sus miserias, su debilidad y sus necesidades al dador de todos los bienes, al padre comun de todos los hombres; un suspiro de un corazon que tiene el sentimiento de su impotencia y nulidad, y que desconfiando de todos los recursos humanos, envia sus lágrimas, sus descos, sus aspiraciones con confianza, humildad y amor al médico celestial, que posee el secreto de curar todas las dolencias, el bálsamo suave que cicatriza todas las heridas, y el remedio universal de todos los males que aquejan al mortal en este valle de quebranto. ¿ Qué hace un hijo cuando tiene hambre y carece de los medios de satisfacerla? ¿Qué el mendigo cuando se halla sin recursos para llenar sus necesidades? ¿ Qué el enfermo cuando el dolor le atormenta y el malestar le abate? Todos ellos oran, porque orar no es otra cosa mas que pedir cada cual lo que necesita, lo que le urge, lo que reclama su actual situacion. Pues bien, hijos hambrientos somos todos del Padre celestial, enfermos y necesitados, que no tenemos otro recurso sino dirigirnos al que únicamente puede remediarnos. La elocuencia del corazon es la única necesaria en este caso, la energia de la fé, la espansion de la esperanza, el fuego del amor, hed ahi las tres cualidades de la oracion, los tres resortes poderosos que mueven el corazon divino, y le disponen á derramar sobre sus criaturas los abundosos efluvios de su misericordia y bondad infinitas. Luego es fútil é inamisible el pretesto que funda el

hombre en su propia ignorancia para dispensarse de orar, como nacido de la errónea idea que se forma de la oracion. Queda pues consignado: 1.º, que la oracion, que constituye la primera y esencial condicion de nuestra vida espiritual, no exige ninguna disposicion de inteligencia ó de talento de parte del hombre, puesto que las reglas de esta divina ciencia estan grabadas en su mismo corazon por la mano del mismo Dios, único maestro que la enseña; 2.º, que el orar es la cosa mas sencilla, y acomodada á todas las capacidades. Confesar la grandeza de Dios, anonadarse en su presencia, manifestarle como un hijo á su padre, como un pobre á su señor, como un doliente á su médico las llagas y miserias del alma, deseando en todo el cumplimiento de la soberana voluntad: hed á lo que está reducido todo el misterio de la oracion; 3.º, que esta no es un don especial de ciertas almas privilegiadas, sino un deber comun á todos los hombres, porque todos saben orar, y desde el mas ignorante hasta el mas sabio nadie hay que ignore el modo de implorar el ausilio que reclaman sus necesidades etc.

2.º Pero acaso se dirá que estas necesidades no se sienten lo bastante, ò no se conocen suficientemente para solicitar el remedio de ellas... Segundo error, no menos infundado que el primero. ¡Qué! Cuando donde quiera que volvemos la vista no encontramos mas que un gérmen universal de desgracias y miserias que nos afligen y atormentan; cuando todos los objetos que nos rodean, de acuerdo con nuestra natural corrupcion, conspiran á seducirnos y perdernos; cuando todo es peligro y escollos en un mundo en donde las riquezas deslumbran, la indigencia exaspera, la prosperidad ensoberbece, la afliccion abate, los negocios disipan, la ociosidad enerva, el saber crea el orgullo, la ignorancia engendra el error, los placeres debilitan, la mortificacion hastia, la salud fomenta el vigor de las malas pasiones, las enfermedades nutren el tedio y acrecen el mal humor; cuando, en una palabra, todo cuanto en el mundo existe no es otra cosa, en frase de la Escritura, que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida; ¿puede el hombre decir que ignora sus necesidades, ó que no las esperimenta suficientemente para solicitar su remedio? ¡Oh! Contemplad al pordiosero, observad al que vace víctima del dolor en su triste lecho... ¿ Necesitan estos que se les instruya acerca de lo que deben hacer, ó que se les digan las palabras con que han de manifestar su respectiva situacion? ¡Qué elocuencia tan persuasiva no les suministra su misma desgracia! ¡ Qué espresiones tan enérgicas brotan de un corazon ulcerado! ¡Con qué fuego sabe pintar su infortunio el que realmente desea obtener el remedio!...; Pero á qué buscar puebas fuera de vosotros mismos? De que un contratiempo imprevisto viene á sembrar en vuestros hogares el luto ó la desesperación; cuando la pérdida de un objeto querido, ó el menoscabo de vuestra fortuna viene á trastornar vuestros provectos y esperanzas; en esos lances de apuro en que os faltan los recursos humanos, ó sentis la inutilidad de todos ellos; ¡cómo os dirigís por un movimiento espontáneo hácia el cielo, en donde únicamente creeis hallar el ausilio que reclama vuestra posicion! ¡Cómo esponeis á Dios vuestros pesares sin necesidad de premeditar las palabras con que debeis hacerlo! ¡Cómo sentis lanzarse vuestro corazon hácia el Padre de las misericordias. bastándoos para ello el mero convencimiento de vuestro dolor! ¿ Por qué, pues no ha de suceder lo mismo respecto de vuestras necesidades morales?; Ah! Es que os falta la fé y no la inteligencia; es que en vosotros prepondera el amor de lo terreno sobre lo celestial y divino; es que lo presente absorve vuestras ideas, y en nada ni para nada os cuidais del porvenir, etc. De otro modo vuestro propio corazon bastaria á inspiraros los afectos que ahora no esperimentais; vuestras mismas miserias hablarian por si solas; vuestras necesidades siempre nuevas, y cada vez mas apremiantes, pondrian en vuestros lábios espresiones las mas enérgicas, y no habriais menester que nadie os dictase lo que debeis decir al Señor.

3. Imposible parece que siendo tanta la flaqueza del hombre, tan grande su impotencia, tan frecuentes los peligros que por do quiera le cercan, tan inminentes los riesgos que á cada paso le amenazan, tan varios los objetos que le seducen y corrompen, tan marcada la propension de su naturaleza al mal, tan funesta la accion del mal ejemplo, tan poderoso el ascendiente de los vicios, etc., imposible parece, repito, que hava todavia quien pretenda escu-

sarse de la obligacion de orar fundado en el vano pretesto de que no conoce sus necesidades, ó no sabe cómo espresarlas. ¡Tan absurdo seria decir que el enfermo ignora donde le aqueja el dolor, ó que el necesitado no sabe lo que há menester, ó que el que siente morirse de desfallecimiento, no acierta á pedir el alimento que puede devolverle la fuerza y la vida! Y dado que asi fuese, ¿ no sabeis poneros en manos de vuestro Dios y pedirle que se cumpla en vosotros su santísima voluntad? ¿ No sabeis desear que su escelso nombre sea glorificado? ¿ No sabeis decirle que os perdone vuestras ofensas, y perdonar á la vez las que de vuestros prógimos hubiéreis recibido? ¿ No sabeis pedirle que os libre de incurrir en tentacion y os libre de todo mal? Pues ahí teneis la suma, el compendio de la oracion mas sublime enseñada por Jesucristo mismo á sus apóstoles, y en la que se halla admirablemente reasumida la economia de vuestros destinos y de vuestro porvenir, etc.

4. No hagais pues á Dios la injuria de decir que no sabeis qué pedirle: esto seria insultar en cierto modo su bondad y menospreciar los ricos tesoros de misericordia que encierra su corazon. Decid mas bien que no le conoceis, que no le amais ni os amais á vosotros mismos: pues cuando un corazon ama, el amor mismo es su mas elocuente intérprete, etc. La Cananea porque amaba, comprendió perfectamente sus necesidades y corrió á esponerlas á los piés del Salvador con una elocuente energía que mereció ser escuchada en el acto. El Centurion tampoco necesitó de otro móvil que el de su amor para acercarse á Jesucristo y hacerle presente la dolencia de su criado, con una fé tan ardiente que arrancó los elogios del mismo Dios-Hombre, etc. (La Escritura nos ofrece muchos y bellos rasgos de esta especie que pueden citarse y amplificarse en este lugar.)

Convengamos en suma en que no hay pretesto alguno plausible que nos dispense de la obligacion de orar: que el hacerlo es una necesidad imprescindible, una condicion espresa de nuestra existencia moral; que conforme al precepto de Jesucristo conviene orar sin interrupcion, en todos los momentos y en las diferentes circunstancias de la vida; que sin la oración no es posible hacer frente á los innumerables peligros ni satisfacer las urgentisimas necesidades de todo

género que nos aquejan en el tiempo, ni menos llegar á conseguir la vida de la inmortalidad.

TEXTOS DE ESCRITURA RELATIVOS À ESTE ASUNTO.

«Subditus esto Domino, et ora eum. (Ps. XXXVI. 7.)

» Apud me oratio Deo vitæ meæ. (Ps. XLI. 9.)

»Ego vero orationem meam ad te Domine. (Ps. LXVIII. 14.)

» Respexit in orationem humilium. (Ps. CI.)

»Non impediaris orare semper... quoniam merces Dei manet in æternum. (Ecci. XVIII. 22.)

»Non accipiet Dominus personam in pauperem, et deprecationem Iæsi exaudiet.... Non despiciet preces pupilli, nec viduam, si effundat loquelam gemitus.... Nonne lacrymæ viduæ ad maxillam descendunt, et exclamatio ejus super deducentem eas?... A maxilla enim ascendunt usque ad cœlum, et Dominus exauditor non delectabitur in illis.... Qui adorat Deum, in oblectatione suscipietur: et deprecatio illius usque ad nubes propinquabit.... Oratio humiliantis se nubes penetrabit.... et non discedet donec Altissimus aspiciat, etc. (Ibid. XXXV. 16. et seq.)

»Fili, in tua infirmitate ne despicias te ipsum, sed ora Dominum, et ipse curabit te. (Ibid. XXXVIII. 9.)

» Orationi instate vigilantes in ea. (Colos. IV. 2.)

»In omni oratione et obsecratione, petitiones vestræ innotescant apud Deum. (Philip. IV. 6.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Non est eundum ad Musæum, non sunt insumendæ pecuniæ, non sunt conducendi pædagogi, rhetores, et sophistæ, neque vero multum temporis insumendum est, ut hanc dicendi artem discas. (S. Chrys. in Ps. 4.)

» Orandi formam Christus ipse qua precemur monuit, et instruxit: qui fecit vivere, docuit et orare. (S. Cypr. de orat. domin.)

» Oratio donum Domini Dei est: propter hoc non de arte vel doctrina, sed magis á datore quærenda est. (Guill. Paris. de Rhetor. div. t. 4.) » Potius orando, quam philosophando orare discimus. (Id. ibid.)

»Rogo vos fratres, ut semper ad manum habeatis tutissimum orationis refugium. (S. Bernard. serm. 5. quadrag.)

»Continuam vult esse Apostolus orationem: ¿sed quis illam ipso mentis habitu, et affectu animi indefesso explere sufficiat, nisi cui edicere permissum est: quis nos sepurabit a charitate Christi? (Gillibert, serm. 40 in Cant.)

» Dicit Apostolus: Sine intermissione orate..... ¿Numquid sine intermissione genua flectimus, corpus prosternimus, aut manus levamus, ut dicat: sine intermissione orate? Hæc puto sine intermissione non possumus facere. Est alia interior sine intermissione, quæ est desiderium. Quidquid aliud agas, si desideras supernam requiem, non intermittis orare..... Continuum desiderium tuum, continua est vox tua: tacebis si amare destiteris: sed si semper manet charitas, semper clamas; si semper clamas, semper desideras: si semper desideras, semper oras. (S. Aug. in Ps. 37.)

»Suggero remedium, unde tota die laudes Deum, si vis: Quidquid egeris, bene age, et laudasti Deum: in innocentia operum tuorum præpara te ad laudandum Deum tota die. (Id. su Ps. 34.)

»Qui bene semper agit, hic semper orat. (S. Basil. magn. homil. in Jul. ment.)

»Nomen filii Jesus est: Jesus autem Salvator, vel etiam salutaris dicitur: ille ergo in nomine Salvatoris petit, qui illud petit quod ad veram salutem pertinet. (S. Greg. magn. în 6. 4. Joan.)

» Non petitur in nomine Salvatoris, quidquid petitur contra rationem salutis, (S. Aug. Tract. 402 in Joan.)

»Pensate quæso petitiones vestras: videte si in nomine Jesu petitis, id est, si gaudia salutis æternæ postulatis. In domo enim Jesu Jesum non quæritis, si in æternitatis templo importuni pro temporalibus oratis. (Id. ibid.)

»Quid prodest Deum invocare, quem operibus negas? (Id. serm. de Virg.)

» Orantes, non infructuosis, non nudis præcibus ad Dominem veniant: ineficax petitio est, cum precatur Dominum sterilis oratio. (Id. de orat.)»

oaqi malir alun PLAN DE UN SE

PARA LAS ROGACIONES DE LA ASCENSION MAYORES Y MENORES.

intermissione cenna flectimus, calque prostermous

HACEN DEFECTUOSA LA ORACION Y LA ESTERI DELANTE DE DIOS.

vanids, it diede sine intermisione arete? Hee unto sine intermis-

Petite, et dabitur vobis: quarite, et invenietis: pulsate, et aperietur vobis. Omnis enim qui petit, accipit: et qui quærit, invenit: et pulsanti, aperietur.

Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe: y quien busca halla: y al que llama, se le abrirá. Luc. xi. 9. 40.

O hay una cosa cuya certidumbre descanse en bases sólidas y se apove en principios incuestionables, es indudablemente el éxito seguro, el resultado eficaz que Dios ha vinculado á las súplicas del hombre, cuando éstas proceden de un corazon bien dispuesto, y se observa en ellas el modo y los fines debidos segun los altísimos designios de la Providencia. El lenguaje con que Jesucristo consigna en el presente Evangelio esta verdad consoladora, es el mas sublime y espresivo. En su vista, nadie hay que pueda dudar de la bondad de aquel Dios que desde el cielo vela por sus criaturas, dispuesto siempre á derramar sobre ellas los inagotables tesoros de su amor.

«Si alguno de vosotros (dice) tuviese un amigo, y fuese à media noche à decirle: Amigo, préstame tres panes, » etc. (Véase todo el texto en el c. XI de San Lúcas, desde el v. 5 al 43 inclusive.)

No puede darse demostracion mas palpable de la eficacia de la

oracion. La omnipotencia de Dios la garantiza, la misericordia infinita de Jesucristo la afianza, y el amor ilimitado del que por salvar al mundo vertió hasta la última gota de su sangre, sale responsable de la veracidad de esta promesa: «Pedid, v se os dará» etc.

Preciso es empero, dice oportunamente San Bernardo, evitar ciertos inconvenientes que se oponen al logro de nuestras súplicas, los cuales proceden ó del objeto mismo á que tienden, ó del modo con que se hacen; puesto que si bien Jesucristo ha prometido indeterminadamente conceder al hombre todo cuanto en su nombre pidiere al Padre celestial, esto debe entenderse, segun el pensamiento de San Pedro Crisólogo, siempre que se observen la cautela y reverencia debidas, pidiendo al Señor lo que es digno de él, no lo que es impropio ó depresivo de su suprema majestad. Y ved aqui lo que va á formar el asunto del presente discurso, reducido á mostraros «los vicios que hacen defectuosa nuestra oracion y la esterilizan delante de Dios, » etc. wasangon wheat the sof all & asmono or olonous to the Maria; olo ob

REFLEXION UNICA.

A tres puntos está reducida toda la economia de la oracion, á cuya eficacia opónense por consiguiente tres defectos gravísimos y de la mas alta trascendencia. Hay cosas de suvo tan malas que bajo ningun pretesto pueden cohonestarse: tal es el pecado. Hay otras indiferentes, ó que no siendo buenas ni malas moralmente hablando, pueden llegar á ser tales en razon del finó del uso á que se destinan, como los bienes de fortuna, etc. Por último, hay algunas que son absoluta y esencialmente buenas, de suerte que nunca pueden dejar de serlo, como el amor de Dios, la gracia, su gloria, etc. Las primeras no pueden pedirse en manera alguna; las segundas deben pedirse condicionalmente; las últimas se deben pedir observando el modo conveniente. Por eso, dice San Basilio, acontece con frecuencia ver defraudados nuestros deseos y quedar sin efecto nuestras súplicas, bien sea porque pedimos lo que es malo, ó porque torcemos el fin de lo indiferente, ó porque no pedimos lo bueno de una manera digna de Dios.

1. Y en cuanto á lo primero, ¿qué mayor monstruosidad que pedir lo que es de suyo y esencialmente malo? ¿No advierte quien asi ora que ofende gravísimamente al Señor, insulta su bondad, escarnece su justicia, huella su santidad, y todos sus atributos, sin conseguir otra cosa que acrecentar el número de sus propios delitos? San Agustin ha dicho en dos palabras elocuentisimas cuanto hay que decir en este punto: «Solo es lícito pedir lo que es lícito desear.» Luego siendo el pecado el mayor mal de Dios y del hombre, y no pudiendo ser objeto de los deseos de éste, menos aun pudiera serlo de la oracion, etc.

El que pide por ejemplo la venganza de un enemigo, la seduccion de una persona virtuosa, el logro de un negocio injusto, y otras cosas de este género que directamente se oponen á la ley divina y pugnan con la santidad del Evangelio, sobre hacer á Dios una injuria inconcebible, suponiendo que pueda patrocinar la iniquidad, hácele en cierto modo responsable de lo que no se atreveria á hacer á otro hombre. ¡Cómo! ¿Osaria ninguno pedir á su semejante una cosa contraria á los principios de la buena sociedad, del órden ó de la justicia, sabiendo que en ello ofendia altamente su dignidad, su conciencia, su honor, y cuanto de mas caro tiene en el mundo? Nunca la corrupcion llegó á tal grado de cinismo y de impudencia. ¡Y el cristiano no recela á veces pedir á Dios lo que mas le deshonra, lo que mas gravemente le injuria, lo que de la manera mas solemne contraria sus infinitas perfecciones...! ¡Qué error! ¡qué insulto! ;qué demencia! Asi esclamaba el mismo Séneca, aunque gentil, no pudiendo darse cuenta de una aberración tan escandalosa, de un esceso de maldad tan inconcebible (1).

Con razon, esplicando el P. San Gregorio aquellas palabras del Salmista: Oratio ejus fiat in peccatum, dice: «Conviértese en pe-

^{- (1)} Sen. Ep. 60.

cado la oración, toda vez que se pide lo que está prohibido por aquel á quien la súplica se dirige.» No porque la oración, que como don de Dios esencialmente es buena, pueda ser jamás de suyo pecaminosa: sino porque accidentalmente la hacen tal, añade San Agustin, los que abusando de ese medio de comunicación con el cielo para satisfacer sus malas pasiones, etc., no hacen sino agravar mas el peso de sus pecados y atesorar montones de ira para el dia de las divinas venganzas, etc....

2. El segundo vicio de que adolecen frecuentemente nuestras súplicas, consiste en el modo de pedir las cosas indiferentes. Todo lo que es terreno y temporal debe pedirse condicionalmente y con entera sujecion á la voluntad divina. Por eso al enseñarnos Jesucristo á orar á su eterno Padre nos prescribió esta fórmula: «Hágase tu voluntad, asi en la tierra como en el cielo: » cuyas palabras dice Tertuliano dan á entender que debemos desear se cumpla en la tierra la voluntad divina respecto de nosotros, á fin de que pueda cumplirse tambien en el cielo, etc.

Entre las cosas, pues, que pueden ser objeto de nuestros deseos, hay muchas de que podemos usar rectamente, ó de que podemos hacer un funesto abuso, cuales son las riquezas, los honores, y otras semejantes, en cuyo número se comprenden, segun San Bernardo, todas aquellas de que dudamos si pueden ó no convenirnos. Y como quiera que pueden ser útiles ó inútiles, favorables ó nocivas, solo deben pedirse condicionalmente, en el caso de que puedan aprovecharnos para nuestra eterna salvacion. Y á esto aluden aquellas palabras del texto evangélico de este dia: «Por ventura, si un hijo pide á su padre pan, le dará éste en cambio una piedra?» No, porque como padre y como médico que nos ama y sabe lo que nos es conveniente, jamás nos concederá lo que pedimos siempre que sea contrario á nuestro bien, y en negarnos lo que por un error deseamos como bueno siendo malo, hará resplandecer en nosotros su inefable misericordia, como escribe elocuentemente San Agustin.

¿No seria un favor inestimable negar el puñal al frenético, el vino al febricitante, el oro al pródigo, etc.? Pues no de otro modo es un rasgo inefable de la divina misericordia negar las riquezas al lúbrico que las desea para dar rienda suelta á su sensualidad, las honras al soberbio que aspira á ejercer una dura dominacion sobre sus semejantes, y á cualquier hombre propenso á un vicio los medios de satisfacer sus torcidas inclinaciones. ¡Cuántas veces, dice San Bernardo, es un testimonio de amor la denegacion de lo que se pide con avidez, bien asi como lo es de ira y de venganza el acceder á ciertas súplicas! San Agustin nos presenta á este propósito una antítesis entre Satanás y Pablo apóstol de las gentes. Ambos piden á Dios: el primero que le faculte para affigir al justo Job; el segundo que le libre del estímulo de la carne que le atormenta; aquel aunque aborrecido de Dios obtiene el efecto de su súplica: éste tiernamente amado no consigue lo que con tanta vehemencia desea. ¡Tan cierto es, concluye el mismo santo doctor, que Dios á veces accede en su indignacion á lo que en ocasiones se niega piadoso y clemente! Cosas hay que juzgamos perjudiciales siendo por el contrario utilísimas, y el Señor no nos escucha cuando le suplicamos que las aleje de nosotros, porque nos ama y desea nuestra felicidad; y las hay tambien que nos parecen provechosas siendo altamente nocivas, y en rehusárnoslas no desplega menos su infinita bondad y su paternal providencia. Al hombre pues solo le toca esponer á Dios sus necesidades: y él como médico sabrá aplicar el remedio oportuno, ora concediendo ora negando lo que se le pide: pues el miserable y ciego mortal nada vé mas que lo que á su alrededor se presenta, y engáñanle frecuentemente las apariencias, en vez de que Dios penetra los arcanos del porvenir y nada se oculta á su infinita sabiduría.

Otro tanto puede decirse aun de aquellas cosas que son necesarias para el sostenimiento de la vida. Bueno que el cristiano las pida á Dios en sus oraciones, pero siempre con la debida moderacion y con una dependencia omnímoda del divino querer, y solo en cuanto puedan contribuir á la consecucion del fin principal del hombre, que es servir al Señor y salvarse. Y á este fin se opone la superfluidad, el demasiado apego á los bienes del tiempo, la escesiva solicitud por conseguirlos, etc., etc.: pues como escribe San Agustin: « Nada caduco, nada vil y temporal quiere que le pidamos el autor de la eternidad: y lejos de obtener su piedad, encenderá su divina cólera

quien quiera que prefiriendo los bienes perecederos á los inmortales importunase al cielo por su consecucion.

Busquemos pues ante todo el reino de Dios, ambicionemos su justicia, pidamos su gracia, solicitemos su amistad y su gloria, y todo lo demas deseémoslo únicamente en cuanto dice relacion á la vida futura, y siempre con entera dependencia de la voluntad suprema de la Providencia.

Esto mismo debemos hacer respecto de las cosas que de suyo y esencialmente son buenas. Siempre y ante todo preexista una adhesion sincera y constante al divino querer. Nada deseemos, nada pidamos, ni aun la posesion de la bienaventuranza, sino bajo el supuesto de que esto sea agradable al Señor. Por lo demas, supliquémosle que nos dé su gracia para llenar nuestros deberes, para cumplir sus preceptos, para caminar por la senda de su ley santa; pidámosle su amor, con lo que seremos inmensamente ricos, y nada tendremos que apetecer fuera de él, segun la frase del Salmista. Dios es el grande objeto de nuestra fé, el término de nuestra esperanza, el centro de todos los afectos de nuestro corazon. Todo cuanto no se dirija á este fin es un error, una desgracia. ¡Oh cristiano! Levanta tu mente al cielo, pon tus ojos en aquel de quien proceden todos los bienes, y de cuyo trono desciende á la tierra todo don bueno v perfecto. Si acaso deseas alguna cosa temporal, pidela con relacion al cielo, y de esta suerte tu súplica será celestial. Si anhelas lo eterno pídelo por Dios y para Dios, y tus plegarias serán divinas. De lo contrario, dice San Bernardo, tu oracion será ineficaz, estéril é injuriosa al Señor si se dirigiese á otro fin que no sea aquel por quien todo fué hecho, y en quien reside el bien esencial y la felicidad por escelencia.

Concluyamos, pues, repitiendo que los principales vicios de la oracion, que la privan de su eficacia, consisten en pedir lo malo, en pedir mal lo indiferente, ó en no pedir lo bueno de una manera digna de Dios. Evitemos estos inconvenientes, y depurando nuestras súplicas de cuanto puede hacerlas desagradables ú ofensivas á la magestad divina, se verificará en nosotros la promesa del Salvador en el presente Evangelio: se nos dará lo que pidamos, halla-

remos lo que apetezcamos, se nos abrirá cuando llamemos á las puertas del Padre celestial, y con él viviremos en una perdurable inmortalidad por los siglos de los siglos.

TEXTOS DE LA ESCRITURA RELATIVOS Á ESTE ASUNTO.

«Secundum multitudinem impietatum eorum expelle cos, quoniam irritaverunt te, Domine. (Psalm. V. 41.)

» Convertetur dolor ejus qui in caput ejus, et iniquitas illius in verticem ejus descendet. (Psalm. VII. 17.)

»Deum non invocaverunt: illic trepidaverunt timore ubi non erat timor. (Psalm. XIII. 5.)

» Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui. (Psalm. XXXVI. 4.)

» Oratio ejus fiat in peccatum. (Psalm. CVIII. 7.)

»Cum extenderitis manus vestras, avertam oculos meos à vobis; et cum multiplicaveritis orationem, non exaudiam. (Isaiæ I. 45.)

» Opposuisti nubem tibi, ne transeat oratio. (Thren. III. 44.)

» Petitis, et non accipitis, eo quod male petatis, ut in concupiscentiis vestris insumatis. (Jacob. IV. 3.)»

PASAJES DE SANTOS PADRES.

«Oratio est petitio decentium à Deo. (S. Damas. pap. de orat.)

»Qui mala à Deo postulat, Deum mali judicat et sentit auctorem. (S. Petr. Chrys. Serm. 432.)

» Qui vilia et indigna præcatur, præstantis potestatem et potentiam deneger petitor ignorat... Non ergo impia, sed pia; non terrena, sed cælestia: non illecebris, sed virtuti congrua: non digna odiis, sed apta concordiæ à tali semper exoranda sunt largitore. (Id. ib.)

» Quisquis sic orat, in ipsis suis præcibus contra Deum pugnat. (Greg. magn. Hom. 17 in Evang.)

»Unde et sub Judæ specie dicitur: fiat oratio ejus in peccatum. Oratio autem in peccatum est, illa petere quæ prohibet ille qui petitur. (Id. Hom. 27 in Evang.) »Ideo quandoque petis, et non accipis, quia perperam postulasti, vel leviter, vel infideliter, vel destitisti, vel non conferentia tibi. (S. Basil. Serm. de orando Deum.)

» Hoc licet orare, quod licet desiderare. (S. August. Ep. 121.)

»Pater non dat filio lapidem, neque scorpionem: medicus non dat ægroto quod ei nociturum certo cognoscit. Secundum hoc intelligere debemus, quia Deus, et si voluntati nostræ non dat, saluti dat: quid si enim hoc petieris quod tibi obest, medicus nolit, quia obest tibi, non enim non exaudivit medicus, quando forte tu frigidam aquam petis; et si prodest, statim dat: si non prodest, non dat: ¿non exaudivit? ¿An potius ad sanitatem exaudivit, quia voluntati contradicit? Sit ergo in vobis charitas, fratres, et securi stote: et quando non vobis datur quod petitis, exaudimini, sed non scitis. Quando igitur orans petit bona temporalia, quæ saluti neque necessaria neque congrua sunt, quandoque non exauditur. (Id. Tract. 6. in I epist. Joan.)

»Deus quædam negat propitius, quæ concedit iratus. (Id. de verb. Dom. Serm. 53.)

- »Deus cum male aliquid petitur, dando irascitur, non dando miseretur. (Id. Tract. 37 in Joan.)
- »Quando petitis temporalia, cum modo petite, cum timore petite, illi committite, ut si prosint det, si scit obesse non det: quid prosit novit medicus, non ægrotus, etc. (Id. Serm. 53 de verb. Dom.)

»Hoc igitur oramus, ut hæc voluntas, (Dei) sicut in cælestibus, fiat etiam in terrenis: ut sicut angelus, sic et homo adhærens Deo, unus cum eo spiritus sit. (S. Bernard. serm. 4. quadrag.)

»Sæpe misericordiæ est subtrahere misericordiam, quemadmodum iræ et indignationis misericordiam exhibere. (Id. serm. contr. vit. ingrat.)

»Hæc sunt toto affectu et toto tempore postulanda: hæc sunt pro quibus incessanter... ad Deum clament desideria tua: ut habeas gratiam ejus bonam, et placere possis in oculis pietatis ipsius, et in eo vivas, moriaris in ipso... et ipso frui in æternum merearis. (Id. serm. 25 de divar.)

»Fideliter supplicans Deo pro necessitatibus hujus vitæ, et mise-

ricorditer exauditur, et misericorditer non exauditur; quid enim infirmo sit utile, magis novit medicus quam ægrotus. (S. Prosper. sent. 11.)

»Multos Deus non exaudit ad voluntatem, ut exaudiat ad salutem. (S. Isidor. L. 3. de sum. bon.

»Nihil enim caducum vult à se, nihil vile, nihil temporale æternitatis conditor implorari. Itaque magnificentiæ ejus ac munificentiæ maximan irrogabit injuriam, quisquis sempiternis petitionibus prætermissis, transitorium aliquid et caducum ab eo maluerit postulare, etc. (Cassian. Coll. 9. C. 29.)»

rinimiles since affiliance mentions because nA & fixibone son;

PLAN DE UN SERMON

PARA LA VIGILIA DE LA ASCENSION.

NECESIDAD DE HUMILLARSE CON CRIŜTO, PARA PARTICIPAR DE SU TRIUNFO Y DE LA GLORIA DE SU ASCENSION AL CIELO.

Ascendens in altum captivam duxit captivitatem... Quod autem ascendit, iquid est, nisi quia et descendit in inferiores partes terræ? Qui descendit ipse est qui ascendit super omnes cælos, ut impleret omnia.

Al subirse á lo alto, llevó consigo cautiva á la misma cautividad... Mas, ¿por qué se dice que subió, sino porque antes habia descendido á lo mas infimo de la tierra? El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos para dar cumplimiento á todas las cosas.

AD EPHES. IV. 8, 9, 40.

Ex misterio que hoy nos preparamos á celebrar, es uno de los que envuelven mas sólidas enseñanzas para el cristiano. ¿Por qué el Salvador de la humanidad, despues de haber vencido al infierno en la larga y porfiada lucha que contra él sostuvo durante su vida mortal, despues de haber encadenado el pecado á su carro victorioso y desarmado al príncipe de las tinieblas, se manifiesta lleno de pompa y magestad á sus apóstoles, y á su vista, hendiendo los aires, penetra á través del espacio, y sube á descansar á la diestra de su Eterno Padre en aquella region de prez y de ventura, de gloria y de inmortalidad que un dia abandonára por salvar al mundo?

Esta importante cuestion la dilucida y resuelve el Apóstol en el pasaje que acaba de leer el sagrado ministro. «Jesucristo (dice) al subir à lo alto, llevó consigo cautiva à la misma cautividad. Mas, ¿ por qué subió sino porque antes habia descendido à lo mas

profundo de la tierra? El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos para dar cumplimiento á todas las cosas.» Con estas palabras muéstranos por una parte San Pablo los efectos de la Ascension del Salvador á los cielos, que fueron el despedazar los hierros del cautiverio en que venia gimiendo la humanidad, franqueandola las puertas de la bienaventuranza cerradas por la culpa primitiva, y por otra la causa de tan glorioso ensalzamiento, que fué la humilación voluntaria del Hombre-Dios: pues justo era que su gloria fuese proporcionada á su abatimiento, y que á medida que se habia anonadado en la tierra por combatir el humano orgullo y desterrar de ella la soberbia, causa primordial de la caida del hombre, fuese ensalzado y honrado en el cielo ese ilustre Reparador del linage proscripto, etc....

A esta segunda consideracion voy á limitarme en el presente discurso, demostrándoos «la necesidad de humillarse con Cristo para participar de su triunfo y de la gloria de su Ascension.»

Ave Maria.

REFLEXION UNICA.

La misterio que hor nos pregunande a relebrar, es una da los que

4. Que Jesucristo subió al cielo para franquear á los hombres la entrada en aquella mansion inmortal que su mal aconsejado padre les cerrára en virtud de la transgresion de los divinos preceptos, es una verdad al par que sumamente consoladora, certísima y que no admite la menor duda. Próximo á consumar la grande obra de la Redencion, agrupa en torno suyo á los que en el mundo mas amaba, y para consolarles del pesar que les causaba la idea de su próxima separacion, les dice: «No se contriste ni se turbe vuestro corazon. Pues creeis en Dios, creed tambien en mí. Muchas mansiones hay en la casa de mi padre; y yo voy allá para prepararos el sitio que debeis ocupar. Y cuando habré ido, y os habré preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, á fin de que donde yo esté

esteis tambien vosotros (1). Y San Pablo, en corroboracion de esta promesa, escribia á los hebreos: «Siendo imposible que Dios mienta, tengamos un poderosísimo consuelo los que consideramos nuestro refugio y ponemos la mira en alcanzar los bienes que nos propone la esperanza, la cual nos sirve como de una áncora segura para penetrar allí donde entró Jesus por nosotros el primero como nuestro precursor (2).

- 2. Menester es empero tener en cuenta que el Salvador no nos promete su gloria, sino bajo las mismas condiciones que él la obtuvo, como se desprende de aquellas palabras que en otra ocasion dirigiera á sus discipulos: «Vosotros sois los que constantemente habeis perseverado conmigo en mis tribulaciones; y por eso os preparo el reino celestial como mi Padre me lo preparó á mí (3).» Hed ahí, dice San Ambrosio, abiertas á los ojos de la humanidad, las vias que conducen á la inmortal pátria, vias desconocidas en el mundo antes de la venida de Jesucristo, y que él mismo en persona quiso venir á enseñarnos con su doctrina y ejemplos. ¿Y cuáles son éstas sino el abatimiento y la humillacion?... ¡Enseñanza estraordi naria!; Misterio nuevo é incomprensible al ciego paganismo!; Humillarse para conquistar gloria y honor!; Anonadarse para ser ensalzado, etc.!... Y sin embargo, esto, á pesar de la aparente contradiccion que envuelve, no era sino muy lógico y natural, atendido el origen de la transformacion que por el pecado esperimentára el mundo. La caida del hombre habia sido ocasionada por una elevacion presuntuosa. Para levantarle de su postracion, menester fué que el Verbo descendiese muy abajo, y se abatiese hasta donde un Hombre-Dios podia hacerlo. Y en efecto, toda su vida no fué sino un encadenamiento de humillaciones las mas profundas. Del seno de su Padre, desciende al seno de una Virgen, de éste á un establo, del establo á un pesebre, del pesebre á una cruz, y de la cruz á la oscuridad de un sepulcro... ¡Qué série de abatimientos!
- 3. La gran ley de la Providencia debia cumplirse, y se cumplió. Joan. XIV. 1 et seq.

 - Ad Hæbr. VI. 48 et seq.
- (3) Luc. XXII. 28, 29.

Jesucristo debia descender primero, como se espresa el Apóstol, á las profundidades de la tierra, esto es, á cuanto en ella hay de mas humillante, de mas oscuro, de mas abyecto y despreciable; debia recorrer las diversas fases de la humanidad en lo que esta tiene de mas ignominioso y aflictivo, de mas costoso y repugnante, á fin de que su ensalzamiento guardase la debida proporción con su humillación. Y de hecho: ¿quién jamás vió un triunfo mas completo? El que descendiera gradualmente hasta lo mas infimo do la humanidad fué elevado despues hasta lo mas sublime de la divinidad. De la oscuridad de aquel sepulcro en que aquella quedara como anonadada para siempre, sale por su propia virtud llena de una nueva vida inmortal y gloriosa; graba en su carne con caractéres mas luminosos que el sol los rasgos de la victoria que acaba de reportar sobre la muerte, y lleva consigo al cielo los despojos de nuestra humanidad, etc....

¡Qué gloria tan superior á todo encarecimiento! ¡Qué espectáculo tan nunca visto! ¡Una naturaleza terrestre, amasada digámoslo así de un poco de lodo, elevada hasta lo mas alto del empíreo; las cosas terrestres confundidas con las celestiales; unos huesos doloridos y humillados, revestidos de una incorruptibilidad divina...! ¿Quién podrá contemplar sin admirarse una transformacion tan prodigiosa? ¿Quién no quedará absorto y ensimismado á vista de un triunfo tan glorioso?

4. Pero no nos limitemos á una admiracion estéril, ante un hecho que encierra una leccion de moral tan sublime y frutos tan copiosos de vida eterna. ¿No es, dice el Apóstol, la causa de tanta elevacion, el profundo abatimiento á que voluntariamente se resignó el Hombre-Dios? Si fué ensalzado sobre cuanto hay de mas grande en el cielo, y adquirió un renombre sobre todo nombre, y mereció que ante él inclinase la rodilla todo cuanto existe, sin esceptuar los mismos poderes del abismo, ¿no fué porque antes se humilló y anonadó hasta lo mas hondo de la tierra, haciéndose el oprobio de los hombres, y como un gusano despreciable, segun la espresion de un profeta? Pues bien, ¿qué otro camino, que otra via podemos nosotros adoptar para llegar á ser ensalzados y glorificados con

Jesus, sino la misma que él siguió á través de un mundo erizado para él de espinas, cubierto de abrojos, y sembrado de escollos de todo género, etc.?

- 3. Hed, cristianos, la gran necesidad que nos impone nuestro carácter; la ley irrecusable que pesa sobre cuantos en la tierra caminamos hácia el cielo, á donde Jesucristo nos precedió para disponernos la morada que estamos llamados á ocupar en la eternidad. ¿No fué necesario que él padeciese y se humillase antes de tomar posesion de su pátria? ¿No fué indispensable que consumase en la tierra el gran misterio de la cruz, para poder despues consumar el misterio de su glorificacion? ¿No tuvo que sufrir en su carne cuanto de repugnante y doloroso estaba designado en los altos decretos de la Providencia, á fin de merecer en esa misma carne el premio de la victoria? etc. Pues ese mismo misterio de humillacion y de sufrimiento cúmplenos consumar á nosotros, si es que queremos optar á la recompensa de nuestro prototipo, y ser con él ensalzados y glorificados. Padecer porque él padeció; anonadarnos como él se anonadó; morir á nosotros mismos, á nuestro orgullo, á nuestra arrogancia, á nuestro amor propio y á todas nuestras pasiones como él murió; crucificar nuestra carne con todos sus vicios y concupiscencias á manera que la suya fué crucificada, y sepultarnos en lo mas hondo de nuestra miseria, renunciando á toda idea de vanidad y de propia estimacion, etc... hed ahí la gran mision que tenemos que cumplir, toda vez que á imitacion de Jesucristo deseamos conseguir la corona del triunfo y los efectos de su ascension al cielo.
- 6. La posesion de este es lo que constituye la suprema felicidad del hombre, su felicidad completa perfecta é inamisible; pero es menester no olvidar que esta felicidad es la recompensa del sacrificio, el premio del padecimiento y el galardon de la virtud. Escrito está, que para ceñir la corona, es necesario el combate; que no hay gloria positiva que no sea adquirida por la via del sufrimiento; que la elevacion es consiguiente á la humildad cristiana, etc., etc. Y; ay del que por otra via pretendiese conseguir lo que tanto costó al Reparador de la humanidad! Renunciaria desde luego á ser miembro de esa cabeza divina, rehusando asociarse á

sus humillaciones; renunciaria á la honra de pertenecer á su sagrada milicia, repugnando aceptar la lucha y huyendo del combate, cuando por adquirir el derecho de reinar, fué el primero su gefe en aceptar todos los peligros de la mas sangrienta pelea; renunciaria, en fin, á las consecuencias de la victoria, si separándose del camino que el Salvador ha marcado para llegar á conquistar el reino de su Padre, se empeñase en elegir el camino de la soberbia, del orgullo y de la vanidad, cuyo término es el abismo, etc., etc.

7. Concluyamos pues consignando tres puntos importantisimos que debe tener presentes todo cristiano, á saber: 1.º Que esta recompensa que Jesucristo nos ofrece como fruto de nuestra humillacion, no es posible obtenerla sin que por nuestra parte tratemos de merecerla en virtud de nuestras buenas obras; pues como dice Santo Tomás, en ser fruto del merecimiento consiste que la gloria del cielo sea una gloria positiva é inamisible, una gloria por escelencia; puesto que lo que se dá al favor podrá bien llamarse una gracia, una distincion ó un privilegio, pero no podrá llamarse con propiedad gloria; 2.º Que esta recompensa solo será decretada al hombre, segun las reglas de una justicia rigurosa é incorruptible, y por consiguiente, no reconoce otro título legítimo que el mérito personal del bien obrar, dependiente empero de la divina gracia; 3.º Que esta recompensa será proporcionada v guardará una esacta v rigurosa equidad con los merecimientos de cada uno, sin que quepa en Dios la menor parcialidad ni aceptacion de personas. De donde deduzco que siendo la humillacion, como dejamos consignado, la misteriosa escala de Jacob por donde el cristiano debe subir á la cumbre de la gloria, tanto mayor será ésta, cuanto aquella hubiere sido mas profunda: y tanto mas meritorios y aceptables delante del Señor las acciones virtuosas del hombre, cuanto mas hava ahondado en esa virtud el cimiento del bien obrar.

Apresurémonos pues, A. O. M., á emprender el camino de la eterna bienandanza y de la gloriosa inmortalidad que Jesucristo nos dejó marcado con su divina huella. ¿Qué puede costarnos el abatimiento despues que él fué el primero en descender de lo mas alto de la divinidad á lo mas profundo de la humanidad? ¿ Por qué hemos

de repugnar la humillacion que él voluntariamente aceptó por salvarnos? ¿Qué dificultad hallaremos en abnegarnos á nosotros mismos, cuando por levantarnos del hondo abismo en que yacia nuestra naturaleza, no dudó abrazar juntamente con ella todas sus repugnantes y dolorosas consecuencias, abnegándose hasta el esceso de someterse á la muerte ignominiosa de los malhechores, etc.? Y porque así lo hizo, vémosle ahora glorificado sobre todo cuanto existe, y su sepulcro hecho el objeto de una adoración universal, y su cruz honrada y venerada por cuanto el mundo reconoce de mas grande; y proclamada donde quiera su divinidad, etc., etc. Plegue pues al cielo que imitándole en la tierra, y caminando constantes por la senda que nos dejó trazada, merezcamos subir un dia á unirnos con él para no separarnos por toda la eternidad.

TEXTOS DE LA ESCRITURA RELATIVOS Á ESTE ASUNTO.

«Non turbetur cor vestrum neque formidet. Creditis in Deum, et in me credite. In domo Patris mei mansiones multæ sunt: si quominus dixissem vobis: vado parare vobis locum. Et si abiero, et præparavero vobis locum, iterum venio et accipiam vos ad me ipsum, ut ubi sum ego, et vos sitis. Et quo ego vado scitis, et viam scitis. (Joan. XIV. 4 et seq.)

Audistis quia ego dixi vobis: vado et venio ad vos. Si diligeritis me, gauderetis utique, quia vado ad Patrem. (Ib. 28.)

»Exivi a Patre, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem. (lb. XVI. 28.)

» Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum: ut videant claritatem meam, quam dedisti mihi. (Ib. XVII. 24.)

»Vos estis, qui permansistis mecum in tentationibus meis, et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum. (Luc. XXII. 28, 29.)

» Præcursor pro nobis introivit Jesus, secundum ordinem Melchisedech. (Ad Hæbr. VI. 20.)

»Notas mihi fecisti vias vitæ, adimplebis me lætitia cum vultu tuo; delectationes in dextera tua usque in finem. (Ps. XV. 11.)

»Ascendens in altum captivam duxit captivitatem, dedit dona hominibus. (Ephes. IV. 8.)

» Nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo. (Joan. III. 13.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Hodie Christus ab inferis surgens ad superos, viam quam nos prius habebamus innotam fecit notam. (S. Ambros. Serm. de Asc.)

»Christus terram levavit in cœlum: recepit se intra velamina divina cum carne majestas: sub pedibus Christi famulantia æthera jacuerunt. (S. Aug. Serm. de Ascens.)

»Ipse et idem cœlos ascendit; carnem quam de matre suscepit super astra transvexit, honorans omnem humanam naturam. (Ibid.)

»Salvator noster ascendit in cœlum: non ergo turbemur in terra. Ibi sit mens, et hic erit requies. Ascendamus cum Christo interim corde... Scire tamen debemus, quia cum Christo non ascendit superbia, non avaritia, non luxuria, nullum vitium nostrum ascendit cum medico nostro. Et ideo si post medicum desideramus ascendere, debemus vitia et peccata deponere... Si sancte, si pie Ascensionem Domini celebramus, ascendamus cum illo, et sursum corda habeamus. Ascendentes autem non extollamur, nec de nostris, quasi de propriis meritis præsumamus. (Id. Serm. 2 de Ascens.)

» Hodie Christus novum plane et peregrinum spectaculum mundo ostendit, carnem nostram supra solium regium evectam. (S. Epiph. Serm. de Ascens.)

De Christus suo nobis descensu, suavem ac salutarem consecravit ascensum... Ab ipso demostranda nobis ascensionis via, ne ductoris, imo seductoris iniqui aut vestigium aut consilium sequeremur. (S. Bern. Serm. de Ascens.)

De Christiano ante patet cœlum quam via, quia nulla via in cœlum, nisi cui patet cœlum, quod qui attigerit, intrabit. (Tertul. Scorp. 10.)

»¿Quis annuntiabit locum æternum, nisi Christus incedens in justitia, loquens viam rectam, odio habens injustitiam et iniquitatem? (Id. L. 4. adv. Marc.)

» Jesus Christus Dei Patris summus Sacerdos, qui primo adventu

suo humana forma et passibili venit in humilitate usque ad pasionem, ipse etiam effectus hostia per omnia, pro omnibus nobis, qui post resurrectionem suam indutus podere, Sacerdos in æternum Dei Patris numcupatus est. (Id. L. adv. Judæos 12.)

» Pater minoravit Filium modico citra angelos ad terram dimittendo; gloria tamen et honore coronaturus eum, in cœlos resumendo. (Id. L. de cor. mil. 44.)

» Quia Christi ascensio nostra provectio est, et quo præcessit gloria capitis eo spes vocatur et corporis, dignis exultemus gaudiis, et pia gratiarum actione lætemur. Hodie enim non solum paradisi possessores firmati sumus, sed etiam cælorum in Christo superna penetravimus: ampliora adepti per ineffabilem Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidiam. (S. Leo. Serm. de Ascens. Dom.)»

las mas veces à su gronio despecho, està dando ese testimomo me-

SERMON

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE LA ASCENSION.

DOBLE TESTIMONIO DE SANTIDAD Y HEROISMO QUE ESTÁ LLAMADO Á DAR TODO CRISTIANO Á LA RELIGION QUE PROFESA.

Cum venerit Paraclitus quem ego mittam vobis.... ille testimonium perhibebit de me. Et vos testimonium perhibebitis, quia ab initio mecum estis.

Cuando viniere el Espíritu consolador que yo os enviaré, él dará testimonio de mí. Y tambien vosotros dareis testimonio, porque desde el principio estais conmigo.

JOAN. XI.

Topos los hombres sin escepcion alguna estan llamados á dar en este mundo un testimonio visible de la grandeza de Dios y de sus inefables atributos. Aqui es su providencia, que se deja ver en las criaturas, á quienes enriquece con todos los dones de la naturaleza, desarrollando en su favor los inagotables tesoros de un amor sin limites. Alli es su justicia, que se manifiesta en los individuos y en los pueblos sobre quienes hace pesar su mano omnipotente, bien para herirles y humillarles en su orgullosa arrogancia, bien para curar su ceguedad atrayéndoles al conocimiento del bien y á la práctica de sus deberes. Mas allá es su misericordia, que se ostenta maravillosamente en la longanimidad con que tolera unos crímenes que pudiera muy bien vengar con todo el rigor de su cólera, y que no obstante disimula hasta cierto tiempo para convertir al pecador renitente y obstinado. Donde quiera, en fin, la humanidad entera sin saberlo, y las mas veces á su propio despecho, está dando ese testimonio ne-

cesario á la divinidad, demostrando públicamente su soberania, rindiendo homenage á su omnipotencia, predicando sus infinitas perfecciones, y pagando un justo tributo á su indisputable dominio sobre todo cuanto existe.

Pero no es solamente esta clase de testimonio la que el hombre está destinado á dar de Dios en la tierra. No se limita su mision á obrar por efecto de un impulso continuo é irresistible, á manera de esos globos celestes que describen periódicamente en el firmamento su maravillosa carrera. Ser inteligente y libre, su acccion debe ser de todo punto libre y espontánea, porque de otro modo careceria de todo principio de merecimiento, y de ninguna manera seria responsable de sus actos, ni podrian imputársele sus vicios ó sus virtudes, su apatía ó su heroismo. Y ved justamente el orígen de esa gran mision que el cristiano tiene que llenar libremente en el mundo, y el testimonio que debe dar del que le envió á él, para ser una prueba constante y una demostración viva de la santidad de la religion que profesa y de la divinidad de su inefable autor. Mision que conmenzó propiamente hablando en el precursor del Mesias, de quien fué dicho que vino á dar testimonio del que era la luz indeficiente del mundo (4). Y que recibió una sancion solemne cuando, segun la promesa del Salvador, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles despues de la ascension de Jesucristo al cielo, y quedó definitivamente constituida la verdadera iglesia. Oid cómo se espresaba el Hombre-Dios hablando con sus discipulos poco antes de separarse de ellos, segun el relato evangélico de este dia. « Cuando viniere el Consolador que yo os enviare del Padre, el Espiritu de verdad que del Padre procede, él dará testimonio de mí. Y vosotros tambien dareis testimonio, porque desde el principio estais conmigo. Os he dicho estas cosas para que no os escandaliceis. Os echarán de las Sinagogas, y viene la hora en que todo el que os mate creerá hacer un obseguio à Dios. Y esto lo harán con vosotros porque no conocieron al Padre ni à ml. Y ahora os he hablado de esto, para que cuando lleguen tales sucesos os acordeis que os lo dije.»

⁽¹⁾ Joan. I. 7.

En efecto, A. M., así como el Espíritu Consolador descendió sobre los apóstoles para testificar la divina mision de Jesucristo en la tierra, su origen celestial, la veracidad incuestionable de su doctrina y milagros, cuyo testimonio desconocieran ingratos los que le tuvieron en su seno (1), del mismo modo los apóstoles, llamados á continuar la grande obra de regeneracion comenzada en el Calvario, debian prolongar y estender esta demostracion por toda la redondez del globo, llevando donde quiera el evangelio de Jesus, predicando á todas las naciones lo que de él habian aprendido, y sellando con su misma sangre el testimonio de su divinidad. Y esta mision no se limitó á solos los apóstoles, sino que pasó de ellos á sus sucesores, v debe perpetuarse en todos los siglos en el seno del cristianismo en todos cuantos profesan la doctrina del Hombre-Dios, y llevan impreso en sus almas el carácter de la víctima del Gólgota. Todos pues somos llamados á dar testimonio de Jesucristo. XY cómo? De dos maneras: primeramente con nuestras acciones, en las que debe resplandecer la santidad de ese divino modelo, siendo una manifestacion visible de la grandeza de la religion que profesamos: en segundo lugar, con nuestra constancia en padecer y luchar, como luchó y padeció Jesucristo, dando de este modo una prueba ostensible de nuestras convicciones y de la firmeza de nuestra fé. Testimonio de santidad, testimonio de heroismo; hed ahí la suma y el complemento de nuestra mision y el asunto de mi discurso. Invoquemos los divinos ausilios, etc.

Ave María.

REFLEXION UNICA.

No en vano dijo un sabio que el cristiano debe ser un segundo Cristo, espresion cuyo laconismo envuelve todo el fondo de la gran mision que está llamado á llenar, y la estension de todos los deberes que van unidos al carácter que le distingue y ennoblece. Este es

⁽¹⁾ Joan. I. 10.

efectivamente un carácter de luz, puesto que en sus acciones debe resplandecer la imágen del que le redimió, sus virtudes, sus obras, su santidad, su divinidad, su gloria, segun aquello que el mismo Salvador dijo á sus discípulos: «Vosotros sois luz. Haced que esta brille delante de todos los hombres para que vean vuestras buenas obras, y viendolas glorifiquen al Padre celestial (4). La vida pues del cristiano debe ser en su conjunto v en sus detalles una predicacion magnifica, un bello resumen del Evangelio, por cuanto, segun los principios y máximas de este divino código, deben estar modelados sus pensamientos, sus ideas, sus aspiraciones y afectos, y sobre todo sus costumbres y toda su conducta esterior, de suerte que nada haya en ella que desdiga de la severidad de la doctrina del Salvador, de la pureza de sus dogmas y de la sublimidad de su moral. He ahi el primer deber del cristiano, su mision imprescindible desde que reengendrado á la gracia en las fuentes bautismales recibe la efusion del Espíritu Santo, y el gran testimonio que está obligado á dar donde quiera de aquel que le sacó de las tinieblas del error á la luz admirable de la verdad (2) para que fuese un traslado perfecto de su divino prototipo, y derramase el suave olor de sus virtudes en todos tiempos y circunstancias, como se espresa San Pablo (3). Y esto no solamente se refiere á la conducta del hombre bajo su aspecto religioso y moral, sino que aun en sus relaciones sociales y de familia, aun en su misma vida política, todas sus operaciones visibles y apreciables deben llevar el sello de Jesucristo, de su doctrina, de su Evangelio, de manera que ninguna de ellas contrarie sus sublimes enseñanzas, antes bien se hallen armonizadas con ellas, y en ellas encuentren su justificacion.

¿No era en efecto esta conducta la que hacia distinguir á los primitivos fieles de entre los que no habian abrazado la luz del Evangelio? ¿No era este testimonio vivo y palpable el que les atraia el respeto y las simpatías de sus mismos émulos, aun de aquellos que veian una condenacion tácita de sus propios errores en las virtudes de

⁽¹⁾ Matth. V. 16

⁽²⁾ I. Petr. II. 9. and all added on sets of an action of a green lab

⁽³⁾ II. Cor. II. 45. og al madanova , sloubitos lagorig na á madalaga

aquellos fervorosos nazarenos? ¿No era su conducta intachable, sus costumbres irreprensibles, su desprecio del oro y de los honores mundanales, su desprendimiento heróico de cuanto halaga la ambicion humana, su beneficencia universal para con los hombres de todas opiniones y creencias, su caridad inagotable para con los menesterosos, la union, la concordia, la afeccion reciproca, frutos todos de la santidad del Evangelio, lo que á despecho del desbordamiento de las pasiones mas ignominiosas autorizadas por la legislacion v por el culto paganos, y á pesar de los sofismas de los primeros filósofos v contra el furor de los perseguidores del cristianismo, contribuyó, v muy poderosamente, al desarrollo v afianzamiento de esa religion salvadora y á su propagacion en todos los ángulos del mundo conocido? Este es un hecho histórico que nadie puede va negar sin chocar con el simple buen sentido. Todo el mundo sabe el prodigioso ascendiente y la influencia beneficiosa que ejerció en las ideas de la humanidad, en sus hábitos y costumbres y en el porvenir de las sociedades ese testimonio irrefragable, público, universal y siempre creciente dado á la divinidad de Jesucristo v á la incuestionable veracidad de sus dogmas por los discípulos del Hombre-Dios, sobre todo en los tres primeros siglos de la Iglesia. En las asambleas populares, en el senado, en la milicia, en la magistratura, en la corte misma de los Césares, pues todo lo habian llenado los cristianos, segun el relato de Tertuliano, su vida se hacia notar y distinguir por la pureza de sus costumbres y por la inalterable severidad de sus principios; y el cristianismo ganaba en prestigio á medida que el paganismo caia en descrédito, y el Evangelio hacia nuevas conquistas, y la moral ensanchaba el círculo de su accion, y progresaba visiblemente la civilizacion del Calvario. Por último, mas que las elocuentes y fogosas defensas de los primeros apologistas, contribuia á hacer respetable la religion el testimonio práctico que daban los fieles de las grandes verdades v de las bellas virtudes que aquella enseñaba. Cada cristiano era un evangelio en accion: asi que, cuando sus enemigos les perseguian y acriminaban como perturbadores del órden, y bajo otros pretestos no menos falsos que especiosos, ellos apelaban á su propia conducta, evocaban la publicidad de sus actos,

y provocaban como única prueba contra la calumnia el exámen de sus costumbres, esperando tranquilos el veredicto de la opinion pública, único juez competente de sus acciones. Asi se realizó la promesa del Salvador, cuando dijo: Et vos testimonium perhibebitis, quia ab initio mecum estis. Ellos llenaron cumplidamente esta gran mision: dieron testimonio á la luz, y la luz brilló en las tinieblas (1), y la verdad triunfó del error, y sobre las ruinas del vicio ostentó gloriosa su frente la virtud.

¡Qué confusion para nosotros, C. O.! ¡Qué condenacion tan elocuente de nuestra disipacion y de nuestros vicios! Cuando en presencia de ese bello recuerdo, nos replegamos dentro de nosotros mismos, cuando á vista de esos sublimes rasgos de cristiano heroismo interrogamos la historia de nuestra vida, ¡cuán lejos nos hallamos de llenar esa gran mision que recibimos juntamente con el carácter que nos distingue! ¿Dónde están entre nosotros los que, no ya en sus pensamientos, en sus ideas y aspiraciones, pero ni aun siquiera en sus actos esternos, en su conducta pública, en sus relaciones visibles, dan testimonio de la santidad de la religion que profesan y de la severa moral de Jesucristo? ¿Cuántos son los que se hacen un deber de vivir conforme á sus enseñanzas, huyendo de lo que su ley santa condena, practicando lo que su doctrina prescribe, aborreciendo los vicios que él anatematiza, y ejercitando las virtudes de que él dió tan maravillosos ejemplos? Para alguno que otro, raros por cierto en nuestro siglo, que sepa respetar su carácter, y conservar intacto el depósito de la gracia que le fué infundida en el dia de su regeneracion espiritual, son innumerables los que huellan con sus costumbres ese distintivo honroso, malversando los dones del Espíritu Santo, abusando de ellos para ofender á Jesucristo, y mostrando en su conducta la indiferencia mas marcada, sino ya un sacrilego desprecio de los principios de la religion, de los dogmas evangélicos, y de la moral pura y sublime del divino Legislador. Hábitos corrompidos, escesos inconcebibles, escándalo universal, impiedad y error en todas las edades y condiciones, hed ahí lo que

⁽¹⁾ Joan, I. 5. A shroung ventury obstantial soir of bup carries xel

donde quiera se presenta á nuestra vista: y tanto, que si por la vida de la mayor parte de los cristianos, si por el espectáculo que generalmente ofrece la sociedad católica hubiera de deducirse la divinidad de la religion y la santidad de su doctrina, mas bien que á dar testimonio de ella, bastarian á desacreditarla, á envilecerla, y á hacerla objeto del mas alto desprecio. ¡Profanacion inaudita de lo que hay de mas grande y respetable en el mundo! ¡Ay del cristianismo si su existencia no estuviese apoyada sobre otras bases mas sólidas! ; Ay de la verdad si sus cimientos no descansasen en la palabra infalible de Dios! Los cristianos, llamados á ser miembros del cuerpo místico del Salvador, no contribuyen mas que á destruirle y desmembrarle; destinados á ser piedras vivas del grandioso edificio de su Iglesia, no hacen sino desmoronarle minando sordamente sus bases; elegidos para ser templos vivos del Espíritu Santo, le escarnecen con su impiedad y le manchan con sus impurezas: y obligados por su carácter á ser un testimonio irrefragable, una manifestacion visible, una demostracion práctica de la santidad y grandeza de la religion con cuyo nombre se honran, solo se hacen distinguir por su corrupcion profunda, por el esceso de su inmoralidad, por la mayor libertad en el pecar aun respecto de los mismos infieles, siendo de este modo su vida un padron de ignominia y un sello de verguenza que arrojan sobre la augusta frente del cristianismo, de quien debieran ser una apología constante y práctica con sus virtudes.

Mas no es este el único testimonio que el cristiano está llamado á dar de Jesucristo. Su mision se estiende todavia mas, y exige un testimonio de constancia en padecer y luchar como luchó y padeció su divino modelo. A este género de testimonio corresponden aquellas palabras del Salvador á sus discípulos: «Viene la hora en que todo el que os persiga y mate, creerá hacer un obsequio á Dios: y harán esto con vosotros porque no conocieron al Padre ni á mí.» No basta pues para que nuestro testimonio sea completo, que nuestras acciones se hallen de tal suerte penetradas y como impregnadas del espíritu del Evangelio, que en todas ellas refleje el resplandor de esa luz divina que se nos comunicó para esparcirla y estenderla donde

quiera: sino que se hace preciso añadir á este carácter de santidad, el carácter de heroismo; y bajo este concepto todo cristiano está llamado á ser un mártir, y no como quiera por un tiempo limitado, sino mientras dure su existencia. Si en el sentido etimológico la espresion martirio equivale á testimonio, el cristiano destinado por su vocacion á testificar en todas partes la divinidad de la religion, debe estar preparado á ser constantemente mártir de su fé y de sus creencias, y á padecer con valor heróico, sublime y perseverante, cuantas pruebas sean necesarias para sostener sus convicciones. Y no es solo el martirio de la sangre el que vá unido á la gran mision de nuestro carácter, pues no todos son dignos de padecer y morir por el nombre de Jesucristo: hay otro martirio no menos noble y meritorio que á todos comprende, y del que ninguno puede dispensarse, y es el martirio de las lágrimas, de la expiacion y del sacrificio. Hed ahí el testimonio perenne que debemos dar de nuestro divino Salvador, conforme á su inefable promesa: Et vos testimonium perhibebitis. ¡Y qué! ¿Pretenderiamos esquivar este deber doloroso, ha-biendo marchado él al frente en la pelea, y sido el primero en devorar toda especie de amarguras, adversidades, dolores y martirios por crearnos un nuevo porvenir y abrirnos el camino de una vida nueva é inmortal? ¿Intentariamos ser unos testigos pacíficos y tranquilos de una doctrina, que sudores tantos, y trabajos tan penosos, y tan negras calumnias, y persecuciones tan sangrientas, y muerte tan infame costó al Hombre-Dios el legárnosla, ó creeriamos haber respondido á nuestro deber, observando en la mas inalterable calma, sin esfuerzos, sin oposicion, sin combates ni sacrificios, unas enseñanzas que están selladas con la sangre divina de su autor? ¡Ilusion! Corona sin pelea, recompensa sin trabajo, felicidad sin violencia, gloria sin Calvario, no se encuentra jamás: es un absurdo buscarlo. No por otra vía marchó Jesus para llegar á su reino, sino por la de las tribulaciones y del vencimiento: y nécio seria el que creyese poder descubrir un camino mas cómodo ó menos penoso. Testimonio pues de sangre, testimonio de lágrimas, testimonio de violencia á nuestros desordenados apetitos, testimonio de sacrificio de nuestras torpes pasiones, testimonio de lucha sin tregua contra

los vicios que aspiran á dominarnos, testimonio de resistencia á los seductores atractivos del mundo, testimonio de constante perseverancia en hacer frente á los enemigos interiores y esteriores de nuestra salvacion; tal es el que Jesucristo exige de nosotros, y el que siempre, en toda circunstancia, en cualquier posicion que nos hallemos, no podemos dispensarnos de dar sin faltar á la sublime mision que nos está confiada. Et vos testimonium perhibebitis.

La Iglesia viene cumplièndola sin interrupcion á través de los siglos, luchando y padeciendo bajo formas diversas, y desarrollando donde quiera el brillante espectáculo de una constancia inalterable, de un valor sin semejante, de un heroismo sin ejemplo y de una perseverancia á toda prueba. Desde que su augusto fundador la anunció sus futuros combates, ¿no la habeis visto siempre perseguida y siempre victoriosa, siempre humillada y siempre gloriosa, siempre luchando y siempre ciñéndose nuevos laureles? «Si á mí me aborrecieron, dijera Jesus á los primeros heraldos de su Evangelio, tambien á vosotros os aborrecerán, y os calumniarán, y os martirizarán á causa de mi nombre.» Y desde entonces todo el universo se levantó contra ellos, y comenzó la lucha, esa lucha que viene perpetuándose de edad en edad, y que no concluirá hasta el fin de los tiempos; y las lágrimas, y las privaciones, y los cadalsos y la sangre fueron el patrimonio de los verdaderos creyentes. Sus enemigos, porque lo eran de la verdad que ellos representaban, y del Hombre-Dios de quien daban testimonio público, no conocian al Padre ni al hijo, y ciegos en sus errores, volvieron sus armas contra los hombres que predicaban la Cruz como el camino de la positiva bienandanza. El fanatismo encendió el fuego de las malas pasiones, la preocupacion fomentó las antipatías contra aquella nueva secta, el poder llamó en su ausilio al sofisma, todo se adunó para esterminar la verdad cristiana, y dió por fruto esa larga cadena de pruebas que habeis visto á la Iglesia atravesar desde Augusto hasta la caida del romano imperio; pero sin que el pensamiento cristiano se menoscabase en lo mas mínimo, bien asi como desde entonces hasta nuestros dias, en todos esos períodos de lucha por que ha pasado el catolicismo, su idea, sus doctrinas, sus dogmas no han hecho mas

que adquirir nuevo vigor en la pelea, afianzarse mas con las contradicciones, y rodearse de un carácter de perpetuidad que forma su gloria y la admiración de todo el mundo.

Testimonio brillantísimo, constante, inalterable y sublime que se ha reproducido en estos últimos siglos en que la impiedad hizo su último esfuerzo, el vicio apeló á sus últimos recursos, las pasiones echaron mano de las armas que tenian en reserva, y la sociedad en masa pareció empeñada en acabar de una vez con el Evangelio... Pero sabemos ya sus ardides, y no ignoramos sus resultados; vimos sus planes, y conocemos lo impotente de toda su ciencia, de todo su génio y de todo su poder; poder, génio, ciencia que se estrelló contra la piedra incontrastable de Cristo Jesus, y el error quedó humillado, y el catolicismo permaneció ileso, para prolongar hasta la eternidad el testimonio glorioso que estaba llamada á dar á la verdad: Et vos testimonium perhibebitis, quia ab initio mecum estis.

Fieles, pues, nosotros á estas tradiciones, continuemos, M. A. O., cumpliendo esa mision grandiosa, y dando donde quiera idéntico testimonio. No nos contentemos con hacerlo en ciertos y determinados casos, en circunstancias dadas, en los dias de fervor, en el hogar doméstico ó en nuestras relaciones sociales. Sea este el ejercicio constante de toda nuestra vida, bien así como siempre es nuestro indispensable deber. Añadamos á este primer testimonio de santidad, un testimonio de constancia, llevando hasta el heroismo nuestro valor en sostener y practicar la verdad divina, á costa de contradicciones, de luchas, de sacrificios, de lágrimas y de sangre si necesario fuese. Entonces nuestro testimonio será completo, habremos llenado nuestra mision; y el Espíritu consolador dará tambien testimonio de nosotros, como le diera de Jesucristo, y seremos acreedores á esperimentar la influencia de sus divinos dones: y concluida que sea nuestra carrera en este mundo, veremos presentarse á nuestros ojos en la eternidad un porvenir dichoso, y se verificarán en nosotros las promesas del Hombre-Dios. Reconoceremos que él es quien nos anunció todos los sucesos, adoraremos su providencia, admiraremos su sabiduría, y gozaremos de sus infinitas perfecciones en el seno de su inmensidad.

PLAN DE UN SERMON

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE LA ASCENSION.

LA PROMESA DEL SALVADOR DE ENVIAR AL MUNDO EL ESPÍRITU SANTO, ENVUELVE LA NECESIDAD DE LA DIVINA GRACIA Y SUS DIVERSOS EFECTOS. FUNESTA CEGUEDAD DE LOS QUE DESCONOCEN ESE DON PRECIOSO, Ó CONOCIÉNDOLE NO LE RECIBEN, Ó RECIBIDO NO SABEN CONSERVARLE EN SUS ALMAS.

Cum venerit Paraclitus quem ego mittam vobis à Patre; Spiritus veritatis qui a Patre procedit, ille testimonium perhibebit de me.

Cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí.

Joan. xv. 26.

Acercábase el tiempo de consumar el gran misterio de la reparación del linage humano. La sangre del Hombre-Dios vertida en el Calvario debia poner el sello á todos los prodigios de amor y de misericordia que Jesucristo desarrollára en favor de la humanidad culpable. Una vez llenada la sublime mision que trajera del cielo, preciso era que en cumplimiento de los antiguos vaticinios tornase al seno del que le envió. Mas como quiera que sin su presencia el hombre quedaba huérfano y sin apoyo, sujeto á todas las eventualidades del tiempo, á todos los peligros del vicio, y al funesto ascendiente de las pasiones, Jesucristo antes de partir á su destino consigna en una solemne promesa su decision de no abandonar el mundo, enviando el Espíritu divino para que continuase á nombre suyo so-

bre la tierra el sublime encargo de velar por los mortales y de dirigirles por el camino de la salvacion.

Por eso despues de manifestar á sus discipulos la necesidad de ausentarse de ellos para cumplir la eterna voluntad del cielo, aliéntales con estas misteriosas palabras: «Cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mi, etc.» Y en efecto, el Padre y el Hijo envian al Espíritu Santo, que de ellos procede, ora de un modo visible como aconteció en el dia de Pentecostés, apareciendo á los apóstoles bajo la forma de lenguas de fuego, ora invisiblemente mediante la infusion de su gracia en los corazones, como se verifica diariamente en los cristianos fieles á los divinos llamamientos, etc.

Bajo este último punto de vista me propongo considerar la mision del Espíritu Santo que hoy nos anuncia el sagrado Evangelio, limitándome á manifestar que «la promesa del Salvador que queda consignada, envuelve la necesidad de la gracia, la diversidad de sus efectos, y la suavidad con que se insinúa en nuestras almas; de donde inferiremos la funesta ceguedad de los que desconocen ese don precioso, ó conociéndole no le reciben, ó recibido no saben conservarle en sus almas.»

-mai comh : agill la y saball le ago muago es Ave María.

Pure ann cuanda naico

REFLEXION UNICA.

1. Que en el espíritu divino esté simbolizada la efusion de la gracia santificante, es una de las primeras verdades del cristianismo, uno de los dogmas mas inconcusos de la iglesia católica; y no lo es menos que por la gracia es el hombre lo que es, segun la frase del Apóstol, y que sin ella es incapaz de concebir el menor pensamiento bueno, ni querer ni obrar le es posible en órden á sus eternos destinos. De aquí la necesidad imprescindible de este don, la cual declara un Santo Padre con el símil del viento, bajo cuya forma se manifestó á los discípulos en el Cenáculo: A la manera, dice,

que el aire es tan necesario para la vida física del cuerpo, que sin su aspiracion dejaria el hombre de existir, no de otro modo seria imposible al alma vivir sin el aliento de la divina gracia: puesto que, como añade elocuentemente San Cipriano, del Espiritu Santo procede toda inspiracion buena, todo don sobrenatural, y toda aspiracion hácia las cosas celestiales. No menos que á los que surcan los mares les es indispensable ese elemento que dá movimiento é impulso á la nave, á que confiáran su existencia, nos es precisa la gracia del Señor á los que atravesamos el proceloso océano del mundo, para poder evitar los escollos que á cada instante se oponen á nuestra marcha, y llegar al puerto bonancible de la eternidad. Empujada por ese viento misterioso, dice Tertuliano, la fé camina con seguridad por entre los mil peligros que se presentan en todas direcciones, triunfa de las soberbias oleadas que se levantan para sumergirla, se burla de las tormentas que suscita el infierno, y serena y tranquila arriba á su término, porque el dedo omnipotente de Dios la dirige, su gracia la mueve suavemente, y su amor la sostiene para que no se hunda en los abismos del error, etc.

2. ¡Y de cuántos y cuán diversos modos no nos inspira el espíritu divino! ¡Cuán varios son los efectos de su gracia! No sin razon es llamado en las divinas páginas único y múltiple: único en razon de la divinidad que le es comun con el Padre y el Hijo; único tambien en razon de su personalidad, bajo cuyo aspecto distinguese de las otras dos divinas personas; pero múltiple en razon de la prodigiosa diversidad de sus dones, como se espresa San Pedro Damiano. Pues aun cuando único en sí mismo, multiplicase no obstante ad extra, segun el lenguage teológico, en favor de los hombres, variando y multiplicando los efectos de la gracia que sobre ellos derrama. Y ved, en sentir del Crisóstomo, la razon de que en las sagradas escrituras se le apropien diferentes denominaciones, llamándole Espíritu de vida, Espíritu de verdad, Espíritu de sabiduría, Espíritu de fé, de promesa, de santificacion, de adopcion, de caridad, de virtud, de temor, de mansedumbre, etc. No porque tanta diversidad de nombres convenga á su naturaleza, sino para denotar las varias operaciones del Espíritu Santo, y los diversos efectos de su gracia. Así que, cuando resucita al alma de la muerte de la culpa, denominasele Espíritu de vida; Espíritu de verdad, cuando enseña; Espíritu de sabiduría, cuando ilustra la inteligencia elevándola hácia el cielo; Espíritu de adopcion, cuando nos adopta por hijos de Dios; Espíritu de caridad, cuando inflama los corazones en el amor divino; Espíritu de fortaleza, cuando infunde en el alma el valor necesario para luchar y padecer por Dios; Espíritu de mansedumbre, cuando calma los escesos de la ira, etc. Y sin embargo, estas cosas dice San Pablo, las hace un solo y mismo Espíritu (1), ejerciendo en pró de los hombres tan diversos oficios é insinuándose en sus almas de tantos modos diferentes en proporcion de sus necesidades.

No hay hombre por sordo que sea, dice San Agustin, que deje de percibir la voz del divino Espíritu y el eco de su gracia. Él se deja oir en las Sagradas Escrituras, habla en los Salmos, en el Evangelio; y va esteriormente, poniendo á nuestra vista las miserias de la vida, las enfermedades que nos aquejan, los infortunios que nos prueban, ó los ejemplos de los justos, la conversion de los pecadores, la lectura de los buenos libros, etc.; va interiormente, ilustrando nuestro entendimiento con conocimientos sobrenaturales, inflamando nuestra voluntad con piadosos afectos, conmoviendo nuestro corazon con santas emociones, é inspirándonos el horror del vicio y el amor de la virtud, siempre y donde quiera nos dirige al bien; y nos aconseja como hermano, y nos amonesta como Padre, v nos manda como soberano, v nos atemoriza como juez, v nos amenaza como vengador; y por cuanto nada hay que mas nos aleje del cielo como la escesiva solicitud de los bienes terrenales, preséntanos incesantemente la bella perspectiva de los bienes eternos que nunca envejecen, que jamás padecen menoscabo, que siempre son nuevos á pesar de su antigüedad, etc., etc.

3. Y todo esto, A. O., verificalo el Espíritu Santo con la mayor suavidad, sin contrariar nuestro libre alvedrío, sin forzarnos, sin imponernos necesidad alguna, y dejándonos obrar con la mayor es-

⁽¹⁾ I. Corint. XII. 11.

pontaneidad : pues como dice San Agustin, el hombre dejaria de ser perfecto si necesariamente hubiese de obtemperar los preceptos de Dios: por cuanto la gracia sin la libertad no seria sino una violencia. Y á este propósito, esclamaba: Si no existiese la gracia, ¿cómo salvaria Jesucristo al mundo? Y si dejase de existir el libre alvedrío, ¿ cómo le juzgaria? De esta suerte, refutando por una parte el error de los semi-pelagianos, que si bien consideraban necesaria la gracia interior, admitian empero un cierto conato ó esfuerzo de la voluntad por parte del hombre en lo que constituian el principio de la salvacion, demuestra por otra el Santo Doctor, que la gracia no infiere violencia alguna á la voluntad humana, ni la impone la menor necesidad, etc.

¡Cuántos son empero los que ó desconocen ese don precioso, ó conociéndole no le reciben dignamente, ó recibido no saben conservarle en sus almas! No hablemos ya de los hereges de los hijos del error que se atreven á negar la majestad y divinidad del Espíritu Santo. Entre los mismos cristianos que confiesan este artículo del símbolo católico, hay muchos que rechazan sus inspiraciones, ó menosprecian sus ausilios, á trueque de no reformar sus costumbres, y por no verse obligados á entrar en la senda de los divinos preceptos. Y por mas que una voz celestial les grite y les exhorte á no recibir en vano la gracia del Señor, endurecen sus corazones, v encallecidos en el crimen, permanecen en su funesta obstinacion; y el soberbio persiste en su orgullo, y el ambicioso en su deseo inmoderado de honores y riquezas, y el voluptuoso en los escesos de la sensualidad, y el vengativo en el furor de su ódio, etc., pudiéndose decir de todos ellos lo que de los judios decia un dia el primer mártir del cristianismo: «Hombres de cervid dura y de corazon incircunciso, os habeis empeñado en resistir incesantemente al Espíritu Santo (1).» ¡Y qué injuria no hacen á ese divino Espíritu los que habiendo tenido la dicha de recibir sus inspiraciones, y una vez esperimentados los efectos de su gracia; la dejan perder por su negligencia ó por su cobardía, tornando á los mismos escesos que

antes, y volviendo á someterse al yugo tiránico del demonio! Cierto que como inmutable é impasible y esencialmente santo es incapaz de padecer dolor ni tristeza: pero en la hipótesi de que estos afectos pudiesen caber en él, es indudable que ninguna cosa le ocasionaria tan hondo pesar como el verse lanzado de un corazon donde como rev fijára su trono para reinar en él su justicia y santidad; nada le seria tan sensible como verse divorciado de un alma con quien á manera de esposo se uniera con los mas íntimos lazos de amor ; nada le ofenderia tanto como verse pospuesto al espíritu inmundo de la sensualidad, por quien él eligió para ser el objeto de sus puras caricias... Tanto mas cuanto mayores son los motivos que obligan al hombre à ser fiel y constante en sus promesas. Obligale 1.º La gratitud, puesto que ese divino espíritu es quien con la efusion de sus dones trasforma nuestras almas de esclavas en reinas, de deformes en bellas, de pobres en ricas, etc.; 2.º La justicia, puesto que á él es á quien prometimos en las fuentes regeneradoras renunciar á cuanto pudiera amancillar nuestros corazones y hacernos indignos de su gracia; 3.º El honor, por cuanto unidas á él nuestras almas mediante un divino desposorio, nada mas procedente que velar por su honra v defender su inmunidad, etc.

Cuidad pues, esclama San Agustin, de que jamás el maligno espíritu contamine el domicilio que para si eligió el Espíritu de inocencia y de candor, huid de cuanto pueda deshonrar el tálamo de ese esposo divino; no le contristeis con vuestras ingratitudes, no le deshonreis con vuestras ignominiosas pasiones; trabajad porque permanezca en vosotros su gracia, prenda segura de la gloriosa inmortalidad á que aspirais, y que será la recompensa de vuestra fiel perseverancia en el bien, por los siglos de los siglos.

TEXTOS DE ESCRITURA RELATIVOS Á ESTE ASUNTO.

«Deus est qui operatur in nobis velle, et perficere pro bona voluntate. (Ad Philip. II. 43.) »Ipsius factura sumus creati in Christo Jesu in operibus bonis, quæ

»Ipsius factura sumus creati in Christo Jesu in operibus bonis, quæ præparavit Deus ut in eis ambulemus (Ad Ephes. II. 10.) » Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est. (II. Corint. III. 5.)

» Nemo potest venire ad me, nisi Pater qui misit me traxerit eum. (Joan. VI. 44.)

»Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso nisi manserit in vite, sic nec vos nisi in me manseritis. (Ibid. XV. 4.)

» Omne datum optimum et omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre luminum. (Jacob. I. 17.)

» Velle adjacet mihi: perficere autem bonum non invenio. (Rom. VII. 18.)

»Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus? Gratia Dei per Jesum Christum Dominum nostrum. (Rom. VII. 24.)

»Gratia salvati estis per fidem, et hoc non ex vobis, Dei enim donum est. (Ephes. II. 8.)

» Spiritus ubi vul spirat, et vocem ejus audis, etc. (Joan. III. 8.)

»Nemo potest dicere Dominus Jesus nisi in Spiritu Sancto. Divisiones vero gratiarum sunt, idem autem Spiritus... Et divisiones operationum sunt, idem vero Deus, qui operatur omnia in omnibus. Unicuique autem datur manifestatio Spiritus ad utilitatem. Alii quidem per Spiritum datur sermo Sapientiæ, alii autem sermo scienciæ, etc... Hæc autem omnia operatur unus atque idem Spiritus, dividens singulis prout vult. (I. Cor. XII. 3 et seq.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Ab Spiritu Sancto procedit omnis inspiratio, suspiratio, et aspiratio ad divina. (S. Cyprian.)

» Vere multiplex Spiritus, qui tam multipliciter filiis hominum inspiratur. (S. Bern. Serm. 3 Pentec.)

»Sonat Psalmus, vox est Spiritus Sancti; sonat Evangelium, vox est Spiritus Sancti; sonat sermo divinus, vox est Spiritus Sancti; multis itaque modis vocem Spiritus Sancti audimus. (S. Ang.)

» Quis percipere possit, aut enarrare per quot affectus visitatio Dei animum ducat humanum? (S. Prosp. cont. collat.)

» Et jubet, et suadet, et præcipit, et hortatur, et rogat, et comminatur. (Tertul. L. 2. ad uxor. 4.)

»Et alios alloquitur amice, ut filios; alios ut fratres, alios ut amicos, compellit, instigat et ad se attrahit... Inhortatur mentem ut a malis desistat, inhortatur animam ut Deo se uniat... A terrenis tranfert, ad cœlestia vocat, redire facit animam, et ad Deum transire, et volare, urget mentem, divino accendit desiderio. (S. Chrysost.)

» Libertas sine gratia, non est libertas, sed contumatia. (S. Aug.

ep. 83 ad Hil. c. 3.)

» Non esset homo optimus, si Dei præceptis necessitate et non libertate serviret. (Id. L. de agon. Christ.)

»Si non est gratia, ; quomodo salvat mundum? Si non est liberum arbitrium, ¿quomodo judicat mundum? (Id. ep. ad, Valent.)

» Potestatis nostræ est divinæ inspirationi acquiescere. (S. Bern. de int. dom. in Cap. 12 Joan.)

» Spiritus Sanctus suam gratiam nobis tribuit, sui ipsius arrham. (S. Aug. de vers. et fals. pœnit. C. 4.)

» Cæterum non leviter in Dominum peccat, qui cum æmulo ejus diabolo pœnitentia renuntiasset, et hoc nomine illum Domino subjecisset, rursus eumdem regressa suo erigit, et exaltationem ejus scipium facit; ut denuo malus, recuperata præda sua, adversus Dominum gaudeat. Nonne, quod dicere quoque periculosum est, sed ad ædificationem proferendum est, diabolum Domino præponit? Comparationem enim videtur egisse, qui utrumque cognoverit; et judicato pronuntiasse eum meliorem, cujus se rursus esse maluerit. (Tert. L. de Pæn. 5.)

»Cum omnes templum Dei simus, illato in nos et consecrato Spiritu Sancto, ejus templi æditua et antistita pudicitia est, quæ nihil immundum vel prophanum inferri sinat, ne Deus ille qui inhabitat inquinatam sedem, offensus derelinquat. (Id. de cult. fem. I.)

»Hoc agite mortales ne unquam polluat domicilium malignus spiritus. (S. Aug. L. 83. q. 12.)

»Et ideo date operam ut vobiscum perseveret Spiritus Sanctus, et ita vos perducat ad Dominum. (I. L. 13 conf.)» Abora bien, siendo el amor una condicion ecencial de questra

PLAN DE UN SERMON

PARA LA VIGILIA DE PENTECOSTÉS.

OBSERVANCIA DE LOS DIVINOS PRECEPTOS, CONDICION ESENCIAL DEL VERDADERO AMOR DE JESUCRISTO: ASISTENCIA DEL ESPÍRITU SANTO PARA FACILITAR EL CUMPLIMIENTO, EFECTO Y RECOMPENSA Á LA VEZ DE ESTE MISMO AMOR.

Si diligitis me mandata mea servate. Et ego royabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in æternum.

Pater bill health est divine intimitation of distriction

Si me amais, observad mis mandamientos. Y yo rogaré à mi Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente.

Joan. xiv. 45, 46.

Hay deberes tan intimamente identificados con la naturaleza misma del hombre, que lejos de serle penoso ó dificil su cumplimiento, deberia formar las mas puras delicias de un corazon sensible y afectuoso. Tal es sin disputa el precepto de amar á Jesucristo que hoy nos inculca el presente Evangelio. Para amar nacimos, pues no en vano nos enriqueció el Criador de un alma capaz de los mas tiernos afectos; amando vivimos, puesto que imposible nos seria existir sin tener algun objeto á quien consagrar la ternura de nuestros sentimientos. El amor es, en una palabra, tan connatural al sér racional, que si pudiera imaginarse un hombre que no amase cosa alguna en este mundo, desde luego se le deberia considerar como escluido de la ley general de la humanidad.

Ahora bien, siendo el amor una condicion esencial de nuestra

vida, y necesitando tener un objeto legítimo, digno, capaz de satisfacer esta aspiracion constante de nuestro corazon, ¿á quién con mas justicia deberemos consagrársela que á aquel que por todos títulos merece ser única y esclusivamente amado de todos los hombres, puesto que siendo padre, hermano, amigo universal de todos ellos, por todos se sacrificó como redentor para salvarlos de la esclavitud de la culpa y hacerlos dignos de la vida eterna, etc.?...

Pero no se trata en la actualidad de justificar un deber reconocido generalmente en el mundo. Si tal intentáramos, fácil nos seria hacer largos discursos, sin que por eso consiguiésemos adelantar nada en la demostracion de una verdad harto demostrada por si misma, porque está, digámoslo así, encarnada en el fondo mismo de toda alma creyente y fiel. Solo pues nos cumple manifestar el modo de llenar este precepto, ó mas bien lo que constituye el positivo amor de Jesucristo; y al efecto, basta reproducir el texto evangélico que acaba de leerse. «Si me amais (dice el Salvador) observad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os enviará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente, etc... (Véase el texto.) «Quien recibe y guarda mis preceptos, ese es el que me ama. Y este será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré á él.»

Ved pues en estas palabras desarrollado el gran pensamiento que hoy debe ocupar vuestra atencion. Observancia de los divinos preceptos: condicion esencial del amor de Jesucristo; asistencia del Espíritu Santo para facilitar esta observancia: recompensa inmediata de ese mismo amor. En una palabra, el cumplimiento de los divinos mandamientos, que constituye la esencia del amor de Jesucristo, facilitado por los ausilios de la gracia que el cielo derrama en el corazon cristiano: tal es el asunto de mi discurso. Ayudadme á pedir las luces celestiales, etc.

hijos, como el MARM AVA e cariñoso a sus hormanos, como el mas

constante amigo à sas amigos, como el redeutor mas compasivo à los que siendo siervos hizo libres, y por decirlo de una vez, como un tros infinitamente amoroso à los que destinára à ser consocios suvos en la gloria, herederos de su raino, y participantes de su propia

edukl subol tog PRIMERA REFLEXION.

- 1. Que el verdadero amor de Jesucristo consista en la fiel y constante observancia de sus preceptos es, como ya queda dicho, una verdad tan obvia que no necesita demostrarse. Nadie como él tiene derechos adquiridos á la posesion de todos nuestros pensamientos, de todos nuestros afectos, de todas nuestras aspiraciones, y por consiguiente nuestras operaciones todas deben consagrarse á ese grandioso objeto, y dirigirse á él como á su único centro. Por eso nos exige el corazon, y no así como quiera, dividido entre él y las criaturas. sino todo entero sin esclusion alguna, sin la menor modificacion: puesto que todo cuanto en el mundo podemos y debemos amar, se hace preciso amarlo por Jesucristo y para Jesucristo, y con relacion à su gloria. Suva es nuestra alma, que él redimió á costa de su propia vida; suya nuestra existencia, que él santificó con su sangre divina; suvo, en fin, todo nuestro sér, que él engrandeció uniendo prodigiosamente la naturaleza humana y la divina en un mismo supuesto, para elevarnos á una altura que nos hace participar en cierto modo de la divinidad, etc...; Por qué, pues, no han de ser suvas tambien todas nuestras obras? ¿Por qué todo cuanto hacemos no ha de surgir de la caridad divina como de su raiz, y terminarse en ella como en su último fin, segun la frase del Apóstol?
- 2. Nada mas justo, nada mas conveniente, he dicho poco, nada mas necesario é indispensable que amar siempre, en todas ocasiones, á todas horas y en todas circunstancias á quien siempre, y de todos modos, y desde la eternidad nos amó como el padre mas tierno á sus hijos, como el hermano mas cariñoso á sus hermanos, como el mas constante amigo á sus amigos, como el redentor mas compasivo á los que siendo siervos hizo libres, y por decirlo de una vez, como un Dios infinitamente amoroso á los que destinára á ser consocios suyos en la gloria, herederos de su reino, y participantes de su propia

bienaventuranza. Y que el padre exija del hijo en prueba del amor una completa sumision á sus mandatos, que el Salvador demande en justa correspondencia á sus bondades una observancia fiel de sus preceptos, que el Dios que tan completamente se inmoló por todos los hombres quiera ver demostrado por ellos con una fidelidad constante á sus leyes su gratitud y reconocimiento, ¿es acaso mucho pedir? ¿No es por el contrario una consecuencia natural de un principio incontestable?

3. Lo es tanto, que habria contradiccion en decir que el hombre amaba á Jesucristo si no lo manifestase mediante una adhesion omnimoda á su doctrina, y un cumplimiento exacto de todos los deberes que de ella se desprenden. El amor verdadero envuelve la obligacion de agradar en un todo el objeto amado, y de evitar cuanto puede serle desagradable ú ofensivo. Do quiera que no existen estas dos circunstancias, no havamos sino aversion. La lengua y las manos son, dice un sábio, los fieles intérpretes del corazon humano; aquella manifiesta su intencion; estas ponen en ejecucion sus resoluciones. Y si esto es tan cierto aun respecto del amor natural, ¿qué diremos respecto del amor divino? Este, dice San Gregorio, jamás está ni puede permanecer ocioso: la actividad constituye uno de sus caractéres esenciales; tanto que tan luego como deja de obrar deja de existir: por cuanto el amor y las obras que de él nacen caminan siempre juntos, son inseparables. Aun en el hombre malo, dice San Agustin, ¿ no veis como el amor obra de contínuo y jamás está en inaccion? Pues bien, prosige el mismo, asi como las obras de ese amor ilegítimo y culpable, á saber, los hurtos, los adulterios, los homicidios, etc., son la manifestacion de ese mal principio, del mismo modo el amor que nace de la caridad divina debe estar en accion continua, y producir el desprendimiento, la castidad, la humildad y todas las virtudes que de él emanan como de su fuente y origen. De otro modo, cómo pudiera lisonjearse de amar á Cristo el que menosprecia las palabras de Cristo y traspasa sus divinos preceptos? Amarle sobre todas las cosas, y no sacrificarlas todas ante sus divinas aras; amarle á él solo, y no renunciar á las criaturas en cuanto pueden separar el alma de ese divino centro; amarle de todo corazon, y no desalojar de este los hábitos viciosos, las malas pasiones, los afectos criminales, etc., ¿es posible? No, responde el sabio obispo de Hipona: El alma que ama á Jesucristo no puede pensar en otra cosa sino en él, ni desear, ni querer, ni apetecer mas que lo que él apetece, quiere y desea. Cáusale hastio todo lo que no sea Dios, y en sus palabras, en sus actos, todo lleva impreso el sello de ese amor activo é inquiescente.

4. En suma, toda la vida de pensamiento y de accion del cristiano que ama verdaderamente á Jesucristo, debe revelar una identidad perfecta con la de este divino modelo, sin separarse un ápice del camino que él siguió y que nos dejaron trazado sus huellas. Practicar las virtudes que él practicó, huir de los vicios que él anatematizó, enfrenar las pasiones que él combatió, etc. hed ahí la manifestacion sincera, la prueba legitima, la demostración innegable de que existe en el alma ese amor. ¿ Quieres conocer lo que amas? preguntaba San Fulgencio: pues observa qué es lo que piensas. Y vo añadiré: observa lo que obras, puesto que en la conformidad de las acciones y de los pensamientos del hombre con los pensamientos y acciones de Cristo, consiste el amor afectivo y efectivo que de nosotros exige como un deber el mas grave, el mas indispensable, el mas esencial de nuestra vida cristiana; deber de justicia, porque él es el único objeto digno de ser amado; deber de gratitud, porque es nuestro universal bienhechor; deber de fidelidad, porque asi nos lo manda en uso de su indisputable soberania, etc. (Puede amplificarse este pensamiento recordando lo que es Jesucristo, lo que ha hecho en favor de la humanidad, etc.) Pero nótese que es al propio tiempo un deber que la gracia de Dios hace sumamente fácil, puesto que, segun la promesa hecha por el Salvador en el presente Evangelio, al que ama á Jesus observando sus divinos preceptos, le amará el Padre, y le enviará el Consolador para que esté con él eternamente, esto es, asistiéndole de continuo con sus ausilios y dones celestiales. Hemos visto, pues, la condicion esencial del amor de Jesucristo, que es la observancia de sus mandamientos: veamos ahora la facilidad de esta observancia fundada en la asistencia del espiritu divino. sons a galaso paivilo ses oli amis la resegos, asbena otacas,

SEGUNDA REFLEXION.

¿Qué es lo que puede amedrantar al cristiano en la práctica de la virtud y en la observancia de los divinos preceptos? ¿La debilidad propia de la humana naturaleza? ¿Los peligros de que está sembrada la existencia en medio de tantos enemigos como nos cercan? ¿La imposibilidad de hacer lo que nuestra voluntad quisiera con relacion á nuestra eterna salvacion? De cualquier modo que sea, amad, y yo os aseguro que el amor obrará prodigios en vuestro favor: 1.º él os facilitará el camino del bien; y 2.º él suplirá á vuestra incapacidad: por cuanto al que ama no le faltará jamás la gracia del Espíritu divino, y con ésta será en cierto modo omnipotente, segun la frase del Apóstol, etc.

1. No es decir por esto que el Señor apagará el fuego de vuestras pasiones y alejará de vosotros todos los escollos en que pueda peligrar vuestra virtud, descartando de los deberes que os impone el cristianismo todo lo que en ellos hay de duro y penoso. Al contrario, en el camino del bien frecuentemente tendreis que sostener recios combates con vosotros mismos, con vuestra carne, con vuestras pasiones, y con los enemigos esteriores de vuestra eterna felicidad. Pero el que ama á Jesucristo está dispuesto á todo, y firmemente resuelto á hacer frente á cuanto le impida marchar hácia adelante, siquiera tenga que renunciar á cuanto mas estima en el mundo y perder todos sus intereses, y sacrificar su misma vida antes que hacer traicion à Jesucristo y faltar al menor de sus preceptos. Y en este caso, ¿cómo le ha de faltar la asistencia del divino espíritu, y su gracia bastante á facilitar el cumplimiento de los mas graves deberes que le impone la religion? No; nunca: al que como otro Abraham está pronto á inmolar ante la voluntad divina lo que hay de mas caro para su corazon; al que como la casta Susana sabe preferir la infamia al vicio, la deshonra al pecado, y la muerte

misma á la menor ofensa de Dios; al que cual otro Pablo no ceja en el camino de la virtud siquiera vea presentarse delante sus ojos peligros sin cuento, amargas tribulaciones, pobreza, desgracias, privaciones, etc.; en una palabra, al que en todas circunstancias y en todas las situaciones de la vida se halla dispuesto á marchar hácia el Calvario, que es la verdadera prueba de un amor eficaz y activo, la gracia del Señor le inspirará un valor sobrehumano, le comunicará una fortaleza superior á todo obstáculo; y lo que en el libertino puede una pasion desordenada para lanzarse á las mas comprometidas empresas, lo que en el avaro puede la sed del oro para hacerle sacrificar su reposo y su tranquilidad, lo que en el enconoso puede el ardor de la venganza para lograr la perdicion de un rival aborrecido, etc., el amor de Jesucristo sabe ejecutarlo mucho mejor en lo que respecta á la práctica de la virtud; porque como emanado del cielo participa de una actividad y de una fuerza á que nada es capaz de resistir.

¡Y qué delicia, qué suavidad no derrama ese espíritu divino en el alma del que de veras ama á Jesucristo! En medio de las mas amargas privaciones, de los mas sangrientos reveses, de las enfermedades mas penosas, de las afficciones mas desesperantes, tranquilo y sumiso el cristiano fervoroso en los brazos de la Providencia, vé pasar sobre su cabeza las mas rudas tormentas, y en la misma mano que le hiere encuentra el consuelo de sus pesares y el paño que enjuga sus lágrimas. Observad á San Pablo: perseguido donde quiera y en contínuo peligro de perder la vida, despreciado por los gentiles, calumniado por los judíos, contrariado por sus falsos hermanos, azotado, apedreado, sepultado tres dias y tres noches en el fondo del mar, y aquí cargado de duras prisiones, y allí arrojado de las ciudades, y mas allá arrastrado de tribunal en tribunal, sin embargo, jamás se acobarda, nunca se abate; y al contrario, cuando mayores son los males que sobre él pesan, entonces es cuando dice que su corazon rebosa en un gozo inesplicable y esperimenta las mas suaves delicias: Superabundo gaudio (1). X por qué? Porque ama

⁽⁴⁾ II. Cor. VII. 4.

á Jesucristo, y este amor superior á todo cuanto puede imaginarse, hácele en cierto modo invulnerable, y derrama en su alma nuevas gracias para continuar en la áspera senda del bien, en proporcion de las dificultades que el infierno y el mundo oponen á su marcha. (Amplifiquese este pensamiento.)

2. A esta ventaja del amor divino añádese otra no menos importante, y es que no solamente facilita el cumplimiento de los de-beres cristianos, sino que suple la incapacidad del hombre, teniendo Dios en cuenta lo que éste no puede ejecutar como si efectivamente lo hubiese hecho, premiando así el deseo y la buena voluntad alli donde la ejecucion es imposible. ¿Ambicionais por ejemplo la palma del martirio y no os es dado encontrar ocasion de padecer por Jesucristo? ¿Deseais llevar adelante los rigores de la abstinencia y del ayuno, y no os lo permite un trabajo continuado ó una salud débil? ¿Quisiérais entregaros á la oracion contínua, y os obligan á interrumpirla los cuidados de vuestra familia y la educación de vuestros hijos? ¿Envidiais el grato placer de derramar en el seno de la indigencia todo género de recursos, y vuestra propia pobreza os priva de poder realizar ese sublime sentimiento de vuestra alma generosa y compasiva? Pues bien, no por eso os aflijais; amad á Jesucristo, y su amor suplirá á vuestra imposibilidad; el Señor agradecerá vuestros votos como si se hubiesen consumado; y sin verter vuestra sangre en los tormentos, vuestros suspiros serán coronados cual si en rudo combate hubiéseis obtenido la victoria; y respecto de los demás deberes que no hayais podido cumplir, no lo dudeis, el amor os proporcionará una indemnizacion abundante, y no será menor vuestro merecimiento porque os haya faltado la ocasion ó la posibilidad de llevar á efecto vuestros deseos. Hasta la misma penitencia halla un suplemento eficacísimo en el amor. ¿Por qué le fueron perdonados tantos pecados á Magdalena sino porque amó mucho? Alentaos, pues, pecadores arrepentidos, amad á Jesus, llorad vuestros crimenes, y las lágrimas arrancadas por el amor borrarán vuestras iniquidades, y desarmarán la divina justicia, etc. de animorp

Apliquémonos pues á llenar un deber tan indispensable, consagremos á Jesucristo un corazon que por tantos títulos es suyo; nada nos reservemos para nosotros; amémosle con toda la estension de que somos capaces; manifestemos nuestro amor con el esacto cumplimiento de todos los preceptos que nos impone su ley santa; esforcémonos á observar su doctrina hasta en sus mas minuciosos detalles, seguros de que en el amor mismo hallaremos la recompensa; puesto que amando al Salvador, el Padre celestial nos amará á su vez, y nos enviará el Espíritu consolador, derramando en nuestros corazones la uncion de su divina gracia que nos facilitará las cosas árduas, suplirá nuestra incapacidad en las imposibles, y premiará nuestra buena voluntad, coronando nuestros cristianos esfuerzos aquí con abundancia de ausilios celestiales, y en la eternidad con una gloria perdurable.

TEXTOS DE LA ESCRITURA RELATIVOS Á ESTE ASUNTO.

«Quomodo dilexi legem tuam, Domine: tota die meditatio mea est. (Ps. CXVIII. 97.)

▶Qui habet mandata mea, et servat ea, ille est qui diliget me. (Joan. XIV. 21.)

• Qui non deligit me, sermones meos non servat. (Ib. 24.)

»Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi, sic facio. (Ib. 34.)

»Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint: quodcumque volueritis petetis, et fiet vobis. (lb. XV. 7.)

»Si præcepta mea servaberitis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego Patris mei præcepta servavi, et maneo in ejus dilectione. (Ib. 10.)

Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate. (I. Joan. III. 18.)

Qui servat verbum ejus, vere in hoc Charitas Dei perfecta est. (Ib. II. 5.)

»Ic hoc cognoscimus quoniam in ipso manemus, et ipse in nobis, quoniam de Spiritu suo dedit nobis. (Ib, IV. 43.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Anima quæ Deum amat, nihil potest aliud cogitare, nihil aliud velle, nihil aliud loqui, nisi solum Deum. Cætera contemnit, omnia fastidit; quidquid meditatur, quidquid loquitur, amorem sapit, amorem redolet. (S. Aug. in Man. 20.)

»Ipsa dilectio vacare non potest: ¿quid enim de quodam homine etiam malo operatur, nisi amor? Da mihi vacantem amorem, et nihil operantem. Non esset amor, nisi operaretur: etiam malus operatur, sed mala, flagitia, adulteria, homicidia, luxurias omnes: ¿nonne amor operatur? (Id. in. Ps. 34.)

»¿Qualem formam, qualem staturam habet Charitas? Nemo dicere potest: habet tamen; habet aures, quæ audiunt verbum Dei; habet pedes, qui ducunt ad ecclesiam; habet manus quæ porrigunt pauperibus. (Id. Tract. 7. in Joan.)

» Magis eligendum est Deo dilecto mori, quam offenso vivere.

(Ib. ib.)

» Inaudita est dilectio, quæ amicum diligit, et præsentiam ejus

»Inaudita est dilectio, quæ amicum diligit, et præsentiam ejus non amat. (Casiod. in Ps. 48.)

»¿Vis nosse quid ames? Atende quid cogites. (S. Fulg. hom. 5. de confess.)

»Numquam est Dei amor otiosus: operatur enim magna si est; si vero operari renuit, amor non est. (S. Greg. hom. 30 in Evang.)

» Probatio dilectionis, exhibitio est operis. (Id. hom. 5. in Evang.)

Tunc vere Deum diligis, si pro illius amore bona quæ potes operaris. (S. Bern. de modo bene vivendi. 51.)

SERMON

PARA LA DOMINICA DE PENTECOSTÉS.

SIENDO EL CUMPLIMIENTO DE LOS PRECEPTOS DE JESUCRISTO LA MANI-FESTACION LEGÍTIMA DEL VERDADERO AMOR DEL HOMBRE HÁCIA ÉL, FALTANDO ESTA CONDICION, CESA EL MOTIVO DE LA PRESENCIA DE DIOS EN EL ALMA, Y SE HACE INDIGNA DE LA PARTICIPACION DE SUS DONES.

Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et pater meus diliget eum, et ad eum venimus, et mansionem apud eum faciemus.

spotest: Author framen; habet rouge, our andlant s arbum Dais labet

Si alguno me ama observará mi doctrina, y mi padre le amará, y vendremos á él, y haremos mansion dentro de él.

Joan. xiv. 23.

Amar á Dios! No hay, A. O. M., un deber mas generalmente reconocido. Todo en nuestro rededor nos le predica; nuestra misma naturaleza, si bien viciada y corrompida, nos impele á tributar al Criador ese homenage de gratitud en justa correspondencia á los innumerables beneficios que nos ha dispensado su bienhechora diestra: nuestro corazon siente la necesidad de unirse mediante ese dulce sentimiento al objeto que únicamente es digno de poseerle. Nuestros afectos, en virtud de un impulso irresistible, se dirigen hácia aquel Sér, que es el centro de toda bondad y de toda perfeccion. Donde quiera vemos grabado con caractéres eternos ese gran precepto que figura al frente de la ley primordial dada al mundo: « Amarás á tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.» Pero este afecto, este sentimiento, este deber sube de punto, y se agiganta estraordinariamente cuando se considera con relacion

á un Dios-Hombre, cuya naturaleza es bondad, cuyo corazon es amor, cuyo carácter predominante es la misericordia, y cuya vida entera estuvo consagrada al bien de la humanidad de una manera ostensible y nunca vista. Un Redentor que por salvar al hombre se sacrifica espontáneamente, y abandonando el seno de su padre con quien es infinitamente feliz, bácese victima expiatoria de todos los crimenes del mundo, y nace en pobreza, y vive en trabajos, y apura el cáliz del dolor, del odio y de la persecucion mas encarnizada, y tolera los mas acerbos padecimientos, y muere en un leño infame despues de verter toda su sangre, con la cual sella el pacto eterno de caridad que hiciera con la raza pecadora... ¿Qué objeto mas propio para arrebatar todo nuestro amor y enamorar nuestros corazones?

Nada pues mas justo, nada mas natural que amar con toda la intensidad de que somos capaces á quien con tanto esceso nos amó, dándosenos á sí propio todo entero, y no reservándose para si mas que el sufrimiento y el sacrificio. Y sin embargo, cumplimos este grave deber? ¿Satisfacemos esta necesidad de nuestra alma? ¿Llenamos esta condicion esencial de nuestra vida como cristianos redimidos con la sangre de Jesucristo? ; Ah! Fuerza es confesarlo. El mundo está muy lejos de amar como debe al Dios que le salvó, al Redentor que le hizo libre del cautiverio en que gemia, al Reparador que le engrandeció, enalteciendo la humana naturaleza á la participacion de la divinidad. Y la demostracion de esta falta de amor son sus propias obras, con las que está manifestando su indiferencia, su ingratitud y su monstruosa iniquidad. Porque de hecho las obras son el termómetro que marca los grados del verdadero amor en el mundo moral, la piedra de toque que prueba los quilates de la caridad sobrenatural y divina, segun se espresa el mismo Jesucristo en el Evangelio de este dia, diciendo: «Si alguno me ama observará mis palabras, y mi Padre le amarà, y vendremos à él, y fijaremos en él nuestra mansion. El que no me ama no quarda mis palabras. ¿Y cuándo se ha visto menos en el mundo esa demostracion sensible del amor del hombre hácia Jesucristo? ¿Hubo un siglo en que sus preceptos fuesen mas despreciados, sus dogmas mas combatidos, su doctrina mas

contrariada, su evangelio mas hollado en la práctica? No: nunca se conoció tanta desverguenza en el vicio, tanto libertinage en las costumbres públicas y privadas, tanto escándalo en todas las clases sociales, menos temor de la divina justicia, menos reserva en el pecar; las pasiones han llegado al mayor grado de desenfreno, la petulancia de la inmoralidad insulta públicamente á la virtud; todo es corrupcion, todo desórden; la Religion gime, la Iglesia se afana en vano por atajar los progresos del mal, y la sociedad entera aseméjase á un cuerpo informe llagado de pies á cabeza, y en el que apenas se descubre parte alguna que no esté contagiada y enferma. ¡Asi es como los hombres en general han correspondido al infinito amor de Jesucristo! ¡ Hed ahí cómo le han pagado tanto como hizo y padeció por ellos, tantas amarguras devoradas, tantos dolores tolerados en su obsequio, tanta sangre vertida, tanta caridad como por salvarles desarrolló mientras vivió en la tierra! Luego no es digno de que Jesus le ame, y esté con él un mundo que de esta suerte olvida lo que le debe, v por consiguiente está fuera de las condiciones de su verdadera vida moral, puesto que ni el Padre ni el Hijo pueden residir alli donde no reside el amor, que es el Espíritu Divino. Y qué seria del mundo faltándole la presencia de Dios?... Pero no nos detengamos en estas consideraciones generales, y limitémonos á deducir de lo dicho una consecuencia práctica, á saber, «que siendo el cumplimiento de los preceptos de Jesucristo la manifestacion sincera y legitima del verdadero amor del hombre hácia él, faltando esta condicion esencial cesa el motivo de la presencia de Dios en el alma, haciéndose en este hecho indigna de la participacion de sus dones.» Asunto importantísimo, para cuyo desempeño invoquemos las luces celestiales por la mediacion de la Santisima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Lo que en el órden comun y natural es una verdad incuestionable, no puede menos de ser un hecho demostrado en el órden espiritual.

A esta clase de verdades pertenece ese dicho tan vulgar y sabido que el amor son las obras, y que donde quiera que estas no garan-tizan la sinceridad de los sentimientos del corazon, todo afecto es sospechoso, toda protesta dudosa, y falsas todas las demostraciones de aprecio que los hombres se prodigan con la mayor facilidad. Amar es establecer una perfecta identidad de miras é intereses con el objeto amado; esperimentar una reciproca conformidad de deseos hácia quien se ama, por manera que en todo no se aspire sino á agradarle, á complacerle, á servirle, á evitar cuanto pueda serle enojoso ú ofensivo, ó causarle el menor disgusto ó pesar; amar es, en una palabra, hacerse una misma cosa con otro, asociarse á él con los mas estrechos vinculos de una perfecta armonia, no desear sino lo que él desea, no querer mas que lo que él quiere, no hacer sino lo que él dispone, no tener otras aspiraciones mas que las que él esperimenta, y estar dispuesto á sacrificarse en su obsequio en caso necesario antes que faltarle en lo mas leve, ni separarse un punto de sus prescripciones. Hed ahí pintado el verdadero cuadro del amor que el hombre debe tener á Jesucristo, y lo que exige este justamente de él. Fuera de esto no hay amor legitimo, sincero y cordial, habrá, si se quiere, una afeccion, un sentimiento amoroso, o quizás una simple simpatía, pero nada mas, interin que este sentimiento ó este afecto no produzca en la práctica la observancia de todas las leves divinas y el esacto cumplimiento de los preceptos de Jesucristo, en lo que consiste el amor efectivo que este exige del hombre cuando dice: «Si alguno me ama observará mi doctrina:» Si quis diligit me sermonem meum servabit. ¡ Y no seria falso este oráculo si el amor divino pudiera limitarse á un amor de pura especulativa, ò consistiese simplemente en un homenage interior de admiracion y de respeto tributado á la divinidad y á sus infinitas perfecciones? ¿No falsearia desde luego por su base ese gran principio, si para cumplir esa ley suprema del amor bastase esperimentar en el alma una impresion, un movimiento sobrenatural; pero ocioso y estéril, y sin relacion alguna al arreglo de la vida y á la rectificacion de las costumbres? Es pues incuestionable que el amor para ser tal cual Jesucristo exige, debe llevar impreso el sello y la marca de sus leves y

preceptos en la conducta del hombre, puesto que sola ella es, dice San Basilio, el intérprete y la garantia á la vez de los legitimos sentimientos del corazon. Cuando este tema sobre todo otro mal perder la gracia de Dios y su amor, que es el elemento vital de su existencia; cuando consiguiente á este convencimiento íntimo prefiera la privacion de todos los bienes de este mundo, y esté dispuesto á sufrir todas las desgracias y reveses antes que traspasar la menor de sus prescripciones, entonces podrá creer que ama á Dios, y que está unido intimamente á su Unigénito; por cuanto entonces este amor dominará en su corazon todos los demas amores terrenos, este afecto se sobrepondrá á todos los demas afectos humanos, este sentimiento será eficaz y engendrará la práctica del bien donde quiera, y en todas las circunstancias, y á despecho de todos los peligros, y no dudará sacrificarlo todo á trueque de conservar la amistad divina, y de hacerse digno de que el Salvador le ame, y venga á él, y en él resida juntamente con el que le envió, conforme á su infalible promesa: Et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.

Fundados en estos antecedentes, fácil nos será inferir cuán pocos son los cristianos en quienes existe ese amor prático y eficaz, puesto que raros son los que observan cual deben la doctrina de Jesucristo. Palabra suya es que todo aquel que desea seguir su bandera y alistarse en su milicia, debe ante todo comenzar por una perfecta abnegacion de sí mismo, de sus hábitos y pasiones criminales, de sus apetitos é inclinaciones torcidas, rectificando su inteligencia, purificando su corazon, adhiriéndose en un todo á las máximas del Evangelio, modelando por él sus costumbres, y llevando sobre sus hombros la Cruz del Salvador, simbolo de la mortificacion y del sacrificio. Y sin embargo, ¿dónde estan los verdaderos y fieles observadores de ese divino programa, en que se halla reasumido el pensamiento del Dios reparador, la idea de la redencion, la suma de todo el sistema cristiano y la economía de la legislacion evangélica? Palabra suya es que el mundo pasa á manera de sombra fugaz, que todas las bellezas y encantos de la presente vida nada son mas que ilusiones que engañan, mentiras que seducen, errores que inficio-

nan. v sus placeres veneno que mata el alma de quien con ellos se embriaga. Y no obstante esto, ¿quiénes son los que desprecian ese mundo, en el que todo se halla subordinado á la accion de la sensualidad, de la ambicion y del orgullo, pasiones ó concupiscencias predominantes que forman el principal carácter de la sociedad actual? ¿Quiénes los que posponen sus goces á los goces de la virtud, sus presuntos bienes á los bienes del cielo, y sus delicias á las delicias de la eternidad? Palabra es, en fin, de Jesucristo la que prescribe todos los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes, la que enseña todas las virtudes que engrandecen, y condena todos los vicios que infaman y corrompen, la que pone á nuestra vista el camino recto de la eterna felicidad, y nos hace observar los peligros que nos separan de ella arrastrándonos á nuestra irremediable desgracia. Y á pesar de esto, ¡cuán pocos son los que emprenden la senda estrecha y escabrosa del Evangelio que conduce á la vida, y cuán sin número los que se lanzan en esa via anchurosa del mundo que va á terminar en el abismo de la perdicion! Donde quiera el placer predomina, el interés reina, la molicie es la divinidad que recibe el culto de todas las condiciones sociales, hierbe la codicia, fermenta la soberbia, auméntase progresivamente la sed de los goces materiales. Todo lo absorve el tiempo: de la eternidad nadie se cuida; ideas, pensamientos, aspiraciones, estudios, génio, ciencia, todos los elementos humanos concéntranse en un solo objeto, y este objeto es la quimérica felicidad de la vida presente. Se aspira á apurar hasta las heces ese cáliz de gloria mundanal, de dicha transitoria y de sonado bienestar con que el siglo brinda á los mortales: y todos ellos mas ó menos, con ligeras escepciones, corren ciegos tras ese fantasma que se les huye de entre las manos, y siguen constantemente en pos de esa vana sombra, y sacrifican ante ese idolo de barro el reposo verdadero, el positivo bienestar, la conciencia, la virtud, el alma, Dios, cual si ningun otro porvenir hubiese para ellos fuera de esta tierra en que habitan, y á la que limitan sus deseos y esperanzas. ¡Triste y repugnante, pero esactísimo bosquejo del estado actual de la humanidad!

Y siendo esto así, ¿no tendré yo razon para asegurar que no existe

en el mundo el positivo amor de Dios, y que á este sentimiento del corazon que se sensibiliza con la práctica de las leyes divinas, y se manifiesta en la observancia de la doctrina de Jesucristo ha reemplazado el amor material, el amor terreno, el amor sensual, el amor de lo presente harto caracterizado en nuestro siglo por sus aspiraraciones, por sus tendencias, por sus teorias y mas que todo por sus obras? Jamás quizás como en la época actual ha probado el mundo que no ama á Jesucristo, y sus costumbres son la demostracion mas irrefragable de esta triste verdad: Qui non diligit me, sermonem meum non servat. El amor divino, hemos dicho, envuelve esencialmente una disposicion sincera é intima de cumplir todas las leves de Dios y de observar su doctrina con todas sus consecuencias: siendo por lo tanto tan imposible amarle sin esta condicion, como contradictorio seria amarle y no amarle al mismo tiempo. Ahora bien, demos una rápida ojeada por nuestro siglo, examinemos ligeramente lo que pasa en los diversos estados y situaciones de la sociedad actual, y veamos si podemos encontrar ese amor práctico de que venimos hablando, ese sentimiento del alma superior á todos los sentimientos humanos que se manifiesta por medio de una preferencia positiva de Dios sobre todo cuanto no es él, de suerte que en la concurrencia, en el conflicto de intereses y deseos encontrados, esté dispuesto á inmolarlo todo, á sacrificar cuanto hay de mas caro y seductor á trueque de conservar la gracia y de no perder la amistad del Señor. ¿Pero qué intento? Yo busco un imposible, corro tras una quimera, y me dejo seducir por una ilusion grata. ¿Donde están aquellos que en las cortes de los reyes prefieran, como los mancebos babilonios, ser objetos de anatema y de proscripcion antes que doblar la rodilla ante el idolo de la adulación, de la criminal lisonja, antes que hacer traicion á Dios y á su conciencia por temor de la indignacion de un monarca terreno? ¿Dónde los que en el seno de la voluptuosidad quieran mejor, como el casto Joseph, sufrir las consecuencias de una mala pasion despreciada, que ceder á la voz de la seduccion? ¿Dónde los que en el desempeño de un cargo comprometido estén dispuestos como el Bautista á afrontar la venganza de una mujer licenciosa y procaz, antes que faltar á su deber con-

temporizando con la injusticia y transigiendo con el vicio? ¿Dónde los que como Susana á trueque de no menoscabar los derechos de la fidelidad y del pudor, se hallen prontos á sufrir el oprobio, á devorar la calumnia y á morir en la infamia sin la esperanza de ver declarada su inocencia? ¿Dónde los que en un subitáneo cambio de fortuna, se decidan como Tobías á vivir en las privaciones y en la indigencia, mejor que recuperar sus bienes mediante la intriga y la usurpacion? ¿Dónde.....? Mas esta induccion, A. M., me conduciria á una série de consecuencias interminable. Básteme decir que nada de lo dicho se encuentra en el mundo actual, que donde quiera y en todas las situaciones de la vida el amor propio es el sentimiento que prepondera sobre todos los demás amores, el egoismo triunfa de la caridad, el interés ahoga todos los afectos nobles y generosos, y el vicio, la inmoralidad, la corrupcion hallan en todas partes asilo, y desconocen los derechos de la religion, y postergan todo deber, y huellan toda virtud, y se sobreponen á la doctrina santa y civilizadora de Jesucristo. Ya no se vacila en esponer el santuario á las profanaciones de la impiedad por no oponerse á las arbitrariedades del poder; ya no se duda sacrificar la justicia á los caprichos del crimen, por miedo de perder el favor de los grandes ó el fruto de una torpe venalidad; ya no se hace escrúpulo de abandonar el inocente oprimido á la venganza de un calumniador afortunado, por la esperanza de una posicion ventajosa ó de un brillante porvenir. Tal es el mundo, hed ahi nuestra sociedad.

Y siendo esto así, no existiendo el verdadero amor divino, faltando esta condicion esencial de la vida del hombre, ¿no cesa desde luego el motivo de la presencia de Dios en su alma? ¿No queda justificado el abandono que de ella hace el Señor como indigna de sus dones? Esto es muy lógico. Si Jesucristo ha prometido amar al que le ama, venir á él con su padre y fijar en él su morada, es consiguiente que el que no le ama nada de esto puede ni debe esperar, sino por el contrario que Dios se retire de él, que su Unigénito le deje abandonado á sus propios recursos, que ambos le aborrezcan, quedando de este modo espuesto á la accion terrible de la divina justicia, como lo están todos los individuos bien así como los pue-

blos que prefieren el error á la verdad, el vicio á la virtud, el mal al bien, el mundo al Evangelio, la materia al espíritu, lo presente á lo porvenir, lo temporal á lo eterno, y el amor mundanal al amor de Dios. ¿O acaso pretenderiamos amalgamar este con aquel? ¡Blasfemia! No: no puede existir el amor de un Dios de paz y de concordia en un corazon donde anida la antipatia, la discordia, el ódio y la venganza, y por consiguiente no está allí Jesucristo cuya doctrina condena todas estas pasiones criminales. No puede morar el amor de un Dios modelo de sumision y de obediencia, con el espiritu de orgullo y de presuncion, de obstinacion y arrogancia que Jesucristo anatematiza en su Evangelio. No es dable asociar el amor de un Dios que enseña la caridad y prescribe la beneficencia como el primer deber del cristiano, con esa insensibilidad de corazon que no se conmueve con los suspiros del pobre, con esa insaciable avaricia que no duda usurpar el fruto del sudor ageno, con ese egoismo que aspira á absorver y centralizar en si todos los bienes de la Providencia. No es posible maridar el amor de un Dios cuyas enseñanzas llevan impreso el sello de la humildad y de la modestia con esa ambicion desmedida que corre á los honores por el camino de la intriga y de los mas torpes manejos, los compra á precio de humillaciones y bajezas, los posee con arrogancia y altanería, y los conserva merced al cohecho, á la falsedad y á la mas indigna perfidia. En una palabra: querer amar á un Dios que terminantemente nos declara que el mundo es su enemigo, su antagonista, su perseguidor, y amar á la vez á ese mismo mundo, siguiendo sus máximas, plegándonos á sus usos, costumbres, y caprichosas exigencias, observando sus principios, y conformándonos con sus ideas, y sus leyes, leyes, ideas, máximas, principios diametralmente opuestos á la doctrina de Jesucristo, seria un absurdo, una aberracion, y mas que aberracion y absurdo un insulto sacrilego, un grito blasfemo, una provocacion de la divina venganza. Mas fácil seria unir las tinieblas con la luz, lo cual es un imposible, que no hacer que el amor del mundo asi considerado pudiera existir junto con el amor divino. No, jamás podrá verificarse esa amalgama, ni realizarse esta union. Son dos principios que se repelen reciprocamente; dos elementos que luchan sin cesar: donde está el uno no puede estar el otro: donde reina el primero no puede reinar el segundo. Preciso es aborrecer al mundo para poder amar á Dios, ó de lo contrario renunciar á Dios para poder amar al mundo. Y en este último caso, retirándose Dios del alma que no le ama, sin la presencia del Padre celestial, sin el apoyo del Unigénito, sin los ausilios del divino Espíritu, ¿qué la resta sino morir? ¡Estado funesto, lamentable desgracia!

Procuremos evitarla, A. O. M., decidiéndonos desde luego á amar al Señor, de todo nuestro corazon, con preferencia á todas las cosas del tiempo, con una disposicion positiva á despreciarlo y perderlo todo antes que perder al Señor y su gracia, principio vital de nuestra existencia en el órden moral. Al efecto tomemos por norma de nuestra conducta su ley santa, sea la práctica de su doctrina celestial la prueba demostrativa de un amor nunca desmentido, siempre constante, y superior á todos los demás amores terrenos. Nada sea capaz de separarnos de él, ni la muerte ni la vida, ni la tribulación ni la angustia, ni los peligros ni la adversidad, ni lo presente ni el porvenir. Amando á Dios vivamos, amándole exhalemos nuestro postrimer suspiro, y amándole seremos con él eternamente bienaventurados en la region de la inmortalidad.

en perjuiche de los décedies de la divinidad de les mismes doncs

tad de juzgar de la objetos que le radean para termay, mediante el

tanto incla babria de punible en el egercicio de esa potencia si en-

SERMON

PARA LA DOMINICA I DESPUES DE PENTECOSTÉS.

ILEGITIMIDAD É INJUSTICIA DE LOS JUICIOS TEMERARIOS, POR CUANTO ATACAN DE FRENTE LOS DERECHOS MAS SAGRADOS É INDISPUTABLES DE DIOS Y DEL HOMBRE.

Nolite judicare, et non judicabimini... Eadem quippe mensura qua mensi fueritis, remetietur vobis.

No juzgueis, y no sereis juzgados... Pues con la misma medida que midiéreis, sereis medidos.

Luc. vi. 37, 38.

Frecuente es por demás entre los hombres abusar en daño propio y en perjuicio de los derechos de la divinidad de los mismos dones con que les enriqueció su mano creadora. Hay empero ocasiones en que este abuso se hace mas sensible en proporcion que son mas trascendentales y funestos sus resultados. Sér inteligente y racional el hombre, nace dotado, entre otras bellas cualidades, de la facultad de juzgar de los objetos que le rodean para formar, mediante el raciocinio, comparaciones esactas, y deducir de ellas legítimas consecuencias. El juicio pues es una cualidad inherente al entendimiento humano, y una condicion precisa de su racionalidad; y por lo tanto nada habria de punible en el egercicio de esa potencia si encerrándose en sus justos límites, se concretase á ejercerla dentro de su propio dominio y con la debida sujecion á las reglas establecidas. Desgraciadamente no sucede así. El hombre ensancha indefinidamente el círculo trazado á su inteligencia, todo lo cree sujeto á

su accion, traspasa las lindes que el Criador opuso al desmedido desarrollo de sus facultades, y se lanza temerariamente á formar cálculos sobre objetos que no son de su competencia, sometiendo á sus semejantes al fallo de su propio tribunal, invadiendo el sagrado de la vida privada del individuo, introduciéndose en el terreno vedado de la conciencia, y poniendo en tela de juicio no solo sus acciones sí que tambien sus intenciones, cual si gozase de un derecho universal é ilimitado sobre todo cuanto en la tierra existe, y todo sin escepcion alguna se hallase sometido á su esclusivo dominio.

Tal es el carácter del hombre en general, su pasion dominante, el defecto comun á todas las clases, edades y condiciones: el vicio radical, digámoslo así, de la sociedad, de donde se derivan tantos otros: puesto que hijos suyos son la maledicencia, la calumnia, la detraccion, la injuria, en pos de los cuales vienen la discordia, el ódio, las rivalidades, las antipatías, las venganzas, y toda esa série de crimenes y escesos que ponen en incesante conflicto las malas pasiones, fomentan el choque perpétuo de los partidos, y relajando los vinculos de la caridad fraternal que une entre si los individuos, trastornan el equilibrio social, destruyen el órden público, é introducen donde quiera la anarquía, la confusion y el caos. No pues sin una sábia prevision de todos estos males, resultados legítimos de esa libertad desmedida que el hombre se atribuye, y de que venimos hablando, la ataca Jesucristo en su raiz, diciendo en el presente Evangelio: «No juzqueis, y no sereis juzgados: no condeneis, y no sereis condenados... Porque con la misma medida que midiéreis, sereis medidos... Por ventura, ¿puede un ciego guiar à otro ciego? ¿ No caerán ambos en el precipicio?... ¿ Por qué miras tú la mota en el ojo de tu hermano, no reparando en la viga que tienes en el tuyo?... Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo: y despues podrás ver la mota del ojo de tu hermano.»

De las palabras del sagrado texto que acabamos de reproducir, infiérese la injusticia y la odiosidad de los juicios temerarios, bajo cuyo nombre se comprenden todos aquellos que carecen de las circunstancias necesarias para legitimarlos, á saber, la autoridad, el conocimiento y la integridad, y en este caso se encuentran general-

mente los juicios que el hombre se permite formar privadamente de sus semejantes sin consultar las reglas de la justicia, faltando á los deberes de la caridad, y atacando los incuestionables derechos que cada cual tiene á que sea respetada su persona, conservado su honor, y juzgados favorablemente sus actos, mientras no caen bajo el dominio público de la historia y aun entonces con la debida reserva, con la mayor circunspeccion, y con una sujecion omnimoda á las prescripciones de la mas estricta imparcialidad. Evocando pues á un concienzado análisis ese vicio tan general en los hombres, voy á presentaros sus dos caractéres mas odiosos religiosa y socialmente considerado, á saber, «su ilegitimidad fundada en la usurpacion de un derecho que solo compete esclusivamente á Dios: su injusticia, por cuanto ataca de frente los derechos mas sagrados é inalienables del hombre. » De aquí sus funestas consecuencias, y la necesidad de una terrible expiacion. Ved ya formulado mi pensanriento. Ayudadme á pedir los divinos ausilios, etc.

las passociana ava na cuoque perpetuo de los partidos, y rufu-

oz , and to y notal REFLEXION UNICA. p shoot non-boulated

mos do establicación de constitución de lacidad de sobrado establicación de que

Viciosos en su origen, injustificables en su objeto, é irregulares en sus formas, tales son, M. A. O., los tres defectos de que adolecen comunmente todos los juicios que el hombre se permite hacer de sus semejantes, y por lo que se les dá la denominacion de temerarios. Son viciosos bajo el primer aspecto, porque carecen de una autoridad legítima, y envuelven una usurpacion sacrilega de los derechos de aquel Dios á quien solo pertenece juzgar al hombre, castigar sus delitos y vengar sus ofensas; en cuyas manos está el dominio del universo, de quien depende la vida y la muerte de las criaturas, á quien está reservado fallar definitivamente en el gran dia de la espiacion sobre los actos de toda la humanidad sometida á su inapelable veredicto. Son injustificables bajo el segundo aspecto, por

cuanto se dirigen á un objeto que está fuera del dominio del hombre, cual es el hombre mismo, su conciencia, su vida privada, sus actos morales, respecto de lo cual todos son completamente independientes unos de otros, puesto que en el orden de los pensamientos, de las palabras y de las acciones cada cual goza de unos derechos incuestionables, solo á Dios es responsable de su bien ó mal obrar, y por consiguiente, toda vez que en su conducta pública nada haya de punible que afecte á las leves que rigen en la sociedad, nadie está autorizado para pesquisar sus operaciones, para escudriñar la conciencia del prójimo, para analizar sus íntimos pensamientos y juzgarle á su placer. Son por último irregulares en sus formas, porque comunmente la pasion los dicta, la impremeditacion los precipita, la envidia los abulta, la rivalidad los tuerce, el ódio los envenena, la venganza los dá un colorido odioso y una publicidad indebida, y jamás se observan en ellos las leves del amor fraternal, y las reglas de una justa imparcialidad que sabe presentar las cosas bajo su verdadera faz, y buscar los medios de disculpar lo que de suyo es disculpable, de atenuar lo que no parece tanto y de salvar siempre en lo posible el honor y la reputacion del prójimo. De estas tres circunstancias resulta la ilegitimidad y la injusticia de los juicios humanos, y por consiguiente su carácter odioso y gravemente culpable en el órden religioso y social.

Y en cuanto á lo primero: ¿Qué usurpacion mas injusta puede darse de los derechos de la divinidad, que el intrusarse á juzgar por su propio movimiento y sin mas mision que la que el individuo quiere arrogarse, en lo que solo es de la esclusiva competencia del juez y árbitro supremo del mundo? No es necesario hacer grandes esfuerzos de imaginacion para comprender cuánto envuelve de repugnante esta conducta del hombre. Siendo Dios el criador universal de todas las cosas en el cielo y bajo del cielo; debiéndole á él esclusivamente la existencia todo cuanto respira, vive y se mueve en el mundo; y descollando el sér racional entre las demás obras de su omnipotencia como el gran prodigio de la creacion, en quien estampó el sello de su semejanza, es consiguiente que solo él puede reclamar el dominio ilimitado sobre este vasto universo, que solo él

posée la soberania, el poder, la autoridad de disponer á su grado de lo que crió con un mero acto de su voluntad, y por lo tanto que solo á él, y á nadie fuera de él compete el derecho de juzgar al hombre, de examinar sus obras, de analizar sus pensamientos, de desentrañar los mas recónditos pliegues de su corazon y leer en él sus intenciones, à fin de discernir el mérito ó demérito, recompensar el bien y castigar el mal. Y tanto es cierto esto, que el mismo Jesucristo, como observa oportunamente San Agustin, no ejercerá este atributo de Juez sino en comision y como delegado de su padre celestial (1), y él mismo protestó solemnemente que su mision especial en este mundo no era juzgar sino salvar á la humanidad (2), como de hecho lo probó con sus obras y con su conducta misericordiosa respecto de los pecadores. ¡Con qué afabilidad no conversaba con ellos y aceptaba sus convites para atraerlos al buen camino! ¡Con qué dulzura no les reprendia sus escesos para hacerles conocer la tortuosa marcha que seguian! ¡Con qué paciencia no toleraba sus impertinencias para ganarles por el amor! ¡Con cuánta caridad no los defendia contra la animosidad de sus apasionados jueces! ¡Con qué celo no se constituia su abogado y protector para libertarles de la venganza de sus acusadores! Llenas están las sagradas páginas de estos bellos rasgos de su benigno corazon. Jamás hizo uso de su soberanía y del poder que el cielo le diera para juzgar á los culpables: y solo supo emplearle en consolarlos, perdonarlos y amarlos, porque la cualidad de juez la reservaba para el dia último de los tiempos, en el que debe juzgar las mismas justicias, segun el lenguaje profético (3). ¡Y el hombre se atreve á erigir en su corazon un tribunal severo, al cual cita á sus hermanos para pedirles cuenta de unos actos que son del dominio esclusivo de Dios, y formular un fallo que solo compete al que fue constituido por el Padre juez universal de vivos y muertos! ¿Quién eres tú, oh miserable mortal, esclama el Apóstol, para atribuirte ese derecho? ¿Dónde están los títulos de esa mision que te arrogas, y en virtud de la cual no vacilas en evocar á un

Joan, V. 22

⁽²⁾ Ibid. 24.

⁽³⁾ Psalm, LXXIV, 3.

minucioso exámen la vida de tu prójimo, y pesar en tu injusta balanza hasta sus ideas y pensamientos mas ocultos? (4). Presenta las credenciales que te acreditan, como juez: muéstranos las letras que te autorizan para ejercer un ministerio que el mismo hijo de Dios no crevó deber ejercer en la tierra. Pero en vano el hijo del polvo pretenderia hacer valer unos derechos que jamás tuvo ni nadie pudo darle sobre sus semejantes: y por consiguiente hay una temeridad sin ejemplo, hay una audacia repugnante, hay un crimen de usurpacion sacrilega, hay un atentado horrible contra los derechos de la divinidad én los juicios humanos, puesto que en el órden moral, ni el hombre es superior de otro hombre, ni nadie debe responder ante Dios de las acciones agenas, fuera de ciertos casos de que ahora prescindimos; y por lo tanto solo el Señor es el juez competente y natural de todos los humanos, su jurisdiccion es la única legítima, y su tribunal el único en que debe ser juzgado; todos los demás son intrusos, ilegítimos, incompetentes, y como tales recusables, segun aquello de San Pablo: Qui autem judicat me Dominus est (2).

Por eso este apóstol apostrofaba con tanta vehemencia á los que en su tiempo incurrian en este defecto de ingerirse á juzgar temerariamente de sus prójimos. «Cierto, decia, que los justos están llamados á participar un dia de esa sublime prerogativa que el Eterno dió á su Unigénito; que con él deben juzgar al mundo y hasta á los ángeles mismos, y á su lado se les levantará un trono para ejercer esa gran mision (3).» Empero, ¿por qué quereis precipitar un juicio que el Hombre-Dios creyó deber aplazar para mejor tiempo? ¿Por qué quereis adelantaros á poner en práctica una autoridad de que todavía no os hallais investidos? ¿No veis que seria absurdo, y sobre absurdo criminal anticiparos á Jesucristo en el ejercicio de una jurisdiccion subalterna, sin esperar el dia que el Señor tiene reservado en sus inefables designios? Prejuzgar, pues, á nuestros semejantes, cuando todos sin escepcion debemos comparecer antes delante del Supremo Juez, es disputarle una preeminencia esclusi-

⁽¹⁾ Ad Rom. XIV .4. et seq.

⁽²⁾ Ibid. IV. 4.

⁽³⁾ I, Corint. VI. 3.

vamente suva; es usurparle un derecho que él solo posee de una manera inalienable; es levantar un tribunal intruso en oposicion con su tribunal; es, por hablar el lenguage de San Gerónimo, arrebatar de las manos del Hijo de Dios una palma que solo él mereció recibir por el triunfo reportado contra los poderes infernales, y despojarle de una prerogativa que constituve una de sus mayores glorias (1). No puede estar mas marcado el carácter de ilegitimidad de todos los juicios del hombre respecto de sus prójimos, siendo tan visible la usurpacion que envuelven de la soberana autoridad de Dios y de sus incuestionables derechos, tanto mas repugnante, cuanto mas opuesta está esta conducta á la que él observó en la tierra. ¿Y no es verdaderamente una monstruosidad inconcebible, erigirse el hombre en juez de quien Dios no se mostró sino protector, tratar con una severidad cruel á quien él trató con la mas dulce clemencia, é inmiscuarse en el sagrado de la conciencia agena para fallar sobre sus actos privados, cuando aun respecto de los mismos actos públicos procedió aquel con tanta reserva, guardando á los culpables las mayores consideraciones?

A ved, M. A. O., cómo sobre lo ilegítimo de semejante proceder, que afecta directamente á uno de los mas incuestionables derechos de la divinidad, resalta en los juicios temerarios el carácter mas marcado de injusticia, por cuanto atacan de frente los mas sagrados derechos del hombre. Hemos dicho antes que semejantes juicios son injustificables en su objeto é irregulares en sus formas, y de estas dos circunstancias resulta la demostración de la verdad que acabo de enunciar. Poco tengo que añadir á lo espuesto en prueba del primer miembro de mi proposicion. Una vez evidenciado que el hombre solo reconoce á Dios como á juez legítimo y competente, que en el órden de los pensamientos, de las ideas y de la conciencia, no depende de otro tribunal que del suyo, que solo á él es responsable de su bien ó mal obrar (2), y que es intruso, ilegítimo, incompetente, abusivo, usurpador y criminal, todo derecho

⁽⁴⁾ Fratrem ergo quisquis judicat, Christi palmam assumit. (D. Hyeron.)

⁽²⁾ Ad Rom. XIV. 40.

que en esta materia pretenda atribuirse el miserable mortal respecto de sus prójimos, resulta claro como la luz que le ejerce sobre un objeto que no es de su jurisdiccion, y por lo tanto ofende, huella y ataca de una manera injusta los derechos reales y positivos de quien solo por Dios debe ser juzgado, al propio tiempo que como hemos dicho usurpa á aquel su poder, su soberania, su prerogativa esencial, y una parte principal de su gloria. Esta, como dice un sábio orador, no resulta unicamente de la direccion de los mundos físicos, sino que se funda muy particularmente en su gobierno temporal sobre las conciencias y sobre las almas. Hé aqui una soberanía y una gloria que á nadie cederá el Señor. A él esclusivamente pertenece el corazon humano, sus pensamientos, sus afectos, sus actos interiores. Si pues esto se atreviese el hombre á usurpar á la divinidad, ¿ qué la quedaria bajo el dominio de su jurisdiccion? ¡ Insensatos mortales! Dejad á Dios lo que es suyo, dejad á Jesucristo que como juez natural y competente de la humanidad ejerza ese poder que el cielo le confiára. No en vano se reservó ese derecho de que el hombre hubiera abusado; y la prueba de esta verdad es bien patente y manifiesta. Para juzgar de una accion cualquiera, y mucho mas el pensamiento que la inspira, seria preciso por una parte poseer el suficiente conocimiento de cuanto á esto se refiere, y por otra integridad bastante para fallar sin pasion ni prevenciones de ninguna especie. Ahora bien, todos los juicios humanos adolecen del defecto de estas dos circunstancias, y por eso son temerarios é irregulares en sus formas. ¿Dónde está en el hombre ese conocimiento claro y esacto que debe tener de las acciones de sus prójimos menos aun de sus ideas, para poder justificar los juicios que emite? ¿Es por ventura la conciencia humana un libro abierto en que cada cual pueda leer correctamente lo que allí pasa? ¡Qué cosa mas comun que equivocar las apariencias con la realidad! ¡Cuántas veces creemos ver la luz alli donde no hay mas que oscuridad y tinieblas! ¡Cuántos hombres nos parecen culpables siendo inocentes, ó inocentes siendo culpables! Y si esto sucede aun en las cosas mas visibles, y respecto de los actos esteriores, ¿ qué será cuando se trata de las intenciones secretas que no es posible apreciar en su justo valor? No, jamás el hombre podrá gloriarse de poseer ese grado de certidumbre y evidencia que se requiere para no incurrir en error en el asunto en cuestion. Es un ciego conducido por una potencia mas ciega que él, que intenta penetrar unos misterios ocultos y descifrar unos geroglificos que nunca mortal ninguno esplicó. Esencialmente falible, la precipitacion le aturde, la presuncion le trastorna, la ignorancia le hace tomar por convicciones las mas leves sospechas: todo en él es mentira, vanidad, error, dudas, vacilaciones ... ; Y con tan débiles fundamentos se atreve á penetrar en el santuario de la conciencia humana, á erigir en su propio corazon una especie de jurado ante el cual examina la vida de sus prójimos, comenta gratuitamente sus actos sin oir la defensa del acusado, y analiza, y discute, y pronuncia su veredicto, no solamente acerca de aquellas cosas que están bajo el dominio de la opinion pública, sino de las que pertenecen á lo mas respetable v oculto de la existencia individual! Añádase á esto la fuerza de la preocupacion, de la animosidad, de la aversion y otras mil pasiones que envenenan frecuentemente los juicios humanos, y se podrá formar una idea de su temeridad, de su injusticia y de su odiosidad. En efecto, el hombre no solamente es ciego, sino que es tambien naturalmente inclinado á pensar mal; no solo carece de luz suficiente para conocer y penetrar la verdad que hay en las acciones agenas, sino que además carece de la integridad indispensable para juzgar de ellas rectamente. Ora el interés le preocupa, ora la envidia le enardece, ya la emulacion le irrita, ya la animosidad le atormonta; y de aquí el formar de sus semejantes juicios apasionados y visiblemente injustos, conforme á la idea que en su interior predomina; de aquí el declararse obstinadamente en favor de unos, desencadenarse iracundo contra otros, hacer de este elogios exajerados é inmerecidos, rebajar el mérito y censurar malignamente la virtud de aquel, dar la preferencia á las medianias á la vez que se humilla y posterga á los verdaderos génios; de aquí el juzgar hipocresia la verdadera piedad porque choca con un carácter enemigo de ella, ó creer bajeza de alma la modestia porque recae en un sujeto que no posee nuestras simpatías y afecciones. ; Ah! Todo en los juicios humanos se halla subordinado á la pasion que los promueve. La discreción será orgullo, el celo se llamará impetuosidad, la generosidad despilfarro, la cautela artificio, la sinceridad imprudencia, el valor arrogancia; nada habrá bueno para el hombre poseido de ese espíritu de contradiccion y dispuesto á confundir la virtud con el vicio á trueque de satisfacer un resentimiento ó de vengar una ofensa, ¿Qué hicieron los Fariseos con el Salvador? Envidiosos de su gloria no podian sufrir los elogios que le prodigaba el pueblo, émulos de su prestigio llevaban á mal las simpatías que donde quiera dejaba, y por eso rencorosos y vengativos no perdian ocasion de desacreditarle, formando sobre sus acciones los juicios mas injustos y visiblemente falsos, censurando sus mas brillantes virtudes, atribuyendo sus milagros á malas artes, y obstinándose en presentarle como perturbador del órden, enemigo de la paz, usurpador del poder temporal, protector de los malos, y criminal él mismo, á despecho de la voz pública que le aclamaba profeta, santo, enviado del cielo, é hijo de Dios vivo. Así es como los juicios temerarios, no solamente llevan el sello de la ilegalidad por cuanto envuelven una usurpacion sacrilega de las preeminencias y prerogativas propias y esclusivas de Dios, sí que tambien el de la mas irritante injusticia, porque afectan á los derechos mas sagrados é inalienables del hombre cuvo único juez competente es el Señor, en quien reside la autoridad, el conocimiento, la integridad para juzgar rectamente y sin prevencion, circunstancias de que carecen los mortales, y por lo que todos sus juicios propenden á destruir la caridad, á fomentar las malas pasiones, á satisfacer los instintos desordenados del ódio, de la rivalidad, de la venganza, á perpetuar en una palabra en el mundo la discordia, la desunion, y los mas graves desórdenes en el órden religioso y social. ; Caractéres odiosos! ; Funestas consecuencias, á que debe corresponder una terrible expiacion! ¿Y cuál es esta? No otra sino la que en el presente Evangelio consigna Jesucristo: « Con la misma medida que midiéreis sereis medidos. » Juzgásteis ligeramente á vuestros prójimos, bien por una leve sospecha ó por una impremeditada presuncion; les juzgásteis por las apariencias esteriores sometiendo sus intenciones al fallo de vuestra maligna suspicacia, y acriminando injustamente sus acciones por el

mero dicho de un émulo apasionado; les juzgásteis con rigor por envidia ó ambicion, por interés ó rivalidad, por resentimiento ó venganza... Pues bien cuando llegare el dia destinado al gran debate de las conciencias, vo os juzgaré como vosotros juzgásteis á vuestros hermanos, sin compasion, sin piedad, sin misericordia: Juditium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam (1); os juzgaré en peso y medida, en equidad y en justicia, y entonces habreis de pagar hasta el último cuadrante, y devolver ojo por ojo, diente por diente, en proporcion que os encarnizásteis contra vuestros pró-jimos indefensos; por cuanto con vuestros inícuos juicios no habeis hecho sino hacinar combustibles para el dia de la ira (2), llenando la medida de mi cólera. Usurpásteis mi autoridad y desconocisteis mi soberanía atribuyéndoos la mision de anticipar un juicio que yo tenia reservado para el dia último de los tiempos; hollásteis los derechos de vuestros prójimos que solo á mi tribunal debian someterse, evocando al tribunal incompetente de vuestras pasiones su vida privada y hasta sus mismos pensamientos: ahora pues, llegado es el tiempo de mi venganza, y recibireis el condigno castigo de vuestra maldad: Mihi vendicta ego retribuam (3).»

Librenos el Señor, M. A. O., de incurrir en semejante anatema: v al efecto, si deseamos evitar el caer en las manos de un Dios vivo, evitemos toda sospecha ofensiva á nuestros prójimos: cubramos sus defectos con el manto de la caridad, que nunca piensa mal, y siempre se complace en el bien; no precipitemos nuestros juicios casi siempre inciertos y esencialmente falibles; no prejuzguemos á quien solo de Dios tiene derecho á ser residenciado; amemos á nuestros semejantes como quisiéramos ser de ellos amados; disimulemos sus debilidades como desearíamos que nos disimulasen las nuestras; perdonemos para que se nos perdone; y haciéndolo así, podremos esperar que el Señor nos juzgue en piedad y misericordia, y que no nos condene en su tribunal augusto, sino que nos salve y reciba en su reino, en donde seremos felices por toda la eternidad.

⁽⁴⁾ Jacob, II. 43. (2) Rom, II. 5.

⁽²⁾ Rom. II. 5.

⁽a) Abid. XII, 149, nomeknijai obitsmini isto y i sisterques anciless

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA II DESPUES DE PENTECOSTÉS.

CARIDAD INAUDITA DE JESUCRISTO MANIFESTADA EN EL SACRAMENTO DE NUESTROS ALTARES, Y VANOS PRETESTOS CON QUE SE ESCUSAN MUCHOS CRISTIANOS DE ACERCARSE AL CONVITE EUCARÍSTICO.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo dijo Jesus à los fariseos esta parábola: Un hombre dispuso una gran cena, y convidó à muchos. A la hora de cenar, envió un criado à decir à los convidados que viniesen, pues todo estaba dispuesto. Y empezaron todos à escusarse à un mismo tiempo. Uno dijo: he comprado una quinta, y me precisa salir à verla; ruégote que me tengas por escusado. Otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y necesito ir à probarlas; dame, te ruego, por escusado. Otro dijo: he tomado muger, y por eso no puedo ir. Habiendo vuelto el criado refirió todo esto à su amo; el cual, vrritado, le dijo: Sal luego à las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares.... è impéletos à venir para que se llene mi casa. Pues os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados, han de gustar mi cena.»

to communicación los abacqueras la Luc. xiv. 46, ex seq. nota nabi

Sr el hombre se conociese bien á si mismo, si considerase detenidamente el gran fondo de miseria que heredó con el pecado, si tuviese en cuenta su debilidad suma para bien obrar, y las dificultades casi insuperables que á su marcha por el camino de la salvacion le oponen sus propias pasiones, ; cuán de distinto modo miraria las cosas! ¡cómo sabria apreciar en lo que valen los diversos medios que le proporciona la religion para llegar al logro de sus eternos destinos!

Entre todos los recursos que el amor divino puso á disposicion del mortal para triunfar de los peligros del mundo y marchar por entre los escabrosos senderos de la vida presente hácia la patria inmortal de los predestinados, ninguno revela tanta bondad y caridad tan inaudita de parte de Dios como el Sacramento de la Eucaristía, convite misterioso en el que él mismo es quien se nos dá en alimento, para que robustecidos con ese pan de los fuertes podamos pelear con denuedo en los combates del Señor, y subir hasta la cima de la montaña santa, mejor que Elías á la cumbre del Carmelo, alimentado con el pan subcinericio. Hed aquí el místico festin simbolizado en aquel otro de que hace mencion Jesucristo en la parábola del presente Evangelio: « Cierto hombre (dice) dispuso una gran cena, y convidó à muchos.

En este pasaje tenemos trazado con mano maestra el cuadro de lo que diariamente estamos viendo en el seno del cristianismo. No satisfecho Jesucristo con las innumerables pruebas que de su paternal amor diera á los hombres durante su vida mortal, al declinar sus dias, próximo va á dejar una tierra santificada con sus virtudes y enriquecida con sus beneficios, hace, digámoslo asi, el último esfuerzo de su caridad, de su bondad, de su omnipotencia, y evocando todos los sentimientos de su corazon divino, y desarrollando los inagotables tesoros de su munificencia, y poniendo en juego los recursos todos de su infinita sabiduría, crea un gran pensamiento, el pensamiento de quedarse con la humanidad hasta la consumacion de los siglos: y siguiéndose al pensamiento la accion, realiza su idea por medio de un milagro el mas grande, el mas inaudito, el mas estupendo de cuantos obrára su diestra, é instituve el sacramento de su cuerpo y de su sangre, y nos le lega en un festin perpétuo universal, al que convoca á todas las gentes sin distincion de clases ni condiciones, pudiendo tomar parte en él el pobre y el rico, el sábio y el idiota, el monarca y el pordiosero, etc.

¡Oh rasgo de amor incomprensible! Jesus vé conjurarse sobre su cabeza la tormenta mas desecha; oye los desaforados gritos de un pueblo que le busca sediento de su sangre y desea abrevarse de ella para satisfacer una venganza injusta; oye sonar en el reloj de la providencia la hora del infierno, en que los poderes del abismo van á triunfar en cierto modo de la inocencia del Hombre-Dios y á rea-

lizar contra él sus pérfidos designios; vé un mundo que le maldice v blasfema, que le escupe v abofetea, que le denuesta v condena á morir á usanza de los criminales , vé correr á torrentes su sangre divina, angustiada su alma con mortales agonías, etc.: v sin embargo, en aquella misma hora, cuando contra su adorable persona consuman los hombres un misterio de iniquidad, consuma él en favor de todos ellos un misterio de caridad nunca visto, y se queda con ellos en el convite Eucarístico: y para que nadie carezca de este manjar de vida eterna, y todos puedan participar de su mesa, al modo que el padre de familias de nuestro Evangelio envió su siervo à decir à los convidados que viniesen à la cena, puesto que todo estaba ya preparado, asi Jesus envia por do quiera á sus apóstoles, derrámalos por toda la redondez del globo, mándalos penetraren todos los paises y decir á todos los hombres: «Venid al gran convite; llegad v gustad cuán suave es el Señor; comprad sin oro ni plata la leche y la miel; comed y bebed, mi carne es verdadero manjar, mi sangre es verdadera bebida: el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mi y yo en él.»

Enmudezca la historia que nos ha legado los monumentos de la ostentacion humana en ciertos convites dados por personages célebres de la antigüedad. ¿Qué puede decirnos que no sea pequeño y mezquino comparado con lo que el Salvador de la humanidad hiciera en el Cenáculo? Que un César dispusiese un festin de tres mil mesas en el que pudo tomar parte casi todo el pueblo romano: que un Vitelio convidase á siete mil personas en una ocasion memorable; que un Asuero para dar una idea de su riqueza y del inmenso poderío de su reino preparase aquel convite que se ha hecho proverbial en los anales de los antiguos reyes de Oriente: ¿hay en todo esto algo que se parezca á la gran cena eucaristica? No: allí al fin todo era humano: aqui empero todo es divino. El que dá el festin es un Dios, lo que dá es su misma carne y sangre de valor infinito, y la dá por un esceso de amor, no por efecto de una vana jactancia como en aquellos otros convites profanos, y los efectos de este sabroso manjar son la gracia, la salvacion y la vida eterna. Por otra parte aquellos convites eran transitorios: éste es perpétuo,

puesto que siempre ha estado y estará dispuesta la mesa Eucarística en el seno del catolicismo mientras duren los tiempos; aquellos eran limitados, cualquiera que fuese el número de concurrentes: éste no se limita á número determinado de personas ni de categorías; todos los hombres desde que nacen son llamados á participar de él, todos tienen derecho á sentarse á esa mesa misteriosa una vez reengendrados en las fuentes bautismales, á nadie se escluye, á nadie se desecha: solo el que no quiere ó el que voluntariamente se hace indigno de acercarse por sus pecados es el que no tiene parte en la gran cena del Salvador. Por último, allí la arrogancia orgullosa de la opulencia pudo llevar su loca ostentacion hasta el caso de dar á beber en copas de oro las inestimables perlas de Arabia, como las Cleopatras y los Clodios (1): aquí empero Jesus dá á beber al hombre su sangre adorable, su humanidad, su divinidad, su gloria; en términos, dice San Agustin, que siendo Omnipotente no pudo dar mas, siendo infinitamente sábio no supo dar otra cosa de mayor valía, y posevendo todas las riquezas del cielo y de la tierra no halló otro presente mas grande que hacer al mundo. Y para colmo de tan inestimable beneficio, el mismo Dios-Hombre que nos convida á su mesa, se sienta con nosotros, nos sirve, nos distribuye el manjar de vida, nos alarga el cáliz de la salud, y realzando el precio del don con los rasgos de la mas inefable caridad, pone el sello á sus bondades y con ellas nos atrae, nos compromete, nos vence, y triunfa de nuestros corazones.....

¿Mas qué digo? Cierto que unas demostraciones de amor tan nunca vistas debieran obligar á todos los humanos á tomar parte en tan divino festin; desear debiéramos como el lactente parvulito los pechos maternales, como el ciervo sediento el cristalino raudal, como el abrasado viajero la sombra refrigerante del plátano, nutrirnos de ese pan de vida eterna, abrevarnos de ese licor que engendra virgenes y sacia para siempre la sed del que le bebe, y posar á la sombra de ese árbol misterioso que mucho mejor que el de Jacob adormece con el aura suave del cielo é infunde el sueño de los án-

⁽¹⁾ Plin, L. 9, c. 35, land depose solved a lange of sq all.

geles. Pero lastimosamente sucede todo lo contrario; y no es sino muy comun ver á los hombres imitar á los convidados de nuestro Evangelio, los cuales en vez de concurrir al convite, empezaron à escusarse à un mismo tiempo. ¡Y qué de escusas no inventan los cristianos disipados ó poco fervorosos para dispensarse de la asistencia á la cena eucaristica! ¡Qué de inconvenientes especiosos no pretestan para no frecuentar ese sacramento de amor! Imposible pareceria á no verlo, que á tal grado llegase la ignorancia, el orgullo, la ingratitud del torpe mortal para reusar un don tan precioso, para resistirse á participar del mismo Dios en quien se halla encerrado cuanto de grande, de inmenso, de inestimable hay en el cielo y en la tierra. ¡Insensatos hijos del polvo que no conocen su propio bien, y desechan la felicidad con que les brinda el amor divino, y escupen la mano que les ofrece el antidoto universal de todas las dolencias, y desprecian con sarcasmo irónico al que les muestra una corona y quiere hacerlos reyes, sacerdotes y dioses...! ¿Y á qué se reducen las escusas con que pretenden legitimar los mas como un acto de humildad lo que no es sino un defecto total de fé? Algo parecido hay en esto á lo que nos dice el sagrado texto de los convidados del presente Evangelio.

Uno dijo: he comprado una quinta y me precisa salir á verla. Hed aquí el grito mal disimulado de la codicia y de la ambicion que reasumiendo y cifrando toda la bienandanza y el supremo bien de la humanidad en la adquisicion y conservacion de los bienes de la vida presente, descuidan de todo punto el porvenir, y en nada se cuidan de los bienes inmortales de la eternidad. Todo lo absorve el pensamiento de enriquecerse y medrar en el mundo, como si mas allá de la tumba nada hubiese mas que corrupcion y polvo: y en su consecuencia, no hay tiempo, no hay oportunidad para acercarse á la sagrada mesa: y mientras con un afan que degenera en violenta fiebre, corren muchos en pos de un puñado de oro, y en tanto que se desviven por adquirir una posicion ventajosa é independiente, y cuando nada omiten, ni descansan, ni duermen por conservar lo que la muerte no debe tardar en arrebatarles, frios é indiferentes á la voz del Señor que les convida al festin eucarístico, y les llama á

enriquecerse con unos bienes que nunca faltan, que cada vez toman mayor incremento, y que despues del tiempo adquieren un carácter de perpetuidad inamisible, menosprecian sus llamamientos y le dicen en cierto modo como los convidados de la presente parábola: Ruégote que me tengas por escusado. ¡Qué aberracion! ¡qué desórden! ¡qué conducta tan criminal! ¡Como si Dios no fuese preferible á todas las cosas del mundo! ¡Como si unos bienes perecederos é insubsistentes, que al fin no dejan en el alma mas que el vacío y la amargura de haber de abandonarlos, interesasen mas á un sér llamado á unos destinos inmortales que la posesion de Dios y de sus inmensos tesoros....! Nécios mortales, corred en buen hora tras esos fantasmas, consagrad á la adquisicion de un poco de polvo esa vida que os fué dada para grangearos riquezas de infinito valor; privaos del manjar de los fuertes, huid de la mesa eucaristica por ir á sepultaros en el abismo de los negocios mundanales; dad todo el tiempo á los afanes de la industria, á las ocupaciones del comercio, á las faenas del campo, etc. ¿Y qué sacareis de todo esto? ¡Ah! Conseguireis si se quiere engruesar vuestros caudales, aumentar vuestras fortunas y labraros una posicion ventajosa en el mundo: pero entre tanto olvidareis vuestra salvacion, descuidareis vuestra alma, os hareis indiferentes á lo bueno, y creciendo vuestras miserias en proporcion que omitiéreis el remedio de ellas, y tomando ascendiente vuestras pasiones á medida que reusáreis buscar en la Eucaristía el freno necesario para contener su exacerbacion, y aumentándose vuestra debilidad moral segun que descuidáreis proporcionaros en ese sacramento el antidoto eficaz de vuestras dolencias espirituales, al fin de la jornada os encontrareis pobres, miserables, enfermos, inhábiles para la virtud, impotentes para obrar el bien, incapaces de dar un paso por la senda de los divinos preceptos, y entrareis en los inconmensurables caminos de la eternidad sin haberos provisto del menor merecimiento para lograr la bienaventuranza.

Otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y necesito ir á probarlas: ruégote me tengas por escusado. Esto alude á los que pretenden escusarse de la comunion con la necesidad de trabajar para procurarse la subsistencia, cual si fuese imposible maridar la

laboriosidad con los deberes de la religion, ó fuesen preferibles los intereses materiales de la vida presente á los graves intereses de la vida eterna. Error no menos grosero y absurdo que el anterior, producto de la disipacion ó de la incredulidad, fruto del sensualismo animal que no conoce las cosas del espíritu, y embrutece al hombre hasta el punto de esclavizarle á las obras de sus propias manos. ¡Y cuán funestos no son los resultados de esta aberración harto comun en el cristianismo! ¿Pues qué la vida del alma es menos precisa que la del cuerpo? Si aquel necesita trabajar para alimentarse, y alimentarse para existir, ¿le es menos indispensable á ésta el alimento moral para no morir de inanicion? ¿Temeis que os falte el pan material con que renovar y sostener vuestras fuerzas, y no temblais que desprovistos del pan del cielo os abandone el vigor y carezcais de la suficiente energia para llegar á vuestros eternos destinos? ;Ah! Cuando tan escabrosa es la senda que conduce á la verdadera vida, cuando tan ásperos son los caminos que habeis de atravesar para llegar á la patria, cuando donde quiera se levantan elevados montes, inmensos precipicios y eternos bosques erizados de espinas en el espacio que media entre lo presente y el porvenir, ¿qué hareis sin proveeros antes de ese divino viático? ¿Cómo podreis luchar contra tantos inconvenientes, hacer frente á tantas dificultades, y salvar escollos tan insuperables, si vuestra alma no se robustece frecuentemente en la mesa eucaristica con el pan de los ángeles, y con el vino celestial que hace invulnerables á los que de él comen y beben dignamente? Sobre que de poco os serviria amontonar riquezas si no tratais de atesorar merecimientos para el porvenir: ¿y á dónde mejor pudiérais acudir á hacer acopio de esas virtudes que deben haceros dignos de presentaros un dia engalanados con el trage nupcial á las bodas del Cordero, sino á las fuentes del Salvador, á la mesa eucarística, en donde el Dios de la santidad dándose á los hombres en sabroso manjar y en deliciosa bebida los enriquece con toda clase de dones celestiales? ¡Desgraciado el que por su culpa se priva de este convite divino! ¡Triste de aquel á quien ora sus vicios le incapacitan para llegarse á la mesa de los ángeles , ó bien pretestando razones de estado se cree dispensado de participar de ese manjar de vida eterna!

Unos y otros estan comprendidos en la escusa que dió al padre de familias aquel otro que dijo: Tomé muger y por eso no puedo ir. Cierto que los hombres sensuales, los libidinosos, los que revolcándose en el inmundo lodazal de los placeres de la carne, estan dominados por el espíritu de Asmodeo, de ninguna manera pueden concurrir al celestial festin, ni son dignos de comer aquella carne purisima, ni de beber aquella santisima sangre del Cordero sin tacha, que nada aborrece ni detesta tanto como la impureza. El que consintió en aceptar todas las humanas miserias, y ser tratado en su humanidad de energúmeno, pecador, díscolo, rebelde á los poderes de la tierra, etc., jamás empero toleró que sobre él recavese la menor sospecha de inmundicia; y si bien no se resistió á nacer á manera de los demas hombres, débil, pequeño, sujeto al llanto y al dolor, á tener por cuna un pesebre, por albergue un establo, por compañía estúpidos animales, solo en una cosa no quiso parecerse al resto de los humanos, y fué en su concepcion, la cual fué esenta de toda mancha. ¿Cómo pues pudiera admitir á la participacion de ese misterio de amor v de santidad suma unas almas mancilladas con la menor impureza? ¿Cómo no habia de rechazar unos corazones en quienes arde el fuego criminal de la concupiscencia? Lejos, muy lejos de ese festin el lujurioso, esclama el Crisólogo: «¿Atreveríase audaz á comer un pan que fué amasado en el seno purisimo de una virgen, y cocido en una carne esenta de la menor sombra de imperfeccion, un alma corrompida y degradada por los escesos del vicio mas infame y repugnante? » Eso seria, en sentir de Pedro Blesio, colocar el ídolo de Venus junto al altar del hijo de Maria; seria profanar lo que hay de mas sagrado en el cielo y en la tierra; seria insultar á Dios, hiriéndole en la fibra mas sensible de su corazon divino; seria en fin, concluye el Apóstol, tragarse junto con ese manjar de vida la sentencia de su muerte v el fallo de su propia reprobacion.

Pero si es indudable que el menor vislumbre de pecado basta á separar al hombre de la mesa eucarística, y que la pureza misma de los ángeles no seria suficiente para recibir de una manera digna á Jesucristo en ese sacramento, ¿habian de juzgarse admisibles las

escusas que dan muchos cristianos, prevaliéndose de ciertos deberes que por su estado estan obligados á cumplir, para creerse dispensados de acudir al llamamiento del Salvador y frecuentar la sagrada Eucaristía? De ninguna manera. Sin amenguar en lo mas leve las disposiciones que de suyo requiere una accion la mas solemne del cristianismo, sin que deje de reconocer que por mas que el hombre trabaje nunca llegará á adquirir el grado de pureza necesaria para acercarse à comer y beber dignamente la carne y sangre del Santo por esencia; quedando asentado que toda la perfeccion humana y angélica será poca relativamente al que reune en si todas las perfecciones, diré no obstante con San Ambrosio, que los que fundados en su dignidad (salvo siempre el pecado mortal) se abstienen de frecuentar el convite Eucarístico, en lo mismo en que constituyen su propia pena, privanse del remedio que reclaman sus apremiantes necesidades. ¿Por qué, pues, se han de alejar del Sacramento por meras razones de estado, ó porque sus deberes sociales no les permiten aspirar á mayor perfeccion, ni disponerse como fuera de desear para recibir al Señor, toda vez que purificadas sus almas en las fuentes de la reconciliacion no les remuerda la conciencia de culpa grave? ; Ah! ¿ Sois débiles? Pues por lo mismo necesitais acudir con frecuencia á alimentaros del pan de los fuertes. ¿Sois pobres de virtudes? Pues por eso debeis ir á enriqueceros allí donde Jesus ha constituido el tesoro de sus misericordias. ¿Marchais trabajosamente por las vias del bien? Pues por lo tanto os es preciso frecuentar ese sacramento, que os facilitará el ejercicio de lo que ahora apenas podeis practicar. No sin gran misterio nos dice Jesucristo en la presente parábola, que habiendo vuelto el criado y referido á su amo todo lo que los invitados le contestaron, irritado sobremanera al oir tan vanas escusas, le dijo: Sal luego à las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme cuantos pobres, lisiados y ciegos hallares... é impélelos à venir para que se llene mi casa. ¡Rasgo admirable de bondad! Si, A. M., el Señor, que conoce la miseria del hombre, preparóle en la Eucaristía un antidoto contra todas sus dolencias espirituales: y por eso á los enfermos, á los débiles, á los pobres, á los ciegos y cojos, esto es, á los defectuosos que mas necesitan de

sus ausilios es á quienes llama muy particularmente, y como que les obliga á acudir á su mesa para fortalecer su flaqueza, curar sus llagas, darles la vista del espíritu, y proporcionar á cada cual el remedio que reclaman sus necesidades. ; Y av de los que reconociendo este esceso de caridad divina se resistiesen á concurrir al festin eucarístico! ¡ Ay de los que buscando vanos pretestos menosprecian el llamamiento divino! Os protesto, dijo el padre de familias, que ninguno de los que antes fueron convidados participarán de mi cena. Este anatema comprenderá tambien á los cristianos renitentes que se escusan de frecuentar esa cena misteriosa. ¡Infelices! Ellos ahora que pueden se privan voluntariamente del pan angélico y del vino celestial, tan necesarios para caminar á través de las asperezas de la vida presente; escúdanse los unos con sus ocupaciones temporales, pretestan los otros ciertas atenciones indispensables que les absorven el tiempo, preválense los mas de su propia indignidad, porque no quieren trabajar para hacerse dignos, y todos encuentran escusas mas ó menos plausibles para sincerar su falta de fervor, su disipacion y su ingratitud. Pues bien : dia vendrá en que el Señor los rechazará de su presencia cuando se trate de las recompensas debidas á la virtud. Entonces de ningun modo serán admitidos al festin de los bienaventurados, y quedarán para siempre escluidos de las bodas del Cordero divino, que dudará por toda la eternidad.

preparoletenda Americatia un antidore contra todas sus riblicacias es-

THE OROT -

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA III DESPUES DE PENTECOSTÉS.

MODELO DE TOLERANCIA Y DE CELO QUE NOS OFRECE JESUCRISTO EN SU AMOROSA CONDUCTA PARA CON LOS PECADORES.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

aEn aquel tiempo acercábanse á Jesus los publicanos y pecadores para oirle. Y al verlo los fariseos y escribas murmuraban diciendo: Este recibe á los pecadores, y come con ellos. Entonces les propuso esta parábola: ¿Quién es entre vosotros el hombre que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto, por ir en busca de la que se perdiera hasta encontrarla? Y una vez hallada, la pone gozoso sobre sus hombros, y llegando á su casa convoca á los amigos y vecinos, diciéndoles: Congratulaos conmigo porque encontré la oveja que perdiera. Del mismo modo, os digo, mayor gozo habrá en el cielo por un solo pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia.»

Luc. xv, 1 er seq.

Hoy, M. A. O., nos ofrece el Santo Evangelio una de sus mas brillantes páginas, la mas bella tal vez y la mas consoladora para el hombre. La misericordiosa bondad de Jesucristo en accion, luchando y triunfando de la malignidad envidiosa de sus enemigos. ¡Qué contraste tan admirable! De un lado el Hombre-Dios desplegando uno de los rasgos mas tiernos de su mision, conversando con los pecadores, aceptando su mesa, y familiarizándose con ellos á fin de atraerlos al buen camino mediante la dulzura y la tolerancia, porque en el plan divino de la reparación que venia á verificar, entraba como condición esencial esa virtud sublime que para curar hasta la menor

idea de desesperacion y cobardia por parte del culpable, escluye todo pensamiento de menosprecio y desconfianza respecto del Salvador; y de otro, el orgullo, la intolerancia y la hipocresia farisáicas echando en rostro á Jesucristo lo mismo que mas le realzaba, y tomando ocasion para acusarle de delito, de lo que hubiera debido servirles para reconocer su divinidad. Oid el sagrado texto. Acercábanse (dice) á Jesus los publicanos y pecadores para oirle. Y al verlo los fariseos y escribas murmuraban diciendo: Este recibe á los pecadores, y come con ellos.» ¡Fementidos! ¿A quién habian de acercarse esos desgraciados, sino á aquel que á través de tantos siglos como venian trascurriendo sin que la humanidad culpable encontrára el menor consuelo, fué el único que vino á vulgarizar la virtud mas simpática al par que desconocida, la clemencia, y á ponerla en accion, constituyéndose protector nato de todos los que se veian rechazados por sus debilidades y miserias morales, acogiendo bajo su paternal manto á cuantos el rubor del delito hacia plegar sus frentes estigmatizadas, y proponiéndose curar las hondas heridas del corazon, mucho mas dignas de interés que los padecimientos sísicos del cuerpo? ¡Ah! La misericordia, fruto del amor, debia ser el carácter distintivo del nuevo culto inaugurado por el hijo de una Virgen; la caridad, que comprende como una de sus primeras con-diciones el perdon del culpable y el celo de su salvacion, era llamada á formar el principio esencial de toda relacion social en el mundo cristiano. Y por eso Jesucristo, para confundir y hacer enmudecer de una vez la malignidad de aquellos hombres, que bajo apariencias de virtud desconocian toda idea de amorosa compasion, y llenos de una repugnante vanidad creian mancillarse al simple contacto de los pecadores, y por consiguiente despreciaban, rechazaban y evitaban toda relacion con los que juzgaban tales, no solo los recibe cuando es buscado por ellos, y les acoje con la cordialidad de un padre, con la espansiva familiaridad de un amigo, sino que no teme ponerse en evidencia, digámoslo así, con aquella raza farisáica, y chocar con sus miserables preocupaciones, admitiendo los convites del publicano, abrazando á los que no hallaban entre la muchedambre sino indiferencia v desprecio, v popularizándose en

cierto modo con todos cuantos se veian condenados á un triste aislamiento, víctimas de su propia desgracia ó de la acción de unas leyes cuya abolicion venia á proclamar. La ley del amor iba á sustituir á aquellos antiguos códigos que sancionaban la venganza y otros errores no menos absurdos. El perdon del delincuente, salvo el castigo del delito, era una de las primeras y mas esenciales condiciones de la nueva civilizacion cristiana que venia á fundar el Evangelio. La esperanza de obtener misericordia en premio del arrepentimiento, constituia una de las primeras necesidades del mundo llamado á rehabilitarse mediante el sacrificio cruento del Calvario. Y ved por qué el Hombre-Dios; cuva mision era salvar la humanidad degradada, levantar de su postracion al linage de Adan caido en la mas profunda miseria, y franquear las puertas de la inmortalidad á los proscritos hijos de aquel padre pecador, comienza por abolir de hecho todas las preocupaciones que contra esta idea reparadora venian rigiendo tras largos siglos, y aun á riesgo de chocar con lo que el mundo pagano reconocia entonces de mas sábio é ilustrado, y de caer en la animadversion de la antigua pero degenerada raza de Abraham, evoca á sí á los que humillados bajo el peso del anatema público viven sin lazos sociales que les unan con los demás, convida á los pecadores á acercarse á él para recibir el consuelo que les niega el humano orgullo, insta á los que sienten pesar sobre sí el desprecio universal para que se lleguen á su persona seguros de encontrar alivio v solaz, etc.

¡Y esto es lo que le echais en cara, fariseos hipócritas, venales escribas! Y os atreveis á formular contra él un capítulo de culpas porque no desdeña al delincuente, vosotros, que sin su caridad é indulgencia no tendriais que esperar otro porvenir que el infierno! ¡Y murmurais y le mordeis sin piedad porque no participa de vuestro arrogante cinismo y de vuestro orgulloso desden para con el infeliz culpable, vosotros, sepulcros blanqueados, que bajo vanas esterioridades de justicia abrigais corazones llenos de corrupción y de infamia! ¡Aberración inconcebible! Sola la maldad es capáz de odiar lo que en provecho suyo se hace, de maldecir la mano bienhechora que cura sus llagas, y de dirigir sus envenenados

tiros contra el corazon que la ofrece el perdon y la brinda con consuelos. ¿Y por qué? Porque desconoce las bellezas del amor, porque ignora lo que es un alma inspirada por la dulce caridad. De otro modo, á la manera que la sublimidad de las palabras de Jesucristo forzaba un dia al pueblo judio á reconocer y proclamar que jamás mortal alguno habia hablado como él, del mismo modo en la ocasion presente en vista de sus acciones no hubiera podido menos de confesar que nadie como él habia sabido amar al hombre. Le acusais de que recibe á los pecadores... XY á qué otra cosa vino al mundo sino á ofrecerles la misericordia y la paz? Le baceis un crimen de que se relacione con ellos...; Pues con qué otro fin bajó del cielo sino para hacerlos hermanos suyos por la gracia, reconciliándolos con su padre celestial? Le censurais porque no rechaza sus invitaciones...; Ah! Es que sois incapaces de comprender los designios inefables de su sabiduria y los ocultos resortes de su bondad, que en las cosas al parecer mas triviales encuentra los medios mas oportunos para realizar sus pensamientos amorosos, y encaminar á la virtud unas almas estraviadas por el crimen...

Hed ahí, entre todos los demás, el carácter principal de la mision que á su Unigénito confiára el Eterno Padre al enviarle al mundo: v por eso á las amargas censuras de sus envidiosos émulos, opone el Salvador el siguiente simil que encierra toda la economia de la redencion. ¿ Quién es entre vosotros (dice) el hombre que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas no deje las noventa y nueve en el desierto por ir en busca de la que se perdiera hasta encontrarla? Esta parábola encierra toda la medida del amor y de los sacrificios de Jesucristo: el motivo de su clemencia, y el objeto final de su venida al mundo. En el pastor está simbolizado el hijo de Dios, que en sentir de algunos Padres, con San Cirilo y San Gregorio, abandona el cielo donde reina con los ángeles, por descender á la tierra cubierta de crimenes en busca de la oveja perdida personificada en la humanidad pecadora, para llevarla sobre sus espaldas, esto es, sobre su cruz, al divino aprisco salvándola con su sangre preciosa. ¿Y qué es lo que le mueve á trocar la diadema de gloria por una corona de tribulacion, y á cambiar la púrpura

régia por el asqueroso ropage de nuestra mortalidad, consagrándose á todas las fatigas y privaciones del hombre y aceptando sus miserias, sino el amor? Si, A. M., el amor es quien le hace compadecerse de la degradacion en que gime el linage humano ; vé su debilidad, contempla su desgracia, observa las hondas heridas que el pecado abriera en su corazon, y desde luego se propone curarle, engrandecerle, salvarle por todos los medios posibles. Y no satisfecho con derramar toda suerte de beneficios sobre el pobre, el menesteroso, el doliente, etc., proporcionando el pan al hambriento, devolviendo la salud al que acongoja un agudo dolor , enjugando el llanto de la viuda, patrocinando la horfandad, etc. avanza mucho mas su caridad; y considerando que si es digna de bendicion la mano bienhechora que socorre el infortunio, lo es mucho mas el corazon generoso que perdona; y persuadido de que cuanto mayor es la miseria, mayores simpatias debe escitar en un alma que sabe amar; y sabiendo que la corrupcion del espíritu y del corazon, y la degradacion del alma, frutos del pecado, es un mal incomparable y el mayor de cuantos pueden acontecer á la criatura, por eso con preferencia á todo aplicase Jesucristo á curar esta enfermedad mortal que aqueja á todo el mundo, y desde luego inaugura su mision divina, ofreciendo la indulgencia y el perdon á todos los pecadores como prenda anticipada de la reparación universal que va á operar con su sangre. Por eso como pastor amante corre en pos del estraviado mortal, y llama al pecador y le convida con su piedad, desarrollando en favor suyo todo el celo de que es capaz, porque su situacion le inspira un interés tanto mas vivo cuanto es mas lamentable la pérdida de la gracia y de la amistad divina. Por eso le veis buscar á esos seres desgraciados á quienes aquejan las dolencias morales del alma, con no menor afan, y si se quiere aun con mayor actividad que á aquellos cuyas dolencias físicas escitaban toda su compasion: y al propio tiempo que sana al paralítico, limpia al leproso, da vista al ciego, etc., consagra todos los recursos de su inteligencia y toda la eficacia de su accion á regenerar á los que por haber preferido la humillacion de la culpa á la gloria de la virtud, encuéntranse degradados, miserables, tullidos para el bien, ciegos á la verdad,

y muertos espiritualmente á la gracia....; Ved por qué Jesus acogia á los pecadores y se familiarizaba con ellos!

Pero no eran solos los escribas y fariseos del tiempo de Jesucristo los que no comprendian este misterio de caridad y se escandalizaban de este secreto admirable del amor divino. Tampoco le comprenden bien, ó si le comprenden no saben apreciarle muchos cristianos que lejos de aprovecharse de esos rasgos de misericordiosa indulgencia con que el Salvador trató á los pecadores, para aprender la conducta que deben observar á su vez y el celo que debe animarles en favor de los que por su desgracia se estravian del verdadero camino, parecen por el contrario participar de las mismas preocupaciones que aquellos hombres perversos, y se alejan con repugnancia del delincuente, y le abandonan á un perpétuo ostracismo, como si la caridad cristiana no les obligase á compadecerse de las miserias morales de sus prójimos, y á trabajar como lo hizo Jesucristo por hacerles tornar al aprisco de que en momentos de vertiginoso delirio se separaron....

La caridad he dicho, y debo añadir que tambien la justicia nos

impone este grave deber. ¿No admitis como obligatoria la limosna cuando vuestro hermano carece del pedazo de pan con que conservar su triste existencia? ¿No os acusaríais á vosotros mismos de insensibles y homicidas si viendo agonizar á vuestro prójimo sin recurso, os negáseis á prestarle los servicios que impone la humanidad? ¡Y os atreveríais á rechazar al pecador por la sola circunstancia de serlo, cuando sus necesidades morales son incomparablemente mavores y reclaman de vosotros el mas alto interés! ¡Contradiccion monstruosa! ¿Ignorais que la curacion de las llagas sociales es la mas sublime obra de moralizacion que Jesucristo vino á operar en el mundo? ¿Y qué no ha hecho, qué no hace continuamente con nosotros ese divino pastor de nuestras almas? ¡Cuántas veces nos ha perdonado nuestras culpas! ¡Cuántas nos ha llamado cuando nos estraviávamos de su redil! ¡Cuántas nos ha buscado cuando sordos á sus inspiraciones nos lanzábamos en el abismo de las pasiones! etc. Si ese Salvador amoroso se hubiese desdeñado de tratar con los pecadores, si su caridad no le hubiese obligado á consagrarse á la

salvacion de las ovejas perdidas, tiempo há que hubiésemos sido víctimas de la justicia, tiempo há que nos hubiera abandonado á las consecuencias de nuestra obstinacion, tiempo há que nos hubiera dejado á merced de nuestros propios recursos. Pero no lo hizo asi, y nos instó, y nos importunó, y no se cansó de reiterarnos sus promesas de perdon é indulgencia..... Leccion sublime que nos enseña lo que de nosotros tienen derecho á esperar nuestros hermanos estraviados, siquiera sean realmente tan culpables como nos pareceque en esto puede engañarnos la ilusion-y aun cuando nosotros nos hallemos esentos de los defectos que en ellos nos chocan. Cuando encontramos á alguno de esos séres degradados por el vicio, recordemos lo que hemos sido, examinemos lo que somos, ó lo que seriamos si nos hallásemos en iguales condiciones que ellos, sujetos á las mismas ocasiones, ó combatidos por tentaciones idénticas. ¡Quizás seriamos mucho mas culpables! ¡Tal vez seria mayor nuestra debilidad, y nuestra degradación mas profunda! Y en este caso, ¿no deseariamos obtener de nuestros prójimos esa simpatía que inspira la desgracia, esa compasion que reclaman los grandes infortunios, esa benevolencia que se inclina hácia los corazones ulcerados para gemir por sus males y reanimar sus esperanzas? Pues bien, haced con vuestros hermanos culpables lo que quisiéreis que ellos hiciesen á su vez con vosotros; haced lo que hacia Jesucristo con los pecadores que se le allegaban: procurad salvarles de su propio desprecio y del menosprecio del mundo; trabajad por devolverles el sentimiento de su dignidad personal. Que no oigan de vuestros lábios la menor palabra de repulsion, ni vean en vuestro semblante el mas leve gesto de repugnancia, ni adviertan en vuestras maneras el mas insignificante movimiento capaz de hacerles bajar sus ojos de vergüenza. Tendedles una mano amiga..... ¡Quizás no esperan sino una espresion generosa que les aliente, un consejo que les ayude á levantarse, para romper las cadenas que les tienen aprisionados al vicio y rehabilitarse completamente. Y entonces, ¡dichosos vosotros si hubiéseis contribuido á salvar unas almas por quienes Jesucristo pastor eterno no se desdeñó de desarrollar toda su solicitud, buscándolas, llamándolas, curándolas, y cicatrizando las heridas que

en ellas abriera el pecado con el bálsamo vivificante de su sangre divina! ¡Y desgraciados por el contrario, si lejos de hacerlo así al verse rechazadas por vosotros con amargo desden llegasen á considerarse perdidas para Dios, para el mundo y para la sociedad! Sobre vosotros recaería su sangre, y su muerte espiritual os seria imputada justamente, segun la amenaza del Señor por su profeta (1). Seríais responsables de su pérdida, y en su dia se os haria un cargo terrible de haberlas precipitado al abismo, dejándolas en las garras del lobo en vez de haberlas reconducido al aprisco de la virtud.

¡Ah! no: nuestro deber para con nuestros hermanos estraviados nos está marcado en la conducta del Salvador. Buscarlos con solicitud para que se levanten de su triste estado animados por la dulce esperanza del perdon; llamarlos con instancia para que en vista de nuestro interés por su felicidad no se juzguen objetos de una reprobacion eterna; recibirlos con ternura para evitar que viéndose despreciados no quieran vengar este desprecio con el orgullo de su misma degradacion; abrazarlos con efusion para que la desesperacion de la infamia no les arrastre al cinismo del crímen, etc.... hed ahí lo que nos cumple hacer, en lo cual imitaremos al buen pastor, que una vez hallada la oveja perdida, la pone gozosa sobre sus hombros, y llegando à su casa convoca à los amigos y vecinos, diciéndoles: Congratulaos conmigo porque encontré la oveja que pereciera.

Y no importa que haya en el mundo escribas y fariseos que os censuren tal vez de una condescendencia culpable, y aun lleguen á sospechar y á acusaros de complicidad con esos séres delincuentes á quienes consagrais vuestro celo y vuestro amor. Lo mismo hicieron con Jesus, y no por eso se disminuyó su caridad ni temió comprometer su reputacion. Cuando se trata de salvar un alma, toda consideracion humana debe ceder ante esa grande idea. Es la obra del Salvador y la continuacion de su ministerio. No os haga pues desistir de vuestra mision ninguna miserable sospecha, ningun liviano temor. No mireis indiferentes á vuestros hermanos estraviados

⁽¹⁾ Ezech, XXXIV, 10, 10 v salebustus salebustus salebustus

por los difíciles desfiladeros de los placeres mundanales, ó caidos en el precipicio de las malas pasiones. Corred tras ellos como corrió Jesus, buscadlos con idéntico ardor, procurad hacerles entender la necesidad de rehabilitarse, llevadles á los sabrosos pastos de la eterna verdad, inspiradles la mas dulce confianza: que comprendan que Dios es rico en piedad y misericordia para los que á él tornan arrepentidos. Si lográreis triunfar de su obstinacion y ganarlos para la virtud, vuestro trabajo no será perdido; pues como dice hoy el Salvador al concluir su admirable parábola, mayor gozo hay en el cielo por un solo pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia. Y de este mismo gozo participareis un dia cuando en premio de vuestro celo recibais de mano del eterno Remunerador la gloriosa diadema de la inmortalidad.

The simple son justimedle agreeineds his diviners que si pagore

dadera lat. V quitando à ceire le ras-care que les orbre. A fix de

PLAN DE UN SERMON

on las district des designations de les pageres mandantes, organises en

PARA LA DOMINICA IV DESPUES DE PENTECOSTÉS.

In wall dillramor with relation tiss, or of that edges a future of

EL TRABAJO RELIGIOSA Y SOCIALMENTE CONSIDERADO, COMO UNA LEY INDISPENSABLE QUE COMPRENDE Á TODOS LOS HOMBRES DESPUES DEL PECADO, Y COMO UNA NECESIDAD QUE AFECTA AL BIENESTAR PÚBLICO DE LOS PUEBLOS.

Preceptor, per totam noctem laborantes nihil capimus: in verbo autem tuo laxabo rete.

Maestro, toda la noche hemos trabajado, y nada hemos cogido: empero en tu palabra soltaré la red.

Luc. v. 5.

No siempre son justamente apreciados los deberes que al hombre impone la religion y la sociedad. Existen respecto de algunos ciertas preocupaciones nutridas por el orgullo y sancionadas por la ignorancia, que importa mucho desterrar, presentando aquellos en su verdadera faz, y quitando á estas la máscara que les cubre, á fin de deslindar lo que hay de verdadero ó falso respecto de unas cosas que afectan mas de lo que á primera vista parece á los destinos del hombre. Entre estos deberes á que aludo, la ley del trabajo es una de las mas esenciales bajo todos conceptos, y sin embargo la desconocen lastimosamente muchos, ó no la dan la importancia que se merece, porque en las ideas superficiales del siglo se ha llegado á mirar como una cosa secundaria y de un órden inferior, siendo por el contrario una de las primeras condiciones de la vida moral y social de los pueblos.

Impúlsame á ocuparme de este asunto el texto evangélico que acaba de leerse. « Hallándose Jesus cerca del lago de Genesareth, vió dos barcas que estaban à la orilla, cuyos pescadores habian bajado y estaban lavando sus redes. Subiendo pues en una de ellas, que era de Simon, pidióle que la desviase un poco de tierra. Y sentándose dentro, predicaba desde la barca à las turbas. Acabada la plática, dijo à Simon: Guia mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Replicóle Simon: Maestro, toda la noche hemos trabajado y nada hemos cogido: empero bajo tu palabra soltaré la red. Y haciéndolo àsi cogieron una gran cantidad de peces.»

Al ver pues en este pasage evangélico manifestada y sancionada por el mismo Jesucristo en la persona de sus apóstoles la ley del trabajo, no llevareis á mal que os presente algunas reflexiones acerca de este deber, religiosa y socialmente considerado. Bajo el primer aspecto, es una condicion universal que comprende á todos los hombres sin esclusion de clases y condiciones, puesto que es una consecuencia del pecado; bajo el segundo, es una necesidad que afecta al bienestar general como elemento de prosperidad, y salvaguardia y correctivo contra los escesos que trastornan el órden público. Para tratar dignamente un asunto de tan reconocido interés, invoquemos ante todo las luces divinas, etc.

Ave Maria.

PRIMERA REFLEXION.

1. He dicho en primer lugar, M. A. O., que el trabajo considerado bajo su aspecto religioso es un deber que afecta generalmente á todos los hombres sin esclusion de clases y condiciones. Y en efecto es una verdad de fé que Dios, tan luego como el hombre se rebeló contra su magestad y traspasó los preceptos que le impusiera, le hizo una obligacion, una necesidad de trabajar toda su vida en justa punicion de su pecado. Siendo pues todos los humanos hijos de aquel

padre prevaricador, y trasmitiéndose á todos ellos por la ley de la generacion la desobediencia primitiva, preciso es que carguen tambien con las consecuencias de ella: por consiguiente todos nacen condenados al trabajo como una espiacion de aquel desórden, y el que de él intentare dispensarse, sobre imprudente por omitir el cumplimiento de un precepto destinado á preservarle de nuevos escesos, seria doblemente rebelde á la autoridad suprema del Criador, en sentir de San Ambrosio, rehusando someterse al castigo habiendo participado de la culpa. Y tanto mas subiria de punto esta rebelion, cuanto que, como observa oportunamente San Agustin, si respecto de Adan en el estado de la inocencia el trabajo no era una necesidad, sino una ocupacion útil y deliciosa, cuyo objeto era tener en accion su espíritu ejercitando sus fuerzas corpóreas, considerado empero respecto del hombre pecador, es ya un yugo que está obligado á llevar como criminal y esclavo, ora para satisfacer á la divina justicia mediante un acto reparador, ora para evitar en sí mismo los efectos de su propia debilidad en virtud de una ocupacion preservativa del crimen, etc. Rehusar pues este yugo, desconocer esta ley, dispensarse de esta obligacion, equivaldria á ponerse en abierta lucha con Dios, y decirle: «No quiero reconocer tu dominio, no inclinaré mi cuello á esa coyunda, jamás seré tu siervo; y aun cuando no pueda negar el principio de donde deriva ese deber enojoso, de ninguna manera me someteré á sus consecuencias; sea en buen hora heredero del pecado que condenó al hombre á sufrir esa ley, pero nunca aceptaré el castigo, etc. (Amplifiquese este pensamiento.)

2. Pero por mas que el hombre intente desentenderse de un de-

2. Pero por mas que el hombre intente desentenderse de un deber que donde quiera lleva consigo, y á despecho de su rebeldía, ese deber sobreexistirá á todas las preocupaciones de la sensualidad y del orgullo: y ni el rico será en esta parte mas privilegiado que el pobre, ni habrá persona, por independiente que aparezca, sobre la cual deje de pesar aquel anatema lanzado por Dios en el Paraiso: In sudore vultus tui vesceris pane (1). Cierto que no todos amasarán con el sudor de sus frentes el pan con que se alimentan: pero no por

fa(1) Gen. I. 5. moment and school sold obligate appeared as all violent

eso los mas favorecidos por la suerte habrán de vegetar en una muelle ociosidad, pues «hay trabajos proporcionados á todas las condiciones humanas, hay ocupaciones relativas á las diversas clases sociales, como dice el Eclesiástico (1), ninguna hay que no sienta gravitar sobre su cuello ese pesado vugo comun á todos los hijos de Adan: Desde el que lleva corona en sus sienes hasta el que habita en humilde cabaña, lo mismo el que se sienta sobre un trono resplandeciente que el que se arrastra humilde entre el polvo », á todos indistintamente alcanza la maldicion, puesto que á todos se estiende la mancha del pecado: y en este punto la ley es general, la justicia idéntica, etc. No hay medio: en el hecho mismo de ser pecador, el hombre, cualquiera que sea su estado, tiene que someterse al trabajo, v no por capricho, no por eleccion, sino por deber, por necesidad, por castigo, sopena de volverse contra el Criador, de insultar su justicia, de burlarse de su providencia y de resistir á su soberania. Todos estos desórdenes envuelve la ociosidad.

3. ¿Y qué otra cosa hacen un sin número de personas, que no parecen vivir en el mundo sino para recibir el tributo del trabajo ageno, para esplotar en provecho propio el sudor de sus semejantes, sin ocuparse jamás en cosa alguna útil, sino es en combinar los medios de utilizarse lo mejor posible de los sacrificios y privaciones del infatigable labrador, del laborioso artista, etc., etc., cual si su único objeto en la tierra fuese el gozar en la inaccion de las delicias y comodidades de la vida presente?; Ah!; Qué insulto tan amargo hacen á la Divinidad! ¡ Qué ofensa tan sensible á la humanidad misma! Y á sí propios, ; qué daños tan graves, qué funestas consecuencias se acarrean! Consideren siquiera que Dios mismo con su adorable providencia representa la mas alta espresion del trabajo, puesto que siempre está en accion cuidando incesantemente del mundo, dirigiendo los destinos humanos, y derramando sus gracias y dones, la vida y el sér sobre todo cuanto existe, etc. Observen que Jesucristo, el hombre perfecto, el hombre tipo, trabajó con sus propias manos para enseñar prácticamente á los mortales la necesi-

⁽⁴⁾ Eccl. XL. 1. et seq.

dad de esa lev universal... Y si todo esto no basta, ¿ por qué no consideran los peligros á que se esponen dejando de cumplirla? Porque, como ya hemos dicho, el trabajo no es solamente una consecuencia del pecado, es tambien un preservativo contra él, en lo cual el Señor en la pena misma nos ha dado el remedio, y el castigo bien considerado envuelve un beneficio inestimable. En el estado de la inocencia el hombre tenia en el amor y en el reconocimiento hácia el Señor un freno suficiente á contenerle en su deber; pero despues de la caida ese freno es ineficaz, y necesita de una ocupacion útil y laboriosa para evitar los riesgos á que continuamente está espuesto. La mano del aplicado, dice la Escritura, dominará; la mano del negligente y descuidado pagará tributo (1), es decir, caerá en las tristes consecuencias de la ociosidad. Los deseos, añade, matan al perezoso (2); por cuanto la ociosidad es una fuente perenne de pecado, y el origen de los mas graves desórdenes, y la maestra de los mas repugnantes vicios (3). Ved sino: ¿quién enseñó á los israelitas á ser idólatras y á abandonar el culto del Dios verdadero? La ociosidad, dice San Pablo, que mientras que Moisés hablabla con el Señor en la montaña, les arrastró á entregarse á ciertas diversiones profanas, de donde resultó aquel crimen horrendo (4). ¿Cómo incurrió Sodoma en aquellas abominaciones que tan tristemente célebre la han hecho en la historia de los pueblos? Por la ociosidad, continúa el mismo Apóstol. Y David, y Sanson, y Salomon, y otros tantos personages virtuosos un dia, ¿cómo se hicieron adúlteros los unos, sensuales los otros, crueles y vengativos estos, irreligiosos aquellos, y todos viciosos y culpables delante de Dios, sino por haberse entregado á una muelle indolencia y á una ociosidad culpable? (Pueden amplificarse muy oportunamente estos pasages de la Escritura.)

Tan cierto es, esclama San Agustin, que nuestra virtud peligra en la ociosidad, y que no hay cosa que mas preserve de incurrir en

(1) Proverb. XII. 24.

(2) Ib. XXI. 25.

Ecci. XXXIII. 29.

⁽⁴⁾ I. Cor. X. 7.

ciertos escesos que el trabajo, antídoto eficacísimo contra las desordenadas pasiones del corazon humano y contra los estimulos del vicio! Pero vista ya la necesidad de esta ley y sus ventajas, considerada bajo su aspecto religioso, réstanos considerarla bajo su aspecto social, ó como una necesidad que afecta al bienestar público como salvaguardia y correctivo de los desórdenes que á él se oponen.

SEGUNDA REFLEXION.

confermed and color of the state of the stat

- 4. Es indudable, como ha dicho un sabio orador, que el trabajo de Dios en las sociedades no bastaria á salvarlas temporalmente, si no hubiese hombres que fijasen, mediante las leyes, ciertos resultados que no se esplican sino por la intervencion de la Providencia; bien asi como tampoco seria suficiente á preservarnos de la muerte si no contribuyésemos con nuestra laboriosidad á utilizar y á aumentar los dones de una naturaleza rica y abundante. Y bajo este concepto salta desde luego á la vista la necesidad social del trabajo, ora como medio de concurrir á la satisfaccion de las comunes necesidades y á la prosperidad individual y general, ora como elemento conservador de los pueblos, en cuanto contribuye poderosamente á fomentar en ellos las buenas costumbres y á disminuir los efectos del vicio y de la inmoralidad.
- 2. No insistiré en demostrar el primer miembro de mi proposicion. Sabido es que así como la laboriosidad es el orígen de la riqueza pública, la fuente de la prosperidad, etc., puesto que con el trabajo se aumentan los capitales, fomentase la industria, progresa la agricultura, toma incremento el comercio, etc., por el contrario la ociosidad enerva la accion de todos esos resortes de público bienestar, paraliza el movimiento, y acarrea, como consecuencias inevitables, la pobreza de las clases obreras, la retiracion de los capitales, la escasez del numerario, y la carestía de los artículos de consumo, etc. El trabajo, pues, es el termómetro que marca

la alza ó baja de la fortuna pública: siendo evidente que la mayor ó menor prosperidad de un pais bajo su aspecto material está en relacion directa del mayor ó menor impulso dado á ese elemento de riqueza. (Aquí puede el orador estenderse en consideraciones muy útiles y oportunas.)

- 3. Pero si tan necesario é indispensable es por lo que respecta á este punto, no lo es menos, y sí mucho mas, considerada la influencia del trabajo en el bienestar moral de las sociedades. Bajo este punto de vista, digo que no hay estado ni profesion en que la ociosidad no sea un crimen, y que por lo tanto todos los individuos en su respectiva esfera tienen un deber gravísimo que cumplir, procurando concurrir con su parte de trabajo á mantener el órden, la armonia y el equilibrio del cuerpo social, de que son miembros. Y de aquí resulta, como consecuencia forzosa y como condicion vital, la necesidad de aplicarse desde luego todos al esacto desempeño de las funciones que está llamado á ejercer en su estado, condicion, empleo, etc.
- 4. Ahora bien , ¿cómo podrá por ejemplo adquirir los conocimientos necesarios para llenar sus deberes el hombre disipado que pasa en una criminal ociosidad la vida de que es deudor á su pais, el jóven que malgasta en juegos y diversiones inútiles el tiempo que bien ocupado pudiera enriquecer su inteligencia para ser un dia útil á sus semejantes, el juez que abandona el estudio, cuando los negocios mas espinosos y de mas difícil solucion exigirian de él mayor aplicacion, el médico que malversa en frivolidades los preciosos momentos que debiera consagrar á desentrañar los secretos de esa ciencia de que pende la vida ó la muerte de la humanidad? etc. (Aqui puede estenderse indefinidamente esta induccion discurriendo por las diversas clases sociales). ¡Y cuán funestas consecuencias no puede acarrear á la sociedad la ignorancia de un magistrado en la administracion de justicia, la negligencia de un sacerdote en las funciones de su ministerio, la indolencia de un profesor en la educacion de sus discipulos, la muelle indiferencia de un hombre de estado en la direccion de los negocios públicos! etc., etc. En estos casos v otros muchos que omitimos, la ociosidad sin dejar de ser

TOROT

un crimen, conviértese en un elemento de desórden y trastorno social cuyos resultados son difíciles de preveer. Y si ese cáncer se estiende á todos los miembros del gran cuerpo..... ¡Ah! entonces la moralidad se resiente, las costumbres adquieren una corrupcion funesta, el vicio no reconoce freno, las pasiones se desbordan, desencadénase la venalidad, la injusticia triunfa; no hay diques capaces de contener ese torrente devastador. Es como si en el mundo material llegase á faltar el principio que mantiene el equilibrio. Todo seria confusion, desórden, caos y desgracias irreparables, etc.

5. Concluyamos pues reasumiendo. La ley del trabajo es religiosamente considerada un deber que comprende á todo hombre sin esclusion de categorías, condiciones, etc., como consecuencia inevitable del pecado que envuelve á la vez su expiacion y su preservativo: considerada en su aspecto social es una necesidad que afecta al general bienestar, como elemento de prosperidad y como correctivo y salvaguardia contra los escesos que trastornan el órden público. Bajo ambos conceptos debemos aceptar y cumplir esa ley providencial, seguros de que llenando este deber y huyendo de la ociosidad, origen corrompido de todo mal, encontraremos en lo que constituye una parte de nuestra pena una recompensa beneficiosa en esta vida, y en la otra mereceremos gozar del reposo eterno prometido á los justos, y que yo os deseo, etc.

PLAN DE UNA HOMILÍA

PARA LA DOMINICA V DESPUES DE PENTECOSTÉS.

PERFECCION DE LA MORAL CRISTIANA, Y SUPERIORIDAD DE SUS PRIN-CIPIOS BASADOS EN LA CARIDAD MAS SUBLIME, SOBRE TODAS LAS DEMAS DOCTRINAS HUMANAS.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos. Si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos. Habeis oido que se dijo à vuestros mayores: No matarás, y que quien matáre será condenado en juicio. Pues yo os digo mas: quien quiera que tome ojeriza con su hermano, será reo de juicio; y el que le llamáre raca, será reo de concilio. Mas quien le llamáre fátuo, será reo del fuego del infierno. Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, te acordáres alli que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y vé primero á reconciliarte con tu hermano, y despues volverás á ofrecer tu don.»

MATTH, v. 20, ET SEO.

Tan cierto es que antes de la venida de Jesucristo no hubo moral perfecta en el mundo, puesto que hasta entonces carecian los hombres de un completo conocimiento de Dios, de su infinito sér é inefables atributos, como lo es tambien que la doctrina del Salvador es de una perfeccion tal que encierra en sus principios cuanto se necesita para arreglar la conducta del hombre, y dirigir sus acciones al bien particular del individuo y á la felicidad comun de las sociedades. Imperfecta de suyo la ley mosáica no llenaba todas las condiciones necesarias para este fin, si bien hasta entonces bastára para contener á un pueblo duro y carnal y hacerle marchar por la senda

del deber. En el estado empero de civilizacion que el Evangelio venia á inaugurar en el mundo, hacíase preciso no abolirla sino perfeccionarla, para que pudiese corresponder á las nuevas necesidades de la humanidad, y conducirla á sus altos destinos.

- 1. Por eso el mismo legislador del nuevo culto, Jesucristo, hablando á sus discípulos les decia: « Si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.» Aludía el Salvador con estas espresiones á la arrogancia fastuosa de aquellos maestros y doctores del pueblo, que en medio de su aparente escrupulosidad en observar las mas minuciosas prácticas de la ley, ayunando, orando, concurriendo al templo, etc., abrigaban no obstante ideas altamente reprobables, cometian punibles injusticias, y por usar del simil del mismo Jesucristo, no eran mas que unos sepulcros, cuya blancura esterior encubria la infeccion que fermentaba en sus corazones egoistas, vanos, orgullosos, vengativos é insensibles á las agenas miserias. Asi que no censura y condena en ellos su fidelidad en observar la ley, al menos en ciertos puntos, sino el espíritu con que la observaban, su hipocresia, su jactancia, y sobre todo aquella libertad que se tomaban para interpretar las leves á su antojo, segun que convenia á sus miras privadas, á sus vicios ó á sus pasiones, etc. No habia en ellos mas que una corteza esterior de virtud: todo lo demas no era mas que finjimiento, simulacion, mentira. El nuevo legislador queria á sus discipulos mas virtuosos, mas perfectos; queria que su religion se basase en principios mas sólidos, mas positivos, menos variables y sujetos á la humana versatilidad; queria una justicia verdadera en el fondo y en sus formas, en lo interior y en lo esterior, como que era mas vasto el plan que se propusiera, y por consiguiente debian serlo las consecuencias.
- 2. Esta perfeccion está consignada en primer lugar en el siguiente paralelo antitético que establece el Salvador: Habeis oido que se dijo á vuestros mayores: No matarás; y que quien matáre será condenado en juicio. Pues yo os digo mas: quien quiera que tome ojeriza con su hermano, será reo de juicio; y el que le llamare raca ó nécio, será reo de concilio. Mas quien le llamare

fátuo será reo del fuego del inferno. Ved ahi la caridad figurando en primera linea, y como elemento esencial de todo el sistema cristiano: y no así como quiera, sino en la mas alta idea de su perfeccion. Ella vá hasta condenar en su origen todo pensamiento, toda palabra ofensiva que pueda herir al prógimo. No solamente la accion de matar es reprobada por la nueva ley, sino que igual responsabilidad hace pesar sobre el que con su lengua envenenada ataca la honra agena, y se ceba en la vida pública y privada de sus semejantes. Hay en el hombre, ademas de su existencia física, una vida moral mucho mas apreciable y de mas inestimable valía, y cuanto á esta atañe, cuanto propende á disminuirla en lo mas mínimo con la maledicencia, la detraccion, la calumnia, el insulto etc., debe considerarse como altamente injusto, y de todo punto mas pernicioso al sér racional que lo que solo se refiere á aquella: puesto que las consecuencias del homicidio espiritual van mucho mas allá, y son incomparablemente mas funestas que las del homicidio material, etc.

3. Nótese pues la diferencia que existe entre la antigua y la nueva lev. Aquella se limitaba á prohibir la accion; esta condena el pensamiento y el deseo injusto: la primera solo atendia á conservar el órden en lo esterior : la segunda aspira á ordenar al hombre interiormente: la una le daba reglas para uniformar su conducta con los principios establecidos en el antiguo código: la otra, para estirpar radicalmente los escesos á que propende el corazon humano, expia sus menores movimientos y trata de reprimir sus primeros impulsos. Del corazon, dice Jesucristo, surgen los adulterios, los homicidios, los hurtos y demas crimenes que mancillan el alma y la dan la muerte. En el corazon se concibe la ira y de allí brota en palabras ágrias é injuriosas, etc., que por último se consuman en hechos perjudiciales y escandalosos. Y la envidia, y la animosidad, y los ódios, y todos esos gérmenes funestos de iniquidad que incendios tan voraces causan en el mundo, ¿dónde se crean, dónde fermentan sino en el corazon, para despues reventar por cien bocas á manera de furioso volcan? Para prevenir pues estos males, sube Jesucristo hasta su origen, y alli los combate, amenazando con un tremendo juicio todo movimiento de ira que el hombre no trató de enfrenar

oportunamente, y consignando castigos proporcionados á las palabras injuriosas segun su mayor ó menor gravedad. Porque la caridad es el cimiento de la perfeccion evangélica, y cuanto en lo mas leve propenda á desvirtuar el brillo de esa virtud, que conserva el orden individual v social, fomentando entre los hombres las buenas relaciones de fraternal union que deben estrecharlos reciprocamente con Dios y consigo mismos, es considerado como atentatorio en sumo grado á la perfeccion cristiana, cuyo vinculo es el amor en frase del

Apóstol (1).

4. Por eso éste no cesa en sus escritos de inculcar ese gran principio, y apenas hay una sola página del nuevo Testamento, como ya en otras ocasiones dejamos demostrado, en que no predomine esta idea. De aqui el decir San Juan que el que no ama no conoce á Dios (2), y trata de mentiroso al que se jacta de amar á éste aborreciendo á su prójimo (3). De aquí el asegurar Santiago que espera un juicio terrible al hombre que no trata con piedad á sus hermanos (4). Y el príncipe de los apóstoles reasumiendo en un magnifico cuadro toda la perfeccion de la vida cristiana, se espresa de este modo: «Sed todos de un mismo corazon, compasivos, amantes de vuestros hermanos, misericordiosos, modestos, humildes: no volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion... porque á esto sois llamados... Asi, pues, quien quiera que de veras ame la vida y desee vivir dias dichosos, refrene su lengua y no desplegue sus lábios para hablar mal... Obre bien, busque la paz, y vaya en pos de ella, etc. (5)...» Hed ahi el retrato del cristiano, y la perfeccion del cristianismo, trazados por una mano maestra. Y tanto es cierto que en la caridad se halla reasumida toda la economía de la religion, que de ella surgen todas las demás virtudes, y huyen todos los vicios: puesto que el que la posee en el grado de perfeccion que exige el Evangelio, ni es envidioso, ni vengativo, ni maldiciente, ni ca-Colos. III. 14.

^{(2) 1.} Joan. IV. 8. (3) Ib. 20.

Jacob. II. 43.

^{(5) 1.} Petri. III. 8 et seq.

lumniador, ni soberbio, ni discolo, ni avaro, ni adúltero, etc., etc.; ni se irrita, ni piensa mal, ni busca sus propios intereses, ni en su corazon anida el egoismo, etc., porque la caridad es sufrida, paciente, benigna, complaciente, mesurada en sus juicios, pausada en sus resoluciones, tolerante con la debilidad, condescendiente con todos, etc. (1).

5. No pues sin razon Jesucristo que venia á perfeccionar la ley basándola sobre ese robusto cimiento, opone la justicia evangélica á la presunta justicia farisáica, estableciendo un paralelismo entre los principios y consecuencias de la caridad cristiana, y los abusos introducidos en el mundo antiguo en punto al amor fraternal, elevando este deber á la mayor altura, y prohibiendo hasta la menor idea contraria á él. Porque para herir la caridad basta el pensamiento, y el hombre permanece criminal respecto de ella en tanto que no lanza de su corazon el mas leve resentimiento. ¡Qué perfeccion! ¡Qué sublimidad! Ved cómo concluye el Salvador su enseñanza en el Evangelio de este dia: «Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar te acordares alli que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja alli mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero à reconciliarte con tu hermano, y despues volverás à ofrecer tu don. » No hav pues cosa tan delicada como el amor fraternal. Todo cuanto á él se opone aborrécelo el Señor de todo corazon, y hace al hombre indigno de su presencia. Fuerza es reparar sin dilacion y lo mas antes posible, cualquiera injuria ó daño ocasionado á nuestro prójimo, sin cuyo requisito, imposible es que Dios acepte las ofrendas de nuestro corazon. El las rechaza indignado, las abomina, las detesta como presentes de un corazon criminal y corrompido. No llevemos pues al pié de sus altares sino sentimientos de amor y de justicia, en cuyos principios se funda la ley evangélica infinitamente superior en santidad y perfeccion á la antigua ley: por cuanto como dejamos dicho, aquella se limitaba á regular esteriormente la conducta del hombre, en vez que ésta exige una consagracion interna, una completa conformidad de espíritu con la letra del Evangelio.

⁽¹⁾ I. Cor. XIII. per tot.

- 6. Engáñanse pues torpemente los que en el cristianismo creen llenar sus deberes sin esta circunstancia. En vano es que se juzguen probos, honestos, castos, etc., porque esteriormente no obren contra las virtudes que prescriben la castidad, la modestia ó la probi-
- tra las virtudes que prescriben la castidad, la modestia ó la probidad. Esto solo serviria para justificarse ante los hombres, no empero para sincerarse ante Dios: por cuanto la perfeccion de la moral cristiana vá mucho mas lejos, y reprueba el menor pensamiento torpe, y condena el simple deseo impuro, y anatematiza hasta la sola idea del mal respecto de todos sus preceptos. (Amplifiquese esta idea estableciendo una induccion sobre las demás virtudes y vicios.)

 7. Examinémonos ahora, M. A. O., y veamos si nuestra justicia es tal cual debe ser segun los principios espuestos. ¿Hay entre nuestro espíritu y nuestras obras una conformidad perfecta con la ley de Jesucristo? ¿Son nuestras acciones la genuina espresion de nuestros sentimientos interiores? ¿Es únicamente el amor del deber el que nos impulsa al cumplimiento esacto de las obligaciones que la religion nos prescribe? En una palabra, ¿obramos en todo por un principio de caridad, y sin otro móvil que la gloria de Dios, ó es mas bien un sentimiento de vanidad ó de hipocresía el que nos hace aparecer morigerados, castos, pudorosos, humanos con el menesteaparecer morigerados, castos, pudorosos, humanos con el menesteroso, compasivos con el doliente, desprendidos con el huérfano y la viuda, leales en nuestros compromisos, incorruptibles en nuestros tratos, respetuosos con los superiores, complacientes con los iguales, tolerantes con los inferiores, etc.? Si en todo esto no hay mas que un barniz seductor, una apariencia de regularidad, una fantasmagoria de cristianismo, porque nuestro corazon no participa del convencimiento de nuestros deberes como emanados de una idea sobrenatural, etc.; en este caso, no pasaremos de ser unos fariseos hipócritas, unos escribas jactanciosos, cristianos en el nombre pero no en la esencia; y no siendo nuestra justicia mayor que la de aquellos, inútil será esperar la recompensa del cielo: aquí en la tierra únicamente deberemos recibir nuestro galardon, etc.

Deduzcamos, A. O. M., algunas consecuencias prácticas epilogando lo dicho en este discurso. Tres son las principales condiciones que deben concurrir en el cristiano para ser verdaderamente justo:

1.ª Cumplir la ley no solamente practicando esteriormente lo que ella ordena, sino con una disposicion interior de corazon en completa armonía con el espíritu de la misma ley. 2.ª Observarla sin restriccion alguna, no limitándose á la letra, sino segun la intencion del divino Legislador, abrazando todas sus consecuencias. 3.ª Evitar escrupulosamente todo cuanto ella prohibe de una manera espresa, y privarse aun de lo que solo permite á veces por necesidad. Ved ahi todo el sistema de la ley nueva cuya superioridad sobre la antigua consiste principalmente, segun San Agustin, en que aquella solo contenia preceptos desnudos, y ésta á la vez que el precepto dá el ausilio oportuno para cumplirle; aquella facilitaba la inteligencia para comprender los deberes: ésta proporciona la virtud necesaria para practicarlos; aquella en fin casi toda era ceremonial y afectaba principalmente á los sentidos esteriores: ésta empero esencialmente preceptiva tiene por principal objeto los afectos del corazon (1). Por último, la ley judáica, como se espresa San Ireneo, tendia á reformar el alma mediante los objetos corpóreos, el interior con lo esterior. De aquí recargada como estaba de mil observancias, necesarias entonces atendido el carácter de aquel pueblo y sus relaciones con los pueblos idólatras, resultaba que los escribas y fariseos pagados únicamente de una perfeccion esterna, comentaban y esplicaban á su capricho el texto de la ley, dándola el sentido que querian, acomodándola fácilmente á sus corrompidas inclinaciones, y haciéndola servir para sancionar sus vicios, etc. Esto empero no cabe en la ley evangélica: sus preceptos son invariables, sus dogmas incorruptibles, sus principios siempre idénticos. Hay tal armonia entre unos y otros, existe una relacion tan estrecha entre todos, que el que en uno falta hácese reo de los demas, etc.

Aspiremos pues, A. M., á la perfeccion del cristianismo: no nos limitemos á una mera observancia de sus preceptos esteriores: procuremos identificarnos con su espíritu: y sea para nosotros sagrado hasta el pensamiento en punto á la virtud. Estudiemos atentamente el fin que Jesucristo se propusiera al darnos la ley de gracia, y se-

gun estó obremos, para que resplandezca en nuestras mas leves acciones ese brillo de santidad que constituye el distintivo de nuestra religion respecto de todos los demas cultos. Entonces podremos esperar la recompensa reservada á la perfecta justicia, y gozar de ella en el cielo por los siglos de los siglos.

TEXTOS DE ESCRITURA RELATIVOS Á ESTE ASUNTO.

«Nisi abundaverit justitia vestra plusquam Scribarum et Pharisæorum non intrabitis in regnum cælorum, etc. (Matth. V. 20.)

»Estote perfecti; sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.

(lb. 48.)

»Obsecro vos fratres per nomen Domini Jesu Christi ut idipsum

dicatis omnes,... sitis autem perfecti in eodem sensu. (I. Cor. I. 10.)

» Exhibeamus omnem hominem perfectum in Christo Jesu. (Colos. I. 28.)

*Super omnia hæc charitatem habete quod est vinculam perfectionis. (Colos. III. 14.)
*Munera et hostiæ offeruntur, quæ non possunt juxta conscientiam perfectum facere servientem. (Hæbr. IX. 9.)

» Necesse est exemplaria quidem cœlestium his mundari: ipsa autem cœlestia melioribus hostiis quam istis. (Hæbr. IX. 23.)

» Omnes unanimes, compatientes, fraternitatis amatores, misericordes, modesti, humiles, etc... quia in hoc vocati estis. (I. Petr. 8 et seq.)»

PASAGES DE SANTOS PADRES.

«Ut vetus lex ultione gladii se vindicabat, et oculum pro oculo eruebat, et vindictam injuriæ retribuebat; nova autem lex clementiam designabat, et belli pristina in æmulos legis et hortis executionem in pacificos actus reformabat. Igitur, sicut vetus lex cessatura pronuntiata est, ita el novæ legis observantia in pacis obsequio eluxit. (Tertul. L. adv. Jud. 3.)

»Hac conditione gignimur, ut generanti Deo justa et debita obse-

quia præbeamus, hunc solum noverimus, hunc sequamur. Hoc vinculo pietatis obstricti Deo et religati sumus, unde ipsa religio nomen accepit: et ab hoc dicimus nomen religionis à vinculo pietatis esse deductum, quod homines sibi Deus religaverit et pietate constrinxerit. (Lactant. L. 4. div. inst. 28.)

»Justitia Pharisæorum est ut non occidant: justitia eorum qui intraturi sunt in regnum cœlorum, ut non irascantur sine causa. Minimum est ergo non occidere: et qui illud solverit, minimus vocabitur in regno cœlorum. Qui autem illud impleverit ut non occidat, non continuo magnus erit,... sed tamen ascendit aliquem gradum: perficietur autem, si nec irascatur sine causa: quod si perfecerit, multo remotior erit ab homicidio. (S. Aug. de Serm. Dom. in monte, C. 9.)

»Lingua plena veneno mortifero, utique nocentior est quam bestiarum atque serpentum: quia illa carnem interficit, hæc animam. (Id. de Nat. et grat. C. 15.)

» Quotidiana fornax lingua humana nostra. (Id. Confes. L. 10.)

»Lingua est lena, et conciliatrix peccatorum. (S. Basil in Ps. 33.)

»Si munera nostra absque pace offerre non possumus, ¿quanto minus et Christi corpus accipere? (S. Hyer. ep. 62 in Theophil.»

Onice maintained completeles, findered to continue and the

SERMON

PARA LA DOMINICA VI DESPUES DE PENTECOSTÉS.

ODIOSO CARÁCTER DE LA USURA, CONDENADA POR LA ESCRITURA, LA TRA-DICION, LAS LEYES DIVINAS Y HUMANAS, Y REFUTACION DE LOS SOFISMAS CON QUE PRETENDEN SOSTENERLA SUS DEFENSORES.

Misereor super turbam: quia ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manducent.

Me dá compasion esa multitud de gentes: porque hace ya tres dias que están conmigo y no tienen que comer.

MARC. VIII. 2.

No hay cosa que mas simpatías escite entre los hombres que la verdadera beneficencia. Ella engendra el amor y hace que el que la ejerce reciba una especie de culto de parte de los que esperimentan su grato influjo. Ella inmortaliza la memoria de aquellas almas que se consagran á prestar sus servicios á la humanidad menesterosa, y la historia cumpliendo con una mision de justicia, perpetua en sus páginas los nombres ilustres de los verdaderos amigos de los pueblos oprimidos y desgraciados. Ved á Jesucristo: donde quiera encuentra en los pueblos por donde pasa las mas señaladas demostraciones de respeto, de admiracion y de entusiasmo; las gentes le siguen á todas partes arrastradas por los innumerables beneficios que van derramando sus manos bienhechoras; los pobres en particular, los necesitados, los que en el egoismo de los grandes y poderosos de la tierra solo encuentran indiferencia y cruel menosprecio,

adhiérense á él, y no saben abandonarle, porque siempre le hallan dispuesto á hacer en su favor todo género de sacrificios. Así que el ruido de su nombre estiéndese por toda la Judea, y adquiere una popularidad asombrosa en todas las clases sociales. No es estraño: Jesus no sabia mas que hacer bien; su corazon paternal no podia ver una necesidad sin remediarla, un dolor que no calmase, un infortunio que no tratase de suavizar. En su inagotable caridad hallaba salud el doliente, proteccion el huérfano, pan el hambriento, etc., porque su alma vivia de amor, y el amor escitando en ella los mas nobles sentimientos obraba portentos nunca vistos. Bien lo manifestó en el hecho que hoy nos refiere el Evangelio. « Habiéndose reunido á su alrededor una gran multitud de gentes hambrientas, convocó á sus discipulos y les dijo: Cáusanme compasion esas gentes, porque hace ya tres dias que están conmigo, y no tienen que comer, y si los envio á sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino etc.» Y en consecuencia de este sentimiento de compasiva ternura obra aquel gran prodigio de la multiplicacion de los panes que tan célebre se ha hecho en la historia.

¡Cuán lejos están de ser estos los sentimientos de los hombres! Hay un vicio que ha adoptado todas las formas de la compasion para ocultar lo que en él hay de odioso y repugnante; pero que no por eso ha podido evitar que sobre él pese la execracion y el anatema universal. La codicia insaciable de ciertas almas metalizadas, ha llegado hasta el punto de esplotar la miseria misma; ha especulado con la necesidad agena, y no omite medio alguno por odioso que sea para apropiarse el fruto del sudor de las clases laboriosas y poco acomodadas. Hipócritas cuanto inhumanos, no han vacilado en tomar prestado el lenguage de la verdadera beneficencia para mejor realizar sus ambiciosos proyectos: «Duéleme, han dicho ciertos hombres, la necesidad de tantas gentes que carecen de los medios de subsistencia: los pueblos tienen hambre, los recursos escasean, la agricultura yace sin movimiento, las artes se paralizan, la industria no prospera, porque el numerario no circula. Proporcionémosles pues medios de vivir, contribuyamos al desarrollo del trabajo y demás elementos de prosperidad social, etc....» Y esto diciendo han

ofrecido sus capitales al labrador, al artista, á la viuda, al obrero. y brindádoles con anticipos que pudieran sacarles de los apuros del momento. Pero ; av! ; cuán á costa suva han esperimentado estas clases infortunadas los efectos de esa mal disimulada compasion! La usura ha causado y causa todos los dias en ellas los mayores estragos. En vez de abrir las fuentes de la riqueza, no ha conseguido sino hacer correr en abundancia las lágrimas del desgraciado, aumentar sus necesidades afectando remediarlas, arruinar muchas familias so pretesto de favorecerlas, acrecentar el número de víctimas de la desesperacion y del infortunio, chupando hasta la última gota de su sangre, en cambio de un pedazo de pan que les dieran para satisfacer el hambre en momentos urgentes. Tal es la usura de que voy á ocuparme en este discurso, mostrándoos « la gravedad de ese vicio que puede llamarse el vicio capital de nuestro siglo por las gigantescas proporciones que ha tomado no menos que por lo general que se ha hecho, y sus funestas consecuencias en el órden religioso-social.» Sin mas que reproducir lo que en otra ocasion tengo consignado respecto de este asunto, espero llenar mi cometido é inspirar el justo horror que se merece ese cáncer roedor que mata todo gérmen de justicia v moralidad.

Ave Maria.

REFLEXION UNICA.

No puede concebirse mayor odiosidad que la de un vicio contra el que por do quiera se vé levantarse un grito unánime de reprobacion y de anatema. Las divinas páginas le condenan, la tradicion constante de todos los siglos le censura, las leyes canónicas fulminan graves y sérios castigos, y aun los mismos códigos civiles han reconocido la necesidad de enfrenar y reprimir su funestísimo influjo en toda sociedad bien ordenada.

Escuchemos en primer lugar las prescripciones de los divinos

libros. Como que de muy antiguo venia siendo la usura el vicio dominante de los pueblos primitivos, los monumentos que le condenan remontan hasta las primeras edades del mundo. «Si prestares dinero al necesitado, (decia Dios á su pueblo) no le apremies como un exactor ni le oprimas con usuras (1). No abuses de la pobreza de tu hermano, ni cobres usuras de él, ni mas de lo que le prestaste (2). No prestes á usura á tu hermano, dinero, ni granos, ni otra cualquier cosa... para que te bendiga el Señor, Dios tuyo en todo cuanto pusieres mano (3).

Cierto que algunos génios que han consagrado su saber á patrocinar y sostener toda clase de absurdos é inmoralidades, no reconocen en estos y otros textos que omitimos mas que un mero precepto de caridad y humanidad, no empero una reprobacion esplícita de la usura, ni menos un precepto de justicia que afectase á todos generalmente, puesto que el Señor permitió, dicen, á los judíos prestar con interés á los estranjeros. ¡Hasta dónde no llega el empeño que han hecho ciertos hombres de justificar ese vicio, el mas incalificable é injusto! Solo en un siglo esencialmente esplotador y avaro, idólatra de los intereses materiales, á los que sacrifica frecuentemente todos los miramientos de conveniencia pública, de religion y moralidad, pudieran inventarse tan absurdos sofismas como los que se ponen en juego para sincerar ese inhumano tráfico con que el mas rico ó mejor acomodado calcula la necesidad del menesteroso bajo un velo especioso de caridad, imponiéndole, so color de remediar sus males, deberes onerosos, obligaciones injustas, exacciones escandalosas que concluyen por labrar su ruina. Digan empero lo que quieran los defensores de ese robo enmascarado, y sin detenernos á rebatir uno por uno sus argumentos dictados por la codicia y reforzados por la impiedad, solo nos contentaremos con preguntarles: si sola la caridad y no la justicia prohibe la usura; si únicamente un precepto civil y local y no un precepto divino y general contienen los pasajes que antes citamos, ¿cómo es que en todas las páginas del

⁽⁴⁾ Exod. XXII. 25.

⁽²⁾ Levit. XXXV. 35, 36.

⁽³⁾ Deut. XXIII. 19.

antiguo Testamento hallamos anatematizado ese vicio? Respondan sino á los textos siguientes: «¿Quién, Señor, pregunta el real Profeta, habitará en tus eternos tabernáculos? El que vive sin mancilla y obra con justicia... el que no dá su dinero á usura ni se deja cohechar contra el inocente. » (1) Si un hombre, dice Dios por Ezequiel, fuere justo y no prestare á usura ni recibiere mas de lo prestado, este tal vivirá... Pero si por el contrario oprimiere al desvalido y al pobre, y cometiese usuras recibiendo mas de lo prestado, no vivirá de ningun modo; su sangre caerá sobre él.» (2) En vista de estos pasages, preciso es confesar que hay un interés sistemático en oscurecer la luz de la verdad, ó convenir en que existe un precepto divino, universal prohibitivo de los préstamos usurarios, que á nadie escluye y se estiende á todos los hombres y á todos los pueblos indistintamente. Bueno que Dios como legislador eterno y en virtud del supremo dominio que ejerce sobre todas las criaturas, tolerase un dia que el pueblo judio pudiese prestar con interés á los pueblos enemigos en justa indemnizacion de los vejámenes que de ellos sufriera. ¿ Y por qué no hubiera podido hacerlo? Pero esto no era sino una dispensa, una escepcion de la ley general. ¿Y acaso la escepcion derogaba la ley? ¿Por ventura la dispensa hacia caducar el precepto? No, y los que tal pretenden no hacen sino poner de manifiesto su ignorancia ó su mala fé. Si pues la ley divina prohibia la usura á los judios, ¿ por qué esa ley no ha de comprender á los cristianos? Si era un crimen entónces ejercer ese tráfico inmoral con el prójimo ¿ por qué no lo ha de ser con mas razon ahora que una ley esencialmente de amor, de caridad y de justicia nos prescribe los mas graves deberes para con nuestros hermanos en Jesucristo? Omitamos empero por innecesarias las mil razones que pudiéramos aducir en corroboración de nuestro aserto, (3) y pasemos á consignar los mas ilustres monumentos tradicionales que han venido á dar un

⁽¹⁾ Psal. XIV. 1 et seq.

⁽²⁾ Ezech. XVIII, 5.

⁽³⁾ El que desée esplanar mas esta materia, hallará debatidos con copia de razones los sofismas de los contrarios en nuestra Teología moral, t. 3, trat. de la usura.

inmenso peso á esta doctrina, colocando á la altura de la mas clara demostracion aquellas palabras del Evangelio: «Prestad sin esperanza alguna de interés» Mutuum date, nihil inde sperantes (1).

Nunca tal vez se admiró una conformidad tan unánime acerca de ningun otro asunto. La voz de los génios cristianos prolóngase como un eco armonioso por todos los siglos adunándose para condenar ese vicio infame y repugnante. Tertuliano evoca el pasage de Ezequiel va citado, y concluye diciendo que la usura y la detestable venalidad de los publicanos fueron las que hacian odioso su nombre á todas las gentes (2). Lactancio comparaba el usurero al ladron, que espía los movimientos de su víctima para despojarla inhumanamente prevalido de su necesidad (3). ¿Por qué, esclamaba el Nacianceno, hemos de engruesar nuestras fortunas á costa de la agena mendicidad, ni amasar con las lágrimas del menesteroso unas riquezas que ha de carcomer el hollin (4)? Poco importa, decia el Niceno, que salvando murallas clandestinamente, ó saliendo á los caminos, sorprendas á tu prójimo para apoderarte de lo suvo, ó que esplotando la necesidad agena te apropies sus caudales por medios usurarios. El resultado es el mismo, y en ambos casos la gravedad del crimen no admite la menor escusa (5). ¿Es acaso mas cruel, pregunta San Agustin, el que roba al rico que el que con empréstitos feneraticios arruina al pobre? No, pues el usurero absorve y convierte en sustancia propia toda la sangre del menesteroso (6). Fácil nos seria acumular un sinnúmero de autoridades del mayor peso, tomadas de los hombres mas ilustres de la iglesia griega y latina, si el tiempo nos lo permitiera, y no temiésemos esceder los estrechos límites de un discurso. Pero pasémoslas en silencio, para admirar en la voz de los concilios la misma identidad de pensamiento respecto del punto en cuestion, a le company y the organ personal shall personal as

- (4) Luc. VI, 35,
- (2) Tert. adv. Marc. 47. L. de pud. 7.
- (3) Istit. L. C. c. 8.
- (4) Orat. 9. A state of a state of the same and the same is
- (5) Hom. 4 in Eccles.
- (6) Ep. 54 ad Maced.

El de Iliberis, tal vez el mas antiguo que se conoce, fulmina pena de degradacion y excomunion contra los iniciados en las órdenes menores, una vez convencidos de haber ejercido la usura, v manda sean lanzados de la Iglesia los legos incorregibles en este vicio (1). Otro tanto ordenan los de Nicea (2), Cartago (3), Lóndres (4); v el de Letran, celebrado en 1138, denomina la usura vicio detestable y deshonroso, rapacidad insaciable, y lanza una nota de perpétua infamia sobre el que le comete, y llega hasta privarle de sepultura eclesiástica (5). El segundo de Leon la califica de voracidad espantosa que mata las almas al propio tiempo que devora los bienes, y prescribe bajo la conminación de maldición eterna, que se observe contra ella lo acordado en el Lateranense (6). Por último, el mismo espíritu, idéntica conformidad, se observa en todas las demas asambleas celebradas en diversas épocas. Las decretales y constituciones pontificias condenan la usura en los términos mas enérgicos...; Y qué nos faltará para completar ese vasto cuadro, si á los textos terminantes de las sagradas páginas, á la voz uniforme de la tradicion, y al asentimiento unánime de la Iglesia reunida en sus concilios, añadimos las prescripciones de la legislacion civil que viene rigiendo desde los primeros siglos del cristianismo?

En efecto, esta tambien levanta donde quiera un grito de anatema para reprobar ese vicio infame de la usura. No bien el Lábaro se ostenta ondeando victorioso sobre la cumbre del Capitolio, cuando el primer emperador cristiano se dispone á enfrenar los escesos de un desórden tan encarnado en la antigua Roma; y en el concilio Niceno reconoce y consigna como inconcuso aquel precepto de Jesucristo: Mutuum date, nihil inde sperantes, y en su consecuencia espide una ley reprobando todo tráfico usurario (7). Siguen sus huellas

⁽¹⁾ V. Cabassut. Synopsis Concil. T. I. pag. 483.

⁽²⁾ Can. 17.

⁽³⁾ Can. 46.

⁽⁴⁾ Can. 14.

⁽⁵⁾ Can. 13.

⁽⁶⁾ Can. 26.

⁽⁷⁾ Tit. ult. L. 2. Cod. Teodor.

los emperadores Honorio y Basilio; y si bien no pudieron conseguir todo lo que deseaban, porque tenian que luchar con errores envejecidos y con pasiones hondamente arraigadas, no por eso es menor la gloria que adquirieron por haber intentado estirpar ese torpe tráfico, ese lucro inmoral, origen de tantas concusiones y de injusticias tan irritantes. La codicia era en Roma y en todo el imperio una pasion general: los espíritus no estaban aun dispuestos á una transicion tan repentina: atacar de frente á ese vicio, sobre impolítico hubiera sido imprudente, y no hubiese dado los resultados apetecidos. Preciso era tolerar algo para conseguir mucho con el tiempo: y he aquí por qué los antiguos legisladores se vieron forzados á hacer algunas concesiones, y á contemporizar en un principio, hasta lograr paulatinamente el compteto esterminio de la usura. A este fin trabajaron sin levantar mano los capitulares de Carlo Magno y las santas asambleas de aquella época. A lo mismo conspiraron entre nosotros los antiguos códigos, á pesar de la gran barrera que la heregía de Arrio oponia al desarrollo de la civilizacion católica. ¿Y quién ignora lo que en este punto prescriben el Fuero juzgo, nuestras leyes de Partidas, los ordenamientos de Alcalá, las cortes de Valladolid, Toledo, Madrid, etc., las reales cédulas de Felipe III, Felipe IV, Carlos III y IV y otros, y por último el código de comercio en la materia que from a find contained the nos ocupa?

¡Ah! Imposible parece que á pesar de tantas pruebas aducidas contra la usura, haya todavia quien se obstine en defenderla. Y por desgracia así es. Ni las prescripciones tan terminantes de los divinos libros, ni el eco prolongado de la tradicion, ni las decisiones inapelables de la Iglesia, ni las sabias disposiciones de las leyes civiles, ni el grito de la conciencia pública, bastan para inspirar el debido horror á ese vicio tan odioso, ni para convencer á los modernos economistas, empeñados todavia en sostener que la usura no está prohibida por derecho divino, y en presentarla como una fuente inagotable de riqueza, como una lluvia beneficiosa que fertiliza los campos, como un manantial perenne de goces y de felicidad. ¿ Y es concebible que esto lo digan unos hombres que debieran ser los primeros en respetar y observar las leyes canónicas y civiles vigentes

en la materia; que lo digan y proclamen en alta voz á vista de millones de familias que gimen en la mas espantosa miseria, arrastradas por ese torrente devastador; que lo publiquen en unos libros destinados á servir de norma á los que se dedican al estudio de la legislacion, y esto en medio de un siglo que apela altamente á los hechos como última prueba de las teorías, de unos hombres que tienen siempre en los lábios los nombres de filantropía y fraternidad?...; Y ese siglo, y esos hombres, que son el órgano de sus mentirosas utopias, no ven que lo que se defiende es el mas torpe individualismo, ese yo egoista y especulador, que no se detiene ante las mil y mil víctimas que deja á su paso en su marcha homicida, ni retrocede ante la razon de mas de treinta siglos, ni se para ante la voz imperiosa de la lev eterna, ni hace caso, antes bien se rie de las leves humanas, porque su objeto es levantar fortunas colosales sobre las ruinas de la indigencia, destruir, empobrecer y arruinar á muchos para proporcionar goces, lujo y riquezas inmensas á unos pocos! Con razon dijo Séneca que la usura y los ágios de la humana codicia son unos nombres buscados fuera del órden natural de las cosas. ¡Tanta es su odiosidad, tan grande su vileza! Acumulen pues sus defensores cuantos sofismas puedan inventar para cohonestar y sincerar esos préstamos feneraticios que vienen siendo el origen de la mas escandalosa inmoralidd y el agente de las mas lamentables desgracias. «Los capitales, dicen, se ponen en circulacion; la concurrencia se aumenta proporcionalmente al movimiento que se dá al dinero y demas cosas fungibles; las transacciones se realizan con mas economía; los anticipos facilitan la agricultura y dan impulso á las operaciones mercantiles. » Por manera que la usura viene á ser en su opinion una panacéa universal que cura todos los males, remedia todas las necesidades, enjuga todas las lágrimas, y proporciona goces y abundancia á las clases menesterosas, al paso que mantiene el equilibrio entre estas y las mas favorecidas por la fortuna... ; Insulto atroz! ¡Sarcasmo intolerable lanzado á la humanidad á vista y presencia de esa miseria espantosa á que la porcion mas numerosa de las sociedades se ve reducida, merced á unos préstamos ruinosos, que si bien han podido improvisar un escaso número de fortunas privilegiadas,

que se ostentan orgullosas en las altas regiones, no han creado otra cosa en la gran masa del pueblo que débitos insolubles, compromisos irrealizables, despojo, desolacion, hambre y ruinas! Esto desgraciadamente es una verdad que salta á la vista y no necesita demostrarse. Con solo lanzar una mirada en derredor de la sociedad actual es lo bastante para convencerse de lo que son esas bellas ilusiones, esas promesas lisonjeras, esas ventajas tan alucinadoras que proclaman los forjadores de utopias, los industriosos calculadores del siglo en que vivimos.

Pero independientemente de esto, prescindiendo de la falsedad de semejantes aserciones (pues es cosa demostrada por la diaria esperiencia que la usura, lejos de estimular la laboriosidad no hace mas que acrecentar la ambicion y dar fomento á la holganza; que en vez de facilitar las transacciones mercantiles no hace sino aumentar el monopolio y abrir puerta franca al fraude; que lejos de dar vida á la agricultura, agosta los campos y hace los terrenos baldíos, incapacitando al labrador para beneficiar sus barbechos; que bien al contrario de evitar los ágios y las exigencias de los prestamistas dando toda la latitud posible à este género de industria, no se consigue otro objeto que aguijar cada vez mas la codicia; que en vez de dar animacion á la industria, la mata estimulando á los que á ella se dedican á buscar mejor suerte y ganancias mas crecidas, mas positivas y menos costosas en ese tráfico inmoral); prescindiendo, decimos, de esto y de otras muchas reflexiones que saltan á la vista del menos perspicaz; siquiera la usura no destruvese la moralidad de los pueblos, ni inficionase á todas las clases sociales con gran menoscabo de las ideas de caridad y de justicia y de los mas nobles instintos del corazon humano; aunque no fuese una triste verdad que seca los manantiales de la verdadera riqueza, y puebla las ciudades de esplotadores sin compasion, que á manera de sanguijuelas chupan la sangre del artesano, del labriego, del artista, de todo el que necesita recurrir á ellos en sus necesidades, etc.; ¿seria por eso licito y justificable lo que positivamente reprueban las leves divinas y humanas, lo que rechaza y anatematiza la Iglesia, lo que la conciencia condena, lo que el buen sentido no puede tolerar por inhu-

mano y cruel? Y digan lo que quieran esos hombres que ante el interés del individuo no hacen escrupulo de sacrificar el bien comun. y reconociendo por base, por principio único de todo deber y de todo derecho un torpe esclusivismo, no ven en el mundo mas que un hombre, es decir, ellos mismos, su propia individualidad. No por eso perderán nuestras doctrinas su eterna verdad, siquiera las huellen con sus acciones, que equivale á hollar cuanto hay de mas respetable y sagrado, Dios, la Iglesia, la tradicion, y nuestras leves patrias. Estas, pues, están en su lugar cuando prohiben los préstamos usurarios porque están apoyadas en las divinas: y por mas que reclame, y grite, y proteste la codicia contra sus sábias y justas prescripciones, jamás podrá eludir su obligacion en el fuero de la conciencia, siquiera en el fuero esterno consiga evitar fraudulentamente su accion. Acumule en buen hora el usurero tesoros con las economias del pobre, levante soberbios palacios sobre los escombros de mil familias arruinadas; coma alegre y satisfecho el pan amasado con la sangre de sus victimas..... Esos tesoros, esos edificios, esos bienes que llama suyos no lo son en realidad; su dominio no ha podido pasar á sus manos, se despegan de ellas, porque jamás tuvo derecho á su propiedad. No hay que hacerse ilusiones: cualquiera que sea la preponderancia que han tomado en nuestra época esas doctrinas disolventes, siempre será cierto que llevan consigo el anatema de mas de treinta siglos; que las sagradas páginas condenan ese vicio infame, que la Iglesia le reprueba, que los monumentos mas respetables de la antigüedad gritan contra él, que la legislacion le prohibe, que la humanidad en general le detesta, y la civilizacion misma le rechaza. A pesar de las pomposas frases de los nuevos economistas, por mas que se afanen en forjar utopias para alucinar á los pueblos, haciéndoles creer que tienen en sus manos el manantial de la prosperidad y el fabuloso cuerno de la abundancia, siempre será una verdad, y la única verdad que prevalecerá sobre todos sus errores, que el hombre justo, el hombre digno de morar en la mansion del Dios de la justicia, es «el que vive sin mancilla, y en cuyo corazon no hay dolo ni fraude: el que jamás dió su dinero á usuras, ni traficó con la necesidad del indigente.»

Seamos pues justos, desinteresados, compasivos, misericordiosos y caritativos como lo fué Jesucristo nuestro divino modelo. Prestemos á nuestros prójimos los servicios que reclama su situacion, sin esperanza ni mira alguna de lucro mundanal; no aumentemos las lágrimas del desgraciado en vez de enjugarlas; no irritemos mas las heridas que en su corazon abrió el infortunio, en vez de cicatrizarlas; no consumemos su ruina en vez de prestarle apoyo. Que nuestro amor sea sincero, que nuestra beneficencia sea positiva, que en nuestros servicios no se mezcle el mas leve pensamiento de especulacion y torpe venalidad; y nuestra recompensa será eterna, y nuestro galardon una perdurable inmortalidad.

and one of the interior sights and one is a first progress and one of the progress and one of the progress of

enangengotu englik no anana per emperan non esak kananané sarang kanang salam anang kanang penguapkan penguapkan di manang salam kanang salam manang salam manang salam kanang s

PLAN DE UNA HOMILÍA

PARA LA DOMINICA VII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

ings among lacked at long the comment

PRECAUCION NECESARIA CONTRA LAS ARTERÍAS DEL ERROR Y DEL VICIO ENMASCARADOS CON LAS APARIENCIAS DE VERDAD Y DE VIRTUD.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Guardaos de los falsos profetas que se presentan á vosotros disfrazados con piel de oveja, no siendo en su interior sino lobos voraces: por sus frutos los conocereis. ¿Acaso se cogen uvas de las espinas, ó higos de las zarzas?... No puede un árbol bueno dar malos frutos, ni un árbol malo producir frutos buenos. Todo árbol que no diere buen fruto, será cortado y echado al fuego. Por sus frutos, pues, los conocereis.»

MATTH. VII. 45. ET SEQ.

Una de las cosas mas necesarias en el cristianismo es la precaucion con que debemos vivir contra los amaños del error no menos que contra las arterias de la falsa piedad. El vicio y la mentira, no pudiendo presentarse á cara descubierta porque su odiosidad les hace en estremo repugnantes, adoptan frecuentemente la máscara de la virtud y de la verdad para introducirse mas fácilmente en los corazones y multiplicar á mansalva sus conquistas. Por eso Jesucristo recomendaba á sus discipulos, que á la sencillez de la paloma juntasen la prudencia de la serpiente: prudencia tanto mas necesaria para no caer en los lazos que incesantemente nos tiende el génio del mal, cuanto que este por medio de sus agentes trabaja incansable para perdernos, poniendo en juego todos los resortes de la mas re-

finada astucia, y desarrollando los fecundos recursos de su hipócrita malignidad. Nunca pues será demasiada la reserva del cristiano, y esa desconfianza con que debe mirar siempre aun lo que bajo el carácter de virtud se presenta á sus ojos: porque donde quiera, en todos los estados, en todas las clases indistintamente, la hipocresía tiene sus satélites, la simulacion cuenta con ausiliares decididos, y hay en todas partes apóstoles de iniquidad, profetas de corrupcion prontos á revestirse de todas las formas para llevar á cabo la obra tenebrosa del infierno que han tomado á su cargo.

Contra esta clase de hombres peligrosos nos exhorta á precavernos el Salvador en el presente Evangelio, cuando en la persona de sus discipulos nos dice: « Guardaos de los falsos profetas que se presentan à vosotros con piel de oveja, no siendo en su interior sino lobos voraces.» Sabia muy bien Jesucristo que vendria un dia en que combinando vastos planes y urdiendo una conjuracion horrible contra su religion santa, surgiria del seno mismo del cristianismo una generacion maldita de hombres perversos, vendidos al error y á la mentira, desvergonzados, carnales, soberbios, sin fé, sin creencias, sin humanidad, discolos, perturbadores, enemigos de todo órden, llenos de impiedad, rebosando cinismo, y vomitando blasfemias, pero que para llevar á feliz cima su pensamiento, revestiríanse del antifaz hipócrita de una supuesta severidad de costumbres, de un deseo aparente del bien público, etc., diciéndose los protectores de la humanidad oprimida, los libertadores de los pueblos esclavos, los regeneradores de la sociedad, para mejor arrastrar á los incautos y seducir á los ignorantes ó desprevenidos. Y ved por qué á fin de que estuviésemos siempre en guardia y no nos dejásemos alucinar de vanas esterioridades, Jesucristo dá el grito de alarma y nos aconseja la mayor cautela respecto de esa clase de hombres, dándonos á la vez la señal infalible para distinguir entre la apariencia ó la realidad, entre la verdad ó el error, entre la virtud o el vicio: Por sus frutos (dice) los conocereis.

¡Y cuántos falsos profetas de la clase á que hoy se refiere el sagrado texto, no han aparecido en todas épocas en el cristianismo! ¡Cuántos no existen entre nosotros, cuyo conocimiento nos seria muy

dificil si no adoptásemos la regla infalible del Evangelio! Falsos políticos que so pretesto de mantener intactas las regalías de la corona, atacan sin piedad los derechos de la iglesia, y trastornan la disciplina, y corrompen la moral, y dogmatizan á su antojo haciendo servir á la verdad de instrumento del mas fiero despotismo, privando á la religion de la libertad que quieren posea indefinidamente el pueblo... Críticos descontentadizos que ostentando moderacion, y á la sombra de un celo desinteresado por la verdad, no hallan inconveniente en poner en tela de juicio los hechos mas demostrados, y en sembrar dudas acerca de lo que nunca admitió discusion, para desautorizar la historia y desacreditar los principios inconcusos del catolicismo... Teólogos venales en cuyos semblantes está pintado el candor de la virtud, á cuyos lábios asoma siempre la sonrisa amable de la mansedumbre, cuyos ojos respiran modesta gravedad, etc., pero que llenos de orgullo, y fermentando en sus corazones el mas refinado amor propio, quieren hacer prevalecer sus opiniones privadas sobre las de toda la iglesia, y á trueque de parecer adictos á ciertos sistemas, o de ser tenidos por sábios y despreocupados, no reparan en verter los mayores absurdos, y enseñar las mas monstruosas aberraciones del humano entendimiento... Hed ahi otros tantos lobos voraces que encubiertos con piel ovina solo conspiran á perder las almas sencillas, á matar la fé, á desterrar las verdaderas creencias, á sembrar la inmoralidad, á sobreescitar las malas pasiones, creando la anarquía intelectual y convirtiendo el mundo religioso y político en un verdadero caos. Y sino observad sus frutos, examinad los resultados que han dado las pomposas teorías de los unos, los brillantes sistemas de los otros, el dogmatismo de estos, el doctrinarismo de aquellos, y nada encontrareis sino incredulidad, indiferencia, libertinage, materialismo animal, etc., únicos frutos que ha sabido producir el árbol de la moderna ciencia del bien y del mal.

Porque, como dice muy bien Jesucristo: ¿ Acaso se cojen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas? ¿ Pueden las tinieblas producir la luz, ni el error engendrar la verdad, por mas que la hipocresía eculte con su manto su odioso semblante? No, nunca: y en prueba

de ello, ved lo que han legado al mundo los que un dia proclamaban altamente la regeneración de las sociedades modernas. ¿Qué frutos han recogido de tantas promesas y de tan altisonantes teorias? ¿Son mas libres hoy porque aquellos les hicieron vislumbrar una nueva era que debia quebrantar las cadenas del despotismo? ¿Son mas ricas despues que presentándolas la seductora perspectiva de una abundancia fabulosa, ensalzaron hasta las nubes los nuevos sistemas económicos? ¿Son mas religiosas, mas cristianas, desde que publicaron que venian á restablecer en su primitiva altura el dogma y á difundir una moral mas sublime? ¿ Son mas ilustradas desde que aparecieron aquellos oráculos del buen gusto y de la bella literatura? Ahí está la historia : dige mal ; ahí están los hechos. Respondan ellos por nosotros. Los pueblos cada vez mas tiranizados por los que se decian sus libertadores ; el empobrecimiento de las grandes masas creciendo en proporcion del presunto desarrollo de la industria; la Iglesia de dia en dia mas humillada, el dogma de cada vez mas combatido, la moral cada dia mas olvidada por los mismos que se decian llamados á colocar estos objetos á la altura de la moderna civilizacion; la ignorancia en fin produciendo cada dia nuevos crimenes, mayores desórdenes, escesos nunca vistos; decepciones, desengaños y amargas lecciones para el porvenir; hed lo único que nos han dado esos falsos profetas, esos oráculos de la mentira..... Eran lobos con piel de oveja que no intentaban sino seducir para devorar; eran espinos que solo podian herir y ensangrentar al que incauto ó imprudente se acercaba á ellos; eran zarzas capaces únicamente de enredar entre su florido ramaje á los que fascinados por las apariencias tenian la curiosidad de probar sus frutos... etc.

Hay empero otros falsos profetas no menos temibles que estos, cuyo contacto ha probado la esperiencia ser altamente peligroso, por lo que debemos vivir siempre apercibidos para no caer en sus redes. Hablo de nuestras propias pasiones. Enemigos domésticos, males necesarios é inevitables, tambien ellas saben despojarse de lo que tienen de feo y repugnante, y enmascararse con un barniz engañoso para hacernos mas fácilmente sus esclavos y sus víctimas. Tambien son lobos carnívoros bajo la esterioridad de mansos y pacificos cor-

deros. ¡Cuántas veces el orgullo nos pinta con los mas seductores coloridos la gloria de la elevacion, el triunfo de la superioridad, el placer de la venganza y otras cosas de este género cual si en ciertos casos pudiera ser un deber para el hombre de elevadas miras y de sentimientos generosos! ; Cuántas la codicia nos representa como una necesidad la posesion de ciertos bienes que no pueden adquirirse sino por medios ilegales é injustos, haciéndonos creer que en ello no existe mal alguno atendidas las circunstancias escepcionales en que nos encontramos, ó pretestando solamente razones de conveniencia pública etc.! ; Cuántas la sensualidad revistiendo con las flores de un inocente pasatiempo los encantos del placer, nos impulsa á lanzarnos á ciertos goces que empiezan por una distraccion inofensiva y concluyen por el crimen! ¡Cuántas en fin nuestra razon enfermiza y estraviada nos hace creer en el dogma de esa soberanía individual, en virtud de la cual aspiramos á los mas absurdos derechos y nos dispensamos de los mas graves deberes! ; Ah! Todas esas pasiones seductoras son otros tantos profetas del error y apóstoles del vicio, que nos adulan para perdernos, nos alucinan para engañarnos, nos comprometen para hacernos sordos á los gritos de la conciencia y de la religion. Lobos voraces que se acercan como amigos para despues saborearse con nuestra sangre, enemigos enmascarados que nos convidan con apariencias de paz, para despues burlarse de nuestra candidez é insultarnos en nuestra humillacion... etc.

¡Y cuántas pruebas de hecho pudiéramos aducir en corroboracion de este asunto! Aquí es un jóven virtuoso que dió en frecuentar las reuniones del gran mundo: sus amigos le adulan, el público le aplaude, por do quiera no oye mas que alabanzas que lisonjean su amor propio... Poco despues ya no se advierte en él aquella prudente reserva que le caracterizaba, el cínismo ha reemplazado á la modestia, á la severidad de costumbres ha sustituido el libertinage de las pasiones... ¿ Qué es esto? Un falso profeta le ha seducido: la voz de la lisonja hirió de vértigo su cerebro, no conoció que bajo aquellos aplausos y alabanzas, ocultábase un veneno mortifero: cayó en las garras del lobo, y ha sido devorado por el mónstruo de la inmoralidad.

Alli es una doncella honesta que nunca escuchó mas que la voz del deber: pero desgraciadamente suena en sus oidos el eco suave del amor anunciándola delicias y felicidad: su corazon se deja arrastrar de aquellas primeras impresiones; sigue sin examinar ni preveer las consecuencias el impulso de una pasion naciente, y poco despues enredada en el interminable laberinto de los goces mundanales, y adormecida en los brazos del placer sensual, solo despierta para ver su deshonra, para llorar su infamia, y para lamentar su credulidad. ¡Desgraciada! Un falso profeta inoculó en su corazon un veneno activo envuelto en palabras al parecer candorosas y sencillas: y fermentando á su tiempo, mató en él su primitiva inocencia, deshojó su virtud, marchitó su candor, hízola en fin criminal, para hacerla despues desgraciada. (Esta idea puede amplificarse fácilmente y con mucha oportunidad.)

¡Tan cierto es A. M. que, como dice hoy Jesucristo en su Evangelio, á la manera que no puede un árbol bueno dar malos frutos, tampoco puede un árbol malo producir frutos buenos! Eso seria obrar contra la naturaleza misma de las cosas, seria trastornar el órden universal establecido por el Criador, y las leyes invariables de las causas y de los efectos. Y esto sucede no menos en moral que en política, en religion lo mismo que en sociedad. ¿Cómo es posible que el hombre carnal que vive bajo el dominio de las pasiones, produzca frutos de modestia, de castidad, de recato, etc., y dé buen ejemplo á sus prójimos? Por el contrario, para acallar unos remordimientos inevitables, ó para solazarse en su propia impiedad, buscará donde quiera compañeros de crimen, predicará con sus obras la sensualidad, y nada omitirá por inficionar á cuantos andan á su alrededor, propagando cuanto le sea dable el corrompido hálito de sus costumbres perversas. Otro tanto hará el avaro, el codicioso, el soberbio, el libertino, el incrédulo, llenando en el mundo la horrible mision comenzada en el paraiso por el espíritu del mal, cuyos agentes y continuadores se constituyen, etc.

Esta obra de perdicion tendrá indudablemente sus resultados y aumentará las filas del error y del vicio: pero tambien llegará el dia de la expiacion vaticinado por el Salvador: *Todo árbol que no*

diere buen fruto será cortado y echado al fuego. ¡Conminacion terrible de la divina justicia! Sí, el fuego y fuego eterno será el término de todos esos árboles podridos que no dieron de sí otros frutos que lecciones de inmoralidad, ejemplos detestables de corrupcion, ni brotaron sino impiedad, cinismo, indiferencia, sensualidad, y toda clase de escesos, con cuyo influjo pervirtieron las costumbres, sembraron el escándalo, fomentaron el vicio, autorizaron el libertinaje, sancionaron la desvergüenza de las pasiones, y sacrificaron víctimas á millares ante las aras de Luzbel.

Cautela pues. M. A. O., contra todos esos falsos profetas que conspiran á envolvernos en su propia ruina: y no olvidemos jamás la señal que por segunda vez nos da hoy Jesucristo para distinguir á los lobos de las ovejas: Por sus frutos los conocereis. Habrá quien os diga que desean el triunfo de la moral pública.... No os fieis: examinad sus obras y vereis que la quieren para sí, no para los demás: una moral que autorice sus concusiones, que respete sus bienes mal adquiridos, que sancione sus dilapidaciones, etc. Fuera de esto no conocen mas moral que la licenciosidad y el desenfreno. Su esterior es de oveja, pero su interior es de lobo. No faltará quien os predique enfáticamente la probidad, haciendo la apología de la virtud, ensalzando hasta las nubes la necesidad de la religion en sus relaciones con la sociedad, etc.... Observadles, y no tardará en caer la máscara de su hipocresía, y los vereis asociarse á toda idea irreligiosa, y combatir las esterioridades del culto católico, y tratar de supersticion sus prácticas sagradas, y rastreros á ley de culebras, seguir una marcha tortuosa, para encubrir sus provectos criminales contra la Iglesia, contra el Evangelio, contra toda verdad religiosa, etc. Eran lobos con piel de oveja. (Amplifiquese esta idea fecunda.)

No basta empero precavernos de los enemigos estraños: preciso es estender nuestras precauciones á los enemigos domésticos, guardarnos de los falsos profetas de nuestras propias pasiones, y vivir en guardia para no dejarnos sorprender de estos lobos enmascarados que ni un momento duermen, espiando la ocasion oportuna de aprovecharse de nuestra debilidad ó de nuestro descuido. Y puesto que los frutos que produjéremos deben decidir nuestra suerte fu-

tura, examinémonos si somos árboles fecundos en buenas obras, ó arbustos estériles ó perniciosos, buenos únicamente para arder en el fuego perdurable. Tierra fértil es la Iglesia en donde el Señor nos plantó para que regados con las abundantes aguas de su gracia, diésemos frutos centuplicados de vida eterna. Tal es nuestra mision, segun aquello de Jesucristo á sus apóstoles: «Os envio para que fructifiqueis v vuestros frutos sean permanentes.» ; Av pues de nosotros si fuésemos plantas parásitas sin aroma, incoloras y estériles! Ay de nosotros si en vez de brotar dorados racimos como de nosotros espera el Señor, solo arrojásemos agraces ó espinas! No, M. A. O., sea nuestra vida fecunda en virtudes, rica en merecimientos, abundante en obras de una piedad tan activa como afectuosa. Separémonos al efecto del contacto contagioso de los malvados, huyamos de los falsos profetas, ahuyentemos á los lobos disfrazados; y llenando en esta vida la mision que el cielo nos confiára, esperimentaremos despues los efectos de nuestra inviolable fidelidad á los preceptos de Dios, y de sus propias manos recibiremos la diadema de la inmortalidad.

c'aliabement et problebit, barrende los poingin de la virtuelt onesizen-

and linear samina or the following a second of the second

des que el un messanto duerrant, regisació la oresion oportuna de

HOMILÍA

, Garagnava ouza la handa

PARA LA DOMINICA VIII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

nin almos dalla ads substanta de la

DEBER DE LA LIMOSNA, Y SU INFLUENCIA EN NUESTRO PORVENIR ETERNO,

POR LAS VENTAJAS ESPIRITUALES QUE PROPORCIONA AL QUE LA EJERCE

SEGUN EL ESPÍRITU DEL CRISTIANISMO.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Habia un hombre rico que tenia un mayordomo, del cual por la voz comun vino á entender que le habia disipado sus bienes. Llamole pues, y le dijo: ¿ Qué es lo que oigo de ti? Dame cuenta de tu administracion, pues no quiero que en adelante cuides de mi hacienda. Entonces el mayordomo dijo entre si: ¿ Qué haré, pues mi amo me quita la administracion? Para cavar no valgo, mendigar me da verguenza. Pues bien, yo sabré lo que he de hacer para hallar personas que me reciban en su casa cuando sea removido de mi mayordomía. Y llamando à los deudores de su amo, à cada uno de por si, dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi amo? Respondió: Cien barriles de aceite. Dijole: Toma tu obligacion, sientate, y haz al instante otra de cincuenta. Dijo a otro: ¿Y tú cuánto debes? Cien cargas de trigo. Díjole: Toma tu obligacion y escribe otra de ochenta. Y el amo alabó à este mayordomo infiel de que hubiese sabido portarse sagazmente: porque los hijos de este siglo son mas prudentes que los hijos de la luz. Así os digo yo á vosotros: Granjeaos amigos con las riquezas de iniquidad, para que cuando falleciéreis seais recibidos en los eternos tabernáculos.»

Luc. xxi. 4. et seq.

Para el hombre de fé, para el creyente sincero, para el cristiano que sabe apreciar en lo que vale el tesoro de verdades que encierran los divinos libros, brotan sin cesar de ese puro manantial que Jesucristo nos dejó en la tierra las mas sublimes enseñanzas, y una moral tan bella y admirable que donde quiera muestra impreso el sello de la divinidad de su autor. Al leer con la debida atencion la parábola

TOMO III.

que hoy nos refiere el texto evangélico, se ven surgir las escelencias y ventajas de esa virtud tan recomendada en el cristianismo, que al propio tiempo que forma las mas puras delicias de un corazon sensible, proporciona al hombre un medio poderoso de estrechar mas íntimamente sus relaciones con Dios, y de tenerle propicio para el gran dia de la expiacion. Ya habreis comprendido que aludo á la caridad, no ya considerada en su admirable conjunto, como un sentimiento que nace del amor divino y abraza todo cuanto se refiere al amor del prójimo, y si únicamente en cuanto se sensibiliza esteriormente por medio de la limosna. ¿Y quién duda que esta, mediante el sacrificio de unos bienes terrenos, dones gratuitos de la divina Providencia, proporciona al cristiano un fondo casi inmenso de merecimientos sobrenaturales que le preparan una felicidad sin término y una riqueza eterna é inamisible?

Oid el simil que hoy nos propone Jesucristo en su Evangelio, de donde iremos deduciendo las admirables consecuencias que naturalmente se desprenden. Habia (dice) un hombre rico que tenia un mayordomo, del cual por la voz comun vino à entender que le habia disipado sus bienes. Ved, A. O., retratados en estas palabras á esos hombres que favorecidos por una providencia misericordiosa con los bienes de fortuna, los malversan de la manera mas indigna en satisfacer toda clase de caprichos y pasiones las mas vergonzosas, sin acordarse que hay en el mundo séres desgraciados que gimen en la indigencia, pobres que carecen de un pedazo de pan con que acallar el hambre que les aflige, padres de familia sumidos en la desesperacion por no tener con que alimentar á sus hijos, viudas que lloran inconsolables en la mas cruel necesidad, virgenes pudorosas cuya virtud peligra victima de privaciones que ya no pueden soportar, y mil v mil otros que esperan dia v noche la mano generosa que les prodigue algun escaso ausilio con que parar el golpe de una muerte cierta, ó libertarse de una idea criminal... ¿Y no somos todos, y especialmente los ricos, otros tantos administradores del Supremo Dador de todas las cosas? ¿No es suyo todo cuanto en la tierra poseemos? ¿No pesa sobre nosotros un deber gravisimo de distribuir convenientemente los dones que nos tocaron en suerte con los demas

TOMO IN.

miembros menesterosos de Cristo, á quien estamos unidos como á nuestra cabeza? Monopolizar en provecho propio lo que pertenece á toda la gran familia, privar al menesteroso de la participacion del legado comun de todos los hijos de Dios, ¿ no es un esclusivismo tan ofensivo á la magestad de ese Padre infinitamente bondadoso y sabio, que á ninguno mejoró en su testamento, sino que á todos dió idénticos derechos, como cruel é inhumano respecto de nuestros prójimos, que donde quiera pueden representar iguales titulos que nosotros al disfrute del legado paterno? Y no vayais á creer, A. O., que vengo á predicaros ese socialismo impío y absurdo que ciertas imaginaciones ardientes soñaron en momentos de febril acceso. No ignoro que el órden providencial exige que haya esa distincion de clases y de fortunas que concurre á mantener el equilibrio en las sociedades. Sé que es una utopia insensata el pretender que todos en el mundo sean igualmente ricos, que todos posean los mismos bienes de fortuna, idénticas consideraciones, etc., lo cual no daria por resultado sino la mas completa anarquía, la confusion, el caos. Pero, ¿deja de ser por eso menos cierto que siendo el rico un mero usufructuario de los bienes con que le favoreció el cielo, y debiendo administrarlos segun los designios de su paternal providencia, falta gravisimamente abusando de ellos cual si los poseyese en propiedad, y se hace reo de lesa-humanidad cuando por un esceso de codicia los esconde, los monopoliza, ó los malversa en superfluidades inútiles, privando de su participacion al indigente, y escluyendo al menesteroso de lo que de justicia reclaman sus verdaderas necesidades? Porque ello es que el pobre, como hijo de Dios, tiene un derecho incuestionable á lo que al rico sobra despues de cubiertas sus atenciones, y en esto convienen todos los Padres de la Iglesia: y por consiguiente lo que á él se le niega se le niega á Dios, lo que se sustrae á sus legítimas necesidades es un robo hecho á la Providencia. El que se desentiende de las miserias del pobre, insulta á la humanidad desvalida, insulta al mismo que por ella se sacrificó siendo Dios, y al que insulta á Dios y á la humanidad, ¿qué le resta sino las maldiciones de ambos, y un juicio sin piedad, y un fallo sin misericordia?

No de otra suerte que el hombre de la presente parábola llamó á su mayordomo y le dijo: ¿ Qué es lo que oigo de ti? Dame cuenta de tu administracion, pues no quiero que en adelante cuides de mi hacienda, así tambien en su dia residenciará Jesucristo á los ricos disipadores de sus dones, á los hombres inhumanos y de corazon empedernido que miraron impasibles las agenas miserias, mientras ellos gozaban de las delicias de un sibaritismo insultante. Pues escrito está que desentendiéndose en cierto modo de todo lo demás, hará un cargo severo y formulará una terrible acusacion contra los que no ejercieron la beneficencia con el pobre. «Tuve hambre, les dirá, y no me disteis de comer, estuve sediento, y me negásteis un vaso de agua, desnudo andaba y no cubristeis mis miembros, etc., por cuanto lo que á uno de mis menores hermanos negásteis, me lo negásteis á mí propio... Id pues al fuego eterno (1).» ¡Y á cuántos aun en este mundo les ha alcanzado la maldicion celestial! ; A cuántos ricos disipadores de los bienes que á nombre de Dios administraban, se les ha dicho: « Ya no podrás administrar en adelante! » Y en virtud de este fallo divino viéronse privados de sus riquezas por efecto de acontecimientos al parecer casuales, y que no eran sino la realizacion de los decretos de la Providencia; y tuvieron que mendigar ellos ó sus hijos un pedazo de pan despues de haberse visto en el apogeo de la opulencia; y sufrieron aquí mismo la ley de la expiacion, teniendo que ganar con el sudor de sus semblantes el pedazo de pan que en el tiempo de la prosperidad negaron al indigente!

Pues bien, para evitar estos resultados, y los mas funestos aun de la eternidad, tenemos un remedio eficacísimo. La limosna es el grande y poderoso elemento que Dios puso á disposicion del hombre para granjearse dones abundantísimos de gracia y salvacion, ausilios eficaces de vida eterna, riquezas imperecederas, tesoros inamisibles, y un inagotable fondo de misericordia y clemencia para el dia de la cuenta. ¿ Qué es lo que hizo el administrador infiel de nuestro evangelio al verse despojado de su empleo? ¿ Qué medidas tomó para escudarse contra los efectos de la indigencia que le amenazaba?

⁽⁴⁾ Matth, XXV, 41.

Observad, A. M., la conducta de este hombre, que aunque criminal é injustificable en sí misma, no deja de proporcionarnos una leccion muy provechosa por la astucia con que supo prevenir el golpe que esperaba. Entró en si mismo, y dijo: ¿ Qué haré, pues mi amo me quita la administracion? Para cavar no valgo, mendigar me dá vergüenza. Pues bien , yo sabré lo que he de hacer para hallar personas que me reciban en su casa cuando sea removido de mi destino. Y al que adeudaba á su amo cien barriles de aceite solo le cobró cincuenta, y al que debia cien cargas de trigo le perdonó cuarenta, etc. De este modo, aun de lo mal administrado, supo aquel mayordomo infiel sacar partido contra la adversidad y prepararse para el porvenir. Tan cierto es que la beneficencia práctica, la limosna dada al menesteroso es una necesidad social al hombre como recurso en las necesidades del tiempo. Y si aquel hombre, á pesar de haber obrado injustamente y contra los intereses de su amo, mereció elogios por su conducta, como de hecho le alabó su señor de que hubiese sabido portarse con tanta sagacidad, ¿cuánto mas digno de elogio no será el que usando bien de los bienes que Dios le confiára, y administrándolos en regla segun el espíritu de la caridad, socorre al indigente, consuela al atribulado, suaviza los padecimientos del enfermo, y cicatriza las heridas del necesitado con el precioso bálsamo de la limosna? ¡Y qué ventajas no debe esperar de estos actos de tierna piedad el que los ejecuta en vista de Dios, por su gloria, desinteresadamente, y sin esperar otra recompensa que la del cielo! Cierto que en este punto los hijos de las tinieblas, como dice el texto sagrado, son mas prudentes que los hijos de la luz, puesto que cuando los mundanos tanto se afanan y desviven por adquirir unos bienes perecederos, y sacrifican su reposo, su salud y su conciencia á la conservacion de un puñado de vil metal que la muerte ha de arrebatarles, y no dudan esponerse á veces á los mayores riesgos por engruesar sus caudales y proporcionarse elementos con que vivir con holgura, los cristianos en su mayor número, indolentes, muelles, afeminados, indiferentes á lo que mas les interesa, apenas se cuidan del porvenir eterno que les espera, y pudiendo utilizar con gran provecho ese capital inmenso que Jesucristo

les dejó en la limosna, y adquirir con facilidad infinitos merecimientos, y granjearse un sin número de intercesores que interesándose por él le franqueasen las puertas de la inmortalidad, privanse voluntariamente de todos estos bienes, y esponen su salvacion que pudieran asegurar tan á poca costa. Porque la limosna, dicen los libros santos, es un antidoto infalible contra la muerte eterna, y un medio eficaz de conseguir la divina misericordia (4). Resiste á la accion de las pasiones, á la manera que el agua apaga el mas voraz incendio (2). Es una plegaria incesante que surge de los lábios del pobre en favor del hombre benéfico (3); un escudo impenetrable y una aguda lanza, que sin cesar hace frente á sus enemigos (4). Cual centinela vigilante, colócase á la puerta del infierno, en frase de San Agustin, para impedir la entrada al que la hubiese practicado. En sus manos está la redencion del alma benéfica (5) y por demás será que ante el tribunal supremo acusen los pecados á aquel que tiene en el pobre quien le escuse (6): porque la voz de la limosna penetra los espacios, sube hasta el cielo y encuentra siempre propico el corazon de Jesucristo. ¿ Lo dudais? Pues escuchadle á él mismo. «Dad, dice, y se os dará una medida apretada, colmada hasta que se derrame de vuestro seno (7)»; Y cual es esa medida sino la misma de la divina liberalidad, lo infinito, lo inmenso, lo que nunca se acaba, lo que siempre dura, su misma eternidad, su propia gloria? ¡Oh pasmosa prodigalidad del Señor en favor de las almas benéficas! Si pues en algo apreciais vuestra salvacion, si aspirais á la vida futura, si arde en vuestros pechos el deseo de la eterna bienandanza, ¿ por qué no aprovechais la ocasion de adquirir á tan poco precio la corona inmortal? ¿Para qué quereis esos débiles elementos de momentánea dicha? ¿ Para qué esos bienes de que acaso bien presto os vereis des-

⁽¹⁾ Tob. XII. 9.

⁽²⁾ Ecci. III. 38.

⁽³⁾ Ib. XXIX. 45.

⁽⁴⁾ lb. 46.

⁽⁵⁾ Ibid. XIII. 8.

⁽⁶⁾ S. Petr. Chrysol. Serm. 8. de jejun. el eleemos.

⁽⁷⁾ Luc. VI. 38. Ma lalique des and est as a non samue cana a

pojados por una mano irresistible? ¡Qué de méritos, que inmensas riquezas, qué tesoros tan infinitos no podeis granjearos con ellos! ¡A no ser que esos bienes celestiales colocados lejos de vosotros en un porvenir oscuro y en un mundo invisible no satisfagan vuestras aspiraciones y prefirais á ellos las recompensas del tiempo presente! No me atrevo á suponer en vosotros unos sentimientos tan bajos y tan mezquinas ideas; se me resiste creer que os hayais degradado hasta este punto, ni incurrido en una insensibilidad tan criminal respecto de vuestros futuros destinos. Sobre que á la luz de la religion aparece altamente punible semejante conducta, aun á la luz de la misma filosofía y de la sana razon, jamás menos que en los tiempos presentes pudiera disculparse. ¿Cuándo ofreció menos encantos el mundo? ¿Cuándo el corazon humano tuvo menos motivos de dejarse seducir y alucinar por unas apariencias de felicidad mezcladas con tantos elementos de inquietud y desasosiego? ¿Dónde están las dulzuras y los atractivos de una sociedad, siempre en perpétuos conflictos de intereses, siempre en lucha con espantosas revoluciones, siempre vacilante y mal segura al borde de mil abismos que se abren á sus piés? Y luego, la brevedad de una existencia que pasa como un relámpago, y las miserias que son consiguientes al sér que se siente empujado sin cesar hácia el sepulcro, etc., ¿ no son suficientes para hacernos despreciar todo lo momentáneo y temporal, y aspirar unicamente á lo que es, á lo que existe, á lo positivo, á lo perdurable v eterno? ¡Ciegos nosotros si así no lo hacemos! ¡Desdichados si de otra manera pensamos! El dia en que Dios nos exigirá cuenta de la administracion de sus bienes se acerca; y entonces solo nos restará la inevitable necesidad de sufrir su fallo y las consecuencias de nuestra malversacion. ¡Y esto podemos evitarlo tan á poca costa! ¿No podemos cavar como el ecónomo infiel del Evangelio, porque nuestra sensualidad se resiste á todo lo que es repugnante y doloroso? ¿Nos ruboriza el mendigar, porque nuestro orgullo se niega á hacer el sacrificio del amor propio, y á plegarse ante su propia nada? Pues fuera de estos dos caminos de la humildad del espíritu y de la mortificacion de la carne, no queda mas que el de la limosna, la cual borrando nuestros pecados, traslada nuestros

bienes materiales al cielo por las manos del pobre, en sentir del Crisólogo, para tenerlos allí como en un depósito, y procurarnos poderosos intercesores para con el supremo Juez.

En este caso M. A. O. la única consecuencia que se desprende de esto, es hacer lo que el Salvador aconseja en el presente Evangelio: Granjeaos amigos con las riquezas, que de suvo son un manantial de iniquidad, para que cuando falleciéreis seais recibidos en los eternos tabernáculos. Y no opongais á esto que la limosna no dispensa del cumplimiento de los demás deberes cristianos. Cierto que no: pero no lo es menos que ella os proporcionará ausilios sobrenaturales para cumplirlos. No es cosa nueva el ver hombres incrédulos, sensuales, y que vivieron sujetos á sus criminales pasiones, tornar al seno de la verdad y de la virtud, ó reconciliarse al menos sinceramente con Dios en sus postreros momentos, en recompensa de haber ejercido en medio de sus debilidades la beneficencia con el menesteroso. Y esto no debe sorprenderos, ¿ No ha consignado Jesucristo en el Evangelio que ni el simple vaso de agua dado al pobre quedará sin su condigno galardon? ¿No ha protestado tener presentes como hechos á si propio los mas insignificantes servicios prestados al indigente? Nada pues hay de estraño en que el Señor movido á misericordia con el pecador en vista de su caridad, realice aquella inefable promesa consignada por uno de sus profetas. «Si abrieres tus entrañas para socorrer al hambriento, y consolares al alma angustiada, haré nacer para ti la luz en las tinieblas, llenaré tu alma de un resplandor divino; aun cuando el vicio hava penetrado hasta la médula de tus huesos, vo sabré arrancarle de ellos, derramaré en tu corazon un manantial de agua viva para purificarle de sus manchas, y te recibiré en mi seno y te daré un eternal reposo (1).» Y si tanto puede esperar de la limosna el pecador, qué no deberá esperar el hombre convertido y penitente? ; Ah! no os acongojeis, no desconfieis por grandes que havan sido vuestros estravios. Buscad en la limosna el remedio eficaz contra el temor que os inspiran las reminiscencias de lo pasado, pensad en lo presente, diri-

⁽¹⁾ Isaiæ. LVIII. 40, 14.

gid vuestros ojos al porvenir. De vosotros es de quien está escrito: Rescatad vuestros crímenes con las santas profusiones de la caridad (1): tened piedad del menesteroso, y el Señor la tendrá de vosotros; dad generosamente, y vuestros dones harán desaparecer las manchas de vuestra alma, y quedareis limpios delante de Dios (2).

Imposible es referir todos los admirables efectos que la limosna opera en el órden de la gracia. Ella atrae bendiciones inagotables y las mas preciosas, no solo sobre el mismo que la ejercita sino sobre todos sus objetos queridos. Hija, madre, esposa desconsolada que tras largos años vienes llorando la ceguedad y los desórdenes de un padre, de un hijo ó de un esposo de quien temes verte separada eternamente. Yo te veo ensavar sin éxito los recursos de la mas apacible tolerancia, y poner en juego inútilmente cuanto hay de mas eficaz, el buen ejemplo, la paciencia, la ternura, insinuaciones, consejos, amonestaciones etc.; has importunado en vano al cielo con ardientes votos, con incesantes plegarias, y mil y mil veces has regado con amargo llanto las sagradas aras. Pues bien, recurre á la virtud casi omnipotente de la limosna, redobla tus dones, multiplica tus benéficos servicios con el pobre. Imposible es que tus piadosas liberalidades unidas á la oracion no rindan el corazon de Dios en favor del caro objeto de tu alma. Asi es como en otro tiempo la célebre Mónica consiguió un doble triunfo, con la doble conversion de un hijo estraviado y de un esposo infiel.

Hay todavía algo mas maravilloso. Hasta en la region de los finados penetra la limosna; su influencia llega hasta el lugar de la espiacion, y sus dones forman una especie de celestial rocio que refresca y templa el ardor de aquellas llamas que la divina justicia fomenta. Pero ya es tiempo de concluir en un asunto que á querer apurarle nos haria interminables. Lo dicho basta para persuadirnos de la escelencia de la limosna, de la necesidad de practicarla y de las inmensas ventajas que en el órden espiritual nos proporciona. En otra ocasión nos ocuparemos de ella bajo el punto de vista de su influen-

⁽⁴⁾ Dan. IV. 24.

⁽²⁾ Luc. XI. 41.

cia en el bienestar temporal de los individuos y de los pueblos. Penetrémonos pues del inmenso valor que en si tiene esa virtud y de la accion beneficiosa que ejerce en nuestros futuros destinos, dando á nuestras obras un realce estraordinario, contribuyendo poderosamente á expiar nuestros defectos, y facilitándonos intercesores ante la divina justicia. En esta persuasion ejercitémosla en proporcion á nuestras facultades, pero siempre con una intencion pura, y con corazon verdaderamente compasivo. Compartamos con el indigente nuestro pedazo de pan si otra cosa no tenemos, llamemos al necesitado á participar de los dones que hubimos de la divina liberalidad, siendo para él la providencia visible que consuele sus pesares y alivie su infortunio. Jamás se separe de nosotros desconsolado el que nos alarga una mano suplicante; seguros de que esas mismas riquezas, que de suvo son unos elementos de iniquidad y de injusticia, bien administradas segun el espíritu del cristianismo, nos granjearán en esta vida otras riquezas de mayor cuantia, con las que podremos obtener una gloria infinita y una eterna inmortalidad. regular of a amoregodiant or has sucretised as a first law over a court or be

bereitiggesamities as in organion no rudius of correct and action or favore

Pero yares to acquirle fouriair en our a callo que a greier aporado.

menses vintains que en el órdem especialment al a proporcional. En titudo ocasiologos ocuparentes de clas bajos el parto de vista de su influent

SERMON

PARA LA DOMINICA IX DESPUES DE PENTECOSTÉS.

UTILIDAD DEL REMORDIMIENTO CONSIDERADO COMO UN MEDIO PODEROSO DE CONVERSION, Y NECESIDAD DE NO MALOGRAR LAS INSPIRACIONES DE DIOS Y LOS LLAMAMIENTOS DE SU MISERICORDIA.

Cum appropinquaret Jesus Jerosolymam, videns civitatem flevit super illam, dicens: Quia si cognovisses et tu et quidem in hac die tua qua ad pacem tibi: nune autem abscondita sunt ab oculis tuis.

Al acercarse Jesus á Jerusalen, viendo la ciudad lloró sobre ella, diciendo: Si conocieses tú, por lo menos en este dia tuyo lo que puede darte la paz: mas ahora todo ello está oculto á tus ojos.

Luc. xix. 42.

No puede negarse que el hombre tiene dentro de si mismo enemigos poderosos que le hacen una guerra incesante, además de los muchos que por de fuera le combaten. La carne está en perpétua lucha con el espíritu, este sostiene y fomenta una repulsion obstinada contra la carne; y los errores asedian su inteligencia, y las pasiones invaden su corazon, y las ilusiones le ciegan, y el mundo le seduce, y sus encantos le fascinan, y sus bienes le corrompen, y... todo en él propende á crear y multiplicar esos diversos elementos de desasosiego, de destruccion y ruina que tienen su alma en eterno conflicto. De aquí la paz huye frecuentemente de su corazon, rara vez disfruta momentos de verdadera calma, apenas respira sino para lamentarse de sí mismo, y pagando el comun tributo á la humana debilidad, mas de una vez esclama con el Apóstol: «¿quién me librará de este cuerpo de muerte (4)?»

Y es la causa de esto que el hombre generalmente desconoce ó no quiere saber en qué consiste la paz positiva, ni los medios por donde únicamente le es dado adquirirla. Búscala donde no se halla; pidela á quien no es capaz de dársela; y como yerra el camino, llegado al término de sus aspiraciones encuentra la ilusion donde pensó hallar la realidad, y en vez de reposar tranquilo en el goce pacífico de lo que formó su sueño acariciado, nuevos y amargos desengaños y crueles sinsabores vienen á demostrarle que la paz no se conquista sino á fuerza de sacrificios, y que es preciso que la sangre corra en el combate antes de ceñir los laureles de la victoria. Porque lucha sin tregua es la humana existencia en este mundo, y no es el mundo el que está llamado á dar al alma el reposo que en sí no tiene, y que solo puede ser fruto de la virtud.

Por eso entre los varios medios que Dios pone en juego para despertar al hombre de ese sueño letárgico que le tiene en un olvido desgraciado cuanto criminal de su eterna dicha, se sirve y no sin gran fruto del remordimiento, llamando al alma dentro de sí misma, escitando en ella reminiscencias de lo pasado, pintándola lo presente, y desarrollando á su vista el porvenir, para que obrando en ella la reflexion y surgiendo de esta el convencimiento, conozca sus legitimos intereses, busque la paz en su verdadero origen, y trate de precaverse de las consecuencias de un funesto error. Lo que segun el texto evangélico de este dia, hizo el Salvador con la Jerusalen material, hácelo de continuo respecto de la Jerusalen mística del alma. Al entrar Jesus en esta ciudad dice el historiador sagrado, lloró sobre ella diciendo: ; Oh! si conocieses tú siguiera en este dia tuyo lo que puede darte la paz! Pero todo ello está ahora oculto à tus ojos. Y vendran dias sobre ti, y tus enemigos te rodearán de vallado y te circundarán y te pondrán en estrechura por todas partes... y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por no haber conocido el tiempo de tu visitacion. Del mismo modo «por no querer los hombres escuchar las inspiraciones de Dios que mas de una vez ha llorado en cierto modo sobre sus almas, por desconocer los verdaderos principios de esa paz sólida que solo se aduna con la pureza de la conciencia y resulta del bien obrar, han esperimentado

los efectos de la divina justicia en castigo de no haberse utilizado de los dones de su misericordia. De donde resulta la suma utilidad del remordimiento y la necesidad de no malograr este medio eficaz de

Ave Mania.

ami al 7 minuto de la autolita a parigira describas entrara diffe REFLEXION UNICA. project describe of possess

a Dide por la action y perdech per la colpia el biado do grandera

Negar que Dios quiere la salvacion de los hombres de una manera eficacisima, y que al efecto les proporciona sus gracias para que arrepintiéndose se conviertan, y convertidos se salven, seria sobre un absurdo error una blasfemia imperdonable, puesto que afectaria á los mas bellos atributos de la divinidad, á saber, su bondad y su justicia. Como los pueblos, tambien los individuos tienen un dia suvo, dia de merecimiento, dia de reparacion, dia en que pueden granjearse una dicha sin fin; y este dia comprende toda la estension del tiempo: porque concluido éste va no há lugar al mérito v empieza la expiacion en el seno de la eternidad.

¿Y qué no hace el Señor mientras dura este dia en favor del hombre? ¿de qué medios no se sirve para hacerle entrar en la senda de sus verdaderos destinos? ¡Ah! Ninguno hay á quien Jesus no se hava acercado como en otro tiempo á la Jerusalen ingrata; y va por medio de la predicacion evangélica, va con fuertes inspiraciones, unas veces con el ejemplo de los buenos, otras con el castigo de los pecadores obstinados, nada ha dejado por hacer para ilustrar su inteligencia acerca de lo verdadero, para mover su corazon al cumplimiento de sus deberes, en una palabra, para hacerle digno de un porvenir venturoso. Pero entre todos estos medios, ninguno tan poderoso y de tanta eficacia como el remordimiento, ese agente secreto de la divina misericordia que se insinua y penetra hasta lo mas íntimo del alma culpable, y ora atemorizándola con amenazas. ora alarmándola con la perspectiva de una severidad inflexible, aquí

representándola la importuna imágen de sus pasados estravios, allí agitándola con fatídicos presentimientos, y siempre teniéndola en perpétuo conflicto consigo misma, dicela como Jesucristo á la Jerusalen deicida: «¡Oh si al menos en este dia tuvo conocieses lo que unicamente puede darte la paz!» ¡Si cognovisses et tu, etc.! ¡Si conocieses, oh mortal, lo que eres, lo que estás llamado á ser, lo que puedes granjearte viviendo conforme á tu vocacion, y lo que indudablemente espones separándote del camino recto de la ley divina! Si cognovisses et tu, etc. ¡Si comprendieses lo que es poseer á Dios por la gracia y perderle por la culpa, el fondo de grandeza que encierra lo primero, y la desgracia inconmensurable que en-vuelve lo segundo; la futilidad de unos bienes que seduciendo corrompen, y corrompiendo matan al alma del que los posee, y el valor positivo de unos males que afligiendo consuelan, abatiendo ensalzan, y llenando el corazon de amargura en el tiempo presente, le hacen embriagarse de delicias y le proporcionan una felicidad interminable! Pero, ¿cómo ha de comprender esta filosofía de la religion que muestra en un Calvario el principio de la sólida bienandanza, en una Cruz el origen de la verdadera gloria, la dicha en el llanto, el goce en el sacrificio, la vida en el martirio, y en el combate la paz, el hombre á quien tantas ilusiones ciegan, á quien tantos errores fascinan, á quien tantas pasiones degradan, y que carnal de suyo, materializado, terrestre, solo en un sensualismo brutal busca esa felicidad instintiva que apetece, ese reposo que nunca llega á gustar, esa paz que viene á ser para él la paz del infierno, puesto que la funda en una indiferencia criminal hácia todo deber, en el olvido de sí propio y de su salvacion, en una impasibilidad absoluta respecto de sus futuros destinos? ¡Oh! Esta doctrina es un misterio oculto, un enigma indescifrable, un libro sellado, una letra muerta para el hombre que ha cerrado su corazon á las inspiraciones del cielo, y sus oidos á la voz del remordimiento que continuamente desarrolla en favor suyo los inestimables tesoros de una bondad y de una misericordia que nunca se cansa de esperar al culpable mientras dura el dia de su visitacion. De otro modo, ¿cómo era posible que se desentendiese de lo que mas le interesa, y

buscase en la servidumbre de un mundo tirano una libertad que solo pende de la omnímoda sujecion á la doctrina de Jesucristo, y en la posesion de sus falsos placeres la paz que únicamente está vinculada al sacrificio de todo cuanto se opone á las reglas del Evangelio? Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis.

Reflexionáran siquiera los cristianos sériamente acerca de lo esimero é insubsistente de cuanto el siglo ofrece á sus deseos y esperanzas, y no tardarian en penetrarse de que no es él quien puede dar al alma hartura y satisfaccion, ni menos está llamado á proporcionarla esa paz y esa dicha que promete. ¡Fementido! Sus promesas son lazos tendidos para sorprender á los incautos ó sobradamente crédulos; el fastuoso aparato de sus grandezas, no es mas que una fantasmagoría seductora que desaparece de la escena en los momentos que causa mas grata ilusion; todo en él no es mas que vacío inmenso, la nada en su mas lata espresion. ¡Y de esto se paga el desacertado mortal, y á despecho de los interiores avisos del cielo, y contra la enérgica voz de los remordimientos punzadores, y sin hacer atencion á los riesgos á que se espone, lánzase en pos de esos fantasmas, y se obstina en buscar la paz del espíritu y la calma del corazon en lo que solo envuelve eternos gérmenes de turbulencia y desgracia! ¿Y qué es lo que puede justificar esa ceguedad tan espantosa y funesta? Si jamás el mundo pudo tener derechos á que el hombre se adhiriese á él por ningun título, hoy menos que nunca debiera hacerlo. ¿Qué hay en él que no sea en estremo repugnante y que no inspire la mas profunda repulsion á todo espíritu recto, á todo corazon que no se halle bastardeado por los detestables principios de una ciencia inmoral é impia? Mostradme una posicion social que no se halle deshonrada, y espuesta á las contingencias de tantas revoluciones como brotan del fondo de la ambicion y del orgullo. Mostradme un estado que no esté rodeado de precipicios, una fortuna que pueda prometerse la seguridad de un solo dia, para que el hombre pueda cifrar en ella su bienestar. Mostradme un sitio en donde la virtud sea respetada, recompensado el mérito, galardonados los buenos servicios; en donde por el contrario el vicio no se entronice, ó no tenga panegiristas el crimen, ó no se muestren triunfantes el dolo

y la injusticia. Señaladme en fin un solo lugar donde el malvado no se crea con derecho á intrigar continuamente contra el hombre probo, en donde éste no tenga que vivir en perpétua agitacion temiendo siempre por sus mas caros intereses. Y si esto no es posible, si la tierra no es mas que un vasto teatro de desórdenes y de perfidias, de corrupcion y de inmoralidad, de errores y desafueros, ¿cómo pretender hallar aquí esa calma, esa paz, esa dicha que el hombre está llamado á gozar? ¡ Desgraciado el que tal pensase! ¡Digno de que sobre él cavesen las lágrimas del Hombre-Dios como en otro tiempo sobre la ciudad obstinada, que á pesar de tantos rasgos de su bondad, se cegó voluntariamente para desconocer al que venia á traerla la paz verdadera del cielo! Menester será que el Señor envie á esa alma uno de aquellos rayos que penetran á través de los mas endurecidos repliegues del humano corazon, y le conmueven, v le aterran, v le postran, como al jóven del camino de Damascó, é ilustrándole interiormente, al propio tiempo que le privan de la vista de los objetos terrenales, obliganle á declararse vencido cuanto victorioso, víctima y trofeo á la vez de la divina gracia. no dourse lob moles all qualifying sob and the sent are mult

Tal es frecuentemente, A. M., la grande obra del remordimiento. A la par que este pinta al culpable con sus verdaderos coloridos su degradacion y su infortunio, la inmensidad del bien que perdió, y lo profundo del mal en que ha incurrido, etc., y sin dejar de derramar en su alma la amargura y el pesar que han de dar por resultado el arrepentimiento, escita á la vez en ella ideas, recuerdos, reflexiones utilisimas y oportunas para facilitarla el camino del bien. Al efecto haciendo al hombre echar una mirada retrospectiva hácia su pasado, manteniendo viva en él la idea de su presente, y enlazando éstos con su porvenir, le urge, le importuna, le apremia y no le deja momento de descanso; y aquí le muestra la nada de donde salió, y la tumba hácia donde se precipita con la rapidez de un torrente; y allí le manifiesta el sol cuya aurora saludó alegre, y cuyo occidente acaso no verá; y mas allá le presenta lo insubsistente de unos objetos idolatrados que escapan de sus manos cuando mas inamisibles los creia, sin poder resistir á la invisible mano que se

los arrebata; y en otra parte desenvuelve á su vista el instantáneo panorama de un mundo que se desvanece cual fuego fátuo, como sombra fugitiva en el instante que le consagraba sus afecciones y esperanzas..... Y por conclusion de todo esto le dice: «Mira adelante: mas allá de ese sepulcro se abre una eternidad. ¿De qué te serviria ser dueño absoluto del universo si llegases á perder tu alma? ¡Piensa pues cuán horrendo y terrible será caer en las manos de un Dios vivo!»

Feliz el hombre que á este grito del remordimiento, á este llamamiento de la bondad y de la misericordia divinas sabe responder con un eco de gratitud, y convencido de sus errores vuelve á emprender la senda del bien que abandonára. La paz de la conciencia, el reposo del espíritu, la calma del corazon que perdió lanzándose en el laberinto del vicio tornarán á morar en él, y su dicha será envidiable y su felicidad completa. Mas si por el contrario ensordeciere á la voz del cielo que le llama en su dia, en el dia que le concediera para arrepentirse y salvarse, quizás no le será ya fácil conseguirlo despues; porque al dia de la misericordia sucederá el dia de la justicia, al dia del merecimiento seguirá el de la expiacion, al dia del hombre el dia de Dios, dia terrible y sobre todo encarecimiento amargo, dia de ira y de venganza en que ya no habrá lugar de reparar los errores cometidos; verificándose en el alma pecadora el triste vaticinio pronunciado hoy por el Salvador sobre la desleal Jerusalen: «Vendrán dias en ti en que tus enemigos te circumbalarán, y te rodearán de vallado, y te estrecharán por todas partes... y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el dia en que Dios te visitó.» ¡Amenaza terrible que envuelve mas de lo que comunmente piensan algunos hombres adormecidos en el crimen! Si la ciudad deicida vió el cumplimiento literal de esta profecia por no haber aceptado la nueva ley que Jesucristo venia á dar al mundo, no esperimentará menos sus efectos el cristiano que una vez aceptada en el bautismo esa ley de justicia y santidad, renuncia á ella con las obras, ora negando sus principios, ora esquivando sus consecuencias. Sobre él vendrá indudablemente el dia del Dios á quien despreció, el dia de Jesucristo cuvo Evan-

47

gelio escarneció y cuya doctrina se negó á practicar á pesar de los saludables remordimientos con que de antemano le previno; y en aquella hora suprema todos sus enemigos interiores v esteriores le rodearán de consuno para acelerar su perdicion. Sublevaránse con nuevo ardor sus antiguas pasiones, mil recuerdos fatídicos pondrán en tortura su corazon culpable, la desconfianza, el temor, el despecho le sumirán en la mas cruel angustia; el demonio le acosará con fuertes tentaciones, el mundo le agitará trayendo á su memoria importunas reminiscencias, y sobre todo el remordimiento mismo que no podrá evitar, será entonces el mas desapiadado agente de la divina justicia, que le causará un tormento indefinible con el recuerdo de lo que pudo hacer para salvarse, de los infinitos medios que tuvo para convertirse, del tiempo que malogró, de los ausilios divinos que menospreció, etc. ¡Oh! ¡Qué fiscalizacion tan severa ejercerá entonces el mismo corazon delincuente del pecador contra sí propio! ¿ Por qué no te aprovechaste, se dirá, de aquellos dias en que Dios como Padre amoroso y compasivo te visitaba, en que Jesucristo como pastor indulgente y tierno corria en pos de tí para volverte á su aprisco? Tú oiste sus silbos misericordiosos y no quisiste hacer caso; viste que te tendia la mano para sacarte del precipicio, y le rechazaste; viste correr por sus megillas una lágrima de compasion por tus desgracias y respondiste á ella con sangriento sarcasmo; tornó á llamarte á pesar de tu ingratitud, y le insultaste; y ni cuando desplegaba á tu vista el magnifico aparato de la gloria reservada á los justos, ni cuando desarrollaba los infinitos tesoros de amor que abrigaba en su corazon divino, ni cuando en los sacramentos te brindaba con un abundante manantial de gracias poderosisimas de conversion, jamás mereció de tí sino indiferencia v olvido; v respondiste con palabras de desden á sus ruegos paternales, y le diste desaires en cambio de sus amonestaciones, y á sus promesas de perdon contestaste con gritos de blasfemia, y á su llanto con risas insultantes, etc.; pues ahora ya no es tiempo sino de expiacion y venganza; cesó el dia de la misericordia, y llegados son los momentos de la justicia; ahora verás pues cuán amargo es haber abandonado al Señor Dios tuyo. allo la calcompela noten a contrata allo fo No exagero, A. M., las tintas de un cuadro que por mas que se quiera nunca llegará á pintarse con esactitud. La accion del remordimiento se siente mejor que se esplica: y no hay duda que ella es tan terrible y cruel en los últimos momentos de una vida criminal, cuanto útil y saludable mientras el hombre se halla en estado de utilizarla en provecho de su alma.

Comprendamos pues de cuánto puede servirnos y cuán ventajosa nos es su influencia considerada como uno de los mas poderosos y eficaces elementos que la bondad divina pone en juego para llamarnos á sí, y hacernos entrar en la senda de nuestros verdaderos destinos. Que las lágrimas del Salvador vertidas sobre la mística Jerusalen de nuestra alma no sean perdidas: que sus llamamientos no sean estériles, ni inútiles sus visitas. Ahora estamos en el dia nuestro, porque nuestro es el tiempo presente, y mucho podemos en él merecer, mucho podemos trabajar, y muchas y abundantes gracias podemos adquirir, si deseamos evitar nuestra ruina espiritual, rehabilitándonos mediante un segundo bautismo de sangre, esto es con el dolor y el arrepentimiento, luchando con nuestras pasiones, haciendo guerra á nuestros malos hábitos, y buscando la paz positiva del alma, alli donde únicamente puede hallarse, en la observancia de los divinos preceptos, en la fidelidad á la doctrina del Evangelio, en la filosofía de la Cruz y en la humillacion del Calvario: fuera de alli no hay bienestar sólido, ni positiva dicha.

Consecuencia legitima de todo lo dicho: «Mientras tenemos tiempo, obremos el bien bajo todos conceptos,» nos dice el Apóstol. Jesucristo que en su Encarnacion se dignó visitar á la humanidad con tanto amor, no cesa un momento de reiterar sus visitas á todos los individuos de la gran familia. Harto conoceríamos la presencia de ese Dios-Hombre en nuestras almas si tuviésemos una fé viva y ardiente. Visitanos en la Eucaristía, visitanos por medio de sus ilustraciones interiores, visitanos con los buenos ejemplos, con los consejos saludables, con los deseos de virtud que surgen á veces en el fondo de nuestro corazon, con las santas resoluciones que tomamos, visitanos en fin con esos inevitables remordimientos que donde quiera nos persiguen cuando obramos mal, y de otras mil maneras que no

siempre advertimos por nuestra disipacion ó nuestra negligencia. Conozcamos, pues, cuánto amor, cuánta bondad encierran estos diversos medios con que el Señor se insinúa en nuestras almas, no abusemos de la paciencia con que tolera nuestros estúpidos desdenes, no menospreciemos sus llamamientos, retornémosle nuestra gratitud por tantos beneficios, correspondamos á las luces con que nos ilustra con una fidelidad constante á sus mandatos, aprovechémonos de su inefable presencia en medio de nosotros para granjearnos los inestimables bienes que envuelve: no insultemos por último sus lágrimas, no sea que llegado su dia, convirtiéndose su compasion en cólera, seamos víctimas de nuestra propia ingratitud por toda la eternidad.

contento aques, it e es a verminante de religio des ristros de la los entre de consecuentes de la los entre de la consecuencia del consecuencia de la consecuencia del consecuencia del consecuencia del consecuencia de la consecuencia del con

SERMON

PARA LA DOMINICA X DESPUES DE PENTECOSTÉS.

CUÁN INFUNDADAMENTE SE APOYA EL LIBERTINAGE EN LA HIPOCRESÍA Y EL FANATISMO DE ALGUNOS MALOS CRISTIANOS, PARA PERSEVERAR EN SUS DESÓRDENES Y CONFIRMARSE EN SU IMPIEDAD.

Pharisæus stans, hæe apud se orabat: Deus gratias ago tibi, quia non sum sicut cæteri hominum.

El Fariseo puesto en pié, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres.

Luc. xvIII. 11.

Siempre el orgullo fué inseparable de la hipocresia. En todas épocas estos dos tipos se han presentado en aquellos hombres que aspirando á sobreponerse sobre sus semejantes, han especulado con la religion, y hecho un infame tráfico de la piedad, disfrazándose con el antifaz de una virtud que nunca poseyeron, para mas fácilmente realizar sus ideas y aspiraciones. De aquí por una induccion antilógica, pero por desgracia harto frecuente, en vista del abuso que han hecho de la verdadera piedad, afectando esteriormente lo que con sus obras desmentian, sobre todo los forjadores de errores, ó los que á la sombra de la religion se propusieran labrar sus fortunas, ha resultado el desprestigio de la sincera y sólida virtud, en el concepto de algunos que, dispuestos á aprovecharse contra ella del menor motivo capaz de apoyar sus ideas, han clamado sin criterio contra el fanatismo religioso, envolviendo en

este odioso nombre todo cuanto no está en armonía con sus principios, y tachando de hipocresía las mas respetables prácticas del cristianismo.

Cierto que la hipocresia y el fanatismo son unos vicios muy fáciles v comunes al corazon humano, como ha dicho un sábio orador, pero estos solo pueden hallarse en las almas envilecidas y cobardes que jamás han mirado de frente al catolicismo perfeccionador. Nadie con mas rigor que él condena y anatematiza esos crimenes; nadie como él tiende á desenmascarar al hipócrita: y su divino fundador fué el primero en poner de bulto cuanto hay de repugnante en el hombre que se atreve á disfrazarse con las apariencias religiosas ó á abusar de una piedad facticia para alucinar á sus semejantes, como lo hizo en la parábola que hoy nos refiere el sagrado Evangelio. « Dos hombres (dice) subieron al templo à orar : uno fariseo y otro publicano. El farisco puesto en pié, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! yo te doy gracias de que no soy como los demas hombres, ladrones, injustos, adulteros, ni tampoco como este publicano... El publicano, al contrario, puesto allà lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo: sino que se golpeaba los pechos, diciendo: Dios mio, ten misericordia de mí que soy un pecador , etc. »

No pueden representarse mas al vivo los dos vicios á que venimos aludiendo. El fariseo de la presente parábola es el tipo de la hipocresia y del fanatismo orgulloso tomado en su legitima acepcion: el publicano, lo es de la piedad sincera y humilde característica del cristianismo. Concedemos, pues, que existen de hecho esos dos vicios, ó lo que es igual, que hay hombres fanáticos é hipócritas que desacreditan hasta cierto punto la verdadera religion y la sólida virtud. ¿Pero habrán de autorizarse con este desórden los enemigos de ésta, para vivir en sus escesos? Esto es lo que negamos, y al efecto vamos á demostrar «cuán infundadamente se apoya el libertinaje en la hipocresia y el fanatismo de algunos malos cristianos, para perseverar en sus desórdenes y confirmarse en su impiedad.» Ave Maria.

REFLEXION UNICA.

costumbres and disimulada, son orgaliosas, activos, interesidos, etc.

Tan injusto como antilógico es el modo con que comunmente discurre el libertino, á fin de sacar ventaja de la hipocresía ó del fanatismo de ciertas personas, que ó no comprenden bien sus deberes, ó abusan de la religion para encubrir ciertos defectos. Como quiera que sea, nunca deja de prevalerse de la falsa piedad, ora para persuadirse á sí mismo que no existe piedad sólida y verdadera, ora para creer sospechoso todo acto de religion, á fin de debilitar en lo posible la acusacion que ésta pronuncia constantemente contra su propio libertinaje. Es decir, que queriendo autorizar sus desórdenes, y esquivar al propio tiempo los cargos que tácitamente le hace la vida ajustada de sus prójimos, fiscal elocuente aunque mudo de su vida desarreglada, apela de esta fiscalizacion á su juicio privado, y erigiéndose en censor y juez de aquellos, no vacila en decir que toda su virtud no es mas que hipocresía, ó un especioso fantasma de religion siempre sospechoso: principio erróneo al cual se adhiere con tanto mas gusto, cuanto mas favorece á sus pasiones ó sanciona su impiedad. La razon de esto es sin embargo muy natural. Decidido el libertino á continuar en las vias corrompidas del vicio á que le arrastraran sus pasiones, quisiera que todo el mundo se le asemejase; y ya que esto no puede ser, busca al menos en el sofisma el medio de justificar sus desaciertos: y como la hipocresia y el fanatismo de los falsos cristianos apoyan su error, dándole cierto tinte de verosimilitud, fúndase en esto á despecho de todas las razones que existen en contrario, y de induccion en induccion viene á parar á hacerse la ilusion de que todos los hombres son hipócritas, ó que al menos pueden serlo. De aquí el obstinarse en sus vicios, á pretesto de que todo cuanto en el mundo aparece digno de elogio no es mas que apariencia engañosa; que toda la probidad de los tenidos por hombres de bien es facticia ó simulada; que no hay otra diferencia entre él y los demas, sino que estos son mas astutos en el arte de la impostura; que si esteriormente aparecen exentos de ciertos vicios, es únicamente porque humanos respetos les obligan á abstenerse de ellos, sin que por eso dejen de abrigar en su interior otros mucho mas vergonzosos y punibles; que en cambio de una morigeracion de costumbres mal disimulada, son orgullosos, avaros, interesados, etc. De este modo el libertino apoyado en falsas suposiciones, no contento con justificar sus desórdenes á costa de sus prójimos cuyas acciones condena con la mayor ligereza, llega á creerse todavía menos culpable y de mejor fé que ellos, y dando á estas preocupaciones un valor real y efectivo, consigue borrar de su espíritu toda idea de verdadera piedad, cual si no existiese mas que en la ardiente imaginacion de hombres fanatizados por el error.

Y dado que se vea forzado á convenir en que no toda piedad es falsa, como supone, ¿dejará por eso de armarse contra ella? ¿Se reconocerá y confesará vencido? Muy lejos de eso apelará á la sospecha, buscará pretestos para mirarla siempre con desconfianza, y esto le bastará para hacerla despreciable y para no temer sus censuras; y ora empleando la sátira mordaz en sus discursos, ora manejando el ridiculo en sus alusiones, ya con el sangriento sarcasmo, ya con el ingenioso epígrama, no perderá ocasion de desacreditar las virtudes mas sólidas y las acciones mas intachables, desfigurando los hechos, interpretando las intenciones, etc., con el único y esclusivo objeto de justificar y sancionar sus propios escesos. ¿Qué se han propuesto ciertos espíritus profanos al censurar agriamente la hipocresía en general, sino sembrar dudas y sospechas respecto de la verdadera piedad de que no gustaban, so color de reformar los presuntos abusos de la ignorancia y de la preocupacion? ¿Qué se proponen hoy los que se complacen en presentar en la escena á las risas de la multitud un hipócrita real ó imaginario, ridiculizando en su persona cuanto hay de mas sério y grave en el cristianismo? ¡ Ah! Bien conocidas son sus miras: se quiere humillar á los hombres de bien para hacerlos sospechosos y privarles de la libertad de declararse en favor de la virtud, mientras el vicio y el libertinage triunfan; se quiere despojar á la religion de su brillo para amenguar

su influencia, y todo esto so pretesto de hipocresia y fanatismo. «El mundo, dice el libertino, está lleno de esos séres que afectan piedad sin tener de ella mas que un barniz engañoso. Cierto que no los conocemos, porque Dios solo es quien sondea el corazon humano. ¿Mas quién sabe si todas esas virtudes que tanto se ensalzan y se nos dan por modelo no son hipocresías enmascaradas para alucinar y seducir? » Y fundado en este raciocinio pretende defenderse del testimonio que contra él dá la piedad, y piensa tener derecho á recusarla sin otra razon que sus propias sospechas...

Ahora bien, vo sostengo que en esto, como en todo lo demas, los raciocinios del libertinage son infundados, tanto en sus consecuencias como en sus principios. Convengamos por un momento (y esto no pasa de ser una hipótesis) en que no hay verdadera piedad en el mundo, ó que si existe es dudosa, y está sujeta á mil ilusiones. ¿Podrá deducirse de este principio que la conducta reprobable de los demas justifique los propios desórdenes? ¡Oh! El absurdo que envuelve esta consecuencia salta á los ojos del menos perspicaz. Que haya ó no piedad sólida en el mundo, que haya ó no virtudes sospechosas, ¿dejará por eso de existir un Dios digno de ser adorado en espíritu y verdad? Y aun cuando los hombres todos le negasen los homenages que de justicia exige su magestad suprema, ¿dejarian por eso de ser altamente criminales en su presencia faltando á ese deber sagrado é indispensable? Otro tanto valdria decir que porque hava sugetos que no observan una ley que á todos obliga indistintamente, los demas puedan dispensarse de ella, ó quebrantarla con impunidad, escudados con la transgresion agena, etc... No, A. O. M., Dios, al darse á conocer á nosotros como legislador supremo del mundo, no nos ha dicho: «Me honrareis en proporcion que el resto de los mortales me honre », sino que ha dicho: « Me honrareis porque soy vuestro señor, vuestro soberano, y fuera de mí no hay otro á quien debais rendir vuestras adoraciones: Ego Dominus, et non est alius extra me.» Al imponernos sus leyes tampoco nos ha dicho: « Haced esto ó absteneos de aquello, segun veais á los demas hacerlo ó abstenerse », sino que ha dicho: « Hacedlo porque yo os lo ordeno; absteneos porque vo lo prohibo.» Por consiguiente, como

quiera que Dios siempre es el mismo cualquiera que sea la conducta de los hombres, y como tal siempre árbitro, siempre soberano, y digno de nuestro culto y adoraciones, bien así como la ley siempre es y será ley, el Evangelio Evangelio, la razon razon, la justicia justicia, el crimen crimen, la virtud virtud, á despecho de cuanto la perversidad humana pueda inventar en contrario, resulta que siempre es y será un deber observar esa ley, escuchar esa razon, observar esa justicia, practicar esas virtudes y huir de esos crimenes. Hed ahi la verdadera y legitima consecuencia que debe deducir el libertino: todo lo demas no es sino el grito de la conciencia culpable, que no pudiendo evitar el remordimiento que la hiere, busca en las regiones del sofisma un escudo para perseverar en su maldad. ¿Acaso le importa á nadie que la piedad de los demas sea sincera ó afectada? ¿Por ventura la falsa devocion será jamás un título de impunidad para poder ser mal cristiano, ambicioso, impúdico, soberbio, y entregarse sin rienda á las malas pasiones? Nunca como en sus tiempos hubiera podido David discurrir de esta suerte. Veia el mundo cubierto de crimenes vergonzosos; su siglo, la sociedad en que vivia presentaba un carácter de corrupcion y de impiedad nunca vistas; apenas se encontraba un solo hombre que obrase bien; por do quiera la licencia, la abominación, el desenfreno del vicio cundia prodigiosamente; y bajo el velo de una probidad fingida, reinaba el orgullo, el impudor y toda clase de desórdenes (1). Y bien, A. M., á pesar de esto, ¿qué consecuencia es la que deduce? ¿Se creyó acaso autorizado para ser menos fiel en el cumplimiento de los divinos preceptos? ¿Se juzgó dispensado de la observancia de sus deberes como hombre y como monarca? Otro en su caso hubiera dicho: «sigamos el torrente; y pues que no hay piedad sólida ni virtud verdadera en la tierra, ¿por qué hemos de seguir practicándolas?» David empero no discurre así, y animado por el contrario de un nuevo celo, esclama: «Siquiera el mundo entero se torne contra vos y profane vuestro culto, y quebrante vuestras leves, yo jamás me separaré un instante de su observancia (2).» No de otro modo se condujo (1) Psalm. XIII. 1, 2, 3.
(2) Psalm. CXVIII. 87.

Tobias en este punto en medio de un pueblo altamente idólatra y supersticioso. Cuando de todas partes corrian los hombres á ofrecer á los becerros de oro un incienso sacrilego, y á prosternarse en su presencia, él, separándose de la muchedumbre fanática, iba á Jerusalen á adorar y presentar sus votos y ofrendas al verdadero Dios de Israel (1).

Si de las consecuencias volvemos á remontarnos á los principios en que el libertinaje las funda, no se descubre menos lo absurdo de sus pretensiones. Convengo el primero en confesar y deplorar la decadencia del cristianismo; no desconozco que reinan en su seno graves desórdenes, escesos de todo género, preocupaciones lastimosas, errores perniciosos, y vergonzosos vicios que desgraciadamente se deslizan á través de las mismas prácticas piadosas. ¿Pero habremos de confundir por eso el buen grano con la cizaña que sembró la mano enemiga en el campo del divino Labrador? No: y el dudar que Dios se hava reservado en el cristianismo adoradores fieles que le sirvan, como en otro tiempo los tuvo tambien entre los judios cuando esta nacion ciega cayó en la infidelidad mas espantosa, sobre injurioso á la religion no lo seria menos á la humanidad. Haya en buen hora hipócritas que como el Fariseo del presente Evangelio hagan gala de una piedad que no poseen, y ostenten orgullosos una justificacion que su propia soberbia desmiente. ¿Habrá de negarse por eso la existencia de otras almas sencillas, humildes, y sólidamente virtuosas semejantes al publicano, y que confundidas como él en el profundo conocimiento de su debilidad y de su miseria, se juzgan pecadoras siendo justas, é imploran la divina clemencia, y ofrecen al Señor sus votos y homenajes sin jactancia, sin artificio, sin ese repugnante cinismo que caracteriza á los hombres superticiosos y fanáticos?

¡Que no hay verdadera piedad! ¡Que no reinan virtudes sólidas en el mundo! Esto solo podrá decirlo el libertinaje, enemigo declarado de toda religion y de toda ley, que aspira á vivir libremente en sus escesos: pero jamás sus ridículas suposiciones ni sus infunda-

⁽¹⁾ Tob. I. 3.

das sospechas podrán destruir los hechos. La esperiencia nos demuestra que á pesar de la corrupcion universal de costumbres, y por cima de ese vasto diluvio de inmoralidad que inunda hoy las modernas sociedades, sobrenadan todavia como en los dias de Noé, almas justificadas siquiera desconocidas, hombres tales cual la religion exige, que pueden servir de modelos de probidad y de virtud, mugeres fervorosas, virgenes inocentes en cuya piedad ardiente, caritativa, humilde, desinteresada brillan todos los bellos caractéres del Evangelio. Y hasta en las córtes de los monarcas, hasta en el seno del gran mundo, no faltan heróicos ejemplos de esa religion efectiva y práctica, bastantes á confundir la audacia del libertinaje, y á hacer enmudecer las gratuitas calumnias de la impudencia y del crimen. Si el libertino no vé estas cosas, si el hombre irreligioso no se apercibe de esos rasgos de verdadera piedad, es porque cierra voluntariamente los ojos á la evidencia, porque no le conviene ver lo que condena sus vicios, porque se le resiste presenciar lo que es una censura constante de su conducta, porque le lastiman los resplandores de una luz importuna que pone de manifiesto sus errores, sus delirios y su corrupcion. Si asi no fuese, en vez de desconocer ó negar de mala fé lo que se presenta á su vista, daria gloria á Dios, y haria justicia á la virtud. Humillaríase como el publicano de la presente parábola, confundiriase en su propia nada, y poco á poco esta misma humildad, esta misma confusion le prepararia á una conversion sincera. Mas no lo hace asi, y antes bien obstinándose en negar la existencia de la virtud verdadera, y en sospechar de todo cuanto tiene visos de piedad, y en llamar fanatismo al cumplimiento de los deberes que impone la religion, y en tildar de hipócritas á los que vé mejores que él, cree haber triunfado de lo que en su concepto no es mas que preocupacion pueril, y se considera con derecho á continuar marchando por la peligrosa senda del vicio, è insultando à los que no participan de su cinico indiferentismo.

La inconsecuencia de este proceder resalta tanto como su injusticia; mas no porque el libertino haga frente á todo lo que le hiere y lastima, será menos terrible el fallo que contra él pronunciará siempre y donde quiera la piedad que él escarnece y huella con sus

palabras y sus acciones. Logrará cuando mas derramar el ridículo sobre ella, pero nunca oscurecer su brillo, ni menos sincerar una conducta irreligiosa ni disminuir su propia criminalidad. En buen hora que ignore lo que se pasa en lo interior de un alma y si éste corresponde ó no á las bellas esterioridades que hieren la vista. ¿Y por qué entre dos partidos, el de la creencia y el de la duda, ha de elegir el menos favorable? ¿Por qué sin mas razon que una vaga sospecha, ha de creer que esas apariencias son engañosas, porque algunas veces puedan serlo? Insista en que los ejemplos de verda-dera virtud son raros. Convenidos: lo son sin disputa, y ojalá fuesen mas frecuentes. ¿Pero servirá esto de título suficiente para no imitarlos? ¿Bastará para evitar la responsabilidad ante Dios de haberlos despreciado? Jesucristo nos ha dicho que son pocos los que marchan por el camino angosto y escabroso de la vida eterna, y muchos, innumerables los que se lanzan en la anchurosa y suave vía de la perdicion: pero tambien nos ha dicho que es preciso unirse á aquellos pocos, y que solo con ellos es posible salvarse. Y ;ay del que dejándose arrastrar del torrente del vicio que lleva en pos de si á la mayor parte de los mortales, dejare de seguir las huellas de ese corto número que apartando los ojos de ese siglo maldecido, los fijan únicamente en la cruz de Jesucristo, y marchan trabajosamente hácia el Calvario! Éstos tras la penosa cumbre hallarán el delicioso valle desde donde se descubre la patria de los predestinados; aquellos al fin de su carrera tropezarán con un abismo que se pierde en la eternidad.

Reasumiendo, pues, A. O. M., convengamos en que prevalerse de la existencia de ciertos hombres hipócritas y fanáticos en el cristianismo para confirmarse en el libertinaje de las pasiones y en los errores de la impiedad, es un error si infundado en sus principios, no menos absurdo en sus consecuencias; que ni es cierto que toda piedad sea facticia y aparente, ni aun cuando lo fuese, habria razon para deducir de esto que el hombre no está obligado á ser sinceramente piadoso y á observar los deberes que le prescribe el Evangelio. ¿Hay en el mundo fariseos soberbios que bajo un esterior grave y austero ocultan negras pasiones y vicios repugnantes? Norabuena.

Tambien hay, mal que le pese al libertinaje, publicanos humildes y modestos que sin aparentar nada esteriormente y bajo un semblante vulgar, encierran preciosos tesoros de virtud. Lo único que de aqui resultará es, que en su dia el orgullo á quien Dios arrancará la máscara hipócrita con que se encubriera, quedará confundido y avergonzado para siempre, á la par que la humilde modestia que supo ocultar los dones que atesoraba un alma profundamente religiosa, será ensalzada y glorificada, como lo promete el Salvador en su Evangelio. Huyamos pues de la hipocresía farisáica, pero no incurramos tampoco en el error del libertinaje autorizando con ella nuestros desórdenes. Imitemos la piedad sólida, y la virtud práctica de los justos, y seremos con ellos dignos de la eterna recompensa de la inmortalidad.

differential resigns assuring scomparability of vonconducts assertionalizate

tel at disabilitzation production of the contraction of the second contraction of the con

Carlon dental accome successive visit of the control of the contro

cias que se desprenden dA LIMOH estates Esta lucaçacidad por control de la control de

PARA LA DOMINICA XI DESPUES DE PENTECOSTÉS. rismonto se ban inha bibado com Chora character endo las viga de co-

ORIGEN Y CONSECUENCIAS DE LA SORDERA Y DEL ENMUDECIMIENTO MORALES, Y MEDIOS QUE DEBEN ADOPTARSE PARA EVITAR ESTE Salassi le 7 le como mon MAL GRAVISIMO, ndo osobnisloder, sallanpa-

whitel cavacter do la sordera motal de la que se insepriphe el en-EVANGELIO DE ESTE DIA.

«Saliendo Jesus de los confines de Tyro, vino por Sidon al mar de Galilea por entre los términos de Decápolis; y alli le presentaron un sordo-mudo, rogandole que pusiese su mano sobre el. Y tomándole aparte de la turba, introdújole los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua. Y mirando al cielo, gimió y le dijo: Epheta, que significa abrir. Y al momento se abrieron sus oidos y se le soltó el impedimento de la lengua, y hablaba correctamente. Y mandóles que á nadie digeran lo sucedido. Pero cuanto mas se lo mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban: y tanto mas crecia su admiracion, y decian: Todo lo ha hecho bien: pues ha hecho oir á los sordos y hablar á los mudos.»

MARC. VII. 31 ET SEQ.

elt. « Ned alla Jessonificada de de luigo en ese ser desgraciado a toda

la limparadot, pipo era està chindarel salvador se dejo voi s La primera y esencial condicion de la vida del espiritu es la sensibilidad, mediante la cual se establecen entre el hombre y Dios esas relaciones de amor que conducen al sér racional al término de sus destinos, en virtud del cumplimiento de su mision en la tierra. Ora por si mismo, ora por el intermedio de la iglesia y sus ministros, pónese Dios en comunicacion con la humanidad á fin de enseñarla lo que debe creer y practicar, ó lo que debe negar ó rechazar con relacion á su porvenir. Mas si en el sér enseñado no existen las condiciones necesarias para recibir esta enseñanza, si por el contrario hay en él una incapacidad absoluta para oir la verdad, entonces no pu-

diendo penetrar en su alma la luz de la revelacion, mal podrá comprender los deberes que de ella derivan, ni aceptar las consecuencias que se desprenden de sus sublimes principios. Esta incapacidad para oir, que físicamente constituye la sordera material, no es absoluta, sino relativa en el órden moral; y si bien es cierto que hay muchos seres que no oven la voz de la verdad, es porque voluntariamente se han inhabilitado para ello, obstruyendo las vias de comunicacion por donde debia llegar á su espíritu, por cuanto los deberes que surgen de aquellas verdades, contrarian unas pasiones mimadas, atacan de frente unas inclinaciones torcidas, y estas y aquellas, rebelándose contra Dios, interponen entre él y el hombre una valla insuperable, una barrera que no es posible salvar. Hed ahí el carácter de la sordera moral de la que es inseparable el enmudecimiento, puesto que este aun en el órden físico no es mas que una consecuencia de aquella, en cuanto hallándose el hombre incapacitado de percibir los sonidos, mal puede reproducirlos con su lengua por via de imitacion. De esta sordera y de este enmudecimiento morales, cuyas propiedades y tristes consecuencias voy á manifestaros, bien así como los remedios que debemos adoptar para librarnos de este mal, nos propone un bello simil el sagrado Evangelio de este dia.

«Saliendo Jesus (dice) de los confines de Tiro, vino por Sidon al mar de Galilea por entre los términos de Decápolis, y allí le presentaron un sordo-mudo rogándole que pusiese su mano sobre él.» Ved ahi personificada desde luego en ese sér desgraciado á toda la humanidad. ¿Qué era esta cuando el Salvador se dejó ver en la tierra sino un sér sordo para oir la verdad eterna, y mudo para confesarla? Siglos hacia que el Señor, ya por sí mismo, ya por medio de sus patriarcas, de sus profetas, y de mil símbolos misteriosos, de palabra y por escrito venia desenvolviendo á su vista el bello cuadro de sus enseñanzas, que trasmitidas de generacion en generacion por un encadenamiento constante de revelaciones no interrumpidas, mostrábanla los deberes que estaba llamada á cumplir, las virtudes que debia practicar, los dogmas que debia creer, las recompensas que debia esperar, etc. Y sin embargo, los tiempos corrian, y con muy ligeras escepciones la sordera era general,

apenas se encontraban algunas almas sensibles en quienes hallase eco la palabra revelada, perdíanse sus sonidos en el aire, y la ignorancia crecia, y la incredulidad tomaba cada dia mayores proporciones, y el paganismo invadia todo el globo, y el error cundia de una manera espantosa, y sola la verdad divina vivia aislada en medio de un mundo que se habia hecho inhábil para percibir su voz. ¿Y esto de dónde procedia? ¿ Es acaso que en el hombre preexistiese una incapacidad invencible para oir lo que necesitaba saber? ¡Blasfemia! El Criador hiciérale sér perfectible, y por consiguiente le dotó de todas las facultades necesarias para perfeccionarse por medio de la enseñanza. Otras, pues, eran las causas de su sordera moral, de otro principio provenia aquella fuerte repulsion hácia las eternas verdades. Las supersticiones de la filosofía, los delirios de los cultos idólatras, los vicios divinizados por la religion misma, las pasiones sancionadas por la moral pagana... y otros mil elementos de desórden y de impiedad, corrompiendo la inteligencia y degradando el corazon, hacian á los hombres inaccesibles á la luz que les mostraba el verdadero camino en medio de las tinieblas, ensordecíanles para que no escuchasen sino la voz del placer sensible, de los goces del tiempo, de la sensualidad, del egoismo, etc.; y de aqui su lengua fácil únicamente para el lenguaje de la inmoralidad, del crimen y del error, no acertaba siguiera á articular la menor palabra relativa á la vida futura, á la eterna felicidad que no conocian; porque en la satisfaccion de sus corrompidas inclinaciones y en la posesion de los bienes del tiempo habian cifrado el bien supremo de la criatura los sábios de la antiguedad.

Y esta sordera y este enmudecimiento hubiéranse perpetuado en el mundo, á no haber determinado el cielo aplicar el único remedio que podia producir su curacion. Fué, pues, necesario que interviniese Dios en este asunto por medio de su Unigénito, como de hecho lo hizo, enviando á la tierra su palabra encarnada, viva, eficaz, penetrante, á fin de que pudiesen percibirla bárbaros y gentiles, judíos y paganos, romanos y griegos, porque el género humano en su totalidad se hallaba atacado de ese mal endémico: y ya que ni la revelacion primitiva, ni la tradicion patriarcal, ni las enseñanzas

TOMO III.

18

proféticas bastáran para hacer entender á ese gran sér moral sus deberes para con Dios, para consigo mismo y para con los demas, menester fué que Jesucristo, enviado del cielo para sanarle, hiciera con él lo que con el sordo-mudo del presente Evangelio, al cual tomándole aparte de la turba, introdújole los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua. Hed ahi lo que verificó el Señor de una manera admirable, por medio de su divino Espiritu que es el dedo de Dios, y sin cuyas inspiraciones jamás la humanidad hubiese salido de aquel funesto estado, puesto que ni su inteligencia hubiera podido comprender las altas verdades del Evangelio, inhábil como estaba para oirlas, ni su lengua confesarlas, ni menos su voluntad reducirlas á la práctica.

Un fenómeno se nos presenta aquí digno de estudio y de reflexion. ¿Cómo es que habiendo descendido á la tierra la palabra eterna, y derramándose en ella el espiritu de inteligencia y de verdad, existen no obstante en el cristianismo tantos sordo-mudos en el órden moral? Uno mismo es el Evangelio que á todos viene predicándose á través de diez v ocho siglos; idénticos los dogmas que la Iglesia viene proponiendo; invariables y siempre unos sus principios, sus creencias, sus enseñanzas, etc.; y sin embargo, en medio de algunos pocos que oven sumisos la doctrina católica, y confiesan dóciles sus misterios, y practican fieles sus virtudes, no faltan otros en mucho mayor número en cuyos oidos no penetra ese eco celestial, cuyas lenguas se ven entorpecidas con un enmudecimiento funesto, y que dispuestos únicamente á escuchar todo aquello que se refiere al bienestar presente, á la satisfaccion de los sentidos, á los placeres de la carne, y á hablar de proyectos, de empresas, de negocios, de distracciones mundanales y otras cosas de esta clase, tan superficiales é inútiles, como absurdas y peligrosas, jamás empero se ocupan de sus intereses morales, de su porvenir ni de su salvacion. ¡Sordera lamentable! ¡Triste enmudecimiento! Mas no busquemos el origen de este mal fuera del hombre mismo: en su propio corazon está encarnado el gérmen podrido que mata en él todo principio de sensibilidad moral, y hasta el sentimiento mismo de su propia dicha. Una sobreabundancia de malicia engendrada por la perversion de las fa-

cultades del alma, junto con una repulsion obstinada hácia todo lo que aflige ó mortifica sostenida por la preponderancia de las malas pasiones, hed ahi todo el misterio de esa dolencia tan general entre los hombres. ¿Cómo quereis que en un corazon falseado por los errores de la inteligencia, y en una inteligencia bastardeada por los vicios del corazon, puedan hallar eco ni accion unas doctrinas que contrarían el amor propio, repugnan á la sensualidad, humillan el orgullo, combaten la molicie, condenan la ambicion, y son enemigas declaradas de lo que mas halaga y seduce á la viciada naturaleza? ¿No veis frecuentemente enfermos que rechazan lo que debe salvarles, únicamente porque les es enojoso y repugnante? Y en este caso suya es la culpa si se dejan morir voluntariamente por no escuchar las prescripciones del médico. Pues otro tanto sucede en el órden moral. Si hay hombres sordos para oir la verdad, y mudos para el bien, no es porque el Salvador de la humanidad, que vino á curarla de sus dolencias, deje de ofrecer indistintamente á todos el remedio que reclaman sus necesidades, sino porque al querer aplicarle encuentra en la corrupcion de sus almas un principio de repulsion que inutiliza todo el saber divino, y hace ineficaces todos los esfuerzos de su bondad. Por demas será que, como al sordo-mudo de nuestro Evangelio, tome aparte al hombre que voluntariamente ensordece á sus enseñanzas, tratando de separarle del bullicio del mundo para hacerle entender lo que le interesa en la silenciosa soledad de su conciencia; inútil que reiterando los avisos y las ilustraciones interiores, intente introducir en sus oidos el eco de su voz, terrible unas veces, suave y seductora otras, y siempre bondadosa y llena de paternal amor; en las malas pasiones, en el ascendiente del vicio, en el apego á lo terrestre y material, encontrará siempre una dificultad insuperable la voz de la verdad, mientras sobre esta prepondere el error; estrellaránse contra la dureza de su alma empedernida las saetas de la divina gracia; escuchará mientras el lenguaje frívolo del mundo lisonjée sus oidos con esa palabrería hueca y altisonante del saber humano, mientras se la hable de lo que está en armonía con sus instintos bastardos, de lo que se aviene con sus aspiraciones corrompidas, de lo que se aduna con sus deseos perversos, de lo que tiende á sincerar sus escesos ó á autorizar sus crímenes. No siendo así, la virtud le parecerá un ensueño, la piedad una quimera, el deber una ilusion, y llamará bueno á lo malo, y confundirá el fanatismo con la devocion, y á la anarquía la llamará órden, y elogiará como una moral sublime la mas torpe inmoralidad. Es un sordo incurable que se resiste á la misma accion de la divinidad, y por consiguiente mudo; y por mas que Jesucristo toque su lengua con la saliva de su revelacion, de su palabra, de su gracia omnipotente, no hablará, siquiera tenga lengua, para prorumpir en las divinas alabanzas, ni para confesar sus deberes, por cuanto el crímen la tiene atada con fuertes lazos, la pasion la incapacita para moverse, y las afeciones terrestres hácenla inhábil para todo cuanto no sea carnal y transitorio, etc.

Y cuántos sordo-mudos de esta especie existen en el cristianismo! Muchos, innumerables, y de ahí tanta corrupcion, tanta impiedad, tantos desórdenes, tanta inmoralidad, tanto libertinage como diariamente vemos en el mundo. Pero no nos detengamos á detallar las tristes consecuencias de esa sordera y de ese enmudecimiento harto visibles en el órden religioso-social, y consignemos los remedios que deben aplicarse á un mal tan terrible como contagioso. Despréndese desde luego de lo dicho, que la voluntad es la primera condicion para curar, y tan esencial, que sin ella serian infructuosos el celo mas activo y la mas heróica abnegacion por parte de los ministros del Dios-Hombre, llamados á continuar en el mundo su alta mision. Menester es pues que el que pecando ensordeció á las inspiraciones de la gracia, ó arrastrado por el error se incapacitó para ver la verdad, ò fascinado por las pasiones hizose insensible al grito del deber, quiera sanar, y al efecto se presente á Jesucristo como el sordo-mudo del Evangelio, acercándose á los que este legára su poder é invistiera de su autoridad. Porque, ¿cómo podrian estos operar el gran prodigio de devolver el uso de la palabra al que obstinado huyese de la Iglesia, única depositaria de las eternas verdades? Ved los Fariseos y Escribas corrompidos, como á pesar de tener siempre cerca de si á Jesucristo, y de escuchar su doctrina celestial, no la oyen, sino que la desprecian altivos, la interpretan orgullosos á su antojo, la materializan impios, y unas veces la restringen, y otras la dan una latitud indeterminada, segun que mejor cumple á sus depravadas miras. Ved por el contrario los pescadores de las riberas de Galilea, los publicanos, los artistas, que son los primeros en recibir aquellas sublimes enseñanzas y en escuchar la nueva moral evangélica. ¡Qué diferencia tan marcada! Es que los primeros huyen de Jesus por no encontrar en sus máximas la condenacion de sus propios errores, por no verse obligados á aceptar unas consecuencias que pugnan con sus perversos principios, prefiriendo ignorar unos deberes que les hubieran forzado á mudar de conducta antes que confesarse vencidos entrando en el combate. Por eso cobardes rehuven la discusion cuando el sofisma no alcanza á desvirtuar la verdad, y se tapan los oidos cuando el eco de esta es demasiado fuerte para no ceder á su influencia. Los segundos por el contrario, buscan al Salvador, siguenle á todas partes, pernoctan en despoblado, y á todas horas estan dispuestos para escuchar su palabra; y como sus inteligencias, aunque torpes y groseras, no se hallan falseadas por el error, ni pervertida su alma por la accion de las pasiones, de aquí la facilidad con que al contacto del dedo divino y de su saliva, esto es, de las inspiraciones de la gracia, ábrense sus oidos á los dogmas misteriosos del cristianismo, y sus lenguas quedan libres para hablar de lo bueno , recto y justo , y ensalzar la mano benéfica que realizara en ellos tan feliz transformacion. Y ved ahí como sobre la voluntad ó el deseo de curar, entran tambien como condiciones esenciales al efecto la rectitud de intencion, y esa sencillez del alma dispuesta á recibir las divinas impresiones y á aprovecharse de ellas en su propio bien.

Cuando estas disposiciones existen en el hombre, por grandes é inveterados que sean su sordera y su enmudecimiento, no habrá fuerza humana que pueda oponerse á la accion de la divinidad. Sucederá lo mismo que con el paciente de nuestro Evangelio. Despues de haberle introducido los dedos en las orejas, y tocádole la lengua con la saliva de su boca, símbolos de la uncion del Divino Espíritu que derrama en los corazones á quienes quiere convertir, mirando al cielo gimio, y dijo: Epheta, que significa abrios. Y en el

momento abriéronse sus oidos, y se le soltó el impedimento de la lengua, y hablaba correctamente. ¡Y cuántos prodigios semejantes no ha visto el mundo en el órden moral! ; Sobre cuántos sordo-mudos espirituales no ha gemido el Señor, compadecido de su desgracia, y hallándolos dispuestos á recibir sus ilustraciones internas, haciendo un esfuerzo de bondad y de poder, ha dicho: «; Abrios!» Y los que antes solo escuchaban la voz seductora del génio del mal que les impelia al pecado, percibieron claramente el grito salvador de la gracia que les exhortaba á la virtud; y los que un dia solo gustaban del lenguaje apasionado del mundo, de sus placeres y delicias, de sus vanidades y pasatiempos, de sus bacanales y orgias inmundas, overon con gusto el eco de la religion, de su cruz y de su mortificacion, de sus privaciones y de sus sacrificios, de su abnegacion y de sus austeridades, etc. Y los que mudos para la verdad, solo sabian insultarla con dicterios, combatirla con sofismas, desacreditarla con falsas suposiciones, escarnecerla con libelos repugnantes, y llamaban preocupaciones vulgares sus principios eternos, ilusiones sus preceptos, absurdos sus dogmas, fanatismo el culto, intolerancia el celo religioso, despotismo la autoridad de la Iglesia, y otras lindezas de este género, al contacto de la gracia divina cambiaron de lenguaje v retractaron sus pasados errores, hicieron justicia á la religion y aumentaron las filas de Jesucristo para pelear denodadamente en la gran lucha emprendida contra el libertinage y la impiedad. ; Qué triunfos tan bellos! ; Qué victorias tan brillantes! No es de estrañar que el mundo haya visto con sorpresa esos prodigios del catolicismo, y á despecho de cuantos se han propuesto amenguar sus glorias, y contra la arbitrariedad del crimen, que mas de una vez quiso imponer silencio, á la manera que el Salvador mandó á las turbas que á nadie dijesen lo sucedido, los pueblos cristianos, los hombres de sanas intenciones y de corazon recto, con tanto mayor empeño hayan publicado los triunfos de la divina misericordia en la curacion de la sordera y del enmudecimiento moral de una gran parte de la humanidad, gritando como las turbas: Todo lo ha hecho bien, pues ha hecho oir à los sordos y hablar à los mudos.

Que no sean perdidas para nosotros, M. A. O., estas lecciones

saludables. Si sordos á la verdad, si mudos para nuestros deberes hemos vivido hasta ahora ausentes de Jesucristo, busquémosle luego, acerquémonos á él, v en el contacto de sus divinos dedos, v en la virtud de su saliva omnipotente hallaremos el remedio á un mal tan triste y de tan funestos resultados. Evitemos sobre todo las causas que contribuyen á contraer esa enfermedad, temible sobre todas cuantas pueden aquejar al cristiano, huvendo al efecto del vicio, v no permitiendo que nuestra inteligencia y nuestro corazon, poniéndose al servicio de las pasiones y dominados por ellas, se incapaciten para oir la voz de Dios. Combatamos pues sin miramientos, sin ningun género de contemporizacion esos temibles enemigos, y procuremos dominarlos, haciéndoles plegar ante la razon y el deber. Nada de transigir con la debilidad de una carne que nos degrada v corrompe, nada de fraternizar con unos hábitos que nos arrastran inevitablemente á una insensibilidad en materias religiosas, mas cruel y de peores consecuencias que la incredulidad misma. Nada en fin de mimar unas inclinaciones que se disfrazan con seductores atractivos para ocultar el peligro que envuelven. Guerra, y guerra á muerte á cuanto de Dios nos separa; y si por desgracia nuestra incurriéremos en esa sordera, en ese enmudecimiento, no perseveremos voluntariamente en él; acudamos confiados al que vino á salvar á todo el linage pecador, sin dudar un punto de su clemencia. Su dedo celestial abrirá nuestros oidos, su saliva eficacisima soltará el impedimento de nuestra lengua; escucharemos su doctrina, la practicaremos fieles, la respetaremos constantes, y proclamando en esta vida los triunfos de su gracia y las magnificencias de su amor, completaremos un dia este himno glorioso en la region de la inmortalidad.

SERMON

PARA LA DOMINICA XII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

VENTAJAS TEMPORALES QUE PROPORCIONA EL EJERCICIO DE LA BENE-FICENCIA CRISTIANA, CONSIDERADA COMO UN ELEMENTO FECUNDO DE PROSPERIDAD PARA LOS INDIVIDUOS Y PARA LOS PUEBLOS.

Diliges Dominum Deum tuum.... et proximum tuum sicut te ipsum.... Hoc fac, et vives.

Amarás al Señor Dios tuyo.... y á tu prójimo como á ti mismo.... Haz esto, y vivirás.

Luc. x. 27, 28.

Urrores absurdos, sofismas ingeniosos, utopias imaginarias, y sistemas incoherentes, hed ahi lo que hasta ahora viene produciendo la moral filosófica con respecto á uno de los primeros y mas principales deberes del hombre, que es el amor del prójimo. Cuanto mas altamente se ha proclamado ese gran principio de fraternidad que forma el sueño acariciado de los modernos regeneradores, cuanto mas elocuentemente se ha hablado y mas bellas páginas se han escrito acerca de este punto, menos parece se ha comprendido la esencia de ese gran deber y sus inmediatas consecuencias. Diríase en vista de lo que sucede generalmente en el mundo, que toda la conciencia de nuestro siglo y todo el código de su moral con respecto á esto, se reduce á un sentimiento estéril sin resultados prácticos, puesto que hasta ahora solo hemos visto y vemos hueca palabreria, enfáticos preceptos, discusiones acaloradas, bellos ideales; pero obras que acrediten ese amor, en vano se buscarian en unas sociedades cuyo símbolo es el interés, cuya divinidad es el oro, cuyo

instinto es el egoismo, en las que la ambicion hierve, y reina la codicia, y domina el amor á los intereses materiales, y la mas fria insensibilidad hácia las agenas privaciones hace olvidar todo sentimiento generoso, todo instinto benéfico, toda idea de caridad bien entendida.

Solo el cristianismo que fué quien resolvió ese gran problema del amor fraternal, es el que con su doctrina inefable, con su sublime moral enseña al hombre las verdaderas relaciones que le unen con sus semejantes, y los gravisimos deberes que de ellas resultan. En esa doctrina y en esa moral aprende á conocer al verdadero prójimo, esto es, á mirar á todos los séres racionales como otros tantos hermanos á quienes debe amar como á sí propio, sirviéndoles como desearia ser servido, prodigándoles idénticas pruebas de afecto que él desearia recibir, socorriéndoles en sus necesidades como él querria ser socorrido en las suyas, haciendo en una palabra con ellos iguales oficios que él en su caso se creeria con derecho á reclamar. Hed aqui el gran precepto de la religion cristiana, la base del grandioso edificio del catolicismo, y el principio culminante de toda la moral evangélica, como lo demuestra Jesucristo en el pasage que acaba de leerse. «Levantôse un doctor de la ley y dijole con intencion de tentarle: Maestro, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? Dijole Jesus: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? Respondió él: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente: y al prójimo como à ti mismo. Replicóle Jesus: Bien has respondido: haz eso, y vivirás.»

No pienso ocuparme en este discurso de la estension de este gran deber de la caridad fraternal, de que ya en otras ocasiones hemos tratado. Tampoco me propongo desenvolver las ventajas que en el órden espiritual reporta al hombre su fiel cumplimiento. Supuestapues la obligacion de practicar la cristiana beneficencia sin restriccion alguna, sin el menor motivo de interés personal, y únicamente en vista de Dios de cuyo amor deriva el amor del prójimo; y espuestos ya en otro lugar los altos fines que debemos proponernos en el ejercicio de esa virtud, creo no será inoportuno manifestaros tam-

bien «las ventajas temporales que proporciona, considerando la beneficencia como un principio de bienandanza y un elemento fecundo de prosperidad con que la Providencia recompensa aun en la vida presente á los que la practican segun el espíritu del cristianismo:» Hoc fac, et vives, etc.

tal modification and see Maria.

REFLEXION UNICA.

est dictivit v in est moral specific compore of verdalers projimo, este est, if alter a folial los sints rectonales aceno etros tantos her-

Una de las cosas que mas llamaron la atención de uno de los primeros génios del último siglo al estudiar el carácter del catolicismo, fué la doble influencia que ejerce en los destinos espirituales y temporales de la humanidad. «¡Cosa sorprendente! esclamaba: la religion católica que solo parecia llamada á hacer la dicha del hombre en la otra vida, es tambien en esta el principio de su bienandanza.» Y no se engañaba por cierto aquel célebre publicista cuando daba este brillante testimonio á la verdadera religion de Jesucristo. Todo en ella viene acreditando esta verdad de la mas alta importancia: y á falta de otra demostracion, bastaria observar los resultados sociales que viene produciendo á través de los siglos el ejercicio de la cristiana beneficencia, venero inagotable y fuente perenne de prosperidad y bienandanza para los pueblos no menos que para los individuos. Cierto que el catolicismo poniendo siempre en primera línea los intereses de la eternidad, solo de un modo secundario propone al hombre los intereses del tiempo; y no menos grande y digno de sí mismo cuando desenvuelve á nuestra vista las inmensas ventajas materiales que ha ligado á la práctica de la cristiana beneficencia, que cuando desenvuelve las magnificas promesas á ella vinculadas con relacion al cielo, engrandece nuestras ideas, eleva nuestras miras, ennoblece nuestras aspiraciones, dirigiendo hácia Dios solo nuestros deseos, como único capaz de satisfacerlos, y enseñándonos á apetecer esas ventajas temporales con una dependencia absoluta de

su voluntad, y en cuanto tienen relacion con la vida eterna. Jamás pues la religion nos ofrece el grosero cebo de una ganancia presente ó de un vil salario. Su idea, su pensamiento, su sistema, su lenguaje en este punto son de una elevacion sublime. Asentado por principio que todo pertenece á Dios como á dueño universal del mundo; que de todo dispone á su beneplácito en virtud de su suprema soberanía, bien sea en el cielo, bien en la tierra donde ejerce invisiblemente su accion providencial; que es en fin el padre de todos los hombres, á quienes ama igualmente y sin la menor distincion; muéstranos á la vez que nada hay que tanto le interese como su bienestar: y por lo tanto aceptando como suyos propios los servicios que la caridad derrama en el seno del desgraciado, con quien simpatiza sinceramente su corazon divino, prométenos en cambio desplegar toda su liberalidad en favor nuestro, proporcionalmente al celo y desinterés con que hubiésemos socorrido á nuestros prójimos necesitados. De resto, ninguna idea de torpe especulacion debe presidir á nuestra beneficencia, ningun cálculo egoista debe entrar en nuestros caritativos servicios. El verdadero y legítimo amor de Dios y del hombre debe ser el móvil de nuestras acciones: y haciéndolo así, aseguraremos á la par una recompensa inmortal en la otra vida, y en la presente un derecho indisputable á percibir el fruto centuplicado de todo cuanto hiciéremos en obsequio de nuestros hermanos: Centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit (1). Tal es la economía de la religion católica, hed ahí formulado su pensamiento, v desenvuelta su idea de una manera tan sábia como admirable.

No todos empero comprenden bien sus consecuencias siquiera estén de acuerdo con sus principios. Deséanse en general las bendiciones terrenales como fruto de la caridad, y se buscan en los escesos de la avaricia; aspirase á las ventajas de la beneficencia sin practicarla mas que de una manera material ó con miras egoistas. ¡Aberracion lamentable! ¡Inconcebible engaño! ¡Ultraje sangriento hecho á Dios cuyas promesas se desconocen, y no menos ofensivo

⁽¹⁾ Matth. XIX. 29.

al hombre cuyos derechos se menosprecian, mirando con impasibilidad estóica sus mas apremiantes necesidades! A vista de una gran parte de la humanidad menesterosa y desgraciada personificada en el hombre de Jericó, pasan insensibles el sacerdote y el levita, sin siquiera dignarse lanzar una mirada compasiva hácia esos séres infortunados á quienes aqueja el dolor ó desespera la adversidad. Apenas se encuentra un piadoso Samaritano que se conduela de su miseria, cicatrice sus heridas con el dulce bálsamo de la beneficencia, y se desprenda de una parte de sus bienes para acallar los gritos de la indigencia y proporcionarla un liviano alivio. Los mas capciosos pretestos se inventan para dispensarse de este deber sagrado: y cuando el catolicismo á manera de su augusto fundador, insiste en exhortar á los cristianos á practicar la misericordia, y á ejercer la caridad con los miembros doloridos y pacientes de Cristo, como el medio eficaz de proporcionarse unos bienes positivos y unas ventajas reales aun en el tiempo presente; cuando proponiéndoles el ejemplo del Salvador de la humanidad, cuya vida no fué otra cosa sino un encadenamiento de acciones de la mas heróica caridad, les dice: «haced otro tanto:» vade et tu fac similiter; el egoismo apela unas veces á la necesidad de cubrir las atenciones del momento. otras á la obligacion de precaverse contra las eventualidades del porvenir, va al establecimiento de su familia, va al sostenimiento de su casa, v á otros mil motivos tan imaginarios como insuficientes para cohonestar una indiferencia siempre indisculpable delante de

Pues bien, la religion nos muestra por el contrario en el ejercicio de la beneficencia cristiana, un medio seguro de hacer frente á esas supuestas eventualidades, de asegurar el presente y el porvenir de las familias, y de conservar y aun fomentar los bienes de fortuna que hemos recibido de la mano liberal y pródiga de la Providencia. Ventajas inapreciables que desconocen la mayor parte de los cristianos, privándose de ellas por su culpa.

Y en cuanto á lo presente: ¿De quién dependen todos los acontecimientos del mundo, sino de aquel que manda al hombre ser benéfico con sus prójimos? ¿Acaso faltando á este deber podrá preservarse de los reveses y adversidades que tal vez permitirá Dios sobrevengan al egoista para vengar en él las lágrimas del indigente, el abandono del huérfano, la desesperacion de la viuda, víctimas de una insensibilidad cruel? Y esos ahorros con que piensa precaverse para lo venidero, llegado el dia de la muerte, ¿podrán evitarle el punzador remordimiento de haber puesto en un despreciable metal su confianza, en vez de colocarla en el que vela desde el cielo por sus criaturas, y ha vinculado toda suerte de bienes al ejercicio de la beneficencia?

No menos ceguedad envuelve el segundo error de los mortales, que no se persuaden de que la beneficencia es la primera condicion de la felicidad doméstica. ¿ De dónde provino la inalterable paz de la casa del religioso Tobías? ¿quién preparó sus dichosos destinos, sino la liberalidad de aquel corazon que sin reservarse nada para si, todo lo invirtió en solazar á sus hermanos de cautiverio y en ser la providencia visible de cuantos gemian en la miseria? Por eso mereció que un ángel le guiase en sus espediciones, le libertase de los mayores peligros y le proporcionase una esposa digna de él, que al par que su mas dulce consuelo fuese el apoyo de su ancianidad y de la de sus virtuosos padres. Tan cierto es que la beneficencia es un elemento infalible de concordia, de union, de paz y bienestar doméstico, bien así como donde ella no existe, el cielo maldice los designios del hombre, frustra sus planes mejor combinados, inutiliza sus proyectos, burla su prevision, y castiga á veces visiblemente en su raza la torpe avaricia ó la cruel insensibilidad con que miró á sus prójimos menesterosos.

¿Y qué decir de los que pretenden sostener el brillo de sus casas, acrecentar sus bienes, y asegurar el porvenir de su posteridad, sin ejercer la caridad cristiana? ¡Ilusion! ¿No comprendeis que segun el espíritu del cristianismo, el oro que se siembra en las manos del pobre, á semejanza del grano arrojado en el seno de la tierra, se multiplica y reproduce prodigiosamente fecundado con la bendición celestial? Sin ésta, ¿ quién fertilizará vuestros campos, os enviará las abundantes lluvias de la primavera y los calores vivificantes del estio, preservará vuestras mieses de los mil riesgos á

que están sujetas, y hará que vuestras cosechas lleguen á su madurez? Y aun dado que todo esto aconteciese segun vuestros deseos, ¿ quién os asegura de que un acontecimiento funesto no os arrebate en un dia el fruto de muchos años de sudores y economías? Sola la beneficencia cristiana practicada como la religion prescribe, es la que puede garantizar al hombre en este punto. La esperiencia y la historia apoyan de un modo visible mi aserto.

Examinese el origen de una gran parte de esas fortunas colosales que han venido trasmitiéndose de padres á hijos, á través de siglos y generaciones, y se verá que fueron la recompensa de la beneficencia cristiana. Esa multitud de asilos levantados en obsequio de la humanidad desvalida, son unos monumentos imperecederos del espíritu de caridad que animaba á nuestros antepasados. En tanto que este espíritu se conservó, no se vieron vacilar esos colosos de grandeza v poderio. Dios mismo los sostenia con su omnipotente diestra, complaciéndose en perpetuar una opulencia que refluia en gloria suya y en bien de la humanidad. Mas á medida que el celo de las buenas obras fué debilitándose en los descendientes de las antiguas razas, disminuveron considerablemente su brillo y sus riquezas; y cuando la decadencia de las costumbres reemplazó al fervor primitivo, y á las santas liberalidades de una caridad compasiva y tierna sustituyeron los escesos del lujo y las profusiones de la voluptuosidad; cuando, en fin, el egoismo ocupó el lugar que usurpára al amor fraternal, y se vió próximo á apagarse el brillo de esa virtud que simpatiza con la desgracia y hace propias las agenas miserias, entonces sopló el viento impetuoso de las revoluciones, y no quedaron mas que algunas ruinas, restos informes de aquellas fortunas gigantescas que habian resistido á tantas tormentas y sobrevivido á la accion de tantos siglos. ¿Quereis pues levantar de nuevo ese edificio abatido por tierra? Asentadle sobre la misma base que se elevó en su primitivo origen; de lo contrario, mal esperais recobrar el esplendor de vuestros padres, si no imitais su celo en favor de los desvalidos miembros de Jesucristo.

Y no solamente respecto de los individuos es la beneficencia un venero rico y abundante de bienes temporales, si que tambien es

respecto de los pueblos el orígen de la pública prosperidad. Recordad, M. A. O., la mas brillante época de nuestra historia, traed á la memoria ese siglo para siempre memorable en que reuniéndose en torno de nuestra patria todos los géneros de gloria, la dieron un esplendor que deslumbró á todas las demas naciones del globo. Atribúvase en buen hora tanta grandeza, tanto poderio v tanto saber á la magnanimidad de sus monarcas, á la pericia de sus capitanes, al valor de sus ejércitos, al génio de sus hombres políticos, y á no sé qué disposicion universal de los espíritus que favorecia admirablemente el desarrollo de las ciencias, de las artes, de la industria, y de todos los elementos de bienestar y engrandecimiento que constituyen el núcleo y la fuerza de los estados. No rechazaré esas causas: las admito gustoso; pero hay sobre estas otra que no por ser menos conocida es menos digna de atencion. Comparando esas épocas de prosperidad á que aludo, con el largo período de turbulencias y guerras intestinas, de debilidad y empobrecimiento que precediera inmediatamente, reconocereis sin dificultad que un cambio tan pronto como maravilloso no pudo operarse, ni se esplica sin una intervencion especial del cielo. Pues bien, yo observo que en el intérvalo que medió entre esas dos épocas tan distintas, fué precisamente cuando reinó entre nosotros verdaderamente la caridad, cuando el espíritu de beneficencia se desarrolló en mas vasta escala en todas las clases sociales, cuando las obras de misericordia llegaron á ser la pasion de todos los hombres religiosos; cuando el génio católico creó mas prodigios en favor de la humanidad menesterosa ó desvalida; cuando todas las condiciones se disputaban la gloria de contribuir á esa grandiosa idea, y rivalizaban en celo por llevar cada cual su piedra para levantar el grandioso edificio inspirado por la sólida piedad; cuando en suma la generosidad supo triunfar del egoismo, y no hubo miseria que no encontrase alivio, ni dolor que no hallase remedio, ni desgracia que no tuviese recursos abundantes en los pechos cristianos. Hed aquí lo que atrajo sobre nuestro patrio suelo esas bendiciones, esa gloria y esa prosperidad cuyo origen investigamos. Si ahora gime España humillada, empobrecida, desgarrada por facciones. envuelta en sangrientas luchas, recordando triste su pasado, rodeada"

de azares en lo presente, y sin esperanza de mejor porvenir, es porque la falta la bendicion del cielo, y esta bendicion la atraen los clamores del pobre, las plegarias del menesteroso, las lágrimas del infortunado, cuyas llagas cierra la caridad con el dulce bálsamo de la beneficencia cristiana. Abundan en nuestro suelo infinitos séres como el hombre del presente evangelio, abandonados, sin recursos, objetos de una insensibilidad cruel por parte de todas las clases, que solo atienden á su propio interés, desentendiéndose del que padece y llora bajo la mano del infortunio. Y estos en su despecho quéjanse al cielo, v sus quejidos penetrando el corazon de Dios, arman el brazo de su justicia y hacen llover sobre nuestras cabezas esos azotes con que sabe castigar la Providencia de un modo visible pero sordo la insensibilidad egoista de los pueblos y de los individuos que, como el sacerdote y el levita de nuestra parábola, miran con enfático desden las agenas privaciones, porque solo atienden á que nada les falte, y les interesan muy poco las calamidades públicas, absorviendo en su individualidad todos los cuidados que debieran consagrar á sus semejantes.

Lejos de nosotros, M. A. O., tamaño crimen. Persuadidos de que todos los hombres son nuestros prójimos, nuestros hermanos en Jesucristo, y que á todos, y con especialidad á los que padecen, somos deudores de un amor idéntico que á nosotros mismos, llenemos cumplidamente ese gran precepto; interesémonos en su bienestar, identifiquémonos con sus desgracias, y contribuyamos por cuantos medios estén á nuestro alcance á solazar la suerte del infortunado, á enjugar las lágrimas del pobre, á cicatrizar las heridas que el corazon de la humanidad abriera á la desgracia. Seamos, en fin, para cuantos sufren víctimas del dolor ó de cualquiera otro acontecimiento funesto, los compasivos samaritanos prontos á ofrecerles nuestros servicios, y á consagrarnos á su alivio. Así es como nos haremos acreedores á que el cielo recompense aun en la vida presente el heroismo de nuestra caridad, haciendo llover sobre nosotros esas bendiciones que tan á manos llenas derramó sobre nuestros antepasados. Así nos haremos dignos de varticipar aquí de los dones de la Providencia que tan pródiga se muestra con los que por Dios

se privan voluntariamente de lo que de ella recibieron para atender al socorro de la humanidad menesterosa. Y despues de esperimentar en la tierra cuán bueno es y cuán suave el Señor con los que le aman y sirven, amando y sirviendo á los que él adoptó por hijos de su predileccion, esperimentaremos tambien en el cielo los efectos de su amor, las recompensas de su bondad, las delicias de su gloria, y la corona de la inmortalidad.

diagram volves energyd general general new alla com a flass at the general to the teller and about the teller and about the teller to the teller the telle

Talkeler Levelante, releasers of his forthe selection of

TOMO III.

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA XIII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

NOTABLE CONTRASTE ENTRE LA BONDAD DIVINA LIMPIANDO AL HOMBRE DE LA LEPRA ESPIRITUAL EN LAS FUENTES DE LA RECONCILIACION,
Y LA INGRATITUD DE ESTE Á TAN INAPRECIABLE RASGO DE
SU MISERICORDIA.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«Entrando Jesus en cierto castillo, saliéronle al encuentro diez leprosos, los cuales parándose á lo lejos, clamaban: Jesus, maestro, ten lástima de nosotros. Luego que Jesus los vió, les dijo: Id y mostraos á los sacerdotes. Y cuando iban quedaron limpios. Uno de ellos viendo que habia quedado limpio, volvió engrandeciendo en alta voz á Dios, y cayó sobre su rostro dándole gracias: y este era un samaritano. Jesus dijo entonces: ¡Por ventura no son diez los curados? Pues y los nueve, ¿dónde estan? No se ha encontrado quien haya vuelto á dar gloria á Dios mas que este forastero. Y dijole: Levántate, vete, que tu fé te ha salvado.»

Luc. xviii. 42 et seq.

Ası como la antigua ley fué una larga preparacion á la nueva, á la que se referian todos los símbolos, todas las figuras, todos los tipos de los tiempos primitivos, del mismo modo en la misma ley evangélica quiso Jesucristo preludiar en cierto modo las maravillas de su gracia y los prodigios de su redencion, en los hechos portentosos que obraba y en todos los acontecimientos de su historia. Ambas cosas eran necesarias para que el hombre de suyo material y terrestre pudiera elevarse á la grandiosa idea de su mision, y comprender, mediante las cosas visibles que herian sus ojos, los invisibles efectos de la acción divina sobre la humanidad. Mal hubiera podido

esta ser iniciada en los incomprensibles secretos de una doctrina emanada de lo alto, ni aceptar la luz de una revelacion sobrenatural, á no haber sido conducida á ella á través de signos esteriores hasta llegar por un progreso lento, pero contínuo, al conveniente desarrollo de su espíritu. De lo contrario, si de un golpe y sin preceder esta preparacion, hubiese Dios revelado el gran dogma de la reparacion y sus inefables consecuencias, quizá el hombre no hubiera comprendido todo el horror de su caida, los efectos del pecado, y la absoluta impotencia en que se hallaba para obrar el bien y salvarse. Por eso, repito, no solo en los antiguos símbolos plugo al Señor dar al mundo una idea de lo que por medio de su Unigénito se proponia obrar en la plenitud de los tiempos, sino que tambien este quiso darnos en las acciones que como hombre ejecutaba, ciertas muestras sensibles de su operacion interior y divina en las almas.

Sugiérenos estas reflexiones preliminares, el hecho narrado en el Evangelio de este dia, en el cual vemos pintado bajo un bello simil, el estado de la humanidad á consecuencia del pecado, la necesidad de una pronta rehabilitacion, la realizacion de ésta por la gracia de Jesucristo, y la ingratitud del mundo á tan inestimable rasgo de la divina misericordia; todo lo cual renuévase de contínuo entre los cristianos, que conociendo la funesta accion del pecado en sus almas, y aspirando á limpiarse de esa horrible mancha mediante la gracia sacramental, una vez conseguida no tardan en olvidar la grandeza del don que acaban de recibir, y responden con la mas negra perfidia al mas grandioso efecto del divino amor.

«Entrando Jesus en cierto castillo (dice el texto sagrado) saliéronle al encuentro diez leprosos.» Ved ahí personificada á la humanidad en el tiempo que trascurrió desde la caida primitiva hasta el advenimiento del Salvador al mundo. Leprosa en su inteligencia que solo aceptaba absurdos errores y groseros sofismas, leprosa en su razon, incapaz de elevarse sobre las pasiones y de dominar los movimientos de una carne sensual y recalcitrante; leprosa en su voluntad propensa á aceptar lo que halagaba, aunque malo, y á rechazar lo bueno que repugnaba; leprosa, en fin, en todo, pues el trastorno de sus facultades era general, y nada había en ella que no

diese testimonio de su funesta degradacion, venia suspirando á través de los siglos en pos de un libertador prometido: y las generaciones todas convencidas de su impotencia para levantarse del abismo de miseria en que la sumiera la desobediencia de un padre criminal, y de que solo un Dios-Hombre estaba destinado á rehabilitar la raza pecadora, y á limpiarla de la lepra moral que el pecado de origen venia trasmitiendo y propagando de padres á hijos, no cesaba de gritar como los leprosos del presente Evangelio, los cuales parándose á lo lejos clamaban: ¡Jesus, Maestro, ten lástima de nosotros!

Tal era efectivamente el grito unánime del mundo antiguo. La idea de un futuro Mesías hallábase encarnada en todos los pueblos, aun en los mas idólatras, si bien desfigurada, corrompida y adulterada por la filosofía pagana, que envolviera las verdades primitivas en el denso velo de mitos mas ó menos absurdos, pero que dejaban siempre entrever algun destello de la revelacion hecha por Dios á los patriarcas y profetas. Así es que en medio de tanta confusion de ideas, de tanta heterogeneidad de principios, y de doctrinas tan varias é incoherentes, por entre tantos errores y mentiras creados por el paganismo, descollaba siempre la espectación mesiánica, y era opinion comun de todos los pueblos que solo un Dios, ó una persona enviada por él llevaria á cabo la rehabilitacion del linage humano y le traeria la paz, la libertad y la dicha porque suspiraba. Y de hecho el Hijo de Dios descendió á la tierra enviado por su Padre á cuyos oidos llegaron los clamores de ese gran leproso, y compadecido de su desgracia propúsose limpiarle con su sangre de infinito valor, pues solo en el Jordan sangriento de su Pasion podia verificarse un prodigio tan admirable. Así lo hizo Jesucristo, v para dar á su obra toda la perfeccion que exigia, no satisfecho con consumar por sí mismo el sacrificio del Calvario, en el que quedó para siempre rehabilitada la humanidad, propónese perpetuarle en la tierra; quiere que su sangre corra sin interrupcion en el mundo mientras duren los siglos, para que los hombres puedan limpiarse en todo tiempo de los efectos de la lepra moral del pecado: instituye al efecto un nuevo sacerdocio que siendo depositario de sus derechos continúe su mision reparadora; le inviste de sus poderes, le hace cesion de las facultades que de su Padre recibiera, y al modo que con los leprosos de nuestro Evangelio, luego que los vió les dijo: Id y mostraos á los Sacerdotes, así tambien á los hombres rehabilitados con su divina sangre les remite á la iglesia que queda encargada de velar por ellos, y de reproducir en su favor los prodigios de su bondad y de su amor, siempre que arrepentidos lleguen á implorar clemencia cuando por su desgracia volviesen á incurrir en su antigua lepra.

Ahora bien, M. A. O., lo que venimos diciendo de la humanidad en general, apliquémoslo al individuo. Lo mismo que hizo Jesucristo entonces en obsequio del linage humano, repitelo todos los dias en el seno del cristianismo con los pecadores, perpetuando así el rasgo mas admirable de su infinita misericordia. ¿Qué otra cosa somos todos al nacer sino unos leprosos miserables, cubiertos de las repugnantes escamas de esa culpa hereditaria que en funesto legado nos deió á todos nuestro comun padre? Monarca, príncipe, plebeyo, pobre, cualquiera que sea el hombre, no trae á este mundo mas que una sangre impura, un alma inficionada, un corazon manchado con el pecado, y el anatema celestial pesa sobre él, y la maldicion divina le comprende como á los demás descendientes del desterrado del Paraiso, y le estan cerradas las puertas de la inmortalidad; porque à semejanza de la lepra que en la antigüedad envolvia el aislamiento del contagiado, su separacion del resto de los hombres, su estrañamiento de la sociedad civil y religiosa, etc., así el hombre naciendo pecador hállase privado de todo derecho á la comunicacion con el resto de los cristianos, en cuya sociedad solo puede entrar por el bautismo, ninguna participacion tiene en los dones de la gracia reparadora de Jesucristo, ni siquiera opcion le asiste á entrar en la iglesia, si el Salvador no le introduce por medio de sus ministros. Pero su corazon, que es todo piedad y amor, no puede resistir al grito del desgraciado hijo de Adan, que al salir á la luz cubierto de tan repugnante dolencia, corre al encuentro de su divino médico llevado en los brazos de otros hombres que toman á su cargo la mision de presentarle á las puertas de su templo, y desde alli esciama: «¡Jesus, maestro, 4en misericordia de mi!» A este grito de la humana

miseria responde el eco de la divina grandeza, á esta voz de la desgracia responde la voz de la piedad, y el hombre que poco antes era inmundo y culpable, mediante la accion regeneradora de la gracia de Jesucristo dispensada por el sacerdocio, queda instantáneamente limpio y justo, y Dios fija su morada en un corazon que ocupaba momentos antes el espíritu satánico, y la Divinidad mira complacida su imágen en un alma en que reflejaba la imágen horrible del pecado, y la luz brilla en las tinieblas, y las puertas del cielo ábrense de repente para ese sér reengendrado á la vida inmortal...; Qué série de prodigios!

Mas no se limita á esto solo la accion del Salvador sobre el hombre. Llega un dia en que este, desentendiéndose de sus deberes, olvidando sus compromisos, infiel á sus promesas v traidor á su vocacion, torna á contraer esa lepra moral de que fué limpio en las fuentes regeneradoras del bautismo; y abusando de los dones de Dios en su propio daño, y despojándose por el mal uso de su libre alvedrio de los derechos adquiridos á la gloria, y haciéndose enemigo de Dios por la culpa, se encuentra de nuevo en ese aislamiento cruel que le separa infinitamente de sus destinos, lejos del cielo á cuva posesion ha perdido todo título, entregado á sus pasiones, víctima de sus vicios, odiado del Padre, maldecido del Ilijo, anatematizado por el Espíritu Santo, condenado á una muerte perdurable y á un eterno llorar y padecer. En este estado, quizás una inspiracion interior hácele conocer su triste posicion, y reflexionando su pasado, y estremeciéndose á vista de su presente, y temeroso de un horrible porvenir, vuelve en si mismo, reconoce la necesidad de una mano omnipotente que sea capaz de curarle, corre en pos del Salvador de la humanidad, y grita: «Jesus, maestro, ten piedad de mi.» Entonces la voz del arrepentimiento hace doblegar el brazo de la justicia, y cediendo esta á impulso del amor, no vacila en aceptar esa prenda del hombre pecador, y mostrándole allá en el seno de su iglesia aquel sacramento instituido para reconciliar la tierra con el cielo, y devolver al miserable mortal la vida de la gracia que ofendiendo á Dios perdiera, dícele: « Vé v preséntate á los sacerdotes.» Y al contacto omnipotente de la divina diestra sobre el

alma degradada, y al eco de su misericordia pronunciado por el ministro de la reconciliacion, sucede lo que á los leprosos del Evangelio, los cuales cuando iban á presentarse á los depositarios de la ley en cumplimiento del mandato divino, quedaron completamente limpios.

¡Oh! ¡A quién no sorprenden las maravillas obradas todos los dias en ese tribunal levantado por la divina misericordia en medio de la Iglesia para reproducir sobre los pecadores la accion reparadora de la sangre del Cordero vertida en el Calvario! ¡Cuántos leprosos no se limpian en ese Jordan misterioso donde corren sin cesar las aguas saludables de la elemencia del Salvador! Allí mucho mejor que en la antigua y célebre piscina del pórtico de Salomon, renuévanse en bien de la humanidad culpable los portentos mas inauditos; la vida triunfa, la muerte desaparece, el infierno queda encadenado, la gracia se derrama abundosamente en unas almas sumidas en la mas profunda degradacion; y limpias y purificadas de las feas manchas que sobre ellas imprimiera la pasion y el vicio, hácense dignas de la amistad divina los que antes eran objetos de cólera, hijos de ira y víctimas de anatema.

Agui empero asalta á nuestra mente una idea harto desconsoladora. ¿Cuál es la correspondencia de los cristianos á ese rasgo de infinita bondad que Jesucristo viene perpetuando en su iglesia á través de los siglos? A todos y á cada cual de nosotros nos atañe esta cuestion del mas alto interés, porque todos, sin escepcion alguna, hemos esperimentado en mil ocasiones la piedad amorosa de ese Salvador, que sin merecimientos propios de nuestra parte, por un puro efecto de su corazon bondadoso nos limpió de la lepra espiritual del pecado en que repetidas veces hemos incurrido. De los leprosos de nuestro Evangelio, solo uno de ellos viendo que habia quedado limpio, volvió engrandeciendo en alta voz à Dios, y cayó sobre su rostro, dándole gracias: y este era un Samaritano. ¿Cuántos son, pues, entre los cristianos que continuamente esperimentan la accion de la gracia en el tribunal de la reconciliacion, los que con un alma agradecida, con un corazon lleno de reconocimiento, vuelven á manifestar al Señor los sentimientos de su alma profundamente sensible á tamaño beneficio? ; Ah! ¡Qué de tristes pensamientos despierta esta pregunta! Con gusto la hubiese omitido, si hubiera podido prescindir de mi deber en este punto, á trueque de no verme obligado á poner de manifiesto la horrible ingratitud de la mayor parte de los hombres á lo que debiera ser para ellos tema de un perpétuo reconocimiento. Para alguno que otro Samaritano fiel, que entrando dentro de sí y reflexionando lo que era y lo que es, lo que perdiera pecando y lo que confesándose debidamente recobró, la maldicion que sobre él pesaba antes de llegarse á las fuentes regeneradoras, y la abundancia de celestiales bendiciones que derramó sobre su alma la bondad divina, se deje llevar de los afectos de su corazon, y humillándose en presencia de su Salvador, y abismándose en su propia nada, reconozca que todo se lo debe á su infinita misericordia, y le glorifique y engrandezca porque así usó con él de piedad, y le muestre su gratitud con obras de virtud, con prácticas de piedad, v sobre todo con una enmienda eficaz de su pasada vida; ; cuántos mas son por el contrario los que se conducen cual si nada debiesen al Señor, como si de derecho ó de justicia les debiese lo que solo de un amor sin límites y de una bondad infinita debieran esperar! ¡Pluguiese al cielo que esta monstruosidad del hombre fuese menos real y no tan frecuente! ¡Ojalá no fuese tan universal y visible el olvido de tan inapreciable beneficio! Pero desgraciadamente lo es mas aun de lo que parece, y no temo incurrir en la nota de exageracion, ni me atrevo á asegurar que de cien cristianos apenas hay uno que llene en esta parte los deberes que le impone la religion y su propia conciencia, pudiendo decirse con harta propiedad de ese número casi infinito de leprosos espirituales que diariamente acuden á limpiarse en el sacramento de la penitencia, lo que de los otros decia Jesucristo: ¿ Por ventura no son diez los curados? ¿Pues y los nueve donde están? ¿Dónde están en efecto los que despues de recibir el perdon de sus estravios en ese tribunal misericordioso vuelven á emprender la senda del bien, y perseveran fieles en la práctica de los divinos preceptos? ¿Dónde los que habiendo sido estraidos por la mano benéfica del Salvador del abismo de la perdicion, emprenden una vida enteramente nueva, morigerada, edificante, fervorosa y digna de un cristiano reengen-

drado en Jesucristo á la vida espiritual? ¿ Donde los que libres ya del peso de sus antiguas pasiones, dan de mano á todo cuanto puede corromper ó amancillar su alma, y huyen de toda ocasion peligrosa, y renuncian á toda relacion punible, y se separan de aquellos sitios en que corre riesgo la virtud, y viven siempre precavidos contra las sorpresas del enemigo de su salvacion? No los busqueis; han desaparecido, no existen: y si los hay, son en tan corto número, que pasan desapercibidos; por cuanto son muchos mas incomparablemente los que se confiesan por rutina ó por circunstancias, sin preparacion, sin dolor, sin ninguna de las condiciones necesarias para esperimentar los saludables efectos del sacramento. Así es que apenas se han visto libres de la lepra, (si es que se limpian muchos que esteriormente lo aparentan) no bien han salido de la presencia del sacerdote, cuando olvidadizos ó ingratos, tornan de nuevo al inmundo lodazal del pecado, y vuelven á esclavizarse á sus hábitos criminales, y á caer bajo el dominio de sus pasiones; y fomentando el vicio en vez de detestarle, y dando mayor libertad á las torpes inclinaciones de la sensualidad lejos de enfrenar su impetu, y bien hallados, en una palabra, en aquel estado que solo fingieron abandonar, y que no hicieron sino suspender momentáneamente, pagan con la mas negra ingratitud el mas incomparable beneficio, y huellan la sangre de Jesucristo que quiso salvarlos, y se burlan de su misericordia que quiso perdonarlos, é insultan su justicia que puede condenarlos, y ciegos y estraviados corren á precipitarse en el abismo del mal, de donde acaso no volverá á sacarlos la mano de Dios ofendido de su horrenda perfidia. Pues como dice San Bernardo, la ingratitud es un viento abrasador que seca las fuentes de la divina piedad, el rocio de la misericordia y las corrientes de la gracia (1). Su aliento es venenoso como el del aspid, en frase de Casiodoro, y derrama en el corazon un virus ponzoñoso que mata en ella todo gérmen de bondad (2). Enemiga del alma, opónese á

⁽¹⁾ Ingratitudo est ventus urens siccans sibi fontem pietatis, rorem misericordiæ, fluenta gratiæ. (S. Bern. Serm. 52 in Cant.)

⁽²⁾ Ipsa est flatus aspidis, virus animi, uredo virtutum, aura corrumpens stillicidia pietatis. (Casiodor. Lib. de amicit.)

la salvacion del hombre mas que ningun otro vicio; por cuanto donde ella está no puede anidar la gracia del Espíritu divino (1), á causa de la redundancia de malicia que envuelve ese crimen, que Séneca calificó del mayor de cuantos puede cometer el hombre: como que no bastando en su concepto para castigarle las leyes humanas, quedó á cargo de la justicia divina decretarle el condigno castigo (2). No pues sin razon dijeron otros filósofos que la tierra no habia podido producir cosa peor que un alma ingrata (3), y que en la ingratitud está reasumido cuanto de mas odioso y repugnante puede concebirse en el hombre (4).

¡Oh nosotros los que convencidos de estas verdades, veces tantas hemos esperimentado la accion de la divina clemencia que nos perdonó nuestras culpas, toleró nuestras ofensas, sufrió nuestros desvios, y aun nos llama á pesar de esto, y desea salvarnos, limpiándonos de la lepra del vicio que tan deformes y asquerosos nos hace en la presencia del Señor! No aumentemos el número de los ingratos á quienes alude el texto evangélico de este dia. Si arrepentidos nos acercamos á recibir de manos del sacerdocio esa prenda de reconciliacion, guardémonos de volver á incurrir en los antiguos estravios que á tan lastimoso estado nos condujeron; sepamos apreciar esa prueba inequivoca del amor de Jesucristo, y correspondamos á ella con un testimonio práctico y visible de nuestro eterno agradecimiento á sus bondades. Que entre tantos hijos desnaturalizados del Evangelio, entre tantos cristianos desleales que olvidados de si mismos y de lo que al cielo deben, insultan con cruel desden la mano que les dió la salud, pueda decirse de nosotros lo que el Salvador del único leproso que volvió á manifestarle su reconocimiento: No se

⁽¹⁾ Peremptoria res est ingratitudo, hostis animæ, inimica salutis... Ubi fuerit illa, jam gratia accesum non invenit. (S. Bern. Serm. de sept. miser.)

⁽²⁾ Ingratitudinis vitio nullam ab humanis legibus pænam constitutam esse reperimus: quia tanta est ejus iniquitas, ut rigidissimæ Dei justitiæ relinquatur punienda. (Senec. ep. 52.)

⁽³⁾ Ingrato animo terra pejus nihil creat. (Ausonius.)

⁽⁴⁾ Dixeris mala cuncta, cum ingratum hominem dixeris. (Publius.)

ha encontrado quien haya vuelto à dar gloria à Dios mas que este forastero.... Vete que tu fé te ha salvado. ¡Dichosos nesotros si mereciésemos esta apologia de los lábios de Jesucristo! ¿Y por qué no hemos de aspirar á merecerla? En nuestra mano está poner los medios al efecto. Gratitud, hé aquí lo único que se nos exige: pero una gratitud generosa, desinteresada, efectiva, que envuelva el ódio al pecado y el amor al bien, la detestacion de todos los vicios y el anhelo por adquirir todas las virtudes, la guerra á las pasiones desordenadas, á los malos hábitos, en una palabra, á todo cuanto pueda separarnos del único principio de nuestra vida que es la gracia. Trabajando por conservar ésta á todo trance, una vez curados de la lepra espiritual, bien podemos esperar que nuestra fé nos salvará, y que despues de la vida perecedera del tiempo, conseguiremos la vida sin fin de la inmortalidad.

- round of a subsection property in a ship of a perbonal resource sorter to the subsection of the subs

or no so do bereiro mediciónico etas dos estennes e presidad do con con-

SERMON

PARA LA DOMINICA XIV DESPUES DE PENTECOSTÉS.

IMPOSIBILIDAD DE ADUNAR LOS PRINCIPIOS DEL CRISTIANISMO CON LOS DEL MUNDO, SIENDO TAN OPUESTAS LAS DOCTRINAS DE AMBOS Y TAN INFALIBLES COMO CONTRARIOS SUS RESULTADOS.

Nemo potest duobus dominis servire. Nadie puede servir à dos señores.

MATTH. VI. 24.

EL estado de indecision cuando el hombre se vé precisado á elegir entre dos cosas, y no sabe por cuál de ellas determinarse, es el peor y el mas violento en que puede hallarse. Esto acontece frecuentemente en los negocios temporales, y de ahí tantos disgustos, tantos sinsabores que amargan la existencia al parecer mas feliz. En el máximo y esencialísimo negocio de la salvacion eterna las cosas se han de distinta manera. Aqui no tiene lugar esa indecision originada de la duda ó de la ignorancia del partido que debe adoptarse como mas racional y conveniente á los intereses del alma. No hay mas que dos caminos: uno que conduce á la vida, y otro que arrastra á la muerte. Dios y el mundo: hed ahí las dos banderas que representan otros tantos principios diametralmente opuestos, el del bien y el del mal, el del vicio y el de la virtud, el de la verdad y el del error. Aqui la eleccion no es dudosa: en la precision de pronunciarse por uno ó por otro, toda vacilacion seria criminal, por cuanto el hombre sabe que no se dá término medio entre esos dos estremos, y que el que voluntariamente abraza el partido del mundo se pone en abierta lucha con Dios, y acepta las funestisimas consecuencias de su rebelion.

Ved cómo espresa el Salvador esta idea en el texto evangélico de este dia: Nadie (dice) puede servir à dos señores: porque ó ha de tener aversion al uno y amor al otro, ó si se sujeta al primero debe mirar con desden al segundo. En efecto dos campos se presentan á nuestra vista, cuyos gefes vienen mirándose frente á frente uno á otro á través de diez y ocho siglos, y haciéndose la mas porfiada guerra, sin que jamás haya podido existir entre ellos la menor avenencia, ni siquiera el mas breve armisticio. En el largo período de tiempo que ha transcurrido desde que se promulgó la nueva ley, por no remontarnos á época mucho mas antigua, ni un solo dia han depuesto su actitud hostil, porque mútuamente se odian, recíprocamente se rechazan, cada cual aspira á triunfar de su contrario, y la lucha no finalizará sino cuando havan concluido los tiempos. Ahora bien esta lucha, esta repulsion, este conflicto entre Dios y el mundo está representado por dos ideas, que Jesucristo espresa en las siguientes palabras de nuestro texto: No podeis servir à Dios y à las riquezas. Estas palabras deslindan desde luego los dos limites de esos dos campos, los lemas diversos de esos dos combatientes, y los opuestos principios que cada cual sustenta. En el primero descuella el Evangelio, ostentando por símbolo de su bandera: «Menosprecio de los bienes terrenales: guerra á las pasiones: muerte al vicio. ¿De qué sirve al hombre poseer riquezas inmensas si pierde su alma? » En el segundo está el mundo escribiendo en sus pendones el siguiente programa: « Las riquezas son el único elemento de dicha en el tiempo: los placeres forman el encanto de la vida. Coronémonos de rosas, disfrutemos de las delicias presentes, pues mañana moriremos, y bajaremos al polvo del sepulcro sin haber gustado la verdadera felicidad.»

Y bien, M. A. O., ¿ por qué partido os decidis? ¿ Qué bandera adoptais? ¿ Qué gefe os proponeis seguir? Esta es la gran cuestion, la cuestion capital y culminante que importa resolver. Entre tanto yo voy á manifestaros que toda vacilación en este punto es inescusable, es criminal, por cuanto es absolutamente imposible contemporizar á

la vez con Dios y con el mundo, siendo como son tan diversas las doctrinas de ambos, y sus resultados tan infalibles como contrarios; con lo que quedará demostrado, por una consecuencia forzosa, «cuán absurdos son los principios mundanales que constituyen la dicha del hombre en el goce de los bienes del siglo, y cuán sublimes las enseñanzas de la religion, que por el desprecio de lo presente y transitorio conduce al cristiano á la posesion de sus eternos destinos», etc. stong sign is continuently a solution of Ave Maria.

REFLEXION UNICA. noste de l'est manuelle de l'estat de le l'estat de l'e

La indecision, dijimos al principio de este discurso, es el estado mas violento del hombre toda vez que este ignora el medio que debe adoptar entre dos ideas opuestas é inconciliables. Figuraos un viagero que en noche oscura se encuentra dudoso y vacilante en medio de un sitio desconocido, ignorando hácia donde debe dirigir sus pasos para llegar al término de su jornada. En esto se le aparece otro caminante, y le dice: « Amigo, aquí hay dos caminos: el uno conduce á un bosque infestado de foragidos y asesinos, el otro vá á terminar en una poblacion hospitalaria: elegid el que mas os plazca; id con Dios. » ¿Qué servicio le hubiera prestado en este caso no habiéndole indicado claramente cuál de los dos caminos era el que debia escoger? Ninguno por cierto, y las dudas de aquel hombre aumentadas con el peligro de caer en manos de los bandidos, harian su situacion mas triste y angustiosa.

No es así como obra con nosotros la religion. No solamente nos hace ver la imposibilidad de servir á la par á dos dueños distintos, y la necesidad de decidirse francamente por uno de ellos; no se contenta con advertirnos que hay dos caminos, de los cuales uno anchuroso y llano conduce derechamente á la perdicion, y otro angosto y dificil vá á desembocar en la region de la eterna bienandanza: sino que designando esplicita y terminantemente cuál de ellos debemos

seguir, y cuál evitar, nos dice: « Aquí á la izquierda está el mundo con sus variados placeres, con sus ilusiones seductoras, con sus goces y delicias convidando á los mortales á apurar á grandes tragos la ponzoña de la pasion y del vicio que matan al alma entregándola en manos de sus enemigos victima del infierno. Allí á la derecha está Jesucristo, con su evangelio, con su cruz, brindando con el amargo cáliz de sus padecimientos, prometiendo únicamente lágrimas, privaciones, mortificacion, austeridad, desprecio de todo lo terreno, luchas y sacrificios sangrientos; pero tras esa cruz está el Tabor, mas allá del combate está el triunfo, no distante de esas lágrimas hay un gozo perdurable, y al terminar los sacrificios del tiempo hállanse las inefables delicias de la eternidad.» En vista de estos dos campos abiertos al hombre, ¿qué lugar tiene la indecision? Ninguno, v por consiguiente si existe es voluntaria, es criminal, no tiene disculpa. Declarada está en este caso la preponderancia del mal principio sobre el bueno, la preferencia del mundo sobre Jesucristo, el amor de lo presente y el menosprecio de lo futuro; pues toda vacilacion en este punto equivaldria á querer amalgamar los usos mundanales con las costumbres cristianas, los principios de la carne con las doctrinas del espíritu, las máximas de una sabiduría terrenal con los dogmas del Evangelio, y hacer una alianza monstruosa entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, entre Jesucristo y Belial, lo cual seria tan imposible como que dos líneas paralelas se encontrasen jamás en un mismo punto, como que el dia sea noche y la noche dia, etc. Y esto sobre absurdo, ¿ no seria altamente injurioso á la Divinidad? Puesto que en la colision de dos principios contradictorios, para decidirse por uno se hace forzoso renunciar al otro, en la concurrencia de dos gefes de partido que aspiran á imponer sus creencias ú opiniones en un todo diversas. para pronunciarse en favor del primero es preciso desechar el segundo; y como nos dice terminantemente el Salvador en su evangelio, el que se decide por el mundo tiene necesariamente que ponerse en abierta hostilidad con Dios, cualquiera duda, la menor indecision respecto de esto ¿no supone, ó bien que el hombre se halla subordinado á la influencia de ese mundo, á cuvos principios no quiere renunciar, de

cuyos bienes se le resiste desprenderse, á cuyos goces está apegado su corazon, o bien que careciendo de esa fé viva y eficaz que crea en la inteligencia un íntimo convencimiento, y engendra en el alma un heroismo superior á todo lo terreno por brillante y seductor que aparezca, todo lo salva y á todo hace frente á trueque de conseguir su porvenir eterno? Y entonces, de cualquiera manera que esto sea, la ofensa que el hombre hace á Dios no puede ser mas sensible y palmaria, por cuanto sin el valor suficiente para sobreponerse á unas pasiones que le halagan, á unos errores que le ilusionan, á unas riquezas que le deslumbran, á unos goces que le adormecen muellemente, á unas costumbres, en fin, que el tiempo ha connaturalizado con él, y que con el uso han adquirido un predominio casi invencible, tiene no obstante bastante audacia para llegar á creer posible la amalgama de todas estas cosas con el servicio de un Dios que las condena y detesta de la manera mas terminante. ¡ Absurdo! ¡ Blasfemia inconcebible!

Y aqui nos cumple desenvolver en toda su luz la oposicion que existe entre Jesucristo y el siglo, entre el Evangelio y la filosofia, entre los principios en que el primero constituye la verdadera felicidad del hombre, y los en que el segundo hace consistir su bienandanza. Falsos estos cuanto certísimos aquellos, absurdos los unos tanto como reales y positivos los otros, no hay inteligencia sana ni persona de buen criterio que de la sabiduria y sublimidad del sistema cristiano en este punto, no deduzca por una consecuencia lógica cuán erróneos son todos los sistemas humanos cuando pretenden fijar en el goce de lo presente el bienestar de la humanidad.

¿Qué es lo que enseña el cristianismo en esta cuestion tan importante? Ved aquí su plan reasumido en breves términos. «Una sola cosa hay necesaria al hombre en esta vida, que es salvarse. El tiempo es fugaz, todo concluye en un sepulcro, menos la virtud que sobrevive á sus cenizas. El hijo del hombre juzgará al mundo, y decretará á cada cual la recompensa ó castigo á que se hubiese hecho acreedor por sus méritos ó deméritos. Solo el que se desprende de cuanto el siglo estima es digno de ser discípulo de Cristo: para seguirle es preciso cargar con su cruz. La conquista de todo el universo de na-

da serviria si el alma se pierde. Bienes de fortuna, grandezas, elevacion, dignidades, oro, opulencia, tronos... todo es vanidad: la muerte lo destruye en un momento, y despues de esta nada le queda al hombre mas que sus obras buenas ó malas. La felicidad humana no es del dominio del tiempo: solo en la eternidad puede existir, y á ella únicamente se puede llegar por el camino estrecho de la cruz.»

Hed aquí unos dogmas que el mundo desconoce, y á los que opone unos principios abiertamente opuestos. En su código la mortificacion es un deber enojoso, la austeridad propia de caracteres misántropos é insociables, la virtud imposible en ciertos casos, el desprendimiento de los bienes terrenales un atentado contra el bien público y contra los intereses de la sociedad que encuentra en el desenvolvimiento de las riquezas la garantía de su bienestar, etc. En una palabra, y por no detenernos á analizar las doctrinas del siglo que nos conducirian á lo infinito, el sentimiento que en ellas prepondera es el placer sensible, el egoismo, el interés individual, el materialismo puro, como si nada hubiese capaz de llamar la atención del hombre sobre lo que ven sus ojos, ni inspirarle sentimientos mas elevados; como si su corazon pudiese satisfacerse con la posesion de unos objetos del momento, y no necesitase de otros eternos é inmortales para llenar el inmenso vacio que esperimenta.

Pero somos hombres, se dice, y como tales preciso nos es adherirnos á este siglo en que vivimos, poseer sus ideas y participar de sus sentimientos. Hed aquí el error, hed aquí la lucha, el antagonismo entre el mundo y el Evangelio: creer que pueden conciliarse dos estremos que se rechazan, maridarse unos principios que vienen sosteniendo una lucha sin tregua, y vivir unidos el espíritu y la carne, la virtud y el vicio, el desinterés y la ambicion, la caridad y el esclusivismo, en una palabra, lo que ennoblece al alma á la par de lo que la envilece y degrada, lo que la dá la vida á la par de lo que la ocasiona la muerte, lo que honra á Jesucristo á la par de lo que le deshonra é injuria, lo que hace al cristiano digno de eternas recompensas á la par de lo que le conduce á perdurables castigos. ¡Ilusiones engañosas, tanto como falsos los principios en que se funda! ¿Acaso porque seamos hombres y vivamos en el mundo, es

una necesidad invencible el adoptar sus máximas y seguir sus erróneos sistemas, cuando vemos que están en incesante lucha con el Evangelio, y en abierta oposicion con nuestra propia felicidad? Norabuena que en el siglo vivamos, porque no podemos prescindir de ello: pero como el viajero que pasa de tránsito hácia la patria que anhela ver, usando de sus bienes como quien tiene que dejarlos en breve, posevendo los objetos necesarios á la vida como quien aspira á otros inamisibles é imperecederos, y en su consecuencia mirando con igual indiferencia las privaciones que la abundancia, siempre dispuestos á hacer el sacrificio de cuanto hay mas estimable en la tierra por conseguir el cielo, y á renunciar lo que mas halaga en lo presente por ganar á Jesucristo y gozar de su gloria en el porvenir. Hed ahí cómo desenvuelve San Pablo el gran sistema de la vida humana, y resuelve el importante problema de la religion en la cuestion que nos ocupa. No nos dice que seamos insensibles á todo, hasta al dolor, principio absurdo y altamente estúpido proclamado por algunos sábios de la antigüedad. El cristianismo en su alta sabiduría, conocedor del corazon humano, y aspirando á regularle segun las máximas de una filosofía divina, exhorta únicamente á hacerse superior á la fuerza del sentimiento sobreponiéndose á las impresiones causadas en él por los objetos sensibles. Lo que exige pues del cristiano es que no se deje deslumbrar por el brillo seductor de los falsos bienes de un mundo que no es para él mas que un lugar de destierro; que no prefiera una momentánea apariencia de felicidad á la verdadera y positiva dicha que le está reservada en el porvenir; que no posponga unos destinos inmortales á las engañosas ventajas con que le brinda el siglo; que haga ceder en todo las leves de la carne ante las del espíritu, y que antes que perder su alma opte por la pérdida de todo lo terreno, inclusa su propia vida. Y como consecuencia de estos principios, proscribe y condena altamente esa sed insaciable de oro y de riquezas que hace al hombre esclavo de las mas viles pasiones, esa adhesion á los intereses materiales que lleva consigo el olvido del interés mas esencial y culminante de la eterna salvacion; ese anhelo de poseer unos bienes quiméricos á cuya consecucion se sacrifica frecuentemente el deber, la

TORGE SHE

conciencia y Dios mismo; ese vano temor de los juicios humanos que inmola la virtud ante las infames aras del vicio; y por decirlo todo de una vez, esa idolatría criminal con que se quema ante unos altares levantados al placer sensible y á todas las pasiones que el mundo autoriza, un incienso que se niega á Jesucristo, con manifiesto desprecio de sus leyes, de su moral y de su Evangelio.

¿Y quién no observa la altísima sabiduría que resplandece en este punto en el sistema cristiano? Imposible es no advertirlo, cuando se estudian detenidamente sus consecuencias con relacion á los opuestos principios del mundo. Es un hecho innegable, demostrado por la constante esperiencia, que todos esos bienes con que alucina á no pocos mortales, sobre lo insubsistentes y facticios, son al propio tiempo en estremo perniciosos al que aspira á su posesion, ora se consideren como agentes de unas pasiones fogosas que encienden y alimentan, ora como fuentes de gravísimos escesos á que arrastran á quien á ellos se adhiere indebidamente, ora en fin como gérmenes corrompidos que destruyen en el alma todo sentimiento noble y matan toda afeccion generosa y toda aspiracion digna del sér racional. Pero á esta doctrina opone el siglo otra muy distinta, y echando mano del sofisma, y dando á sus teorias un tinte seductor, esfuérzase en probar por el contrario que esos bienes lejos de ser ausiliares de las malas pasiones son unos poderosos elementos de bienestar público y privado; que en vez de arrastrar al crimen, fomentan la moralidad y el órden y preservan de muchos escesos; que bien al contrario de enervar el alma y hacerla incapaz de afectos nobles y de ideas generosas, elevan y engrandecen el sentimiento que el hombre tiene de su dignidad, y le inspiran acciones heróicas. ¿Cómo es pues dable que el que sirve al mundo pueda servir al mismo tiempo á Dios, siendo tan opuestos los principios de ambos, tan diferente su símbolo, tan distintas sus creencias? Asi se esplica esa lucha incesante que viene presenciando la humanidad entre esos dos antagonistas irreconciliables; asi se concibe que la humanidad esté dividida en dos bandos y forme dos partidos que nunca fraternizarán: por cuanto lo que el uno cree, el otro niega; lo que aquel proclama por bueno, éste lo rechaza por malo; lo que allí se ensal-

za como principio de la felicidad suprema del hombre, aquí se condena como origen infalible de su ruina. Ninguno de los dos contendientes quiere ceder un ápice, ni hacer la menor concesion á su contrario: uno y otro aspiran al triunfo; se miran, se observan, se hostilizan, y jamás se unen, porque no pueden convenir en ideas, porque las doctrinas del mundo echan por tierra las doctrinas del Evangelio, y éste á su vez destruve las de aquel: y como siempre ha habido y habrá hombres que se adhieran al error contra la verdad, y acepten el partido del vicio contra el de la virtud, de aquí la repulsion, la guerra, el conflicto perpétuo de la humanidad, conflicto que no disminuirá sino en proporcion que la fé vaya disipando de las inteligencias las preocupaciones que la ciencia carnal del siglo ha inoculado en todas las clases; guerra que no admitirá tregua sino cuando la esperiencia y el convencimiento hayan hecho conocer á los mortales que todo en la tierra es vanidad escepto servir á Dios v observar sus leves ; repulsion que en nada cederá de su intensidad, hasta que caido el velo que encubre ahora tantas miserias, tantas decepciones, tantas mentiras, reconozca y confiese el mundo que solo en la práctica de la doctrina evangélica y en los principios tutelares de la religion se halla el origen del verdadero bienestar, y de la positiva y única bienandanza que el hombre debe anhelar en lo presente y en el porvenir.

¡Ojalá que comprendiendo desde luego estas verdades, nos pronunciásemos abiertamente en favor del único dueño á quien debemos amar, respetar y adorar! Hagámoslo así, convencidos de que es una necesidad imprescindible reclamada por nuestro propio bien; y puesto que no podemos ni aun dudar siquiera en la elección, por cuanto la simple duda seria ofensiva al Señor, siendo tan visible y palpable la sabiduría que resplandece en su doctrina con relacion á nuestros destinos, como claro y patente el absurdo de las máximas del siglo, decidámonos á buscar ante todo el reino del Señor y su justicia, abrazando aquí y practicando las virtudes que nos enseña el Evangelio, para despues merecer gozar en el cielo la eterna bienaventuranza, y reinar con Jesucristo por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA XV DESPUES DE PENTECOSTÉS.

alvaries the range policy married as contra today of public del

SIENDO LA MALA EDUCACION EL PRINCIPAL ORIGEN DE LA MUERTE ESPIRITUAL DEL ALMA, PRODUCIDA POR EL ERROR Ó EL VICIO, SOLO UNA EDUCACION ESENCIALMENTE RELIGIOSA ES CAPAZ DE PRECAVER TAMAÑAS DESGRACIAS Ó DE REMEDIAR SUS DESASTROSOS EFECTOS.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

alba Jesus caminando hácia la ciudad de Naim con sus discipulos y un numeroso gentio. Y al acercarse à la puerta de la ciudad, hé aqui que sacaban à enterrar à un difunto, hijo ûnico de su madre viuda.... Ast que la vió el Señor, movido à piedad, la dijo: No llores. Y acercándose y tocando el féretro, dijo: Mancebo, levántate, yo te lo mando. Y en el acto se incorporó el difunto, y empezó à hablar. Y Jesus le entregó à su madre, etc.»

Luc. viii. 11 et seq.

Lo que diariamente sucede en el mundo respecto de la vida material del hombre, acontece tambien respecto de su vida moral. La única diferencia que en esto existe es que los reveses, los infortunios, las desgracias que se refieren á la primera, como mas visibles se sienten mas que las que dicen relacion á la segunda, cuyos efectos sin ser menos funestos no adquieren tanta publicidad, no llaman tanto la atencion de los mortales. A cada momento vemos madres desconsoladas derramar amargo llanto sobre la tumba del fruto de sus entrañas que la muerte arrebatára de sus brazos en edad temprana. ¡Pero cuán pocas vemos llorar la ruina de unos hijos que el error ó el vicio condujeron á la muerte mas desastrosa y cruel, á la muerte de la inteligencia, á la muerte del almà, á la muerte

de la fê y de la virtud! Todo el cariño de sus corazones maternales parece le han reconcentrado en el bienestar temporal de aquellos á quienes dieran el ser, sin reservar nada para su felicidad eterna. Sienten sus dolores, aféctanlas sus dolencias, se alarman al menor sintoma de peligro, y sus cuidados y su solicitud rayan en heroismo cuando se trata de preservarles de un funesto accidente ó salvarles de una enfermedad mortal. Y si contra todo el poder del arte, y á pesar de todos los ausilios, de la asistencia mas esquisita, llega á burlar la muerte las esperanzas que concibieran, ¡qué sentimiento, qué afliccion, qué desconsuelo no amarga su maternal pecho! No es raro ver sucumbir á algunas madres bajo el peso del del dolor, sin poder sobreponerse á la accion de un pesar originado por la pérdida de un objeto idolatrado. Pesar muy natural, sí, pero que contrasta notablemente con esa impasibilidad inconcebible con que ven muchas á sus hijos lanzarse en la via de las pasiones, arrastrarse en el inmundo lodazal del crimen, y vivir moralmente muertos para la religion y para la sociedad; y esto las mas veces á consecuencia de una educacion descuidada, de una indolencia punible en refrenar y castigar ciertas demasías en tiempo oportuno, ó de una culpable condescendencia que en su dia produjo inevitables resultados. ¡Tan cierto es que de la mala educación provienen las mas veces esas muertes espirituales producidas por el error ó el vicio, y que sola una educacion altamente religiosa es capaz de prevenir estas desgracias ó de remediar sus desastrosos efectos!

Naturalmente me ha conducido á estas reflexiones la lectura del texto evangélico de este dia: «Iba Jesus (dice) caminando hácia la ciudad de Naim con sus discipulos y un numeroso gentio. Y al acercarse á la puerta de la ciudad, hé aqui que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre viuda. ¡Cuántos hijos moralmente muertos vemos á cada instante en las calles, en las plazas, tanto en las grandes poblaciones como en las mas insignificantes aldeas! ¡Cuántos jóvenes pululan por do quiera sin fé, sin religion, sin moralidad, corrompidos en sus costumbres, henchidos de orgullo, rebosando petulancia y cinismo, haciendo gala de una impiedad precoz y de una impudencia repugnante, que se burlan

de la piedad, insultan á la virtud, escarnecen los dogmas del cristianismo, blasfeman sin rebozo de Dios, y nada respetan por santo y venerable que sea, y por todo atropellan sin que nada baste á contenerlos su funesta marcha! Vivoreznos ingratos de una sociedad que les cobijó en su seno, roen las entrañas de esa madre comun; y dispuestos siempre á ser instrumentos ciegos de todas las malas pasiones, se les ve figurar al frente de todo plan subversivo, de todo proyecto anárquico, de todo pensamiento criminal, de toda idea de dosórden, y el robo y el pillaje, y el asesinato y la venganza, y toda clase de escesos encuentran eco en esos séres bastardos, v la desmoralizacion tiene en ellos sus mas decididos campeones, y las revoluciones sus primeros agentes, y el vicio sus panegiristas mas entusiastas, y la demagogia sus mas fogosos tribunos. ¿Y qué otra cosa son todos estos sino otros tantos cadáveres, social y moralmente considerados, cuya existencia es altamente perniciosisima, por cuanto con su hedor corrompen, inficionan y propagan el contagio de sus detestables costumbres en los demás miembros de la sociedad?

; Ah! Bien puede ésta unir su llanto con el de la religion, y ambas desconsoladas y tristes lamentar la muerte de unos hijos de quien tanto tenian derecho á esperar, y que en cambio de su maternal solicitud y de sus amorosos cuidados no las han dado mas que pesares amargos, cruel ingratitud y males sin cuento. Pero no es á ellos á quienes deben dirigir sus reconvenciones, sino á aquellos que encargados por la Providencia de velar por sus hijos como un denósito sagrado de que en su dia debian ser responsables ante Dios y ante los hombres, se desentendieron de este grave deber, olvidaron esta responsabilidad, y descuidando en una muelle negligencia el cultivo de aquellos tiernos vástagos, cuando todavía un celo prudente podia doblegarlos con facilidad y darlos una conveniente direccion, criaron mónstruos que en su dia debian ser el baldon de su siglo y el azote de la humanidad. A vosotros, pues, padres indolentes, madres descuidadas, cumple verter lágrimas mucho mas amargas que á la viuda de Naim, sobre esos seres á quienes disteis la muerte moral, para que ellos á su vez fuesen parricidas de la religion que los prohijó en las fuentes regeneradoras del bautismo, y de la socie-

dad que les admitió á participar de las ventajas de una filiacion que desmerecieron con sus crimenes. Una y otra, y ambas á la vez con igual justicia, tienen un derecho indisputable á haceros los mas severos cargos, á pediros estrecha cuenta de esos hijos que mas que vuestros lo eran suyos, y á exigiros la responsabilidad de sus actos como procedentes de vuestra mala educacion. Poseidos de un amor desordenado, y arrastrados por una imprudente ternura hicísteis de vuestros hijos una divinidad á quien llegásteis á inmolar vuestra conciencia, vuestros deberes, vuestra religion, vuestro Dios: y mientras os ocupábais en levantar el deleznable edificio de su fortuna y en labrarles un brillante porvenir, quizás á costa de injusticias y de crimenes de toda especie; en tanto que os complaciais en enriquecer sus inteligencias con todas las galas del génio v del humano saber; ¿ qué hicísteis por ellos en el órden moral? ¿ cómo cuidásteis de proporcionarles una educacion digna de hombres llamados á llenar graves y altos destinos para consigo mismos y para con sus semejantes? Mostradnos los sacrificios que os debe la religion y la sociedad, y lo que en pró de esos dos objetos tan sagrados y respetables hicisteis, inculcando á vuestros hijos desde sus tiernos años las relaciones que con ambas les ligaban y las obligaciones que con ellas contraian. ¿Desgraciados! Vosotros abandonásteis vuestros hijos á merced de sus pasiones casi desde que nacieron; les visteis en su adolescencia soberbios, altivos, petulantes, romper el freno de la obediencia, resistirse al yugo de la autoridad, y satisfacer sus antojos aun los mas punibles, y en vez de castigar con mano fuerte tantas demasias, y de reprimir sin debilidad los primeros impetus del vicio naciente, mimásteis sus caprichos, condescendisteis con sus exigencias, tolerásteis su resistencia á vuestros mandatos, pasásteis por alto unas faltas que calificásteis de puerilidades, etc. ¿Y qué sucedió? Lo que era natural, lo que no podia menos de acontecer segun la lev invariable y eterna de las causas y de los efectos. El árbol dió sus frutos: la mala semilla echó hondas raices, y brotó en su dia abundantes gérmenes de inmoralidad y de crimen. Una juventud mal educada apuró á grandes tragos la ponzoña encantadora de la sensualidad y demás vicios propios de esa edad peligrosa; y fomentándose de dia en dia las pasiones, y creciendo el libertinage, y tomando gradualmente mayores proporciones el imperio del mal á la sombra de la impunidad y de una desmedida licencia, alli donde la religion creyó encontrar hijos fieles, no halló sino enemigos desalmados, y en vez de hombres útiles, probos y virtuosos no encontró la sociedad mas que elementos de corrupcion y de desórden, que la deshonraron con sus infamias y la afligieron con sus crimenes. Hed ahi, padres indolentes, lo que sobre todo debiera arrancar de vuestro corazon sangrientas lágrimas : vosotros habeis sido los asesinos de vuestros hijos: vuestra mala direccion preparó su ruina y consumó su muerte moral; vuestra negligencia en corregirles oportunamente ahondó esa tumba en que vacen cadáveres inanimados, focos de infeccion, tan perniciosos al cristianismo como á la humanidad. Llorad en buen hora, justo es que lo hagais: pero acaso ese llanto será ya estéril, porque no os será posible evitar las consecuencias de vuestro error, y tendreis que sufrir en lo presente y en el porvenir la terrible expiacion á que os hiciérais acreedores.

No me detendré en desenvolver esta idea: la esperiencia diaria demuestra en primer lugar que la Providencia no necesita para castigar á los padres que no llenan sus deberes de otros elementos que sus propios hijos: las pasiones de estos se convierten en agentes de la venganza divina en este mundo; sus escesos bastan para amargar la existencia de los que los fomentaron y promovieron con su indolente molicie ó con su falsa ternura. ¡ Cuántos hijos vemos convertidos en verdugos de aquellos de quienes recibieron el sér! Ellos les dieron el ejemplo de la ingratitud y de la rebelion, del orgullo y de la petulancia, del cinismo y de la incredulidad, y de mil otros desordenes que debiendo corregir toleraron y autorizaron; ¿ qué estraño pues que los hijos imitadores de tan reprobable conducta lleguen á ser un dia la causa de su tormento y el origen de su infelicidad? ¡Y si solamente en el tiempo esperimentasen los padres las consecuencias de su perversa educacion! Mas ; ay! que en la eternidad les está reservada una espiacion incomparablemente mas terrible. Dios al conceder á los padres el fruto de bendicion que desean, liga á

este inestimable favor de su bondad paternal deberes gravísimos y una indeclinable responsabilidad. Confiales los hijos como un depósito de que un dia deben responder, y al adoptarles por suyos marcándoles en las fuentes bautismales con el sello de la nueva alianza, diceles por boca del cristianismo, por el órgano de su iglesia, lo que la hija de Faraon á la nodriza de Moisés, que acababa de librar del naufragio: Accipe puerum et nutri mihi. (1). Conservadme esas almas, criadlas para mí, enseñad á esas tiernas inteligencias cuánto es mi amor por ellas y cuán digno sov vo de su ternura filial. Pues bien, llegado el dia de la devolucion de ese depósito, el Señor exigirá de los padres que le sea entregado en el mismo estado de inocencia y de santidad que salió de sus manos. Y entonces al ver unas almas en quienes habitaba el Espíritu Divino hechas moradas del espíritu inmundo, convertidas en asilos de error y de corrupcion las que antes lo eran de candor y de verdad, y desfiguradas por el pecado, y deshonradas por el crimen, y hechas objetos de abominacion y de horror las que un dia formaban sus mas puras delicias, verificaráse en los padres culpables la terrible amenaza fulminada por Dios en otro tiempo, y les pedirá cuenta de la sangre de sus hijos y de la perdicion de sus almas (2). ¡Juicio terrible! ¡Espiacion horrenda pero justa! Jesucristo les habia asociado en cierto modo á su cualidad de Redentor; habíales escogido para que con él cooperasen á la salvacion de los que él rescatára con su sangre preciosa de la esclavitud del demonio. ¿Por qué, pues, no han de ser responsables de esa sangre malograda, de esa redencion inutilizada, de esos merecimientos hechos infecundos por su culpable negligencia ó por una condescendencia punible?

Sola pues una educacion altamente cristiana y profundamente religiosa, es la única que puede prevenir tan funestos resultados y evitar esa responsabilidad que pesa sobre los padres de familia. Necesario es para formar inteligencias rectas, corazones sinceros, almas virtuosas, hombres dignos de la religion y de la sociedad, que los principios católicos presidan á la direccion de la infancia y de la ju-

⁽⁴⁾ Exod. II. 9.

⁽²⁾ Ezech. III. 20.

ventud. Imposible de todo punto será evitar las lágrimas de esa madre comun que tanto se interesa en la dicha temporal y espiritual de sus hijos adoptivos, y á quien tan grande parte la cabe en que vivan aqui cual cumple á su mision, para que despues sean merecedores de otra vida mejor conforme á sus elevados destinos, si ante todo, v con preferencia á los demas elementos que concurren á la formacion de las almas jóvenes, no se basa esta sobre el sólido cimiento de las verdades del Evangelio, sobre la moral cristiana, de donde derivan como de su fuente legitima todos los elementos de organizacion social, de orden, de concordia, de virtud y de verdadera y positiva bienandanza. El primer deber pues de los padres de familia es llamar á Jesucristo en su ausilio, haciendo que la religion intervenga en primera línea en la educación moral de aquellos á quienes dieron la existencia física: y no duden que haciéndolo así, el Salvador enjugará sus lágrimas vertidas en favor de unos hijos queridos, como aconteció con la viuda del presente Evangelio, á la cual, así que la vió el Señor, movido á piedad la dijo: No llores. Tal vez los cuidados paternales no siempre serán suficientes para impedir que los hijos se estravien por los caminos del vicio, y lleguen á precipitarse en el sepulcro de la incredulidad y de la indiferencia religiosa; acaso sus esfuerzos serán impotentes para evitar que muertos á la fé y á la virtud sean en el mundo piedras de escándalo y de ruina para muchos; quizás á pesar de un celo laudable vean con dolor malogrados sus afanes y sin éxito sus buenos deseos. Pero en este caso, lejos de desanimarse, lo que deben hacer es redoblar sus fervientes plegarias, multiplicar sus votos, é importunar al cielo para que devuelva al seno de la virtud unos hijos estraviados. Y de esperar es que se renueve el prodigio del presente Evangelio; que se opere una resurreccion instantánea al contacto de la omnipotente mano de Jesus, permitiendo este en premio de la fidelidad de unos padres virtuosos, que se levanten del sepulcro de la culpa y vuelvan á vivir para la religion y para la sociedad los que moralmente estaban muertos; á la manera que acercándose al féretro y tocando el cadáver del jóven de Naim, dijo: Mancebo levántate, yo te lo mando; y en el acto se incorporó el difunto y empezó à hablar.

Mil resurrecciones análogas hemos presenciado y presenciamos todos los dias, frutos de una educación altamente cristiana, ó recompensa de la virtud de unos padres fieles á sus deberes. ¡Cuántos que en momentos de delirio se dejaron arrastrar de las seducciones de la pasion ó de la impetuosidad de unas inclinaciones desordenadas, debieron al recuerdo de los principios religiosos que con la leche materna mamaron, ó á la influencia de otras causas desconocidas, rasgos invisibles de la divina piedad, el tornar al buen camino y á la práctica del bien! ¡Cuántos á quienes la fuerza del mal ejemplo hizo criminales, tuvieron la dicha de volver á conocer el precio de la virtud, y abrazándola se salvaron de una perdicion inevitable! ¡ Cuántos que, como Agustino, sobreponiéndose á los llamamientos de la gracia v desentendiéndose de las religiosas máximas que aprendieran en su niñez, ocasionaron el duelo de unas madres virtuosas, y las hicieron llorar largos años con sus liviandades y funestos errores, fueron despues devueltos à su seno maternal convertidos y penitentes por la invisible mano de la divina misericordia!

No son raros esos triunfos de la gracia que tienen su origen en la santa y cristiana educación cuyos principios casi nunca se olvidan y siempre ejercen sobre el alma una saludable influencia. Los que esto niegan, ó los que pretenden que el hombre pueda vivir cual cumple á su mision en el mundo, tanto en el órden religioso como en el órden social, sin que su educacion esté cimentada en la moral evangélica, y sostenida por los principios esencialmente salvadores del catolicismo, predican una utopia, proclaman un error de grave trascendencia, y cuyos resultados por lo palpables no necesitan demostrarse. Lanzad una ojeada por nuestra sociedad actual. Ved tantos séres seducidos y seductores á la vez, correr tras el crimen y disputarse la triste gloria de dar el último golpe á la religion agonizante; ved una juventud ardiente y fanática embriagada con el vicio de la impiedad, que cifra todo su saber en burlarse de cuanto hay de mas santo y venerable, que se cree ilustrada porque niega los dogmas mas inconcusos, que se jacta de despreocupada porque insulta con feroz cinismo lo que los siglos vienen respetando; ved una vejez altiva, escandalosa, impúdica que se complace en distinguirse por su im-

pudente conducta haciendo mérito de unos vicios que repugnarian aun en la edad propia de las ilusiones; ved en fin en todas las edades, condiciones y sexos, la duplicidad, la impostura, la corrupcion, el libertinaje y toda clase de infamias: la injusticia en el foro, el fraude en el comercio, la molicie en la opulencia, y casi desterrada de todos los estados la probidad y las buenas costumbres. Y en vista de esto, permitidme os pregunte: ¿cuál os parece que es el origen de tan lamentables desórdenes, de tanta inmoralidad y de una corrupcion tan universal? Yo no reconozco otra causa mas influyente que el defecto de la buena educacion. Tampoco reconocia otra en su tiempo el sábio Quintiliano al ver la licencia, la avaricia y la voluptuosidad que habia reemplazado en Roma á las severas costumbres de sus antepasados. «¿Cómo quereis, esclamaba, oh romanos, hallar en vuestros hijos esas virtudes robustas que un dia formaban la gloria, el núcleo y la fuerza de nuestra sociedad, si no habeis cuidado de trasmitirles esa preciosa herencia que os legaron vuestros padres? ¡Ojalá que nos contentásemos con no ser los corruptores de la juventud, va que no seamos sus fieles conductores y maestros! ¿Quién entre vosotros se aplica como es justo á formar su inteligencia y su corazon? ¡Desgraciados hijos! Ellos ven en los que les engendráran la intemperancia llevada hasta el esceso, la sensualidad en su mas alto grado, los ódios sanguinarios de un padre impío, las disoluciones escandalosas de una madre procaz, y por consiguiente aprenden á ser viciosos antes que á conocer el vicio, y saben ya practicarle cuando todavia ignoran lo que es virtud.» ¿Pero á qué detenerme en citar á un autor profano? El Apóstol ha dicho terminantemente, que si la raiz es sana, sanos serán los frutos que produzca (1), asi como si aquella está podrida, éstos no podrán menos de nacer viciados. Y de padres libertinos, ¿qué han de resultar sino hijos herederos de su mismo libertinaje? De madres desenvueltas, ¿cómo han de nacer hijas pudorosas, etc.?

Teman, pues, los padres indolentes, descuidados ó débiles la terrible expiacion que sobre ellos hará pesar la Providencia castigando

⁽¹⁾ Rom. XI. 19.

en sus personas los crimenes de sus hijos: pues escrito está que el Señor les exigirá una responsabilidad terrible, y reclamará de ellos la sangre de los que por culpa suva se perdieron. Si quieren esquivar estos cargos y precaverse contra este juicio, trabajen con celo en educar cristianamente para Dios y para el mundo, para la religion y para la sociedad, unos hijos que cual rico depósito les confió el cielo. Mas que de su vida temporal deben cuidar de fomentar y conservar en ellos la vida moral del espiritu, que consiste en la práctica del bien y en el ejercicio de las virtudes. Y ;ay de los que no llenen debidamente esta obligacion sagrada! ;Ay de los que abandonan sus hijos á las consecuencias de sus propios desórdenes! ;Ay de los que escándalizándoles les ocasionan la muerte! Horrible sobre todo encarecimiento será el castigo que reciban llegado el dia de la venganza del Señor. Despues de esperimentar aqui los efectos de su criminal conducta, porque aun en el tiempo hará pesar sobre ellos su mano la justicia divina, serán lanzados en el fuego perdurable para consumar allí la expiacion comenzada en el mundo, y que durará por toda la eternidad.

cities a un action pentagon III Aparton adoit berginstellemente, quie

SERMON

PARA LA DOMINICA XVI DESPUES DE PENTECOSTÉS.

charically and have not required through the source of the sound being

EL PRECEPTO DE SANTIFICAR LAS FIESTAS, CONSIDERADO COMO UN ALTO DEBER RELIGIOSO.

the lighting a los factisens. Le acceptation ; Ex light current en titue;

Si licet sabbato curare? ¿Es lícito curar en dia de sábado?

Luc. xiv. 3.

Mil collem contribute a un argunento que envolvia la mas lumi-Questiones hay de suvo tan importantes, que merecen una particular atencion y un tino muy esquisito para dilucidarlas de una manera conveniente, sobre todo cuando hay que chocar son preocupaciones vulgares, ó hacer frente á envejecidos errores. De aquí las ventajas que resultan de una oposicion racional y mesurada, á fin de que resplandezca mas la verdad en proporcion que es mas enérgicamente combatida. La que hoy me propongo tratar es de aquellas que á pesar de su incontestable evidencia tiene contra si esas dos clases de enemigos, por cuanto no solamente la preocupacion la ha dado un giro tortuoso, si que tambien el error viene de largo tiempo inventando especiosos sofismas para eludir los deberes que de ella emanan. Hablo, A. O. M., de la santificacion de los dias festivos; cuestion, que á no dudarlo, tiene un doble interés religioso y social. Ya desde los tiempos del Salvador la raza farisáica, raza hipócrita cuanto inmoral, fué la primera en tomar ocasion de este deber para censurar la doctrina del Salvador y aun para tachar su conducta. Fanáticos aquellos hombres hasta rayar en una pueril supersticion en la observancia minuciosa de ciertos puntos secundarios

de la ley, tanto como relajados en el cumplimiento de sus mas esenciales preceptos, sostenian que era ilícito ocuparse en el dia de Sábado en ninguna especie de obras, cualquiera que fuese su índole, y miraban como una inobservancia y como una transgresion culpable del precepto divino la práctica de la beneficencia. A esta supersticiosa creencia aludia el Salvador, y este error se propuso combatir en el hecho que hoy nos refiere el sagrado Evangelio: «Habiendo entrado Jesus en casa de uno de los principales fariseos á comer en un dia de Sábado, estábanle estos acechando. En esto se puso delante de él un hombre hidrópico. Y Jesus vuelto à los doctores de la ley y á los fariseos, les preguntó: ¿Es lícito curar en dia de Sábado? Mas ellos callaron. Y Jesus tocando al hidrópico, le curó, y despidióle. Dirigiéndose despues á ellos, les dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno ó su buey cae en un pozo, no le sacará luego aunque sea dia de sábado? Y no sabian qué responder a esto.

Mal podian contestar á un argumento que envolvia la mas luminosa refutacion de aquel error supersticioso que venian sosteniendo mas bien que por convencimiento propio, por espíritu de contradiccion y por ódio á la doctrina del Salvador. Pero su doctrina y sus acciones acababan de desterrar hasta el menor pretesto plausible en que podian fundar sus sofísticas objeciones, demostrando que sobre toda ley ceremonial estaba la caridad, que es la primera de todas las virtudes, y la ley suprema dada por Dios á los hombres, y que su ejercicio, lejos de oponerse al culto de la divinidad, forma uno de sus mas esenciales deberes.

Dejando empero á los antiguos fariseos, fijémonos en los modernos, pues tambien los hay en nuestro siglo y no menos perniciosos que aquellos, siquiera se diferencien en las doctrinas que sustentan. Aquí la cuestion muda de aspecto: pocos son los que en el cristianismo llevan su escrupulosidad en la observancia de los dias festivos hasta el estremo de dudar qué clase de ocupaciones están prohibidas en ellos: pero son muchos por el contrario los que cual si no existicse ninguna obligacion en este punto, se desentienden con escándalo de este precepto, y le traspasan con la mayor impunidad.

Forzoso nos es pues atacar de frente un abuso tan lamentable y trascendental, que por desgracia se va generalizando de una manera espantosa, con mengua de nuestras antiguas costumbres y de nuestro proverbial catolicismo. Al efecto, me propongo demostraros que «la santificacion de los dias festivos, en la que está comprendido el culto y la cesacion del trabajo, es por una parte un alto deber religioso, y por otra una gran necesidad social.» Limitémonos por hoy al primer punto, reservando el segundo para el siguiente discurso. Ayudadme á implorar los divinos ausilios para el buen desempeño de mi mision, etc.

Ave Maria.

REFLEXION UNICA.

marine d'allacationes don de cablear compe de marche d'année des

De muy antiguo arranca la existencia de ese deber que hoy ocupa nuestra atencion. «Acuérdate de santificar el dia del sábado» dijo el Señor á su pueblo: y este precepto consagrado por el mismo Dios desde el principio de la creacion (1), é instituido en memoria de los grandes beneficios que Israel recibiera de su poderosa diestra, vino observándose tras siglos y siglos, sin la menor interrupcion, entre los verdaderos creventes. «El mismo que arregló las estaciones, escribe el hijo de Sirac, ordenó á la vez los dias festivos en que se celebran las santas solemnidades, y de estos á unos los hizo grandes y sagrados, y á otros los dejó en el número de los dias comunes (2).» No puede estar mas espresa la obligacion de solemnizar esos dias que el Señor se ha reservado para su culto y adoracion. Pero despues que el cristianismo se fundó, este deber adquiere una importancia inmensa. Al dia del sábado reemplazó el domingo, dia del Señor por escelencia, del cual decia San Pablo: «Así como el Señor descansó el dia séptimo de todas sus obras, del mismo modo debe descansar el pue-

- (4) Genes. II. 3.
- (2) Ecci. XXXIII. 9, 40.

blo de Dios de las suyas, si es que aspira á participar un dia de su eterno reposo (1).» Pero prescindiendo de estas y otras consideraciones que pudiéramos aducir en prueba de este deber altamente religioso, voy á limitarme á haceros ver que de tal manera entra en la esencia del cristianismo, que como escribia Tertuliano, este no existiria sin la observancia de los dias festivos: y tanto es esto cierto, que en las persecuciones suscitadas contra los fieles en los primeros siglos, el cumplimiento de este precepto era un distintivo inequívoco de los que profesaban la verdadera fé.

Ahora bien, A. O., es incontestable que hay en el hombre dos vidas, una material y otra espiritual: puesto que no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (2). De aquí es que á la manera que para existir materialmente necesita de un alimento proporcionado para reparar y sostener las fuerzas físicas, no de otro modo para vivir como sér inteligente y racional le es preciso nutrirse y alimentarse con un manjar capaz de sostener y conservar su vitalidad moral: y este manjar es la palabra, la doctrina, la enseñanza de sus respectivos deberes religiosos y sociales. Suprimase pues la observancia de los dias festivos, y en este caso el hombre quedará privado en gran parte de ese alimento, y por consiguiente se disminuirá y llegará á faltarle la vida moral. Nada en esto hay de exageracion. El dia festivo es propiamente hablando el dia del alma, el dia del espíritu, el dia del corazon, el dia de Dios y del hombre, por cuanto está destinado á dar á aquel el culto debido á su suprema soberania, v á recordar á este su dignidad, su elevacion, y sus altos destinos. «Evocando hácia ese grandioso objeto todos los pensamientos del cristiano, dice un sábio, ese dia nos ennoblece, nos rehabilita en nuestro primitivo estado, en el que la principal ocupacion del hombre era adorar incesantemente al Criador: y ya que encorvados bajo el peso del anatema divino fulminado en el antiguo Eden, cumplimos durante seis dias el penoso deber del trabajo inherente á nuestra triste caida, en el dia sétimo nos levantamos en el gozo, en la fuerza y en la dignidad de hombres rehabilitados.» Tal es el esencial

⁽⁴⁾ Hæbr. IV. 40.

⁽²⁾ Matth. IV. 4.

carácter del culto católico y el primordial objeto de la santificacion de los dias festivos. En ellos olvidando todos los intereses de la tierra, asiste el hombre al templo del Señor para escuchar las promesas del cielo y afianzarse en la esperanza de la inmortalidad. Allí inclinadas nuestras frentes ante los santos altares recordamos lo que por el pecado merecimos, y lo que hemos conseguido con la expiacion verificada en el Calvario. Allí comprendemos el valor del sacrificio que poniendo á un Dios en lucha con la muerte, nos franqueó á todos las puertas de la vida. Allí en fin se humilla nuestro orgullo en vista de nuestra debilidad, y nuestro espíritu se engrandece en proporcion que nos abatimos delante del Sér por escelencia. ¡Qué ideas tan sublimes, qué pensamientos tan grandes, qué afectos tan nobles inspiran las sagradas solemnidades del culto cristiano! Todo en ellas respira un misterioso perfume de virtud y santidad que dá una espansion indefinible á nuestras almas.

Pero lo que mas las vigoriza, lo que mas directamente influve en su vitalidad moral es la doctrina, la palabra evangélica que en esos dias se distribuye al pueblo fiel desde la sagrada tribuna, y con ella la enseñanza de todos nuestros deberes y de las virtudes todas que debemos practicar para ser felices en esta vida y en la otra. ¿No seria pues un absurdo privarnos de ese alimento espiritual sin el que es imposible vivir cual cumple á nuestra vocacion y á los destinos á que somos llamados? Hijos del tiempo pero herederos de la eternidad, nuestras aspiraciones no se limitan á ese corto espacio que existimos en el mundo: mas allá del sepulcro nos están reservadas esperanzas de un órden superior, y bienes de mucho mayor cuantía que los que acá abajo nos ponen en contínuo conflicto y en una agitacion incesante. Nacidos para Dios, solo en Dios puede hallar hartura nuestro corazon, solo poseyéndole pueden verse satisfechas nuestras necesidades. Nuestra alma es un abismo, y este abismo nada mas que lo infinito basta á cegarle. Es pues un alto deber religioso santificar esos dias destinados á reproducir unos recuerdos tan intimamente ligados con nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir, y á instruirnos en lo que nos conviene saber y practicar para llegar á la consecucion de ese fin y á la realizacion

de esas promesas. Si hay seis dias consagrados al trabajo, en los que el mortal debe proporcionarse el sustento material, cumpliendo esa ley eterna, consecuencia de su degradacion, ¿será mucho exigir que se dedique un dia á dar de mano á todos los intereses mundanales, á todo lo que es terreno y transitorio, para emplearle esclusivamente en procurarse ese alimento que con tanta urgencia reclama nuestro espíritu debilitado con las atenciones y negocios de la vida presente? Sobre que Dios así lo prescribe y que su voluntad suprema debe ser profundamente acatada, nuestro propio interés nos hace una obligacion de santificar esos dias que nos están designados para rehacernos de las contínuas quiebras que esperimenta nuestra alma. Esta necesita de ciencia, de conocimiento y de luz; está hambrienta de verdad, y la verdad solo puede venirle de aquel que es la sabiduría esencial, la fuente de la inteligencia, el origen de la luz que esclarece é ilustra á todos cuantos vienen al mundo. Su palabra es el vehículo por donde pasa á nuestro entendimiento y se infiltra digámoslo así en nuestros corazones ese manjar reparador, esa palabra salvadora del Hombre-Dios por la que vive el hombre en el órden moral y conserva la existencia del espíritu. Quitadle esa palabra; privadle de ese elemento conservador; que no escuchen sus oidos esa doctrina celestial que en las solemnidades cristianas se deja oir con una elocuencia divina y persuasiva: que la multitud se acostumbre á faltar á esas instrucciones familiares de un pastor celoso que con una efusion paternal proporciona á sus ovejas el pasto espiritual, con arreglo á sus necesidades; y entonces ¿qué resultará? ¡Ah! La consecuencia inevitable será la muerte del alma. Sin luz en su inteligencia el hombre andará á tientas como un ciego: sin vitalidad en su corazon caerá aqui y alli vacilante y mal seguro, impotente para resistir al empaje de las pasiones y á las seducciones del vicio. Es decir que caerá primeramente en ese abismo inconmensurable que se abre bajo sus piés, el abismo de la ignorancia, y tras la ignorancia vendrá el error, y en pos del error la perturbacion de todas sus facultades morales, y con ella la estincion de toda sensibilidad espiritual, y por término de todo el cinismo de la incredulidad. el ateismo práctico, la indiferencia religiosa que hace del alma un

sepulcro y convierte al hombre en un cadáver con falsas apariencias de vida (i).

¿Juzgais acaso, A. M., que he recargado las tintas de ese triste cuadro? Os engañais: nada he dicho que no esté apoyado en una lamentable esperiencia. ¡Y ojalá los hechos desmintiesen mis doctrinas! Pero lejos de ser así todo nos manifiesta que la violación de los dias festivos es la mano invisible que ha abierto y ensanchado ese insondable abismo en donde las inteligencias mas privilegiadas como las mas vulgares han encontrado la muerte en una ignorancia cuyas consecuencias no es fácil medir ni apreciar esactamente. Ocupados los hombres en los negocios mundanos, que absorven todas sus facultades, entregados sin reserva á las especulaciones de la codicia, á los proyectos de la ambicion, á los planes del orgullo; arrastrados por la corriente de unas doctrinas que constituyen el único fin de la criatura en el bienestar del tiempo, en el acrecentamiento de los intereses materiales, en el placer y en los goces sensibles, y su porvenir en la nada, miraron con desden la observancia de los dias festivos, dejaron de concurrir al templo á recibir el alimento moral en las prácticas del culto y en las enseñanzas de la doctrina evangélica, desoveron la voz del pastor, la palabra divina cesó de resonar en sus oidos, faltóles ese principio conservador de su existencia espiritual, y de aquí no tardaron en olvidar aquellas primeras nociones cristianas que bebieron en su infancia; desaparecieron fácilmente todas las lecciones de la primera edad entre el tumulto y la agitacion de una sociedad que propende á estinguir en las almas hasta el sentimiento de la fé, y llegaron á ignorar sus mas obvios rudimentos. No es raro en nuestro siglo ver hombres eminentes en las ciencias humanas, y que suscitándose una cuestion religiosa, tratándose de un punto de moral de los mas elementales, titubean, vacilan, no saben espresarse, ó para salir del apuro apelan á una respuesta ridícula, cuando un niño de la escuela hubiera respondido oportunamente y con el mayor desenfado.

No es pues de estrañar que la moderna generacion sea altamente

^{-1 (1)} Apocal. III. 1. mean artesum area of a ad ad ad ad ad a

viciosa y esencialmente incrédula. Cuando por una parte se dá una importancia exagerada á la instruccion científica de la juventud, y se recarga su inteligencia con estudios pesados, multiplicando las materias y exigiendo de ella mas de lo que puede abarcar, se descuida lastimosamente por otra su educacion moral, esa educacion que solo puede recibir de un modo conveniente bajo la accion del sacerdocio, á la sombra del santuario en los dias destinados al culto de Dios y á la distribucion de la palabra evangélica. ¡Oh! Allí todo habla al corazon un lenguaje elocuente y persuasivo. El sacrificio es de suvo una leccion práctica de la mas sublime ciencia, un curso completo de la mas pura moral. Los patriarcas, los profetas, los apóstoles, Jesucristo mismo deja oir su voz, instruyendo amonestando, corrigiendo ilustrando, mostrando aquí lo que se debe creer y practicar, descubriendo alli los vicios que se deben huir, desenvolviendo mas allá las promesas y esperanzas relativas á la vida futura, v señalando á cada edad, á cada sexo v estado sus deberes respectivos y los medios de cumplirlos. Y por otra parte esa palabra tan solemne y autorizada del propio pastor, que viene á poner el sello á todas esas lecciones con el ejemplo, que tan poderoso ascendiente da á sus paternales enseñanzas, ¿no es lo mas á propósito para fomentar en el pueblo cristiano el amor de todas las virtudes, que constituyen aqui su existencia moral y le preparan para el porvenir el camino de sus altos destinos? Imaginese otra cosa que pueda sustituir con resultados positivos á ese elemento regenerador. En vano: sin la santificacion de los dias festivos quedarian los fieles privados del único medio que, manteniendo en ellos viva la llama de la fé, de la esperanza y de la caridad, mediante esa comunicacion periódica con Dios en la celebracion de sus misterios, en la frecuencia de sus sacramentos, y en la distribucion de su divina palabra, háceles por consiguiente dignos de sí mismos, fieles á su vocacion y constantes en el bien obrar.

Hay por último otra razon de conveniencia y de justicia, deducida de la conducta misma de Dios, que acaba de poner en claro el alto deber religioso de santificar las fiestas. Es innegable que todo cuanto el Señor ha hecho ha sido para nuestra instruccion, y para que siguiendo su ejemplo en cuanto es dado á nuestra debilidad natural, nos identifiquemos en cierto modo con él. Segun el pensamiento del Apóstol, cuando el Criador se propone formar el mundo procede sucesivamente en la realizacion de esta grandiosa idea, y llegada á su perfeccion, la contempla, la admira, y descansa, bosquejando de este modo en el descanso del dia sétimo el eternal reposo que debe disfrutar en medio de sus escogidos. Pues bien, concluve un sábio orador esplicando este pasage, «á la manera que Dios llama á todos los hombres á participar de ese descanso supremo que debe tener lugar en el seno de la inmortalidad, tambien quiere que semanalmente vengan á tomar sus inscripciones para él, elevándose sobre las cosas del tiempo, y comenzando en la tierra la grande obra que deben completar en el cielo. La alabanza, el amor, la union con la divinidad es lo que constituye la vida de los espíritus en aquella mansion bienaventurada, y por lo tanto esa misma union, esa misma alabanza y ese mismo amor deben preludiar aquí aquella vida á que aspiramos.» ¡Y triste del que carece de esa aspiracion! ¿Desgraciado el que no siente latir en su pecho esa idea ni abriga esa esperanza consoladora! Es que ha muerto en él la fé, es que vive lejos de Dios, lejos de su influencia, sin la gracia, y ha comenzado en el tiempo la eternidad desgraciada.

Convenzámonos pues, M. A. O., de que por donde quiera que se considere el precepto de santificar los dias festivos, es un deber altamente religioso de cuyo cumplimiento no podemos dispensarnos, sin renunciar á la vida moral del alma, puesto que careceriamos de los únicos elementos que pueden conservarla. Nuestra inteligencia quedaria en una profunda ignorancia de lo que mas nos interesa saber para vivir cual cumple á nuestra vocacion; nuestro corazon sin lazos que le uniesen con la divinidad y sin el influjo de sus ausilios, se esterilizaria para bien obrar, y no podria producir fruto alguno de virtud; seriamos en fin unos séres moralmente inanimados, inertes, incapaces de dar un paso hácia los sublimes destinos á que estamos llamados. Pero no creamos tampoco llenar nuestro deber en este punto dedicando los dias festivos á un reposo criminal. Si en vez de emplearlos santamente en las prácticas del culto, y en obras

virtuosas, nos entregásemos á las distracciones del juego, á las frivolidades y pasatiempos del mundo, ó á los escesos de la disipacion y del libertinaje; ó bien si contentos con haber asistido al templo durante los divinos oficios, marchásemos de allí á esos sitios funestos en que peligra la virtud, y se aprenden lecciones prácticas de inmoralidad, entonces lejos de santificar las fiestas no hariamos mas que profanarlas, insultando á Dios, ofendiéndole mas libremente, y tomando ocasion para labrar nuestra ruina espiritual de ese descanso que en su infinita misericordia nos proporcionó para que renovándonos periódicamente en espíritu labrásemos nuestra eterna dicha. Cumplamos pues ese precepto segun las ideas de la religion. El sacrificio, la palabra evangélica, las prácticas piadosas, las obras de caridad, la instruccion de la familia, llenen todo el dia que el cristiano consagra al servicio especial de Dios, llamado por eso dia del Señor por escelencia, porque todo se le reservó para su gloria sin menoscabo de nuestra comun utilidad. De esta suerte preludiando en la tierra el supremo descanso á que estamos llamados, mereceremos continuarle en el cielo por una interminable eternidad.

quedera co una professia innerancia de torque da successo an abbr para viva capala à muestra recentura autoria e un servicio para viva para la provincia de constante de const

SERMON

dispensable it made his merodes cristianus; ra se considere como lato

PARA LA DOMINICA XVII DESPUES DE PENTECOSTÉS,

LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS, CONSIDERADA COMO UNA GRAN NECESIDAD SOCIAL.

dedos los anos sociemes la figuração moto del maiores o sacuden al

¿ Quod est mandatum magnum in lege?

¿Cuál es el principal mandamiento de la ley?

MATTH. XXII. 36.

En todas las páginas del Evangelio se nos presenta la impiedad farisáica en lucha incesante con la doctrina del Salvador. Deseosos aquellos hombres de encontrar algun pretesto para calumniarle á la faz de un pueblo, que á pesar de sus preocupaciones le respetaba como á un profeta enviado de Dios, no pierden ocasion de realizar sus intentos. Sabiendo pues que Jesucristo había hécho enmudecer á los Saduceos en la cuestion de la vida futura, mancomúnanse, y uno de ellos, doctor de la ley (dice el sagrado texto) preguntale para tentarle: Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? A lo que Jesus respondió: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. Y en efecto, el amor es el fundamento de ese culto sublime que todas las criaturas racionales estan obligadas á tributar á su Criador, y de este culto forman parte ciertas observancias establecidas para sensibilizar el respeto y la adoración que así los pueblos como los individuos deben al Sér Supremo en reconocimiento de su infinita magestad y universal dominio sobre todo

cuanto existe. Hay pues un culto social esencialmente necesario é indispensable á todas las naciones cristianas, ya se considere como lazo de union que las pone en contacto con la Divinidad, de quien depende su prosperidad ó su ruina, ó ya como un elemento conservador que sanando sus llagas sociales, segun el lenguaje bíblico (1), las preserva de incurrir en las funestas consecuencias de la incredulidad.

Nada mas justo bajo ambos conceptos que esa manifestacion visible de amor y respetuosa dependencia que los pueblos deben tributar al Señor. ¿No es él el autor de las sociedades, su bienhechor, su conservador, y árbitro supremo de sus destinos? ¿No son sus dedos los que sostienen la inmensa mole del universo y sacuden al impio como un puñado de polvo? ¿Qué son en su presencia los pueblos todos de la tierra? Nada, y menos que nada dice un profeta (2); y aun menos que el imperceptible átomo pesan en la balanza de su eternidad. Luego tiene un derecho indisputable á recibir sus adoraciones, sus acciones de gracias, los homenages de un profundo reconocimiento y sus fervientes plegarias. Todos deben caer de rodillas delante de ese sér que señala á cada nacion los dias de su existencia, que sabe su pasado, preside su presente, prepara su porvenir, y con igual facilidad las ensalza hasta el apogeo de la gloria que las hunde en el abismo de la desgracia.

Ademas de que, así como segun deciamos en el discurso anterior, hay en el hombre una doble vida, la material y la moral, del mismo modo existe tambien esa doble vida en las sociedades. Por consiguiente habiendo en el seno de estas tantos y tan diversos elementos disolventes, tantos gérmenes de ruina, tantos intereses diversos en contínuo choque, bastantes á relajar todos los vínculos sociales, á destruir el equilibrio de los diferentes poderes, y á acarrear el trastorno y el caos, preciso es haya tambien un principio capaz de adunar esos elementos, de equilibrar esos poderes, y elevar sobre los intereses del tiempo á unos hombres llamados á unos destinos eternos,

observações establacidas para sensibilizar el respelo y la adomicion

⁽¹⁾ Sapient. I. 14. Main another at an once antions and as sup

⁽²⁾ Isaiæ, XL. 17. granner i speciment shanna de als of asimisana and

á fin de que en la unidad puedan hallar la fuente y el origen de la positiva dicha á que aspiran.

Este elemento no puede ser otro que el culto que envuelve la fé. el dogma, las prácticas sagradas, la palabra divina, etc., todo lo cual está comprendido en el gran precepto de la santificacion de los dias festivos. Y por lo tanto «así como su observancia constituye, segun demostramos en el discurso anterior, un alto deber religioso, no es menos una gran necesidad social, » como os lo voy á manifestar si para ello me ayudais á pedir los divinos auxilios, etc. Ave Maria.

REFLEXION UNICA. purply prestanted units he surful affares we of east at beings et

hopenes o de un dependancia y ou donde ascendo à escrificarlo Indo. valent di raismo, un hieu del procomant, en presoneia de un Burg-

La vida moral de los pueblos, hemos dicho, consiste en la conservacion de esos diversos elementos que unidos con relacion á un fin idéntico, constituyen el núcleo de su fuerza y el principio de su prosperidad. Una vez destruidas las bases en que descansa el edificio social, todo él viene á tierra, su ruina es inevitable. ¿Cuáles son, pues, las principales bases de toda sociedad bien organizada? En primer lugar hácese preciso que todos los intereses parciales estén en ella subordinados al interés comun, lo cual evita los conflictos entre las diversas individualidades que componen ese gran cuerpo moral, y en seguida robustecer el principio de autoridad para que pueda existir y conservarse el órden público. Arrancad esas dos grandes palancas, y el desnivel sucederá al equilibrio, y la anarquia romperá todos los vínculos de unidad, y no habrá quien pueda contener el desborde de las pasiones y de los escesos que engendran la muerte de los pueblos.

Ahora bien, ¿quién no vé cuán imposible es que esa concentracion, digámoslo así, de todos los intereses individuales hácia el bien comun puedan crearla las doctrinas humanas? Todo en el mundo está subordinado al oro y al placer: estos son los dos ejes sobre que rueda y se mueve el sistema de la presente vida. Cada cual aspira á poseer la mayor suma posible de bienestar en la tierra: y por consiguiente nadie piensa en hacer sacrificios que pueden privarle de la posesion de esa dicha, sobre todo cuando en las recompensas que el pais ofrece á los que por él inmolan lo que tienen de mas caro en el mundo, nada ven los hombres mas juiciosos que pueda llenar sus aspiraciones ni satisfacer sus deseos. Y cuando el interés individual lo absorve todo en un pueblo, ¿qué dicha, qué felicidad puede prometerse? Solo pues hay un medio, un principio, un elemento capaz de inspirar ese desinterés, ese sacrificio, y no es ni puede ser otro que la religion con sus celestiales doctrinas y sus inmortales esperanzas. Ellas hacen plegar el culto del oro y del placer ante el culto de la divinidad. Y sobre todo en los dias festivos, cuando un pueblo prosternado ante los santos altares vá á ofrecer al Señor el homenage de su dependencia, es donde aprende á sacrificarlo todo, y aun á sí mismo, en bien del procomum, en presencia de un Dios-Hombre que por todos los humanos hizo cesion de su gloria, de su divinidad, de sus derechos como unigénito del Padre. Allí al oir de los lábios del ministro de la palabra: « sacrificate por tus hermanos, puesto que Cristo se sacrificó por tí», esa palabra no le sorprende, no le repugna, porque va acompañada del ejemplo de un Dios, y lleva la sancion de una recompensa eterna é ilimitada, proporcionada á una abnegacion sin límites. Entonces fortalecido con esas esperanzas, sus pensamientos se elevan, sus ideas se engrandecen, va no se mira como llamado á gozar esclusivamente de unos bienes que son comunes en el órden providencial, ya no piensa en centralizar en su propio individuo lo que es patrimonio universal de todos los hombres, ya no vé en el trabajo y en los demas elementos de industria un objeto de torpe monopolio: sino que persuadido de que todo es de todos, y todos son deudores al bien comun, trata de llevar su parte de abnegacion al logro de ese gran pensamiento. Buscadme sino fuera del templo, fuera del sacrificio cristiano, fuera de esas ceremonias religiosas de nuestras santas festividades, otro motivo bastante á crear y fomentar ese primer elemento de vida social. Imposible, así como tampoco podrá hallarse sin el concurso de la religion y de sus misterios el medio de robustecer el principio de autoridad no menos esencial, y sin el que la sociedad no puede concebirse.

En efecto el origen de todo poder es Dios. Sea mediata, sea inmediatamente, cuestion que dejo gustoso á las disputas humanas, ello es que de esa raiz dimana la autoridad de los que rigen los destinos de pueblos. De manera que la divina soberanía, es y será siempre y donde quiera, la primera y última razon del poder en todos sus ramos, lo mismo en el orden administrativo que en el judicial, sacerdotal, etc. Ensayad á desterrar ese principio sobre que descansa el equilibrio social, y el súbdito se creerá igual al señor, el hijo con idénticos derechos que el padre, y el vasallo protestará contra los decretos del monarca, y desaparecerá, en una palabra, ese órden gerárgico, esa dependencia tan necesaria para la armonia v conservacion del mecanismo social. Este cuadro no es ideal, desgraciadamente es verídico, y la esperiencia diaria nos demuestra su triste realidad. Pues bien, yo busco el origen de esa anarquía, de ese desórden, de ese conflicto incesante entre el poder y sus subordinados, y encuentro la resolucion de este problema en la inobservancia de los dias festivos. ¿Qué quereis esperar de unos hombres que rara vez se acercan al altar, que casi nunca han oido esplicar á su pastor la gran teoría de la autoridad? ¿ Qué quereis pedir á una generacion que en los dias destinados á instruirse en sus deberes morales y sociales bajo las bóvedas del santuario, corre á esas orgías en donde solo ove hablar de una soñada soberanía individual que autoriza la rebelion y todo género de escesos? ¿ Qué quereis exigir de esas masas, que huyendo en los dias festivos de la sagrada tribuna, en donde la religion habla á nombre de Dios el lenguaje sublime de la virtud, y exhorta á la obediencia de los superiores, y hace al cristiano un deber de conciencia de asometerse á los poderes constituidos, aunque sean discolos, solo frecuenta unos sitios en donde á la autoridad se la denomina despotismo, á la sumision vil servidumbre, tiranía al poder supremo, y covunda innoble á la accion coercitiva de los gobiernos? Mal pudieran esperarse ideas justas y racionales en este punto de los que no observan los dias festivos. ¿ En qué otra parte pudieran beberlas? ¿ Qué otra voz será bastante á inspirárselas si no es la voz autorizada

del catolicismo? Ninguna. Y en este caso no se pregunte por qué eu nuestro siglo el principio de autoridad lejos de robustecerse se debilita cada vez mas, v son tan frecuentes los motines, las asonadas y esos terribles conflictos entre el pueblo y el poder que ponen al borde del abismo las sociedades modernas. ; Ah! No busqueis la respuesta sino en ese mismo pueblo que carece de los principios católicos que acabamos de enunciar. Respuesta terrible, pero lógica: « La autoridad, os dirán, no proviene de Dios!» Así lo han aprendido en vuestros libros, en vuestra filosofía, en vuestras escuelas, y acaso en vuestra misma conducta, oh hombres de estado. No han frecuentado el templo en los domingos y demas dias consagrados al culto divino; no han aprendido de la boca del sacerdote la doctrina sublime del Evangelio que consagra el principio de la autoridad humana basándole sobre el principio de la autoridad de Dios, de donde únicamente procede; no han bebido en su legitima fuente esas ideas grandiosas de dependencia y sumision, de respeto y obediencia á los poderes temporales; no han oido las enseñanzas de San Pablo que exhortan á dar á cada cual lo que le es debido; al que honor, honor; al que tributo, tributo, etc.; y por consiguiente privados de estas nociones, no es estraño que desconozcan todo deber en este punto, y se atrevan á reclamar unos derechos ilusorios, y se juzguen autorizados para protestar contra toda autoridad, y que consecuentes á sus principios aspiren á pasar sobre la sociedad entera ese nivel horrible, cuvo solo recuerdo hace estremecer de espanto. ¡Qué consecuencias tan funestas de la inobservancia de los dias festivos! Qué perspectiva tan siniestra ofrecen los pueblos que desconocen ese deber sagrado! ¡ Qué triste porvenir les espera!

¿Y habrá todavia entre nosotros hombres tan insensatos, que repitiendo el eco de los impíos del tiempo del real profeta, y arrojando la tea incendiaria en el Santuario, pidan la abolicion de las solemnidades católicas, y que desaparezcan para siempre los dias festivos (1)? Los hay, si, y en gran número: y apoyados en especiosos

⁽⁴⁾ Incenderunt igni Sanctuarium tuum... Dixérunt in corde suo: Quiescere faciamus omnes dies festos Dei a terra, (Psalm. LXXIII. 7, 8.)

sofismas, y so color de fomentar los intereses materiales de las clases proletarias y el bienestar de las industriales, enseñan unas doctrinas que no dudaré calificar de antisociales, pues envuelven un crimen de lesa-nacion. Los que predican la abolicion de los dias festivos. predican la muerte moral de los pueblos, porque privándoles del único elemento de aprender sus deberes, ponen en sus manos la hacha devastadora que debe echar por tierra todo el edificio público. ¡Matricidas! ¿Asi pagais los desvelos de esa pátria que os amamantó en su seno? ¿De este modo la creais vivoreznos que la corroan las entrañas? ¿Con tanta ingratitud pagais sus beneficios? ¡Mengua v baldon de los pueblos católicos! Cuando por un lado veo la escrupulosidad con que en algunos paises en quienes no rigen las doctrinas del catolicismo, se observa la lev de la santificacion de las fiestas, respetada generalmente como una necesidad social, y la comparo por otro con esa transgresion escandalosa y pública de que se hace gala en muchas naciones que se glorían de poseer la verdadera fé, y ostentan con orgullo el sobrenombre de católicas, el corazon se me llena de amargura y los mas siniestros presentimientos asaltan mi mente. Ved esa gran nacion, ilustrada como la que mas, industriosa mas que cualquiera otra, opulenta cual ninguna, que calculando minuciosamente el tiempo, ni un solo instante desaprovecha por reportar de él las ventajas materiales que puede proporcionarla su buen empleo; y sin embargo, llegado el dia festivo, ni alli se abre un establecimiento comercial, ni se ve circular un carruaje de transporte, ni se vende una vara de tela, nadie en fin trabaja, y todos se ocupan con una edificante piedad en los ejercicios propios de su culto. ¿Sucede empero lo mismo entre nosotros? ¡Qué triste contraste! Mas de una vez cruzando en dias festivos las calles y plazas de esa capital y de otras poblaciones, al ver el mismo aparato que en los demás dias no consagrados al culto del Señor, al herir mis oidos el ruido del martillo, del pico, de la palanca ó de la hacha, al observar el afan con que el comerciante se dedica á vender sus mercancías, el hombre de negocios á trabajar en su bufete, el artista á sus labores, y cada cual á sus ordinarias tareas cual si no existiesen otros intereses que los del momento, ni hubiese

mas porvenir que el goce de lo terrestre y perecedero, ni otros destinos mas que la conservacion de la vida animal; al notar que esto sucedia á la misma hora en que las campanas anunciaban los oficios divinos, y llamaban al pueblo á agruparse en torno de los santos altares para rendirle el homenaje á sus adoraciones, un sentimiento de terror, mezclado de tristeza, ocupaba mi alma, y recordando la piedad antigua de nuestros antepasados, esclamaba: ¿ Dónde está la España de los Fernandos y Recaredos? ¿Qué se ha hecho de la pátria de los Eugenios, Fulgencios, Isidoros y Guzmanes? ; Ah! -Pasaron aquellos siglos de oro para la religion católica en que ésta era observada en todo con un fervor edificante que era el asombro de los demás pueblos de la tierra. Fuéronse, quizás para no volver, aquellos dias afortunados en que las clases todas de la sociedad, sin distincion de nobles ó plebevos, de ricos ó pobres, de vasallos ó monarcas, hacíanse un deber de solemnizar las santas festividades de la iglesia con una esactitud que ravaba en lo heróico. Ahora empero con nuestra moderna ilustracion, con nuestros pretendidos adelantos, con nuestra abultada civilizacion, hemos retrogradado hasta la barbarie, y con una estupidez tan repugnante cuanto vergonzosa, nos desentendemos de una obligacion, si altamente basada en los principios del cristianismo, no menos reclamada por nuestros propios intereses como una gran necesidad social. Mas si la transgresion del precepto es visible, no lo es menos la expiacion. Tú vivias feliz, tú prosperabas en el verdadero sentido, tú progresabas, oh patria mia, cuando tus hijos, fieles observadores de las prescripciones divinas v eclesiásticas, daban de mano en los dias festivos á toda ocupacion terrenal, y solo se ocupaban en santificarlos con las prácticas del culto católico. Allí aprendian á conocer sus deberes cristianos, á apreciar sus relaciones sociales, á respetar el poder, á sacrificarse en bien de sus semejantes, á inmolar su interés privado ante el interés comun, á ser buenos patricios, fieles vasallos, ciudadanos honrados y laboriosos, etc.: y afianzado sobre estas robustas bases, cimentábase el órden, fortificábase el principio de autoridad, reinaba la concordia, habia union, conservábase la paz, y con la paz todo prosperaba, y el pueblo era feliz bajo la salvaguardia de leyes justas

y á la sombra de un trono que velaba por su bienestar. En vez de que ahora, debilitados esos elementos, relajados esos vínculos, merced á la inobservancia de los dias festivos, porque los pueblos descuidan nutrirse con ese alimento moral de las doctrinas vitales del catolicismo, hay discordias, hay luchas, hay conflictos, y revoluciones desastrosas, y asonadas populares, y menosprecio de la autoridad, y perturbacion, y anarquia, y desastres que llevan nuestra sociedad al abismo de su ruina. ¡Tan cierto es que la observancia de los dias festivos es un elemento de bienestar individual y social, y por lo tanto una necesidad indispensable para todos los pueblos que aspiran á vivir moralmente y á llenar sus altos destinos, al par que su inobservancia acarrea males sin cuento, y es un gérmen mortiforo que tarde ó temprano da sus funestos frutos!

Ni aun razones económicas, por mas que quieran hacerse valer algunas en contrario, hay para autorizar esa inobservancia que no dudaré llamar escándalo imperdonable. Los que despreocupados segun la fraseologia moderna, están por los adelantos positivos y por las mejoras de pública utilidad; los que por interés propio y espíritu de agiotaje y movilidad ponen la sangre del pobre en una balanza, como dice un ilustrado escritor, y en la otra la vil cuota que le han escatimado en toda la semana, para hacérsela sudar nuevamente el domingo; esos son los que abogan por la abolición de las fiestas, los que quieren arrancar al pueblo el reposo y con él los consuelos de verse rodeado de la propia familia; los que le empujan hácia la barbarie, creando en él costumbres feroces, hábitos viciosos, instintos criminales. Y cuando con irónico insulto pronuncian el nombre de utilidad para cohonestar sus torpes miras, lo que hacen es clavar el puñal en el corazon de la sociedad y darla la muerte.

Deber es, pues, de todo buen católico, observar esa ley de la santificación de las fiestas, en que además de la ley suprema del amor de Dios, que es la base y cimiento de toda moral, van embebidas consideraciones del mas alto interés social, como dejamos demostrado. Preciso es que los que están llamados á regir los destinos de los pueblos, desarrollen todo su celo para hacer cumplir con toda escrupulosidad ese precepto que tan identificado se halla con su

felicidad. En la observancia de sus antiguas costumbres y de sus rancias tradiciones, en su fé pura v en su esmerada religiosidad encontráran nuestros abuelos tantos consuelos, tanta paz, tanta dicha, y aquella fraternidad y union que les hacia envidiables respecto de otros pueblos que los contemplaban admirados. No por otro camino esperemos nosotros llegar á poseer ese bienestar que anhelamos. ¿ Quereis, pues, H. M., gozar dias felices y pacificos en el hogar doméstico? ¿Quereis que el cielo bendiga vuestro trabajo y haga prosperar vuestros bienes? Pues observad los dias festivos, holgando santamente en ellos, y consagrándolos al culto de Dios y á proporcionar á vuestras almas el alimento espiritual que necesitan para vivir cristianamente. Entonces no dudeis se verificará en vosotros aquella gran promesa de los libros santos: «Dichosos, esclama el rey profeta, los que temen al Señor y andan por sus caminos. El justo comerá en paz el fruto del trabajo de sus manos, y todo le sucederá prósperamente. Su esposa será como una parra fecunda en el recinto de su casa; y en torno de su mesa verá bullir sus hijos como los pimpollos del olivo. El Señor le bendecirá desde Sion, y disfrutará de estas bendiciones todos los dias de su vida, y alcanzará á los hijos de sus hijos (1).» Tal será, M. A. O., la recompensa de vuestra fidelidad en observar ese gran deber religioso-social aquí en la tierra, y despues de una vida feliz vereis llegar tranquilos la muerte, que será para vosotros el tránsito á la eterna bienandanza.

mostrado. Preciso es que dos que están hamados á regar los destanos

⁽¹⁾ Psalm, CXXVII. per tot.

HOMILÍA

su dispedo como el unios mundoles el mon divido el prico dispedi que que

PARA LA DOMINICA XVIII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

PARALISIS ESPIRITUAL, SUS CONSECUENCIAS, Y SUS REMEDIOS.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo, viniendo Jesus à la ciudad de su residencia, presentaronle un paralitico postrado en un lecho. Y al ver Jesus su fé, dijo al tullido: Ten confianza hijo mio, que perdonados te son tus pecados. A lo que ciertos escribas dijeron luego para consigo: Este blasfema. Mas Jesus viendo sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es mas fácil, el decir: se te perdonan tus pecados: ó el decir: levántate y anda? Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar pecados, levántate: dijo al mismo tiempo al paralítico: toma tu lecho y vete á tu casa. Y levantóse, y fuese á su casa. Lo cual viendo las gentes quedaron poseidas de un santo temor, y dieron gloria á Dios por haber dado tal potestad á los hombres.»

MATTH, IX. 2. ET SEQ.

Todo en el Evangelio es tan filosófico, tan sublime, tan lleno de dignidad, que para el hombre reflexivo y pensador ni una sola de sus páginas carece de interés: de cada accion que en él se narra, de cada simil, de cada período en él contenidos brotan instrucciones prácticas, enseñanzas importantísimas, un fondo en fin de doctrina acomodada á los diversos estados del hombre, y remedios para todos sus males, y consuelos para todas sus desgracias, y elementos para satisfacer todas sus necesidades. Solo los que no han estudiado detenidamente el vasto plan que en él se desenvuelve han podido ignorar las bellezas de ese libro que la impiedad misma ha reconocido á

:

su despecho como el único inimitable, el único divino, el único que revela la inmediata inspiracion del cielo, y que ninguna pluma profana pudo jamás crear, porque donde quiera lleva impreso con rasgos característicos el sello de su supremo autor. Pero lo que mas asombra, es ese carácter de universalidad que en él se echa de ver á primera vista. Todo está allí previsto, y al leer con atencion los diversos hechos del Salvador, cada cual vé pintado al vivo su estado actual, como si se hubiera tenido presente hace diez y ocho siglos. ¿Y quién hay que al oir el milagro que hoy nos refiere el sagrado texto deje de admirar el simil mas esacto del hombre culpable en el estado morboso en que le constituye el pecado mortal, esa paralisis de todas sus facultades morales, esa inaccion, esa impotencia para el bien que son las inmediatas consecuencias de aquel funesto principio, bien así como el único y oportuno remedio que puede aplicarse con resultado infalible para curar esa dolencia? Sigamos punto por punto el relato evangélico. « Viniendo Jesus á la ciudad de su residencia, presentáronle un paralitico.» Notad de paso que por do quiera que el Salvador se dejaba ver, lo primero que se ofrecia á su vista era el gran cuadro de las miserias humanas. Aislada cruelmente hasta entonces la humanidad desgraciada, lanzada por el egoismo, relegada por el orgullo, abandonada á si propia por la muelle sensualidad de los dichosos del siglo, privada en fin por tanto tiempo de consuelo y de esperanza, ¿cómo no había de buscar con avidez al único que saltando por cima de todas las preocupaciones que una filosofía fria é insensible inoculára en el mundo pagano, proclamó la beneficencia como un deber universal, y él mismo el primero se declaró protector nato de todos los desvalidos? Por eso no es de estrañar que no diese un paso sin que se le presentase ocasion de dar á conocer su amorosa ternura, su paternal compasion con cuantos séres enfermos ó desvalidos llegaban á implorar su ausilio. Pero como quiera que su principal mision era salvar la humanidad, curarla de sus dolencias espirituales, y ofrecerla los medios de precaucion necesarios para evitar en lo sucesivo nuevas desgracias, aun en las acciones que esteriormente parecian no tener otro objeto que la salud del cuerpo, llevaba un doble fin de mas alta importancia, cual era el ilustrar al hombre respecto de sus miserias morales que tanta analogía guardan comunmente en su origen, sus propiedades y sus efectos con las miserias físicas.

Y sin salir de nuestro asunto, ¿qué otra cosa es la paralisis material sino una enfermedad que producida las mas veces por falta de circulacion de la sangre y demás espíritus vitales constituye al hombre en una completa inercia, en una imposibilidad total de hacer uso de unos miembros que carecen de vida? Por eso al paralitico del presente Evangeio le llevaban postrado en un lecho. Imágen esacta de esa postracion moral en que el pecado constituye al culpable. Careciendo del principio vital que le animaba, sin la gracia y la caridad que le daban el movimiento y la accion para caminar por la senda del bien, privado de los divinos ausilios y separado de aquel Dios en cuya union encontraba la fuerza, el vigor y la energía indispensables para hacer frente à las pasiones y à los vicios, sucédele lo que al hombre atacado de esa enfermedad que venimos describiendo. Este quiere mover sus manos, y no puede; esfuérzase por levantarse, y no encuentra flexibilidad en sus miembros; prueba á andar, v sus piés le hacen traicion; va á hablar, v su lengua entorpecida no sabe mas que balbucir..... Del mismo modo el pecador en vano pretende ejecutar la menor accion meritoria con relacion á la salud eterna. Como que el pecado ha paralizado en su alma la accion vital de la divina gracia, y arrancado cual sarmiento inútil de su vid que es Jesucristo, no percibe su sávia benéfica, no fluve por él su jugo fecundizador, es inútil toda resolucion que adopte, y cuantos esfuerzos haga para moverse con relacion á la vida futura son inútiles é impotentes. Y aun cuando aparentemente parezca llenar ciertos deberes, practicar ciertas acciones virtuosas, y ejercer idénticos actos que los justos, son ineficaces y de ningun valor delante de Dios, ningun merecimiento adquiere con ellos, ni puede esperar que sean recompensados en la eternidad por cuanto no surgen del único principio que puede hacerlos meritorios y aceptables. ¡Desgraciada situacion del hombre culpable! ¡Horribles consecuencias del pecado! ¡Paralisis funestisima del alma que no por ser menos visible deja de ser harto real v positiva! Yo veo á mi alrededor

hombres que en lo esterior me parecen llenos de vida y de salud en el órden moral. En nada distingo sus acciones de las de los justos: oran como ellos, como ellos ofrecen à Dios sus sacrificios v ofrendas, del mismo modo y aun mejor si se quiere practican la misericordia con el pobre y la beneficencia con el desgraciado..... Y sin embargo solo tienen de virtud la apariencia, y una vana esterioridad de salud. Su conciencia está inficionada, su alma se halla atacada de un virus invisible que corrompe sus acciones: v aun cuando ésta parezca moverse, no se mueve, está inerte, paralítica. incapacitada para el bien. Siquiera el pecador aparente tener toda la fé de los justos, y toda la ciencia de los ángeles, por mas que de todo se desprenda en favor de sus semejantes, v sacrifique si es necesario en su obsequio su propia vida, ningun mérito adquiere para con Dios que sea proporcionado con unas recompensas infinitas, por cuanto no vive en él la caridad divina, v sin ésta las obras mas heróicas serán siempre estériles é infecundas. Un alma en estado de culpa mortal carece de vida, de movimiento, de luz, de verdad, de justicia; porque todas estas cualidades solo pueden provenir de la union con un Dios justo, sábio, veraz, cuva gracia vivificante escita los buenos pensamientos, fomenta los deseos virtuosos, produce las obras meritorias, crea las luces sobrenaturales y hace participar al hombre de la vida divina. Toda existencia que no esté basada en este principio es imaginaria y fantástica, es un ensueño fugaz que al desaparecer muestra al pecador todo el fondo de su horrible desgracia, y no le deja mas que la amargura del desengaño y el gusano roedor del remordimiento. Justa punicion del pecador, esclama San Gerónimo: puesto que pecando se redujo á la nada, es muy razonable que nada encuentre al despertar del funcsto letargo en que voluntariamente se sumergiera. De lo contrario la nada por esencia que es el pecado, seria el sér esencial que es Dios, lo cual repugnaria á la justicia y falsearia todos los principios de la equidad. The problem softward who on sun organization that the

Hay todavía mas en esa paralisis espiritual del hombre pecador. No solamente el pecado seca en el las fuentes del merecimiento, sino que por una consecuencia necesaria del defecto del principio vital

que es la gracia, todas sus facultades se resienten y esperimentan mas ó menos los efectos de la paralizacion esencial y característica de esa triste enfermedad. Y al modo que en el orden físico esta dolencia suele presentarse primeramente en un punto determinado v despues se va estendiendo y propagando gradualmente hasta afectar todos los miembros del cuerpo humano, no de otra manera sucede en el órden moral. En proporcion que el alma permanece en la culpa, la gracia se retira, los ausilios celestiales se disminuven, v comunicándose insensiblemente la inaccion de una facultad á otra, la paralisis llega á ser universal. Los dones de la naturaleza, la probidad, la rectitud, el pudor, la humanidad, las dotes del espiritu, los sentimientos de religion, los remordimientos de la conciencia, las creencias, la fé misma, todo se corrompe, todo sufre una alteracion espantosa con la continuidad del pecado. Las gracias del talento conviértense en sal de las pasiones, los sentimientos religiosos en escandaloso libertinage, la superioridad de gênio en orgullosa petulancia, la nobleza de alma en ambicion sin limites, la ternura natural en cebo de impuros amores, los principios de gloria y honoren una insoportable vanidad, la elevacion de nacimiento en origende crueles desdenes y de ódios implacables, y la prosperidad misma en instrumento de toda clase de crimenes. Y lo que es peor de todo: lo que comunmente no acontece respecto de la paralisis material del cuerpo humano, sucede con harta frecuencia con la paralisis moral del alma. Aquella no es contagiosa, y jamás se ha dicho que pueda contraerse con el contacto inmediato como en otras enfermedades de distinto carácter, en vez de que ésta se estiende y propaga lastimosamente con el mal ejemplo, y raro es el pecador que no arrastraofros muchos en su propia ruina; pues hay en el pecado un principio de contagio á que dificilmente resiste á veces la mas robusta virtud.

Ahora bien, M. A. O., presentados ya los caractéres y propiedades de esa dolencia moral, ¿qué remedios deberán adoptarse para curar de ella? El pasaje evangélico de este dia nos muestra lo que debe hacer el pecador que se encuentra en tan lamentable estado. La fé es la primera disposicion, y tan necesaria, que sin ella todos

los demas recursos serian inútiles y sin eficacia. ¿Cómo podria salir del pecado el que no creyese en el poder de Dios para perdonarle, en su misericordia dispuesta siempre á aceptar las lágrimas del arrepentimiento, en su bondad que nada anhela tanto como la conversion y la vida del culpable? Tras la fé debe caminar la confianza. El que siendo Dios no dudó hacerse hombre, y aceptar todos los dolores y padecimientos de la humanidad, y sufrir crueles tormentos y una muerte deshonrosa é infame por salvar al pecador, y por que este no muriese derramó en una cruz hasta la última gota de una sangre divina, ¿qué no hará por el hombre si reconocido detesta sus escesos, si lloroso le busca, si amante le llama en su ausilio, como el paralítico de nuestro Evangelio? «Jesus al ver su fé, esto es, la de aquellos que se lo presentaron, dijo al tullido: Ten confianza, hijo mio, que tus pecados te son perdonados.»

Hed ahi el maravilloso efecto de la divina gracia en el sacramento de la reconciliacion. Allí está constantemente el Salvador en la persona de sus ministros, esperando ver presentarse á esos paralíticos espirituales que el pecado inhabilitó para moverse y caminar por las sendas de la salvacion. Allí está brindando con la salud á todos cuantos con ardiente fé y firme confianza desean sanar. ; Y qué prodigios no se operan en aquel tribunal sagrado á la simple voz del sacerdote, que despues de haber oido la sincera confesion del delincuente pronuncia aquella palabra omnipotente: «Tus pecados te son perdonados.» Esto solo podrán ignorarlo los que esclavos del error y ministros de la mentira se han propuesto desacreditar esa institucion divina, negando su celestial origen, poniendo en tela de juicio el poder supremo, y sembrando dudas, y esparciendo sofismas, y levantando nubes de polvo para oscurecer ese dogma incuestionable del catolicismo. Los impios de profesion, los incrédulos por sistema, los libertinos de conveniencia, los que aborrecen todo freno que pueda contener las pasiones, los que proclaman la libertad de conciencia en el sentido de poder cada cual vivir á su antojo y sin sujecion alguna á las leyes divinas y humanas, los que se complacen en ridiculizar los sagrados misterios del cristianismo, los que con voz campanuda proclaman que la religion pasó, que el Evangelio ha ca-

ducado, y que sus doctrinas no están ya á la altura de la civilización moderna, los que predican las luces de la inmoralidad, la civilizacion del crimen, los adelantos del materialismo, el progreso del sensualismo animal, hed ahi los que desconocen la escelencia de ese sacramento; los que niegan su necesidad religioso-social; los que, al oir hablar de este asunto, que su impiedad rechaza y tan enojoso es á su conducta criminal, ármanse del ridículo, apelan á la calumnia; v á imitacion de ciertos Escribas, que ovendo á Jesus espresarse en los términos indicados dijeron para si: Este blasfema, no de otro modo los incrédulos de todos matices, los hombres mal avenidos con ese dogma consolador, no pueden sufrir que se les mencione, v tratan de ilusion la creencia de los buenos católicos en la confesion auricular, y tachan de fanáticos á los que la defienden, y llaman invencion humana su institucion, y se burlan de los que la frecuentan, y se irritan cual si ovesen una blasfemia cuando nos oven decir que es de origen divino...; Ah! Los blasfemos son ellos, ellos que no solamente se atreven á disputar al Omnipotente su poder, á Jesucristo su divinidad, al cielo sus prodigios, á la gracia sus efectos, v porque con su vista microscópica no alcanzan á versino lo que les rodea, tienen la audacia de negar lo que está sobre su limitada comprension, sino que declarándose contra la misma humanidad, quieren arrebatarla uno de sus mas puros consuelos, uno de los elementos mas indispensables para hacer frente á la accion de la desgracia y del crimen, una de sus mas apremiantes necesidades en el orden moral, en armonía con uno de los mas bellos instintos naturales del corazon humano. Aun prescindiendo de toda consideracion sobrenatural, y limitándonos únicamente á lo que comunmente sucede entre los hombres: cuando un fuerte dolor nos aqueja, cuando un grave infortunio pesa sobre nosotros, ¿ no sentimos una necesidad irresistible de hacer participante à un amigo de nuestras amarguras, descargando nuestros pesares en el seno de un corazon compasivo, y confiándole nuestros temores ó esperanzas? Pues bien, el verdadero, el positivo mal del alma, su desgracia mayor, su mas insoportable infortunio es el pecado. ¿Qué seria de ella si no tuviese á quien confiar su pena, y en quien buscar el alivio y solaz

que necesita? Nada mas útil, nada mas eficaz para el caso que la confesion sacramental, en donde el pecador encuentra un confidente á quien descubrir sus remordimientos, un amigo á quien manifestar sus pesares, un médico á quien mostrar sus llagas, un padre que vertiendo en su corazon el suave bálsamo de la misericordia sustituye la calma de la buena conciencia á la agitación del delito, un ministro en fin de Jesucristo, que investido de su poder, y en uso de su autoridad le perdona sus faltas, le restituye á la amistad de Dios, le devuelve la salud perdida, le dá una nueva vida, un nuevo sér, mediante la absolución sacramental.

A los que á pesar de tantas pruebas de este dogma católico, y á despecho del consentimiento unánime de la Escritura, de la tradicion, de la autoridad y de la razon de mas de diez y ocho siglos, se obstinan todavia en dudar, no nos cansaremos en proponerles otro argumento que el que Jesucristo hizo á los Escribas de nuestro Evangelio, diciendoles: ¿ Qué cosa es mas facil, el decir te se perdonan tus pecados, ó el decir levántate y anda? El que con una sola palabra podia curar toda clase de dolencias, y arrancar del sepulcro los mismos muertos, ¿no podria con igual facilidad perdonar al criminal? No comprendo qué dificultad pueda oponerse en este punto al que tiene en sus manos el dominio del universo, á quien obedecen en el cielo y en la tierra todos los séres, y los mismos elementos rinden vasallage. Gritos son de un corazon sin fé y blasfemias de la impiedad cuantas objeciones puedan hacerse contra este dogma consolador y altamente social del catolicismo. Una sola respuesta merecen, y es señalarles con el dedo los hechos que vienen evidenciando ese poder invisible; bien así como el Salvador á sus impios calumniadores les dijo: Para que sepais que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar pecados, levántate, dijo al paralitico: toma tu lecho y vete à tu casa.

Tal es el prodigio que constantemente se opera en el cristianismo mediante la confesion sacramental, remedio único, eficacisimo de esa parálisis espíritual que afecta á una gran parte de la humanidad. ¡Cuántos que antes veian entorpecida su inteligencia para comprender las eternas verdades, incapacitados los ojos de su alma para ver

la luz del Evangelio, inmóviles sus manos para obrar el bien, inhábiles sus piés para marchar por la senda de los divinos preceptos, salen de ese tribunal augusto completamente sanos, y al eco poderoso del cielo que habla por boca del ministro de la reconciliacion, se les vé moralmente rehabilitados, ágiles para practicar la virtud, robustos para obrar el bien y huir de los peligros que les amenazan, prontos á emprender el camino del Calvario, y dando en todo pruebas inequivocas de una salud nueva, de una nueva vida que consiguieron confesando sus pecados! Porque es indudable, M. A. O., que para la paralisis del alma el remedio único es el sacramento de la penitencia. Alli, mediante la influencia de la divina gracia, que vivifica y pone en equilibrio todas las facultades morales del hombre, vuelven à renacer en él los buenos pensamientos, las sanas ideas, los sentimientos religiosos, los deseos de la salvacion, las esperanzas de la eternidad; y las obras virtuosas, y los actos meritorios, que estaban como muertos por efecto de aquel estado morboso del alma, reviven tambien, y son admitidos por Dios como dignos de una inmortal recompensa. ¡Qué portentos! Aun aquellas buenas costumbres que el vicio desterró, encuentran en el sacramento de la penitencia un nuevo aliciente, un impulso regenerador. Observad á ciertos hombres que poco há visteis ociosos intemperantes, iracundos, sensuales, ahora empero castos, pacíficos, sóbrios, morigerados y laboriosos: examinad la causa de un cambio tan inopinado, preguntadles de donde procede una modificacion tan sorprendente en su conducta, y hallareis que la confesion fué la que obró ese milagro, la que les inspiró una resolucion eficaz de mudar de vida, v frecuentada acabó por convertirles en unos hombres distintos. Tan cierto es que en ese sacramento de la reconciliacion, al par del remedio de todas nuestras espirituales dolencias, nos legó la bondad divina un elemento eficacisimo de bienestar y dicha que desgraciadamente no saben apreciar los mortales.

Nosotros pues que veces tantas hemos tocado sus beneficiosos resultados, sepamos apreciar en lo que vale ese rasgo de la misericordia de un Dios Salvador. Y si paralíticos por efecto del pecado no podemos movernos moralmente, ni ejecutar accion alguna digna de

eterna recompensa, acudamos con fé y confianza como el tullido de nuestro Evangelio, al que tiene la voluntad, el deseo y el poder de curarnos. Con solo presentarnos á él en la persona de sus delegados en la tierra, toda vez que profundamente compungidos y llorosos hagamos la confesion de nuestros desórdenes, su elemencia no se hará esperar: inmediatamente esperimentaremos los efectos de la divina gracia. Rehabilitados con ella, ningun obstáculo nos impedirá marchar por el recto sendero de la lev divina; v si constantes en nuestros buenos propósitos continuamos siendo fieles al que con su piedad nos sanó, si firmes en nuestras resoluciones hacemos guerra á nuestras pasiones y nos separamos de todas las ocasiones de volver á ofenderle; si fieles á sus inspiraciones sabemos mantenernos en el bien comenzado, nuestro triunfo será completo: y en premio de nuestra perseverancia, recibiremos aqui ausilios abundantísimos que nos preservarán de incurrir nuevamente en esa parálisis funesta, y llegado el dia de nuestro tránsito, seremos coronados por Dios con la inmarcesible diadema de la inmortalidad.

costumbres que el vinto-desterro, menualitar en el sucrementa de la posituació de mayor stelecter, un impalse depudaredor. Observad a ciertos bombres que polos la visteis, ociosos entemperantes, unascuados, sensuales, aboir ampera endos, produces, sobeles, meti-

do, pregnatifiles de dôndo proc elevara no diferei altena suprandente en su conflucta, y hollareis que la confesion fue de equa coltar sen nalegio, la que les inspires una quolucion curaz de malate tle cuda.

controls que en ess sugramente de la reconsidiración, el que del requesida de destada su legal la landad de la control de del control de la co

very compact of a very transfer of the second second second compact of the second seco

podemie misterale more imenter in resource accompany demand the in

mente no salan appropriate los mortificas.

SERMON

PARA LA DOMINICA XIX DESPUES DE PENTECOSTÉS.

merca a les linichlus Monde and

LA COMUNION SACRILEGA: GRAVEDAD DE ESTE CRIMEN Y SU sampard she all done TERRIBLE EXPLACION, and a self-se mountainers. falls of ray de la steenidad, this content por an ancidate rasgo, de

¿ Quomodo huc intrasti non habens vestem nuptialem?... Ligatis manibus et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores. Ibi erit fletus, et stridor

¿ Cómo has entrado aquí sin el trage nupcial?... Atado de piés y manos, arrojadle fuera á las tinieblas, donde no habrá sino llanto y crugir de dientes. MATTH. XXII. 12, 13.

hodariatonne de de iralos predoces de la Locarista. Por ultima,

al homens again an aiculu a la mesa ain il trage nuperal, es au sing HECUERDOS horribles encierran las páginas del Evangelio, bastantes á hacer estremecer de espanto al hombre mas indiferente y olvidado de si mismo. La parábola que hoy nos refiere el sagrado texto, es uno de esos símiles de la maldad del hombre v de la justicia de Dios, que no es posible leer sin esperimentar una emocion profunda. «A contece (dice) en el reino de los cielos lo que à cierto rey, que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus criados á llamar los convidados: mas éstos no quisieron venir. Segunda vez les envió nuevos criados... Mas ellos no hicieron caso, y se marcharon, quien à su granja, quien à sus negocios: y los otros cogieron à los criados, y despues de haberlos llenado de ultrajes, los mataron. Lo cual oido por el rey, montó en cólera, y enviando sus tropas acabó con aquellos homicidas y abrasó su ciudad. Entonces dijo à sus criados: los preparativos para las bodas están hechos, mas los convidados no eran dignos de asistir á ellas. Id

pues á las salidas de los caminos, y á cuantos encontráreis convidadlos á las bodas. Y saliendo á los caminos reunieron á cuantos hallaron, malos y buenos... Entrando despues el rey á ver los convidados, reparó allí en un hombre que no iba con vestido de boda. Y díjole: Amigo, ¿ Cómo has entrado aquí sin el trage nupcial? Pero él enmudeció. Entonces dijo el rey á sus ministros: Atado de piés y manos, arrojadle fuera á las tinieblas, donde no habrá sino llanto y crugir de dientes.»

Ved aquí, M. A. O., un cuadro espantoso, pero verídico, de la comunion sacrilega. En el rey de la presente parábola está bosquejado el rev de la eternidad, Dios, quien por un inefable rasgo de su bondad y amor, llama á todos los hombres á participar del convite eucaristico en que su propio Hijo hace los honores de estas místicas bodas, inmolándose bajo cándidos accidentes, v dándose en manjar de vida á cuantos se acercan á ese gran festin. Los convidados despreciadores de su invitacion simbolizan á esa gran multitud de cristianos ingratos, que sordos á los llamamientos divinos rehusan acudir á las bodas del Cordero sin tacha, privándose voluntariamente de los frutos preciosos de la Eucaristía. Por último. el hombre que se sienta á la mesa sin el trage nupcial, es un símil esacto del sacrilego profanador de los santos misterios que se atreve á comer indignamente el cuerpo sacratísimo y á beber con un alma esclava del pecado la purisima sangre del Hijo de Dios. Digno por tamaña impiedad de esperimentar, á semejanza de aquel profano, todo el lleno de la indignacion divina, y de ser arrojado en las eternas tinieblas del abismo. A ser agree to an early realth of the about

Sin mas preliminares, pues son innecesarios en asunto de tamaña magnitud, voy á ocuparme en este discurso de la comunion sacríllega, haciéndoos ver «la gravedad casi infinita de ese crimen, y su terrible expiacion.» Invoquemos unánimes las divinas luces por la mediacion de la purísima Madre del Verbo, etc.

Entonces ligo is susceptudos: los oregarativos para las bodos están-

Linking us torrien washinged softened a Ave Maria and and the

enderly a module. PRIMERA REFLEXION! me and seed and seed and a color of any production of a factor of

¿A quién compararemos al sacrilego profanador del mas augusto de nuestros misterios, que atrevido se arroja á recibir indignamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo en el convite eucarístico? ¿Qué rasgos, por vivo que sea su colorido, bastarán á trazar debidamente el negro carácter de ingratitud y de perfidia que envuelve semejante atentado? Las plumas mas bien cortadas serán siempre toscas, y muy pálidas las tintas del mas diestro pincel, para pintar la gravedad de un crimen que apenas se concibe y mucho menos se esplica; que se siente, mas no es posible dar de él una justa idea. Los mas sábios génios del cristianismo, para poder siquiera formar un ligero bosquejo, han convenido unánimes en tomar por tipo al traidor discipulo, que vendiendo á su divino Maestro, lo entregó á la venganza de sus enemigos, haciéndose cómplice en aquel horrendo deicidio, y cargando sobre si una parte, no la menor, de responsabilidad, por haber derramado la sangre del justo por escelencia. Nada intento pues decir de mi propio fondo, y adhiriéndome en un todo á esta idea, no haré sino presentaros un paralelismo entre Judas y el cristiano que comulga sacrilegamente, comparando el crimen de aquel con el crimen de éste, á fin de que en vista de la esacta semejanza que ofrecen ambos, deduzcais vosotros las consecuencias que naturalmente brotan, por decirlo así, espontáneamente.

Tres circunstancias á cual mas odiosas acompañan á la traicion del discípulo deicida; la malignidad, la ingratitud y la impudencia: y las mismas encuentro yo en la profanacion sacrilega de la sagrada Eucaristía.

La malignidad de Judas fúndase en el pleno conocimiento con que consumó su traicion. No ignoraba, no podia ignorar quién era su Maestro: habíale acompañado en sus espediciones, había tenido con él un trato frecuente é intimo, había sido el confidente de sus secretos y el depositario de sus confianzas. Sabia pues que era un Dios igual en todo á su eterno Padre: y aun en la hipótesi de que no estuviese bien persuadido de su divinidad, como suponen algunos; ¿podia ocultársele su poder, su virtud sobrehumana que le colocaba en una altura superior á los mas grandes profetas? ¿No habia presenciado los prodigios obrados por él, por los que las grandes masas le aclamaban hijo de Dios vivo y enviado del Señor, etc.? ¡Y sin embargo, con estos precedentes, con este prévio conocimiento, entra en negociaciones con los gefes de la Sinagoga, pone en precio la vida de Jesus, y por último cierra el trato en treinta monedas de plata! ¿Puede ser mas visible la malignidad de su traicion?

Veamos ahora si no lo es tanto la del cristiano sacrilego. ¿Conoce por ventura menos que aquel pérfido discípulo la grandeza del Dios á quien ofende, y el horror del crimen que comete? Cierto que no ha presenciado como él sus obras maravillosas y los rasgos ostensibles de su omnipotente diestra: pero si no lo ha visto con los ojos corpóreos, lo vé, lo sabe perfectamente mediante la fé, cuva certidumbre es mayor que la de la vista material. Diga si quiere que no tiene esa fé. Peor para el sacrilego profanador del cuerpo de Cristo, ¡Oh! desgraciado; ¿y por qué perdiste la fé sino porque antes perdiste la inocencia? ¿Por qué eres ahora incrédulo sino porque primero fuiste vicioso? Tuya es pues la culpa si no alumbra tu alma esa antorcha luminosa. ¡Y sin creencias, y sin fé, y sin convicciones, te mezclas á los verdaderos creventes para burlarte del hijo del Altísimo, como si su cuerpo y su sangre no fuesen más que unas apariencias, sus misterios un juego, y su Evangelio una fábula! ¡Y tan cobarde como hipócrita, no dudas prosternarte delante de ese pan y fingir unos sentimientos que no tienes! Pero no, por mas que digas, tu espíritu crée: tu corazon es el que quisiera no creer para esquivar las consecuencias del crimen. Crees, si, á tu despecho, y traidor á Dios y á tu conciencia te abalanzas á cometer ese horrible sacrilegio, y entregas y vendes á tu Salvador no á los fariseos y demas agentes del Sinedrio como el discipulo apóstata, sino á las mismas pasiones de que aquellos pérfidos estaban animados contra él. Su venganza, su ódio, su envidia, su irreligion, su impiedad, pasando á tu corazon, son las que le han inspirado tamaña maldad. Con ellas has concertado la venta de Jesus, con ellas has deliberado los medios de realizarla, con ellas despues de horribles vacilaciones has consumado el contrato: y determinado á ser deicida antes que renunciar á esas viles pasiones, y pesando mas estas en la balanza en que colocaste la sangre de un Dios, te abalanzaste al altar, comiste indignamente su cuerpo, bebiste en pecado su pura sangre, y le entregaste al poder de las tinieblas. Circunstancias que caracterizan toda la malignidad de tu traicion.

No aparece menos odiosa la ingratitud que envuelve ese crimen. ¿ En qué ocasion realiza el traidor discipulo su funesta idea? Cuando mayores pruebas estaba recibiendo de su paternal bondad y de su nunca desmentido amor; cuando con él estaba sentado á su propia mesa, cuando acababa de humillarse el Salvador hasta el estremo de lavarle los pies, entonces es cuando aquel corazon empedernido se decide á consumar su maldad; y sin tener en cuenta las alusiones que le dirigiera su maestro durante aquella escena tierna, sin hacer caso de las interiores inspiraciones que le lanzaba como otros tantos dardos capaces de penetrar el alma mas insensible, etc., sale del convite, marcha á poner en ejecucion su infame provecto, v lo realiza justamente en los solemnes momentos en que Jesus angustiado, arrojado en tierra y empapado en un sudor sangriento, aceptaba la muerte por salvar á sus enemigos, y muy en particular por aquel que le vendia. ¡Qué ingratitud tan monstruosa! ¿En qué corazon podia caber-semejante crimen?

En el vuestro, sacrilegos profanadores del mas augusto de los misterios. ¿No es en los momentos en que ese Dios-Hombre os muestra todos los tesoros de su infinito amor, en que admitiéndoos á ese festin divino, juntamente con su cuerpo y sangre os dá todas las inapreciables riquezas de su divinidad, cuando vosotros osais insultarle, escarnecerle y venderle con una avilantez inconcebible? El os llama con ternura paternal para daros la vida de la eternidad, y vosotros os acercais aleves para clavar en su pecho el puñal que le dá la muerte; él os brinda con un manjar que inmortaliza al que le come dignamente, y vosotros comiéndole en pecado le hollais, le

23

pisoteais, le arrojais al inmundo muladar del infierno, que tal es un corazon esclavo de Satanás: él, como padre amante os invita á un festin en que no teniendo que daros otra cosa de mayor valía, se anonada á sí mismo, se estrecha al corto circulo de unos frágiles accidentes, oculta su divinidad bajo la apariencia de unas cándidas especies, y todo por vuestro amor, todo por no deslumbraros con el resplandor de su grandeza, todo por evitaros el terror que os causaria su magestad, todo en fin por inspiraros la confianza mas ilimitada, se os dá en la sagrada Eucaristía en prenda de la gloria que os reserva para el porvenir; y vosotros de todo esto os desentendeis, y abusando de su mismo amor, y tomando pretesto de su misma ternura, de su tolerancia y de su bondad, en vez de llevar la inocencia de la paloma y la mansedumbre de la oveja, os lanzais llenos de serpentino veneno, y á manera de sangrientos lobos devorais al hijo de Dios, y verteis de nuevo su sangre que sirvió para vuestro rescate...! Esto no solo revela la mayor ingratitud, sino que pasa á ser una impudencia inaudita, tercer carácter de la comunion sacrilega, ato some advand of our senote noon semidiful saled oach

Que el discípulo traidor se presente á su maestro rodeado de una vil soldadesca amotinada, y fingiendo amistad para mejor consumar su criminal entrega le salude y dé el beso de paz, cosas son que hacen estremecer de horror, y su solo recuerdo basta para concebir la mas profunda indignacion contra quien tal hiciera. Mas no: tornemos nuestras armas contra nosotros mismos. ¿Qué otra cosa hace el sacrilego profanador de la Eucaristía? ¿No hay mayor cinismo, y una impudencia incomparablemente mas repugnante en presentarse à recibir à Jesucristo con un corazon criminal en el convite eucaristico, que en la traicion del venal discípulo? El cristiano sacrílego se llega al altar lleno de impiedad en su espiritu, de obstinacion en su voluntad, de fantasmas lascivos en su memoria; sus ojos respiran adulterio, y todos sus sentidos desvergüenza y lubricidad; y con semblante compungido, con afectada modestia, con fingida amistad se acerca á la sagrada mesa, come el pan de los ángeles, abrévase del vino de los inmortales, recibe en su pecho al hijo de Dios; ¿y para qué? Para entregarle en manos de los enemigos que mas le

aborrecen y detestan, que son los vicios y las pasiones. De este modo el que comulga indignamente une á Cristo con Belial, confunde á Dios con el demonio, y arroja en cierto modo en el abismo profundo del infierno al que habita en el cielo una luz inaccesible, al que contínuamente adoran los ángeles, al que los orbes obedecen, y ante quien todo en la naturaleza se postra y anonada. Dejo á vuestra misma consideracion, M. A. O., la enormidad de un crimen que envuelve como acabais de ver la malignidad mas inconcebible, la ingratitud mas monstruosa, y la mas inaudita impudencia de parte del que le comete, para pasar á ocuparme aunque brevemente de la expiacion terrible que le está designada. Y este será el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

a bios, que era la parto union de su herarcio, quedaron desde-luego

A las tres circunstancias criminales que envuelve la comunion sacrílega, corresponden tres caracteres que forman el castigo de este enorme delito, y son los mismos que acompañaron al del traidor discípulo, á saber: la posesion del demonio, la maldicion divina y la desesperacion.

No bien hubo recibido aquel sér desgraciado el bocado de pan que su maestro le ofreció en la última cena, cuando en el instante se apoderó de él el mal espíritu, dice el sagrado texto (1). Imágen esactísima del sacrílego profanador de la Eucaristía. Tan luego como se decide á consumar tamaño atentado, viene á ser la conquista de Satanás, su vil mancipio, su esclavo. Desde entonces sometido á su influencia, ya no es menester ni que la pasion le impulse, ni que el error le estravíe, ni que las ilusiones le cieguen; no titubea, no duda arrojarse á toda clase de crímenes, dispuesto está á los mayores escesos, ninguna resistencia hallan en él los delitos mas vergonzosos y repugnantes. Ved esa multitud de séres degradados, inmo-

⁽¹⁾ Joan. XIII, 27.

rales, impúdicos, sin honor, sin conciencia, sin pudor, desalmados, traidores, discolos, rebeldes, perturbadores, homicidas que son el azote de los pueblos. ¿Creeis que únicamente la pasion es la que los ha arrastrado á un estado tan lamentable y funesto? ¿Pensais que son víctimas del error ó de la seduccion, ó que una educacion desenidada les ha abierto el camino del crimen? Todo ello habrá podído contribuir, no lo dudo: pero no esa la sola causa que ha producido tantos desastres. Fondead esos corazones bastardos, examinad minuciosamente la vida de esos séres degradados, y no tardareis en convenceros de que no llegaron á ese esceso de corrupcion sino por el abuso de los sacramentos. La profanacion les franqueó el paso á la incredulidad, de la incredulidad se lanzaron en la indiferencia, y de esta á la apostasia el trânsito les fué sumamente fácil. Comiendo indignamente el cuerpo de Jesucristo, tragáronse juntamente con ese manjar de vida su juicio y su reprobacion. Su fé quedó anegada en el mismo cáliz de salud que impiamente profanaron, y renunciando á Dios que era la parte única de su herencia, quedaron desde luego entregados á la tiranía del demonio. Y bajo el dominio de semejante dueño, ¿cómo no habian de ser criminales sin medida?

Pero aun no seria esta una desgracia irreparable si no pesase sobre el cristiano sacrilego la maldicion divina. «¡Ay de aquel por quien el hijo del hombre debe ser entregado! esclamó el Salvador en la última cena. ¡Guánto mejor le fuera no haber nacido (4)! » Espresion terrible que envuelve el mas soberano desprecio de aquel discípulo traidor, á quien consideraba de peor condicion que si hubiese quedado sumergido en el caos de la nada. Anatema espantoso, en virtud del cual le despoja Jesucristo de todos los derechos que sobre él tenia, abandonándole á sí propio, á sus instintos, á sus inclinaciones, á su perversa voluntad, haciendo con él un vergonzoso divorcio, tal como el que hiciera el Señor con aquel pueblo rebelde de quien no quiso ser mas Dios, segun la espresion de un profeta. Pues bien, esa misma maldicion, idéntico anatema pesan sobre el sacrílego profanador de la Eucaristía; y de ahí esa série de desgra-

⁽⁴⁾ Matth. XXVI. 24.

cias, de delitos y de abominaciones que á veces atraen sobre los pueblos no menos que sobre los individuos, la cólera celestial. No á otra causa atribuia el Apóstol las calamidades y los desórdenes de la antigua Corinto. «¿Por qué, esclamaba, se ven entre vosotros tantas enfermedades, tanta debilidad y muertes tan numerosas, sino porque no haceis un justo discernimiento entre los manjares materiales y el cuerpo y la sangre de Jesucristo que os atreveis á recibir indignamente, sin reparar que comeis al propio tiempo vuestra condenacion eterna (1)?»; Y buscariamos nosotros en otra parte el origen de nuestros males presentes? ; Ah! No queramos hacernos vanas ilusiones sobre este punto. Tiempo há que la venganza divina ha vuelto contra nosotros la copa de su furor, y viene vaciándola gota á gota hasta hacernos apurar sus heces. Al ver los reves armados contra los reves, los pueblos contra los pueblos, é inundada la Europa de sangre y de carnicería, al ver la esterilidad convertir en desiertos las mas fértiles campiñas, la epidemia llevar á todas partes el estrago y la muerte, el hambre sacrificar millares de victimas, y mil otros azotes que tanto en el órden material como en el órden moral affigen sin cesar á nuestra sociedad actual; ¿cuál pensais es la mano invisible que os envia todas estas calamidades? Reparad en tantos cristianos temerarios é hipócritas, en tantos ministros del altar corrompidos y viciosos, que diariamente profanan la mesa Eucaristica presentándose al festin de Jesucristo sin el trage nupcial, y vestidos por el contrario con el sucio ropage de la lascivia, de la usura, de la concusion, de la ira y de las mas repugnantes abominaciones. Observad los frecuentes sacrilegios que se cometen en ese sacramento de amor y de santidad por toda clase de personas, y entonces os convencereis de que esas nubes de furor y de venganza que de largo tiempo vienen descargando sobre nuestras cabezas los rayos del cielo, no se han formado sino sobre esos mismos altares de donde debieran correr las fuentes de la gracia y de la clemencia divina; allí se condensaron, y de allí esparcen incesantemente en todas direcciones la muerte, la desolacion, y la ruina de los pueblos y de los indi-

^{(4) 1.} Corint. XI. 29, 30.

viduos. Hay, dice un sabio, una maldicion que vá envuelta en la comunion sacrilega, la cual, á manera de la marca que Dios imprimiera sobre Cain, jamás se borra de la frente del impio profanador del cuerpo de Jesucristo. El que incurre en este gravisimo crimen dificilmente se levanta, y apenas bastan todas las lágrimas de la penitencia para lavar tamaña mancha; no porque esto sea imposible, sino porque rara vez concede Dios al pecador una gracia tan estraordinaria. Así vemos que cuando la sangre de Jesucristo vertida en el Calvario fué bastante para inspirar el arrepentimiento á algunos de sus mismos verdugos, solo el discípulo profanador de ella muere como un mónstruo en la mas cruel desesperacion. Tercera y última circunstancia de la expiacion de este crimen.

Ved á aquel sér desgraciado tan luego como ha consumado la entrega de su maestro, correr en busca de los ancianos reunidos en asamblea, horrorizado del atentado que acababa de perpetrar, «Yo he pecado, dice, vendiendo la sangre del Justo (1).» Y diciendo arroja en el suelo el dinero recibido en precio de su traicion, y no pudiendo soportar el peso del remordimiento, se ciega, se precipita, y concluye con su vida añadiendo á su primer delito el de un horrible suicidio. Así es como el profanador sacrilego de los santos misterios encuentra dentro de sí mismo ese cruel verdugo que le desespera sin convertirle. Consigo lleva donde quiera ese gusano roedor que le atormenta incesantemente, sin que le sea dado acallar el grito de una conciencia criminal, que como al traidor discípulo le dice: «¡Estás condenado porque has comido tu fallo de muerte y has devorado la sentencia de tu reprobacion! » Y de aqui el obstinarse cada vez mas en sus crimenes, de aqui el no hacer caso de las inspiraciones que tal vez le envia un Dios infinitamente misericordioso, de aqui el desconfiar de la clemencia del cielo, cual si la sangre de Jesucristo, que holló con pérfida avilantez, se levantase donde quiera pidiendo contra él venganza. Si alguna idea repentina de conversion ò de arrepentimiento le asalta en un momento feliz, al instante se forma á su alrededor una oscura nube de funestos recuerdos: asálta-

⁽¹⁾ Matth. XXVII. 4.

le el pensamiento de sus pasados escesos, presentansele con los mas negros colores los sacrilegios cometidos, su imaginacion se oscurece, su inteligencia se estravia, su alma se abate, y del fondo de su corazon criminal surge un grito de desesperacion cruel: «Soy perdido, no hay para mí esperanza de salvacion, fuerza es perecer...!»

Tan funesta como todo esto es la accion de ese veneno mortifero en que se convierte para el sacrilego profanador de la Eucaristia, el pan de vida comido indignamente. Pero nada hay comparable á la desesperación que esperimenta el alma pecadora, llegada á los postrimeros instantes de la vida. Mientras ésta dura, todavia la queda suficiente audacia para hacer frente al gusano torcedor y burlarse de las amenazas del cielo. Pero llega un dia en que todo ese falso aparato de fuerza de espíritu desaparece ante el horror del sepulcro. En aquellos instantes supremos, en presencia de Jesucristo, que por última vez va á visitarle en su lecho de dolor y á dársele en viático para el viaje de la eternidad, en vano pretenderá sostener el papel hipócrita que ha representado durante una vida criminal. Todas las circunstancias de aquel acto tan solemne, convertiránse para él en otros tantos motivos de desesperacion cruel. «La paz sea en esta casa» dirá el sagrado ministro; y el moribundo se estremecerá al oirlo, porque su alma se encuentra entregada á un combate terrible, luchando entre el temor de la muerte que se le acerca, v el recuerdo de unos delitos que no tuvo valor bastante para confesar. ¿ Qué impresion no hará en su alma esa palabra? ¿ Qué paz puede esperar de un Dios á quien veces tantas despreció, escarneció é hizo traicion, y á quien en aquellos mismos momentos está ofendiendo sacrilegamente? Y cuando tomando en sus manos el sacerdote el pan de los ángeles, le diga: «Hé aquí el cordero de Dios que borra todos los pecados del mundo;» ¿podrá tolerar al grito interior que le dice que para él no hay perdon ni misericordia, puesto que no hay en su alma dolor ni arrepentimiento? ¡Ah! Yo le veo entre vacilante y audaz, abrir sus lábios y recibir á Jesucristo en aquel pecho do fermenta la corrupcion y rebosa la impiedad; y paréceme oir en aquel instante la voz airada del Salvador, que le dice como el rey de la presente parábola: «¿Cómo has entrado aquí

sin el ropage nupcial?» ¿ Quomodo huc intrasti, etc.? No te bastaba esa larga série de profanaciones que has cometido en tu vida, sino que has querido coronar tus postreros momentos con otro nuevo y mas horrendo sacrilegio, y sellar con él la sentencia de tu condenacion? ¿ Quomodo huc intrasti? En vano enmudecerá el impío no sabiendo qué contestar á tan terrible cargo, y sintiendo pesar sobre sí la mano de la divina venganza, próxima á hacerle sentir la expiacion horrible de su crímen. Ese mismo silencio, efecto de una obstinacion invencible ó de una desesperacion infernal, será para él la confirmacion del fallo divino: y atado de piés y manos, segun el simil del Evangelio, será lanzado á las tinieblas, donde un eterno llanto y un perdurable crugir de dientes será el condigno castigo de las profanaciones con que holló aquella sangre que un Dios-Hombre vertiera para salvarle, ya que él abusó para condenarse.

Tiemblen pues todos los malos cristianos que con un corazon manchado, con un alma criminal, atrévense à acercarse al festin eucarístico; tiemblen, repito, las consecuencias de un sacrilegio tan horrendo, que así como envuelve los mas negros caractéres de malignidad, de ingratitud y de impudencia, lleva consigo una expiacion terrible á la que van unidas la posesion del demonio, la maldicion divina y la desesperacion, como os acabo de manifestar. Probémonos concienzudamente, segun el precepto del Apóstol, antes de llegarnos á comer el pan de los ángeles y á beber el cáliz de la salud, no sea que en vez de recibir la vida nos traguemos la muerte, y hallemos nuestro juicio y nuestra reprobacion alli donde se nos ha preparado el antidoto contra todos los males, y el elemento seguro de una eterna felicidad. Engalanémonos con el trage nupcial antes de entrar á las bodas del Cordero, mediante el sacramento de la reconciliacion, en donde podemos y debemos limpiarnos hasta de la mas leve mancha que pueda hacernos indignos de un Dios santo y puro por escelencia. De este modo, no solamente no seremos despedidos con ignominia del festin eucarístico, sino que éste nos servirá de escala para entrar un dia en aquel otro perdurable y eterno, en donde celebraremos aquellos divinos desposorios que durarán por los siglos de los siglos. Al martes calabrara ataccera al se ven le ocuen sent

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA XX DESPUES DE PENTECOSTÉS.

NECESIDAD DE BUSCAR EN LA RELIGION EL CONSUELO QUE SON IN-CAPACES DE PRESTAR AL HOMBRE EN SUS DESGRACIAS TODOS LOS RECURSOS HUMANOS.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

a Habia en Capharnaum un señor de la corte, que tenia un hijo enfermo. Habiendo oido decir que Jesus venia de Judéa à Galilea, le salió al encuentro suplicándole que fuese à curar à su hijo, que estaba muriéndose. Pero Jesus le respondió: Vosotros si no veis milagros y prodigios, no creeis. Instábale él: Ven, Señor, antes que muera mi hijo. Dicele Jesus: Anda, que tu hijo está bueno. Creyó aquel hombre à la palabra que Jesus le dijo, y se puso en camino. Yendo ya hácia su casa, le salieron à recibir los criados con la nueva de que su hijo estaba ya bueno. Preguntóles à qué hora habia sentido la mejoria. Y le respondieron: Ayer à las siete le dejó la calentura. Reflexionó el padre que aquella era la hora misma en que Jesus le dijo: Tu hijo está bueno; y así creyó él y toda su familia.»

Joan. IV. 46 ET SEQ.

Cuanto mas se estudia el carácter y las tendencias de la religion cristianas en sus relaciones con el mundo moral, tanto mas resalta la necesidad que el hombre tiene de ella en todo tiempo y en cualquiera circunstancia de la vida. Hay sin embargo épocas especiales, horas determinadas en que se siente mas esa necesidad, por cuante su ausencia contribuye en gran manera á agravar nuestra situacion, y por eso se aprecia mas la influencia que sus doctrinas están llamadas á ejercer sobre los destinos de la humanidad. En las épocas de adversidad, en los dias de amargura, en esas horas en que el infortunio hace pesar sobre nosotros su mano de hierro, es cuando

apareciendo la religion tanto mas sublime y divina cuanto nulos é impotentes son todos los recursos humanos, el hombre se vé impulsado por un movimiento irresistible á buscar en las promesas y esperanzas de aquella el alivio y solaz que le niega un mundo que solo sabe alucinar con engañosas ilusiones mientras sonrie la fortuna y todo sucede prósperamente.

El Evangelio de este dia nos muestra una de las innumerables pruebas de esta verdad en que abundan sus páginas, evidenciando del modo mas claro é indudable cuán universal es ese sentimiento. y que no hay clase ni condicion por elevada que sea, que no rinda homenaje á esa hija del cielo, reconociéndola como el único orígen de consuelo y de calma en el dolor y en la desgracia. Habia en Capharnaum (dice el sagrado texto) un señor de la corte, que tenia un hijo enfermo. Ved ahi la gran ley de la humanidad. Do quiera la adversidad amarga la existencia del miserable mortal, en todas partes se hace sentir su accion; y su huesada mano, sin respetar clases ni fortunas, alcanza igualmente al rico que al pobre, al potentado como al pordiosero. Nada son para ella los artesonados palacios, nada los tronos, nada las coronas, cuando á la Providencia la place servirse de ese agente irresistible de su justicia para recordar á los mortales su miseria y su nada. ¿ Quién jamás puso vallas al infortunio para que no entrase en su hogar ese importuno huésped? ¿Quién pudo impedir á la muerte que sembrase el llanto y el pesar en las familias mas privilegiadas? Nadie en la tierra se vió libre de su poder tirano; y por mas que los hombres traten de precaverse contra los golpes de eso que llaman destino, nunca lo lograrán, porque el cielo desbarata todos sus proyectos y se burla de toda su prevision. ¡Y si al menos esto mismo les hiciese reconocer sus verdaderos intereses! ¡Si al menos en la imposibilidad de evitar unos males que son patrimonio comun de todos los hijos de un padre culpable, buscasen en la religion el medio de hacerlos menos sensibles! Asi lo hizo aquel hombre poderoso de nuestro Evangelio. Habiendo oido decir que Jesus venia de Judéa à Galiléa, salió à su encuentro suplicándole que fuese á curar á su hijo, que estaba muriéndose.

Nótese por una parte la viva fé de ese hombre que apenas oye hablar de Jesus ni un momento vacila en recurrir á él para interesarle en favor de su hijo, por cuanto está intimamente convencido de su poder y de su bondad; y por otra la prontitud con que adopta esta resolucion y la lleva á efecto corriendo él mismo en busca del Salvador sin esperar que llegue; dándonos á entender que no es la religion la que debe buscar al hombre atribulado, sino él quien debe buscarla á ella persuadido de su necesidad. No es así como comunmente se conducen los cristianos. Ven la adversidad invadir su hogar, y pasearse el infortunio triunfante en medio de sus mas caros objetos. Ven el dolor afligir una esposa, un hijo, una madre querida, ó bien ellos mismos son víctimas de una desgracia cualquiera: v sin embargo antes de recurrir á Dios lo primero es apurar todos los medios humanos, y solo cuando han palpado que estos son ineficaces, que el mal resiste á cuantos elementos se le oponen para combatirle, que la enfermedad no cede á la pericia del humano saber, que la desgracia burla los planes mejor combinados del arte; solo en fin cuando no resta ensavo alguno que hacer en el órden material, entonces es cuando se acude á Dios con votos, con ofrendas, con lágrimas, ineficaces las mas veces por lo estemporáneas, por lo tardías: pues dan á entender la poca ó ninguna fé del alma, que aplaza para los últimos momentos lo que debiera ocupar su primer pensamiento con preferencia á todos los demás recursos humanos, siquiera éstos no deban omitirse. ¿Y no es en cierto modo insultar á la religion, querer utilizarse de ella como de una cosa secundaria en casos escepcionales ó desesperados? ¿No es injuriar á Dios recurrir á él cuando ya se han puesto en juego todos los resortes de la ciencia ó del génio, porque entonces se vé ya la inutilidad de semejantes medios? Nunca mejor que en estos casos pudiera decirse á los que de esta suerte obran, lo que Jesus respondió al señor del presente Evangelio: Vosotros si no veis milagros y prodigios, no creeis. Y en efecto, ¿dónde está la fé de esos hombres? ¿en qué se conoce? ¿qué pruebas dan de su creencia en el poder de Jesucristo y de la beneficiosa influencia de su religion? Menester es que vean que todo el poder de la criatura para hacer frente á la adversidad es nulo v

va à estrellarse contra los designios incomprensibles de la divina Providencia; fuerza es que esperimenten á su despecho despues de mil pruebas inútiles, que no hay ciencia humana contra la ciencia de Dios, que no hay consejo contra los consejos del Omnipotente, que el órden de las causas y de los efectos falla cuando al ordenador supremo place hacer ostentacion de su soberania para humillar el humano orgullo; preciso es que se convenzan de que todo está por demás para evitar la accion irresistible de la desgracia, cuando Dios quiere con ella probar la virtud del justo, ó castigar la soberbia del impio; necesario es en fin que de todas maneras les haga ver el cielo cuán inútilmente lucha contra él la tierra para parar los golpes que descarga sobre el miserable mortal, á fin de que en vista de estos prodigios crean que solo el árbitro de los destinos humanos, el que tiene en sus manos la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la dicha y la desgracia de los individuos y de los pueblos, es á quien éstos deben recurrir desde los primeros momentos en que asoma el infortunio, antes de acudir á los medios temporales, con una fé v una confianza que prueben el intimo convencimiento de sus almas en el poder divino, y su firme esperanza en la bondad del Señor. Todo lo que no sea esto es pedir imposibles, es querer que Dios se muestre indiferente à los diversos sentimientos del corazon humano. y que recompense del mismo modo al fervoroso crevente que en él deposita toda su confianza, que al cristiano tardio ó incrédulo que solo se acuerda de él cuando todo lo demás le falta; es en una palabra exigir milagros indebidamente, esperando que por satisfacer un capricho del hombre ó por prestarse á sus deseos, ponga á prueba su omnipotencia trastornando las leves comunes que rigen al universo...

Y aun así y todo, M. A. O., no siempre cree el hombre: á la menor repulsa que recibe del cielo, su fé se debilita y desmiente con sus obras lo que afectaba creer en su corazon. Pocos son los que á imitacion de aquel padre desconsolado de que habla el presente Evangelio, saben humillarse en presencia de un desvío, y resistir con inalterable tranquilidad los desdenes de la Providencia. Aquel, sin darse por ofendido de un apóstrofe tan sensible, sin resentirse por el amargo lenguaje con que parece rechazar Jesucristo su plegaria,

lejos de tomar ocasion para irritarse de unas palabras bastantes á acobardar á otro en quien la fé no habiese estado tan hondamente arraigada, demuestra por el contrario que sus creencias no son superficiales, que su confianza en la bondad divina es superior á todos los contratiempos que pudieran debilitarla, que es tan humilde como ferviente su fé, y por lo tanto le insta, le importuna, le urge, diciéndole: Ven Señor, antes que muera mi hijo.

Conducta digna del mayor elogio, que condena altamente la observada por una gran parte de cristianos, cuya fé y confianza en el Señor aparecen nulas llegado el momento en que sus plegarias son estériles, ó ineficaces sus lágrimas vertidas en favor de un objeto querido. Vemos padres correr al pié de los altares á demandar la salud para sus hijos, hermanos que levantan sus manos suplicantes hácia el cielo para obtener la vida de un hermano moribundo, hijos que vierten llanto amargo ante las sagradas aras en solicitud de mejor suerte para los que les dieran el sér,.... Pero si el cielo ensordece, si el Señor se muestra un tanto tardío en acceder á su demanda, si desde luego no esperimenta el buen resultado de su oracion, su fé se convierte en dudas, su confianza truécase en desesperacion, á su primer fervor sucede el mas profundo abatimiento; y desistiendo de pedir lo que no han alcanzado tan luego como deseaban, aléjanse tristes del templo, lamentando la ineficacia de sus plegarias, ó murmurando acaso de la divina Providencia. Quisieran que en el momento en que dirigen al cielo sus súplicas, fuesen despachadas favorablemente; que no hubiese el menor intérvalo entre la oracion y el efecto de ella; que tan pronto como hacen presentes sus necesidades, el Señor las remediase, diciéndoles como al Cafarnaita de nuestro Evangelio le dijo Jesus: Anda, que tu hijo está sano. Les nombagnes ciològicas aol in pallagents le firma actu obra con

¿Y no advierten los que así se conducen que no siempre consiste el éxito de nuestros deseos en que la Providencia nos conceda lo que solicitamos, sino que en la negativa vá envuelto muchas veces un rasgo inefable de bondad y misericordia de Dios? ¿Quién es el hombore que conoce á fondo lo que le es conveniente o pernicioso? ¿Cuántas veces las ilusiones nos engañan pintándonos como bienes

positivos lo que en las ideas de Dios seria para nosotros un mal incalculable? Y aun en aquellas cosas en que nuestros ojos ven palpablemente la desgracia, ¿quién nos asegura que es tal positivamente, y que el remedio no seria mucho mas funesto con relacion á nuestro porvenir? El ciego mortal solo vé lo que le rodea, v aun de esto no todo lo conoce y aprecia como es en si, sino que frecuentemente las esterioridades alucinan su inteligencia, las apariencias deslumbran su espíritu, y muchas veces encuentra el desengaño y la amargura en la posesion de lo que con mayor anhelo buscaba su corazon. Dios por el contrario lee en este libro invisible, penetra hasta sus mas intimos secretos, sabe lo que conviene al hombre en las diversas situaciones en que se halla; y sábio á la par que misericordioso, ora niega lo que se le pide porque seria perjudicial el concederlo, ora concede lo que se solicita porque es oportuno el no negarlo, á fin de que sometido en todo tiempo el mortal á la suprema voluntad del cielo, aprenda á acatar sus incomprensibles secretos, y á resignarse á sus disposiciones, official official and thought to the land of the land of

Por lo demás, ¿ qué cosa hay comparable á los consuelos que la religion inspira en los momentos tristes de la vida? Lo que ni la filosofía, ni la reflexion, ni el talento, ni ninguno de los demás recursos á que apela el hombre en ciertos casos, son capaces de proporcionarle, se lo facilità el cristianismo con sus sublimes doctrinas y sus inmortales esperanzas. Cuando el corazon rechaza todo lenitivo humano, cuando el alma se resiste á todo alivio que le venga de la tierra, cuando por sobre todos los recursos inventados por la ternura y el interés para solazar el dolor moral sobrenada la amargura y el pesar; cuando todo es inútil ante el espectáculo de una gran desgracia, y ni los servicios mas cariñosos ni la mas insinuante dulzura, ni la mas cordial simpatía, ni los sacrificios mas heróicos bastan á disminuir el sentimiento ó á procurarle una liviana tregua, la religion es la única que mostrándonos mas allá del tiempo unos destinos eternos, una felicidad que no depende de las eventualidades de la suerte, una vida agena al dolor y á la desgracia, engrandece nuestras ideas, ennoblece nuestros pensamientos, da ensanche á nuestro pecho, y le calma con el dulce bálsamo de la esperanza,

porque esta esperanza es cierta, y sus promesas infalibles. En presencia de esa perspectiva tan ingrata, no hay mal que no vea un remedio, ni adversidad que no espere fin, ni dolor que no aperciba consuelo, ni desgracia por grande que sea que no encuentre mil motivos de resignacion. «Sov mortal, se dice el hombre en estos casos: mi destino en este mundo es sufrir, porque el padecimiento y el llanto fueron el legado que me dejó un padre criminal: mas despues de esta vida hay otra para el crevente, de donde están desterrados todos los infortunios que aquejan al presente al miserable hijo de Adan. Si aquí pierdo los objetos mas caros á mi corazon, allí tornaré á recobrarlos; si aquí la prosperidad me hace traicion y el mundo me abandona, y los bienes con que me lisonjeó algun tiempo me faltan, allí mis privaciones encontrarán una recompensa real y positiva, v el gozo que inundará mi alma bienaventurada sobrepujará á todo cuanto ahora pudiera disfrutar. Sea pues bendita la mano que al presente me hiere para despues glorificarme. Dios es mi padre, el cielo mi pátria; consiga pues vo ese porvenir que anhelo, siquiera sea á costa de cuanto mas en la tierra estimo.»

Hed ahí el verídico, el sublime é inimitable lenguaje de la religion. Así piensa, así habla el justo que aprecia en lo que vale la fé y aspira únicamente á sus eternos destinos. ¿De qué le importaria que todo en la vida presente le sonriese, y la muerte se le mostrase siempre propicia, y la prosperidad meciese blandamente sus alas en derredor suyo, y nada le faltase para ser feliz cual puede serlo el hombre en el mundo, si no consiguiese esa otra bienandanza perdurable que está llamado á poseer en el cielo? Y por el contrario, toda vez que no pierda ésta, ¿qué puede importarle perder esos bienes ilusorios, esa dicha del momento, esa prosperidad fugitiva con que el siglo deslumbra sus ojos para cegarle respecto á sus verdaderos intereses? El que llora un dia para reir eternamente, el que padece cortos instantes para gozar sin fin, ¿qué sentimiento podrá tener si su fé es viva y su esperanza firme, aun cuando todo conspire en la tierra para amargar su existencia?

¡Ah! Elevemos nuestras ideas sobre todo lo que es limitado y perecedero para fijarlas únicamente en lo que no perece ni tiene tér-

mino. Miremos con noble desprecio todo lo que no sea eterno é inmortal, pues que la eternidad es nuestro verdadero elemento, y la inmortalidad nuestro destino, y con relacion á ella miremos todas las cosas del tiempo. Si la adversidad nos aflige, si el dolor nos mortifica, si nos angustian las enfermedades, si la pérdida de nuestros intereses nos entristece, si cualquiera de esas mil causas que contribuyen á amargar nuestra existencia, viene á privarnos de nuestro reposo, acudamos á buscar en la religion el consuelo que vanamente intentariamos hallar fuera de ella. Sea nuestra fé tan viva, v tan imperturbable nuestra confianza en Dios como las del hombre de Cafarnaum. Instemos como él al Salvador, importunémosle con nuestras lágrimas, y no desfallezcamos por sus repulsas; son repulsas de un padre que nos ama, de un Dios que solo ansía nuestra felicidad positiva. Tal vez no siempre obtendremos el resultado apetecido: acaso no volveremos á nuestro hogar tan alegres y satisfechos como aquel padre afortunado que al tornar á su casa encontró que su hijo habia sanado à la misma hora en que Jesus le digera: tu hijo está bueno. Mas no por eso dudemos un punto de que nuestras preces han llegado al trono del Omnipotente, y que no carecerán de su efecto. Esperemos siempre contra toda esperanza, segun el consejo del Apóstol; y si aquí no esperimentamos visiblemente los efectos de la divina misericordia, y la influencia beneficiosa de la religion, dia llegará en que reconozcamos que el Señor se reservaba para ocasion mas oportuna recompensar nuestra virtud, dándonos el premio de los justos, que es la corona de la inmortalidad. durable one can lineadou potecir on el ciclo? I por el contracio.

ende yezh que no rijeride eta "yene patoki inepenuele parder e me

hienes illismine, est diche del mornette, est prospecialestargiten con que el segle deshables seu ejes para registo se gioternassus vordadures intereses? El que llore que che para reir eterminantes el que padede cortes installas para giorne un fine paur sontes el

parlic repair si su fo es vive y su especiarse diside, subrevando todo conspira en la tierra pera prest pratega si svistuoid?

receders parts litarlas unicamente en to que no perces nitarene-ten-

SERMON

PARA LA DOMINICA XXI DESPUES DE PENTECOSTÉS.

ESTENSION DEL PRECEPTO DE LA RESTITUCION, Y NULIDAD DE LOS PRETESTOS CON QUE SE PRETENDE ELUDIR SU CUMPLIMIENTO.

Redde quod debes.

Restituye lo que debes.

MATTH, XVIII. 29,

La gran mision del sacerdocio en sus relaciones con la sociedad en que vive, es consagrarse con toda decision á curar las llagas que el vicio y las pasiones abren continuamente en su seno. Los grandes males reclaman grandes remedios: v no seria lícito callar cuando por donde quiera vemos los estragos que hace la inmoralidad en todas las clases sociales. Entre los escesos que mas afectan al bienestar público, hay uno que es, digámoslo así, congénito á nuestro siglo. La sed de riquezas, el apego á los intereses materiales, la codicia en fin, como va en varias ocasiones hemos manifestado, forma el carácter distintivo de la época actual. No hay empresas que no se acometan, no hay crimenes que repugnen, no hay remordimientos que no se sofoquen, no hay leves que no se infrinjan por llegar á conseguir una posicion ventajosa. Divídense los hermanos, pónense en abierta lucha los padres con los hijos, despedázanse entre sí los hombres; toda consideracion se olvida, rómpense todos los vínculos, se ensordece à los gritos de la razon y de la conciencia, postérganse todos los deberes de justicia, y derrámase en el corazon humano un

24

veneno abrasador que le transporta fuera de sí, le enloquece y le hace insensible á todo lo que no sea el interés. La avaricia, en fin, ha roto todos los diques, ha llegado á su colmo, y de aquí surge un sin número de injusticias irritantes que exijen una pronta y conveniente reparacion.

Desgraciadamente por lo mismo que tan general es este vicio, pues nunca como al presente ha abundado en el mundo esa clase de hombres que solo aspiran á enriquecerse á espensas de sus prójímos, y á levantar sus fortunas sobre las ruinas de la agena desgracia, por lo mismo repito que este es el vicio predominante de nuestra sociedad, ha llegado á mirarse con una indiferencia inconcebible; y cuando á nombre de la religion nos proponemos demostrar el gravísimo deber de la restitucion, que es inherente á toda adquisicion injusta, á toda posesion ilegal, no se nos escucha, se nos desprecia, y se vuelve á otra parte la cabeza, como si viniésemos á predicar doctrinas rancias que no se encuentran ya á la altura de la civilizacion del siglo.

Mas á pesar de cuanto la corrupcion y la inmoralidad se empeñan en oponer á una verdad tan importante, jamás conseguirá acallar la voz de la justicia, que sigue donde quiera al inícuo poseedor de lo ageno, gritándole como el acreedor del presente Evangelio á su deudor: « Paga lo que debes, redde quod debes.»

De esta gravísima obligacion, fundada en todos los principios de equidad, de conveniencia y de religion, voy á ocuparme detenidamente en este y en el siguiente discurso. Hay en primer lugar una preocupacion que importa desvanecer, y es que muchos estan persuadidos de que este deber no les atañe por cuanto ningun motivo encuentran para fundarle; existe ademas en no pocos un error pernicioso, en virtud del cual, desconociendo la gravedad del precepto á que aludimos, creen poder dispensarse de su cumplimiento sin responsabilidad alguna para el porvenir. A los primeros voy á demostrarles que el deber de la restitucion es general, estensivo á todas las clases y condiciones, por cuanto en todas ellas se cometen injusticias que demandan reparacion. A los segundos les demostraré cuán grande es la responsabilidad que llevan consigo, puesto que sin restituir lo

III OROT

mal habido es imposible conseguir la salvacion.» Limitémonos por hoy al primer miembro de esta importante tesis, que voy á desenvolver, despues de implorar los divinos ausilios, etc.

AVE MARÍA.

No es por cierto dificil la tarea que me he impuesto al proponerme manifestaros la generalidad del precepto de la restitucion. Sin hablar de esa clase de escesos que repugnan á la naturaleza misma por su irritante maldad, sin hacer mencion de ciertos hombres que en fuerza de cometer diariamente el crimen, han llegado al caso de no ruborizarse de él, sin hacer mas que pasar revista por todas las clases sociales, encontraremos injusticias de todo género cometidas bajo mil diversos pretestos, que desde luego exigen repararse de una manera proporcionada y conveniente.

Comencemos por las clases bien acomodadas. La codicia habla al corazon de todos los hombres un lenguaje tan seductor como imperioso: pero entre los opulentos es donde desplega mas abiertamente su tiranía. La violencia y la concusion caracterizan desgraciadamente á esa clase de séres, que llevando un nombre ilustre, y colocados por la fortuna en una posicion ventajosa, en vez de ser el brazo de la Providencia para socorrer al indigente y enjugar el llanto del menesteroso, conviértense por el contrario en verdugos que parecen gozar y solazarse en proporcion del mayor número de victimas que sacrifican á su insoportable orgullo y á su insaciable ambicion. Si hay envidiosos que los miran con enojo, preciso es arruinarlos; si hay competidores que pueden entorpecer sus planes, fuerza es suplantarlos; si hay malcontentos que expian sus pasos, necesario es intimidarlos: y como nada de esto puede hacerse sin dinero, el oro es el agente y el móvil de todos estos resortes de donde surgen injusticias sin cuento, perjuicios incalculables, daños

de dificil reparacion, y crimenes que demandan venganza. Por otra parte, para sostener una alta reputacion, para llevar adelante un lujo desmedido, para no descender de un elevado rango, se necesitan fondos, y no siempre los hay. ¿ Qué hacer? ¿ Dónde buscarlos? Hé aqui de lo que ciertas clases jamás se ocupan: llénese el objeto, y sean los que fueren los medios de realizarlo: por lo demás, que el acreedor espere, que el artista reclame en vano sus haberes, que el huérfano llore, que la viuda gima en la desesperacion, que á nadie se le satisfaga lo que es suyo.... todo esto es secundario : lo esencial es que nada falte para satisfacer la ambicion, la vanidad, la molicie de esos séres privilegiados. Pascen ellos en triunfo su insoportable orgullo insultando á la miseria pública, aunque para ello hayan de pasar por cima de millares de víctimas inmoladas por su codicia. ¿No os parece bastante fiel la pintura que acabo de hacer de esa clase de nobles y grandes títulos, que no parecen vivir en el mundo sino para triunfar y lucir á costa de la sangre de todas las demas á quienes hacen tributarias?

Pasemos ahora á los señores de vastos dominios. ¡Qué cúmulo de exacciones no hacen pesar sobre sus vasallos! ¡Qué de estratagemas tan detestables no ponen en juego para aumentar sus posesiones á espensas de los desgraciados que tienen precision de servirlos! ¡Cuántos de estos viven en la indigencia por no atreverse á exigir lo que de justicia se les debe, contenidos por el temor de una vil venganza! ; Cuántos se desesperan aguardando el cumplimiento de una promesa que nunca se realiza, y pasan su vida sujetos á una dura dominacion sin encontrar la recompensa de sus servicios! Y el labrador que consumió su salud y vertió sus sudores por multiplicar las cosechas de su amo, y el colono que empleó todo su tiempo en mejorar y hacer productivo un suelo ingrato y erial, y el fabricante que facilitó las primeras materias, y el artista que puso la obra de manos, y todos cuantos con su trabajo contribuyeron á edificar los palacios que habitan esas divinidades terrestres, y á proporcionarles toda clase de goces y comodidades, no reciben en cambio de sus servicios mas que dilaciones ó repulsas, desprecios ó amenazas... Hed ahí la obra de la injusticia. ¿Y no reclamarán todos estos

hechos una reparación pronta, eficaz y análoga á los perjuicios ocasionados?

Si de aquí pasamos á los tribunales de justicia, ¿qué es lo que alli vemos continuamente? El asilo de la inocencia, el refugio de los miserables, el baluarte de las leves, el templo augusto de la conciencia, hállase hoy convertido en un vasto campo de concusiones, ilegalidades y atropellos que llenan de indignacion. La balanza se inclina al peso del oro, la espada se plega ante el interés, la parcialidad y la recomendacion hacen inútiles todas las formas de los procedimientos, y arrancan fallos visiblemente injustos. Y ora la ignorancia, ora la negligencia, ya el cohecho, ya la sorpresa, unas veces el padrinazgo, otras el nepotismo, aqui la aversion, alli la venganza, quizás la enemistad, acaso el compromiso de altas influencias, salva todas las vallas, se desentiende de todas las reglas, olvida todos los derechos, y una mala causa se hace buena, y el crimen queda impune y la virtud avasallada, y á despecho de la conciencia y de la fé pública, se suplantan los documentos, se alteran las fechas, se fingen los testamentos, y nada hay sagrado é inviolable ante la ley de la codicia, que absorve y ahoga todas las leyes de la justicia y de la humanidad.

¿Y qué diremos de la corrupcion de los que manejan los caudales públicos? Vemos hombres salidos de la nada, improvisar en poco
tiempo unas fortunas fabulosas; los que ayer nada poseian suyo levantar mañana soberbios palacios, hacer cuantiosas imposiciones en
los bancos de crédito, tomar parte en especulaciones gigantescas, y
figurar al frente de sociedades mercantiles que representan capitales
inmensos... Todo esto pues, ¿ puede hacerse por los medios legales?
Imposible. Preciso es que el contribuyente se arruine, que el erario quede exhausto, que la nacion contraiga débitos insolubles, que
las clases que de ella penden no perciban sus respectivos haberes,
que se hagan empréstitos ruinosos que acarrean el empobrecimiento
y el descrédito; fuerza es, en una palabra, que los pueblos sufran,
que todo un pais se desquicie, que el órden se altere, que la anarquía triunfe... ¿ Qué importa? La codicia ha llenado su objeto, la
inmoralidad ha enriquecido á unes cuantos favoritos, y siquiera

las lágrimas de centenares de víctimas les pidan cuenta de sus torpes ágios, y la indignación pública se levante para anatematizar tamaños crímenes, el hecho quedará consumado, y sabrán burlar toda responsabilidad.

No hablaré de los fraudes, de las bancarrotas, de los monopolios escandalosos del comercio. Harto palpables son las usuras paliadas, los robos encubiertos, los engaños mal disimulados, y los mil medios que hoy están á la órden del dia para especular con la ignorancia, con la credulidad ó con la buena fé. Tantas sociedades anónimas que despues de haber esplotado á su sabor los grandes y pequeños capitales, fingen una quiebra á tiempo para utilizarse entre pocos de los provechos comunes, dejando en la miseria á mil infelices que depositaron allí sus economías para hacer frente á las eventualidades del porvenir; tantas casas de giro, que despues de poner en salvo la mejor parte de sus efectos ó de sus valores, se declaran en liquidacion, obligando á sus acreedores á aceptar una composicion ruinosa, mientras el crimen se pone bajo la proteccion de las leves; todo esto que cada dia presenciamos, ; no dice mas que cuanto vo pudiera deciros en comprobacion de mi aserto? ¿Se dudará en vista de tantas injusticias cometidas en todas las clases v condiciones sociales, de la general obligacion de restituir á que están sujetas? No hay, señores, quien si bien se examina, no se halle comprendido en esa ley. Ni la santidad del estado, ni la pobreza de la condicion, nada basta á contener la accion funesta de la avaricia, y por consiguiente donde quiera la restitucion es un deber que afecta á todos indistintamente. El ministro de los altares en el desempeño de sus funciones, el sirviente en el cumplimiento de las suyas, el jornalero en su trabajo, todos tienen ocasion de cometer injusticias, los unos percibiendo mas de lo que les es debido, los otros malversando los intereses que se les confian, estos sustravendo parte de lo que manejan para el gasto diario, aquellos aprovechándose de ciertos restos cuya posesion se apropian sin contar con su legítimo dueño...; Y qué diremos de los que autorizados por la costumbre ó por la ley sustituyen á los padres en el deber de velar por los intereses del huérfano? ¡Ah! ¿Cuántos bajo el nombre de

tutores se constituyen en tiranos domésticos para apropiarse el patrimonio de unos séres débiles confiados á su tutela! So pretesto de socorrerlos los prestan lo suyo, los venden su propio dinero, hasta llegar el caso de dejarlos en la mendicidad, si desgraciados por haber perdido antes á sus padres, mucho mas dignos de compasion por haber caido en unos brazos mercenarios que han esplotado su infortunio y enriquecídose á espensas de su horfandad.

Seria, en fin, interminable, si discurriendo minuciosamente os revelase las diferentes clases de industria con que muchos tienen la habilidad de apropiarse lo ageno, ora engañando con una fingida miseria y arrancando á la caridad pública unos socorros de que privan á otros verdaderamente necesitados, ora suponiendo una desgracia facticia para interesar en su favor á las almas benéficas, y malgastar en vicios lo que la piedad consagrára al alivio del infortunio, ya sorprendiendo en el juego la buena fé del menos astuto, ya en fin de otras mil maneras que la codicia inventa diariamente, y que para muchos son desconocidas.

Ahora bien, M. A. O., ¿ quién no vé resaltar de esa generalidad harto lamentable en el crimen de que venimos ocupándonos, la obligacion estrechisima que á todos comprende, de reparar en mavor ó menor escala los daños ocasionados al prójimo? ¡Dichoso el que examinando minuciosamente su conciencia, no encuentra en si el menor motivo de remordimiento en este punto! Pero ;ay! que frecuentemente la ilusion nos engaña, y no conocemos á fondo la verdad con que tememos encontrarnos frente á frente. Y aun conocida muchas veces, ; cuántos v cuán especiosos pretestos no se inventan para modificar ó eludir completamente la lev de la restitucion! Sobremanera ingeniosa se muestra acerca de esto la codicia: nunca la faltan recursos para cohonestar las mas patentes injusticias. Aqui vereis á unos apelar á la equidad para probar que estaba en su derecho al utilizarse mas de lo que al parecer debia, atendidas. las circunstancias de un contrato impremeditado, ó de un negocio hecho en momentos de apuro : cual si una convencion espontánea y libre no indujese una obligacion indispensable de cumplirla en todas sus partes, á riesgo de violar todas las leves divinas y humanas. Allí

vereis á otros reclamar en favor suyo ciertas pérdidas sufridas, y autorirarse con ellas para sobrecargar al público con un esceso inmotivado en los precios, para dejar de cumplir sus compromisos, porque hayan fallado sus especulaciones. Quiénes so color de piedad pretenderán continuar en pacífica posesion de lo que les legaron sus mayores, aunque á su alrededor surjan dudas positivasa cerca de la legitimidad del derecho, ó sepan de un modo indudable que los bienes heredados están afectos á ciertas cargas que no pueden dejar de cumplirse sin herir derechos legitimamente adquiridos con anterioridad. Quiénes bajo el especioso velo de la caridad fingen socorrer la agena miseria, haciendo préstamos usurarios que llevan el duelo, la ruina y la indigencia al hogar del necesitado: como si la momentánea ventaja que éste percibe, fuese un motivo para aprovecharse de sus privaciones con intereses reprobados y escandalosas exacciones. Omito en gracia de la brevedad otros muchos pretestos que la codicia y la injusticia han sabido hallar para hacer frente á la odiosidad de unos crimenes tan detestables como perniciosos, Esto empero podrá conseguirlo quizás respecto del hombre; pero respecto de Dios, respecto de la religion, respecto de la conciencia, son nulos y de ningun valor. Donde quiera el injusto poseedor de lo ageno, el que de una manera ú otra perjudicó á sus prójimos ya en sus intereses, va en su honra, va en su reputacion, comprometiendo su presente ó arriesgando su porvenir, oirá mal que le pese el grito de la justicia que le dice: Restituve lo mal habido; devuelve lo injustamente poseido; repara los daños ocasionados; indemniza los perjuicios causados: Redde quod debes. Tú, hombre maldiciente, calumniador, envidioso, vengativo, que de palabra ú obra, con tu lengua ó con tus manos, aconsejando ó comprometiendo á otros, ó de cualquier suerte ofendiste á tu hermano, ó le ocasionaste algun mal, ¿pretendes poder esquivar la responsabilidad que has contraido delante de Dios y del mundo? ¿Esperas poder burlar la accion de la justicia divina porque halles el medio de eludir la de la justicia humana? ¿Te lisonjeas de no tener que responder ante el tribunal del Juez supremo, siquiera los tribunales de la tierra dejen en la impunidad tus maldades? ¡Error! ¡Ignoras que si ahora no restituyes, tendrás que sufrir despues las consecuencias de esta falta gravísima y sumamente trascendental, pagando en la otra vida hasta el último cuadrante, como nos lo insinúa claramente Jesucristo en el presente Evangelio?

¡Y triste del que pudiendo aqui satisfacer esa obligacion de alta justicia, de alta moralidad, y de derecho divino y humano, no procurase hacerlo en tiempo hábil! Indudablemente habrá de verificarlo de otra manera mas costosa, llegado el dia en que el Señor, semejante al rey de nuestra parábola, llamará á cuentas á todos sus servidores. Entonces no valdrán escusas, no habrá pretestos admisibles, no habrá dilaciones aceptables, no habrá mas que rigurosa justicia, porque habrá llegado el dia de la expiacion. Expiacion terrible, puesto que en este punto no hay mas que dos caminos, ó restituir ó condenarse. Pero esto lo reservaremos para el discurso siguiente. Entre tanto, convenzámonos de que el deber de la restitucion es universal, que alcanza á todas las clases, que afecta á todas las condiciones, que apenas hay persona á quien no comprenda: v por consiguiente, que si no le cumplimos, sobre cargar aquí con una responsabilidad indeclinable, arriesgamos nuestro porvenir, haciéndonos responsables ante Dios de las injusticias cometidas contra nuestros prójimos, y esponiéndonos, por gozar indebidamente en el tiempo del fruto de nuestros crimenes, á perder irremediablemente los bienes de la eternidad.

SERMON

PARA LA DOMINICA XXII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

NECESIDAD DE LA RESTITUCION PARA SALVARSE, É IMPOSIBILIDAD DE CONSEGUIRLO SIN REPARAR CONVENIENTEMENTE LOS PERJUICIOS OCASIONADOS AL PRÓJIMO.

Etuacion terrable, puesto cae est conto no hay reas ene de-

Reddite quæ sunt Cæsaris, Cæsari, et quæ sunt Dei, Deo.

Dad à Gésar lo que es de Gésar, y à Dios lo que es de Dios.

MATTH. XXII. 21.

Por mas que la malicia humana se obstine á veces en sostener los mayores absurdos contra la voz unánime de la justicia, de la razon y de la conciencia misma, preciso es que todos esos sofismas que acepta y pone en juego para eludir un deber ó dispensarse de una ley terminante é incuestionable, desaparezcan ante la autoridad de Dios, para quien no sirven subterfugios de ninguna especie. En el discurso anterior tuvimos ocasion de observar cuán hábil se muestra la injusticia en buscar pretestos para esquivar la ley espresa de la restitucion, en virtud de la cual está el hombre obligado á reparar todos los perjuicios irrogados á su prójimo, ya en sus intereses, ya en su honor, ó en cualquiera materia que sea. Jesucristo en el Evangelio de hoy confirma esta misma doctrina con unas palabras tan solemnes, que no es posible admitir la menor duda acerca de ellas, ni darlas una tergiversacion plausible.

«Formaron los Fariseos un conciliábulo para tratar entre si

cómo podrian sorprenderle en alguna de sus palabras. Enviáronle, pues, sus discipulos con algunos Herodianos, los cuales le dijeron: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios conforme á la pura verdad sin respeto á nadie, porque no miras á la calidad de las personas. Esto supuesto, dinos qué te parece: ¿es ó no licito pagar tributo al César? A lo cual Jesus, conociendo su refinada malicia, respondió: ¿Por qué me tentais, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Díjoles Jesus: ¿De quién es esta imágen y esta inscripcion? Respóndenle: De César. Entonces les replicó: Pues dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.»

Muchas é importantes reflexiones pudiera yo hacer sobre estas palabras del Salvador, que encierran un inmenso fondo de doctrina. Prescindiendo empero por hoy de todo lo que no se refiere al asunto de que venimos ocupándonos, solo os haré notar en ella con el angélico doctor Santo Tomás, cuán identificados estan los intereses de nuestros prójimos con los de Dios, y cuán imposible es llenar dignamente los deberes que á este atañen sin cumplir los que dicen relacion á aquellos, que al tratarse de una cuestion de justicia cual era la que le proponian á Jesucristo los Fariseos y Herodianos, parece dar la preferencia á los derechos del hombre sobre los suyos propios, diciendo: « Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.» Como si dijera: cumplid con los deberes de justicia que con vuestros semejantes contragérais, y de este modo podreis tambien cumplir los que habeis contraido con Dios, puesto que lo uno sin lo otro es imposible de todo punto.

Esto mismo vengo yo decidido á manifestaros; y ya que en el discurso anterior habeis visto la estension de esa ley de la restitucion, que comprende á todas las clases y condiciones, por cuanto en todas ellas existen motivos que exigen una reparacion conveniente; voy á añadir hoy la sancion de ese deber, demostrándoos que la responsabilidad que surge de no cumplirle no se limita á lo presente, sino que se estiende á lo venidero, no solo afecta al bienestar del tiempo, sí que tambien al de la eternidad, tanto que « es imposible salvarse sin reparar debidamente, pudiendo, los perjuicios ocasio—

nados á nuestros prójimos.» Hed el asunto del presente discurso, que acabará de dar una nueva luz á la importantísima cuestion que venimos tratando, etc.

Ave Maria.

REFLEXION UNICA.

La restitucion, hemos dicho, es un deber que afecta á los intereses eternos del hombre, y por lo tanto hay en él una necesidad de llenarle sopena de colocarse voluntariamente en el rango de los réprobos. La sana razon por una parte, y por otra la doctrina de la fé apoyan admirablemente mi proposicion.

Cierto que la razon deslumbrada frecuentemente por las apariencias, cegada por el error, ó seducida por pasiones violentas, no siempre conoce las cosas como son en si, y las mas veces se equivoca en sus cálculos, y no advierte el precipicio á que la conducen sus estravios. Hay, no obstante, principios tan incontestables, que no puede menos de aceptarlos á su mismo despecho. Que á cada uno debe dársele lo que es suvo, que no es lícito usurpar lo ageno ni retenerlo contra su volunted: hed ahi unas verdades que la naturaleza misma grabó con caractéres indelebles en el corazon humano, verdades que forman el fundamento de esa ley que pudiéramos llamar la primera de las leyes civiles, y la base sólida de toda sociedad; lev tan santa y respetable, que no hay contravencion que con mas cuidado se trate de ocultar, y de la que el hombre intente justificarse mas, que la que á ella se refiere. Dedúcese, pues, de aqui de una manera evidente la necesidad de reparar todo perjuicio hecho al prójimo, puesto que de lo contrario la ley se destruiria á sí misma, v habria una contradiccion inconciliable en prohibir por una parte la injusticia, y en permitir por otra la conservacion ó posesion de lo injustamente adquirido. Jamás el crimen puede ser un titulo válido para retener lo que no hubo derecho á poseer; y por lo tanto, así

como no debemos atentar contra las personas de nuestros prójimos porque no queremos que se atente á las nuestras, del mismo modo no debemos retener lo ageno por la misma razon que no queremos que otros retengan lo que nos pertenece. ¿Y no seria llevar hasta el estremo la inconsecuencia y el ridículo y chocar con el buen sentido, creer ilícito el usurpar lo que no es nuestro, y sin embargo obstinarse en retenerlo cuando nos consta el derecho de otro? ¡Como si el conservar lo que indebidamente se posee, no fuera una especie de usurpacion continuada! ¡Como si la obstinacion en el crimen no equivaliese á cometerle sucesivamente!

Y dado que los principios de la razon no estuviesen en este punto tan en consonancia con la doctrina del Evangelio, ¿qué habria que oponer à las prescripciones terminantes de la fé que nos presentan los sagrados libros? Ella nos prohibe usurpar lo mas mínimo á nuestros prójimos ó causarles el mas leve perjuicio; condena hasta el simple deseo de poseer ilegitimamente lo que no nos pertenece; y nos enseña terminantemente que tanto las personas como los bienes de nuestros hermanos se hallan bajo la proteccion y salvaguardia de la divina Providencia. Y ved la consecuencia inmediata que de estos principios deduce el Señor por uno de sus profetas. «Si un pecador, dice, hiciere penitencia y restituyere lo mal habido, y no volviere á cometer injusticia, indudablemente vivirá (1).» Importa mucho observar en este pasage que la penitencia y la restitucion son inseparables, caminan juntas, están embebidas en un mismo precepto y sancionadas por una autoridad idéntica. Probadme pues que la primera parte de ese precepto, á saber, la penitencia, no es obligatoria; y en ese caso no vacilaré en concederos que la restitucion que forma la segunda, no es mas que un mero consejo. Pero si por el contrario es innegable que sin la penitencia no hay salvacion para el pecador, lo es igualmente que no la hay para el que no restituye: y por lo tanto si el arrepentirse de sus crimenes es una condicion esencial para conseguir la vida eterna, la reparacion de los perjuicios ocasionados al prójimo es una necesidad indispensable

⁽⁴⁾ Ezech, XXXIII. 44, 45,

para el mismo fin; y tanto que sin la restitucion la penitencia seria nula, ó mejor dicho, no habria penitencia, porque no habria dolor, ni arrepentimiento, ni propósito de enmendarse, ni ninguna de las condiciones necesarias para obtener la reconciliacion con Dios.

¡Cosa admirable! Hay en la Iglesia un poder casi ilimitado, que alcanza hasta perdonar los mayores crimenes, los escesos mas repugnantes, los mas horrendos delitos cuando éstos afectan solo á la gloria de Dios. En la persona de éste y usando de su suprema autoridad los pontifices de la nueva ley pueden dispensar los votos mas solemnes, y declarar al hombre libre de los mas graves compromisos. Y sin embargo, en una sola cosa les está coartada su autoridad, y es en punto á la restitucion. Por mas que el injusto poseedor de lo ageno reconozca su falta, y la deteste al pié de los altares, siquiera gima y solloce, y ofrezca al Señor dones y sacrificios en expiación de sus culpas, todo es inútil mientras no cumpla la gran ley de la restitucion. Sus plegarias serán desechadas, sus ofrendas objetos de abominación, y vano su llanto, y estéril su arrepentimiento: porque el Señor que en gracia del culpable hace á veces cesion de sus propios derechos, jamás empero dispensa un ápice en lo perteneciente á los derechos de sus criaturas. El ministro de la reconciliacion que posee un poder divino para absolver de toda clase de pecados, tiene atadas sus manos para dispensar de la restitucion; y sin ésta, dice San Agustin, no hay perdon, no hay misericordia, no hay salvacion para el pecador. Bueno que el que perjudicó á su prójimo, ya en sus intereses, ya en su reputacion, se macere con austeridades, ayune, practique obras de piedad y de beneficencia, hable ventajosamente de su prójimo ofendido, ó le dé muestras del mas sincero afecto. Mas si á pesar de esto no repara convenientemente los daños irrogados, todo lo demás será ineficaz para doblegar la divina justicia, y jamás la gracia entrará en un alma á quien falta esa condicion esencial de su vida espiritual. Si pænitentiam egerit rapinamque reddiderit , vita vivet

De la concordia entre la razon y la fé en este punto culminante de la moral cristiana, se desprenden varias consecuencias prácticas que importa mucho tener presentes. Primera: que se debe hacer la

restitucion lo antes posible, pues de diferirla sin causa legitima, todos los perjuicios consiguientes á la dilacion añadirán una nueva responsabilidad al culpable. Segunda: que se debe restituir por completo, sin que sea lícito retener la menor parte de lo mal habido sin hacerse reo de injusticia. Tercera: que en el caso de no poder restituir el todo, se debe restituir la mayor parte posible. Cuarta: que es necesario restituir lo que injustamente se retuvo en el estado primitivo en que se recibió, para observar la debida equidad, y cuando esto no fuese ya dable, sustituyendo un equivalente regu-lado por la probidad mas esacta. Quinta: que se debe restituir teniendo en cuenta los perjuicios ocasionados en el tiempo que duró la posesion injusta, y computando los provechos que dejó de percibir el perjudicado, á no ser que éste haga cesion espontánea de sus derechos en este punto. Sesta: que se debe hacer la restitucion por sí propio, y no dejar esta obligacion á los herederos. Y aquí, A. O., no puedo menos de llamar hácia esto toda vuestra atencion, porque la importancia del asunto es mayor de lo que se cree, y sumamente trascendentales sus consecuencias. Frecuente en demasía es en el mundo este abuso de dejar los testamentos gravados con deudas, por no haberlas satisfecho con anticipacion, creyendo llenar cumplidamente los deberes de la justicia encomendando la restitucion á los que entran á poseer la herencia. ¡Engaño funesto! ¿Quién os asegura que vuestros herederos serán mas esactos que vosotros en el cumplimiento de ese grave deber? Cierto que no os llevais con vosotros lo que no os pertenece (y esta es la escusa comun que se dá en el mundo para sincerar una conducta culpable): pero llevais en pos la desgracia de un padre reducido á la mendicidad por vuestra injusticia; llevais las maldiciones del infortunio que gime en la desesperacion víctima de vuestras concusiones; llevais un tesoro de iniquidad que os acompañará hasta el tribunal del Juez supremo; llevais el carácter de anatema que unos bienes malditos imprimieran en vuestra frente. Y esto, ¿no os hace temblar? ¿Sabeis en una palabra lo que es restituir por testamento? Es haber cometido un crimen, y despues de haber gozado de sus frutos, legar á otro la penitencia.

Hay todavia mas en esto. La hipocresia de muchos por encubrir sus injusticias lega á los pobres cuantiosas sumas, y llena los templos de los despojos de sus depredaciones, como si semejante proceder bastase á reparar los innumerables daños causados á una infinidad de personas que sufren las consecuencias de su desmedida ambicion. ¡Insensatos! ¿Creeis por ese medio evitar la venganza del cielo? ¿ Pensais que Dios pueda hacerse en cierto modo cómplice de vuestra iniquidad aceptando la ofrenda de vuestras dilapidaciones? ¿ No advertis que esas riquezas que venis á depositar en su templo no servirán mas que para deponer constantemente contra vosotros en la presencia del que conoce vuestras maldades? No penseis esquivar de este modo la estrecha responsabilidad que ha de pesar sobre vuestras almas en el dia de la expiacion. Si quereis evitarla, comenzad por restituir á quien habeis perjudicado, reparad antes los males que habeis hecho á vuestros prógimos; «dad al César lo que es de César »; pagad al artesano que os sirvió con su trabajo, pagad al comerciante que os dió sus mercancias, pagad al criado que os consagró sus servicios; indemnizad á ese enemigo á quien sin razon arrastrásteis ante los tribunales, al inocente á quien perseguísteis ó calumniásteis; ó de lo contrario Dios detestará vuestros sacrificios, le escitarán á náusea vuestras ofrendas; y como ha dicho por su apóstol Santiago (1), los gritos de tantas víctimas que clamarán contra vosotros llegarán á sus oidos, y las hará justicia en peso y

Y no basta, señores, para justificarse en este punto apelar á la imposibilidad de restituir. Convengo en que si esta imposibilidad es real y absoluta, entonces ni Dios ni los hombres os harán cargo alguno, y bastará que exista en vosotros una voluntad sincera de verificarlo si acaso llegáreis á mejorar de suerte. Pero, ¡cuán de temer es que las mas veces sea quimérico y facticio ese pretesto que se quieré hacer valer para eludir la ley de la restitucion! ¡Cuántas veces lo que se afecta como una imposibilidad no es mas que una añagaza de un corazon pervertido, que no puede resolverse á despojarse de lo

⁽⁴⁾ Jacob. V. 3, et seq.

que ilegitimamente posee! Los hechos confirman en gran manera esta sospecha. Yo veo muchos que se apoyan en ese motivo para no reparar los perjuicios ocasionados; que se lamentan de no poder verificar lo que segun ellos desean ardientemente; y sin embargo, ni se privan de ninguno de sus caprichos, ni cercenan lo mas mínimo en sus gastos ordinarios, ni se ve en sus casas, en sus trages, en su trato, señal alguna de esa escasez de medios que fingen; en una palabra, el mismo lujo, el mismo boato, las mismas diversiones, idéntica esplendidez en las mesas, igual esmero en el servicio se advierte en ellos que antes. Nada ha cambiado: sus hijos reciben la misma educacion, sus hijas visten con la misma elegancia, no hay espectáculo público á que no concurran, ni sociedad de buen tono que no frecuenten, ni distraccion en que no se hallen los primeros....; Y sin embargo dicen que no pueden restituir! ¡Crueles! Veis á vuestros prójimos hundidos en la miseria, rodeados de una familia numerosa que en vano les pide un pedazo de pan; ¿ y vosotros, que sois los autores de su desgracia, y que por mil razones estais obligados á aliviar su suerte, nada podeis sustraer á vuestros caprichos para consagrarlo á hacer mas tolerable su infortunio? ¿Cómo no os averguenza semejante conducta? ¿Cómo no os confundis á vista de vuestra inhumanidad? No insulteis así la miseria de vuestras víctimas suponiendo que no podeis cumplir en su obsequio los deberes que os impone una rigurosa justicia, cuando es visible que vosotros disfrutais de todas las comodidades de la opulencia. Abultad cuanto os plazca vuestra afectada imposibilidad. Por demas será que con ese pretesto querais engañar á Dios y á los hombres: ni estos ni aquel os creen; lo que harán será maldeciros, porque no satisfechos con ser injustos, coronais con el engaño y la impostura las iniquidades de vuestro perverso corazon.

No hay en fin pretesto alguno plausible capaz de eludir la obligacion de restituir. Es una ley que obliga á todos cuantos en lo mas leve hayan perjudicado á sus prójimos, y cuya obligacion subsiste siempre, en todo tiempo, y sigue al hombre donde quiera hasta la misma eternidad; es un deber contra el que todos los subterfugios del error ó de la pasion son nulos, y de cuyo cumplimiento no hay

causa que pueda escusar como no sea la impotencia absoluta de hacerlo. Es en fin una necesidad del hombre que desea salvarse, puesto que no pudiendo haber salvacion sin penitencia, ni penitencia verdadera sin restitucion, como dejamos manifestado, es imposible conseguir la vida eterna sin esa condicion esencial é indispensable. La restitucion por lo tanto es en el órden moral la única que puede franquearnos las puertas de la inmortalidad una vez convencidos de haber perjudicado á nuestros prójimos. Sin ella Dios mismo no podria hacerlo, porque haciéndolo faltaria (y pensarlo es un absurdo) á uno de sus principales atributos, que es la justicia.

Permitidme, M. A. O., concluir mi discurso con unas palabras notables del padre San Gregorio relativas á este asunto. Considerad, decia, cuánto os durarán esos falsos goces que os proporcionaron vuestras injusticias, y comparadlo con la duración de aquellas penas que han de acarrearos. ¡Ah! ¿ Posible es que por no despojaros de lo que ha de pasar como un sueño, hayais de consentir en renunciar para siempre vuestra salvacion? No, hermanos mios, restituid lo mal adquirido, echad por tierra ese coloso que levantásteis á espensas de la sangre agena, y fundad el edificio de vuestra positiva felicidad sobre los escombros de vuestra actual opulencia creada por medios reprobables: Redde pecuniam, ne perdas animam. Oid los gemidos del huérfano, de la viuda, del artesano, del pobre, que os siguen en pos: tal vez ni una sola piedra de vuestra casa, ni una sola moneda de ese vil oro que atesorais en vuestras arcas habrá que no os acuse. Temed que Dios no os arranque esos detestables frutos de vuestras concusiones; temed que los suspiros del desgraciado no suban hasta el cielo para descender despues sobre vuestras cabezas convertidos en rayos de la cólera celestial: Redde pecuniam, ne perdas animam. Preferid la pérdida de todos esos tesoros frágiles y perecederos, antes que perder un alma que es inmortal y eterna; restituid convenientemente lo mal adquirido; dad á vuestros prójimos una justa reparacion de los daños que les hubiéreis causado. ¿No dariais gustosos todo cuanto poseeis á trueque de no arder durante una hora en este mundo en un fuego material? ¡ Y por no despojaros de lo que no os pertenece quereis arder eternamente en un fuego

inestinguible atizado por la divina venganza! Cristianos, yo os lo digo hoy como amigo, como padre, en tono suplicante, y animado únicamente del deseo de vuestro bien: Redde pecuniam, ne perdas animam. Quizás mañana ya será tarde porque habrá sonado la hora de la expiacion. Y entonces, ¡con qué tono os lo dirá la muerte! ¡Con qué tono os lo dirá la justicia de Dios! ¡Con qué tono os lo dirá el infierno! Temblad.... prevenid este trance terrible.... precaveos de esta desgracia. Cumplid ese deber en tiempo oportuno, y su cumplimiento os proporcionará la entrada en el reino celestial.

Control of the state of the sta

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA XXIII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

LAS OBRAS PRODIGIOSAS DE JESUCRISTO SANCIONANDO SU DOCTRINA, CONCURRIERON ADMIRABLEMENTE Á FORMAR LA FÉ DE LOS PRIMEROS CREYENTES. CAUSAS POR QUÉ NUESTRA FÉ ES TAN DÉBIL Y NUESTRAS CREENCIAS TAN ESTÉRILES, POSEYENDO EN TODA SU PLENITUD LAS ENSEÑANZAS Y LOS MILAGROS DEL SALVADOR.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo, estando Jesus hablando á las turbas, llegóse á él un hombre principal, y adorándole, le dijo: Señor, una hija mia está á punto de morir: pero vén, impon tu mano sobre ella, y vivirá. Levantándose Jesus, le iba siguiendo con sus discipulos, cuando hé aqui que una muger que hacia ya doce años que padecia un flujo de sangre, vino por detrás, y tocó el ruedo de su vestido. Porque ella decia entre si: Con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada. Mas volviéndose Jesus, y mirándola, la dijo: Tén confianza, hija, tu fé te ha curado. En efecto, desde aquel punto quedó curada la muger. Venido Jesus á la casa de aquel hombre principal, y viendo á los tañedores de flautas y el alboroto de la gente, decia: retiraos, pues no está muerta la niña, sino dormida. Y burlábanse de él. Mas echada fuera la gente, entró, y la tomó de la mauo. Y la niña se levantó. Y divulgóse el suceso por todo aquel pais.»

MATTH. 1X. 48 ET SEQ.

Bajo la mano omnipotente de Jesucristo los prodigios se multiplican, los milagros se suceden unos á otros, la fé se populariza, y por donde quiera una voz unánime le aclama Hombre de Dios y salvador de la humanidad. Registrad las sagradas páginas: aquí es una viuda que al contacto de Jesus vé salir á su hijo vivo de la tumba; allí es un Centurion que con una simple súplica consigue la salud de su criado, próximo á morir; ora es un ciego de nacimiento que reco-

bra instantáneamente la vista, ora es un tullido á quien una sola palabra restituye el uso de sus miembros. En todas partes las mismas maravillas reprodúcense á la vista de turbas numerosas, que no pudiendo resistir á la fuerza del convencimiento le reconocen por el Mesias prometido, le confiesan hijo de Dios vivo, y le ofrecen los homenages del mas sincero respeto y del amor mas puro. Aun entre los mismos que menos simpatizaban con la persona del Salvador, porque no gustaban de su doctrina, no pocos se vieron obligados á dar testimonio á su divinidad en vista de sus portentosos hechos, que ponian de manifiesto su origen sobrehumano y su ilimitado poder. Por manera que lo que no conseguia de ellos la sublimidad de sus enseñanzas, lográbalo la influencia de sus milagros, siendo aquellas la sancion de éstos, bien así como éstos daban á aquellas una autoridad indeclinable. El texto evangélico de hoy es una de las muchas pruebas que de esta verdad nos ofrecen las páginas del nuevo testamento. «Estando Jesus hablando à las turbas, llegose à el un hombre principal, ó un gefe de la Sinagoga, y adorándole le dijo: Señor, una hija mia está à punto de morir: pero vén, impon tu mano sobre ella, y vivirá. ¿Quién impulsó á este hombre á dar un paso que parecia desmentir sus antiguas creencias y desacreditar los principios que venia profesando aquel pueblo? No fueron por cierto solas las doctrinas de Jesucristo que predicaban todo lo contrario de lo que venia practicando el mundo á través de largos siglos, y por lo tanto los judíos no estaban conformes con un código que combatia sus añejas preocupaciones, contrariaba sus instintos, y echaba por tierra sus ilusiones y esperanzas. Tampoco puede atribuirse esclusivamente este fenómeno á las virtudes del Salvador, incapaces como eran aquellos hombres carnales y materializados de comprender mucho menos de apreciar en lo que valian unas acciones tan superiores á cuanto hasta entonces habian visto. La abnegacion, la humildad, el sacrificio del amor propio, la inmolacion del orgullo, el desprendimiento de los bienes terrenales, la caridad que simpatiza con el dolor, la mortificacion que enfrena el placer sensible... cosas eran todas que lejos de atraer hácia el Dios-Hombre las ideas de una generacion harto bastardeada en sus instintos, merced

á las disolventes doctrinas de la filosofia pagana, bastaban á retraerla de él poderosamente. Y sin embargo, ese principe de que venimos hablando no solo se acerca á Jesus, sino que le adora, le hace presente la situacion desesperada de su hija, le suplica que la toque con su mano, y cree que este contacto bastará para restituirla á la vida. Aquí hay fé, hay confianza, hay reconocimiento de un poder sobrehumano, virtudes que no puede crear la razon, ni basta á producir una causa meramente natural. Pero el gefe de la Sinagoga, me direis, habia visto los milagros obrados por aquel hombre estraordinario, habia presenciado hechos que evidenciaban en él dones especialisimos que le distinguian del comun del pueblo, habia sido testigo de las prodigiosas curaciones hechas por él en un sinnúmero de enfermos, y estos hechos han creado en su inteligencia aquella conviccion intima que le arrastra á esperar ver reproducidos en su hija los mismos efectos portentosos que en otros admirára. Convengo en esto, M. A. O.: mas aquella fé ardiente, aquella confianza ilimitada que revelan sus palabras, ¿ pudo inspirarlas el simple sentimiento? Mucho se me resiste el creerlo. Cuando no hay en el alma otro principio mas elevado, la duda se mezcla á la creencia, la desconsianza es inseparable del temor, hay vacilacion, han recelos, hay lucha interior, y en manera alguna existe esa firmeza que es característica de la fé, como que se apoya en motivos de credibilidad que no admiten la menor duda. Si pues aquellos milagros no hubiesen tenido la sancion de una doctrina que aunque no bien comprendida, practicada empero por el Salvador se mostraba á una altura superior á cuanto hasta entonces enseñáran los sábios; si no hubiesen estado autorizados por unas virtudes, que aunque desconocidas y nuevas en el mundo, llevaban un carácter de perfeccion y santidad que engendraba en el alma la admiración y el respeto, ¿hubieran bastado por si solos para producir fenómenos tan estraños en el corazon humano? Repito que esto no es posible, y me confirma en mi idea el segundo hecho que nos refiere el sagrado texto, cuando nos dice, que levantándose Jesus y siguiendo con sus discipulos al principe de la Sinagoga, una muger que hacia doce años que padecia un flujo de sangre, vino por detrás y tocó el ruedo de su vestido, diciendo entre si: con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada.

Espliquese, si es posible, la fé de esta muger, sin recurrir á un principio sobrenatural. Digáseme en qué otro motivo pudo fundar aquella confianza tan superior á toda idea de duda, si no estaba persuadida de la divinidad de Jesucristo. Bueno que los milagros de éste la condujeran á formar una alta idea de su poder, v á inspirarla la esperanza de esperimentar sus efectos. Pero esto, ¿en qué se opone á los principios que vengo desenvolviendo? Tampoco vo niego que el espectáculo de las cosas visibles puedan conducirnos á la creencia de las invisibles; antes acepto y sustento esta doctrina de San Pablo (1). En lo que insisto é insistiré siempre, es en negar que el mero sentimiento, la simple conviccion racional creada por motivos puramente naturales ó humanos sea capaz de operar en el alma esa transformacion sorprendente que venimos admirando en los personages del presente Evangelio; y por lo tanto que es necesaria una fé sobrenatural, fundada en motivos de un órden superior á lo que se vé v palpa, para llegar á ese estado en que toda duda desaparece, toda vacilacion deja de existir, todo temor se ahuyenta, y la inteligencia se adhiere firmemente á una verdad, y el corazon la acepta gustoso, y el alma se eleva á un grado de certidumbre en el que ninguna otra autoridad estraña basta á disminuir sus creencias. Y que efectivamente existiese esa fé en la muger de nuestro Evangelio, no solamente lo prueban las circunstancias del hecho á que nos referimos, sino que lo confirma el testimonio del mismo Salvador. Pues volviendose Jesus, y mirándola, la dijo: Tén confianza hija: tu fé te ha salvado.

Nótese sino el contraste que forman los hechos referidos con lo que despues aconteció, y se verá palpablemente que los milagros por sí solos son insuficientes para producir esos fenómenos maravillosos de fé viva y firme confianza que venimos admirando, tanto en la muger enferma como en el príncipe de la Sinagoga. Llegado Jesus á la casa de aquel hombre, y viendo á los tañedores de flau-

⁽¹⁾ Rom. I. 20.

tas y el alboroto de la gente, que esperaba el entierro de la niña difunta, decia: Retiraos, pues no está muerta la niña sino dormida. Y al oir esto se burlaban de él. ¿Cómo es pues que lo que unos creen otros lo escarnecen? ¿ Por qué en aquellos se vé el convencimiento y en estos la duda? Los que se burlaban de Jesucristo cuando aseguraba que la niña no estaba difunta, ¿ no habian presenciado en mil ocasiones y sido testigos oculares de sus milagros? ¿ no le habian visto mandar á la muerte, encadenarla á su voluntad. y devolver á la vida cadáveres inanimados? ¡Y sin embargo, no solamente recelan de la veracidad de sus palabras, sino que responden á ellas con la risa sangrienta del sarcasmo! El contraste no puede ser mas visible: fuerza es pues admitir una causa de tan desigual proceder. ; Ah! Es que en unos los hechos prodigiosos de Jesucristo habíanles conducido á compararlos con sus doctrinas, y éstas con sus obras: y de esta comparacion en que resaltaba la uniformidad, la consecuencia, la homogeneidad mas perfecta, surgió en sus inteligencias la conviccion, fruto no del simple raciocinio sino de la fé; cuando por el contrario en otros ningun efecto hicieran ni las doctrinas, ni los milagros, y por lo tanto, sin fé verdadera, sin creencias, sin convicciones de ninguna especie, no solamente les parecian inverosimiles las palabras del Salvador, sino que se burlaban de ellas como de ilusiones.

Tal es y ha sido siempre el carácter de la incredulidad. Y no nos causa estrañeza que así sucediese entonces, cuando todavía la doctrina de Jesucristo no se habia desarrollado sino que empezaba á darse á conocer al mundo, puesto que ahora, á pesar de diez y ocho siglos que viene atravesando, derramando por do quiera las luces puras de la verdadera civilizacion, se encuentran todavía tantos que la escarnecen é insultan, y menosprecian los milagros del Hombre-Dios, y hacen guerra á su religion cual si fuese un ensueño, una ilusion, una quimera, ó la enemiga declarada de la humanidad. ¿Y por qué así? ¿Cómo se esplica tanto encono, tan porfiada contradiccion, lucha tan incesante? El apóstol San Pablo nos dá resuelto este problema en las palabras de la Epístola á los fieles de Philipos, que acaban de leerse. «Cónstame, dice, que

hay muchos, como ya os tengo anunciado, y ahora repito llorando. que son enemigos declarados de la Cruz de Cristo, cuyo paradero es la perdicion, cuvo Dios es el vientre, y que hacen gala de su propia ignominia, aferrados como están á las cosas terrenas (1).» En efecto, M. A. O., siempre han abundado desde la cuna del cristianismo esas inteligencias obcecadas, esos corazones corrompidos, esos séres degradados por el vicio, á quienes los milagros del Salvador no han podido convencer de su divinidad, porque sus almas materializadas no han querido aceptar las consecuencias de una doctrina que chocaba directamente con sus pasiones. Y si al menos esto hubiese sido una simple indiferencia hácia las enseñanzas del Evangelio, un mero olvido de los beneficios del que toda su vida la empleó en hacer bien á la humanidad, pudiera concebirse hasta cierto punto, no chocaria tanto al buen sentido y á la sana razon. Pero llegar hasta el ódio, hasta la enemistad, hasta el sarcasmo, hasta la guerra mas cruel y porfiada.... esto solo puede esplicarse admitiendo en el corazon humano un fondo de perversidad, un misterio de malicia que seria increible, á no tener de ello pruebas tan irrefragables. El primer carácter de este fenómeno es un sensualismo brutal, que arrastra al hombre á hacerse esclavo de sus apetitos desordenados; el segundo es una impudencia llevada hasta el cinismo, en fuerza de la cual no se ruborizan de cometer toda clase de crimenes, aun los mas vergonzosos y repugnantes; el tercero es un materialismo tan estremado, que les incapacita para gustar ninguna cosa que no sea terrestre y carnal. Y siendo así, ¿cómo no han de declararse enemigos de la cruz de Jesucristo símbolo de austeridad y de penitencia? ¿Cómo no han de detestar un Evangelio que predica el sacrificio de las pasiones, el martirio del corazon, la guerra del espíritu contra la carne, el desprecio de todo lo que es perecedero, etc., doctrinas todas opuestas á esas tres concupiscencias predominantes en el mundo? Si el cristianismo se hubiese limitado á multiplicar en la tierra los prodigios con que su augusto fundador se dió á conocer á los hombres; si su accion se hubiese reducido á fo-

⁽¹⁾ Ad Philip. III. 48, 49.

mentar por do quiera esos monumentos de la mas admirable beneficencia que han hecho la admiración de todos los siglos; en una palabra, si independientemente de todo precepto le hubiésemos visto como en los dias del Salvador desarrollar un poder estraordinario, sanar los enfermos, resucitar los difuntos, consolar toda clase de infortunios, y remediar todo género de desgracias, indudablemente no hubiera habido mas que una sola voz, un eco idéntico, un grito universal, un himno perpétuo de alabanza á esa religion salvadora, bien así como las turbas del presente Evangelio, al ver completamente sana al simple contacto de Jesus á la enferma que juzgaban muerta, cambiaron en admiracion sus burlas, y se divulgó el suceso por todo el pais. Pero no, el cristianismo no es únicamente lo que quisieran los hombres viciosos: vén en su cruz espinas que punzan, en su doctrina preceptos que chocan con el sensualismo de las pasiones; todo en el Evangelio respira anonadamiento, crucilixion, penitencia, completa renuncia de los goces terrenales: y esto naturalmente lastima á los que constituyendo toda su felicidad en la satisfaccion de los apetitos brutales de la carne, no vén otro porvenir, ni abrigan otra esperanza que la nada, sacrificando á esa estúpida divinidad del placer sensible toda su existencia. Además, el cristianismo sienta por base principal de sus enseñanzas la fé, y ésta exige del hombre la inmolacion, el sacrificio de su orgullo, el sacrificio de su inteligencia, de sus luces, de su ciencia, de su génio, de sus opiniones, ante las aras de la revelacion; mándale que se renuncie á sí propio, que haga cesion de todos esos presuntos derechos que reclama su ciega razon, y que abnegándose totalmente acepte las verdades que enseña sin vacilar, sin titubear, sin admitir la menor duda en contrario. Mas como esto no está conforme con las ideas de unos hombres idólatras de la libertad del pensamiento, panegiristas de la divinidad de la razon, y entusiastas admiradores de los progresos de la inteligencia, rechazan porfiadamente ese yugo, se resisten á aceptar esa revelacion, ármanse contra esa que llaman tiranía de la teocracia, y por último, por eludir las consecuencias combaten los principios y niegan todo el Evangelio.

Preciso es pues que hava concordancia entre la inteligencia y el

corazon, que lo que aquella cree, éste lo acepte, que lo que la una admira, el otro esté dispuesto á practicarlo. Así y no de otro modo será la fé verdadera, y no habrá lucha contra el Evangelio, ni ódio ni enemiga, ni repulsion contra la cruz de Cristo. ¿Qué importaria que los milagros nos evidenciasen por una parte la divinidad de la religion, si por otra nos fuesen enojosas sus enseñanzas? A trueque de no practicar éstas, ninguna dificultad tendriamos en dudar de aquellas, y no contentos con la duda pasariamos á la incredulidad, al indiferentismo, al menosprecio positivo; porque jamás el vicio se avino con la fé, ni la ley de las pasiones fraternizó con la ley de Dios. Esta es la historia de todas las aberraciones humanas : asi es cómo todos esos hombres que en el mundo se han declarado contrarios al Evangelio, y sembrado donde quiera sus errores y su inmoralidad, y héchose los corifeos del libertinaje y del crimen, han comenzado por desechar los preceptos antes de atacar las creencias; primero existió en sus corazones el ódio al bien, la aversion á la virtud, el amor á la desenfrenada libertad de las pasiones: y luego que con el uso adquirieron la costumbre de ser viciosos y perversos, les fué muy fácil dejar de ser creventes, y tuvieron la impudencia de negar abiertamente lo que no tenian voluntad ni deseo de practicar. ¿Qué otro origen han tenido esas escuelas disolventes que vienen predicándonos una nueva ciencia contraria en un todo á la ciencia del cristianismo? ¿Quién ha creado esos sistemas que tiempo há vienen buscando una cosa mejor que el Evangelio, y se jactan de haberla hallado cuando nos presentan ciertas combinaciones que no son mas que unas meras parodias mal disimuladas de ese código civilizador? ¿De dónde han surgido los que á despecho de la razon de diez y ocho siglos; pretenden probar que la religion católica no es ya hoy lo que debe ser atendidos los adelantos del siglo y el progreso de la civilizacion moderna? ¡Oh! No tengo inconveniente en decirlo, siquiera hava de ponerme en pugna con mil preocupaciones hondamente arraigadas, y con mil bastardas pasiones. Esos hombres hablan así porque son enemigos de la Cruz; porque ódian el Evangelio; porque no pueden tolerar sus doctrinas, porque idólatras de un sensualismo brutal, henchidos de un orgullo insoportable, y vendidos á un materialismo repugnante que halaga los desordenados instintos de la carne, sueñan de contínuo utopias á cual mas absurdas, para sofocar si pudieran hasta el menor sentimiento de fé, hasta el mas leve remordimiento que pueda impedirles sus goces. Por eso y no por otra causa se ven en el mundo tantos incrédulos, que no lo serian ciertamente si las máximas de la religion no contrariasen en nada las aspiraciones y los instintos de una naturaleza corrompida, y propensa de suyo á cuanto seduce el sensualismo y satisface los malos deseos de un corazon vicioso.

Tratemos, M. A. O., de evitar que en nosotros tome fomento ese gérmen funesto que mata en el alma la fé. Que las doctrinas del Evangelio junto con las obras prodigiosas de Jesucristo, produzcan en nuestras inteligencias el convencimiento de las grandezas del cristianismo, para que de este convencimiento resulte el amor hácia unas enseñanzas llamadas á formar nuestra verdadera dicha en el tiempo, y á hacernos dignos de una felicidad eterna. Y ;ay de nosotros si en vez de imitar la fé viva de los dos personages del presente texto, participásemos de la indiferencia ó del desprecio de los que se burlaron del Salvador! Dia llegará en que no nos será posible evitar un encuentro con esa misma Cruz de que ahora huimos por no lastimarnos con sus espinas. ¡Y qué terrible será este encuentro! Lo que al presente es para nosotros un objeto de esperanza, será en el dia supremo un motivo de confusion; lo que ahora nos brinda con una vida perdurable, entonces nos condenará á una muerte sin fin; en lo que ahora encontramos el consuelo de todos nuestros males, hallaremos despues la expiacion de nuestros crimenes: y en vez de ser el trofeo de nuestra gloria será el padron de nuestra ignominia por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA LA DOMINICA XXIV Y ÚLTIMA DESPUES DE PENTECOSTÉS.

EL JUICIO FINAL.

allies, J. O. Land M. Bleughl, (B) and the of changes in

Tunc parebit signum Filii hominis in cælo... et videbunt Filium hominis venientem in nubibus cæli cum virtute multa, et majestate.

Entonces aparecerá en el cielo la señal del hijo del hombre... y verán venir al hijo del hombre sobre las nubes del cielo, con gran poder y majestad.

MATTH. XXIV. 30.

Sabia y previsora la iglesia nuestra madre, y atenta siempre á proporcionar á los fieles los medios de salvarse, concluye el año eclesiástico proponiendo á nuestra consideracion el mismo gravísimo asunto con que al principio inauguró el curso de sus instrucciones. Ahora, como entonces, recuérdanos ese acontecimiento terrible que debe tener lugar en el último dia de los tiempos, el juicio universal, en que Jesucristo ha de residenciar ante su tribunal augusto á todos los hombres y á todos los pueblos de la tierra. He aquí lo que hoy nos anuncia el presente Evangelio: Cuando viéreis (dice) la abominacion de la desolacion vaticinada por el profeta Daniel, en aquel trance los que moran en la Judea, huyan á los montes; y el que está en el terrado, no baje á sacar cosa de su casa, y el que se halle en el campo, no vuelva á cojer su túnica... porque será terrible la tribulacion entonces, cual nunca se vió desde el principio del mundo, ni volverá á verse jamás... Y luego despues de la tribu-

lacion de aquellos dias, el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos
temblarán. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del
hombre: á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán
en llanto: y verán venir al hijo del hombre sobre las nubes del cielo
con gran poder y magestad.» ¡Dia tremendo, en cuya comparacion
serán nada todos los dias y todos los siglos; dia en que todas las criaturas estarán llenas de confusion, y Dios solo aparecerá grande en
medio de las ruinas del universo, segun el oráculo de Isaias, porque
será el dia del Señor de los ejércitos (1). Reunid, M. A. O., todas
las ideas de terror que puede inspirar el recuerdo del último juicio,
y nada será comparable á lo que encierra esta sola espresion.

En efecto, tres cosas son las que forman aqui la grandeza del hombre, á saber: el poder, la sabiduría y la virtud. Al poder se refieren todos los dones de la fortuna, y estos son los que hacen los ricos, los nobles, los príncipes y los conquistadores. La sabiduría comprende los dones del espíritu, y son los que forman los sabios, los políticos, los solistas, los grandes génios. A la virtud redúcese todo cuanto atañe á las costumbres, y ella es la que produce los hombres probos, morigerados y santos. Pues bien, en el dia supremo del juicio solo Dios será poderoso, porque él reasumirá en sí todos los poderes; solo Dios será sabio, porque todos los juicios serán reformados segun su juicio; solo Dios será santo, porque todas las virtudes serán medidas por su santidad: y por consecuencia Dios solo será grande, como centro de todo poder, como regla de todo juicio, y como modelo de toda virtud. Hed aquí las ideas que me sugieren las palabras de mi texto: Videbunt Filium hominis, venientem in nubibus cæli, cum virtute multa et majestate: y bajo este punto de vista os voy á proponer el grandioso espectáculo del juicio universal. Ayudadme á implorar los divinos ausilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Una de las cosas que mas chocan en el mundo es ese desnivel de clases, condiciones y fortunas, que si bien justo en las miras de Dios, viene á ser injusto por la malicia ó la debilidad del hombre. Esta desigualdad se manifiesta principalmente en el nacimiento, en las riquezas y en los honores. Pues bien, vo me dirijo en este momento á esos hombres que soñando con una igualdad quimérica quisieran poder pasar un horrible nivel por la sociedad en que viven. No os canseis en forjar vanas utopias que en la tierra jamás podrán realizarse. Hay un dia designado en los incomprensibles designios del cielo para verificar lo que al presente forma vuestro sueño acariciado. Y ese dia es el último de los tiempos. Entonces desaparecerán esas distinciones de alcurnia que ahora enorgullece á los nobles; entonces cesará esa monstruosa diferencia de bienes de fortuna que ahora hace intolerable la tiranía de los ricos; entonces no habrá va esa diversidad de rangos ni gerarquias que ahora hace odioso el yugo de los potentados; porque reconcentrados en Dios solo todos esos elementos de poder que en la actualidad se hallan repartidos en tantos individuos, solo él aparecerá grande y dominando sobre todos los poderes de la tierra. Videbunt Filium hominis venientem cum virtute multa et majestate.

En efecto, llegado este dia, un sonido terrible, un eco estremecedor hasta entonces inaudito resonará en todos los puntos del globo, y aun del polvo mismo de los sepulcros se hará oir la voz del Hijo de Dios: «Levantaos, muertos, y venid al tribunal del supremo Juez.» Y á esta voz pueblos y reyes, ricos y pobres, nobles y plebeyos, acudirán confundidos unos con otros, porque habrán desaparecido todas esas frivolas distinciones que constituian en el mundo la escala social. ¿Dónde estarán en aquel momento esas preferencias, hijas de la soberbia y de la vanidad? ¿Qué se habrá he-

cho de esos títulos de nobleza con que ahora se autoriza el hombre para avasallar á sus semejantes? Todo habrá quedado reducido á polvo. ¿Se disputará entonces el noble la preferencia de salir el primero de la podredumbre de la tumba? ¿Intentará hacer valer sus derechos el poderoso para optar al primer puesto en el tribunal supremo, fundándolos en el oro de su sepulcro, en la pompa de sus epitafios, ó en su antigüedad entre los muertos, ó en el quimérico esplendor de su cuna? ¡Ah! Allí será donde el hombre reconocerá la nada de todas las grandezas humanas; allí se convencerá cuán desacertado anduvo en apelar á su nacimiento para humillar al que tuvo la desgracia de nacer de padres pobres ó modestos; allí, en fin, verá que solo hay en el mundo un Sér grande y verdaderamente poderoso, ante quien se ven forzados á inclinar sus frentes los que rigen los destinos del orbe (4). ¿ Y á qué habrán quedado reducidos todos los bienes del tiempo?

«Yo vi, dice San Juan en el Apocalipsi, un trono elevado, radiante de luz, y al que en él estaba sentado. A su presencia el cielo v la tierra desaparecieron sin dejar de sí la menor huella (2).» Pintura bellísima cuanto esacta de lo que sucederá en aquel dia postrimero de los tiempos. La tierra y el cielo perderán su solidez y su magnificencia en presencia del Juez supremo; desprenderánse las estrellas del firmamento, el mar rebosando con furor salvará las lindes que le fijára la mano creadora; y palacios, y monumentos artísticos, y casas, y obras de reyes y de hombres, todo quedará reducido á pavesas cual si fuera hecho de paja al soplo del Omnipotente. Todos estos bienes aparentes sirvieran un dia de objetos criminales, abusando de ellos el miserable mortal para insultar á la divinidad. Habíase visto á los falsos sábios quemar sus inciensos al sol; los ambiciosos hacerse adorar sobre el trono; los sensuales formarse divinidades de carne; los avaros inmolarlo todo al oro.... En un momento verán pues rodar por tierra todos esos idolos; el primer espectáculo que se presentará á sus ojos al salir de la tumba

⁽⁴⁾ Job. IX. 43. Super assertions afford a district and address of all money

⁽²⁾ Apoc. XX. 41.

será la destruccion completa de lo que mas amaban en el mundo. «¿Y por esto, esclamarán, he trabajado tantos años? ¿A esto consagré todos mis desvelos, todo mi corazon, mi tiempo, mi eternidad, mi alma, mi salvacion? ¿Por disfrutar de esto perdí la amistad con Dios, y atraje sobre mi cabeza toda su cólera? Todo huye de mí, todo me abandona, todo se desvanece; y mi pecado, y la indignacion divina es lo único que me resta para atormentarme eternamente.»

A esto se seguirá la confusion de todos los rangos y condiciones sociales. Grandes y pequeños, todos estarán de pié ante el tribunal de Dios, dice el Apóstol de Pathmos (1). Imposible será distinguir allí el príncipe del vasallo, el noble del plebevo, el monarca del pastor. Mezclados unos con otros, aparecerán en presencia del soberano Juez á manera de esa multitud de átomos que percibimos á los rayos del sol. El que hollaba en el mundo al desvalido, ocupará un lugar inferior á él: el que en su orgullo se desdeñaba de fijar su vista en el pobre, se verá por él menospreciado: y esta humillacion no les será menos sensible que cuando vivian en la tierra; porque los pecadores resucitarán, dice un sábio, con sus pasiones ingénitas. El arrogante conservará toda la ferocidad de su carácter orgulloso; el impaciente toda la acrimonia de su despecho, el iracundo toda la impetuosidad de su cólera; y tomando todos estos desórdenes una nueva recrudescencia nacida de la desesperacion, causarán al vicioso un tormento indefinible. ¡Y si al menos le fuese dable ocultar su vergüenza v confusion! Pero no, que será preciso tolerar allí toda la amargura de su desgracia y apurar hasta las heces el cáliz del furor divino. En vano intentarian los réprobos esconderse á la faz del airado Juez en el dia de la expiacion universal, á la manera que un general en el dia de la derrota busca el modo de ocultar su ignominia, disfrazando su trage y despojándose de las insignias de su dignidad. ¡Insensatos! dice Isaias: ¿Cómo conseguireis disfrazaros en el dia de la gran calamidad, para no veros envueltos en la carniceria de los vencidos y en la venganza del vencedor? Ubi derelin-

⁽⁴⁾ Apoc. XX, 41.

quetis gloriam vestram, ne incurvemini sub vinculo, et cum interfectis cadatis (1)? ; Ah! No, no serán las púrpuras ni las coronas, ni los demás ornamentos del humano orgullo los que entonces os harán distinguir de entre los demás. Vuestras iniquidades, dice el Señor por Ezequiel, serán las que marcarán vuestra condicion de réprobos en vez de la tiara y la diadema: Aufer cidarim, tolle coronam: iniquitatem, iniquitatem ponam eam (2). Desapareciendo en lo esterior esas insignias de su pasada elevacion, ésta quedará no obstante adherida á sus crimenes. Allí serán reconocidos los ricos, los jueces, los señores, no simplemente como tales, sino como ricos avaros, como jueces corrompidos, como señores inhumanos. Por manera que sus pecados vivos é inmortales tomarán de las respectivas cualidades de los que los cometieron un carácter de enormidad que escederá á los de todos los demás réprobos. Iniquitatem ponam super eam. ¡Cuánta arrogancia humillada! ¡Cuánta nobleza degradada! En aquel dia pues Dios solo será grande, porque habrá reasumido todo el poder del universo; y no menos resplandecerá su esclusiva sabiduría, por cuanto todos los juicios humanos serán reformados segun su juicio.

Una de las principales razones en que se funda la conveniencia de un juicio universal, es la necesidad de justificar públicamente el gobierno de la Providencia contra los falsos juicios de los hombres. Conviene á la grandeza infinita de Dios que su sabiduría sea reconocida, confundida nuestra temeridad, y que todas las lenguas y todos los pueblos entonen de concierto aquel himno del Apocalipsi: «Salud, gloria v bendicion al Señor, porque sus juicios son verdaderos y justos (3).» Y ved lo que únicamente podrá realizarse en el último dia de los siglos, porque entonces se descubrirá la falsedad de los principios en que ahora apoyamos nuestros raciocinios, y seremos forzados á discurrir segun las reglas de la razon y de la fé. Dos causas principales concurren á la temeridad de nuestros juicios: la presencia continua de este mundo seductor, y el alejamiento de niceria de los vencidos y en la vencanza del vene

Isaiæ, X. 4.

Ezech. XXI. 26.

⁽³⁾ Apoc. XIX. 2.

Dios, fuente de toda verdad. Ambas causas desaparecerán en el dia del juicio final. Dejando de existir por una parte el mundo con todas sus seducciones, nada habrá que pueda pervertir las luces de nuestra razon; y mostrándosenos por otra Dios con todo el esplendor de su poder, nada será capaz de oscurecer las luces de nuestra fé. ¡Y qué consecuencias no resultarán de este nuevo estado! En el mundo los hombres ven brillar en ciertas clases las riquezas, la abundancia, los honores, las dignidades, los goces, la prosperidad, la alegría, y de aquí deducen que los que lo poseen son realmente dichosos. Llenos de esta idea de felicidad imaginaria, desean para si los mismos bienes, y de aquí la codicia; les pesa ver esas riquezas en manos de otros, y de aquí la envidia; aspiran á disputarles la posesion de esos goces, y de aquí la injusticia y la violencia; complácense en esa prosperidad cuando la han logrado, y de aquí el orgullo; sírvense de ella como de instrumento de sus escesos, y de aqui la intemperancia y el libertinaje; irritanse contra los que se oponen á sus proyectos, v de aquí el encono y la venganza; emplean todos los medios para suplantar y arruinar á quien les hace sombra, y de aquí la maledicencia, la calumnia, la traicion, el homicidio, etc. La razon oscurecida por el sensualismo de las pasiones, les conduce á formar estos juicios insensatos, haciéndoles creer que esos vicios les son necesarios, por cuanto contribuyen á facilitar la posesion de aquellos objetos en que han cifrado su soñada felicidad. ¿Juicios deplorables, origen de todos los desórdenes que en el mundo se cometen! ¿Cuándo pues caerá esa venda de nuestros ojos? ¿Cuándo reconoceremos y deploraremos tamaños errores? El dia del juicio, cuando veamos convertirse en menudo polvo devorados por la ira de Dios todos esos objetos que al presente fascinan nuestra inteligencia y corrompen nuestro corazon. Ahora se nos grita en vano: «¡El mundo pasa y sus concupiscencias!» En el delirio de nuestro febril deseo de felicidad, no hacemos caso de esa voz, ensordecemos á ese grito, y pasa desapercibido á nuestros ojos el movimiento insensible del tiempo que camina rápido á la eternidad. Mas cuando todo lo veamos destruido y envuelto en la informe masa de las ruinas del universo, ; cuál será nuestra vergüenza, cuál nuestro despecho, cuál

nuestra confusion! Entonces las naciones todas de la tierra, dice Jesucristo en el presente Evangelio, llorarán, gritarán, y harán oir por do quiera sus lastimeros aves (1). Entonces, escribe el Apóstol de Pathmos, reves, príncipes, guerreros, bravos, ricos, grandes, libres y esclavos, en su rabiosa desesperación, desearán inútilmente verse aplastados, confundidos, anonadados bajo los escombros de un mundo en que un dia establecieran el centro de su único bienestar, v dirán á los montes v á las rocas: «¡Caed sobre nosotros v escondednos de la cara de aquel Señor que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque llegado es el dia de la cólera de ambos, v ¿quién podrá soportarla (2)?» Tal será el efecto que hará en los réprobos la presencia del Juez supremo. Ellos verán á su despecho lleno de gloria y majestad aquel á quien ofendieran con sus desprecios, con sus burlas, con sus blasfemias y sus impiedades. Videbunt in quem transfixerunt (3). El libertino, el incrédulo, el mal cristiano, todos reconocerán la falsedad de los juicios que osáran formar acerca de su providencia, de su justicia, de su poder, de su Evangelio y de su Cruz. Y el que en su nécio delirio decia un dia: «No hay Dios»,» porque su existencia le era enojosa; v el que miraba la doctrina de Jesucristo como una fábula porque condenaba sus escesos; y el que hacia alarde de burlarse del infierno y de la eternidad como de puerilidades despreciables, porque temia su realidad; y el que rechazaba con impudente cinismo todos los dogmas revelados, cual si el interés de sus propios desórdenes fuese la única regla de la verdad, de la razon y de la fé pública del mundo, verán que se engañaron en sus raciocinios dictados por la pasion y por el vicio, verán y creerán á pesar suyo todo cuanto no quisieron ver ni creer mientras vivieron, y confesarán sus errores y estravios, sin que esta confesion sirva mas que para hacer mayor su tormento. De esta suerte será justificada la sabiduria infinita de Dios, su providencia y todos sus atributos de los falsos juicios del hombre; solo él aparecerá poderoso, solo él Matth. XXIV. 50.

⁽²⁾ Apoc. VI. 45, 46, 47.
(3) Joan. XIX. 37.

sábio, solo él en fin santo, porque todas las virtudes serán medidas por su santidad.

Dificilmente se hallará en los sagrados libros una pintura mas estremecedora del juicio final que la que hace el Real Profeta en uno de los salmos (1). «El Señor Dios de los dioses (dice) ha evocado toda la tierra á comparecer en su presencia.» Y despues de describir todas las circunstancias de aquel terrible tribunal, induce á Dios apostrofando en esta forma al pecador : «¿ Por qué osaste hablar imprudentemente de mis mandamientos, y tomar en tu boca mi alianza? Aborreciste mi doctrina, y te mofaste de mis amenazas; corriste tras el ladron, y te asociaste al adúltero; tu lengua fué maldiciente, y urdidora de engaños tu lengua; calumniaste á tu hermano, y no perdonaste al hijo de tu propia madre... Todo esto hiciste, y no obstante callé. Y porque así lo hice, ¿llegaste á figurarte que yo seria semejante á tí, y que autorizaria tus escesos y me haria cómplice en tus desórdenes? Pues no: yo te convenceré de todo lo contrario; te pondré en evidencia ante tus propios ojos, haciéndote ver lo que yo soy para que veas lo que debiste ser: Arguam te, et statuam ante faciem tuam.» En efecto, en la tierra mira el hombre sus virtudes y vicios en el espejo de la opinion del mundo, y con el engañoso prisma de unas pasiones que desfiguran los horrores de nuestra vida, haciendo pasar á veces por intachable la conducta mas criminal. En el dia del juicio Jesucristo será el limpio espejo en que se verán reflejar las obras del pecador tales cuales son, sin disfraz, sin lisonja, sin ese barniz seductor que ahora las dá la hipocresía. Levantaráse contra él ese Dios justo y santo, como legislador oponiendo la santidad de su ley á las vanas opiniones del mundo, y como Salvador confundiendo con sus ejemplos el escándalo de los mundanos. Allí veremos en Jesucristo sus divinas perfecciones, y en cada una de estas reconoceremos la perfeccion, la justicia, la bondad de su ley, su proporcion con nuestras fuerzas, la posibilidad de cumplirla, las gracias vinculadas á su observancia, su oposicion con nuestros delirios y estravíos, y la injusticia de nuestras murmuracio-

⁽¹⁾ Psalm, XLIX. per tot. a distribute that sample to the

nes contra esa ley adorable. Y reviviendo en vista de esto en nosotros la memoria de cada uno de nuestros pecados y el recuerdo de todas nuestras ingratitudes, comprenderemos la fealdad, la enormidad, el número casi infinito de nuestros crimenes, y veremos nuestros sentidos, nuestra alma, nuestro espíritu, nuestro corazon y todo nuestro sér inundado de imponderable amargura. ¿Qué responderemos entonces al grito del remordimiento, nosotros viles esclavos de la opinion del mundo, y rebeldes á los preceptos de su Dios legislador? ¿Qué responderemos, esclavos de los ejemplos y de las costumbres del mundo, á los ejemplos de un Dios Salvador?

El Doctor angélico representa á Jesucristo en la esplanada del valle de Josaphat, mostrando en aquel dia á los réprobos los diversos sitios en que consumó su grande obra, recordándoles sus ejemplos y diciéndoles : «Hed ahí el establo de Belen, en donde por vosotros nací en medio de los rigores del frio y de la desnudez; hed alli el templo de Salomon, donde por vosotros ofreci en la circuncision las primicias de una sangre inocente; ved mas allá el huerto de Gethsemani, testigo de mis angustias, de mi prision, de mi lucha con mi propia humanidad; ved allá á lo lejos el Calvario donde consumé el sacrificio de mi vida en un afrentoso leño. ¿Qué fruto habeis sacado de tantos padecimientos? ¿Cómo os habeis aprovechado de unos ejemplos tan poderosos de virtud? ¡Ah! Vosotros preferisteis ser impacientes con los soberbios, vanos con los mundanos, crueles con los bárbaros, sensuales con los libertinos, mejor que ser como vo dulces, tolerantes, humildes, castos, mortificados y modestos. ¡Me direis que vo era Dios! Pues precisamente porque lo era no debí humillarme, ni padecer, ni morir; ; y vosotros siendo hombres miserables, sujetos al dolor y condenados á la muerte rehusásteis aceptar lo que yo no rehusé por salvaros y haceros dichosos?» Así quedará el pecador confundido en presencia de su Salvador, como reo del abuso criminal que hizo de las criaturas, á quienes forzó á servir á sus torpes pasiones, reo de un inconcebible menosprecio de su divina gracia que esterilizó con su ingratitud, reo de una sangre divina que holló con sus desórdenes de todo género. ¡Qué confusion, qué despecho, qué vergüenza tan intolerable no cubrirá su frente!

Jamás el gran Orador romano desarrolló una elocuencia tan admirable, como en aquella ocasion en que perorando por la muerte de una madre victima del furor de su mismo hijo, le apostrofó diciendo: Matrem tuam occidisti ... ; Quid dicam amplius? Matrem tuam occidisti. No de otra suerte apostrofará Jesucristo en el último juicio á los cristianos deicidas que con sus pecados renovaron, en lenguaje de San Pablo, la escena del Calvario. « He aquí el hombre á quien crucificásteis, les dirá; ved las heridas que en mi humanidad abristeis, mi cabeza taladrada con espinas, mis pies y manos horadados con duros clavos, mi pecho traspasado con una lanza, etc. Deum tuum occidisti!» Inferid la impresion que hará este apóstrofe en el corazon de los réprobos. Todavia era niño y envuelto en las fajas de la infancia hacia estremecer á los soberbios monarcas de la Judea, y ponia en tumultuosa agitacion toda la corte de Herodes. ¿Cuál será pues, esclama San Agustin, sentado en el trono de su grandeza, quien tan terrible se manifestaba en la cuna? Ante el tribunal de Escipion temblaron un dia silenciosas sus numerosas huestes conjuradas contra él. ¿Y no temblarán los réprobos delante de un Dios á quien fueron traidores, y de quien no pueden esperar mas que implacable venganza?

Concluyamos, M. A. O., un asunto que nos haria interminables. Es de fé que hay un juicio universal reservado á hacer brillar todos los atributos de la divinidad ante el hombre que impiamente la menospreciara y ofendiera; juicio terrible, de que no se esceptuará el monarca, el potentado, el sabio, el opulento, porque todos serán llamados á oir allí el fallo de su condenacion ó de su salvacion, conforme á como hubiesen vivido en este mundo; juicio que lejos de repugnar á las luces de la sana razon, responde á la justicia, á la equidad y á los mas esenciales instintos del corazon humano; juicio en que la luz de la verdad iluminará las conciencias, y aparecerán en su legítima faz el hipócrita y el hombre de bien, el virtuoso y el impío, el malvado y su víctima, y Dios solo aparecerá grande, sabio y santo, como centro de todo poder, como regla de todo juicio y como modelo de toda virtud.

Tal será el dia del Señor por escelencia, en que ante la asamblea

de todas las naciones reunidas para oir el veredicto de su Juez, se mostrará éste en todo el esplendor de su grandeza, como Rey y como Dios, escoltado de una numerosa cohorte de ángeles, sirviéndole de trono las nubes, y deslumbrando al sol, á la luna y á los demas planetas con sus divinos resplandores. Et videbunt Filium hominis venientem in nubibus cæli, cum virtute multa, et majestate. Entonces se cumplirá este terrible vaticinio con que un dia respondió á los pontifices de Jerusalen, que le conjuraban les dijese si era hijo de Dios (1). En todos los demas actos de su vida mortal, la humildad iba unida á la grandeza, la mansedumbre á la majestad, la misericordia á la soberanía. Cuando empero venga á juzgar al mundo, dice San Pedro Damiano, va no será el cordero manso, sino el leon rugiente; desaparecerá la humildad del hombre, y solo quedará el poder y la magnificencia infinita del Dios. Tiemble pues el mundo ante el que le ha de juzgar. Entonces los impios que negaron su divinidad, la confesarán á su despecho; los sofistas que de ella se burlaron, habrán de rendirla homenage; los malos cristianos que la escarnecieron, se verán abrumados bajo su peso formidable; los pecadores, los libertinos, los incrédulos que la insultaron, amagados por el golpe de su venganza gritarán inútilmente: «Hemos errado el camino de la verdad.... Ergo erravimus....» ¡Grito infructuoso! ¡ Vano arrepentimiento! El Señor se dejará ver alli tal cual es, v sabrán los malvados que nada hay que resista á su brazo vengador. Su cólera caerá con todo su peso sobre los que en el mundo no temieron su justa ira. Nada les quedará alli mas que la verguenza de su ignominia, y el espectáculo de la próxima espiacion. Esta no tardará en verificarse, y comenzando en el tiempo durará por toda la eternidad. Au asi a obnogan , notica anas al ab acont asi a recupion.

FIN DEL TOMO TERCERO.

- 016 -

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO TERCERO.

stive que no pueden proporcione seles les alegras reun

Páginas.
I. Sermon para la Dominica de Pascua de Resurreccion. La Resurreccion de Jesucristo considerada como un objeto de esperanza que debe animar al cristiano á vivir de una manera digna de merecer una gloriosa inmortalidad
II. Plan de un Sermon para la misma Dominica. En la Re- surreccion de Jesucristo hallamos los mas sólidos motivos
de una conversion sincera y perseverante, y de una com- pleta renovacion de nuestras costumbres
III. Homilia para la Dominica I despues de Pascua de Re- surreccion. La Resurreccion de Jesucristo nos ofrece los medios mas eficaces de salvacion, puesto que en él encon- tramos la constancia de un amigo, los ausilios de un Salva- dor, y la omnipotencia de un Dios
IV. Plan de un Sermon para la misma Dominica. Cuán ima- ginaria y falsa es la paz de los cristianos que en la solemni-
dad pascual no se reconcilian dignamente con Dios por medio de una sincera penitencia
V. Sermon para la Dominica II despues de Pascua de Resur- reccion. Deber y necesidad de imitar á Jesucristo, para apropiarse los frutos de su Resurreccion
VI. Plan de un Sermon para la misma Dominica. Obligacion en que están todos los superiores de velar por el bien espiritual de sus subordinados, y tremenda responsabilidad que pesa sobre los que no cumplen este deber sagrado 54
VII. Homilia para la Dominica III despues de Pascua de Re- surreccion. Solo los que como el Salvador viven en la amar- gura y se resignan à tolerar pacientemente las contradiccio-

nes de que está sembrada la existencia humana en este mundo, podrán optar con él á una Resurreccion inmortal y	
gloriosa 6	2
gloriosa	3
	0
IX. Homilia para la Dominica IV despues de Pascua de Re- surreccion. Indiferencia criminal y de todo punto inescusa- ble en que vive una gran parte de los cristianos con respecto	
à su eterno porvenir	
X. Plan de un Sermon para la misma Dominica. Oposicion	
que existe entre los usos, las máximas y el espíritu del mundo, y el espíritu, máximas, etc. del cristianismo; y	
juicio formidable que pesa sobre ese enemigo, cuyas tenden-	
cias se dirigen á destruir la obra de la Redencion	
XI. Homilia para la Dominica V despues de Pascua de Re-	
surreccion. Necesidad de recurrir al cielo en nuestras necesidades por medio de la oracion, y eficacia de este recurso cuando nuestras súplicas van dirigidas en nombre de Jesu-	
cristo. V. 2 . a . b . on . aa. et . a. aa. ab. a. a. aa. aa. a. a. a. 10	0
XII. Plan de un Sermon para la misma Dominica. Futilidad	
de los pretestos con que algunos, fundándose en su igno-	11
rancia, pretenden escusarse de la oracion, primera y esen-	
cialísima condicion de la vida cristiana	0
XIII. Id. para las rogaciones de la Ascension, y letanías	
mayores y menores. Vicios que hacen defectuosa la oracion	A
y la esterilizan delante de Dios	8
XIV. Id para la Vigilia de la Ascension. Necesidad de hu-	
millarse con Cristo para participar de su triunfo y de la glo-	¥
ria de su Ascension al cielo	7
XV. Sermon para la Dominica infraoctava de la Ascension.	
Doble testimonio de santidad y de heroismo que está llamado	
á dar todo cristiano á la religion que profesa	6
XVI. Plan de un Sermon para la misma Dominica La pro-	
mesa del Salvador de enviar al mundo el Esniritu Santo en-	

XXV. Plan de una Homilia para la Dominica VII despues	
de Pentecostés. Precaucion necesaria contra las arterías del	2.
error y del vicio enmascarados con las apariencias de ver-	
oldad y de virtud	133
XXVI. Homilia para la Dominica VIII despues de Pentecos-	
tés. Deber de la limosna, y su influencia en nuestro porve-	
nir eterno, por las ventajas espirituales que proporciona al	
que la ejerce segun el espíritu del cristianismo	
XXVII. Sermon para la Dominica IX despues de Pentecos-	
tés. Utilidad del remordimiento, considerado como un me-	
dio poderoso de conversion, y necesidad de no malograr las	
inspiraciones de Dios y los llamamientos de su misericordia. 2	
XXVIII. Id. para la Dominica X despues de Pentecostés.	
Cuán infundadamente se apoya el libertinage en la hipocre-	
sia y el fanatismo de algunos malos cristianos, para perse-	
verar en sus desórdenes y confirmarse en su impiedad 2	
XXIX. Homilia para la Dominica XI despues de Pentecos-	
tés. Origen y consecuencias de la sordera y del enmudeci-	
	7
este mal gravísimo	
XXX. Sermon para la Dominica XII despues de Pentecos-	
tés. Ventajas temporales que proporciona el ejercicio de la	
beneficencia cristiana, considerada como un elemento fe-	
cundo de prosperidad para los individuos y para los pueblos. 2	
XXXI. Homilía para la Dominica XIII despues de Pente-	
costés. Notable contraste entre la bondad divina limpiando al	
hombre de la lepra espiritual en las fuentes de la reconci-	
liacion, y la ingratitud de este á tan inapreciable rasgo de	
su misericordia	
XXXII. Sermon para la Dominica XIV despues de Pentecos-	
tés. Imposibilidad de adunar los principios del cristianismo	
con los del mundo, siendo tan opuestas las doctrinas de am-	
bos, y tan infalibles como contrarios sus resultados 3	
XXXIII. Homilia para la Dominica XV despues de Pente-	
costés. Siendo la mala educacion el principal origen de la	
muerte espiritual del alma, producida por el error ó el vicio,	
solo una educacion esencialmente religiosa es capaz de pre-	
caver tamañas desgracias, ó de remediar sus desastrosos	
The second designation of the second the designation of the second of th	

electos	309
XXXIV. Sermon para la Dominica XVI despues de Pente- costés. El precepto de santificar las fiestas considerado como	
un alto deber religioso	319
XXXV. Id. para la Dominica XVII despues de Pentecostés. La santificacion de los dias festivos considerada como una	200
gran necesidad social	329
XXXVI. Homilia para la Dominica XVIII despues de Pen- tecostés. Paralisis espiritual, sus consecuencias y sus re-	000
medios	339
XXXVII. Sermon para la Dominica XIX despues de Pente- costés. La comunion sacrilega: gravedad de este crimen y	
su terrible expiacion	349
XXXVIII. Homilia para la Dominica XX despues de Pente- costés. Necesidad de buscar en la religion el consuelo que son incapaces de prestar al hombre en sus desgracias todos	
los recursos humanos.	361
XXXIX. Sermon para la Dominica XXI despues de Pente- costés. Estension del precepto de la restitucion, y nulidad	
de los pretestos con que se pretende eludir su cumplimiento.	369
XL. Sermon para la Dominica XXII despues de Pentecostés. Necesidad de la restitucion para salvarse, é imposibilidad de conseguirlo sin reparar convenientemente los perjuicios oca-	
sionados al prójimo	378
XLI. Homilia para la Dominica XXIII despues de Pente- costés. Las obras prodigiosas de Jesucristo sancionando su doctrina, concurrieron admirablemente á formar la fé de los primeros creyentes. Causas por qué nuestra fé es tan débil y nuestras creencias tan estériles, poseyendo en toda su pleni-	
tud las enseñanzas y los milagros del Salvador XLII. Sermon para la Dominica XXIV y última despues de	388
Pentecostés. El Juicio final	397

809	electors
	XXXIV, Sermon para la Dominica XVI dispues de Pente-
	costés. El percento de santificar las fiestas considerado como-
818	un alto debor rollyiosu.
	XXXV. Id. para la Dominica XVII despues de Pentebostés.
	In southiencion de los dins festivos consideracia como: una
	dens perceidad social.
	XXXVI. Homelia pera la Pominira XVIII desputa de Per-
	Leastle. Paralleis repiritent, sus consecuencias y sus re-
	II. Erradio a real communication and a second a second and a second an
	XXXVII. Somes pure de Romania XII después de Petre-
	comes. La compaion sacrifege: gravedud de este cispen v
678	su terrible explantant
	XXXIIII. Hemilia para la Dominica XX despues de Pente-
	easter, becounted de buscar os la religion el consuello que
	los recursos humacos,
	XXXIR. Sermon para la Duminica XXI después de Pente-
	costes. Est usion del precepto de la restitucion, y mildad
869	dellos ju efestos con que se pretende dindir su complinicato.
	XL. Sermon para to Donanica XXII despines de Pentecostés."
	Necesidad de la restancion para salvarso, é impossibilidad de
	consecuirlo sin reparar convenientemente los perjuiciós neu-
	sionados al prójimo.
	XII. Houdin para ta Dominica XXIII despute de Pente-
	nuestras creencias lan esteriles, poseyoudo en tada su pleui-
888	tad his ensangarans y los milagros del Salvador.
	XIM. Sermon gara In Dominica XXIV y attenu después de
708	Penterories, III dinois final.

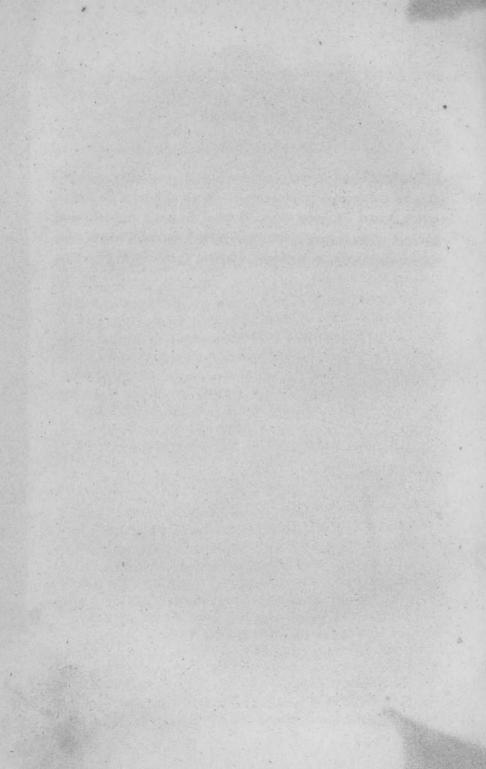
ADVERTENCIA.

Terminando en este tomo la primera série, y no habiendo alcanzado los materiales dispuestos para él á llenar el número de páginas de que constan los demás tomos, á pesar de haber duplicado en el presente varios discursos, nuestros lectores quedarán convenientemente indemnizados en los tomos siguientes de esta ligera diferencia.

ADVERTRICIA.

Terminando en este tomo la primera séria, y no habiendo alcanzado los materiales dispuestos para el á llenar el número de páginas de que constan los demás tomos, à pesar do haber duplicado en el presente varios discursos, nuestros lectores quedarán convenientemente, indemnizados en los tomos signientes de esta ligara diferencia,









TRONCOSO

SERMONES

3

1154

Papper